ENCANTO 1



UNA ESPINA EN CADA CORAZÓN

¿Y si Bella nunca hubiera regresado al castillo encantado?

KATE KING

Planeta

ENCANTO 1

UNA ESPINA EN CADA CORAZÓN

KATE KING

Planeta

CONTENIDO

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29

Capítulo 30
Epílogo

Acerca de la autora
Créditos
Planeta de libros



PRÓLOGO

LA TIERRA DE ELLENDER

DAEMON

En la prisión de Dyaspora no existen los cerrojos.

Ubicada en una isla desolada y cubierta de nieve, en medio de un océano despiadado, la prisión helada es la única construcción en miles de kilómetros a la redonda.

Y no hay cerrojos porque no hacen falta, punto. Después de unas semanas, cualquiera entiende que escaparse es imposible. Incluso si alguien lograra escabullirse en la noche, no tendría ninguna forma de salir de esta isla. Si los monstruos que rondan por los llanos de hielo no te atrapan, lo harán las sirenas que acechan bajo las aguas congeladas.

Dyaspora es el basurero donde los cuatro reinos fae destierran a los indeseables: criminales, rebeldes y, más a menudo, *pobres* y *desamparados*.

Yo no encajo en ninguna de esas categorías, pero estoy atrapado aquí igual que todos, sin esperanza de salir con vida.

—Si hubieras podido traer una cosa contigo a Dyaspora, ¿qué habría sido?

Estrello mi pesado pico de minero contra el acantilado de piedra y los fragmentos de roca y escombros ruedan sobre la nieve.

—¿De qué carajo hablas?

A mi lado, Jett sonríe y se recarga en su propio pico

—Si hubieras sabido que te desterrarían aquí y pudieras traer una cosa, ¿qué elegirías?

—Los papeles para que me liberen —rezongo, levantando el pico otra vez.

Los ojos negros de Jett brillan de diversión.

—Vamos, Ashwater, eso es hacer trampa.

—¿Trampa en qué demonios? —respondo con enojo—. Está bien. Me traería un cuchillo. ¿Contento?

—No mucho —responde con un tono alegre que lo contradice—. Eres demasiado práctico. Pregúntame qué traería yo.

Le lanzo una mirada asesina

—Te van a dar latigazos por quedarte ahí parado tanto tiempo sin trabajar.

Me ignora y sigue hablando como si yo hubiera seguido el juego.

—Yo traería conmigo un barril de cerveza. Si no puedo estar calientito, al menos quiero estar borracho.

A pesar mío, suelto una ligera risa. Tiene razón: daría lo que fuera por estar borracho ahora mismo.

Jett y yo trabajamos formados en una fila con los demás prisioneros, congelados hasta la médula y con los pies encadenados por pesadas cadenas de hierro. A cada paso, el metal me raspa la piel y deja rastros de dolor ardiente: el único indicio de calor en este lugar infernal.

Dieciocho horas al día, los prisioneros nos movemos al unísono, alzamos picos pesadísimos y los estrellamos contra los acantilados helados para extraer nada más que agotamiento y huesos rotos. Cada noche, los guardias arrastran nuestros miserables cuerpos de vuelta a las celdas, y es ahí donde empieza la verdadera tortura.

Los fae podemos ser inmortales, pero aquí igual nos vamos a morir… tarde o temprano.

Para mí, será más pronto. En menos de un mes, voy a morir.

Y algunos días, estoy completamente de acuerdo con eso.

—¿Hola? —Una voz retumba por el largo pasillo de piedra de la prisión—. ¿Alguien me escucha?

Me detengo un segundo al oír el grito, pero luego niego con la cabeza y vuelvo a mirar las cartas que tengo en la mano.

—Debe de ser un tipo nuevo, por eso hace tanto ruido.

Frente a mí, Kastian se ríe.

—Pobre del que le toque de compañero de celda.

—No le tengas tanta lástima —respondo—. Nuestra celda ya está lo suficientemente llena.

Comparto mi celda con otros tres hombres: Jett, que sonríe incluso cuando no hay razón para hacerlo; Fox, que casi no habla, pero es más listo que todos nosotros juntos; y Kastian, mi mejor amigo, que sabe lo que es pasar de vivir en un palacio a picar hielo día tras día.

Esta noche, como todas las noches, los cuatro estamos acurrucados en el suelo de piedra, frío y duro, reunidos alrededor de una mesa improvisada hecha con una caja de madera destrozada. Entre nosotros hay una baraja de cartas viejísimas que alguien le robó a un guardia hace décadas.

Extiendo la mano sobre la mesa para sacar dos cartas más.

—No vi que los guardias trajeran carne fresca.

A mi derecha, Jett se recarga contra la pared, con las manos detrás de la cabeza.

—Pasó anoche, cuando tú y Kas nos estaban robando la cena.

—¿De dónde vienen? —pregunta Kastian rápido, con un tono de pánico en la voz.

—De Solistine, igual que yo —responde Jett, sacudiéndose el cabello azul oscuro de los ojos—. Pobres diablos. La mayoría ni siquiera debe conocer la nieve.

Kas se relaja. Cada vez que llegan prisioneros nuevos tiene la misma reacción: teme encontrarse a alguien de su pasado. Pero, aparte de mí, nadie lo ha reconocido jamás.

—No importa de dónde sean —murmura Fox, arrojando sus cartas sobre la mesa—. Yo crecí en Thermia, donde la nieve nunca se derrite, pero esto es otra cosa. No sabía que existía un frío así.

Todos asentimos en silencio.

Los fae no podemos morir de frío, pero sí lo sentimos, y es descomunal.

—¿Alguien me escucha?

El silencio se rompe con otro grito.

—¡Sí! —responde otro prisionero—. ¡Cierra el hocico!

Pasa un largo silencio antes de que el primer hombre alce la voz de nuevo.

—¿Alguien puede ayudarme? ¡Busco a Daemon Ashwater!

Jett deja caer sus cartas sobre la mesa.

—Qué interesante. Parece que tienes visita, Ashwater.

—Ya lo oí —digo sin quitar la vista de mis cartas—. Pronto se dará cuenta de que las puertas no tienen cerrojos. No voy a perder tiempo buscándolo.

No pasan ni treinta minutos antes de que se cumpla mi predicción. Un hombre frágil y encorvado llega a nuestra puerta y asoma la cabeza.

—¿H-hola?

Lo miro fijamente y lo analizo. Le tiemblan las manos; su manto gris y raído está lleno de lodo. Debe haber llegado así, porque no lleva aquí el tiempo suficiente para que le roben o le destrocen la ropa. Eso no augura nada bueno para su supervivencia.

—Estoy b-buscando a Daemon Ashwater —tartamudea—. ¿Está aquí?

Vuelvo a mis cartas.

—¿Quién lo busca?

—Y-yo, me llamo… —La voz le vuelve a temblar y entonces le da un ataque de tos.

Pongo cara de fastidio.

—Maldita sea. Jett, dale algo de comer. Si se muere aquí, en nuestra puerta, el cadáver será nuestro problema.

—De acuerdo —dice Jett de buen humor mientras se levanta de un salto.

—¿Tienen c-comida? —tartamudea el mendigo.

—Sí. ¿No es por eso que estás aquí?

—N-no, pero igual la acepto. Gracias.

—Es más por nosotros que por ti —respondo refunfuñando—. Si te mueres aquí, los guardias nos dirán que nos encarguemos de tu cadáver. No tengo ganas de pasar toda la noche cavando tu tumba.

El hombre duda entre si estoy bromeando o es en serio. «No bromeo».

En este lugar no hay muchas medidas para evitar la violencia, pero los guardias mantienen un control laxo sobre las peleas al obligar al agresor a cavar la tumba de su víctima durante toda la noche. Normalmente, para la

mañana, las tumbas ya no son necesarias, porque tanto el cavador como el cadáver han sido devorados por las bestias.

Jett le entrega al hombre pan y un poco de carne seca de nuestro montón de comida y provisiones robadas. Los ojos del mendigo se abren por completo y acepta la comida con rapidez, guardándola en una bolsa de su manto.

Espero que se largue, pero no lo hace.

—¿Acaso tú… tú eres Daemon Ashwater?

—Solo «Ashwater» —lo corrijo—. Y no tienes por qué estar tan sorprendido.

—Pensé que serías más viejo, eso es todo.

Levanto una ceja.

—Siento que estoy envejeciendo mientras hablo contigo. A ver, ¿qué quieres?

El hombre aparta su cabello mojado y canoso de los ojos.

—Oí hablar de ti por mi vecina antes de que… antes de que llegara aquí. Dijo que, si alguien podía sacarme de esta isla, ese eras tú.

Me río.

—Si supiera cómo escapar, ¿crees que estaría sentado aquí ahora?

—Bueno, no sé… Pero por favor… Yo soy i-inocente. Al menos, no quise hacer nada. Es que era de día…

Levanto la vista, intrigado.

—¿Eres de Vernallis?

Él asiente y yo arrugo la frente. Por desgracia, entiendo demasiado bien lo que debió haber sucedido. La maldición que azota al Reino de Vernallis les arrebata a sus víctimas el control sobre sus propios cuerpos cada vez que sale el sol. Ni siquiera quiero saber lo que este anciano hizo bajo los efectos de la maldición para que lo condenaran a Dyaspora. He visto suficiente destrucción causada por esa maldición como para imaginármelo, y no es nada agradable.

—Aquí solo tenemos una o dos horas de luz al día —digo con amargura —. Si logras dormir durante ese tiempo, es casi como si no estuvieras maldito… al menos hasta que termine el mes.

Él parpadea, sobresaltado, y luego traga saliva con dificultad.

—Gracias… pero no puedo quedarme. Necesito regresar con mi familia. Solo nos quedan pocas semanas juntos.

Kastian se gira hacia él y le dedica una sonrisa casi empática:

—Todos los que están aquí dicen que son inocentes, y todos tenemos familia. Aprenderás rápido que nadie escapa de Dyaspora. Haz algunos amigos y haz lo posible por sobrevivir la noche.

—Pero escuché que tú podías entrar a cualquier lado —insiste el hombre, ya desesperado—. Solías cruzar la frontera hacia el reino humano. Ayudaste a la hija de mi vecina a escapar de su marido.

No tengo idea de quién sea su vecina ni de qué hija habla, pero no dudo de la historia. En el pasado, ayudé a cientos de personas a cruzar al reino humano, pero ya no.

—Eso fue hace mucho tiempo. Si quieres comprar comida o robarles algo a los guardias, vuelve luego. De lo contrario, no puedo ayudarte.

—Pero… —empieza a protestar, pero su voz débil es interrumpida por el sonido de un alboroto en el pasillo.

—¡Abran paso! —grita un guardia—. ¡Atrás! ¡No se acerquen al rey!

—¿Qué demonios? —dice Kastian, poniéndose de pie de un salto—. ¿Dijo «rey»?

Yo también me levanto, con Kastian, Jett y Fox a mis costados.

El mendigo enclenque se arrincona más en la celda, pegándose a la pared con pánico. Por supuesto, me olvido de su presencia; toda mi atención está puesta en la puerta y en el sonido de las botas en el pasillo.

Reconozco la voz del jefe de los guardias, que se impone sobre el alboroto:

—Está en la celda del fondo, mi señor.

—Bien —responde una voz aguda y helada—. Pueden dejarnos.

—Pero, mi señor…

—¡Que se vayan!

Respiro con pesadez, como si volviera a estar en el acantilado, blandiendo mi pico. Conozco esa voz y nunca pensé que tendría la mala suerte de oírla de nuevo. Una parte de mí quiere huir, mientras que otra me hace echar espuma por la boca ante la posibilidad de un enfrentamiento. De venganza.

Una sombra imponente dobla la esquina y el rey Thorne de Vernallis entra a la celda. Lleva un morral de cuero y viste un chaleco azul con dorado hecho a la medida, absurdamente limpio y que desentona en esta pocilga de prisión. Sacude la nieve de sus rizos rubios, me sonríe con arrogancia.

—Hola, hermano. Diría que me alegra verte, pero no quiero mentir.

Aprieto la mandíbula y cierro los puños mientras sostengo la mirada desafiante de mi medio hermano.

Tenemos la misma estatura y complexión muscular, pero nuestras similitudes terminan ahí. Thorne es idéntico a su madre, con cabello rubio y rizado y ojos azules pálidos. Mi cabello más oscuro y mis ojos verdes son idénticos a los de nuestro padre, y esa es justo la razón por la que he pasado más de la mitad de mi vida preso en el estercolero más helado del universo.

—¿Qué haces aquí? —exijo que me responda.

Antes de que Thorne pueda hacerlo, un ruido en la esquina nos interrumpe. Volteamos a ver al mendigo, que sigue pegado a la pared. Se queda con la boca abierta un momento, hasta que reacciona y se arroja al piso, haciendo una reverencia exageradamente baja a los pies de Thorne.

—¡Su Majestad!

Thorne ni siquiera le dirige una mirada. Entra a la habitación con calma y pasa por encima de él como si fuera basura.

—¿Qué haces aquí? —pregunto de nuevo—. ¿Vienes a fanfarronear una vez más antes de que termine el mes?

—Quería hablar contigo —dice Thorne, con un tono de humor cruel en la voz—. Te pediría que fueras a la corte, pero dadas las circunstancias…

Clavo las uñas en mis palmas con tanta fuerza que estoy seguro de haberme abierto la piel.

—¿Para qué querrías hablar conmigo? Pensé que ya habíamos dicho todo lo que había que decir hace noventa años, cuando me desterraste aquí.

Conozco lo suficiente a Thorne como para detectar la rabia que hierve a fuego lento bajo su sonrisa despreocupada. La única pregunta es: ¿está enojado conmigo? ¿O está molesto porque tuvo que venir hasta aquí a buscarme?

Obtengo la respuesta de inmediato.

—Vine a pedirte ayuda —dice con dureza.

—¿Quieres mi ayuda? —Me río con aspereza—. ¿Para qué?

Dirige la mirada hacia mis amigos. Por un instante temo que reconozca a Kastian, pero no lo hace, porque solo dice:

—Tal vez podríamos hablar en privado.

—Cualquier cosa que tengas que decirme, puedes decirla frente a mis hombres.

—¿Ah, sí? —los ojos de Thorne brillan con diversión—. ¿Has estado formando un ejército? Qué encantador.

Lo ignoro, pero no retiro lo dicho. No dejaré que me aparte de mis amigos.

Thorne me lanza el morral de cuero y lo atrapo por reflejo. Saco un pantalón de mezclilla y tardo un segundo en reconocerlo.

—Este es mío. ¿De dónde lo sacaste?

—Pensé que podrías necesitarlo. Quiero que cruces la frontera hacia el reino humano y traigas a alguien para mí, hermano.

Suelto otra carcajada, incrédulo, y vuelvo a meter el pantalón en el morral antes de dejarlo caer al suelo.

—¿Y por qué demonios haría eso?

—Porque, si lo haces, levantaré tu destierro.

Un silencio tenso se apodera de la celda. No lo puedo creer. Nadie sale de Dyaspora. Jamás. Ni siquiera los reyes. ¿Por qué ofrecería algo así?

Thorne no me quiere de vuelta en la corte; de otro modo, nunca me habría desterrado. Tampoco me necesita a mí para cruzar al reino humano. Los portales requieren mucha magia, pero él tiene de sobra para usarlos por sí mismo. Y si se negara a ir, tendría a muchos otros a quienes acudir antes que a mí.

Enderezo los hombros.

—Es una oferta muy generosa. Pero sé que nunca has sido generoso en tu vida. ¿Cuál es la trampa?

—No hay trampa. Si pudiera cruzar yo mismo, lo haría, pero no puedo dejar el reino sin supervisión por más de un día.

Suelto una risa seca. Tiene razón en algo: con su maldición, el Reino de Vernallis puede descontrolarse en un abrir y cerrar de ojos. Al menos así era hace noventa años, cuando me fui.

—Necesito a alguien en quien pueda confiar para que vaya en mi lugar —concluye Thorne.

—¿Y crees que puedes confiar en mí?

—No confío en nadie, pero si no puedo tener confianza, el control también sirve. Contigo puedo ofrecer un incentivo que nadie más tiene. —Hace un gesto alrededor de la celda—. Nadie ha escapado jamás de Dyaspora en la historia de Ellender. Tú podrías ser el primero.

Un dolor intenso atraviesa mi pecho y muerdo el interior de mi mejilla para evitar que mis ojos delaten mi deseo. Volver a mi vida anterior lo significaría todo para mí. Aun así, digo:

—No.

Jett deja escapar un suspiro agudo, mientras Fox se pone tenso a mi lado. Kastian, en cambio, no se mueve. Quizá entiende mejor que los otros dos lo que estoy pensando. O quizá solo quiere evitar la atención de Thorne.

La cara de Thorne se deforma en una mezcla de confusión e ira.

—¿Qué dijiste?

Le doy la espalda y me inclino como si fuera a volver a la partida de cartas.

—No. Me quedo aquí. Gracias por la oferta.

—No creo que lo estés analizando bien —dice Thorne, ahora con urgencia—. Por fin podrías volver a casa sin la vergüenza del destierro sobre ti. Restauraré tu título y tus tierras. Incluso podría nombrarte capitán de mi guardia, si eso es lo que quieres.

—No es suficiente. Prefiero quedarme aquí que volver a tu corte maldita. Al menos en Dyaspora hay tan poca luz que casi no tengo que preocuparme por…

—Cierra la boca, maldita sea —me interrumpe Thorne, entre dientes.

Sonrío, satisfecho de haber tocado uno de sus nervios siempre sensibles.

—Lo que usted diga, Alteza.

Da un paso adelante, hasta que prácticamente estamos frente a frente, nariz con nariz.

—Si la libertad no es suficiente, entonces, ¿qué demonios quieres?

Hace noventa años habría aprovechado cualquier oportunidad para volver a la corte. Incluso hace veinte años habría sido tentador. Pero ahora mis amigos —mis verdaderos hermanos— son mi prioridad. No puedo abandonarlos cuando ellos nunca me abandonaron en Dyaspora.

—Libéralos a todos —exijo—. O mis amigos salen conmigo, o puedes meterte tu oferta donde te quepa. No la quiero.

Kastian deja escapar un sonido ahogado. No sabía lo que yo estaba planeando y quizá volver al reino de Thorne no sea seguro para él. Pero no hay tiempo para discutirlo ahora.

—De acuerdo —acepta Thorne, casi con demasiada rapidez—. Luego mira a mis amigos.

—Supongo que ellos podrían servir como guardias decentes, pero no sé qué esperas que haga con el viejo.

Arrugo la frente, confundido, antes de mirar al hombre débil que está en el piso, arrinconado. Me había olvidado por completo de que estaba ahí. Ni siquiera sé su nombre. Pero cuando me mira, no soy capaz de decir que él no forma parte del trato. Por mucho que lo intente, no soy tan cruel como el resto de mi familia.

—Puede trabajar en los establos —digo—. O en la cocina. Tienes miles de sirvientes. Estoy seguro de que puedes aceptar a uno más.

—Está bien.

Parpadeo, sorprendido. ¿De verdad está pasando esto? Parece demasiado fácil. No, *es* demasiado fácil. Algo anda mal aquí.

—¿A quién quieres que encuentre?

Él aspira hondo.

—A la mujer que pondrá fin a la maldición sobre mi reino.

Otro largo silencio se extiende entre nosotros mientras la decepción se instala en mi pecho. Sabía que habría una trampa. Por un momento, me permití creer que podría volver a la corte con mis amigos a mi lado. Pero ahora la verdad se asienta: eso nunca iba a suceder.

—Eso es imposible. Han pasado…

—Más de noventa y nueve años —termina Thorne por mí, con un tono de amargura en su voz—. La luna rosa se acerca. Según los astrónomos, falta solo un mes. Se cumplen cien años desde que se lanzó la maldición. Si aparece, nuestra maldición se volverá permanente.

—Querrás decir la maldición que tú nos impusiste —susurro—. Es tu culpa que el reino esté hecho un desastre y también que el tiempo se esté acabando, cuando tuviste décadas para encontrar a alguien que pusiera fin a nuestro sufrimiento.

—Por eso necesito tu ayuda —insiste, resoplando—. Si no lo harás por mí, hazlo por todas las personas de Vernallis.

Niego con la cabeza.

—Aunque creyera que mereces mi ayuda después de todo lo que has hecho, es imposible. Si nadie ha encontrado a nuestra salvadora en noventa y nueve años, ¿por qué crees que yo la encontraré en menos de un mes?

—Porque ya sé quién es.

Retrocedo, sorprendido.

—Si ya lo sabes, ¿por qué esperaste tanto?

Thorne suspira de nuevo, con un cansancio evidente.

—Lo sé porque ella ya estuvo aquí antes. Encontró su camino a Ellender hace sesenta años. Se llama Isabelle.

—¿Qué le pasó? Si era la que podía romper la maldición, ¿por qué diablos dejaste que se fuera?

Thorne se tensa y retrocede de golpe.

—No tengo por qué darte explicaciones —refunfuña—. He intentado convencerte con obsequios, pero no tengo problema en recurrir a amenazas.

—¿Amenazas de qué? —me burlo—. Ya me enviaste aquí. Ese es el peor castigo que tienes a tu disposición. Y en un mes ya no importará. No serás capaz ni de decir tu propio nombre, mucho menos de castigar a alguien.

—Cierto, pero un mes es más que suficiente para asegurarme de que nunca olvides lo equivocado que estuviste al desobedecerme. Tu madre sigue viviendo en la Finca Ashwater y esa sirvienta a la que llamas hermana está en la corte. Podría enviarlas aquí para que te vean.

Muestro los dientes, perdiendo la compostura un instante. A las mujeres rara vez las envían a Dyaspora, pero cuando lo hacen, es mucho más compasivo matarlas al llegar. Mi madre no sobreviviría ni un día, y Odessa… no quiero pensar en lo que podría pasarle ni en lo que yo tendría que hacer para protegerla.

—No te atreverías —susurro.

Thorne sonríe con malicia.

—Tienes razón. No lo haré, siempre y cuando encuentres a mi prometida.

—¿Cómo demonios se supone que voy a encontrar a tu prometida desaparecida? —pregunto entre dientes—. ¿Y cómo la reconocería si la

encontrara?

Thorne parece imperturbable, como si hubiera anticipado esta objeción.

—Hace sesenta años, Isabelle llegó a través del portal de la montaña. Vivió cerca de la entrada, en un pueblo llamado Ironhill. Lo recuerdo porque el nombre me pareció gracioso. Ironhill: la colina de hierro… como si los humanos esperaran ahuyentarnos de su hogar.

Solo a Thorne le parecería gracioso que un pueblo le tuviera tanto miedo como para nombrarse a partir de la única cosa que resiste la magia fae: el hierro.

—Espera un momento —Jett exclama de pronto, detrás de mí—. No entiendo.

—¿Qué es lo que no entiendes? —pregunto entre dientes, girándome lentamente para verlo.

«Por favor, cállate. No digas nada que pueda costarte la vida», me digo.

Jett, como si por fin entendiera que no debió hablar, se pasa una mano por su cabello negro como la noche.

—Es solo que… si eso fue hace sesenta años, ¿no sería tu mujer una anciana a estas alturas? Los humanos envejecen mucho más rápido que nosotros.

«En realidad, tiene un buen punto».

Vuelvo a mirar a Thorne, levanto una ceja.

—Por sorprendente que sea, tiene razón. ¿De verdad quieres que arrastre hasta aquí a una pobre mujer mayor?

La expresión de Thorne se ensombrece.

—Antes de que Isabelle se fuera, pensaba convertirla en mi esposa. Obviamente, no podía permitir que se marchitara con la edad, así que le di un collar encantado. Mientras lo llevara puesto, se mantendría tan joven como el día que la conocí.

—¿Y estás seguro de que todavía lo usa? —arqueo la ceja con escepticismo—. Han pasado sesenta años. Eso es casi una vida para un humano.

Thorne se encoge de hombros como si no le importara, pero sus ojos lo delatan.

Sí le importa; le importa muchísimo.

—Solo puedo esperar que sí —dice—, porque así es como la reconocerás. El collar es de oro, con una piedra roja y mi escudo de armas en la parte trasera. En el interior hay un espejo. Te mostrará una imagen fugaz de Ellender. Así sabrás que encontraste a la mujer correcta.

Da media vuelta y se dirige a la puerta, deteniéndose en el umbral como si esperara que lo siguiéramos.

Me quedo paralizado un segundo más, con la mente corriendo a toda velocidad.

—¿Qué pasa si ella no quiere volver a Ellender? ¿O si no ha usado el collar y ya envejeció? ¿Qué harás si la encuentro, pero no puedo traerla de regreso?

Thorne, ya casi fuera de la celda, ni siquiera se molesta en mirarme cuando responde:

—Ese es tu problema. Recuerda que el futuro del reino depende de esto. Si tienes éxito, recuperarás todo lo que alguna vez quisiste. Si fallas, me aseguraré de que lo último que haga sea condenar a tus amigos y a tu familia a una vida de sufrimiento.



CAPÍTULO 1
CHICAGO

ALIX

Si pudiera llevarme un solo objeto a una isla desierta, me llevaría mi violín.

Una locura, lo sé. Una persona más práctica llevaría un cuchillo o una caja tamaño Costco de barras de proteína, pero yo no. Yo estaría dispuesta a morirme de hambre por mi arte; lo cual probablemente sea algo bueno, considerando que, aunque jamás terminaré en una isla desierta, pasar hambre *literalmente* por mi arte empieza a verse como una posibilidad real.

Estoy en una calle peatonal de Chicago, con mi violín eléctrico conectado a un amplificador portátil para competir con el ruido a mi alrededor. La calle está llena de turistas y el aroma a café y canela me llega desde la cafetería cercana.

Es el lugar perfecto para tocar… excepto por el hecho de que mi estuche solo tiene seis dólares, un par de monedas de veinticinco centavos y la tapa plateada de Snapple. Después de una hora tocando, ni siquiera he ganado lo suficiente para pagar el parquímetro, mucho menos mis préstamos estudiantiles.

Veo que se acerca un grupo grande de turistas y pongo una sonrisa falsa mientras empiezo una melodía más animada. Para mi sorpresa y alivio, el guía turístico se detiene, dejando que el grupo escuche, y todos se acomodan alrededor de mí en un semicírculo amplio.

No es precisamente el tipo de lugar que imaginé cuando decidí dedicar mi vida a ser música. Aun así, prefiero tocar aquí que estar encerrada en

alguna oficina aburrida.

La música lo es todo para mí.

Me encanta la emoción que transmite.

Me encanta cómo una canción puede cambiarle el ánimo a alguien al instante, convertir un mal día en uno esperanzador con solo unas pocas notas.

Me encanta cómo una sola canción puede unir a desconocidos.

—¡Toca la canción de *Un reino de espinas*! —grita alguien.

«Uf». Esa maldita canción *no* me encanta.

De reojo veo a una chica adolescente, de cabello rizado y rubio, al frente del grupo. Su emoción es evidente en su playera de *Un reino de espinas*. Finjo no haberla escuchado y empiezo otra melodía conocida: la canción de cuna que Nana me cantaba cuando era bebé. Cierro los ojos y me dejo llevar por la melodía lúgubre que brota de las cuerdas.

—¡Sí, toca esa canción de *Un reino de espinas*!

Los murmullos emocionados me rodean y abro un ojo, intentando que no se note mi fastidio. La chica atrapa mi mirada y ya no puedo seguir fingiendo que no la veo.

—¿Puedes tocar el tema principal? —pregunta de nuevo, con los ojos llenos de esperanza.

Obligo a mi boca a dibujar una sonrisa amplia y falsa.

—¡Claro! ¿Eres fan?

La chica asiente con entusiasmo.

—¡Sí! Pero me gustan más los libros que las películas.

«Oh, gracias al cielo».

—A mí también.

Detengo la canción de cuna de Nana a la mitad y cambio al tema principal que me pidió, una melodía que ya detesto por principio, solo porque las películas jamás podrán hacerles justicia a los libros.

Me pregunto qué diría esa chica si le contara que Nana, mi abuela, escribió el libro en el que se basa esta canción y que odia las películas incluso más que yo.

Toco la primera estrofa del tema principal, pero me distraigo cuando siento que mi teléfono vibra en la bolsa del pantalón. Después de unos

segundos, la llamada se va al buzón de voz. Y luego empieza a vibrar otra vez. «Carajo».

Bajo el violín.

—¡Disculpen, amigos! ¡Cinco minutos de descanso!

La adolescente se ve desconsolada y varias personas murmuran su molestia mientras la multitud se dispersa. Me siento culpable, pero he solicitado decenas de empleos esta semana y no puedo darme el lujo de perder una llamada de algún reclutador. Seis dólares y una tapa de Snapple no van a pagar mis préstamos ni el seguro del coche, pero un trabajo aburrido de oficina tal vez sí, aunque se me muera un poco el alma solo de pensarlo.

Suelto un suspiro y saco el teléfono vibrando de la bolsa.

—¿Hola? Habla Alix Knight.

—Hola, cariño —dice mi mamá con un tono demasiado alegre.

Entonces pienso: «¿Por qué? ¿Por qué contesté? ¿Por qué no revisé quién llamaba antes?».

—Hola, mamá. Oye, estoy trabajando justo ahora…

—¿Perdón? —me interrumpe—. No te escucho. ¿Puedes ir a un lugar más tranquilo?

Miro a mi alrededor, a la calle llena de gente.

—La verdad, no. Estoy justo en medio de…

—Nana tuvo un incidente durante su entrevista hoy.

Por poco se me cae el arco del violín del susto. Guardo rápido el instrumento en su estuche, para taparme un oído y escucharla mejor.

—Dios mío, ¿qué pasó? ¿Se cayó o algo así?

Mamá suelta un fuerte aliento.

—No, nada de eso. No está herida físicamente.

Dejo escapar un suspiro de alivio.

Mi abuela, Nana, es Isabelle Reading, la extraordinaria autora de renombre mundial: la madre de los cuentos de hadas modernos y especialista en repartir finales «felices para siempre». Su libro más famoso, *Un reino de espinas*, ha sido un fenómeno de la cultura popular por más de cuarenta años y este año va a reimprimirse para coincidir con la nueva película.

Nana ha estado de gira durante meses para promocionar la película y siempre me preocupa que vaya a desmayarse del agotamiento. Mi mamá, que a veces viaja con ella como asistente y cuidadora, no es exactamente la persona en la que más confío para asegurarme de que Nana no se esté agotando.

—Entonces, si no está lastimada, ¿qué pasó?

Mamá suspira.

—Tuvo una… crisis nerviosa, supongo.

—¡¿Qué?!

—Estoy segura de que lo verás completo en redes sociales más tarde. Te mando un enlace. Míralo.

—Está bien…

—En fin —continúa mamá, con un suspiro largo—, en realidad te llamo porque creo que ya es hora de pensar en mudar a Nana a una comunidad de retiro.

La cabeza me da vueltas y respiro hondo, tratando de mantener la calma. Cierro los ojos. Necesito recordar que mi mamá es dramática y exagera con facilidad. Su idea de una «crisis nerviosa» podría significar casi cualquier cosa. Además, Nana puede tener ochenta y tantos, pero se ve y actúa como si tuviera cincuenta. No hay razón para entrar en pánico… todavía.

Aun así, esta no es una conversación para tener en medio de una calle llena de gente. Me abruma. Ni siquiera puedo pensar en las preguntas correctas.

«Describe esa "crisis nerviosa"».

«¿Qué tipo de comunidad de retiro estamos considerando?».

«¿Hay algo que yo pueda hacer?».

En vez de eso, me muerdo el interior de mi labio y suelto:

—¿Y qué pasará con su casa?

—Obviamente, vamos a tener que venderla.

Arrugo la frente.

—¿Y qué opina Nana de eso? Ella ama esa casa.

Mamá evade la pregunta, como si nada.

—Le va a gustar más un lindo condominio frente a la playa, te lo aseguro.

—Ajá… —Pongo los ojos en blanco ante el flagrante narcisismo de mi madre—. Si tú lo dices.

—En fin —continúa mamá, con brusquedad—, esperaba que pudieras ayudar.

—¿Con qué?

—Nana se va a quedar conmigo unos días mientras encontramos una residencia de retiro, así que no puedo salir de la ciudad ahora mismo. ¿Podrías ir tú a la casa? Alguien tiene que alimentar a su gato y necesito saber en qué condiciones está la casa antes de intentar venderla.

—No sé, mamá. Eso no es exactamente un favor sencillo. Tendría que comprar un vuelo de último minuto y, la verdad, no puedo pagar eso ahora.

—Esta es exactamente la razón por la que te dije que no te mudaras tan lejos de casa. Si te hubieras quedado en Filadelfia, podrías haber ido en coche.

—Sí —respondo, seca—, y si hubiera ido a una escuela de negocios en vez de al conservatorio, tendría dinero para el boleto, ¿verdad?

Chasquea la lengua.

—Tú lo dijiste, cariño, no yo.

Frustrada, resoplo y cierro los ojos con fuerza.

—Claro… pero no lo hice, así que ahora mismo tendría que manejar doce horas o pagar una tarifa exorbitante de último minuto por un boleto que de por sí está carísimo. Si esto fuera para ayudar a Nana, lo hago sin problema. Pero no voy a dejarlo todo para ayudarte a vender su casa a sus espaldas.

Mamá hace un ruido de desaprobación en el fondo de su garganta.

—¿Pero qué hay de Sushi?

La imagen del enorme gato gris de Nana aparece en mi mente.

—¿Quién lo ha estado alimentando mientras tú y Nana estaban en las firmas de libros?

—Contraté a un cuidador de mascotas, pero se niega a quedarse más tiempo del que acordamos al principio. La casa le da miedo.

—¿Y no puedes hacerlo tú? Yo tengo que trabajar.

Mi mamá aspira bruscamente y, por primera vez desde que contesté el teléfono, suena contenta.

—Dios mío, Alixandrea, ¿conseguiste un trabajo nuevo?

Cierro los ojos y aparto el teléfono por un segundo, resistiendo el impulso de gritar.

—No. He estado intentando, pero el mercado está muy difícil ahora. He estado tocando el violín para ganar algo extra mientras busco otro trabajo.

Después de una pausa larga, dice:

—Bueno, no es como si no pudieras darte un tiempo para eso. Seguro no ganas mucho que digamos.

Miro el puñado de monedas en mi estuche de violín y suspiro.

—Tengo que colgar. Por favor, dile a Nana que estoy pensando en ella y que la llamaré más tarde.

—Pero…

Cuelgo antes de que termine.

Más tarde, manejo de regreso a casa con apenas veintisiete dólares en la bolsa y un sentimiento de culpa enorme.

¿Soy la mala en esta historia?

Por un lado, es una locura que mi mamá espere que vuele desde Chicago solo para revisar la casa de Nana. Especialmente considerando que ella y mi padrastro, Kevin, viven en Filadelfia, a apenas una hora de distancia. Por otro lado, mi tendencia patológica a complacer a la gente no me deja en paz. Siento que debería estar haciendo más para ayudar.

En un semáforo en rojo, le marco a mi mejor amiga, Jenna, para desahogarme. El tono de llamada resuena a través del Bluetooth del coche y luego se va al buzón de voz. Cuelgo sin dejar mensaje.

Carajo. No se me ocurre nadie más a quien llamar.

Fuera de Jenna y Nana, la única otra persona con la que hablo con regularidad es mi esposo, Ryan, pero son las tres y media de la tarde, así que sigue en el trabajo. En momentos como este, desearía no haber dejado que mi círculo social se hiciera tan pequeño.

En la universidad tenía un montón de amistades, pero con los años todos nos fuimos distanciando. Ahora soy demasiado consciente de que no tengo a nadie más a quien mandarle mensaje sobre mi día, ni con quien salir a cenar o a quién invitar a mi próximo cumpleaños: el treinta.

Una nueva oleada de tristeza me invade y eso solo me hace sentir más culpable.

En realidad, no hay nada malo en mi vida.

Sí, no tengo tantas amistades. Sí, me despidieron de mi trabajo mediocre de ventas —que de todos modos odiaba— y no encuentro otro porque una maestría en teoría musical no es precisamente lo más solicitado. Sí, mi matrimonio se ha sentido algo estancado últimamente. ¿Y qué? Al menos estoy manejando hacia mi bonito departamento. Al menos no me estoy muriendo. Las cosas podrían estar muchísimo peor.

El resto del camino me la paso regañándome a ratos por ser desagradecida y trato de pensar en cosas buenas en mi vida. Por desgracia, lo único que se me ocurre son unas galletas no reducidas en grasa y ese actor guapo de la película de *Un reino de espinas*. Sigo intentando pensar en una tercera cosa para agregar a mi lista cuando doy vuelta hacia mi calle.

Ryan y yo vivimos en el departamento de abajo de una casa de dos pisos en Wicker Park. La calle es linda, llena de árboles y, aunque la casa es más vieja que internet, ha tenido buen mantenimiento. Aun antes de que perdiera mi trabajo por recortes presupuestarios, jamás habría podido pagar este lugar sin Ryan.

Ahí está: eso es algo por lo que estar agradecida. Me encanta este departamento y, aunque mi matrimonio esté un poco aburrido, el trabajo de Ryan aún nos mantiene a flote mientras yo… estoy averiguando qué sigue.

Hay una camioneta negra desconocida en mi entrada, así que me estaciono en la calle y tomo mi violín del asiento del copiloto. Luego me acerco a revisar la camioneta antes de entrar a la casa. Al mirarla bien, distingo una pulsera de amistad rosa y blanca colgando del espejo retrovisor. Pongo cara de confusión.

Es el coche de Jenna.

No puedo creer que no lo reconociera de inmediato. Aunque, bueno, es una camioneta negra sin rasgos distintivos y no esperaba verla aquí. Jenna no me dijo que venía… ¿quizá está esperando para sorprenderme? Pero ¿por qué? Todavía faltan casi tres semanas para mi cumpleaños y mi mejor amiga no es precisamente la persona más espontánea.

Una sensación rara de nervios se me mete al cuerpo y subo las escaleras del porche casi corriendo, batallando con la llave.

En el instante en que entro, se me eriza el vello de la nuca. Nada parece fuera de lugar. Mi pila de zapatos sigue junto a la puerta: la novela romántica que estaba leyendo en el desayuno está en el sillón. Incluso mi café a medio tomar de esta mañana sigue en la mesa de centro, exactamente donde lo dejé. Y aun así, eso lo vuelve más raro. Si Jenna hubiera venido a verme, estaría esperándome afuera, sentada en el porche, o, a lo sumo, en la sala.

Como si respondiera a mis pensamientos, un golpe fuerte resuena por el pasillo, seguido de risitas.

Un escalofrío de horror me recorre el cuerpo: sudo frío y se me revuelve el estómago.

«Dios mío».

Una parte de mí ya sabe lo que voy a encontrar, pero mi mente se niega a procesarlo. Está acelerada, fuera de control; demasiado rápido para pensar, demasiado rápido para reaccionar.

No puedo respirar. No puedo moverme. Pero tengo que hacerlo.

Aferro el mango de mi estuche de violín, sin molestarme en dejarlo en el piso, y avanzo en automático hacia mi recámara.

Para mi horror, la puerta está abierta y, aunque todavía estoy a unos pasos, veo exactamente lo que temía desde el momento en que entré al departamento.

Jenna está sentada sobre mi escritorio, con las piernas desnudas abiertas. Entre sus muslos, de espaldas a mí, mi esposo la embiste con fuerza, haciendo que el escritorio golpee la pared con golpeteos rítmicos.

Me detengo justo afuera de la puerta y los miro, aturdida.

¿Qué carajos está pasando?

Ni siquiera estoy enojada —al menos no todavía—; solo estoy en *shock*. Y, de manera extraña, lo único que puedo pensar es en cómo ni siquiera llegaron a la cama. ¿Por qué mi escritorio? Están llenando mi teclado de semen. *¿Es que ya nada es sagrado?*

De pronto, como si sintiera mi presencia, Jenna voltea a verme. Nuestras miradas se encuentran por encima del hombro de Ryan y, por una fracción de segundo, parece tan sorprendida como yo. Luego inclina un poco la cabeza, como diciendo «lo siento», y aparta la vista, ignorándome.

En un segundo, mi mundo entero se hace pedazos.

Abro la boca para decir algo, para gritar, para hacer *lo que sea*. Pero no sale nada.

En cambio, doy media vuelta y salgo corriendo por el pasillo.

Abro la puerta principal de golpe y salgo tambaleándome al porche. Me doblo sobre mí misma mientras jadeo. El estómago me da vueltas y apenas logro no vomitar sobre mis zapatos.

Dios mío. *Carajo*, *Dios mío*.

Si yo fuera la protagonista de uno de mis libros, regresaría y los pondría en su lugar. Destruiría mi departamento. O, mínimo, me defendería.

Pero no lo hago. No puedo. Me volví un personaje secundario en mi propia vida y, ahora mismo, lo único que quiero es escapar.

Escapar se parece a una caja de pinot grigio a temperatura ambiente y a una habitación en un hotel barato.

Estoy recostada sobre un cobertor horrible, rojo con dorado, mirando una grieta en el techo bajo. Me doy vuelta, tomo la caja de vino del buró y giro la llavecita de plástico del costado. Lleno hasta el borde mi vaso con el logo del Marriott y me lo tomo en dos tragos.

El vino sabe a depresión.

A «vete al diablo».

A tres litros por menos de doce dólares en la gasolinera que está a una cuadra del hotel.

Vine aquí para pensar. Para decidir cómo voy a enfrentar a mi esposo. Para desentrañar cómo carajos llegamos a este punto.

Tengo veintinueve años; estoy casada y sin hijos, sin dinero, y ahora voy directo al divorcio.

¿Cómo carajos llegué aquí?

He soñado con un «felices para siempre» desde que tengo memoria. Es difícil no hacerlo cuando mi abuela literalmente escribió el manual sobre el amor predestinado. Por desgracia, las mujeres de mi familia tenemos fama de tener un pésimo gusto en hombres. Mi papá fue la única excepción, pero murió y el ciclo siguió como si nunca hubiera existido. Pensé que había

escapado de esa maldición generacional cuando me casé con Ryan, pero parece que no.

Mareada y borracha, busco mi teléfono para revisar si tengo mensajes o llamadas perdidas.

Nada. No ha cambiado nada en los tres minutos desde la última vez que revisé y no sé por qué pensé que sería distinto.

Abro mis redes sociales y deslizo la pantalla sin pensar, pasando por las publicaciones de la gente con la que fui a la preparatoria, presumiendo sus «felices para siempre» perfectamente curados. Aún peores son los anuncios constantes de carriolas y juguetes para bebé. Mis anuncios dirigidos trabajan tan duro como las fotos familiares de examistades para recordarme que ya debería ser adulta. Ya debería tener mi vida bajo control.

Supongo que nadie le avisó al algoritmo que lo poco que quedaba de mi «felices para siempre» se acaba de derrumbar a mi alrededor.

O quizá nunca tuve uno, para empezar. Tal vez quería tanto sentirme querida y cuidada que me engañé a mí misma, creyendo una fantasía.

Mi teléfono vibra en la mano y me sobresalta.

¿Será Ryan, llamando para explicarse? ¿O Jenna, queriendo disculparse? Miro la pantalla demasiado rápido, lo suficiente para que me dé vueltas la cabeza y el vino se derrame del vaso sobre el cobertor espantoso.

Una ola de decepción me recorre cuando veo «Mamá» en la pantalla.

«Dios, ya mejor que me caiga un rayo», me descubro pensando.

Prefiero masticar vidrio antes que contarle a mi mamá lo que pasó. Inevitablemente, encontrará la forma de convertir mi devastación en algo sobre ella. Como si esto fuera mi culpa. Como si la infidelidad de mi esposo fuera un reflejo de su supuesto fracaso al criarme.

Ya estoy muy grande para seguir con estos traumas maternos, pero a veces siento que, desde que murió mi papá, la única persona de mi familia que realmente «me entiende» es Nana.

Ese pensamiento sacude mi memoria y busco a tientas el teléfono, recordando de golpe por qué mi mamá me está enviando mensajes. Tenía que llamar a Nana esta tarde para asegurarme de que estuviera bien, pero se me olvidó por completo. Jenna y Ryan borraron su accidente de mi mente y ahora la culpa se amontona encima de todo lo demás.

Mamá ha enviado dos mensajes seguidos. El primero es un enlace a un video. El segundo dice:

Mamá:
Este es el incidente del que te hablé más temprano. ¡De verdad espero que cambies de opinión sobre ir a casa a ayudar!

Gimo. No es el mensaje más pasivo-agresivo que me ha enviado, pero sí suficiente para hacerme sentir culpable.

Abro el enlace y hago una mueca al ver los más de tres mil comentarios y un millón y medio de *likes* y *shares*. Es un video corto, claramente grabado con un celular.

En la parte superior, un texto en negritas dice:

Vi a Isabelle Reading perder la cabeza en la Northeast Fantasycon

«Ay Dios. Esto va a estar feo».

En el video, mi abuela está sentada detrás de una mesa larga y rectangular, sobre un pequeño escenario. Incluso con la imagen granulada, se ve hermosa. Como de sesenta, aunque tiene ochenta y ocho. Tiene el cabello plateado, largo, recogido en una cola de caballo baja, y una sonrisa amplia y cálida. La entrevistadora está a su lado, mientras que al fondo mi mamá mira su teléfono.

Alguien da golpecitos al micrófono y la entrevistadora presenta a Isabelle Reading, autora célebre de la novela romántica de fantasía más querida del mundo: *Un reino de espinas*.

Adelanto diez segundos, demasiado ansiosa para esperar.

—Estoy segura de que le hacen esta pregunta todo el tiempo —empieza la entrevistadora, emocionada—. Pero ¿de dónde sacó la idea para el mundo de Ellender?

—De un sueño —murmuro yo, por costumbre.

Ella soñó con un príncipe bestial en un castillo hecho de rosas y empezó a escribir el libro al día siguiente.

Es una respuesta que conozco bien. Una que he escuchado a Nana dar al menos cien veces, si no es que más.

Pero esta vez no lo hace.

Nana mira al público, entrecerrando los ojos como si las luces brillantes la cegaran. Su amplia sonrisa se desdibuja y levanta una mano para cubrirse los ojos. *¿Se está tambaleando?* Después de un largo silencio, la entrevistadora repite la pregunta.

La expresión de Nana se ensombrece.

—Yo lo vi.

La entrevistadora sigue sonriendo.

—Sí, primero vio Ellender en un sueño, ¿cierto?

—No. —La voz de Nana se afila—. Lo vi con mis propios ojos.

Los susurros se propagan entre el público. La entrevistadora pone cara de confusión.

—Bueno, me imagino que debe sentirse real para usted después de tantos años. Han pasado más de cuarenta años desde que publicó su primer libro… ¡toda una vida!

Nana la mira de reojo, pero es como si viera a través de ella; no a ella.

—Era real —dice, con más urgencia esta vez—. Apenas logré escapar.

—Claro —dice la entrevistadora, y su sonrisa se desdibuja mientras intenta recuperar el control de la conversación—. Entonces…

Nana se pone de pie de golpe; su silla rechina al deslizarse hacia atrás en el escenario. Su voz se eleva, presa del pánico.

—Él viene. Ya viene por mí.

En una esquina del encuadre, mamá irrumpe en el escenario. Se inclina y le susurra algo con urgencia a Nana antes de agarrarla del brazo e intentar alejarla del micrófono.

—¡No entiendes! —La voz de Nana se va apagando mientras mamá la arrastra más lejos—. El fuego no lo detendrá para siempre. ¡Las bestias vienen! ¡Él viene!

Cierro el video y me quedo viendo la pantalla negra del teléfono, en un silencio atónito. *¿Qué demonios fue eso?*

Siempre supuse que, para ser tan creativa como Nana, había que estar un poco chiflada. Es medio excéntrica, sí, pero nunca pensé que estuviera

realmente mal de la cabeza.

Pero ahora, otras cosas raras sobre ella vienen a mi mente.

Como el hecho de que habla de sus personajes ficticios como si fueran personas reales. O que sigue viviendo en Ironhill, Pensilvania, a pesar de la presión de sus vecinos, de la familia y del maldito gobierno de Estados Unidos.

Nana es una de las últimas ocho residentes de un pueblo minero rural en Pensilvania. Es casi, literalmente, un pueblo fantasma. Hace décadas, un accidente en la mina provocó un enorme incendio subterráneo que sigue activo hasta hoy. Vivir ahí es peligrosísimo, pero incluso después de que mi abuelo murió y de que Nana ganó millones con sus libros, se negó a mudarse.

Esa es la casa que mi mamá quiere que vaya a revisar y el hecho de que esté en un pueblo fantasma es, sin duda, la razón por la que ella no quiere ir. Demonios, comparada con mi propia casa ahora mismo, la casa rara y peligrosa de Nana suena como un paraíso…

Espera un momento.

Me incorporo demasiado rápido y me da vueltas la cabeza. La copa se me resbala de los dedos; el vino salpica sobre mis piernas, empapando mi pantalón de mezclilla y mi ropa interior.

—¡Rayos!

Me aparto de la mancha que se expande en la cama y empiezo a caminar de un lado a otro, Desbloqueo mi teléfono con la mano que no tiene vino y, sin pensarlo, llamo a mi mamá.

Contesta al segundo timbrazo.

—¿Bueno?

—H-hola, mamá.

—¿Alixandrea? —Hace una pausa y escucho el chasquido de sus labios —. ¿Estás bien? Suenas… rara.

«Suenas borracha», es lo que quiere decir. «Uff», exclamo para mí misma.

Me aparto un largo rizo castaño de la cara.

—E-estoy bien. Solo quería decirte que cambié de opinión. Con gusto voy a revisar la casa de Nana.

—¿En serio? —Toda la actitud de reproche desaparece de su voz, reemplazada por la misma cantidad de sorpresa que de alivio—. ¿Estás segura?

Cierro los ojos, con la voz aterrada de Nana resonándome en el fondo de mi mente. *Él viene. Las bestias vienen.*

Tal vez eso debería asustarme, pero no lo hace. Incluso si la casa me vuelve igual de loca que a ella, las «bestias» no pueden ser peores que mi esposo infiel, pronto a ser ex, y mi antigua mejor amiga.

—Estoy completamente segura —digo, y se me escapa el hipo—. Tomaré el primer vuelo a Ironhill mañana por la mañana.



CAPÍTULO 2

ALIX

Camino aturdida por el Aeropuerto Internacional de Lehigh Valley, con un Gatorade azul en una mano y el estuche de mi violín en la otra. Traigo una cruda espantosa, me muero de hambre y estoy más agotada que nunca en mi vida.

«Detesto a mi yo borracha por creer que esto era buena idea. Esa desgraciada quiere matarme».

No hay ninguna posibilidad de que encuentre un Uber dispuesto a llevarme hora y media hasta el medio de la nada, así que me resigno y busco el mostrador de renta de autos.

Cuando por fin encuentro la oficina de Enterprise, paso mi tarjeta de crédito y recojo mi sedán plateado reluciente; ya son las 8:03 p. m. El estómago me gruñe de hambre, pero no me detengo, ni siquiera para pasar por el autoservicio de McDonald's. Entre el costo del auto y mi ridículamente caro boleto de avión, ahora tengo exactamente ciento cincuenta y nueve dólares en la única cuenta bancaria a la que Ryan no tiene acceso. Ni siquiera alcanza para cubrir el pago mínimo de mi tarjeta de crédito.

Una nueva oleada de depresión me invade y siento un ardor punzante detrás de los ojos.

«¿En qué diablos pensaba cuando vine hasta acá?».

El zumbido del motor es el único sonido mientras avanzo veloz por la autopista casi desierta. La luna cuelga baja en el cielo, lanzando un

resplandor inquietante a través del parabrisas. La oscuridad y el silencio de la carretera vacía me hacen sentir aún más sola de lo que ya estaba.

Yo quería escapar de mi vida, pero esto no se siente como libertad; se siente como exilio.

Aprieto las manos hasta que los nudillos se me ponen blancos y me trago el nudo en la garganta. Si manejara hacia la casa de Nana para verla, quizá todo no se sentiría tan sombrío. Ojalá pudiera acostarme en su sofá, como cuando era adolescente, y contarle lo horrible que fue mi día. Ojalá pudiera contarle sobre Ryan y Jenna y escucharla maldecirlos mucho peor de lo que yo lo he hecho.

«Y sí se lo voy a contar». Nana no está muerta, solo… está envejeciendo, supongo.

Al salir de la carretera principal, veo los letreros familiares de «Peligro». Un par de millas después, aparecen más advertencias:

«Incendio subterráneo».

«Precaución: terreno inestable».

«Carretera cerrada. Busque ruta alterna».

Los ignoro y continúo hacia la plaza vacía del pueblo.

Estoy acostumbrada a ver, de vez en cuando, una granja condenada o un coche abandonado a la orilla del camino, pero Ironhill está en otro nivel. La mayoría de los edificios han sido demolidos o se vinieron abajo solos, pero alguna que otra casa deteriorada permanece en pie. En los caminos de entrada hay autos de los ochenta y noventa, oxidados, e incluso una gasolinera abandonada que anuncia gasolina a 16 centavos de dólar por litro. *Ya quisiera*.

La casa de Nana es de las poquísimas que aún se ven habitadas y cuidadas. Tiene un jardín enorme que florece a pesar de la contaminación del suelo.

Me detengo frente a la casa y, de inmediato, me siento menos sola.

El aire es fresco y seco; el calor del verano ya empieza a convertirse en otoño. Se escucha el sonido de los grillos y respiro hondo. Se supone que el aire debería estar contaminado debido al incendio en la mina, pero para mí huele a limpio. Mucho mejor que el aire de la ciudad en Chicago, por lo menos. Cierro los ojos y saboreo el momento.

Es tan silencioso aquí.

Mi teléfono suena de golpe. Lo saco de la bolsa sin siquiera procesar el nombre en la pantalla.

—¿Ryan?

—¿Qué? —dice mi mamá—. No, soy yo.

Me llevo la palma a la frente mientras mi ritmo cardiaco vuelve a la normalidad.

—Ah. Hola, mamá. Perdón, ¿qué pasa?

—Solo llamaba para asegurarme de que llegaste a la casa. Pensé que sabría de ti hace horas, pero ya sé cómo es la señal por allá.

—Perdón —repito, aunque no haya nada por lo cual disculparme—. Ya llegué. De hecho, acabo de estacionarme frente a la casa.

—¿Qué? —grita, como si yo estuviera al otro lado de un campo de futbol americano.

Vuelvo a repetirlo, incluso mientras la línea tiene interferencias.

—Ah, qué bueno —dice al fin, con la voz un poco lejana—. Voy a esperar a que entres. Quiero saber a qué nos enfrentamos.

—¿A qué te refieres?

—Ya sabes cómo es tu Nana. Su casa siempre es un desastre; solo quiero saber qué tan mal está.

Mientras habla, cruzo el césped y subo los escalones del porche delantero. La casa por dentro está a oscuras, pero la luz del porche está encendida. La pintura amarilla brilla bajo el resplandor cálido, y un montón de polillas y escarabajos revolotean alrededor de la lámpara colgante.

—Estoy segura de que no está tan mal, mamá.

Ella se burla:

—Quizá no según tus estándares.

Me muerdo la lengua. Tiene razón, en realidad. A mí me encanta la casa de Nana. No está sucia, solo es ecléctica. Si no estuviera construida sobre la maldita boca del infierno, probablemente querría vivir justo al lado.

Sujeto el teléfono entre el hombro y la oreja mientras me agacho a mover la maceta junto al tapete de bienvenida. La llave escondida está justo donde esperaba. Abro y entro. El aroma familiar me golpea al instante: canela, pintura al óleo y Pledge con aroma a limón.

Enciendo la luz del pasillo y sonrío.

La puerta principal da a un pequeño recibidor. Las escaleras al segundo piso están justo enfrente; la sala, a la derecha, y el comedor, a la izquierda. La mesa del comedor está cubierta con cientos de libros apilados en torres chuecas y tambaleantes.

Alcanzo el libro más cercano.

Debe ser que la editorial de Nana está cambiando las portadas de su saga para que coincidan con las nuevas películas, porque es la primera vez que veo esta edición de *Un reino de espinas*. En la portada aparece un hombre rubio, con orejas puntiagudas, sin camisa, de pie en un campo de rosas silvestres. Suspiro y dejo el libro.

—¿Y bien? —exige mamá.

Doy un brinco; casi había olvidado que seguía en la línea. Su voz suena más clara ahora que me moví a la cocina; la conexión *casi* parece normal.

—Perdón. Todo se ve bien, mamá. Igual que siempre.

Ella suspira.

—Eso era lo que temía. Nunca vamos a tener tiempo de revisar todas sus cosas.

—¿Y cuál es la prisa?

—He querido vender la casa desde hace años. Es peligrosa. No sé por qué insiste en quedarse ahí. No quiero dejarle otra opción a Nana cuando se sienta mejor; tiene que mudarse.

—Mmm.

Cruzo la cocina y abro el refrigerador mientras ella sigue quejándose sobre vender la casa. Se me hunde el corazón. No hay casi nada: solo un frasco de pepinillos, algo de cátsup y una caja de huevos caducados. Reviso la alacena y no está mucho mejor.

—Mamá —la interrumpo en sus divagaciones sobre la casa—, ¿cuándo fue la última vez que Nana estuvo en casa?

—¿Eh? Hace unas semanas, creo. Hemos estado viajando por las firmas de libros, ¿recuerdas?

«Carajo». Cierro el refrigerador y suspiro.

—Está bien, perdón, pero tengo que colgar. No he comido nada en todo el día y pensé que iba a encontrar algo aquí, pero supongo que tendré que ir a una tienda.

Mi consternación debe ser evidente en la voz, porque por primera vez en la vida, mamá dice algo útil:

—Ve a Ted's.

—¿A dónde?

La línea cruje un poco y tengo que esforzarme para escucharla.

—A Ted's. Es un bar pasando los límites del pueblo. Hacen unas hamburguesas estupendas.

Me sorprende tanto ese comentario tan impropio de ella que guardo silencio un segundo.

—¿Estás segura de que siguen abiertos?

—No han cambiado sus horarios en treinta años.

—Mmm, está bien. Gracias.

—No olvides darle de comer al gato antes de irte.

Colgamos.

Doy una vuelta buscando al gato de Nana, Sushi. No ha aparecido desde que llegué, pero eso no es raro. Seguramente anda cazando ratones en el ático.

Relleno rápido los tazones de comida y agua. Luego doy media vuelta y regreso sobre mis pasos hacia la puerta. La verdad no tengo dinero para comer fuera ahora mismo, pero mi estómago no me deja opción. Solo espero que mi mamá tenga razón y que este misterioso lugar llamado Ted's siga abierto.

De camino hacia el auto, algo brillante llama mi atención. Me detengo un momento para volver a mirar los libros sobre la mesa.

En la cima de la pila más cercana hay un relicario grande, de oro con rubíes, con la cadena enrollada debajo del colgante.

«Es el relicario de Nana».

Cuando era más joven, lo usaba todos los días y todavía lo saca para ocasiones especiales. ¿Por qué lo dejaría aquí, donde podría extraviarse tan fácilmente? ¿Será que su memoria sí está empezando a fallarle y olvidó que lo dejó aquí?

Lo recojo y la imagen del hombre rubio en la portada queda al descubierto una vez más.

No es una foto, como pensé al principio; es un dibujo sorprendentemente realista.

El hombre es casi inquietantemente apuesto, tiene una sonrisa burlona que da la impresión de estar mirando a quien lo observa. Pero nada me inquieta tanto como sus ojos azules.

Parecen vivos.

Un escalofrío me recorre la columna vertebral mientras paso la cadena de oro por mi propio cuello y escondo el colgante bajo la camiseta. El metal frío se calienta de inmediato contra mi piel, como si palpitara con vida.

Al girarme hacia la puerta, otro cambio en la portada capta mi atención.

Debajo del título de siempre, la nueva frase dice: «La Bestia se acerca».

Ted's es un edificio pequeño e independiente, de un solo piso, hecho de ladrillo, con un techo café descolorido y un letrero verde despintado. El estacionamiento está sorprendentemente lleno para ser miércoles por la noche: al menos veinte motocicletas y unos cuantos autos destartalados. Afuera, dos hombres y una mujer, todos con chamarras de cuero, están fumando.

Estaciono el auto y respiro hondo antes de bajar. No estoy exactamente asustada… más bien precavida. No se ve como un lugar en el que mi mamá pondría un pie, ni muerta. Demonios, parece más bien el tipo de lugar donde yo *moriría*, pero tengo tanta hambre que ya ni me importa.

Apenas entro, me golpea el olor a tabaco y comida frita. Miro alrededor, observando el lugar de tamaño medio: una barra larga a un lado, grupos de mesas redondas de madera en el otro. Al fondo, unas mesas de billar atraen a una pequeña multitud, mientras una rocola en la esquina toca a todo volumen una vieja canción de *country* que no reconozco.

Casi todas las mesas están ocupadas y todas las miradas se posan sobre mí. Incluso los jugadores de billar se detienen para observar.

Bajo la mirada y me aseguro, por segunda vez, de que el collar de Nana siga escondido bajo mi camiseta. Este lugar probablemente se ve más rudo de lo que es, pero no hay por qué llamar la atención mostrando un rubí de cinco quilates en el pecho. Nerviosa, jalo el borde de mi camiseta para ocultar la pequeña franja de piel sobre la cintura de mi pantalón de mezclilla y me echo los rizos detrás de las orejas.

Las miradas persisten mientras cruzo el bar y tomo asiento. Detrás del mostrador, el cantinero deja de limpiar el vaso que sostiene y me mira:

—Hola.

—Hola. ¿Me puedes dar un menú?

—Claro.

Me entrega uno y enseguida recita una lista de especialidades. Es guapo, supongo, con el pelo rubio despeinado y sonrisa de *golden retriever*. No es que importe. Aunque tuviera la opción, no estoy interesada. No lo estoy mirando por eso. Más bien es que nunca había tenido la oportunidad de mirar antes.

He estado con Ryan desde los dieciocho y nunca me he acostado con nadie más. Me he negado a ver a otro hombre durante toda mi vida adulta, al grado de que ni siquiera sé bien qué me parece atractivo. ¿Qué tan triste es eso? Tal vez ni siquiera me gusta lo que creo que me gusta.

—¿Querías tomar algo? —pregunta el cantinero.

Sacudo la cabeza para despejarme.

—Sí. Lo que tengas de barril y una hamburguesa con queso. Sin pepinillos.

Se aleja y, de pronto, vuelvo a sentirme perdida. No tengo nada que hacer ahora más que quedarme con mis pensamientos, y la necesidad de sacar el teléfono roza lo compulsivo. ¿Cómo vivía la gente con los silencios antes de los celulares?

La desventaja de venir aquí es que probablemente tenga buena señal ahora.

Me está costando cada vez más creer que Ryan y Jenna no me han llamado porque tuve el modo avión puesto todo el día… o porque la recepción es una porquería.

Me están ignorando, y cuanto más tiempo pasa sin saber de ellos, más empiezo a hacerme *gaslighting* a mí misma.

¿De verdad vi lo que creo que vi?

¿Jenna realmente me vio? Tal vez ni siquiera saben que lo sé.

¿Y si no era Ryan, sino otro tipo?

—Dios mío, me estoy volviendo loca —murmuro en voz alta, cubriéndome la cara con las manos.

—Lo dudo, Duraznito.

La voz es extraña, con un acento melódico… uno que no es de Pensilvania, ni de Estados Unidos. Giro la cabeza tan rápido que me duele, y mi mandíbula se abre de golpe. Tengo que cerrarla a propósito para no verme aún más loca de lo que ya parezco.

Cambio de opinión: *sí* sé qué me parece atractivo.

Sentado a mi lado está el hombre más físicamente impresionante que he visto. Incluso sentado, es alto, y su cabello color miel tostada es un poco demasiado largo: le cae sobre la cara y oculta parcialmente unos ojos verdes brillantes. Como casi todos los demás aquí, lleva una chamarra de cuero, pero en él no se ve intimidante, sino… *sexy*. Debajo usa una camiseta blanca sencilla, lo suficientemente delgada como para dejar ver la sombra de un tatuaje negro que asciende por su pecho y sube hacia su cuello.

—¿Qué dijiste? —pregunto, cuando recuerdo cómo se habla.

—Dije que no creo que estés loca, Duraznito.

—¿Duraznito? —pregunto, levantando una ceja escéptica.

No sé si debo sentirme ofendida o qué.

Él asiente con la cabeza hacia mi camiseta, con una sonrisa burlona.

Mis mejillas se sonrojan al recordar lo que traigo puesto. No tuve tiempo de empacar en Chicago, así que llevo el pantalón de mezclilla de ayer y una camiseta barata de *Mario Bros*. comprada en una tienda de regalos del aeropuerto. Es rosa, con una imagen de la Princesa Peach. A la altura del pecho dice: «Deliciosa como duraznos con crema».

«Con razón me miraban».

—Eh, s-sí —tartamudeo—. Bueno, eso en realidad solo prueba que te equivocas. Por lo que sabes, podría estar clínicamente loca.

Él me dedica una sonrisa engreída, mostrando una dentadura perfecta.

—Puede ser, pero si lo estás, creo que las chicas locas son *sexys*.

«Guau».

El extraño tiene un aura que desborda seguridad y ese acento suena a línea erótica telefónica. Mi estómago da un giro rarísimo y no tengo idea de qué decir.

—¿Cómo te llamas? —pregunta el hombre.

—Alix.

Puede que sea idea mía, pero casi parece que el hombre se relaja al oír mi nombre.

—Yo soy Daemon. —Me extiende la mano para que se la estreche, y su mirada se ensombrece cuando pasa un dedo por mi anillo de matrimonio—. ¿Casada?

Retiro la mano de inmediato.

—Pues… más o menos. En camino al divorcio.

Sus ojos verdes vuelven a encenderse.

—¿Metió la pata?

Suelto una risa y, por alguna razón, confieso:

—Se acostó con mi mejor amiga.

Es la primera vez que lo digo en voz alta, a cualquiera, y las palabras se quedan flotando un instante, se vuelven reales de golpe. Siento que no había procesado lo ocurrido hasta este momento, como si hubiera estado en *shock* las últimas veinticuatro horas y apenas ahora me cayera encima.

—Qué imbécil —rezonga—. Si tú fueras mi esposa…

Se interrumpe, dejando la frase incompleta. Me inclino hacia adelante, desesperada por saber qué iba a decir. Si yo fuera su esposa, ¿qué?

—¿Entonces por eso estás aquí? —pregunta, en cambio—. ¿Ahogando las penas?

—N-no exactamente —tartamudeo.

Le cuento por qué estoy aquí. Sobre Nana y cómo vine a revisar la casa por mi mamá, que está medio loca. Incluso mientras hablo, estoy cien por ciento segura de que lo estoy arruinando. Hace siglos que nadie coquetea conmigo y más tiempo aún desde que intenté coquetear de vuelta.

¿Se me ha olvidado parpadear? «Qué vergüenza».

—¿Te estás quedando en Ironhill? —pregunta Daemon cuando termino.

—Ajá…

—Entonces quizá puedas responderme algo.

—Puedo intentarlo.

Se inclina hacia mí como si fuéramos a compartir un secreto.

—¿Qué pasó aquí?

Ladeo la cabeza, confundida.

—¿Cómo que qué pasó?

—El pueblo —dice, haciendo un gesto vago con la mano—. Me habían dicho que aquí vivía gente, pero parece abandonado.

—Sí… está así desde hace años. ¿No has oído lo del incendio de la mina?

Daemon niega con la cabeza y yo entrecierro los ojos, mirándolo otra vez de arriba abajo. Es un poco mayor que yo, pero se ve como de treinta, treinta y cinco a lo mucho. Ironhill ha estado abandonado durante décadas, desde antes de que yo naciera. No es como que todo el mundo tenga que saberlo, pero él lo dice como si esperara que el pueblo siguiera en pie. Qué raro.

Giro mi banco para que mi rodilla roce la suya.

—Hace unos sesenta o setenta años, este era un pueblo minero muy concurrido, pero un día se desató un incendio en una de las minas.

—Ah —asiente, como si eso significara algo para él—. ¿Y qué pasó?

—Nadie sabe cómo empezó, pero una vez que el incendio se propagó ya no pudieron apagarlo. El carbón de la mina lo mantenía encendido y no había nada que se pudiera hacer para controlarlo. Los mineros y la gente del pueblo intentaron que el gobierno se involucrara, pero los ignoraron tanto tiempo que al final el fuego se comió toda la mina. Se extendió por kilómetros y el suelo se volvió increíblemente inestable. Empezaron a abrirse socavones, como portales al infierno, literalmente, y todo el pueblo sufrió intoxicación por monóxido de carbono.

Él alza una ceja.

—¿Y qué fue de ellos?

—¿De la gente? Casi todos sobrevivieron, pero se fueron. Hace como treinta años el gobierno declaró el lugar inhabitable.

Daemon sonríe de un lado, con gesto torcido.

—¿Pero tu abuela sigue viviendo ahí?

—Sí. El gobierno llegó a un acuerdo con los residentes para que pudieran quedarse hasta que murieran, pero nadie más puede mudarse. Ella es una de como diez personas que todavía viven ahí.

—Suena testaruda. ¿Qué hace todo el día con solo diez personas en todo el pueblo?

—Es escritora —respondo, tratando de que no se me note nada en la cara.

Debo fallar, porque Daemon sonríe y pregunta:

—¿No te gustan sus libros?

—No, no es eso. Sus libros son increíbles. Los he leído tantas veces que podría recitarlos de memoria.

—Entonces, ¿por qué pones esa cara?

Suspiro.

—Supongo que últimamente no estoy de humor para los «felices para siempre». Nana escribe historias increíbles de reinos fantásticos y romances predestinados. No sé… he estado demasiado tiempo en el mundo real como para creer en la magia.

Daemon toma un trago y asiente.

—En mi experiencia, Duraznito, todos los mundos son una mierda a su modo, y la magia solo lo complica más.

Me río.

—Eso me gusta. Definitivamente estoy aquí para un poco de nihilismo.

Él me dedica otra sonrisa antes de terminar su bebida de un trago.

—Oye —dice, acercándose aún más, lo suficiente para que su aroma a madera me envuelva.

«Ay, sí estoy poniendo atención».

—¿Crees que tu abuela recuerde a la gente que solía vivir aquí? ¿O que sepa a dónde se fueron?

—No sé. ¿Buscas a alguien?

—Lo hacía —responde, echándose un poco hacia atrás—. Pero empiezo a pensar que ella no vive aquí desde hace mucho.

Una punzada de decepción, vergonzosamente intensa, me recorre. Está buscando a una mujer. Claro que sí: es obvio que un tipo como él no pasa una sola noche sin compañía.

—¿Es alguien importante para ti? —pregunto, intentando sin éxito sonar casual.

Daemon se ríe y un destello de diversión brilla en sus ojos.

—No, para nada. De hecho, ni siquiera la conozco.

—Ah —digo, confundida—. Ya veo…

Antes de que pueda explicar más, la vibración de mi teléfono contra la barra nos distrae. Instintivamente lo tomo y palidezco cuando veo el nombre que aparece sobre el mensaje.

Ryan:

Oye, pensé que querrías hablar, pero
supongo que vas a ser inmadura y me vas
a evitar. Avísame cuando pienses superarlo
y volver a casa.

Me quedo viendo el mensaje con total incredulidad. ¿Eso es todo? Más de un día de silencio absoluto, ¿y eso es lo único que tiene que decirme? «Qué mierda».

Aunque sé que no debería seguirle el juego, le respondo el mensaje de inmediato.

Yo:
¿Que yo tengo que superarlo? Yo no soy la
que fue sorprendida poniendo el cuerno.

Por un breve instante, me siento satisfecha… hasta que aparecen tres puntitos en la pantalla. Los puntos aparecen y desaparecen, como si estuviera escribiendo y borrando su mensaje. Un segundo después, suena mi teléfono.

—Tengo que contestar la llamada, lo siento.

Daemon me hace un gesto con la mano.

—Adelante, Duraznito. No me preocupa.

—¿Preocupado por qué?

Sonríe con burla.

—Vas a volver. Aún no he terminado contigo.

—Eh… —empiezo a decir, pero el teléfono no deja de sonar y no puedo concentrarme en otra cosa—. Sí, claro. Ahora regreso.

Cruzo el bar con paso furioso y contesto justo cuando empujo la puerta para salir.

—¿Hola?

—¿Dónde estás? —exige Ryan, sin ningún preámbulo.

—Eso no es asunto tuyo.

—Claro que lo es —asegura mi esposo—. ¿Cuándo vas a volver a casa?

Respiro hondo y cierro los ojos.

—¿Por qué te importa? ¿Qué, quieres asegurarte de que Jenna ya salió de la casa antes de que llegue?

Hay un silencio tenso del otro lado. Ryan no responde. El estómago se me va al suelo con un presentimiento de horror.

«Dios mío».

Estaba siendo sarcástica, pero eso es justo lo que está pasando. Jenna está en mi casa ahora mismo con mi esposo y, en vez de preocuparse por mí, solo les preocupa el escándalo que haré si vuelvo a encontrarlos juntos.

«Carajo… mi vida entera se está desmoronando».

—Solo dime dónde estás —dice él al fin, con un tono uniforme, casi burlón—. Esto es ridículo, nena. Solo vuelve a casa para que podamos hablar.

—¡No! —Un calor punzante me recorre la nariz y la parte posterior de los ojos mientras trago saliva con dificultad—. Quiero el divorcio.

Ryan se ríe entre dientes. *De verdad se ríe*.

—Eso no va a pasar. Llevamos demasiado tiempo juntos como para tirarlo todo a la basura. ¿Qué va a pensar la gente?

—Tú eres quien lo está tirando, no yo.

Su voz se endurece.

—Fue un error, Alix. Tú eres tan crítica que nunca puedes dejar pasar nada. Y los dos sabemos que de todas formas no puedes pagar un divorcio. ¿Cómo vas a mantenerte sola cuando yo pago todas las cuentas?

Se me oprime el pecho y la primera lágrima se desliza silenciosamente por mi mejilla.

Ni siquiera estoy triste por separarme. No es a él a quien quiero; es todo lo demás. Con una sola decisión, me está quitando todo: mi matrimonio, mi amiga, mi música, porque ni de chiste podré seguir viviendo del violín como único ingreso. Me está arrebatando mi seguridad financiera, mi departamento y mi capacidad de confiar en los hombres, todo al mismo tiempo.

Me está jodiendo de una forma en que no lo había hecho desde que se llevó mi maldita virginidad.

—No puedo con esto ahora —digo, incapaz de contener ya las lágrimas —. Hablamos mañana.

—No —replica—. Quiero hablar ahora. Necesito saber dónde estás.

—Mañana hablaremos —digo entre dientes, antes de colgarle.

Apago el teléfono de inmediato y dejo escapar un suspiro tembloroso.

Miro el estacionamiento oscuro y el letrero de Ted's sin verlos en realidad. Ryan tiene razón en algo: no puedo pagar un divorcio… pero de alguna manera voy a arreglármelas, aunque tenga que tragarme el orgullo y pedirle dinero a mi mamá. Después de todo, mi matrimonio ya se acabó. Terminó mucho antes de hoy y ahora solo necesito aprender a vivir con eso.

Me arden los ojos, llenos de lágrimas de rabia. Regreso al bar hecha una furia, dispuesta a pedir una botella entera de vino. Tiro el teléfono contra la barra con tal fuerza que no me sorprendería que se haya roto la pantalla.

—¿Estás bien, Duraznito? —pregunta Daemon, inclinando la cabeza hacia mí con preocupación.

Parpadeo, sorprendida; casi había olvidado que seguía ahí.

Mi mente corre a toda velocidad. Ni siquiera conozco a este tipo, pero está siendo más amable conmigo que Ryan en los últimos años. Y sí, estoy bastante segura de que es amable porque quiere llevarme a la cama, pero ¿y qué? Está absurdamente guapo y detesto que Ryan sea el único hombre con el que he estado.

Se me acelera el corazón y me paso la lengua por los labios mientras una idea completamente loca empieza a tomar forma. Una idea que me haría ver como una demente.

Sin decir una palabra, me inclino hacia Daemon y presiono mis labios contra los suyos.

Espero que hablara en serio sobre que le gustan las chicas locas.



CAPÍTULO 3

ALIX

«Ay. Dios. Mío».

Dios mío, no puedo creer que esté haciendo esto. Nunca en mi vida he tenido una aventura de una sola noche. Ni siquiera me había acercado.

En mi cabeza, soy una cualquiera. Pero en la realidad, solo leo muchos libros subidos de tono. Hasta ayer, jamás me habría imaginado ligando con un desconocido en un bar. Al parecer, estoy haciendo muchísimas cosas distintas a las que hacía ayer.

Daemon me sigue hasta la casa en su motocicleta. *¡Maneja una maldita motocicleta!* Es obvio, claro que sí, porque tenía que volverse todavía más atractivo.

La luz de su faro entra por mi ventana trasera cuando llegamos a la entrada de la casa de Nana. Me quedo un segundo quieta antes de apagar el coche, mirando el resplandor amarillo de mis propios faros reflejado en la fachada. Quiero hacer esto… de verdad quiero, pero me tiemblan las manos de nervios y tengo el horrible presentimiento de que voy a hacer el ridículo.

Una sombra cae sobre mí desde afuera, por la ventana del copiloto, y levanto la vista para encontrar a Daemon parado, esperándome. Sonrío, apago el motor y salgo.

—Bonito lugar —dice, mirando la enorme casa amarilla y el jardín lleno de plantas que la rodea—. No es lo que imaginaba cuando dijiste que te estabas quedando en Ironhill.

Me río.

—¿Pensaste que te estaba atrayendo a mi cueva?

Sus ojos brillan con algo —creo que *sorpresa*— y luego sonríe. Se acerca y apoya la mano en la puerta, acorralándome contra la ventana del conductor.

—Para ser honesto, aunque así fuera, te habría seguido.

Mi corazón hace un repiqueteo ridículo y, de pronto, entiendo de verdad lo que significa la palabra «desfallecer». Sonrío y lo miro a los ojos, esos ojos increíblemente verdes. Es tan guapo, casi irreal. Como si no pudiera tocarlo justo ahora, porque se desvanecería y regresaría al lugar mágico del que salió.

En el bar, sentado, era difícil ver qué tan alto es, pero aquí afuera me lleva casi treinta centímetros: mido un metro sesenta y dos y no le llego ni a los hombros. Tengo que ponerme de puntitas para rodearle el cuello con los brazos, y mi camiseta se sube tanto que toda mi espalda queda contra el metal frío del coche. Tiemblo.

Daemon desliza sus manos grandes a mis costados y hunde los dedos en la piel descubierta de mi cintura. Contengo la respiración y pienso: «Dios, huele delicioso». Como un bosque húmedo, con quizá un toque de rosas.

Entonces baja la cabeza para besarme.

Sus labios son suaves y saben a una mezcla de canela y hierbabuena. El estómago me da un brinco y abro la boca, dejándolo explorar.

Desliza las manos por mi costado hasta tomarme las nalgas y, sin avisar, me agarra por detrás de los muslos y me levanta del suelo. Jadeo y entrelazo las piernas alrededor de su cadera. Lo siento endurecerse contra mí, justo donde más lo deseo, y me froto ligeramente, disfrutando la fricción de la mezclilla contra la mezclilla.

Se separa lo justo y susurra contra mis labios:

—¿Adentro?

—Sí. Yo…

Antes de que pueda terminar, me levanta con más firmeza y empieza a caminar hacia el porche. Aprieto las piernas alrededor de él y giro la cabeza para repartir besos a lo largo de su cuello y su mandíbula afilada. La barba áspera raspa mis mejillas y labios, pero no me importa. Quiero sentir esa rudeza en todo mi cuerpo, en cada centímetro de piel sensible.

Daemon sube los escalones cargándome y se dirige a la puerta.

—Hay una llave debajo… —empiezo a decir, pero me detengo cuando abre la puerta con una sola mano y entramos.

¿Qué? *¿Olvidé cerrarla con llave?* Qué raro… estoy segura de que lo hice.

La confusión desaparece en cuanto cierra la puerta de una patada detrás de nosotros y murmura contra mi cabello:

—¿A dónde, Duraznito?

«Mmm».

Miro alrededor de la entrada. La habitación de visitas donde suelo dormir está arriba, pero ni siquiera he subido aún. Por lo que sé, Nana pudo haber dejado materiales de arte por toda la habitación o decidió usarla como un invernadero improvisado, algo así. Eso sería raro de explicar y definitivamente arruinaría el momento.

—Al sofá —susurro, señalando con la cabeza hacia la sala a nuestra derecha.

La sala es probablemente el cuarto menos caótico, aparte de la cocina. Hay un sofá largo de terciopelo rojo pegado a un gran ventanal y varios sillones eclécticos alrededor de una mesa de centro con patas delgadas.

Daemon me lleva hasta ahí, navegando por el laberinto de muebles con destreza, y me baja al sofá de terciopelo rojo.

Tengo que echar la cabeza hacia atrás para verlo desde abajo mientras se cierne sobre mí. El corazón me late desbocado y, de pronto, estoy nerviosa otra vez.

Alejo la ansiedad a la fuerza y tomo las solapas de su chamarra de cuero para quitársela, deslizándola por sus brazos musculosos. Debajo trae una camiseta blanca muy simple y se me hace agua la boca cuando veo los tatuajes intrincados que le cubren ambos brazos, desde las muñecas hasta ocultarse bajo las mangas de algodón. Están hechos de un patrón continuo de símbolos. Parece una mezcla entre runas nórdicas y caracteres árabes antiguos.

—Bonitos tatuajes —digo.

Él mira su brazo y sonríe.

—Gracias.

Se arrodilla frente a mí y separo las piernas para que pueda ponerse entre ellas. Así, quedamos casi a la misma altura. Su sonrisa burlona es *sexy* y arrogante mientras sube las manos por mis muslos cubiertos de mezclilla.

Pasa los dedos por mi cintura, jugando con el botón de metal plateado de mi pantalón.

—¿Puedo quitarte esto?

—Por favor.

Forcejea un segundo con el botón y el cierre; yo levanto las caderas para ayudarlo a quitarme la prenda. La jala y la deja caer a un lado, y el aire fresco hace que se me erice la piel desnuda. Carajo, nunca en mi vida había estado tan agradecida por la depilación láser ni por traer ropa interior bonita. Mi tanga negra no combina con mi sostén, pero al menos no llevo unos calzones horribles de día de lavar ropa.

—Bonitos tatuajes —repite mis palabras, sonriendo.

Sus dedos recorren el tatuaje de una rosa en mi muslo derecho mientras me mira con una clara hambre en los ojos, y yo me retuerzo bajo su atención. Nadie me había mirado así jamás.

Me quito la camiseta por la cabeza, pero la tela se enreda en mi collar. Daemon estira la mano y lo desata con un toque cuidadoso. Su mirada se detiene un segundo en el colgante de oro sobre mi pecho antes de dirigirse al segundo tatuaje en mi brazo… y luego más abajo, a mi sostén de encaje morado. Su mirada se enciende y se inclina, presionando la boca contra mi clavícula.

«Santo cielo».

Echo la cabeza hacia atrás y gimo cuando desliza sus labios hacia abajo y succiona suavemente mi pezón derecho a través del encaje.

Le arranco la camiseta, revelando que los tatuajes le cubren los brazos, los hombros y el pecho. Está marcado por músculos tensos, como si pasara cada hora despierto en el gimnasio. Mis ojos se abren de par en par, se detienen en su abdomen y luego me obligo a volver a mirarlo a la cara, como si solo estuviera admirando los tatuajes y no ese cuerpo perfecto.

—¿Qué significan? —pregunto.

—Son algo de familia —responde, distraído.

—¿Como un lema?

—Algo así —murmura, y luego se inclina para capturar mi boca en otro beso.

Olvido mis preguntas mientras el beso vuelve a encenderse. Sube las manos por mis piernas desnudas y por mi vientre hasta tomar mis pechos. Aprieta suavemente y pasa los pulgares sobre mis pezones, rozándolos con las uñas. Un cosquilleo me recorre todo el cuerpo y se concentra entre mis piernas. Arqueo la espalda, presionando mi pecho con más fuerza contra él.

Baja por mi cuello, vuelve a mi pecho y más abajo hasta llegar a mi vientre, donde deja un beso —con la boca abierta— en la piel justo debajo de mi ombligo. Contengo el aliento, sobresaltada, al sentir su barbilla rozándome la piel, demasiado sensible.

Me abre las piernas y deja un beso sobre el encaje. Gimo y él abre la boca, pasando la lengua sobre la tela áspera hasta que estoy completamente mojada y retorciéndome.

—Quítamela —exijo.

Pero no me obedece; en cambio, mete un dedo por debajo del encaje y corre la tanga a un lado, dejándome expuesta. Me estremezco cuando vuelve a bajar la boca, esta vez succionando mi clítoris con fuerza entre sus labios.

—Qué sorpresa —murmura—. *Sabes* deliciosa, Duraznito.

Dios mío.

Nunca me había sentido tan bien. Ni siquiera cuando Ryan y yo acabábamos de casarnos y no podíamos mantener las manos quietas, que fue la última vez que alguien me hizo sexo oral. Cuatro años de sexo solo ocasional, aburrido y por compromiso, y yo ya pensaba que no me gustaba tanto el sexo real como a los personajes de ficción en mis novelas románticas.

Error. Error absoluto.

Sí me gusta el sexo y, aunque nunca vuelva a ver a Daemon después de esta noche, me alegra que haya sido él quien me lo recordara.

Daemon chupa mi clítoris con más fuerza, raspando apenas con los dientes, y al mismo tiempo introduce dos dedos dentro de mí. Sus dedos se curvan contra mis paredes internas y yo grito. Todo mi cuerpo se estremece y cierro los ojos, jadeando por aire.

Sin darme tiempo de recuperarme, se pone de pie. Se desabrocha el cinturón mucho más rápido de lo que logró quitarme el pantalón y luego se

sienta a mi lado en el sofá. Solo tengo un segundo para sorprenderme por el tamaño de su erección, firme hacia arriba, antes de que me jale hacia su regazo.

Dejo escapar un gemido entrecortado cuando siento la punta empujar contra mi entrada mojada. Empujo las caderas hacia adelante y me froto contra él, deslizando la cabeza de su pene sobre mí. Rayos.

En algún rincón de mi mente pienso que quizá debería pedirle que use condón. Al carajo, me arriesgaré. Estoy con anticonceptivos, e incluso durante el año que dejé de tomarlos, cuando Ryan y yo intentamos embarazarnos, nunca pasó nada. Ni siquiera estoy segura de poder tener un bebé.

Alejo ese pensamiento y me vuelvo a concentrar en el hombre frente a mí. Los ojos de Daemon son intensos, casi como si brillaran desde adentro. Emite un sonido bajo de placer y tira de mi sostén, bajando las copas para volver a uno de mis pezones.

Bajo un poco, apenas unos centímetros, y gimo, moviéndome contra él para buscar fricción en mi clítoris.

—Deja de provocarme —refunfuña contra mi piel, pellizcándome el otro pezón con fuerza suficiente para doler—. Quiero estar dentro de ti. Quiero que te sientes y brinques sobre mí hasta que te vengas tan fuerte que no puedas ver bien.

—Cielo santo —suspiro—. ¿Dónde aprendiste a hablar así?

—En prisión —dice con toda seriedad.

Está bromeando, ¿verdad? Tiene que estarlo. ¿Y me importa ahora mismo?

Ya cansado de esperar a que me mueva, Daemon me toma de las caderas con fuerza. Me gira, pega mi espalda a su pecho con un brazo y presiona todo mi cuerpo hacia abajo hasta dejarme sentada sobre él.

—Carajo.

Por un segundo no me muevo, dejo que mi cuerpo se adapte a la sensación. Late dentro de mí y la presión es tan intensa. Me siento al límite, increíblemente llena, casi demasiado, pero de la mejor forma posible.

Abro más las rodillas y me levanto lentamente, deslizándolo hacia fuera antes de hundirme otra vez. Me agarra con más fuerza, sus dedos se clavan

en mi piel. Sé que mañana tendré moretones en los pechos y en las caderas. *Me encanta*, *carajo*.

Me muevo más rápido y arqueo la espalda, dejando caer la cabeza sobre su hombro. Él roza mi oído con la boca y me estremezco. Luego pasa su brazo para agarrarme y encontrar mi clítoris, acariciándolo hábilmente mientras lo cabalgo.

—Carajo, Duraznito —jadea—. Te sientes demasiado bien.

Sin dejar de frotar mi clítoris con la otra mano, Daemon aparta mi cabello y chupa la piel justo debajo de mi oreja. Su lengua sube lentamente por mi cuello y un escalofrío me recorre por completo. Chispas eléctricas bailan a lo largo de mi piel, se encienden y arden. Arqueo la espalda y siento que todo mi cuerpo estalla en llamas. Mi clítoris late y las piernas me empiezan a temblar tanto por placer como por esfuerzo.

—¿Te vas a venir otra vez por mí? —murmura en mi oído.

Gimo, incapaz de articular palabra mientras muevo las caderas. Lo dejo entrar más hondo con cada embestida. La vista se me llena de destellos. Mi cuerpo se tensa y mis caderas se estremecen cuando las oleadas de placer me recorren. Me siento sin huesos.

Sin previo aviso, Daemon me levanta y vuelve a cambiar nuestras posiciones.

Me azota contra los cojines del sillón, y me hace jadear de la sorpresa. Con una gracia fluida que casi envidio, se coloca sobre mí y me penetra de golpe, llenándome con un placer tan intenso que se expande por todo mi cuerpo.

Grito cuando mi orgasmo estalla y me estrecho alrededor de él justo cuando él se viene.

Un calor súbito me recorre de pies a cabeza y me obliga a cerrar los ojos por instinto. Mis músculos se tensan y los dedos de mis pies se doblan mientras subo las rodillas. Daemon las mantiene abiertas, me penetra tan fuerte que mi cabeza rebota contra el descansabrazos acolchonado.

Nuestros gemidos se mezclan. Se pone aún más duro dentro de mí y luego se desploma hacia adelante, pegando su cara a mi pecho.

A pesar de la diferencia de tamaño, es extraño lo poco incómodo que resulta sentir su peso encima. Estoy totalmente envuelta en músculos cálidos

y tatuados, y me quedo ahí, quizá demasiado cómoda, mientras mi respiración se calma y mi ritmo cardiaco vuelve a la normalidad.

Por fin, se impulsa con las manos para verme. Nuestras miradas se encuentran y la frágil burbuja de felicidad del momento se revienta.

¿Y ahora qué?

¿Se va a ir? ¿Cuál es la etiqueta adecuada para un encuentro de una noche?

—Eh… —empiezo, sin tener idea de a dónde voy con esto.

Él sonríe, se aparta y luego se pone de pie.

—¿Tienes algo de tomar?

Me siento.

—La verdad no. Bueno, hay agua.

Me dedica una sonrisa arrogante y recorre mi cuerpo desnudo con la mirada antes de darse vuelta y caminar desnudo por la sala. Dios mío, quiero hundir mis dientes en sus nalgas.

—Agua está bien —Señala hacia el pasillo—. ¿Por aquí?

—Sí —murmuro, quitándome los rizos sudados de la cara—. La cocina está pasando el comedor.

—Perfecto —dice, ya alejándose—. Creo que vas a necesitar hidratarte antes de la segunda ronda.

Se me revuelve el estómago de emoción.

—¿Segunda ronda?

Él sonríe por encima del hombro.

—Claro, Duraznito. ¿Pensabas que podría conformarme con probarte solo una vez?

Carajo, creo que podría *enamorarme* de él. No de verdad, pero amo la forma en que me coge. Puedo sentir un verdadero encaprichamiento abalanzándose sobre mí como un tren a toda velocidad.

Lo observo, encantada, mientras cruza la entrada y atraviesa el comedor rumbo a la cocina. Se detiene de golpe frente a las pilas de libros sobre la mesa.

Toma uno y lo examina de cerca antes de girarse hacia mí con una expresión sombría.

—¿Qué demonios es esto?

—Eh… —Me toma un momento entender la pregunta—. Solo libros. ¿Alguna vez has oído hablar de Isabelle Reading?

—¿Isabelle? —dice despacio, con la voz un poco estrangulada.

El ambiente cambia de golpe. Carajo. ¿Será fan de Nana? Si quiere pasar el resto de la noche hablando de cuentos de hadas, me muero.

Me enderezo, buscando mi ropa a tientas. En su lugar, encuentro la camiseta de Daemon. Me la pongo como vestido y me pongo de pie.

—¿Qué pasa? —pregunto mientras camino por la sala.

Daemon sigue concentrado en los libros; sus hombros están tensos. Poco a poco se gira hacia mí y sus ojos saltan de mi cara a mi clavícula. Se detiene en el bulto de mi collar escondido debajo de su camiseta, mientras una ráfaga de emociones le cruza la mirada: horror, culpa, ira.

—Bueno… —Dejo escapar una risa nerviosa—. Me estás asustando. ¿Ya leíste los libros o qué?

—¿Cómo se llama el hombre de la portada?

Pongo cara de confusión.

—Ese es el rey Thorne, sale en el libro. ¿Y eso qué?

Daemon se humedece los labios, nervioso, y su apuesta cara se derrumba con resignación.

—Maldición, Duraznito. Lo siento muchísimo por esto.

—¿Lo sientes por qué?

Él alza una mano y no alcanzo a escuchar su respuesta, ya que todo se vuelve negro.



CAPÍTULO 4

DAEMON

¿Qué demonios está pasando?

Alix se desploma en el sofá, con la cabeza ladeada. La miro con horror absoluto y, aturdido, me dejo caer en una de las sillas del comedor, detrás de mí. Miro el libro que tengo en la mano y la sonrisa engreída de Thorne me fulmina desde la portada.

¿Qué demonios…?

Solo han pasado doce horas desde que crucé la barrera desde Ellender y llegué al reino mortal. Ni siquiera quería hacer el viaje, pero Thorne no me dejó muchas opciones.

O intentaba encontrar a esta tal Isabelle, o todos los que amo serían torturados.

No fue una decisión difícil.

Salí de Dyaspora con mis hombres, y con el viejo mendigo, pensando todo el tiempo que Thorne podría cambiar de opinión. Podría dar media vuelta y asesinarnos a todos antes de que yo tuviera la oportunidad de reaccionar, o tal vez arrojarnos al océano helado para que las sirenas nos ahogaran y devoraran.

Pero no lo hizo.

Thorne nos condujo fuera de la prisión de piedra cubierta de nieve y hacia la tundra congelada. La zona brillaba con la luz de docenas de antorchas y faroles, y legiones de soldados con casacas rojas esperaban, de pie, a que su rey regresara. Más allá de la orilla, un enorme barco, con las

velas ondeantes grabadas con el escudo de armas de Thorne, se mecía en el agua.

Esto estaba pasando de verdad. Íbamos a casa.

De pronto, Kastian me agarró del antebrazo y me giré para mirarlo.

—¿Qué?

Sus ojos cafés se abrieron.

—¿Estás seguro de esto?

—No —admití—. ¿Tú qué piensas?

Kastian miró el barco.

—Creo que mi padre se va a cagar en el pantalón cuando se entere de que logré escapar de Dyaspora con el rey de Vernallis.

Me reí con ironía. No dudaba de que tuviera razón.

Kastian había sido mi primer amigo durante el exilio. Nos conocimos de niños, cuando la corte de Hydratta visitó Vernallis. Nunca imaginé que la próxima vez que nos veríamos sería en la fría y yerma tierra baldía de Dyaspora, pero terminó siendo lo único que me mantuvo cuerdo en esos primeros años. Kastian fue desterrado de su propia corte apenas dos años después de que yo llegué y rápidamente se volvió mi confidente. Hasta el día de hoy, nadie más que yo sabía la razón de su destierro o quién había sido él en Hydratta.

—No creo que Thorne sepa quién eres —murmuré.

Él negó con la cabeza.

—Yo tampoco. Tu hermano nunca ha sido muy observador.

—Difícil observar algo con la nariz tan levantada.

Nervioso de que pudiera haberme oído, miré de golpe la espalda de mi hermano, varios pasos delante de nosotros. Thorne ni siquiera se inmutó: siguió su camino hacia el barco, ignorando las preguntas y comentarios de sus soldados al pasar.

—Escucha —le dije a Kastian, bajando aún más el paso para darnos un momento a solas—. Estoy seguro de que va a exigirme que vaya al reino humano en cuanto pisemos el continente. No sé qué piense hacer con ustedes mientras yo esté fuera.

—Apuesto a que nada —respondió Kas—. En verdad quiere que regreses, así que no tiene sentido hacernos daño mientras no estés. Asumo que estaremos a salvo por ahora.

—Pero si no regreso o no encuentro a esa mujer…

—Me aseguraré de que salgamos de Vernallis —prometió, sin que yo tuviera que pedírselo—. Si no vuelves en un mes, me llevo a Jett y a Fox a Hydratta. A tu madre y a tu hermana también, si aceptan.

Asentí una vez. Sabía que era una promesa sincera, porque volver a Hydratta casi garantizaba su propia muerte. Aunque yo no regresara jamás, al menos mi familia y la mayoría de mis amigos sobrevivirían.

Como suele pasar, mi predicción se cumplió muy pronto.

Apenas pisamos Ellender, Thorne exigió que encontrara el portal más cercano y empezara la búsqueda de su futura esposa.

Lamentablemente, no tenía idea de dónde buscar.

Isabelle llegó a Ellender hace sesenta años. Eso fue treinta años después de que me condenaran a Dyaspora. Nunca la conocí, no sabía cómo era, ni tenía la más mínima idea de cómo había encontrado Ellender en primer lugar. No sabía por qué se fue en lugar de casarse con Thorne, ni siquiera si seguía usando el collar que evitaría que envejeciera. Tal vez nunca lo usó y ahora yo buscaba a una mujer de ochenta años. O tal vez lo usó un tiempo y luego dejó de hacerlo. En ese caso, podría tener cualquier edad.

Toda la tarea parecía inútil. Como buscar una aguja en un pajar.

La única pista era que Isabelle cruzó a Ellender desde un pueblo llamado Ironhill.

Conocía la ubicación de cada portal por mi vida anterior, transportando personas y mercancías de un lado a otro entre los reinos. Hace siglos había incontables portales y podíamos movernos entre mundos con facilidad. Antes, las hadas y otros fae estábamos en todas partes, y los mortales nos veían como dioses o ángeles. Ahora, casi todos nuestros portales han sido destruidos y solo quedan unos cuantos lugares donde alguien puede caer accidentalmente en uno de los cuatro reinos fae, o toparse con alguna criatura que no pertenece a este mundo.

Los montes Apalaches son uno de esos lugares.

Cuando Thorne mencionó que su novia perdida era de Ironhill, entendí de inmediato que debía vivir cerca del portal de los Apalaches.

Pero incluso eso resultó un callejón sin salida.

Cuando empezó a anochecer, monté uno de los caballos de Thorne y partí, preparándome para un viaje incómodo.

La entrada al portal quedaba a cuatro horas a caballo y no podía darme el lujo de perder tiempo. No cuando sabía que necesitaba cruzar al otro reino antes del anochecer. Una vez que la oscuridad cubriera Vernallis, la maldición caería sobre cada miembro de la corte de Thorne y, para cuando volviera a ser yo mismo, no había forma de saber qué podría pasar.

Cabalgué tan rápido como pude rumbo al portal, sin prestar mucha atención a mi alrededor. No tenía tiempo de detenerme a maravillarme por la falta de nieve ni de apreciar las hojas de los árboles, no si quería llegar antes de que oscureciera.

Por fin, llegué al portal.

Salté del caballo y me paré ante la boca de la cueva. La oscuridad en su interior parecía extenderse hasta el infinito, un abismo sin fin que me erizó la piel.

No tenía caso demorarme.

Con la alforja de ropa colgada al hombro, entré en la boca de la antigua cueva y la oscuridad opresiva me tragó por completo. Pasé la mano por las paredes ásperas de piedra; mi pulso resonaba en mis oídos mientras avanzaba a tientas por túneles sinuosos durante lo que me pareció una eternidad. Al fin, el aire cambió. Una brisa fresca rozó mi piel, señal de que había llegado a la barrera oculta que separaba Ellender del mundo humano.

En cuanto mi pie cruzó la línea invisible que divide ambos mundos, un escalofrío me recorrió la espalda. El aire se volvió pesado de pronto y una sensación de inquietud se instaló en mi estómago.

Algo estaba mal.

El aire estaba denso por el humo, con un calor intenso y un olor penetrante que me llenó los pulmones y me dificultó respirar. Jadeé buscando aire y mis piernas se debilitaron.

Mientras el pánico me apretaba el pecho, sentí una presión familiar entre los omóplatos. Sin pensarlo, mis alas se desplegaron, mostrando su mezcla llamativa de plumas rojas y negras. Como la mayoría de las hadas y otros

fae, las mantengo ocultas, pero en momentos de emoción intensa se revelan solas.

Aferré la alforja desgastada y me cubrí los ojos del humo espeso que me rodeaba. Batiendo mis alas con todas mis fuerzas, me elevé del suelo y subí hacia el techo del estrecho pasaje de la cueva. El calor intenso y el humo me nublaban la vista, pero logré maniobrar por encima de las llamas hasta llegar a la salida. En cuanto irrumpí en el cielo abierto, inhalé una bocanada de aire fresco.

Una breve sensación de alivio me recorrió mientras sobrevolaba la zona y contemplaba la vista. Pero al mirar las calles vacías abajo, ese alivio se desvaneció de inmediato.

Era un pueblo fantasma, desierto y en ruinas. No había un alma, humana o de otro tipo, por ningún lado.

Aterricé suavemente en una colina y me detuve a recuperar el aliento.

Mi pulso se calmó y, por fin, mis alas desaparecieron, replegándose de nuevo en los tatuajes encantados que cubren mi espalda.

«¿Qué carajos está pasando aquí?».

El portal estaba casi destruido y ese pueblo parecía abandonado desde hacía generaciones. ¿Era posible que Thorne me hubiera enviado a una búsqueda inútil, con la intención de que me quemara en el pasaje?

Era posible, pero ¿para qué? Ya llevaba noventa años torturándome.

No, Thorne no podía saberlo. Eso significaba que el incendio era algún desastre natural o producto de un error humano. Tendría que usar otro portal para volver a Ellender. Si encontraba a Isabelle, claro.

Por ahora, necesitaba un plan.

Quizá alguien por aquí sabría algo de Isabelle y podría indicarme el camino correcto. Pero primero tendría que encontrar algunos humanos.

Me cambié rápido a mi ropa humana y dejé los harapos de prisión en el suelo. Luego lancé sobre mí un pequeño hechizo de ilusión. No lo suficiente para volverme invisible, pero sí para que cualquier humano con el que me cruzara me viera como uno de los suyos y no con mi forma fae. Tal vez seguiría pareciendo más atractivo que el humano promedio, pero eso no podía evitarse.

Partí a pie en dirección al pueblo. Al final llegué al único negocio abierto en la zona: un bar pequeño y deteriorado, con decenas de motocicletas

estacionadas afuera. Por lo menos no todo había cambiado en el mundo mortal, al menos por lo que recuerdo: la gente seguía usando cuero y mezclilla, y mi disfraz no llamaba la atención.

Me senté en la barra y pedí una bebida. Pronto me hundí en mis pensamientos.

Solo hay un tiempo limitado en el que un humano puede ocultar el hecho de que es inmortal. ¿Diez años? ¿Quizá veinte, como máximo? Después de eso, Isabelle habría tenido que quitarse el collar o mudarse para evitar atención indeseada.

¿Debía buscarla de todos modos? ¿Debía encontrar a otra chica mortal y esperar que Thorne, con su atención ridículamente breve y su corazón indiferente, no notara la diferencia?

Pasó una hora y yo seguía sin decidirme. Mi bebida ya no era más que hielo derretido en el fondo del vaso. Justo en ese momento se abrió la puerta y alcancé a ver una cabellera larga, rizada y oscura.

Me quedé sin aliento.

Antes de ser condenado a la isla prisión, había tenido muchas amantes, pero eso fue hace mucho tiempo. Rara vez enviaban mujeres a Dyaspora y las pocas que llegaban no duraban mucho. En consecuencia, no había estado con nadie en más de noventa años.

Ella era impactante: cara pálida en forma de corazón, piel clara, casi luminosa. Su rostro era joven, pero sus enormes ojos azul grisáceo mostraban que no era una niña. Había visto lo suficiente del mundo como para estar desencantada de él. Usaba un pantalón de mezclilla ajustado y una camiseta rosa de manga corta con un estampado al frente. Al acercarse más, vi que decía «Deliciosa como duraznos con crema» sobre el pecho. *¿Era una promesa o solo una sugerencia?*

No era coincidencia que los mitos humanos estuvieran llenos de varones fae seduciendo doncellas. Nosotros encontrábamos a las humanas tan bellas y tentadoras como ellas a nosotros. Un emparejamiento digno de un cuento de hadas. O del infierno, en este caso.

«Maldita sea».

—Por el amor de Dios —murmuré, sacudiendo la cabeza.

Con la mandíbula apretada, aparté la mirada de la mujer del mensaje sugerente y me terminé lo que quedaba de mi bebida. No podía darme el lujo de distraerme, no ahora.

Me incorporé para irme, pero antes de que pudiera hacerlo, ella se dejó caer en el asiento junto al mío.

Incapaz de apartar la mirada, me quedé donde estaba, observando cómo llamaba al cantinero y pedía una cerveza y una hamburguesa con queso. Luego apoyó la cabeza en la mano y se quedó mirando al vacío durante un largo momento. Se veía… ¿triste? ¿Enojada, quizá?

—Dios mío, me estoy volviendo loca —dijo.

—Lo dudo, Duraznito —aseguré antes de poder detenerme.

Esas palabras fueron el peor error de mi vida.

Ahora miro al otro extremo de la sala, hacia el cuerpo inconsciente de Alix.

Hace un momento, lo único que veía era su cara bonita, sonrojada por el orgasmo. Ahora, desearía no haber entrado nunca a ese bar. Ojalá no la hubiera conocido. ¿Cuáles eran las probabilidades de que, de todas las mujeres del mundo, encontrara de inmediato justo a la que buscaba… sin saber que era ella?

Parece increíble. En serio, increíble a más no poder. Pero ahora que las piezas del rompecabezas empiezan a encajar, no puedo evitar ver todas las señales que pasé por alto:

El libro con el retrato de mi hermano en la portada, escrito por Isabelle Reading.

El collar de oro con rubíes de Alix, al que no le presté atención.

El hecho de que estamos en la última maldita casa de Ironhill.

La mente se me llena de preguntas mientras alterno la mirada entre Alix y el libro en mi mano.

Aunque ya estoy casi seguro, una parte de mí todavía quiere probar que estoy equivocado. Abro la portada del libro, ocultando la sonrisa arrogante de Thorne. Frenético, paso las hojas, leyendo una oración al azar aquí y allá. De pronto, la palabra «Ellender» salta ante mis ojos y una nueva oleada de náuseas me golpea.

Cierro el libro de un chasquido y eso me deja ver la contraportada. Una imagen en blanco y negro de una mujer me mira. Al instante, paso la vista de la foto a la mujer tendida en el sofá. No me queda duda: es la misma persona. El parecido es asombroso: el cabello, los ojos y, sobre todo, el hecho de que Alix lleva exactamente el mismo collar que en la fotografía.

Trato de recordar lo que dijo Thorne sobre ese collar. Es un relicario de oro con su emblema grabado en la parte trasera y, dentro, guarda un espejo encantado. El corazón me late más rápido mientras me pongo de pie y cruzo la habitación en dos zancadas. Extiendo la mano hacia el cuello esbelto de Alix y jalo suavemente la cadena que asoma bajo el escote de mi camiseta, que tomó prestada.

El colgante de oro está tibio al tacto cuando lo volteo. Sabía lo que iba a encontrar, pero igual me perturba ver la insignia de la rosa de Thorne. Ni siquiera necesito abrir el relicario para estar seguro.

—Me estoy volviendo loco —murmuro en voz alta, repitiendo las mismas palabras que Alix dijo antes.

Espera. ¿En qué demonios estoy pensando?

Estoy repitiendo las palabras de *Isabelle*. Alix *es* Isabelle. No hay otra explicación.

Esto es un maldito desastre.

Vine aquí para encontrar a Isabelle y, contra todo pronóstico, lo logré en menos de un día. Debería estar encantado con mi buena suerte. Debería estar ansioso por aprovechar la oportunidad de salvar a mi familia y a mis amigos, y recuperar mi antigua vida al mismo tiempo.

Pero no lo estoy.

El estómago se me revuelve y estoy más conflictuado de lo que debería. Acabo de conocer a esta mujer. Y, sin embargo, ¿qué clase de monstruo se acostaría con una mujer y luego la entregaría para obligarla a casarse con otro hombre?

Esto no se trata de nosotros. Se trata de cada habitante de Ellender. Una mujer mortal a cambio de la supervivencia de una raza entera no puede ser un mal trato. Además, no es como si la fuéramos a matar. Muchas mujeres matarían por tener la oportunidad de ser reina.

Ni yo mismo creo mis mentiras, pero me pongo de pie de todos modos, con la rabia hirviendo justo bajo la superficie. Recojo mi ropa del suelo y me visto rápido, dejando solo la camiseta que Isabelle lleva puesta.

Estoy metiendo un ejemplar del libro de Isabelle en la cintura de mi pantalón cuando algo roza mi pierna. Me sobresalto y miro hacia abajo.

Un enorme gato gris, con ojos verdes gigantescos, me mira y maúlla fuerte.

—Quítate —murmuro, espantándolo con la mano—. Por el amor de Dios. ¿Tienes hambre? ¿Es eso?

—Miauuu.

No tengo tiempo para esta estupidez.

Agarro al gato y miro alrededor, buscando algo para transportarlo. Por un instante, desearía haberme llevado la alforja de Thorne en vez de dejarla en la colina con mis harapos de prisión.

Una bolsa de tela cuelga de un gancho junto a la puerta y meto al gato dentro. Se retuerce, bufando furioso.

—Cállate —reprocho—. Al menos no te estoy dejando aquí para que te mueras de hambre.

Tal vez Isabelle se alegre de tener a su gato con ella en Ellender. ¿Lo suficiente como para no odiarme por secuestrarla? Probablemente no, pero no pierdo nada intentándolo.

Cargando al gato, que forcejea sobre mi hombro, me agacho para levantar el cuerpo inerte de Isabelle. Su cabeza cae hacia un lado y se me apoya en el hombro.

Solo entonces me doy cuenta de que no hay manera de llevar a ambos a ningún lado sin llamar la atención, y mucho menos de subirlos a la motocicleta que acabo de robar.

Salgo muy decidido al patio, respiro hondo y despliego mis alas antes de elevarme al cielo.

Casi me alegra tener que encontrar un portal distinto al que usé para llegar. El siguiente queda a horas de distancia, pero me pone contento, si eso significa retrasar el momento en que Isabelle despierte por fin y me vea como la bestia que soy.



CAPÍTULO 5

ALIX

Despertar sin recordar el momento en que me quedé dormida es una sensación increíblemente extraña.

Estoy acostada de lado, con los ojos aún cerrados, medio consciente del martilleo dentro de mi cabeza. El aroma a rosas llena el aire. Escucho un sonido como de algo que se precipita y el golpeteo rítmico de la lluvia contra el vidrio: agudo y entrecortado, como ciento ochenta pulsos en un metrónomo.

Entrecierro un ojo y, de pronto, varias cosas me caen encima. No estoy en mi casa, ni en mi hotel, ni siquiera en la casa de Nana. Me incorporo de golpe, presa del pánico, y todo me da vueltas.

«Dios mío».

Estoy sobre una cama suave y elegante, en un cuarto que no reconozco. El techo es altísimo y las paredes, de una piedra color arena suave, están cortadas por ventanales arqueados con patrones geométricos. Afuera está lloviendo, porque no logro ver nada más que agua y condensación sobre el vidrio. La cama está cubierta por un edredón de seda bermellón, a años luz del cobertor rojo y barato del Marriott.

Desorientada, bajo las piernas por el costado de la cama. Una corriente de aire frío me roza las piernas y miro hacia abajo. Traigo puesta únicamente una camiseta. Sin zapatos. Sin calzones. Nada. Y lo peor: la camiseta ni siquiera es mía.

«¿Qué demonios está pasando?».

—Con calma, Duraznito —dice una voz conocida—. Cruzar el portal puede ser desorientador.

Giro la cabeza y doy un brinco.

—¿Daemon?

Daemon está recargado en una silla de madera frente a una puerta que se ve pesadísima, con los pies subidos sobre un tocador blanco de patas delgadas. Volvió a ponerse su pantalón de mezclilla y ahora lleva una chamarra de cuero encima del torso desnudo y tatuado. Tiene la cara inexpresiva, casi aburrida; no es la cara de alguien que no tiene idea de dónde está.

Se acerca con la arrogancia segura de un hombre. Su expresión es difícil de leer: no está exactamente enojado, pero tampoco es tan amable como anoche. Me empuja una taza de agua entre las manos.

—Toma.

Aún aturdida, me tomo el agua sin pensarlo demasiado. El líquido, a temperatura ambiente, casi me quema la garganta al bajar y toso. De algún modo, eso termina de despejarme y un chispazo de terror me atraviesa.

«Dios mío, ¿me están secuestrando?».

—¿Dónde diablos estoy? ¿Qué está pasando?

Daemon alcanza una jarra de agua sobre el tocador y vuelve a llenar mi taza. Esta vez no la acepto y él suspira, dejándola ahí.

—Escucha, sé que estás confundida, pero necesitas tranquilizarte para que podamos hablar.

Aparto la taza con un manotazo.

—¿Que yo necesito tranquilizarme? ¿Estás mal de la cabeza? En todo caso, no estoy lo suficientemente asustada. Lo último que recuerdo es que estaba en el sofá de la sala de Nana y… —Mi voz se desvanece y siento un calor feroz subiéndome por la cara.

Daemon hace una mueca: la primera muestra de emoción que le veo desde que desperté.

—Lo sé. Y lo siento, pero…

—¿«Lo sientes»? —Me pongo de pie—. No me importa si lo sientes. De verdad espero haberme quedado dormida en ese sofá y que esto sea un sueño muy muy vívido.

—No es un sueño —declara Daemon, con los ojos ligeramente entornados—. ¿Puedes callarte y escuchar?

—¿Tienes miedo de que alguien me oiga? —Abro la boca y grito con todas mis fuerzas—: ¡Fuego! ¡Hay un incendio aquí!

—Muy bien, ya es suficiente.

Daemon se acerca, me tapa la boca con la mano y me sujeta de la cintura, levantándome del piso antes de dejarme caer de nuevo sobre la cama. Se inclina sobre mí y su estatura y sus músculos ya no me parecen atractivos. Ahora se ven como armas. Como si pudiera asfixiarme sin pensarlo dos veces.

—Me importa un carajo si alguien te escucha, Duraznito —dice, aún con la mano sobre mi boca—. Estoy intentando explicarte lo que pasó y no tenemos mucho tiempo. Cierra el hocico y escucha antes de que pierda la paciencia.

Lo miro por encima de su palma grande.

En el bar fue tan amable, pero quizá solo era un acto para que bajara la guardia. Claro, el primer hombre que logra provocarme un orgasmo mejor que mi vibrador tenía que ser un secuestrador asesino en serie.

Asiento despacio. Daemon retira la mano de mi boca con cuidado. Como no grito, se relaja.

—De todas formas no serviría de nada —dice, pasándose la mano por la cara—. Nadie en Ellender le prestará atención a los gritos de una humana.

Me pongo rígida.

—¿Acabas de decir «Ellender»?

Asiente, echándome una mirada como si yo fuera la que se está perdiendo algo obvio.

—Por supuesto. No te hagas la sorprendida.

Mi corazón late tan rápido que me retumba en los oídos. «Carajo», es lo único que puedo pensar.

Ellender es el reino de los libros de Nana. Un mundo de fantasía y magia que cualquier adolescente moriría por visitar. Excepto que *no es real*. ¿Será que Daemon es algún fan trastornado?

Dios mío, con razón dijo que le gustan las chicas locas. El tipo está completamente desquiciado.

Daemon vuelve a sentarse en la silla frente a la puerta mientras yo repaso mentalmente cada pódcast de crímenes reales que he escuchado, cada episodio de *La ley y el orden: unidad de víctimas especiales*, y hasta la plática sobre seguridad personal de la secundaria. Necesito forzarlo a que me deje sola; de lo contrario, nunca tendré la oportunidad de buscar una forma de escapar.

—¿Puedo tomar más agua?

Daemon estira la taza que antes rechacé y me la ofrece. Me inclino para tomarla, pero a propósito dejo que se me resbale. La taza se estrella en el piso y rueda bajo la cama.

—¡Lo siento!

Daemon suspira, fastidiado, y mira su jarra.

—Tengo que volver a llenarla.

Mi corazón da un brinco de emoción cuando camina hacia la puerta. No veo que saque ninguna llave, pero el cerrojo hace clic de todos modos. Abre la puerta y se detiene ahí, bloqueando con su gran cuerpo todo lo que haya afuera.

—Vuelvo en un segundo. No te muevas.

Asiento, con el corazón latiendo tan fuerte que casi me sorprende que él no pueda escucharlo.

—Sí, claro.

Sale y cierra la puerta detrás de él con un golpe seco. Contengo la respiración, esperando que olvide ponerle seguro, pero para mi desgracia escucho otro clic, seguido del eco de sus pasos alejándose.

Una oleada fría de adrenalina me recorre, erizándome el vello de la nuca. Me pongo de pie de un salto y doy vueltas de forma torpe, buscando un teléfono, un reloj o cualquier cosa. Solo puedo asumir que estamos en un hotel. No se parece a ningún hotel en el que haya estado, pero la decoración es tan lujosa que no hay forma de que sea su casa.

Me dirijo a la ventana más cercana con las piernas temblorosas. Limpio un pedazo de la ventana empañada y pego la nariz al vidrio frío, entornando los ojos para mirar los alrededores empapados por la lluvia. Lo único que distingo son montañas y un tramo de cielo oscuro. Eso no me dice nada: las montañas podrían estar en cualquier parte de los Apalaches y el cielo oscuro

podría deberse a la tormenta o a la hora del día. Podría ser mediodía, por lo que sé.

Sin rendirme, me volteo y corro hacia la puerta, probando la perilla. No me sorprende encontrarla cerrada, pero igual me recorre un sentimiento de decepción. Examino la manija: es de bronce, pesada, con un ojo de cerradura lo bastante grande como para dejar pasar una rendija de luz desde el pasillo. Recorro la habitación con la mirada, buscando algo que me ayude a abrirla.

Aparte de la enorme cama, no hay demasiados muebles en la habitación. Abro de golpe un armario blanco y dorado y está vacío. A un lado hay un pequeño tocador sobre el que no hay nada más que un candelabro dorado y una taza de té vacía y despostillada.

La frustración me golpea cuando abro de un tirón el cajón del tocador. Meto la mano hasta el fondo; mis dedos tantean la madera lisa hasta topar con algo pequeño y delgado. Un alivio cálido me inunda cuando saco un pasador de cabello con aspecto *vintage*. «Oh, sí».

Me toma apenas un par de giros con el pasador antes de escuchar el clic del cerrojo. Abro la puerta de golpe y se me escapa un grito involuntario. Al otro lado de la puerta, intentando abrirla al mismo tiempo que yo, hay una… *criatura*.

La criatura es baja, me llega a media altura del pecho, y va vestida con un traje estilo feria renacentista para niña: falda larga roja, un corpiño negro de algodón y un abrigo a juego. Pero no es la ropa lo que me hace gritar.

Es su cara.

No es… humana.

No hay otra forma de describirlo y mi cerebro batalla por encontrar una explicación. Esta cosa no es humana, pero tampoco parece un animal. Su piel escamosa, de un morado apagado, cubre una cara angulosa con una forma parecida a la de un ratón. Sus ojos son negros como un escarabajo y no tienen pupilas, como los de un insecto.

—¿Señorita Isabelle? —pregunta la criatura, con una voz aguda—. ¿Se encuentra bien?

Da un paso hacia mí, sosteniendo una tetera blanca en su mano larga y huesuda. Grito aún más fuerte y retrocedo hasta chocar contra la cama.

La criatura hace una mueca —supongo que de alarma— y gira el cuello por encima del hombro.

—¡Odessa! Entra ahora.

Antes de que pueda hacer algo más que pegarme a la cama, otra figura vestida de negro y rojo aparece en la puerta.

La segunda desconocida al menos tiene forma humana, aunque eso tampoco ayuda mucho. Esta mujer tiene una cara tan absurdamente hermosa que no parece real. Se echa el cabello rubio fresa por un hombro y arruga la nariz al verme.

—¿Qué está pasando?

La primera criatura gira hacia la recién llegada y ladea la cabeza, como encogiéndose de hombros.

—Algo le pasa a nuestra señora.

Miro de un lado a otro, entre la Barbie androide y la alienígena morada. Verlas me llena de un terror tan inquietante que me dan ganas de enrollarme en el piso. En vez de eso, miro la puerta. Sigue completamente abierta. Por primera vez en mucho tiempo, decido seguir mis instintos: me lanzo entre las dos criaturas monstruosas, que se quedan pasmadas, y salgo al pasillo.

«Dios mío. ¡Dios mío, Dios mío!».

Corro por el pasillo mientras resuenan gritos detrás de mí.

No noto casi nada a mi alrededor mientras avanzo, pasando puerta tras puerta. No tengo idea de dónde diablos estoy ni qué está pasando, pero no voy a quedarme a esperar explicaciones. Me voy a largar de aquí inmediatamente, ahora mismo.

«Puedo hacerlo».

Corro hasta llegar a lo alto de una enorme escalinata de piedra. La escalera baja hacia un vestíbulo de entrada. Bajo de dos en dos los escalones y alcanzo la parte inferior justo a tiempo para ver más criaturas alienígenas: unas azules, otras de un café rojizo y otras tan pálidas que parecen translúcidas.

La criatura más cercana da un paso hacia mí, ladeando su enorme cabeza en un gesto que imita la preocupación.

—¿Mi señora? ¿Ocurrió algo?

«Carajo. Olvídenlo, no puedo con esto».

Como hija de los 2000 que se respete, he leído mi buena parte de libros de fantasía. He visto películas con extraterrestres y monstruos, con efectos especiales tan buenos que casi parecen reales. Pero una cosa es ver una criatura hecha por computadora en pantalla y otra es mirar a los ojos enormes, como de insecto, de un duende humanoide en carne y hueso.

Esto tiene que ser un sueño, alguna pesadilla rarísima, quizá provocada por alguna droga, porque no hay forma de que realmente haya caído dentro de uno de mis libros de fantasía.

Me hago a un lado de la criatura y corro hacia las imponentes puertas dobles. Me arrojo contra ellas, empujando con toda mi fuerza, hasta que por fin ceden y salgo tambaleándome al exterior.

Mi mente se queda en blanco. Pensé que, si podía salir, tendría alguna idea de dónde estaba, pero de alguna manera estoy más confundida que nunca.

Las puertas dan a una escalinata larguísima y ancha que baja hasta lo que solo puedo describir como los terrenos de un castillo: un jardín inmenso, un campo enorme de rosas y, al fondo, montañas imponentes.

Y, para colmo, *sigue lloviendo*.

Había olvidado el aguacero que golpeaba la ventana en mi urgencia por escapar, pero ahora la lluvia me empapa el cabello y moja toda mi camiseta delgadísima.

Parece que estoy compitiendo en el concurso de camisetas mojadas más triste del planeta.

—¡Oye! —grita una fuerte voz masculina detrás de mí—. ¿Qué estás haciendo?

El grito me pone la espalda rígida y, por puro reflejo, me enderezo y miro por encima del hombro.

Para mi alivio, no es Daemon.

Un grupo de hombres desconocidos corre detrás de mí, cruzando el vestíbulo del castillo. Creo que el que va a la cabeza fue quien me gritó. Es alto y tan guapo como Daemon, con piel de bronce profundo y cabello negro ondulado, a media altura, que le cae sobre los ojos oscuros entrecerrados. Va vestido como una mezcla entre soldado de guerra revolucionario y extra en una película de piratas: pantalón negro ajustado dentro de botas hasta la rodilla y una casaca militar roja.

Por un largo segundo, cargado de tensión, me quedo ahí, en lo alto de la escalinata, dejando que la lluvia me empape hasta los huesos mientras decido si pedir ayuda o seguir corriendo. Luego reacciono.

Elijo el riesgo.

Doy media vuelta y me echo a correr por los escalones resbaladizos de piedra.

—Carajo —maldice el desconocido a mis espaldas—. ¡Ashwater! ¡Baja, tu doncella está en serios problemas!

El corazón se me dispara mientras cruzo el jardín rumbo al camino de tierra, desesperada por poner la mayor distancia posible entre el castillo y yo.

Necesito encontrar ayuda. Alguien con un teléfono o una gasolinera. *Lo que sea*.

Por desgracia, no veo nada más que árboles y rosales a lo largo del camino, y el horizonte está borrado por la lluvia torrencial.

No soy buena corredora y esto es más ejercicio del que probablemente he hecho en un año. Me empieza a dar un dolor de costado y mi aliento se siente afilado, como inhalar humo. Las lágrimas me ruedan por las mejillas y jadeo en busca de aire.

Siento que estoy jugando la peor versión de la historia del juego que consiste en preguntar «¿qué prefieres?».

¿Qué prefieres: que tu aventura de una noche te secuestre y te lleve a un castillo lleno de monstruos, o que en realidad estés alucinando en un hospital psiquiátrico, en medio de una crisis nerviosa provocada por un divorcio?

Al lado del camino veo un grupo de árboles tupidos y me lanzo hacia ellos. Caigo de rodillas detrás del primero y me doblo, tratando de no vomitar del susto y el agotamiento.

Quiero llorar, pero tengo miedo de que, si empiezo, ya no pueda detenerme. No sé qué podría ser peor que esto.

Y entonces, como si mis pensamientos lo invocaran, las cosas empeoran al instante. Alanis Morissette se estaría volviendo loca con tanta ironía.

Un gruñido profundo resuena detrás de mí y cada músculo de mi cuerpo se tensa. Me doy vuelta lentamente y alzo la vista hacia un par de ojos

amarillos penetrantes.

Se me escapa un grito desgarrador y trato de arrastrarme hacia atrás, buscando poner la mayor distancia posible entre el lobo más grande que he visto en mi vida y yo.

En realidad, ¿qué diablos estoy pensando? Nunca he visto un lobo en persona.

Aun así, de alguna manera sé que este es *muchísimo* más grande de lo que debería.

Su cuerpo es enorme, cubierto de un pelaje grueso y enmarañado. Sus colmillos son apenas unos tonos más claros que los ojos, y más largos que mis antebrazos. Brillan, salpicados de baba, bajo la poca luz que se filtra entre los árboles.

Las manos me tiemblan mientras las arrastro frenéticamente por el suelo detrás de mí, buscando un arma. Necesito una roca, una rama, algo, cualquier cosa para defenderme de la bestia que gruñe frente a mí. Pero solo encuentro lodo y hojas empapadas por la lluvia.

El aliento caliente del lobo me roza cuando aplasta las orejas contra su cabeza y suelta un gruñido bajo, amenazante. Sus colmillos relucen cuando abre las fauces de par en par, listo para atacar.

«Estoy muerta», lo sé, y aun así mi mente se niega a aceptarlo.

Cierro los ojos con fuerza y levanto las manos para protegerme la cara. Estoy a punto de luchar con esta cosa hasta el amargo final, aunque eso haga mi muerte todavía más dolorosa.

De pronto, un par de brazos fuertes me envuelven por detrás y me levantan del suelo. Suelto un jadeo, sobresaltada, cuando me elevan por el aire, más alto, más alto… *¡ridículamente alto!*

Abro los ojos y, en vez del lobo, me encuentro con un pecho tatuado que reconozco de inmediato.

—¡Te dije que te quedaras en el maldito castillo! —la voz de Daemon retumba contra mi mejilla, porque me sostiene apretada mientras sale disparado de entre los árboles y sobrevuela los terrenos del castillo.

No puedo pensar en una respuesta. Estoy demasiado impactada por el hecho de que estamos volando; *diablos*, *él está volando*. Apenas me da

tiempo de procesarlo cuando aterriza y me deja con suavidad sobre el pasto mojado, junto a la imponente muralla del castillo.

Se planta frente a mí, me agarra de los hombros y me sacude un poco, clavándome la mirada.

—¿Estás herida?

Intento hablar, pero no me sale ninguna palabra. Solo puedo ver, completamente conmocionada, las enormes alas que se extienden de su espalda. Son negras y rojas y están llenas de plumas, como una mezcla entre un ave y una mariposa. Serían hermosas si no fueran tan aterradoras.

—¿Isabelle? —pregunta Daemon con urgencia, sacudiéndome otra vez —. ¿Estás herida? Di algo.

Ni siquiera proceso que me está llamando por un nombre que no es el mío. Me suelto de su agarre y me doblo hacia adelante, tratando con todas mis fuerzas de no vomitar.

Estoy empapada, helada y a nada de que vomite, lo cual prácticamente descarta la posibilidad de que esto sea un sueño.

Eso significa que, en realidad estoy frente a un castillo lleno de duendes. De verdad casi me come un lobo. Y el tipo que conocí en un bar realmente puede volar.

«Ya no estoy en Kansas, carajo».

La vista se me nubla y un mareo se me viene encima como un manto oscuro. Los ojos se me van hacia atrás y siento que me desplomo.

Mi último pensamiento, antes de caer en los brazos expectantes de Daemon, es que esto no es un sueño.

Ellender no es una fantasía.

Los libros de Nana son reales y, de alguna manera, estoy dentro de uno.



CAPÍTULO 6

ALIX

—Se suponía que debías llevarla directo con el rey.

—¿Sí? ¿Y qué crees que haría Thorne si viera a su novia vestida así?

—¿Y por eso decidiste dejarla sola para que se fuera corriendo por el castillo? Muy bien, Ashwater…

Cuando despierto por segunda vez, me toma menos de un segundo saber dónde estoy.

El aroma a rosas y el colchón bajo mi mejilla me confirman que estoy de vuelta en la recámara ornamentada del castillo. Peor aún, el frío húmedo que me cubre el cuerpo deja muy claro que sigo usando la camiseta de Daemon, empapada y llena de lodo: «Qué asco».

No quiero más que arrancarme esta cosa de encima y meterme bajo las cobijas, pero me contengo. Mantengo los ojos cerrados, escuchando la discusión de tres voces masculinas. Estoy casi segura de que una de ellas es la de Daemon. Las otras dos son más difíciles de identificar.

—No tuve tiempo de idear un mejor plan —dice Daemon—. ¿Cómo iba a saber que no reconocería a Odessa?

—No entiendo por qué pasó esto en primer lugar —responde una voz más grave y áspera.

—Sí —añade la tercera voz, con un tono de burla—. No somos estúpidos, Ashwater. ¿Qué demonios estabas pensando? Ninguna mujer vale el riesgo de volver a Dyaspora.

Se oye un golpe fuerte, como un puño contra la pared.

—Estaba pensando que no tenía idea de quién era.

Sin abrir los ojos, me desconecto de la discusión. Necesito un plan.

Una parte de mí todavía quiere creer que estoy soñando o que quedé atrapada en una especie de feria renacentista perpetua, pero ni yo misma me trago esa mentira. Acabo de ver un castillo repleto de criaturas mágicas que ni *Disney World* podría replicar. La única posibilidad es que esté en Ellender.

Lamentablemente, eso no me hace sentir ni un poquito menos loca.

—Dejen de pelear —interviene una cuarta voz, tajante, cortando el murmullo de fondo—. Ya despertó.

Mi cuerpo se pone rígido. Siento todas las miradas encima. Mis párpados cerrados tiemblan, pero trato de no moverme, fingiendo que sigo dormida.

Una silla rechina y oigo pasos que se acercan. Siento el calor de un cuerpo inclinándose sobre mí.

—Eres muy mala actriz, Duraznito.

«Maldita sea».

Abro los ojos y encuentro la mirada verde e intensa de Daemon.

—No me llames así.

Tal como pensaba, estoy de vuelta en la enorme habitación con Daemon, pero ahora no estamos solos. Además de él, hay tres hombres desconocidos alrededor de mi cama. Los cuatro llevan el mismo atuendo: pantalón negro metido en botas negras brillantes y casacas militares de rojo intenso.

Al instante, mi mirada salta hacia los hombros de Daemon.

Se ven normales… salvo por los flecos dorados de su disfraz de soldadito de juguete. Estoy cien por ciento segura de que, si todo lo que he visto hasta ahora es real, entonces sus alas también lo eran. Pero no se ven por ninguna parte. No sé si eso me tranquiliza o me asusta más.

—¿Qué está pasando? —pregunto, con la voz un poco temblorosa—. ¿Quiénes son ustedes?

Los ojos de Daemon se entrecierran.

—Ellos son los que me avisaron que estabas afuera, a tiempo para encontrarte.

Yo también entrecierro los ojos en respuesta. ¿*Él* poniéndose bravo *conmigo*? La que tiene derecho a estar furiosa soy yo.

El hombre de piel bronceada a su derecha nos mira y hace un gesto de fastidio con la mirada.

—Discúlpalo. Me gustaría decir que los noventa años en prisión son los culpables de sus modales, pero siempre fue así. Soy Kastian.

Kastian me extiende la mano. Se la estrecho en automático, con la mente atorada en «noventa años en prisión». ¿Eso se supone que es un chiste?

—Él es Jett —dice, señalando a un hombre de rasgos de Asia Oriental, quien me dedica una sonrisa amplísima.

Tiene el cabello negro cortísimo y dientes muy derechos y blancos. Es más bajo y delgado que Daemon o Kastian, pero aun así se le notan los músculos bajo la casaca roja.

—Y este —Kastian posa la mano en el hombro del cuarto hombre— es Fox. No habla mucho, no te lo tomes personal.

Fox tiene la expresión más plana del universo, casi aburrida, y apenas me voltea a ver cuando me incorporo. Es el más grande de los cuatro, con músculos de fisicoculturista. Su piel es muy pálida y lleva el cabello rubio recogido en un chongo en la nuca. Parece un vikingo.

—E-está bien —balbuceo—. Ya entendí. Ahora díganme qué demonios está pasando. ¿Por qué me trajeron aquí?

Daemon titubea, sin saber por dónde empezar. De nuevo, Kastian toma la iniciativa con calma, inclinándose para verme directo a los ojos.

—Nadie va a lastimarte. Estás a salvo aquí.

—¿A salvo? —me burlo, haciéndome hacia atrás—. Amigo, hay *duendes* abajo. No sé tú, pero yo no llamaría a eso «estar a salvo».

Su expresión tranquilizadora se resquebraja. Levanta una ceja y voltea hacia Daemon. Sus ojos se agrandan y gesticula: «¿Duendes?», en un gesto que claramente significa: «*¿Qué carajos?*».

«Justo lo que estoy pensando, amigo: ¿qué carajos es todo esto?».

Sin previo aviso, una masa enorme de pelaje cenizo se me avienta a las piernas. El corazón se me dispara y retrocedo de un salto, lista para defenderme de otra criatura espantosa.

Pero la bestia maúlla.

—¿Sushi?

El enorme gato gris de Nana se acomoda en mi cama. Se me va la mirada hacia Daemon.

—Cielo santo… ¿No solo me secuestraste a mí, también te llevaste al gato de mi abuela?

—Pensé que te gustaría tener a tu mascota contigo —responde Daemon con ese tono burlón suyo.

«Ah, ahora resulta que es un secuestrador considerado. Sí, cómo no».

Mitad furiosa, mitad aterrada, me bajo a toda prisa de la cama.

En cuanto me pongo de pie, entiendo que quizá no fue la mejor idea.

La camisa mojada de Daemon se me pega al cuerpo, sin dejar nada a la imaginación. Sería casi lo mismo que quitármela.

Tiritando, cruzo rápidamente los brazos para cubrirme.

—¿Me pueden dar algo seco para ponerme? *¿Por favor…?*

Daemon me mira durante un segundo largo y cargado. Luego, recordando que no estamos solos, aparta la mirada y fulmina a sus amigos.

—Toma. —Arranca la colcha de la cama y me la avienta—. Úsala mientras encontramos ropa para ti. ¿Dónde está Odessa?

—Yo la busco —dice Jett con buen humor, avanzando hacia la puerta—. La vi ayer cuando llegamos y, por los dioses, se ve como si…

—¡Basta! —gritan Daemon y Kastian al mismo tiempo.

Jett solo sonríe aún más.

—Solo iba a decir que se ve como si fuera muy amable. Ya vuelvo.

—Sí, cómo no, eso iba a decir —refunfuña Daemon, pasándose ambas manos por ese cabello color miel tostada—. Fox, ve con él. Si no, va a estar molestando a Odessa por la próxima hora, e Isabelle se nos va a congelar antes de que Thorne se entere de que está aquí.

Fox asiente y se levanta en silencio, siguiendo a Jett fuera de la habitación. Apenas noto que se va; estoy demasiado ocupada observando, aturdida, cómo Sushi amasa la colcha de seda. Tengo un zumbido raro en los oídos y ya es la tercera vez que alguien me llama «Isabelle».

«¿Qué demonios está pasando?».

Daemon se inclina hacia Kastian.

—No sé cuánto tiempo podamos evitar a Thorne. Seguro que ya sabe que está aquí después de lo que pasó abajo.

Kastian pone cara de fastidio.

—Tu suerte sigue sorprendiéndome, Ashwater. El rey no está aquí.

—¿Qué? —Daemon pregunta, bruscamente—. ¿Por qué? ¿Dónde está?

—Nadie esperaba que volvieras tan rápido. Anoche el rey nos dejó aquí con los soldados que no quiere tener cerca y se fue al Palacio de Invierno.

Daemon deja escapar algo entre una risa y un suspiro de alivio, y se despeina aún más el cabello.

—Maldición. Es el primer verdadero golpe de suerte que tengo en el último siglo.

Kastian hace una mueca de fastidio.

Justo entonces, la puerta se abre de nuevo y entra Jett, seguido de Fox. Esta vez vienen acompañados de la misma Barbie androide que estaba en mi habitación antes de que intentara escapar. Trae los brazos llenos de tela y se ríe suavemente de algo que Jett debió decirle en el pasillo.

Abro los ojos de par en par y doy un paso atrás, con cautela.

Todos aquí parecen modelos, pero esta mujer es un poco inquietante. Es curvilínea, como la Venus de la concha, con un cabello rubio rojizo digno de comercial de champú. Su cara es demasiado simétrica, sus movimientos son un poco demasiado perfectos para ser reales y, mirándola más de cerca, noto que sus ojos no son azules: son color *violeta*. Como Harold y su maldito crayón mágico.

—Ay, no —dice la mujer con brusquedad, mirándome de arriba abajo—. ¿Qué le hicieron?

—No le hicimos nada —refunfuña Daemon—. Ella se hizo eso a sí misma al salir corriendo en plena tormenta. Necesita ponerse otra cosa.

—¡Claramente! —Se ríe la mujer—. No te preocupes, la dejo lista antes de que vaya a ver al rey.

No me gusta cómo hablan de mí como si no estuviera aquí. Como si fuera un objeto que pueden arrastrar y vestir según sus planes raros. La mujer avanza hacia mí y yo retrocedo hasta casi pegarme a la ventana.

Ante mi evidente miedo y disgusto, la mujer se detiene de golpe y me mira con preocupación.

—¿Isabelle? ¿Qué pasa?

—¡Dios mío! —estallo—. ¿Pueden todos dejar de llamarme Isabelle? ¡Me llamo Alix!

Me miran confundidos. Pasa un largo momento antes de que Daemon hable.

—¿Quieres decir que estabas usando el nombre de Alix para no levantar sospechas, verdad?

—No, genio. Quiero decir que *me llamo* Alix. *Alixandrea Knight*.

Algo raro está pasando aquí. Más raro incluso que haber sido secuestrada por mi aventura de una noche y despertar en un mundo de fantasía. Ellos parecen igual de confundidos que yo.

—Miren —continúo, casi suplicando—. No sé qué está pasando por un montón de razones, pero si se equivocaron o algo, pueden llevarme a mi casa ahora mismo. No se lo diré a nadie, *lo juro*. De todos modos, no lo haría. Me refiero a que afirmar que estuve en Ellender es boleto seguro para que me internen en una celda acolchonada, así que… —Mi voz se apaga.

Los hombres parecen desconcertados, pero Odessa entrecierra los ojos, estudiándome. Rodea la cama hasta quedar lo bastante cerca como para mirarme directamente a la cara.

—Dioses míos… —susurra Odessa—. *No* eres Isabelle.

—¿Qué? —exclama Daemon—. ¿De qué diablos hablas? Claro que lo es.

Odessa niega con la cabeza.

—No lo es. Han pasado sesenta años, pero recuerdo a mi amiga. Belle no me tenía miedo. Ella no es Belle.

—Pero tiene el collar —insiste Daemon, rodeando la cama para ponerse frente a mí—. ¡Y encontré esto! —Saca de su bolsa trasera un libro de pasta blanda: el de Nana—. Mira —dice, señalando la portada—. Ahí está su nombre.

—Esa no soy yo —casi me río—. Isabelle es mi abuela.

Daemon y Odessa se quedan helados, mirándome fijamente. Tras un segundo, a Daemon se le dibuja una sonrisa. Parece estar a punto de reírse, como si creyera que les estoy tomando el pelo.

—Sí, claro, Duraznito. —Voltea el libro en su mano para mirar la contraportada y luego me lo pone frente a la cara, mostrándome la foto de la autora bajo la sinopsis—. Esa eres tú. Isabelle Reading.

Veo la foto y hago una mueca. ¿Por qué la editorial habría elegido esa imagen?

La foto debe de tener como cuarenta años, seguramente tomada cuando *Un reino de espinas* salió por primera vez. En ella, Nana ronda los cuarenta y tantos, pero parece al menos dos décadas más joven. Tiene el mismo cabello castaño, largo y rizado que yo; nuestros ojos son de un tono de azul parecido y, lo más incriminatorio de todo, lleva el relicario de oro con rubíes.

—Esa foto es vieja —digo—. No soy yo. Es Nana, mi abuela. ¿Me estás diciendo que la conoces? ¿Que en serio estuvo en Ellender?

Daemon ignora mi pregunta. Mira la foto y luego me mira a mí.

—Pero son idénticas.

—Supongo —digo, sin mucha fuerza—. Pero no soy yo, así que, sea lo que sea que estuvieran planeando, no puedo ayudarlos.

Daemon se aleja de mí y da otra vuelta alrededor de la cama antes de dejarse caer de nuevo en su silla. Se ve… destrozado.

—Entonces eso es todo. Todos estamos muertos.

Pongo cara de alarma al ver la expresión quebrada de Daemon reflejada en cada cara de la habitación.

—Oye, eso es un poco dramático, ¿no crees? ¿Cómo que están muertos? ¿Por qué querían traer a mi abuela aquí?

—¿Belle te contó algo sobre Ellender? —pregunta Odessa.

—Claro —digo, casi riéndome—. Escribió un libro entero sobre eso.

Mientras hablo, la gravedad de toda esta situación por fin me cae encima. Si el libro de Nana no era ficción y de verdad estuvo aquí en algún momento, tal vez todo era real. Mi mirada cae en Jett, el único con el cabello lo bastante corto como para ver bien las puntas de sus orejas. Y sí, son puntiagudas.

—Dios mío —suelo de golpe—. Son fae.

Los cuatro hombres solo me miran, pero Odessa se ríe.

—En realidad, yo soy una sirena, pero no hace falta serlo para ver que te urge un baño. ¿Por qué no entras al cuarto de aseo conmigo, Alix? Te ayudaré a asearte y luego hablamos de cómo arreglar este lío.

Odessa me lleva a un baño enorme, que ella llama «cuarto *de aseo*», y cierra la puerta detrás de nosotras.

Es casi la mitad del tamaño del dormitorio, con piso de mármol blanco y techos altísimos llenos de ventanas arqueadas. Sigue lloviendo a cántaros y casi no entra nada de luz. En su lugar, hay lámparas de aceite encendidas en la pared, entre las ventanas. En el centro del cuarto, una bañera redonda se ve tan acogedora que me dan ganas de llorar.

—Estoy bien —le digo a Odessa—. No necesito ayuda ni nada. Con ropa seca estaría perfecto.

Para mi desgracia, ella se acerca a la enorme bañera de porcelana y abre las llaves.

—No seas tonta. No me molesta ayudarte.

—*Con todo respeto*, no sé si quiero desnudarme frente a una desconocida.

—Con todo respeto —me imita, alzando una ceja y mirándome de arriba abajo—, ese barco zarpó hace rato. Has estado enseñándole todo el castillo desde el momento en que llegaste.

Me arde la cara y cruzo los brazos sobre el pecho en silencio, tratando de cubrir lo más posible mi camiseta empapada.

Odessa sonríe y se sienta en el borde de la tina.

—Mira, no te preocupes. No me voy a quedar. Solo quiero asegurarme de que estás cómoda y luego voy a buscarte ropa seca. Pensé que te estaba vistiendo para ir a ver al rey, pero no tienes que usar un vestido.

Resoplo.

—Gracias.

Debería estar más agradecida por su ayuda, pero realmente me cuesta encontrar en mí el agradecimiento por cualquier cosa en este momento. De todos modos, Odessa todavía me asusta un poco.

Como si me hubiera leído la mente, Odessa habla:

—Te acostumbrarás. A mí, me refiero a mí.

No tengo que preguntar a qué se refiere y, aunque estoy asustada como nunca, no resisto la urgencia de asegurarme de no haberla ofendido.

—Perdón. Seguro eres muy agradable; es solo que…

—Me tienes miedo —termina, asintiendo—. Los humanos son muy curiosos con eso. Deberías tenerle mucho más miedo a los fae que a las sirenas. Fuera del agua, no soy más fuerte que tú, pero un fae podría matarte sin pensarlo dos veces.

Trago saliva con dificultad. En realidad, se equivoca; le tengo miedo a todo el mundo aquí, pero al menos me reconforta saber que ella no es más fuerte que yo. Y bueno, si de verdad era amiga de Nana, no puede ser tan mala.

—Entonces, ¿conociste a mi abuela?

Odessa acaricia el agua que ya va subiendo en la tina.

—Sí. Isabelle y yo nos hicimos amigas muy rápido. Y estoy segura de que tú y yo también lo seremos.

«Claro que no. No, gracias».

—No creo que vaya a estar aquí lo suficiente para hacer amistades. Básicamente espero que ahora que Daemon se dio cuenta de que cometió un error estúpido, me lleve a casa.

Odessa aprieta los labios, como si me estuviera desaprobando.

—Interesante.

No sé qué pensar de su respuesta y me quedo sin palabras. En el silencio, se me ocurre una idea horrible:

—Dios mío. No será tu esposo o algo así, ¿verdad? Por favor, dime que no. Sería el colmo perfecto. Estoy tratando de superar a mi propio esposo imbécil e infiel y termino siendo la otra. Diablos, ¿qué me pasa…?

—¡Oye, espera! —Alza las manos, interrumpiendo mi diatriba—. Cálmate.

Odio que me digan que me calme, pero esta vez tal vez sí hace falta. Tomo un respiro entrecortado e intento controlar el pánico.

—Lo siento, de verdad. En cuanto pueda irme, créeme, lo haré.

—Alix, por favor, para. Daemon no es mi esposo. Es mi primo. Más o menos. En realidad, es más como un hermano.

—Ah. —Parpadeo, confundida—. Bueno… está bien, supongo.

Ella se ríe.

—Tienes que dejar de saltar a la peor conclusión posible.

—Sí, bueno, el pensamiento racional me abandonó cuando desperté en un castillo lleno de duendes —murmuro—. ¿Pero cómo pueden ser primos si tú no eres un fae?

Ella agita una mano en el aire, como espantando mi pregunta.

—Somos primos por matrimonio, pero nos criamos juntos como hermanos. Nada de qué preocuparte. Lo importante es que, mientras estés

aquí, me da gusto tenerte. Tu abuela fue la última humana que vino aquí y que de verdad me cayó bien. La extraño.

—¿Cuándo estuvo mi abuela aquí? —pregunto rápido, agradecida por el cambio de tema.

—Hace casi sesenta años —responde, poniéndose de pie de inmediato.

—¿Cuánto tiempo se quedó? ¿Qué pasó…?

Odessa me interrumpe con otra risa mientras camina hacia la puerta.

—Tienes muchas más preguntas que ella. Será mejor que dejes que Daemon te responda. Después de todo, este lío es suyo.

—¡Pero espera!

Con la mano en la perilla, se gira hacia mí con una expresión de simpatía.

—Respira, Alix. No necesitas enterarte de toda la historia de Ellender antes siquiera de bañarte. Solo trata de relajarte. Voy a buscarte algo más que ponerte. ¿Quieres algo en particular?

—¿Pants? —se me escapa sin pensar.

Odessa se ríe, con mucha melodía.

—Lo lamento, pero no tenemos. Ojalá se pudiera. La ropa humana es tan interesante… me moriría por ser parte de su mundo.

Con esa nota enigmática, cierra la puerta y me deja sola.

Durante un largo momento no me muevo. Miro la tina sin parpadear, todavía sin creer que de verdad estoy aquí.

«Nana, ¿qué demonios estabas ocultando?».



CAPÍTULO 7

DAEMON

—No sé qué estás tramando, pero creo que podemos decir, con toda seguridad, que cometiste un error muy estúpido.

Arrugo la frente mientras Odessa cierra la puerta de un golpe y entra con paso firme en la habitación.

No nos hemos movido ni hablado casi nada desde que Odessa tuvo la sensatez de sacar a Alix del cuarto. Agradezco su precisión. La situación ya es bastante mala, pero no ayudaba que yo no pudiera concentrarme en nada más que en el cuerpo de Alix dentro de mi camiseta mojada.

—No estás ayudando.

—No estaba tratando de ayudarte a ti —replica Odessa, plantándose frente a mí con las manos en la cintura—. Llevas aquí apenas unas horas, ni siquiera me has saludado, y ahora resulta que secuestraste a la mujer equivocada. Vaya entrada.

Mi cara no se relaja, pero me pongo de pie de mala gana para darle a mi prima un abrazo con un solo brazo. Han pasado noventa años desde la última vez que vi a Odessa y sí la extrañé, aunque en este momento no recuerdo por qué.

—¿Cómo está mi madre? —pregunto al soltarla.

—Bien, creo —dice Odessa, con un tono amargo—. Está viviendo en la Finca Ashwater.

Asiento con brusquedad.

—¿No fuiste con ella?

Ella niega con la cabeza.

—Qué suerte tienes de que no. ¿Cómo habrías reconocido a Alix sin mi ayuda?

Retrocedo, con la frente aún más tensa, y me dejo caer en la silla.

—Esto es una maldita pesadilla. ¿Averiguaste qué sabe?

Odessa se encoge de hombros, recargada en el poste de la cama.

—Es difícil saberlo. El libro que escribió Isabelle seguramente aclare algunas cosas.

—Necesito leer ese libro —interviene Jett, sonriendo.

—¿Desde cuándo lees libros? —pregunta Kastian.

Jett se encoge de hombros.

—Siempre hay una primera vez.

La expresión de mi cara muestra fastidio.

—Dudo que tengas tiempo. En cuanto se entere de que no tenemos a Isabelle, Thorne nos va a mandar de regreso a Dyaspora. Y con suerte estaremos fuera más de un día.

—Yo creo que tendrán por lo menos unos días —dice Odessa—. Le tomará ese tiempo llegar al rey en el Palacio de Invierno.

Me froto el puente de la nariz.

—Si es así, deberíamos empezar a huir desde ya. Quizá, si evitamos a Thorne hasta la luna rosa…

Mi voz se apaga, al darme cuenta de que, para mí, no habrá escapatoria. Los demás podrían quedar libres si evitan al rey hasta que la maldición se vuelva permanente, pero si no se rompe en las próximas semanas, yo estaré perdido para siempre, igual que todos los demás.

—Podríamos huir —interviene Kastian—, pero ¿qué hacemos con Alix? ¿Qué vas a hacer con ella?

—Nada —rezongo—. Voy a mandarla a casa antes de que Thorne sepa siquiera que estuvo aquí. Le diré que encontré a Isabelle, pero que envejeció.

—Pero entonces no habrá forma de romper la maldición —interrumpe Odessa.

—De todos modos no la había. —Mi voz sale áspera y enojada, pero no estoy enojado con Odessa ni con mis amigos—. Thorne no dejó suficiente tiempo. Nos arruinó a todos. La maldición no se va a romper, y decirle lo de Alix no va a cambiar nada.

—¿Isabelle está muerta? —pregunta Kastian.

Niego con la cabeza.

—No lo sé. No lo creo, por la forma en que Alix habló de ella, pero donde sea que esté, claramente no ha usado el collar en los últimos sesenta años.

—Deberías usarla—dice Fox, con voz plana.

Me sobresalto por su sugerencia. Es tan callado que casi olvido que está en la habitación. Por la forma en que todos voltean a verlo, ellos también.

—¿No estás escuchando? No podemos usar a Isabelle.

Fox se ve incómodo, como si explicarse le causara agonía física.

—No, usa a Alix. Te llevaste a esa mujer porque creíste que era la prometida del rey. Son idénticas. Solo llévasela a Thorne en su lugar.

—Eso es estúpido y absurdo —me río—. Thorne se daría cuenta de que Alix no es Isabelle.

—¿Cómo lo sabes? —dice Jett, encogiéndose de hombros.

—Será malvado, pero no es tonto. No es fácil no notar que cambiaron a tu prometida por otra persona.

—Nadie más lo notó, y tampoco somos idiotas —dice Kastian lentamente—. Y recuerda que el rey no me reconoció. No es precisamente observador.

—¿Por qué habría de reconocerte? —se burla Jett—. Nunca lo has visto, ¿o sí?

Kastian lo ignora, todavía concentrado en mí.

—Thorne no ha visto a la verdadera Isabelle en sesenta años. Podría funcionar.

Me doy vuelta bruscamente.

—No hablas en serio.

Kas levanta ambas manos, como en señal de rendición.

—Solo digo lo que veo. Ha pasado mucho tiempo desde que se vieron y dudo que él le haya prestado mucha atención.

Niego con rabia.

—Puede que Thorne no note que no es su abuela, pero queda el hecho de que Alix no es Isabelle. Ella no puede romper la maldición.

—¿Cómo se rompe? —pregunta Jett.

—Solo se rompe cuando el rey encuentra a su verdadero amor —explica Odessa.

—Qué tontería —bufa Fox—. ¿Por qué alguien lanzaría una maldición así?

—Por despecho —murmuro, amargo—. Hace noventa y nueve años, Thorne estaba comprometido con una mujer a la que todo el reino veía como su alma gemela.

—¿No lo era? —pregunta Jett.

Niego con la cabeza.

—Al parecer no, porque una semana antes de la boda, él la traicionó con otra mujer. Y, por desgracia, esa chica era una hechicera poderosa. Estaba tan destrozada que lanzó la maldición sobre todo el reino y luego se arrojó desde una torre.

Jett emite un sonido de sorpresa y las cejas de Kastian se alzan tanto que casi se pierden en su cabello. Incluso Fox parece sorprendido.

No me sorprende su reacción.

Todos saben que, una vez que encuentran a sus parejas, los varones fae nunca se apartan de ellas. Jamás. No es exactamente una elección, sino una compulsión: un cambio biológico que solo ocurre una vez en la vida. Por eso resulta tan impactante saber la razón detrás de la maldición de Thorne. Solo conozco dos casos de infidelidad en la historia del reino: mi hermano es uno. El otro es nuestro padre, que traicionó a la reina al llevar a mi madre a su cama.

La traición corre tan hondo en nuestra familia que parece grabada en mis huesos.

—Así que ya ven, no creo que Thorne sea capaz de amar a nadie.

—Debe pensar que existe una posibilidad si estaba tan empeñado en encontrar a Isabelle —señala Odessa.

—Tal vez, pero no ama a Alix y ella, desde luego, no lo ama a él.

—¿Tiene que hacerlo? —pregunta Jett.

Pongo cara de confusión.

—¿A qué te refieres?

—¿La maldición se rompe solo si el rey ama a alguien y esa persona lo ama de vuelta? ¿O basta con que *él* la ame *a ella*?

—Es una buena pregunta —murmura Kastian, pensativo—. Si Thorne ama a Isabelle y cree que Alix *es* Isabelle, ¿se rompería la maldición?

Mi frente se tensa aún más, un mal presentimiento me revuelve el estómago.

—Esperen un momento. —Aprieto los dientes—. ¿Qué están insinuando?

Kastian se pasa una mano por la mandíbula.

—Si no importa que ella lo ame de vuelta, tal vez Fox tiene razón. Podrías llevar a Alix con él en su lugar. Tal vez funcione.

—Exacto —dice Jett, aprovechando la oportunidad para insistir con su teoría—. Lo peor que puede pasar, si lo nota, es que nos envíe de regreso a Dyaspora, lo mismo que ocurriría si no la llevas.

—O podría matarnos en el acto —reprocho.

Kastian me mira de reojo.

—Pero ¿puede hacerlo? Lo pregunto en serio: ¿él es más fuerte que tú?

—Estamos parejos —admito—. O lo estábamos hace noventa años. Los cuatro juntos podríamos derrotarlo, pero él tiene miles de guardias, y yo entrené a la mayoría de ellos, así que no serían blancos fáciles… —Niego con brusquedad—. De todos modos, no importa. No vamos a hacerlo. En lo que a mí respecta, ustedes cuatro deberían empezar a huir cuanto antes. No están malditos. Déjenme aquí y escóndanse fuera de Vernallis hasta después de la luna rosa.

—¿Mientras tú solo esperas morir en un mes? —pregunta Kastian, enojado.

—Sí —respondo, tajante—. Ya lo acepté. Dejé de esperar que la maldición se rompiera hace años. ¿Qué otra opción hay, además de aceptarlo?

Odessa cruza la habitación y se asoma a la ventana oscura, como si pudiera ver algo más allá de la lluvia.

—Si me preguntan, deberían intentarlo, Daemon. Al menos pregúntale a Alix. Si te dejamos aquí, morirás en pocas semanas. Si llevamos a Alix con Thorne, existe al menos una pequeña posibilidad de salvarnos a todos.

El mal presentimiento en mi estómago se intensifica, mezcla de inquietud y algo parecido a esperanza.

—¿Y qué hay de Alix?

—¿Qué con ella? —murmura Fox.

—No puedo obligarla a aceptar casarse con un desconocido.

—Tal vez no le parezca tan mala idea —dice Jett, sonriendo—. Sí, Thorne es un imbécil de primera categoría, ¡pero es un rey! Es atractivo y rico. ¿Qué mujer no estaría dispuesta a pasar por alto algunos defectos si eso significa que puede ser reina?

No tengo idea de por qué, pero me dan ganas de golpearlo por decir eso. Cierro los puños y me obligo a mantener la calma.

Kastian niega con la cabeza.

—No te preocupes por los detalles todavía. El problema inmediato es convencer a Thorne de que Alix es Isabelle. Puedes negociar con ella. Ofrecerle algo que quiera a cambio de que colabore.

—¿Como qué? —pregunto, tenso—. No tenemos nada que pudiera interesarle. Quizá antes de Dyaspora, pero cualquier fortuna o propiedad que tuve ya no existe.

—Entonces miente —dice Fox, con indiferencia.

—Eso está mal —refunfuño.

—También lo está Dyaspora —responde él, con la mirada endurecida—. Si hay que elegir entre engañar a una mujer humana que ni conocemos y regresar allá todos, la decisión es obvia. Debería serlo también para ti. ¿Quién importa más? ¿Tu vida y la nuestra, o la comodidad de una mujer con la que te acostaste una sola vez y conoces desde hace menos de doce horas?

Odio que tenga razón.

Apenas conocí a Alix anoche, pero he compartido décadas con ellos. Mi lealtad debería estar con ellos y conmigo mismo. Entonces, ¿por qué me siento tan mal al respecto?

Paso una mano por mi cabello, frustrado, y cierro los ojos con resignación.

—Está bien. Tienes razón. Voy a hablar con ella. Pero no puedo obligarla a aceptar. Aún podría fracasar.

—No hay problema, Ashwater —dice Jett, animado—. ¿Cuándo te ha costado trabajo convencer a alguien de seguirte? Sobre todo a las mujeres.

Otra vez, odio que tenga razón. Sé que puedo convencer a Alix de que nos ayude; solo desearía no tener que hacerlo.

Quince minutos después, me armo de valor y pongo una expresión indiferente antes de tocar la puerta del baño.

—¡Pasa! —llama Alix.

Está envuelta en una toalla grande, de espaldas a mí, exprimiendo el agua de su cabello con una segunda toalla.

—Ah, hola, ya casi termino —dice Alix, aún sin mirarme—. ¿Encontraste algunos pants o algo así?

Cierro la puerta detrás de mí con un chasquido.

—Me temo que no, Duraznito.

Ella da un salto, se pone rígida y se da vuelta de inmediato para mirarme.

—¿Qué demonios haces aquí?

Alzo una ceja.

—Dijiste que pasara.

—Pensé que eras Odessa.

—Lamento decepcionarte.

Se ajusta la toalla alrededor del cuerpo y baja los ojos, incapaz de sostenerme la mirada.

—Lárgate de una vez. No estoy vestida.

La comisura de mi boca se curva en una sonrisa burlona.

—No puedes hacerte la sorprendida. Ya te he visto desnuda.

Sus mejillas se sonrojan.

—Sí, bueno, quédate con el recuerdo, porque eso no va a volver a pasar. En serio, ¡sal de aquí!

Ignoro sus protestas y cruzo los brazos sobre el pecho, recargándome en la pared.

—Cálmate, Duraznito. Necesito hablar contigo.

—A menos que quieras hablar sobre llevarme a casa, no quiero escucharlo.

—En realidad, de eso mismo se trata.

Su mirada se endurece. Masculla algo de mala gana, luego se vuelve a ajustar la toalla y se sienta en el borde de la tina. Me lanza una mirada expectante.

—Está bien. Habla.

Sacudo la cabeza para despejarme y parpadeo un par de veces, fijando la vista en algún punto por encima de su hombro. Necesito concentrarme,

maldita sea.

Elegí tener esta conversación así para poner a Alix en desventaja, pero empiezo a pensar que me salió el tiro por la culata. No puedo dejar de imaginar lo fácil que sería arrancarle la toalla y continuar justo donde nos quedamos en el reino humano.

—¿Y bien? —dice, irritada por mi silencio.

Me aclaro la garganta.

—Lo siento. Aunque no lo parezca, no suelo secuestrar mujeres y no planeé traerte aquí. No sabía quién eras.

—Claro, ¿entonces planeabas secuestrar a mi abuela? —Alix suelta una risa incrédula—. Eso suena muchísimo mejor.

—Mira —rezongo, frustrado—, no quiero estar involucrado en esto más que tú. Nunca he conocido a Isabelle. Si fuera por mí, tampoco la habría traído.

—Entonces ¿por qué la estabas buscando?

—Es complicado —respondo entre dientes—. Nuestro rey fue puesto bajo una maldición hace casi cien años.

—Lo sé —dice enseguida—. Está en el libro, pero pensé que la maldición ya se había roto.

«Necesito leer ese maldito libro».

—No se ha roto, y si no se rompe a fin de mes, se volverá permanente.

Ella deja escapar un suspiro.

—Lo siento. Eso es una desgracia, de verdad… pero no sé qué esperas que diga. Todavía estoy procesando que todo esto sea real, ¿sí? Definitivamente no puedo ayudarte con nada, eh… relacionado con maldiciones.

La miro fijamente, sin saber bien cómo continuar.

—¿Cómo se rompe la maldición en tu libro?

—Con amor verdadero —responde, un poco apenada.

—Al menos esa parte es cierta.

«Más o menos».

—¿En serio? ¿Me estás diciendo que el verdadero rey Thorne en realidad ama a mi abuela?

—No tengo idea de si la ama o no. Solo sé que ayer vino a verme y me pidió que encontrara a Isabelle.

—¿Y tú saltaste feliz ante la oportunidad de secuestrar a una desconocida? ¿Quién demonios hace eso?

Doy un paso involuntario hacia ella.

—No es que tuviera elección —suelto—. Hasta ayer no había vuelto a este palacio en noventa años. Pasé décadas, más tiempo del que has vivido, en prisión, congelándome lentamente, trabajando dieciocho horas al día en las minas y luego peleando para seguir con vida hasta la mañana siguiente.

Alix se inclina hacia atrás, intentando poner más distancia entre nosotros.

—¿Entonces escapaste de prisión para encontrar a mi abuela?

—Nadie ha escapado jamás de Dyaspora. Nunca ha habido un indulto en la historia de Ellender, hasta ayer, cuando Thorne nos ofreció a mis amigos y a mí la oportunidad de volver a la corte a cambio de encontrar a una mujer humana. Puede parecerte egoísta, Duraznito, pero después de un día en Dyaspora no creerías de lo que son capaces los hombres con tal de salir de ahí. Yo solía tener una vida aquí: tierras, dinero, gente que dependía de mí. Podría recuperarlo todo. ¿Qué harías tú en mi lugar?

—Depende —inclina la cabeza—. ¿Qué hiciste para que te enviaran a prisión?

Dejo escapar un suspiro, resignado.

—Es una historia larga. Mira, ¿puedes entender simplemente que no tenía muchas buenas opciones? Y aún no las tengo. Si no llevo a Isabelle con el rey, nos mandará a todos de vuelta sin pensarlo.

Ella niega lentamente con la cabeza y su cara refleja sentimientos encontrados. Por fin deja escapar un suspiro frustrado.

—Está bien, lo entiendo… supongo. Aunque no suena a algo que el rey Thorne haría.

Suelto una risa amarga.

—Tal vez no la versión ficticia que tú conoces. Créeme, Duraznito, Thorne no es el héroe de fantasía de nadie.

—Bueno, lo que sea. Pero ¿por qué tú? ¿Por qué te pediría que encontraras a Nana si ni siquiera la conocías?

Abro la boca para decirle que Thorne es mi medio hermano, pero la cierro de nuevo. No sé por qué no quiero que lo sepa. Tal vez porque pronto lo conocerá y verá qué clase de hombre es. Preferiría morir antes que alguien pensara que nos parecemos.

Así que, en cambio, le ofrezco una verdad a medias.

—Solía viajar con frecuencia a tu mundo. No es raro aquí, pero tampoco común. Requiere más magia de la que la mayoría de los fae puede gastar.

—¿Por qué querías ir a mi mundo?

Vuelvo a dudar. No quiero contarle sobre mi tiempo en el reino humano ni sobre las razones por las que un fae querría escapar a otro mundo… no si ella no lo sabe ya por su maldito libro.

—Solía ayudar a gente a escapar o a encontrar objetos raros —respondo de forma evasiva.

—¿Y por eso estabas en prisión?

—Más o menos —rezongo—. Pero eso no importa ahora. Lo que importa es que solo queda un mes antes de que la maldición sea permanente. Thorne está desesperado por romperla y quiere a Isabelle. Si no la llevo con él, se asegurará de que todos los que me importan sean torturados durante siglos, mucho después de que él muera.

Por una fracción de segundo, un destello de piedad cruza su cara antes de que lo oculte de inmediato.

—Lo siento. En serio. Ojalá pudiera hacer algo para ayudar.

—Sí puedes —digo, casi desesperado—. Puedes fingir que eres Isabelle.

Contengo el aliento mientras Alix solo me mira fijamente. Luego suelta una risa incrédula.

—No. Ni de chiste.

Dejo escapar el aire que estaba conteniendo. No sé si estoy aliviado o decepcionado. Alix se pone de pie y empieza a caminar por la habitación, con los pies descalzos deslizándose un poco sobre el piso de mosaico.

Las caras de mis amigos desfilan por mi mente. Maldición, necesito concentrarme. Debo convencerla.

—¿Por qué no? —Doy otro paso involuntario hacia ella, extendiendo la mano como si fuera a tocarla—. Es perfecto. Te pareces tanto a ella que hasta Odessa se confundió al principio. Ya conoces todo sobre Ellender y Thorne por el libro y lo que no sepas, estaremos ahí para explicártelo.

Alix camina hacia las ventanas.

—Me estás diciendo que el verdadero Thorne es un tipo malvado que manda gente a campos de prisioneros, pero también que debo fingir que estoy enamorada de él. Estás mal de la cabeza.

—Probablemente. Pero acabas de decir que querías ayudar.

—Sí, pero me refería a «ayudar» en un sentido figurado. Mira, de donde vengo, pedirle a un amigo un aventón al aeropuerto ya es un gran favor, y esto es muchísimo más. Es como si me pidieras donar los dos riñones. No va a pasar.

Quisiera sacudirla, obligarla a entender.

—Que tú nos ayudes es la única oportunidad que tenemos.

—No, es la única oportunidad que tienes *tú* —me corrige—. Lo siento, pero no tengo nada que ver con esto. No te debo nada. Solo quiero irme a casa.

—Puedo arreglar eso —digo enseguida—. No tendrás que fingir para siempre, solo el próximo mes.

—Pero yo no puedo romperla —dice, con los ojos muy abiertos—. Incluso si es cierto que Nana podría romper la maldición, yo no soy ella. No puedo ayudar y ustedes seguirán malditos para siempre de todos modos, así que ¿qué sentido tiene que yo esté aquí?

—Porque creemos que hay una pequeña posibilidad de que no importe. Si Thorne cree que eres Isabelle, podría ser suficiente para romper la maldición. —Ella se burla, pero continúo—. E incluso, si eso no funciona, igual sería útil porque la maldición no los afecta. —Señalo hacia la puerta cerrada, donde Odessa y mis hombres esperan afuera—. La maldición solo afecta al reino de Vernallis. Ninguno de ellos nació aquí, así que, mientras no los manden de regreso a prisión en las próximas semanas, estarán a salvo.

—¿Y qué hay de ti? —pregunta, alzando una ceja.

—¿Qué hay conmigo? —arrugo la frente—. No hay forma de salvarme, Duraznito. Yo ya esperaba estar condenado. No tengo nada que perder, excepto a ellos, y todo por ganar si, por algún milagro, la estúpida maldición se rompe.

—Mira… —Da vuelta hacia mí con los ojos muy abiertos, suplicantes—. Probablemente estoy sufriendo algún tipo de síndrome de Estocolmo, pero

sí me das un poco de lástima. Ojalá pudiera ayudarte, pero no puedo. Definitivamente no soy la chica indicada para esto. Solo quiero volver a casa.

Me armo de valor para lo que tengo que decir a continuación.

—La única manera de que vuelvas a casa es con mi ayuda.

—¿Entonces, si no acepto, vas a mantenerme aquí como prisionera?

Aprieto los ojos con fuerza, sintiéndome enfermo.

—Piénsalo como una especie de alianza. Si nos ayudas, yo te ayudo a volver a casa. Como lo veo, Duraznito, no tienes muchas opciones.

—¿Ah, no? —dice, con los ojos encendidos de ira—. Yo diría que sí tengo opción. Podría decirle la verdad al rey Thorne y hacer que te mande de vuelta a prisión.

—Probablemente te mataría —digo sin rodeos—. O peor: te mandaría a Dyaspora con nosotros.

—Lo que significa que estoy jodida de cualquier forma —replica, seca—. Así que, como lo veo, tú me necesitas más a mí que yo a ti. Si voy a caer, con gusto te llevaré conmigo.

«Esta mujer es exasperante». Es más valiente de lo que esperaba, o tal vez solo está tan loca como prometió que estaba. Y, lamentablemente, tiene razón. Este plan ya está casi condenado al fracaso, pero si Alix no coopera, será mejor rendirse desde ahora.

Busco en mi memoria, tratando de recordar cualquier cosa que haya dicho sobre su vida antes de que todo se fuera al carajo. De pronto, recuerdo su llamada telefónica, esa que seguramente no sabe que escuché palabra por palabra.

—Necesitas dinero —suelto de pronto.

—¿Y quién no? —responde—. El capitalismo es la raíz de todos los males.

Trago en seco, dándome cuenta súbitamente de que estoy a punto de hacer lo mismo que su esposo: usar el dinero para controlarla.

«No lo hago por mí. Lo hago por mi familia».

—Sé que necesitas dinero más que cualquier otra cosa. Ahora no lo tengo, pero lo tendré.

Entrecierra los ojos.

—¿Cómo?

—Soy el barón de Ashwater. Es una provincia al norte de aquí.

—¿Así que eres de la realeza?

—No —respondo demasiado rápido—. Solo nobleza. Un miembro más de la alta corte, pero perdí todo eso cuando me desterraron a Dyaspora. Thorne me devolverá el título y las tierras una vez que le entregue a su novia y entonces podría darte suficiente oro que dure generaciones enteras en el reino humano.

—Estás bromeando. —Se ríe con dureza.

—Para nada. Si nos ayudas, te daré hasta la última maldita moneda que tenga y luego te llevaré a casa.

Su respiración se corta y se queda inmóvil.

—¿Cuánto tiempo tendría que quedarme aquí?

—Casi un mes. Faltan tres semanas y media para el eclipse solar que marca cien años desde que se lanzó la maldición. Después de eso, será permanente y Thorne no podrá hacer nada más contra nosotros.

—Casi un mes —murmura—. Es mucho tiempo. Mi familia pensará que estoy muerta.

—Pero volverás con suficiente dinero para empezar de nuevo.

Se muerde el labio inferior, claramente tentada.

—Bien… no estoy aceptando, pero solo en teoría, ¿cómo funcionaría?

—¿A qué te refieres? Solo tienes que fingir que eres Isabelle.

Abre más los ojos.

—Sí, pero Nana tiene como ochenta años.

No puedo evitar que se me forme una sonrisa.

—¿Y? Yo tengo ciento veintiún años y creo que todavía me veo bastante bien.

Ella parpadea, sorprendida, y luego niega con fuerza.

—Perdón, creo que acabo de tener un mini infarto, pero ya estoy bien. Eres inmortal. No es gran cosa. Estoy totalmente bien.

Alzo una ceja.

—¿Hay una pregunta de por medio o…?

—Sí. ¿Tu rey es tan despistado como para pensar que Nana no envejeció?

—Ese collar que llevas era un regalo del rey Thorne para Isabelle. Me dijo que lo hechizó para mantenerla joven hasta que regresara a Ellender.

Alix se lleva la mano al relicario y lo sostiene entre los dedos.

—¿En serio?

Asiento.

—Supongo que la verdadera Isabelle no lo usó, pero da igual. Thorne espera que sí y que siga joven.

La observo con atención, tratando de descifrar lo que piensa.

—Un mes —murmura otra vez—. Está bien. Al menos podré decir que hice algo interesante antes de cumplir treinta.

Levanto las cejas, incrédulo. Casi no puedo creer que logré convencerla.

—¿En serio?

—Sí. Fingiré ser mi abuela y en un mes me mandarás a casa con más dinero del que podría gastar en toda una vida.

Extiende la mano para que la estreche y yo tomo sus dedos enseguida. De pronto, mis manos se sienten frías. Me invade una mezcla extraña de alivio y ansiedad. Satisfacción y miedo.

Forzando una sonrisa, aprieto sus dedos con suavidad.

—Tenemos un trato.

Alix levanta la vista y encuentra mis ojos, su mano aún entre las mías.

—Dios, esto es una locura —murmura, más para sí misma que para mí.

Respondo de todos modos:

—Tienes razón en eso, Duraznito.

Ella retira la mano y la esconde bajo el brazo, como si mi tacto la hubiera quemado.

—Hay muchas historias donde los humanos no deben hacer tratos con hadas —dice, ladeando la cabeza, pensativa.

—Las he escuchado.

Su respiración se traba y mi mirada baja de sus ojos a su boca, siguiendo el paso de su lengua sobre el labio inferior.

«¡Qué barbaridad!».

Incluso con toda la tensión y el miedo dándome vueltas en la cabeza, no puedo dejar de pensar en lo fácil que sería arrinconarla contra la pared. En cómo podría recorrer su labio con mi lengua, luego bajar por su cuello hasta... cada parte de ella. Pero no puedo. Si por algún milagro este plan funciona, Alix está a punto de convertirse en la mujer más prohibida del maldito continente. Tengo que acostumbrarme a sentir indiferencia por ella.

—¿Y esas historias son ciertas? —pregunta, un poco sin aliento.

Esbozo una sonrisa tensa y doy un paso atrás, pasándome ambas manos por el cabello.

—No lo sé, Duraznito. Supongo que tendrás que averiguarlo.



CAPÍTULO 8

ALIX

En cuanto Daemon y yo cerramos nuestro trato, me siento más tranquila. Siempre he agradecido tener un plan, y saber que al menos existe la posibilidad de que, en treinta días, pueda dejar todo esto atrás, le da permiso a mi adrenalina de calmarse un poco.

Me pongo la ropa tipo pijama que Odessa me dejó y salgo del baño, solo para descubrir que estoy sola. Todos los fae desaparecieron y, de no ser por el castillo y Sushi dormido en la cama, quizá habría pensado que los imaginé.

«Dios, cómo quisiera haberlos imaginado».

Estoy casi segura de que conocer a Daemon es lo peor que me ha pasado en la vida, lo cual ya es bastante decir. Al parecer, caer en una trampa literal de hadas y otros fae fue solo la cereza del pastel en la semana más jodida de mi existencia.

Supongo que es cierto lo que dicen: las cosas siempre pueden empeorar. Por ejemplo, sí, claro que es una desgracia que tu esposo sea un imbécil, pero podría ser peor. Podrías ser secuestrada por el tipo con quien tuviste una aventura de una noche.

Estoy a *nada* de convertirme en el remate de un monólogo triste de comedia.

Suspirando, me acomodo en la enorme cama con dosel, junto al gato de Nana. Alguien dejó una bandeja con comida en la mesita de noche y me

inclino para revisarla. Para mi alivio, casi todo se ve normal. Hay pavo asado, pan crujiente, ensalada y una especie de verdura morada y fibrosa.

Tengo tanta hambre que no me importan los cuentos que advierten que no hay que comer comida de las hadas. Le doy un poco de pavo a Sushi y luego me lo como todo, excepto la verdura morada.

Cuando termino, me recuesto y miro el dosel dorado sobre mí.

Jamás habría pensado que podría dormir en una situación como esta, pero, al parecer, la falta de sueño puede derrotar incluso las circunstancias más absurdas, porque lo siguiente que sé es que alguien me sacude para despertarme.

—Alix —dice en mi oído una voz femenina, melodiosa—. Necesitas levantarte.

Abro los ojos y de inmediato enfoco a Odessa inclinada sobre mí. Lleva el mismo vestido rojo granate de ayer, pero su largo cabello rubio fresa está recogido en una trenza apretada. En los brazos sostiene otra bandeja enorme de comida, muy parecida a la de anoche.

Me incorporo y me froto los ojos con los puños. Me sorprende un poco que no se vea tan intimidante esta mañana. Sigue siendo demasiado hermosa para resultar del todo normal, pero parte de ese efecto inquietante parece haberse desvanecido. No sé si eso sea bueno.

—¿Qué pasa? —pregunto, atontada.

—Necesitas levantarte —repite.

—¿Por qué?

—Te dejamos dormir todo lo posible, pero eso significa que ya no tienes mucho tiempo para vestirte y comer antes de que tengamos que irnos. —Deja la bandeja frente a mí y retrocede—. No sabía qué te gustaría, así que traje un poco de todo.

No exagera. Hay un plato lleno de huevos, pan tostado y algo que creo que deben ser camotes fritos. Otro tiene fruta rebanada, varias piezas que ni siquiera reconozco. Mi estómago ruge con fuerza. Al menos es obvio que no planean matarme de hambre.

—Gracias al cielo, hay café —exclamo, tomando una taza llena hasta el borde con un líquido demasiado oscuro para ser té.

Odessa sonríe, satisfecha, y se acerca al armario en la esquina.

—Por lo general, Shar te traería el desayuno, pero pensé que sería demasiado para tu primer día aquí.

—¿Quién es Shar? —pregunto con la boca llena de pan tostado.

—La conociste ayer.

«Ah, claro, la mujer duende».

—Ya veo. ¿A dónde vamos?

—Vamos a escoltarte al Palacio de Invierno. Si fuera decisión mía, te daría un día para aclimatarte, pero Daemon quiere asegurarse de que el rey sepa que estás aquí lo antes posible. O bueno, que Isabelle está aquí.

Asiento, con la mirada perdida. Tiene sentido, dadas las explicaciones de anoche.

Mordiéndome el labio, permanezco en silencio mientras Odessa abre el armario de par en par. Está repleto de vestidos coloridos. Estoy segura de que anoche estaba vacío.

¿Cuándo tuvo tiempo de llenarlo?

—Perdón, no tengo nada demasiado cómodo según tus estándares —dice con tono apenado—. A veces vienen humanos y modifican un poco la moda, pero no ha habido muchos cambios desde que se lanzó la maldición.

Me río.

—O sea que no hay poliéster y *tengo* que ponerme un vestido precioso hecho a la medida. Qué tragedia.

Ella me devuelve la sonrisa.

—En mi opinión, sí *es* una tragedia. A mí me encantaría mostrar más las piernas, pero cada quien. —Saca un vestido azul de mangas cortas tipo capa, y lo sostiene, cerrando un ojo como si me imaginara con él—. ¿Qué te parece este? Parece algo que usaría Belle.

—Claro —digo, distraída—. Escoge lo que quieras. Nada puede ser peor que la camiseta con la que llegué.

Los ojos color violeta de Odessa brillan con humor, como si intentara no reír.

—En realidad, qué bueno que mencionas eso...

Se inclina y saca unas medias blancas y un par de zapatos de cuero café del fondo del armario.

—¿Por qué?

—Porque debí decírtelo anoche. No puedes contarle a nadie lo que pasó antes de que llegaras. Nada de anunciarle a desconocidos que quizá te acostaste con su esposo.

—Oye, no fue mi intención...

—Lo sé —dice en tono conciliador—, pero de verdad, es mejor que actúes como si Daemon fuera tan desconocido para ti como todos los demás.

—Es un desconocido —murmuro—. Y no pensaba decir nada.

—Bien. Porque los varones fae son más posesivos que los humanos. No quiero ni imaginar lo que haría el rey Thorne si se enterara de que te acostaste con su her… digo, con su capitán… —Se ruboriza, avergonzada por haber tropezado con sus propias palabras.

—Sabe que han pasado sesenta años desde la última vez que vio a Nana, ¿verdad? ¿Qué esperaba que hiciera todo este tiempo?

—Ya sé que suena raro, pero créeme: los varones pueden ser muy celosos e irracionales cuando se trata de sus parejas —dice Odessa, haciendo una mueca—. Solo ten cuidado: es lo único que intento decir.

Muy bien. Supongo que tendré que cuidar lo que digo. No debería ser difícil. No era precisamente una persona sociable en Chicago y no veo que eso vaya a mejorar aquí, donde tengo aún menos en común con todos los demás.

Termino el desayuno y luego me visto con el vestido azul de mangas cortas, un cinturón café y los zapatos a juego. Odessa me ayuda a domar mis rizos en una coleta baja y luego mira, pensativa, las ventanas oscuras.

—Necesitarás llevar una capa porque sigue lloviendo. Toma. —Saca una capa larga y roja del fondo del armario—. Con esto bastará.

Tomo la capa y sigo su mirada hacia la ventana. Parece medianoche.

—¿Qué hora es?

—Ya es media mañana —suspira—. Yo sé que la lluvia parece deprimente, pero en realidad tenemos suerte. Si hubiera sol, tendríamos que esperar a que anocheciera para salir.

—¿Por la maldición?

—Exacto.

En *Un reino de espinas*, todas las hadas se convierten en animales durante el día y vuelven a su forma original en la noche. En la historia se

presenta más como un inconveniente que como algo peligroso, pero la forma en que Daemon habló de la maldición, me hace pensar que aquí es un problema mucho mayor que en el libro.

Quiero hacer más preguntas sobre la maldición, aunque sea para asegurarme de que Nana no dejó fuera ningún detalle importante, pero Odessa está claramente estresada por el tiempo. No para de golpear el piso con el pie y de mirar hacia la puerta, como si esperara que alguien irrumpiera en cualquier momento.

—¿Estás lista? —pregunta con brusquedad.

—Claro —me pongo la capa sobre los hombros, sintiéndome un poco como si estuviera jugando a disfrazarme—. Lista en la medida de lo posible.

Odessa me sonríe con nostalgia.

—En realidad es increíble. Si no supiera la verdad, juraría que eres Belle.

Suelto una risita nerviosa.

—Espero que no seas la única.

No me devuelve la sonrisa; su expresión se ensombrece un poco por la preocupación. Eso no mejora en lo absoluto mi confianza. Me siento más optimista sobre este plan que anoche, pero eso no es mucho decir.

Dejando de lado la posibilidad muy real de que esto sea un desastre tipo la sexta temporada de *Buffy* y que en realidad esté en un hospital, hay demasiadas formas en que todo podría salir mal. Presté muchísima atención cuando Daemon dijo que el rey Thorne me matará si descubre quién soy. «Sin presión ni nada».

Por mucho que necesite el dinero, probablemente estoy loca por aceptar este plan.

Odessa y yo salimos del dormitorio y avanzamos por el largo pasillo de mármol blanco por el que corrí anoche. Pasamos junto a varias de esas criaturas tipo duende, ocupadas en sus asuntos, y logro no quedarme mirando ni reaccionar.

—Este lugar es enorme —murmuro al llegar a lo alto de la gran escalinata de piedra.

—Lo sé. ¿Puedes creer que el Palacio de Invierno es todavía más grande?

Abro la boca para contestar, pero no alcanzo. En ese momento, el sonido de voces elevadas resuena por el pasillo. Reconozco una de inmediato: la de

Daemon.

Miro a Odessa.

—¿Qué pasa?

—Probablemente nada. —Odessa exhala un jadeo con molestia—. Solo Daemon siendo Daemon. No puede evitar querer tomar el control de todo y de todos.

—¿Así que es controlador?

No tuve esa impresión ayer, pero considerando que también pasé por alto que era un ser mágico de otro mundo, mi opinión debería tomarse con una tonelada de reservas.

—No, no es controlador… —Odessa parece buscar las palabras adecuadas—. Es carismático. No puede evitar atraer seguidores. Y puedo decir que esos hombres que trajo consigo de Dyaspora lo veneran y harán lo que él pida.

—¿Eso es malo?

—No exactamente. —Su tono preocupado no coincide nada con lo que dice—. Es solo complicado. Al rey no le gusta que nadie en la corte se vuelva demasiado popular y siempre ha desconfiado de Daemon.

Vaya. Supongo que tiene sentido si esto es una monarquía absoluta, pero entre más escucho sobre el verdadero rey Thorne, menos ganas tengo de conocerlo.

Llegamos al final de la escalinata y miramos hacia el amplio vestíbulo de entrada. Mi mirada se desvía de inmediato al grupo de hombres con casacas rojas junto a la puerta y capto enseguida la idea general de lo que dicen.

—¿Cuánto demonios tarda en vestirse? —se queja Daemon.

Está de espaldas a la escalinata, hablando con Kastian, que se recarga en la pared con expresión seria. En realidad, no está gritando como pensé; los ecos simplemente amplifican todo diez veces. A su lado, Fox mira al vacío sin mostrar el menor interés por lo que ocurre a su alrededor. En el piso, Jett está sentado con la espalda contra la pared. Los cuatro llevan uniforme, con espadas pesadas colgando del cinturón.

—Cálmate, ya estamos aquí —dice Odessa desde la escalera.

La espalda de Daemon se tensa y se gira hacia mí. Cuando nuestras miradas se encuentran, se me afloja la mandíbula.

Soy una completa idiota.

No tengo idea de cómo no noté desde el principio que había algo raro en Daemon. Es inhumanamente atractivo, incluso mientras me fulmina como si yo fuera la causa de todos sus males. Parece irreal. Y peor aún, hoy luce mejor que anoche. Tal vez mi cerebro le puso una cara más fea para que pudiera procesar que me había secuestrado, presionado y metido en un trato potencialmente mortal con un personaje que se suponía ficticio. Lástima que mi cerebro no haya podido sostener esa ilusión.

Por un largo segundo, no aparta los ojos de mí. Se inclina un poco hacia adelante, como si fuera a avanzar. Luego niega con la cabeza y su expresión se vuelve agria.

—Por fin —refunfuña.

—Ay, cállate —rezonga Odessa, dedicándole una mirada de fastidio muy propia de una hermana.

Como respuesta, él arruga la frente todavía más.

—Si la lluvia se detiene antes de que subamos al tren, será tu culpa.

—¿Tren? —digo de golpe, antes de que Odessa pueda responder—. ¿Tienen trenes aquí?

Los dos voltean a verme y Daemon arquea una ceja.

—Por supuesto.

—Oye, no me veas así —refunfuño—. ¿Cómo se supone que voy a saber qué tecnología tienen? La verdad, solo agradezco que tengan plomería moderna.

Sus cejas se juntan.

—¿Por qué no la tendríamos?

Hago un gesto vago con la mano.

—Porque esto es un castillo. Y están vestidos como si fuera 1750… ¿ves a lo que me refiero?

Me mira con furia.

—Sé que los humanos ya no creen en la magia, pero pensé que eso significaba que habían mejorado su educación.

Me echo hacia atrás, indignada.

—Oye, tengo más de doscientos mil dólares de deuda estudiantil que dicen lo contrario, amigo. Estoy casi demasiado educada.

—¿En historia? —pregunta, con una leve muestra de burla en la cara.

—Bueno, no… en música, pero…

—Eso lo explica. Incluso en tu mundo, esas cosas se inventaron mucho antes de lo que crees, y muchos de los mayores avances de la humanidad vinieron de la intervención fae.

Pongo cara de confusión. Seguro tiene razón, pero no tenía que decirlo con ese tono.

—Me caías mejor cuando eras solo un tipo en un bar.

Lo digo como comentario al aire, esperando alguna réplica rápida, pero su expresión se ensombrece ligeramente. Entrecierra los ojos y da un paso atrás.

—A mí también, Duraznito.

Se hace un silencio larguísimo e incómodo, y entonces recuerdo que tenemos público alrededor. Se me calientan las mejillas.

Odessa carraspea.

—Bueno, para responder tu pregunta, Alix: sí, tenemos trenes. Es la forma más rápida de llegar al Palacio de Invierno, así que, a menos que quieras pasar una semana o más en el camino, es la única opción.

—Y yo que pensé que íbamos a volar.

—¿Volar? —repite Kastian, mirando a Daemon con curiosidad—. ¿Quién dijo algo de volar?

Alzo una ceja hacia Daemon.

—Ayer tú…

—Pongámonos en marcha —me interrumpe con brusquedad, se aclara la garganta de manera significativa y se dirige a la puerta.

—Bien, entonces —murmuro—. Supongo que ya nos vamos.

Odessa me mira con disculpa.

—Creo que solo tiene muchas ganas de llegar al otro palacio para ver al rey Thorne.

Suelto un suspiro. Puede ser… pero estoy bastante segura de que el tipo amable del bar sí era parte de una actuación. Estoy tratando con un cretino de primera clase y voy a tener que aguantarlo un mes entero.

«Siempre podría ser peor».

DAEMON

Alix prácticamente daba brincos por el andén lluvioso de la estación de tren, con la capa ondeando detrás de ella y la cabeza girando de un lado a otro cada pocos segundos. Tiene la boca abierta y parece incapaz de decidir qué mirar primero. Podría ser adorable, si no fuera porque está llamando demasiado la maldita atención.

—No sé qué le parece tan interesante —murmuro.

Kas se encoge de hombros, como diciendo que no lo sabe, pero tampoco le importa.

—¿Hay algo que me esté perdiendo?

Lo miro de reojo desde debajo de la capucha de mi capa empapada por la lluvia.

—¿Como qué?

—Como por qué estás siendo un completo imbécil con la única mujer en Ellender que se interpone entre nosotros y Dyaspora.

Aprieto los labios, frustrado, y mis ojos buscan de manera automática la figura de capucha roja que camina varios pasos adelante. Observo a Alix un momento, solo para asegurarme de que no esté escuchando, por supuesto.

—No estaba intentando ser un imbécil con ella.

Kas suelta una carcajada.

—Entonces no quiero imaginar cuando sí lo intentes.

Pongo mala cara, porque tiene razón.

En algún momento, entre darme cuenta de que Alix no es Isabelle y verla bajar las escaleras, mi humor se ensombreció. No puedo sacudirme la amargura que me hierve en el fondo de la cabeza.

Además de los últimos noventa años en prisión y la situación absurda en la que Thorne me ha puesto, estar de vuelta en Vernallis después de tanto tiempo se siente inquietante. Durante muchos años esta ciudad fue mi hogar. Incluso después de heredar las tierras y el título de barón de Ashwater del hombre que fingió ser mi padre, pasé la mayor parte de mis días aquí, dirigiendo los ejércitos de Thorne en tiempos de paz. Ahora siento que casi no pertenezco.

Pero nada de eso explica por qué no puedo dejar de descargar mi mal humor en Alix. Simplemente me… irrita.

Siento la mirada de Kastian sobre mí y lo encuentro analizándome como si pudiera leerme la mente.

—¿Qué? —murmuro.

Él suspira, negando apenas con la cabeza.

—Nada. Solo espero que sepas lo que estás haciendo.

—Estoy haciendo exactamente lo que todos querían que hiciera —digo, molesto—. Estoy haciendo lo que Thorne ordenó. ¿Qué más esperas?

En ese momento, la voz de Alix resuena por encima del ruido del andén y del golpeteo de la lluvia.

—¡Esto es increíble! No puedo creer que todo haya sido real todo este tiempo.

Inhalo hondo, aspirando el olor a lluvia y rosas que siempre flota en el aire.

—Es una estación de tren —rezongo—. Tómatelo con calma.

—Es una estación de tren *mágica* —me corrige con cierto énfasis.

—No, es una estación normal. No tiene más magia que nuestros castillos. La única diferencia con tu mundo son los pasajeros.

Alix se detiene y se baja la capucha roja empapada. Las gotas le salpican las mejillas y quedan atrapadas en sus pestañas cuando alza una ceja hacia mí.

—¿Puedes dejarme disfrutar esto tantito? ¿Qué parte *no entiendes*? Es un *tren* fae. Todo esto tiene vibra del Expreso de Hogwarts.

No tengo ni idea de qué significa eso. Niego apenas, obligándome a tener paciencia.

Para ser justo con Alix, sí llama atención, pero no es la única. Solo por tamaño e imponencia, nuestro grupo ya atrae demasiadas miradas. Ella camina al frente, aunque claramente no tiene idea de a dónde va. Kastian y yo la seguimos, turnándonos para apartarla de desconocidos sospechosos, rejillas abiertas y, una vez, las vías mismas. Jett y Fox cubren la retaguardia, con Odessa entre ellos, con la cara completamente oculta bajo la capucha verde y cargando al enorme gato gris de Alix en una canasta de picnic.

A nuestra derecha, una enorme locomotora de vapor escarlata y negra espera a que los pasajeros suban a bordo. Miro el reloj de la taquilla cercana. Aún es temprano, pero la lluvia nos está salvando de tener que viajar solo de noche. Aun así, si las nubes se despejan…

Trago saliva, molesto, y alzo la voz para que se me escuche por encima del ruido del tren.

—Vamos a abordar ya. No hay ni una maldita posibilidad de que nos lo vayamos a perder.

Mis amigos se dan vuelta y avanzan hacia las puertas abiertas del vagón más cercano, pero, por supuesto, Alix no parece oírme. Sigo la dirección de su mirada y me doy cuenta de que está observando a un grupo de troles, claramente maravillada.

Los troles están reunidos alrededor de un puesto de mercado desvencijado, usando el toldo raído para resguardarse de la lluvia intensa. Su piel es moteada y escamosa; sus caras se retuercen en expresiones burlonas mientras conversan en su lengua gutural.

—Supongo que nunca habías visto un trol —le dice Jett, quedándose atrás para hablar con Alix.

Ella niega con la cabeza.

—Claro que no. Aunque salen en el libro de Nana.

—¿Y qué dice sobre ellos?

Traga saliva.

—Que atacan a los humanos y se los comen.

—Eso es una tontería —exclamo, antes de poder detenerme—. Hay muchas especies fae y la mayoría no se parece a nosotros. Yo no me quedaría ahí mirándolos fijo.

Alix da media vuelta y me mira con cara de pocos amigos.

—¿Por qué?

—Porque es de pésima educación, por eso.

Un leve rubor rosado le sube a las mejillas, pero no aparta la mirada de la mía.

—Supongo que tú sabrías mucho de mala educación.

Abro la boca para replicar, pero Jett se me adelanta. Pasa un brazo por encima de los hombros de Alix.

—Ignora a Ashwater, Princesa —dice, dedicándome una sonrisa por encima de su cabeza—. No voy a dejar que nada te coma.

Un chispazo de irritación me recorre el pecho y entierro las uñas en las palmas bajo la capa. Doy un paso adelante, la tomo bruscamente del codo y la alejo de Jett y de los troles, guiándola hacia la puerta abierta de la enorme

locomotora roja. No quiero que él ni nadie más la toque. «Se ve mal; se supone que está aquí para Thorne».

—Mira —murmuro al oído de Alix—, sé que es la primera vez que ves todo esto, pero *Isabelle* ya había estado en Ellender antes. Tienes que dejar de ser tan obvia o esto jamás va a funcionar.

Alix intenta zafarse de mi agarre y fracasa; luego alza la barbilla para mirarme con enojo.

—Nunca te prometí que fuera una buena actriz.

—Podrías al menos intentarlo.

—Lo haré cuando lleguemos al otro palacio, o adonde sea que vayamos, pero vas a tener que ayudarme.

—¿A qué?

—Prometiste que me explicarías todo lo que no sé, que básicamente es todo, así que será mejor que empieces.

Suelto su brazo y paso una mano frustrada por mi cabello empapado por la lluvia. Tiene razón, claro, pero convertirme en su enciclopedia personal no era exactamente lo que tenía en mente. Esperaba poder evitarla lo más posible una vez que llegáramos al palacio. Me imaginaba dejándosela a Odessa para que la vigilara y, quizá, retirarme a la Finca Ashwater tan pronto como Thorne me la devolviera.

—Vamos, entremos —dice Odessa, apartando a Fox para colocarse detrás de Alix—. Podemos hablar de esto cuando estemos solos en un compartimento.

Complaciente como siempre, Kastian sube los escalones del vagón y le ofrece una mano a Odessa para ayudarla. Ella desvía la mirada como si no lo viera, se aferra al barandal de metal, pasa a su lado y desaparece dentro.

Kastian me mira, desconcertado.

—¿Hice algo?

Niego con la cabeza, maldiciendo entre dientes. No puedo creer que no me diera cuenta de que esto sería un problema. Subo los escalones del tren y le doy una palmada en el hombro, a modo de consuelo.

—Perdón, amigo. Olvidé mencionar que Dessa es de Hydratta y no es tan despistada como Thorne.

Se pone pálido y se ve un poco verde.

—Maldición —murmura, antes de desaparecer en el vagón tras mi prima.

—¿Por qué importa de qué reino es ella? —pregunta Alix.

Le ofrezco la mano para ayudarla a subir.

—No te preocupes por eso, Duraznito.

Alix mira mi mano, evaluando opciones, y finalmente coloca sus dedos sobre los míos. La ayudo a subir al tren y tropieza, quedando pecho con pecho conmigo. Durante un largo segundo, no me muevo.

—Perdón —dice ella, casi sin aliento.

Suelto su mano y doy un paso atrás, limpiándome los dedos en el saco, como si quisiera borrar cualquier rastro suyo.

—Bien, sigue.

Al ver nuestros uniformes militares, el revisor ni siquiera se molesta en pedirnos los boletos. Nos indica el compartimento vacío más cercano, cerca del frente del tren.

Alix se sienta junto a la ventana y, de inmediato, limpia un fragmento empañado de la ventana con el dorso de la mano para pegar la nariz al vidrio. Odessa y el gato se sientan a su lado y yo tomo el asiento frente a Alix, dejando que Kastian quede a mi derecha, frente a Odessa. Ella le lanza una mirada furiosa y él aparta la vista, fingiendo no notarlo.

—Vamos a buscar otro compartimento, Ashwater —me dice Jett, señalando a Fox a su lado—. El grandulón no cabe aquí.

Asiento.

—No se alejen. Si pasa algo, no quiero tener que ir a buscarlos.

—¿Qué podría pasar? —responde Jett, despreocupado—. Ya no estamos en Dyaspora, puedes relajarte.

Hago una mueca. Nunca voy a relajarme de verdad hasta que mi hermano esté muerto y pueda mear sobre su maldita tumba, pero sé que no es a eso a lo que se refiere Jett. Ha notado que estoy más tenso de lo normal, pero hasta que veamos a Thorne y sepamos si cree que Alix es Isabelle, no puedo calmarme. Hay demasiado en juego.

Jett cierra la puerta del compartimento de un golpe, dejándonos a los cuatro dentro. Un silencio incómodo llena el espacio y me siento aliviado cuando suena el silbato y el tren arranca.

—¿Dónde queda ese palacio? —pregunta Alix.

—Al norte —rezongo.

Odessa me dirige una mirada de fastidio, regañándome en silencio por ser grosero.

—Está en la esquina noroeste de Vernallis —explica—. Hace mucho más frío por allá, por eso se llama el Palacio de Invierno. Antes de la maldición casi nadie iba porque era demasiado frío, pero ahora… —Guarda silencio, incómoda.

—Espera un momento —dice Alix, con cara de confusión—. ¿Dónde está Vernallis?

Odessa parpadea, sorprendida.

—¿Eh? Aquí. Estamos en Vernallis.

—Pensé que esto era Ellender.

—En el libro de Isabelle, algunos nombres de ciudades están mal —digo de golpe, sabiendo perfectamente por qué Alix está tan perdida.

Alix arquea las cejas.

—Espera, ¿leíste el libro?

Desvío la mirada.

—Sí. Anoche.

No pude dormir nada anoche. Mis pensamientos acelerados me acompañaron hasta bien entrada la mañana. Tuve horas para tratar de entender cómo debe ver Alix nuestra tierra. Resulta que el libro que escribió la verdadera Isabelle es extrañamente absorbente.

Por desgracia, casi todo es un disparate.

La magia parece correcta, igual que las descripciones del Palacio de Verano y los sirvientes, pero ahí termina la fidelidad. Más allá de las apariencias, los personajes no se parecen en nada a las personas reales que claramente los inspiraron, y lo peor: los detalles de la maldición sobre Vernallis están tan suavizados que no es raro que Alix haya estado dispuesta a arriesgar la vida para romperla.

Cree que vivimos en una maldita tierra de ensueño.

—En el libro hay cuatro reinos fae —explico—. Ellender al oeste, Hydratta al sur, Solistine al este y Thermia al norte. Ellender es el reino más grande, gobernado por el rey fae Thorne. En realidad, el reino de Thorne se llama Vernallis y Ellender es como llamamos al continente en su conjunto.

—Está bien —murmura ella despacio, mirándome con escepticismo—. Entonces estamos en Vernallis. Bien. Pero sigo sin entender cómo llegué aquí.

—Hay docenas de portales entre nuestro mundo y el tuyo. Hay uno en la mina de Ironhill.

—Espera, ¿en serio? —pregunta—. Pero esa mina lleva ardiendo décadas.

—Eso descubrí. Y me pregunto si el fuego lo provocó el propio portal o si lo iniciaron a propósito para impedir que alguien lo usara.

—Entonces, ¿secuestraron a Nana usando ese portal?

Niego con la cabeza.

—No tengo idea de cómo llegó Isabelle hasta aquí. Yo estaba en Dyaspora.

—Belle llegó por su cuenta —interviene Odessa—. Su padre era minero y cruzó accidentalmente el portal de Ironhill, donde el rey Thorne lo tomó prisionero. Belle lo siguió y aceptó quedarse como prisionera del rey a cambio de la libertad de su padre.

—Dios… tengo tantas preguntas para cuando vuelva a casa —murmura Alix.

—¿Sabes qué se me acaba de ocurrir? —interrumpe Kastian, siguiendo claramente su propio hilo de pensamiento.

Volteo a verlo.

—¿Qué?

Kastian observa a Alix como si la viera por primera vez.

—¿Estamos seguros de que ella no es pariente del rey Thorne?

Me quedo helado.

—¿Qué demonios dices?

—Pues… —Kas ladea la cabeza, alzando las cejas—. El rey está enamorado de su abuela.

—*Posiblemente* enamorado —lo corrijo enseguida—. No sabemos si ese fue el motivo.

—Pero sí sabemos que se conocían —se suma Odessa, luciendo tan presa del pánico como me siento yo.

Miro a Alix. El horror me recorre como un viento gélido. *No. Ni de broma…* No puede ser pariente de Thorne, porque entonces sería mi… ¿sobrina nieta? Alix no se parece a Thorne, pero bueno, tampoco se parece su otro…

El estómago se me revuelve, seguro de que voy a vomitar.

—Ey… —Alix levanta ambas manos—. De verdad necesitan aprender a terminar sus frases. Nunca tengo idea de qué están hablando.

Kastian, siempre sensato, se inclina hacia ella.

—¿Hay alguna posibilidad de que el rey Thorne sea tu abuelo?

Ella se atraganta, ahogándose con lo que parece una risa. Un momento después ya no puede contenerse y estalla en carcajadas.

—No tiene maldita gracia —exclamo.

—Sí la tiene —jadea—. Primero, Ellender resulta ser real, y ahora creen que soy mitad fae. ¿Qué clase de historia de Wattpad es esta?

—Es posible —dice Odessa.

—No, en realidad no lo es —responde Alix, todavía intentando contener la risa—. Miren, incluso ignorando el hecho de que definitivamente no soy mágica de ninguna manera, las cuentas no cuadran. Mi mamá no nació sino hasta casi diez años después de cuando dicen que Nana estuvo aquí.

—¿Quién es su padre? —pregunto, necesitando estar completamente seguro.

—No es asunto tuyo, pero era un tipo común y corriente de Ironhill. Persiguió a Nana durante años hasta que ella aceptó casarse con él y después fueron bastante miserables juntos. A Nana le gustan los libros y la jardinería, pero mi abuelo era muy aficionado a la caza y no era un tipo especialmente agradable en general. Nada sorprendente, de hecho. Las mujeres de mi familia tienen pésimo gusto para elegir hombres.

—Y vaya que sí —coincide Odessa, lanzándome una mirada.

Echo la cabeza contra el respaldo del asiento, tan aliviado que no me importa que mi prima me esté insultando. Alix no sabe que Thorne es mi hermano ni que acabo de ver mi vida entera desfilar ante mí, pero todos los

demás aquí sí lo saben. Kastian me da una palmada conciliadora en el hombro.

—Necesito un poco aire —murmuro, empujándome para ponerme de pie.

En cuanto me incorporo, siento con claridad el movimiento del tren. Me tambaleo y arrugo la frente, de pronto consciente de la velocidad a la que viajamos. Al volver la vista hacia la ventana, distingo una sombra oscura que pasa velozmente por el cristal.

—¿Qué estás mirando? —pregunta Kastian.

Niego con la cabeza, entrecerrando los ojos para mirar la oscuridad más allá de la ventana.

—Nada… —murmuro—. Pero ¿a qué velocidad crees que vamos?

Kas arruga la frente.

—Ni idea. ¿Por qué?

Alix pone cara de confusión y pega la nariz a la ventana, mirando afuera.

—Ahora que lo mencionas, sí parece que vamos muy rápido. No lo noté porque los trenes de alta velocidad son todos así, pero… ¿no estamos en una locomotora de vapor?

Como si fuera una respuesta, el enorme gato de Alix empieza a arañar el interior de su canasta, emitiendo un sonido más parecido a un aullido que a un maullido.

—Voy a preguntarle al revisor —declaro, abriendo la puerta del compartimento.

De pronto, el tren se sacude con violencia. Tropiezo y extiendo un brazo para sostenerme del marco de la puerta.

—¿Qué diablos…?

Suena un chirrido metálico, como si algo raspara con fuerza, y el vagón vuelve a sacudirse.

Odessa grita; su voz se mezcla con otros alaridos que hacen eco por el pasillo, desde otros compartimentos.

Sin pensarlo y sin intentar averiguar qué está pasando, me lanzo hacia Alix y la cubro con todo mi cuerpo.



CAPÍTULO 9

ALIX

—¡Uf!

Dejo escapar un grito involuntario cuando Daemon me estrella contra la pared metálica del vagón.

Apenas me había puesto de pie unos segundos antes y ahora me duele la espalda por el golpe, mientras él me mantiene contra la ventana, con su cuerpo presionado firmemente contra el mío.

¿Me está protegiendo o tratando de sofocarme?

Abro la boca para exigir que me suelte, pero las palabras mueren en mi garganta. Sin querer, respiro su aroma marcadamente masculino y mi cuerpo traicionero reacciona. Un cosquilleo tibio me recorre entera y el latido de mi corazón retumba en mis oídos.

El tren da un nuevo sacudón, arrancándome de mi ensimismamiento.

Esta vez el temblor va acompañado del chirrido ensordecedor de las ruedas de metal contra las vías y del sonido ominoso de madera que se quiebra. Pierdo el equilibrio y tropiezo, aferrándome al hombro musculoso de Daemon para no caer.

—¿Qué demonios está pasando? —refunfuña.

—¡Yo esperaba que tú supieras!

Ahora que estoy poniendo atención, no puedo creer lo mucho que tardé en darme cuenta: vamos rápido. *Ridículamente rápido*. Se siente como el metro, no como un tren antiguo de paseo, y parece que aceleramos más a cada segundo.

¿Y si chocamos? Los fae probablemente estarán bien y Odessa puede cuidarse sola. Pero yo estoy jodida. Olvídate de criaturas mágicas y reyes de las hadas: bastaría con golpearme la cabeza contra la ventana para que se me apagaran las luces como si me arrollara el mismo tren.

—¿Qué pasa si descarrilamos?

Daemon hace una mueca, su cara todavía a pocos centímetros de la mía.

—¿A esta altura? Yo no pensaría en eso si fuera tú.

«¿Altura?».

Me doy vuelta y limpio un pedazo de cristal empañado para mirar afuera. El paisaje es borroso bajo el cielo oscuro y lluvioso, pero se nota que vamos por vías elevadas, sostenidas por pilares altos, muy por encima de las colinas onduladas y de los matorrales espinosos de rosas.

—¿Qué tan alto estamos? —pregunto.

Daemon me ignora, pero su boca se tensa aún más, como una línea cada vez más delgada.

«Entendido. Eso significa que estamos realmente muy alto».

Daemon se separa un poco y me toma de la mano, envolviendo mis dedos con los suyos, mucho más grandes.

—Tenemos que ver qué está pasando.

No me molesto en protestar cuando me arrastra fuera del vagón hacia el pasillo estrecho y tenuemente iluminado.

Kastian y Odessa ya están fuera, y me tranquiliza ver que Odessa sostiene a Sushi con fuerza entre sus brazos mientras el gato aúlla desesperado por salir de su transportadora. Miro a la derecha y veo a Jett y Fox acercándose por el corredor. Sobre nosotros, los faroles oscilan violentamente de un lado a otro como luces estroboscópicas. Otros pasajeros se asoman desde sus compartimentos para gritar su confusión unos a otros. Claramente, esto no es normal, ni siquiera para los fae.

—¿Quién demonios está manejando esta cosa? —grita Jett.

—No creo que alguien la esté manejando —murmura Kastian—. ¿Dónde estamos con respecto a la locomotora?

—Estamos a solo unos vagones de la parte delantera —responde Daemon, con expresión sombría—. Vamos. Si el conductor no está muerto ya, yo mismo voy a matarlo.

Daemon toma la delantera y me arrastra con él mientras avanza hacia la pequeña puerta que conecta con el siguiente vagón. Agarra la manija e intenta abrirla, pero está cerrada. Mi estómago se hunde, aunque un segundo después la cerradura hace clic y él empuja la puerta para abrirla.

—¿Cómo hiciste eso?

—Adivina, Duraznito.

Santo cielo. Acaba de usar magia. Me refiero a magia real. Es una locura y, al mismo tiempo, tantas cosas empiezan a encajar. Yo sabía que había cerrado con llave la casa de Nana. ¡Este imbécil usó sus poderes fae extraños para meterse!

Supongo que ahora mismo no es mi mayor problema, pero igual. «La audacia de este hombre».

Daemon prácticamente corre por el pasillo del siguiente vagón, jalándome sin remedio. Se ve casi igual que el nuestro: una alfombra angosta en medio y compartimentos con paredes de vidrio a ambos lados. El piso tiembla bajo nuestros pies, el vagón entero se balancea de un lado a otro, como si fuera a volcarse en cualquier momento.

Al final del pasillo, llegamos a otra puerta que conecta con el siguiente vagón. Espero ver otro pasillo largo, pero Daemon me jala a través de la puerta y hacia lo que debe ser el vagón de equipaje. Está oscuro, excepto por la luz que entra desde la puerta abierta, y tengo que entrecerrar los ojos para distinguir las pilas de baúles y maletas que se alzan del piso al techo.

El tren se sacude de nuevo y grito mientras me agacho cuando algo sale volando directo hacia mí. Después de un segundo, no siento el impacto y abro los ojos para darme cuenta que Daemon sostiene una maleta con una sola mano, a pocos centímetros de mi cara.

—De nada —dice, con esa sonrisa arrogante.

«Qué tipo más insufrible».

Detrás de mí, Kastian, Jett y Fox se abren paso y empiezan a quitar equipaje de inmediato, arrojándolo al pasillo detrás de nosotros para despejar un área donde podamos estar de pie los seis.

Daemon suelta mi mano.

—La locomotora está en el siguiente vagón. Esperen aquí.

Me froto los dedos donde él me sujetaba, más nerviosa de lo que estaba hace un momento.

Daemon sigue apartando equipaje mientras avanza hacia la siguiente puerta, en el lado opuesto del vagón. Los baúles revientan al caer y toda clase de ropa, papeles y baratijas se desparraman por el suelo. Un jarrón de vidrio, envuelto apretadamente en papel de seda, cae de una bolsa y se hace añicos. Siento un pinchazo de dolor en el pecho. Parece que la gente empacó aquí sus vidas enteras en baúles y ahora, aunque el tren no llegue a estrellarse, sus pertenencias ya estarán perdidas para siempre.

Daemon llega hasta la puerta del fondo y pega la cara al ventanal redondo del centro. Suelta una maldición entre dientes y mira hacia atrás.

—Prepárense.

—¿Qué…?

Antes de que siquiera pueda preguntar a qué se refiere, Daemon abre la puerta de un tirón. El tren se estremece con violencia cuando una ráfaga poderosa de viento y lluvia irrumpe en el interior, empapándonos con gotas heladas. Detrás de mí, Odessa suelta un pequeño grito y Sushi sisea con furia.

Por lo visto, la locomotora no está conectada al resto del tren. No hacía frío cuando salimos, pero con la velocidad a la que vamos y la lluvia que no cesa, me envuelvo los brazos alrededor del cuerpo para no tiritar.

Mi corazón da un brinco cuando Daemon asoma la cabeza al exterior del tren en marcha, con el cabello echado hacia atrás por el viento.

—Voy a ver qué le pasa al motor.

Daemon desaparece en la oscuridad. Quiero protestar, pero recuerdo que puede volar. Miro alrededor, preguntándome si todos los demás ocultan alas también. Espero que sí, porque me empieza a preocupar que tengamos que saltar.

Siento una mano en el hombro y me hago a un lado cuando Kastian pasa junto a mí para ocupar el lugar que Daemon dejó vacío en la puerta. No parece afectarle el frío. De hecho, a ninguno de los hombres les molesta.

Contengo la respiración y espero, nerviosa, el grito de Daemon o, mejor aún, el sonido de los frenos. Después de un segundo, Odessa se acerca a mi lado, en medio del vagón. Sonríe.

—Todo estará bien.

Hago una mueca.

—Para ustedes, quizá. Yo no puedo volar.

—No te preocupes, Daemon no va…

Sus palabras se cortan de golpe con otro chirrido de metal.

Por un instante creo que son los frenos, que Daemon logró detener el tren, pero el vagón se sacude otra vez.

Odessa grita y busca sostenerse de la pared.

El estruendo metálico es ensordecedor. Giro la cabeza de inmediato, y caigo en cuenta de que el sonido no viene de la locomotora, sino de los vagones de pasajeros.

Fox está de pie justo dentro del compartimento de equipaje, mientras Jett sigue en el pasillo del vagón de pasajeros. Han estado pasándose maletas sin parar, para abrir más espacio.

De pronto, la madera cruje y veo la puerta de nuestro compartimento ceder en sus bisagras. Los pernos que conectan los vagones claramente están sometidos a demasiada tensión y, en cualquier momento, el vagón de pasajeros se va a desprender.

—¡Métete aquí! —grita Fox a Jett.

Jett corre hacia la entrada, saltando sobre las maletas que él mismo dejó en el camino. Fox se inclina entre los vagones, con la mano extendida hacia su amigo.

Se oye otro quejido, la madera cruje y el tren se sacude como una montaña rusa. Los vagones se desconectan justo cuando Fox alcanza a sujetar la mano de Jett y lo jala hacia adentro.

Jett cae como un bulto en el suelo, jadeando.

—Demonios —exhala, aún sonriendo de algún modo después de eso—. Eso estuvo cerca.

Antes de que nadie pueda reaccionar o decir algo, Daemon vuelve a entrar al vagón por el lado opuesto.

—No hay conductor.

—¿Cómo es posible? —pregunta Odessa.

—No tengo ni maldita idea, pero no voy a perder el tiempo tratando de averiguarlo.

—¿No podías detener el tren tú mismo? ¿O usar magia? —pregunto, un poco desesperada.

Daemon suelta un suspiro irritado.

—No tengo ni la más remota idea de cómo funciona un tren. No puedo ordenarle que se detenga. Lo mejor que podría hacer es volar el motor. Así que, a menos que alguien aquí pueda explicarme cómo demonios funciona esta mierda…

Nos miramos, como esperando que alguno haya olvidado mencionar que es experto en motores de tren.

Vuelvo la vista al hueco donde antes estaba la puerta del vagón de pasajeros. A lo lejos, el resto del tren se pierde en la distancia, cada vez más rápido. Entonces se me ocurre una idea.

—Tenemos que desconectarnos de la parte delantera —digo—. Sin la locomotora jalando nuestro vagón, avanzaremos por inercia hasta que desacelere o hasta encontrar un punto seguro para saltar.

Daemon se anima al instante.

—Buena idea, Duraznito. —Se gira hacia Kastian—. ¿Quieres ayudarme?

—Yo lo haré —ruge Fox, abriéndose paso hacia el otro extremo del vagón.

Daemon lo mira, tomando nota de sus enormes músculos, y asiente. Ambos salen a las barras metálicas que conectan el vagón de equipaje con la locomotora que lo arrastra y empiezan a intentar romperlas.

—¿No pueden romperlo con magia? —pregunto.

—Está hecho de hierro —explica Odessa—. El hierro es resistente a la magia, por eso ese tipo de herrajes se forjan así. Deben ser resistentes a la manipulación.

—Qué conveniente, carajo.

—¡Consíganos algo pesado para romper el enganche! —grita Daemon.

Adentro, Kastian, Jett, Odessa y yo abrimos maletas de inmediato. El contenido de todas las que no se habían reventado por su cuenta se esparce por el vagón, como si hubiera pasado un tornado. Busco entre bolsa tras bolsa de ropa y luego abro un baúl grande de madera. Enseguida, el corazón me da un brinco.

El baúl está lleno hasta el tope con lo que parecen ser los utensilios de cocina de alguien. Me siento mal por la persona que iba a dejar su hogar para empezar de nuevo en otro sitio; tendrá que hacerlo sin sus cosas, aunque al menos si el tren no se estrella, seguramente estará bien.

Lanzo unos platos, un plumero y un reloj de escritorio antiguo fuera del baúl, hasta que por fin encuentro lo que busco.

—¡Aquí! —grito, blandiendo un sartén de hierro, pesado como si fuera una espada—. Usen esto.

Corro hacia la puerta y se lo paso a Fox. Él lo levanta como un mazo y empieza a golpear las barras metálicas. Contenemos el aliento, esperando, hasta que, con un golpe profundo, el enganche que nos une a la locomotora desbocada por fin se rompe.

Odessa vitorea, pero yo solo suelto un suspiro de alivio y me hago a un lado para que Fox pueda saltar dentro. Por un largo segundo espero que Daemon lo siga, pero no lo hace.

Estiro el cuello para ver mejor y el corazón se me sube a la garganta cuando al fin lo distingo. Está apoyado de manera precaria en una barra de metal resbaladiza por la lluvia, sobre las vías del tren, con un pie deslizándose peligrosamente cerca del borde.

Actúo por instinto, agarro su mano y lo jalo hacia adentro. Caemos ambos al suelo, enredados. Suelto un «uy» cuando cae encima de mí, y me saca el aire de los pulmones.

Daemon se impulsa con las manos hasta quedar suspendido sobre mí, como en posición de lagartija.

—¿Y eso a qué vino?

Su cabello le cae sobre los ojos y las gotas de agua caen sobre mi cara. Tomo un profundo respiro, involuntariamente, inhalando su aroma intenso.

—Estabas a punto de caer —jadeo—. De nada.

Él resopla, con la arrogancia marcada en cada línea de su cara.

—Estaba bien. Y aunque no lo estuviera, no voy a darte las gracias, Duraznito. Sin ti, yo no estaría en este tren.

—Y sin ti, yo no estaría en este mundo, así que ¿de quién es la culpa, en realidad?

Él sonríe, como si casi lo estuviera disfrutando, a pesar de que acabamos de rozar la muerte.

—Te diré algo: si salimos vivos de esta, puedes llevarte todo el crédito que quieras.

Pongo cara de fastidio y lo empujo con ambas manos para apartarlo de mí.

—Recuérdame no volver a salvarte la vida. La próxima vez, simplemente dejaré que te arrollen.

—Lamento interrumpir, ¡pero no creo que estemos en la parte de la conversación con tensión sexual! —grita Jett.

Daemon y yo volteamos a mirarlo al mismo tiempo.

—¿De qué hablas? —pregunta Daemon.

Los ojos de Jett se abren de par en par y señala por encima de nuestras cabezas.

—¡Miren!

Entrecierro los ojos para ver a través de la lluvia, hacia adelante.

Parece que mi plan funcionó, porque la locomotora ya casi desaparece frente a nosotros y, sin duda, estamos disminuyendo la velocidad. A lo lejos, el tren avanza directo hacia un puente que se ve demasiado frágil para soportar un tren a esa velocidad. Y, en efecto, observamos cómo las vigas de madera crujen y se quiebran. El puente se desmorona bajo el peso de la locomotora desbocada. Tan rápido que casi no parece real. El tren cae, precipitándose contra el suelo con un estruendo escalofriante. Cualquier alivio que sentí segundos antes se desvanece y el terror me invade.

—¡Carajo! —maldice Daemon, poniéndose de pie de un salto.

En el tiempo que me toma parpadear, despliega sus enormes alas emplumadas.

Me quedo boquiabierta, aturdida. Son tan grandes que chocan contra las paredes del vagón, incapaces de extenderse por completo. ¿Cómo demonios las mantiene ocultas? ¿Son mágicas? Deben serlo, pero…

Mis preguntas, presas del pánico, se interrumpen cuando Daemon me agarra y me pone de pie. Me gira y me empuja hacia la puerta trasera del tren… o lo que antes era una puerta, porque fue arrancada de sus bisagras.

Parpadeo, sorprendida de nuevo, al ver que todos los demás también tienen alas. Las de Kastian son negras como las de Daemon, pero las suyas tienen plumas verdes, como una mancha de aceite. Las de Fox son completamente blancas, como las de un ángel de verdad, mientras que las de Jett son de un azul púrpura oscuro.

—Guau —digo—. Si pueden hacer eso, ¿por qué no volaron para salir de aquí desde el principio?

No me sorprende que Daemon ignore mi pregunta, ni que los demás parezcan perfectamente tranquilos con esta situación. Bueno, todos menos Odessa, que también se ve alarmada al quedar de repente en un vagón atestado de plumas.

—¡Kas, lleva a Odessa! —ladra Daemon.

Odessa grita e intenta hacerse a un lado del brazo extendido de Kastian.

—¡No me toques!

Kastian la agarra y le arranca la transportadora con un Sushi que sigue aullando. Le lanza el gato a Jett, luego se echa al hombro a Odessa, quien forcejea, y salta fuera del tren.

—¡Santo cielo! —exclamo cuando Jett salta tras ellos, seguido por Fox.

—Vámonos, Duraznito —dice Daemon, extendiendo la mano hacia mí.

—¿Estás loco? —grito por encima del viento—. Prefiero quedarme aquí.

—Tendrás que hacerlo si no te mueves, maldita sea —refunfuña, estirando la mano otra vez.

—¡Jamás he querido probar el paracaidismo! —chillo—. ¡Ni siquiera me gusta aventarme del trampolín alto en la alberca pública!

La cara de Daemon se tuerce de frustración mientras me agarra por la cintura y se lanza conmigo al vacío.

Grito durante un segundo eterno mientras caemos en el aire abierto. El estómago se me revuelve, como si estuviera en una montaña rusa infinita, y el viento me azota la cara, enredándome el cabello y haciéndome lagrimear.

De pronto, es como si abriéramos un paracaídas. Las alas de Daemon se extienden y dejamos de caer.

Mi corazón me retumba en el pecho y lucho por recuperar el aliento mientras damos una vuelta amplia sobre las vías del tren. Miro hacia abajo justo a tiempo para ver nuestro vagón caer desde el puente roto y hacerse añicos en mil astillas de madera.

—De nada —dice Daemon en mi oído, con un tono de humor—. Parece que el crédito es mío, después de todo.

—¡Te… te odio, maldito! —jadeo—. No se te ocurra soltarme.

Él sonríe junto a mi oído.

—Recuérdame no volver a salvarte la vida.



CAPÍTULO 10

ALIX

Daemon por fin aterriza en una colina cubierta de hierba, donde los demás nos esperan, pero no permanecemos ahí mucho tiempo. La lluvia sigue cayendo a cántaros y empieza a convertirse en aguanieve. Por fortuna, no estamos lejos de un pueblo y solo nos toma quince minutos llegar a las luces a lo lejos.

—¿No podíamos volar hasta allá? —digo, castañeando los dientes mientras me envuelvo más en mi capa.

—Pensé que odiabas volar —refunfuña Daemon.

—Sí, pero también odio caminar, así que lo que sea más rápido…

—No se puede —dice Kastian, cuando Daemon me ignora—. Las alas fae solo salen en circunstancias particulares. Las situaciones de peligro mortal son las más comunes.

—Como los peces que cambian de color cuando se sienten amenazados —comento de golpe.

Odessa se ríe a carcajadas y lanza una mirada burlona a Daemon.

—¿Qué se siente que te comparen con un pez?

—Dímelo tú. Yo no soy quien tiene cola —replica él.

La cara de Odessa se ensombrece y desvía la mirada. Claramente, hirió sus sentimientos.

—¿Saben en qué he pensado mucho últimamente? —digo, intentando distraer a Odessa.

—¿En qué? —pregunta.

—Cuando la gente dice: «Podría ser peor». Pues sí, es cierto. Siempre podría ser peor. Digo, ¿qué importa que tu esposo te engañe cuando podrías ser secuestrada? ¿Y qué importa un secuestro cuando casi te devoran los lobos o mueres en un accidente de tren?

—Creo que estás malinterpretando ese dicho —refunfuña Daemon—. No se trata de esperar que las cosas empeoren. Se supone que debes ver el lado bueno, o lo positivo.

—¿Ah, sí? Entonces dime cuál es el lado bueno de hoy porque, hasta donde alcanzo a ver, todo está bastante terrible ahí fuera.

Daemon me lanza una mirada asesina, pero Odessa interviene antes de que pueda replicar.

—Espera, ¿dijiste «esposo»? —pregunta, lanzándome una mirada sorprendida—. ¿Estás casada?

—Eh… —titubeo, sin haber planeado tener que explicar esto—. Más o menos. No realmente. Es complicado.

—Todas las mejores relaciones son complicadas —dice Jett con alegría, balanceando la transportadora del pobre Sushi mientras camina.

Extiendo las manos haciendo señas hasta que me entrega la canasta de picnic. Echo un vistazo para asegurarme de que el gato no esté demasiado traumatizado; luego la sostengo con cuidado antes de responder al fin:

—No estoy de acuerdo. A mí me gusta que las cosas sean realmente simples. Enamorarse, felices para siempre, fin. Sin epílogos traumáticos.

Jett arruga la frente, confundido.

—Entonces, ¿por qué aceptarías…?

—Hay una posada más adelante —interrumpe Daemon—. Deberíamos detenernos ahí, al menos para secarnos.

Kastian asiente de inmediato y ambos aceleran el paso, obligándonos al resto a trotar detrás de ellos.

Al poco tiempo llegamos al pueblo. Solo hay una calle larga, empedrada y quizá treinta edificios, todos construidos demasiado juntos. En otro momento estaría fascinada de estar aquí, incluso emocionada. Pero ahora casi no noto nada a nuestro alrededor mientras avanzamos directo hacia la posada.

La posada no se distingue de las demás casas antiguas, excepto porque tiene las luces encendidas y voces fuertes que resuenan hacia la calle.

—¿Qué hora es? —pregunto, mirando al cielo.

—Como mediodía —responde Odessa.

—¿Y todo el pueblo está sentado en la taberna de la posada bebiendo? ¿No tienen otras cosas que hacer?

Daemon hace una mueca mientras abre la puerta y me hace pasar.

—Como nadie puede salir cuando el sol está arriba, se acostumbraron a dormir durante el día. Piensa en esto como si fuera medianoche.

Pongo cara de confusión, pero guardo mis preguntas mientras entramos. La taberna es un salón amplio con una barra a un lado y una escalera tambaleante al otro. Está iluminado con luz cálida y huele a humo de pipa; decenas de fae conversan en voz alta. En la esquina hay una diminuta plataforma elevada donde están sentados un par de músicos, aparentemente tomando un descanso de tocar. El corazón me da un vuelco de envidia al ver a un hombre sostener un violín.

—Quiero beberme mi propio peso en cerveza —dice Jett.

Por una vez, Fox da señales de prestar atención y asiente con entusiasmo.

—No —ladra Daemon—. No podemos quedarnos. Solo tomaremos habitaciones por un par de horas, para secarnos y reagruparnos.

—¿Hablas en serio, Ashwater? —pregunta Jett, visiblemente consternado —. ¿La primera taberna en la que pones un pie en noventa años y ni siquiera quieres un trago?

—No es mi primera taberna —murmura Daemon, mirándome de reojo.

Siento que mis mejillas se sonrojan ligeramente. Así que, cuando nos conocimos en Ted's, ¿era la primera vez que salía de prisión en noventa años? Santo cielo. Con razón parecía tan interesado en mí. Detesto que mi ego esté tan herido por esta revelación, pero, al mismo tiempo, todo encaja. Daemon es un Adonis mágico con alas y yo solo soy… yo.

—¿No se les está olvidando algo? —pregunta Odessa, interrumpiendo mis pensamientos—. No tenemos dinero. Todo lo que traíamos con nosotros está en el fondo del lago, en el tren.

—Estamos de uniforme —refunfuña Daemon—. ¿Quién no atendería a los soldados del rey?

Resulta que a este lugar le importan un bledo los soldados del rey.

El tabernero le lanza a Daemon una mirada desdeñosa y le dice que regrese con monedas. Por un momento, creo que habrá una pelea, pero, para mi alivio, él vuelve con calma hacia nosotros.

Supongo que no es un imbécil con todo el mundo, solo conmigo.

—¿Y ahora qué? —suspira Jett con dramatismo—. No me digas que tenemos que volver afuera.

Como si alguien hubiera dado una señal, empiezo a tiritar de forma violenta; el frío que se me ha incrustado en los huesos no cede. No soy una persona acostumbrada al aire libre o de espíritu aventurero, y caminar por el bosque bajo la lluvia es, para mí, una especie de infierno personal.

—Estoy con Jett esta vez. Si tenemos que caminar el resto del camino bajo la lluvia, mejor mátame de una vez.

Daemon se pasa una mano por el cabello, frustrado.

—No puedo conjurar monedas de la nada.

Arrugo la frente y miro hacia la banda del rincón. Una idea cruza por mi mente.

—Tú no puedes conjurar monedas, pero quizá yo sí. Ya vuelvo.

Daemon extiende el brazo para detenerme.

—¡No! Necesitas permanecer cerca.

Pongo cara de fastidio.

—¿A dónde crees que voy a ir? Solo dame un segundo; creo que sé cómo podemos quedarnos.

De mala gana, me deja pasar y camino hacia los músicos. Mientras avanzo, me quito la capa, pensando que quizá me vaya mejor si no parezco recién salida de un lago.

—Hola —digo con torpeza.

La banda me mira sin mucho interés. No sé si es por ser humana o porque estoy empapada, pero decido fingir que no noto sus miradas de desaprobación.

—Escuchen. Veo que están haciendo una pausa. ¿Me dejarían tocar un par de piezas?

El fae más cercano me recorre con la mirada.

—¿Con qué instrumento, muchachita?

Me muerdo el labio y suelto una risita nerviosa.

—En realidad, esperaba que me prestaras el tuyo.

Él suelta una carcajada.

—Antes te prestaría mi pene para que orinaras con él.

Más o menos esperaba esa respuesta —aunque no con esas palabras—, pero esta es la única idea que tengo para conseguir dinero rápido y no pienso rendirme tan pronto.

—¿Qué tal si te dejo algo mío para asegurarme de devolverte el violín? —Meto la mano en el escote del vestido y saco el relicario de Nana—. Ten, puedes guardar esto. Creo que vale bastante.

Los músicos se inclinan para inspeccionar el relicario en mi mano. Uno a uno, sus ojos se agrandan y sus bocas se abren de asombro. Luego, sin decir una palabra, el músico me entrega su instrumento y el arco.

—¡Gracias! —exclamo al tomar el violín—. Pero ¿no quieren quedarse con el collar?

Niega con la cabeza.

—Mantén esa cosa oculta, muchachita.

—Está bien… bueno, gracias —respondo.

Pulso un par de cuerdas y ajusto las clavijas antes de colocar el instrumento bajo el mentón y deslizar el arco en un par de golpes de práctica. El violín es un poco grande para mí y parece que en Ellender no usan mentoneras, pero cualquier instrumento es mejor que nada.

De pronto, me siento más confiada y en casa que en días. Subo de un salto al pequeño escenario y me giro hacia la taberna. Me sorprende descubrir que ya tengo un público cautivo. Al parecer, mientras estaba de espaldas, casi todos aquí se detuvieron a mirar a la humana empapada que intentaba negociar con la banda.

Sonrío al público. Siento que debería presentarme, pero no sé qué decir, así que decido tratar esto como si tocara en la esquina de una calle y simplemente comienzo. Llevo el arco a las cuerdas y lo deslizo, dejando que las primeras notas del tema de *Un reino de espinas* estallen en el aire.

La taberna escucha, moviéndose apenas, pero la reacción no es ni remotamente tan entusiasta como habría sido en casa. Lástima. Tal vez soy la única persona en este mundo que entiende lo gracioso que es tocar esta canción justo aquí, en esta taberna. «Qué más da».

Me salto el último verso y enlazo con otra melodía familiar, esta con un ritmo mucho más alegre y animado. La gente empieza a aplaudir al compás y, cuando llevo unos diez minutos tocando, ya se ha formado una pequeña pila de monedas a mis pies.

Eufórica, cierro los ojos y dejo que la música se apodere de mí. Cada nota es como una ola que se lleva mis preocupaciones y pensamientos negativos, y los reemplaza con una alegría pura. El salón parece cobrar vida, las paredes vibran con la energía de la música.

Puede que yo no tenga magia, pero la música es mi magia y está hechizando a cada fae aquí presente.

Al final, cuando siento que ya toqué lo suficiente, inicio mi última canción: la canción de cuna que Nana me cantaba cuando era bebé.

Cuando deslizo el arco para tocar las notas iniciales, una oleada de reconocimiento recorre al público. Varias personas vitorean; algunas incluso se levantan de sus asientos con emoción. ¿Conocen esta canción? ¿Por qué?

Buscando una explicación, dejo que mi mirada vaya hacia el grupo conocido que sigue de pie junto a la puerta. Todos me observan con un asombro evidente. Odessa, sobre todo, parece maravillada, como si estuviera a punto de abrir la boca y unirse al canto.

Titubeo cuando mi mirada se cruza con la de Daemon y casi fallo una nota. No parece nada contento. Sus ojos, más bien, me atraviesan y me queman con una intensidad alarmante. ¿Está molesto? ¿Por qué? ¿Y por qué me importa?

En menos de una hora gano más que suficiente para pagar habitaciones en la posada, además de toda la cerveza que Jett pueda beber. Ojalá el público en Chicago fuera así de generoso; quizá no estaría metida en este lío.

El posadero, satisfecho con mi actuación, incluso ofrece que su hijo nos lleve al palacio en su carreta. El único problema es que el conductor no piensa arriesgarse a viajar de día, incluso si está lloviendo. Acordamos salir a medianoche, lo que nos deja un poco más de doce horas para descansar.

El posadero nos ofrece seis habitaciones en el segundo piso, me entrega un manojo de llaves y nos indica que tomemos asiento en la barra. Jett y Fox

sonríen, y hasta Kastian parece complacido. Aun así, siento la mirada de Daemon clavada en mi espalda, y un escalofrío me recorre.

Me quedo solo para tomar una bebida y el tiempo suficiente para pedir algo de pollo en rebanadas para Sushi. Luego, aunque estoy casi segura de que es apenas media tarde, decido ir a dormir y dejo a los demás en la taberna. Después de solo un día, el horario de sueño invertido y la oscuridad constante ya me desorientan. Me siento como con desfase de horario; me duele el cuerpo y me pica la parte posterior de los ojos, que piden cerrarse. Cuando vuelva a casa, tomaré parte de mi dinero nuevo y me meteré a uno de esos *spas* de bienestar carísimos que frecuentan las celebridades.

—¿Quieres que suba contigo y te ayude con el vestido? —pregunta Odessa.

Niego mientras tomo la transportadora de Sushi, que está junto a sus pies.

—No, gracias. Llevo veintinueve años vistiéndome sola; creo que puedo lograrlo.

Ella se encoge de hombros.

—Como quieras. Solo grita si me necesitas para algo.

Dudo que pudiera oírme con el ruido de la taberna y las voces fuertes de los hombres, ya en sus segundas y terceras jarras de cerveza. Aun así, le agradezco con un gesto.

Subo por las escaleras tambaleantes y pruebo la llave en varias cerraduras antes de encontrar la puerta correcta. El pobre Sushi está hecho un manojo de nervios en su canasta y, en cuanto cierro la puerta detrás de nosotros, lo dejo salir. Salta de inmediato al piso de madera desgastada, se estira y luego brinca a la cama.

—Bueno, Sushi, al menos aquí debe de haber ratones para que los persigas —digo, mirando la habitación con una mezcla de aprensión y asco.

Es un cuarto diminuto y miserable, con una sola cama y una ventanita polvorienta. Hay un pequeño escritorio con su silla en una esquina, como hechos para un niño, y la colcha está deshilachada en cada costura. Si estuviera en casa, le daría menos mil estrellas en TripAdvisor, pero supongo que debería estar agradecida de tener una cama.

Me quito el vestido, aún húmedo, y lo cuelgo del respaldo de la silla, luego me meto en la cama, y me quedo solo en ropa interior. La oscuridad y el silencio de la habitación se me vienen encima.

«Esto fue un error».

Debí quedarme abajo, con todo el ruido y la distracción. Ahora, sin teléfono para pasar el rato ni audiolibro para bloquear mis pensamientos, todo lo que he reprimido en los últimos días me cae encima de golpe.

Dios santo. Estuve a punto de morir. *Dos veces*.

Si muriera hoy, mi familia nunca sabría qué fue de mí. No llegaría a saber lo que se siente ser una adulta de verdad y jamás tendría el «felices para siempre» que una parte de mí todavía cree que está ahí afuera, en alguna parte.

En todos esos libros de fantasía que me gusta leer, los protagonistas nunca parecen interiorizar sus experiencias cercanas a la muerte, pero yo no soy así, para nada. Siento que necesito una sesión urgente de terapia y una receta de tranquilizantes para caballo. Y eso solo para lidiar con mi divorcio inminente. ¿Cómo diablos se supone que procese todo esto si ni siquiera puedo buscar en Google «experiencias cercanas a la muerte»? ¿Se supone que debería estar llorando?

En realidad, no he llorado en absoluto, por nada. No lloré cuando sorprendí a Ryan con Jenna. Apenas solté una lágrima cuando pedí el divorcio, pero no fue nada catártico. Y no lloré cuando pensé que me habían secuestrado.

Me giro de costado y me cubro la cabeza con la colcha delgada. Parpadeo varias veces, intentando que se me humedezcan los ojos, pero no caen lágrimas. Tengo la cabeza nublada y demasiado llena, como si necesitara liberar presión y, aun así, las lágrimas no salen.

Nunca he sido llorona, no desde que era niña, cuando entendí que llorar no cambia nada. Pero aun así… una persona normal lloraría ahora, ¿no?

¿Qué diablos me pasa?

No me doy cuenta de que me he quedado dormida hasta que mi cuerpo se sacude y me incorporo de golpe, con el corazón acelerado y el sudor cubriéndome la piel. El eco de mi propio grito parece flotar en la habitación oscura, rebotando en las paredes.

Me quedo sentada en la oscuridad, respirando con dificultad y temblando. La ansiedad, sin freno, me atraviesa y me hace sentir que toda la habitación tiembla conmigo. Respiro hondo varias veces, intentando anclarme a la realidad.

«Solo otra pesadilla».

Nunca he sido de dormir profundamente. Recuerdo que cuando era niña escuché que los adultos superan las pesadillas, pero ese nunca ha sido mi caso. Me despierto gritando por lo menos una vez a la semana y todas las demás noches son una moneda al aire. A Ryan le desesperaba tanto que llegó a insistir en dormir en el sofá antes que ser despertado por mis gritos de terror.

De pronto, la puerta se abre de golpe y Daemon aparece en el umbral, jadeando.

—¿Qué pasó?

Parpadeo hacia él, sorprendida. Está sin camisa, su pecho tatuado expuesto en la tenue luz y el cabello revuelto por detrás. Santo cielo, si necesitaba un distractor para volver a la realidad, esto basta.

—Alix, ¿qué pasó? —repite Daemon.

—Eh… nada —balbuceo, jalando las cobijas hasta la barbilla.

—Gritaste.

—Solo fue una pesadilla —murmuro, sintiendo cómo se me calienta la cara—. No es gran cosa. Vuelve a tu cuarto.

La mirada de Daemon se posa en mí por un momento, como si intentara leerme la mente. Me encojo, esperando que me regañe por comportarme como una niña y despertar a toda la posada, pero no lo hace. En lugar de eso, da un paso más hacia dentro y deja que la puerta se cierre detrás de él.

—¿Qué soñaste?

—Nada —digo rápido—. Fue el mismo sueño de siempre. Pensé que venir a otro mundo quizá me libraría de él, pero supongo que no.

—Cuéntamelo.

«Uf, está bien». No tengo ganas de discutir con él sobre eso; solo quiero que esto termine cuanto antes.

—Mi papá murió frente a mí cuando era niña, ¿de acuerdo? A veces sueño con eso. Muchas veces, en realidad.

Su cara se transforma en una expresión que no logro descifrar. No es lástima… ¿enojo, quizá? Pero no tiene sentido.

—¿Cómo murió?

—No quiero hablar de eso. Fue hace mucho tiempo. Perdón por despertarte.

Daemon aspira aire de forma frustrada.

—De cualquier manera, no estaba dormido.

—¿Por qué?

Se encoge de hombros y yo suelto una risa sin humor. Vaya: le encanta hacer preguntas, pero no le gusta responderlas. *Hipócrita*.

Pasamos un momento incómodo sin decir nada, solo nos miramos. Como se ha negado a responder mi pregunta, espero que se vaya. En cambio, toma la silla del escritorio y se sienta. Comparado con su tamaño, el mueble parece aún más ridículo y casi me dan ganas de reírme.

—Eh… ¿qué diablos estás haciendo?

Él mete la mano en el bolsillo trasero y saca lo que parece ser un mazo gastado de cartas. Levanta una ceja hacia mí.

—¿Quieres jugar?

Me echo hacia atrás.

—¿En serio?

—Es mejor que las pesadillas.

Parpadeo, incrédula.

—¿Siempre cargas cartas contigo?

—Casi siempre. No hay mucho más que hacer en Dyaspora.

Una sonrisa ladeada se le forma en los labios y mi mirada se queda atrapada en ellos.

—Está bien. Acerca ese escritorio. No voy a levantarme de la cama.

Resoplando, arrastra el escritorio y la silla hasta el borde de la cama. Lo observo, fascinada, mientras comienza a repartir dos manos de cartas.

—¿Sabes jugar póquer?

—¿Y tú sí? —me burlo—. No parece un juego muy mágico.

—¿Quién crees que se lo enseñó a los humanos? Los juegos de apuestas son probablemente el segundo pasatiempo más popular entre los fae.

—¿Y el primero?

—Seducir doncellas hermosas.

Me atraganto. Creo que está bromeando, pero con todos sus músculos tatuados justo frente a mí, sus palabras me suenan más a una invitación que a un chiste. «Que alguien me mate».

—¿Es póquer normal? —pregunto, echando un vistazo rápido a mis cartas.

Él sonríe.

—Excepto por el pequeño detalle de que no tenemos dinero. No debiste dejar que Jett pidiera toda esa cerveza.

—Bueno, yo no voy a jugar *strip poker*. Perdería en un turno.

Me mira y sus ojos recorren mi cara, bajan por mi cuerpo y vuelven a subir. Creo que es la primera vez que se da cuenta de que no traigo puesto más que ropa interior debajo de la colcha delgada. Parpadea despacio y luego sacude la cabeza, como si intentara despejarla.

—Está bien. Entonces fingimos.

Asiento, ardiendo de vergüenza. ¿Por qué estoy siempre semidesnuda cerca de este hombre?

Y no solo eso: tendría que estar ciega para no notar cómo acaba de mirarme. Es la misma mirada que me lanzó ayer en el Palacio de Verano y la otra noche en la sala de Nana. Como si yo fuera un trozo de pastel de chocolate mientras él está a dieta: prohibida, pero demasiado tentadora.

Un estremecimiento de excitación me recorre la espalda y luego quiero darme una bofetada. Necesito serenarme. El Daemon que conocí en el bar la otra noche no existe, este que tengo enfrente es un soldado mágico que me secuestró y ha sido grosero conmigo desde el momento en que me desperté esta mañana. Vamos, sé que en este momento mis estándares están por los suelos, pero no voy a obsesionarme con un tipo que no deja de hacer caras de fastidio cada vez que hablo.

Solo vamos a jugar. Platónicamente. Mientras él está sin camisa y yo prácticamente desnuda. Claro que sí.

Daemon termina de repartir las cartas y yo jugueteo nerviosa con las mías. No estoy del todo segura de las reglas, pero como no estamos apostando dinero real, no importa mucho. Jugamos una ronda y, para mi propia sorpresa y deleite, gano. Él hace una mueca y reparte otra mano. Pasan unos minutos así.

—¿Se puede hablar durante el juego o es de quedarse callados?

Me mira y asiente, como diciendo: «Adelante».

«Muy bien».

—¿Por qué estabas enojado cuando toqué el violín allá abajo? —pregunto sin levantar la vista, todavía fija en mis cartas.

—No lo estaba. Eres muy talentosa —contesta de manera plana, como si fuera solo un hecho y no un cumplido.

—Pero me estabas matando con la mirada.

Suspira y se despeina con la mano.

—Me sorprendió que conocieras esa canción. No la escuchaba desde hace años.

—¿La canción de cuna de mi abuela? —pregunto, confundida—. ¿Tiene algún significado?

Arruga la frente y luego desvía la mirada, negándose a encontrarse con la mía.

—Es solo una canción vieja. Isabelle seguramente la oyó aquí.

—Vaya. Supongo que agregaré eso a la lista de cosas que preguntarle cuando regrese.

Daemon pone cara de preocupación, pero no dice nada.

—Entonces, si no querías fulminarme con la mirada… ¿cuál es tu verdadera personalidad?

—¿Qué?

—Es que anoche fuiste bastante amable y hoy cualquiera pensaría que pateé a tu perrito en lugar de literalmente arriesgar mi vida para ayudarte… y ahora vuelves a ser amable. ¿Por qué?

Daemon se queda helado y me mira apenas un segundo antes de que su cara se vuelva inexpresiva.

—No le des demasiadas vueltas, Duraznito. Solo me alegra encontrar a alguien despierto a estas horas.

Creo que está mintiendo, pero tampoco sé por qué lo haría. No es como si su trato hacia mí insinuara que le importan mis sentimientos.

Gano una segunda mano y él reparte una tercera, luego una cuarta.

—Pásame un poco de esa suerte —bromea cuando gano por quinta vez.

Me río y arrojo mis cartas de vuelta a la mesa justo cuando él estira la mano para tomar la baraja. Nuestros dedos se rozan y una descarga de electricidad me recorre el brazo, enviándome escalofríos hasta la nuca. Se

me corta la respiración y levanto la vista. Sus ojos, demasiado verdes, me sostienen la mirada.

Tal como en ese breve momento en el tren, nos miramos fijamente. Una calidez palpita entre nosotros, casi tangible en el aire. Mi pulso comienza a latir con fuerza en mi pecho y luego más abajo.

Soy lo bastante mujer para admitir que, a pesar de todo lo que ha pasado en los últimos días, sigo tan atraída por Daemon como cuando estaba sentada en el bar. ¿Es eso tóxico? Quizá, pero no sería la primera chica que se siente atraída por alguien que le hace mal.

Abro ligeramente los labios para inhalar. Las pupilas de Daemon se dilatan. Estoy segura de que está pensando lo mismo.

Despacio, muy despacio, mueve sus dedos debajo de los míos y los roza de un lado a otro sobre el borde de mi pulgar. Entre mis muslos un calor involuntario se concentra al recordar esas mismas manos acariciando otras partes mías más sensibles. Recuerdo su boca en mi cuello, sus manos en mis nalgas, sus dedos clavándose en mis caderas mientras me montaba sobre él. Lo imagino ahora arrojándome sobre la cama, hundiéndose otra vez en mí, llenándome por completo. Me inclino hacia él y dejo que la colcha caiga a la altura de mi cintura.

Sus ojos recorren mi cuerpo antes de volver a mi cara. Se detienen un segundo en mis labios y una llama de calor brilla en su expresión.

Antes de que me dé cuenta de lo que sucede, sus labios están sobre los míos. El estómago me da un vuelco embriagador de deseo y vértigo. Me toma de la cara para acercarme más. Me besa con fiebre, con hambre, y yo respondo con ansia; mis dedos se entrelazan en su nuca. Lo jalo hacia mí sobre la cama y aparto el escritorio de un golpe. Cae encima de mí, apoyando las manos a cada lado de mi cara. Luego aparta sus labios de los míos y los desliza por mi cuello.

Jadeo. Un hormigueo estalla por todo mi cuerpo y el calor se acumula en mí. Mis uñas recorren su torso desnudo y musculoso, y mis dedos encuentran el borde de su cinturón.

Sin previo aviso, se aparta de mí y retrocede de un salto. Parpadeo y él ya está casi del otro lado del cuarto. Se pasa una mano por la boca, como si quisiera borrar cualquier rastro del beso.

—Rayos. Lo siento.

La burbuja cálida en mi pecho estalla y un frío repentino me recorre.

—¿Qué pasa?

Entrecierra los ojos.

—Sabes muy bien qué pasa.

Mis ojos bajan de inmediato al contorno grueso de su erección, marcándose bajo el pantalón. «Está bien, entonces no estoy perdiendo la cabeza: aquí sí está pasando algo».

—Eh… no, no lo sé, o no te habría preguntado.

Suelta un suspiro frustrado.

—La única razón por la que estás aquí es para intentar que el rey se enamore de ti.

—No. Estoy aquí porque estoy totalmente quebrada y quiero poder pagar mi propia casa y un abogado decente para el divorcio. No soy realmente mi abuela y ni siquiera conozco al rey Thorne.

—Aun así. Esto… —señala el espacio entre nosotros— no puede pasar. Si he sido grosero contigo hoy, es solo porque soy extremadamente consciente de lo peligroso que sería actuar como si nos hubiéramos conocido antes de hoy. Para que esto funcione, tú no puedes significar nada para mí.

Una punzada de rechazo me atraviesa. Solo quiero sentir… algo. ¿Qué tiene de malo eso?

Me incorporo de rodillas sobre la cama. La cobija se cae por completo.

—¿Y lo de antes?

Hace una mueca, como si sintiera un poco de culpa, antes de que su expresión se vuelva inexpresiva.

—Lo arruiné antes. No sabía quién eras, pero eso no le importará a Thorne. Él no es precisamente del tipo que perdona.

Cruzo los brazos sobre el pecho y suelto un suspiro frustrado.

—Sí, ya lo dijiste. Y, la verdad, ninguno de ustedes está haciendo un gran esfuerzo por convencerme de por qué debería querer acercarme al rey. Empiezo a entender por qué mi abuela huyó.

Daemon se encoge de hombros, como si no tuviera una buena respuesta.

—Te juro que no te hará daño. No se lo permitiré.

—No lo sé. No sé nada de tu rey más allá de lo que tú has dicho.

Daemon me recorre con la mirada, luego se pasa una mano por el cabello, con una expresión de genuino dolor.

—Tampoco me conoces a mí y no deberías querer hacerlo. Te lo prometo, Duraznito: no te va a gustar lo que encuentres.

Aspiro aire, temblando, y parpadeo varias veces, obligándome a no decir algo patético.

—Bien, entendido. —Me giro un poco—. Lamento que esto se pusiera raro. Finjamos que esta conversación no ocurrió.

—Espera, Alix…

—Me alegra que hayamos aclarado esto antes de llegar al palacio. Ahora, vete. Quiero dormir una hora más antes de que tengamos que salir.

Doy media vuelta y le doy la espalda. Siento su mirada sobre mí un largo segundo antes de que crujan las tablas del piso, y sé que se va.



CAPÍTULO 11

ALIX

No pego un solo ojo después de que Daemon sale de mi habitación, pero da igual. Muy pronto llega el momento de reunirme con los demás abajo y partir hacia el palacio.

El hijo del posadero nos espera afuera con una carreta grande enganchada a dos caballos blancos. La parte trasera está llena de heno y mantas acogedoras, y me sorprende lo cálida y cómoda que es mientras avanzamos por el bosque.

Hay algo en el trayecto que se siente nostálgico, aunque jamás haya vivido algo parecido. El aire frío huele intensamente a pino mojado por la lluvia y a rosas, y no pasa mucho antes de que la lluvia se transforme en copos de nieve esponjosos. Saco la lengua para atrapar uno y sonrío.

Siento una mirada sobre mí y levanto la vista: Jett me observa con sus ojos oscuros y curiosos.

—Es infantil, lo sé.

—No, no lo es. —Niega con la cabeza, sonriendo como siempre—. Solo que nunca había visto a nadie disfrutar la nieve.

—¿De verdad?

—Antes de Dyaspora, jamás había visto nieve.

Inclino la cabeza, intrigada.

—¿De dónde eres?

—Solistine —responde con una sonrisa torcida—. Pero supongo que no sabes qué es eso.

—Sí lo sé —digo rápido—. Es el reino al este de aquí, ¿no?

—¡Exacto! Prácticamente todo el lugar es un gran desierto, y lo que no está cubierto de arena son montañas. Siempre hace calor, incluso en la temporada de lluvias.

—¿Lo extrañas?

Asiente despacio y, por un instante parece que su sonrisa podría desvanecerse, pero no sucede.

—Tampoco puedo quejarme mucho, ¿cierto? Este lugar es mil veces mejor que Dyaspora, aunque siga siendo frío.

Arrugo la frente. De todas las cosas de las que tengo que preocuparme, el historial criminal de Daemon y sus amigos no está precisamente en la cima de la lista. Pero quizá sí debería saber, al menos, con quién viajo.

—¿Por qué te enviaron a prisión?

—Robo —dice con total naturalidad.

Hago una mueca.

—Ojalá al menos hayas robado algo que valiera la pena.

Por primera vez, su sonrisa titubea y un destello de furia brilla detrás de sus ojos negros.

—Valió la pena —exclama, sonando un poco como Daemon.

Las palabras de Jett pesan en el aire por un segundo. Luego, oculta su reacción con rapidez y recupera una sonrisa todavía más amplia. Pasa un brazo por detrás y rodea el cuello de Fox, atrayéndolo hacia nosotros.

—Pero basta de mí. Fox aquí es el único acostumbrado al frío. Haz que te cuente sobre Thermia.

—¿De ahí eres? —pregunto, girándome hacia Fox.

Los ojos azul ártico de Fox se entrecierran un poco, como evaluando si vale la pena gastar saliva en contestar.

—Sí.

Espero, pero no añade nada.

Recuerdo lo que Kastian dijo ayer: «Fox no habla mucho, no te lo tomes personal». Dios, de verdad no estaba bromeando. Y para alguien que se toma todo personal y busca validación constante, esto es como una terapia de inmersión infernal.

Pronto distinguimos luces entre los árboles, más adelante. Parecen mágicas, como si nos acercáramos al Polo Norte en Navidad. En el borde del

bosque, la carreta se detiene justo cuando el camino de tierra comienza a transformarse en adoquines cubiertos de escarcha.

—¿Pueden seguir desde aquí? —pregunta el conductor, girándose en su asiento para vernos.

—Sí —responde Daemon con brusquedad; luego, como si lo recordara a último momento, añade—: Gracias.

Me arrastro entre el heno y las mantas, siguiendo a los demás fuera de la carreta. Me aferro al barandal, levanto el borde de mi falda y estiro la pierna para tocar el suelo.

De pronto, uno de los caballos suelta un bufido y patea el piso.

Me estremezco de sorpresa y mi pie resbala.

—¡Eh! —Jett me sostiene—. ¿Estás bien?

—Sí. —Me sonrojo otra vez mientras tomo su mano y me apresuro a bajar de la carreta—. En realidad, no me gustan los caballos. Mientras se queden allá, todo bien, pero si uno se me acerca…

Jett pone cara de confusión.

—¿Por qué te dan miedo los caballos?

—Yo…

—¿Ya terminaron de charlar ustedes dos? —ladra Daemon, interrumpiéndonos—. ¿O quieren perder el resto de la noche aquí, parados en la maldita nieve?

Me doy vuelta y noto que Daemon, Kastian y Odessa —que carga a Sushi en su cesta— ya están unos treinta metros más adelante, caminando hacia el castillo que se eleva sobre la ciudad. Solo Jett, Fox y yo seguimos junto a la carreta.

—Ya voy —suspiro—. Ya vamos. Lo siento…

Daemon refunfuña algo entre dientes y nos da la espalda.

—¿Qué le pasa? —murmura Jett.

—¿Qué, no suele ser así?

Niega con la cabeza.

—Para nada. Ashwater es intenso, pero no suele ser un imbécil. Desde que fuimos al reino humano, hay algo raro. Me pregunto si…

Fox lo golpea en el hombro con fuerza.

—No te preguntes nada —dice en voz baja—. Podrías torcerte un pie.

Jett parece tomarse el comentario en serio y no continúa. Aun así, mi mente vuelve de inmediato a lo que Daemon dijo anoche: «Para que esto funcione, tú no puedes significar nada para mí».

Ahora soy yo la que empieza a preguntarse cosas.

¿Mi presencia está haciendo que actúe frío no solo conmigo, sino con todos? Si Daemon no suele ser tan irritable y la única persona nueva aquí soy yo… ¿soy yo el problema?

A diferencia del Palacio de Verano, que está rodeado de jardines de rosas y de lo que parecían ser kilómetros y kilómetros de bosque, el Palacio de Invierno se alza en el corazón de una ciudad pequeña.

La ciudad está llena de actividad pese a lo avanzado de la noche, y pasamos junto a decenas de hadas y fae mientras avanzamos por la calle empedrada. Muchos se detienen a mirar, sobre todo a Daemon, pero él los ignora a todos.

Al llegar al centro del pueblo, mi mirada cae sobre una larga escalinata de mármol. Se eleva desde el centro de la plaza —donde una esperaría ver una fuente o una estatua— y se extiende casi hasta perderse de vista. En lo alto, la puerta principal del palacio, cubierto de rosas, se yergue sobre la ciudad inferior. Los muros de piedra blanca y las torres de techos rojos y puntiagudos están cubiertos de enredaderas espinosas, y aun desde esta distancia puedo ver rosas rojas floreciendo de manera inverosímil a pesar de la nieve. A los pies de la escalinata, dos soldados con casacas rojas nos observan sin disimulo, con expresiones indescifrables.

Me detengo, boquiabierta ante el palacio, completamente perdida en el asombro de que un lugar así exista. Es tal como lo imaginé miles de veces en las lecturas de los libros de Nana. Se me eriza la piel y un hormigueo oscuro me recorre los brazos.

—No sé si puedo hacer esto.

Todos se detienen al mismo tiempo y voltean a verme. Kastian y Odessa miran a Daemon, como si esperaran que él se encargara de mis ataques de pánico.

«Mátenme».

—¿Qué ocurre? —pregunta Daemon con brusquedad.

«¿De verdad tengo que explicar esto?».

—Eh… ¿todo? Toda la situación me está cayendo encima otra vez. Suponiendo que el rey no me reconozca de inmediato, ¿cómo se supone que voy a saber qué decir? ¿Y si me hace una pregunta cuya respuesta no sé? ¿Se supone que debo estar emocionada de verlo o molesta de haber vuelto? ¿Y si…?

—Tranquila —dice Odessa con suavidad.

—Está bien, la próxima persona que me diga que me tranquilice va a recibir un puñetazo en la cara.

Odessa pone cara de fastidio.

—De acuerdo, ¿qué tal «respira hondo»? Todo va a salir bien.

—¿Cómo puedes saberlo? Es decir, ¿cómo se supone que debo comportarme cuando lo vea?

—Thorne es un narcisista descarado —dice Daemon sin rodeos—. Si actúas como si te alegrara verlo, no va a cuestionarlo. Incluso si tuvieras todas las razones del mundo para odiarlo y décadas de rencor acumulado, va a asumir que estás encantada de estar en su augusta presencia.

Suena como si hablara por experiencia propia.

—¿Y si menciona algo de cuando Nana estuvo aquí antes y no lo entiendo?

Otra vez interviene Odessa.

—Belle y el rey no pasaron mucho tiempo juntos cuando ella estuvo aquí. No es como si hubiera muchos momentos que tendrías que recordar, y cualquier cosa que no sepas puedes atribuirla a la diferencia de sesenta años. Solo di que lo olvidaste.

«Bueno… podría funcionar, aunque es un "podría" bastante débil».

—¿Qué hacía ella cuando estuvo aquí? —pregunto.

—Sobre todo estaba en su habitación con Shar y conmigo, o en la biblioteca. Bueno, excepto por las cenas.

—¿Qué cenas? —pregunta Daemon, girando la cabeza para mirar a su prima.

—El rey Thorne siempre quería que Belle cenara con él.

—¿Y tú no estabas ahí? —pregunto, procurando que el pánico y la frustración no se me noten.

Odessa niega con la cabeza.

—Nadie estaba ahí.

Daemon hace una mueca.

—En otras palabras, no tenemos idea de lo que conversaban.

«Dios mío, estoy a punto de colapsar».

Empiezo a dar vueltas sobre mí misma, buscando con ansiedad un sitio donde sentarme, hasta que unas manos grandes se posan sobre mis hombros y me detienen. Alzo la vista y me encuentro con los ojos, demasiado verdes, de Daemon.

—Detente, Duraznito —dice, no del todo áspero—. Confiemos en que no te reconozca. Si la corte sigue igual que antes, habrá cientos de personas en la sala cuando vayamos a verlo. Tal vez no tenga tiempo de hacerte muchas preguntas.

Abro más los ojos. No sé por qué cree que una audiencia de cientos va a calmar mis nervios.

Se acerca más y algo me punza en el pecho. Me toma del mentón y me obliga a mirarlo, reteniendo mi atención de forma literal.

—Ya te dije que no voy a dejar que te pase nada. Mientras respire, nadie te va a tocar.

Parpadeo, convencida por un instante de haber oído mal. «¡Dios! ¿Quién dice cosas así?».

Aspiro una bocanada profunda y dejo mis manos caer a los costados. No tengo razones para creerle, especialmente cuando todo lo demás que sale de su boca resulta un poco insultante.

Pero, por alguna razón, le creo.

DAEMON

Las mejillas de Alix se sonrojan cuando aparta su mentón de mi mano y retrocede un paso.

Parpadeo, de pronto consciente de que hemos pasado varios segundos mirándonos, mucho más de lo normal. Sacudo la cabeza para despejarla.

«¿Qué demonios me pasa?».

Ya arruiné bastante esta situación: primero, al dejar que Alix me distrajera. Luego, al permitir que mi frustración por mi hermano se filtrara en cada conversación con ella. Y, lo peor de todo, al ir a su habitación anoche.

Una vez que entendí que su grito no había sido por un ataque, debí irme. No había razón para quedarme ahí con ella, y menos razón aún para que yo estuviera pensando en eso ahora…

«Excepto porque quise quedarme».

«La quise».

Todavía la quiero, lo cual es peligrosísimo. Podía justificar cualquier cosa que hubiera pasado antes de saber quién era Alix, pero ahora… ahora no puedo permitir que vuelva a ocurrir nada. Incluso cuando me mira como lo hizo anoche, y sé con absoluta certeza que me dejaría acostarme con ella de inmediato.

Necesito ignorarla.

«Necesito controlarme, carajo».

Me vuelvo hacia mis amigos y los encuentro a todos observándonos. Fox parece irritado, Jett divertido y Kastian preocupado. Cometo el error de mirar a Odessa y descubro que sonríe con suficiencia.

Suelto un suspiro frustrado y parpadeo varias veces, decidido a concentrarme en cualquier cosa que no sea Alix. Enderezo los hombros y fuerzo mi expresión de vuelta a la neutralidad mientras nos acercamos al palacio.

—Vámonos.

—¡Alto! —ladra el guardia más cercano cuando estoy a pocos pasos.

Sonriendo con desdén, sigo caminando y paso rozando al más próximo de los dos.

—Hazte a un lado, chico. Ves los uniformes, ¿no? El rey nos está esperando.

—¡Espera! —El otro guardia se mueve de su posición y salta frente a mí, como si de verdad pretendiera impedirme el paso—. Nunca te he visto. Tendrás que hablar con nuestro comandante.

Lo miro con diversión. La idea de que pueda detenerme es ridícula; le duplico el tamaño. Aun así, puedo apreciar el esfuerzo.

Técnicamente, *yo* soy su comandante… o lo seré en cuestión de minutos. Thorne no estaba en el Palacio de Verano para dejar clara la transferencia de mando dentro de la guardia, pero prometió restituir todos mis cargos en

cuanto le llevara a Isabelle. Thorne está hecho casi por completo de defectos, pero no suele prometer cosas que no pueda cumplir.

Aun así, supongo que me interesa saber quién ha dirigido el ejército en mi ausencia, y este momento es tan bueno como cualquier otro para averiguarlo.

—Bien —reprocho—. Llévanos con él.

El guardia parece sorprendido, pero hace un gesto para que lo sigamos por la escalinata de piedra. Le indico a Alix que avance, caminando detrás del guardia. Jett me lanza una sonrisa de satisfacción y se adelanta para seguirla, obligándome a caminar detrás de él. «Maldito idiota».

—¿A quién se le ocurre poner un castillo hasta arriba de estas escaleras? —jadea Alix mientras subimos—. ¿No podían usar un poco de su magia para hacer escaleras eléctricas?

—¡Ya casi llegamos! —grita Odessa desde atrás, con tono alentador.

—Mentira, claro que no —sisea Alix y luego se detiene para girar hacia Jett, que está justo detrás de ella. Extiende ambos brazos, como si quisiera que él la cargara—. Bueno, cambié de opinión, las alas ya no me dan miedo. Vamos, chico volador. Súbeme o como se diga.

—Eh… —balbucea Jett, por primera vez sin saber qué decir.

Se queda congelado y me mira por encima del hombro, esperando instrucciones.

«Por el amor de Dios».

Una parte de mí sabe que Alix seguramente solo se acerca a Jett porque él es amable, igual que ya empieza a encariñarse con Odessa. Aun así, me sorprendo apretando los dientes.

Me aseguro de que Alix no me vea antes de gruñir entre dientes, solo para que Jett pueda oír:

—Ni se te ocurra.

—Lo siento, Princesa —dice, jovial—. Aquí no hay atajos. Sigue subiendo.

Alix gime y continúa la escalada, apretándose el costado dolorido. Aprieto aún más la mandíbula. No me gusta verla incómoda. «Yo podría cargarla sin problema, pero ¿cómo explicaría eso a los demás?».

—Tienes que decirle que no saque el tema de volar —murmura Kastian a mi espalda.

—Yo no tengo que hacer nada —rezongo, sin dejar de observar a Alix de reojo—. Haberla encontrado no la convierte en mi mascota. Díselo tú. Tú eres el que la convenció de que somos como malditos peces.

No puedo verlo detrás de mí, pero por su tono sé que niega con la cabeza.

—Estás siendo un idiota. Solo dile algo antes de que lo mencione cerca de Thorne y arruine todo.

Sé que tiene razón, pero no hay tiempo para discutir. Solo espero tener razón yo también y que la sala del trono esté lo bastante llena como para que Thorne no pueda interrogar demasiado a Alix… Isabelle, más bien.

Antes de decidir si ofrezco cargar a Alix, por fin llegamos a lo alto de la escalinata y el guardia nos guía por las puertas principales hasta un vestíbulo.

—Esperen aquí. Voy por el comandante.

Asiento y cruzo los brazos, apoyándome contra la pared cerca de la entrada. El Palacio de Invierno es más grande que el de Verano, pero la arquitectura es muy similar: techos altísimos tallados en mármol dorado, pilares ornamentados en cada esquina y tapices rojos colgados en cualquier espacio libre.

Esperamos unos minutos en el vestíbulo mientras el guardia busca a su comandante. Observo a Alix de reojo, notando cómo retuerce las manos en la falda y se ve cada vez más nerviosa. Será mejor que el guardia regrese pronto o voy a tomar el control y entrar por la fuerza en la sala del trono, invitado o no.

Siento alivio cuando por fin oigo pasos bajando por las enormes escaleras de piedra.

—¡Ashwater! —exclama una figura a lo lejos, levantando la mano en saludo.

—Oh, carajo —murmuro—. Debí haberlo supuesto.

—¿Qué pasa? —pregunta Kas.

No alcanzo a responder antes de que el comandante esté a pocos pasos. Alzo la mano sin entusiasmo.

—Hola, Foulo. Ha pasado demasiado tiempo.

Foulo suelta una carcajada al detenerse frente a mí. Me golpea el hombro con el suyo, como si fuéramos amigos.

—Se podría decir, pero yo diría que noventa años es una sentencia leve comparada con la de la mayoría de quienes entran a Dyaspora. Esta mañana llamé mentirosos a una docena cuando me dijeron que habías vuelto a suelo vernallense. ¿Qué pasó? ¿El rey encontró en sí mismo suficiente misericordia como para perdonarte?

Mantengo la boca cerrada. No existe respuesta que pueda dar que no se me revierta después.

Foulo es un noble menor, varias décadas mayor que yo. Es bajo para un varón fae, apenas me llega al hombro, y tan musculoso que parece un poco un trol. Su cabello rubio y su barba, normalmente cortos, ya necesitan un recorte. Cuando se acerca noto que su casaca militar carmesí le queda algo ajustada en el cuello y los hombros, y demasiado larga en los brazos.

Foulo y yo no crecimos juntos, pero entramos al ejército más o menos al mismo tiempo, aunque yo era mucho más joven de lo que debería haber sido. Es fanáticamente leal a mi hermano, y no me sorprende que me haya reemplazado como comandante.

—Estoy aquí para ver al rey —digo entre dientes—. Nos está esperando.

—¿Ah, sí?

Los ojos de Foulo se deslizan hacia mis acompañantes. Se detienen una fracción de segundo en Kastian y luego mucho más tiempo en Alix.

«Maldita sea».

Los dedos se me cierran en un puño, que meto en el bolsillo para intentar mantener la calma, aunque acabo de comprender un error potencialmente letal.

Thorne puede ser un despistado, pero el resto del palacio no lo es. Hay cientos de personas que quizá convivieron con la Isabelle original y podrían notar que Alix es una impostora. He pensado a fondo qué decir si Thorne sospecha, pero nunca pensé en qué haría si alguien más nos descubre al instante.

Como si pudiera leer mis pensamientos, Foulo me lanza una mirada y luego vuelve la vista hacia Alix. Entrecierra ligeramente los ojos.

—Señorita Isabelle. Admito que casi no la reconocí.

Contengo la respiración.

Carajo, eso es todo. Nos van a descubrir incluso antes de entrar al palacio.

Esto es culpa mía. Debería haber preparado mejor a Alix.

En un instante tomo una decisión. Si Foulo reconoce a Alix, voy a matarlo aquí mismo, ahora mismo. Espero que no llegue a eso, pero estoy listo para reaccionar si ocurre. Fingiré cordialidad todo lo posible y me comportaré como el soldado perfecto y leal, pero si alguien intenta lastimar a Alix o a cualquiera de mis amigos, no me tomarán por sorpresa como hace noventa años.

Esta vez voy a matarlos a todos, maldita sea, incluso a Thorne.

—Hola, Foulo —dice Alix con un tono claro, ni demasiado amistoso ni demasiado distante—. Es un placer volver a verlo.

Casi suelto una carcajada de alivio. Supongo que estuvo escuchando y tomó su nombre de mi conversación, pero lo dice como si lo conociera desde hace años.

Foulo infla el pecho, complacido. Da un paso adelante y se estira alrededor de mí para tomar la mano de Alix.

—Vamos. El rey está en la sala del trono. Yo la llevaré.

—Oh… —exclama Alix cuando Foulo la jala con brusquedad hacia adelante—. Yo puedo ir sola.

—Tonterías —dice Foulo, demasiado entusiasta.

La sujeta con demasiada fuerza y la arrastra como a una muñeca de trapo, lejos de mí, hacia el interior del palacio.

Una oleada de furia estalla dentro de mí. Antes de poder detenerme, mi mano sale disparada y agarro la parte trasera de la casaca de Foulo.

—Suéltala. Ahora.

ALIX

Dios mío.

Foulo se ahoga y tose cuando Daemon lo jala hacia atrás, estrangulándolo por el cuello del uniforme. Sus dedos resbalan de mi brazo y sus manos vuelan a su garganta.

«Dios mío…».

Me quedo boquiabierta mirando a Daemon, mitad horrorizada y mitad complacida por lo evidente: no está jugando. Aunque, claro, probablemente

solo esté pensando en las apariencias. Imaginemos que los soldados no deben agarrar a la novia del rey… o lo que sea que se supone que soy.

Podría jurar que Foulo sospechaba cuando Daemon me presentó, pero parece haberlo superado bastante rápido. Supongo que ahora tiene otras cosas en qué pensar… como respirar.

Daemon suelta el cuello de la casaca de Foulo, tal vez demasiado satisfecho consigo mismo. El soldado jadea buscando aire, luego se da vuelta para mirar con furia a Daemon y después a mí.

—Pensé que dijeron que el rey los estaba esperando. —Dice con una mueca desdeñosa—. Yo solo quería ayudar.

Daemon aprieta la mandíbula.

—Ella puede caminar sola.

Todavía enojado —y peor aún, con sospechas—, Foulo ya no intenta tocarme. En su lugar, nos indica que lo sigamos a través del gran vestíbulo de techo alto y después por un pasillo corto que termina en unas puertas dobles de oro, talladas con intrincado detalle. Más allá de ellas escucho las voces amortiguadas de lo que suena como cientos de personas, mezcladas con notas delicadas de música en vivo.

Enseguida, se me dispara la ansiedad. Las manos se me ponen frías y sudorosas, mientras el resto del cuerpo me arde. El vestido azul «práctico» que Odessa eligió para mí se ciñe a mi piel y estoy bastante segura de que lo mejor sería dar media vuelta y salir corriendo por el pasillo.

Daemon se detiene de inmediato y voltea, como si pudiera sentir mi pánico. La furia que le mostró a Foulo todavía está en su cara, pero se disuelve en preocupación cuando me mira. Mantiene más distancia que afuera —probablemente temiendo que acercarse demasiado haga sospechar a Foulo—, pero su mirada es igual de intensa, con esos ojos verdes que me atraviesan.

—No va a pasar nada —susurra—. Todo va a salir bien.

Aspiro hondo, intentando calmarme, pero mi mirada tropieza con los ojos oscuros y llenos de sospecha de Foulo. No se me ocurre nada que pueda decir sin delatarnos… lo que parece una señal clara de que esto fue una mala idea. Si ni siquiera puedo fingir ser Nana frente a un soldado cualquiera, ¿cómo voy a convencer al rey Thorne? ¡*El* rey Thorne! sobre quien escribí

fanfics en secundaria y que, en secreto, me gustaba en esas horrorosas adaptaciones cinematográficas.

—¿Sucede algo, señorita Isabelle? —dice Foulo, con su tono empalagoso de falsa preocupación.

—Ella está bien —declara Daemon—. Solo está nerviosa.

Foulo asiente hacia mí.

—Por supuesto. ¿Necesita un momento? ¿O quizá arreglarse un poco?

Niego con la cabeza de forma casi mecánica.

—No. Estoy bien.

Para nada estoy bien, pero si «me tomo un momento para arreglarme», estoy bastante segura de que jamás regresaré. Y como mi otra opción es vagar sola por un reino mágico con lobos gigantes y quién sabe qué más… pues sí, estoy atrapada aquí.

Foulo nos da la espalda para empujar las puertas dobles y abrirlas de par en par. Para mi sorpresa, Daemon estira la mano y me toma los dedos por la brevísima mitad de un segundo, antes de volver su atención a la entrada. Es como si dijera «Gracias» o quizá «Vas a estar bien».

Mi corazón se acelera un poco y las puntas de mis dedos hormiguean de calor. Contra toda lógica, de pronto me siento un poco mejor. Más valiente.

Finalmente, Foulo abre las puertas dobles doradas. Más allá, veo una larga sala del trono con techos catedralicios y arcos dorados sobre cada ventanal. Docenas de lores y damas, duques y duquesas, se alinean a ambos lados de la sala, como en una pintura renacentista.

Cuando por fin mi mirada cae en el rey Thorne, casi me ahogo.

El rey está recostado en su trono, observándonos mientras avanzamos. Es absurdamente apuesto, con cabello largo, rubio oscuro, y ojos claros fijos en mí desde el instante en que entramos a la sala. Es *exactamente* como el personaje que siempre imaginé. No es de extrañar que Daemon se diera cuenta de que algo pasaba: ese ilustrador de portadas debe ser psíquico o algo así.

Daemon da un largo paso hacia la entrada, seguido de cerca por Kastian y los demás, pero Foulo extiende un brazo y les bloquea el paso a la sala del trono.

—Estoy seguro de que el rey tiene mejores cosas que hacer que atender a criminales y sirvientes.

—Vayan ustedes dos —murmura Kastian a Daemon—. Nosotros esperamos afuera. No hay problema.

Daemon asiente e intenta entrar otra vez, pero Foulo vuelve a detenerlo. Sus ojos se entrecierran; cualquier pretensión de amistad desapareció y ahora solo luce amargado y enojado.

—Solo la señorita Isabelle puede entrar.

Doy un paso atrás. «¿Es en serio? No voy a entrar ahí sola. Ni loca».

Y, al parecer, Daemon y yo estamos de acuerdo por primera vez. Gruñe bajo y aparta el brazo de Foulo con tanta fuerza que lo hace tambalearse.

—Eso no va a pasar ni de broma. Yo voy con ella.

—¡No! —grita Foulo—. Ahora yo soy el comandante de la guardia y digo que no eres bienvenido.

Intentando, sin éxito, mantener el control de su enojo, Daemon le da la espalda a Foulo y se planta en el umbral todavía abierto. Alza la vista por encima de las cabezas de la corte y levanta la voz, casi hasta un grito.

—¡Thorne! No sé cómo esperas que te traiga a tu mujer si ni siquiera puedo entrar al palacio. Llama a tu perro o me llevaré a Isabelle de vuelta al lugar donde la encontré.

Durante un segundo interminable, toda la multitud guarda silencio. Foulo no consigue articular nada y yo también retrocedo, casi ahogándome otra vez por la sorpresa.

Al otro extremo de la enorme sala, los ojos del rey se fijan en Daemon y luego se deslizan hacia mí. Contengo la respiración.

Entonces, el rey sonríe y levanta una mano perezosa para indicarnos que entremos los dos.

Daemon y yo avanzamos lado a lado por el pasillo central de la sala del trono. Cientos de ojos nos siguen y siento que mi cerebro empieza a apagarse por los nervios.

Daemon se detiene a unos tres metros de la base del estrado elevado, donde el rey está sentado en su trono. Yo me detengo a su lado y alzo la vista. Por un instante, olvido todo: por qué estoy aquí, el peligro que nos rodea, incluso las advertencias que Daemon y los demás me hicieron sobre el tipo de hombre que Thorne es en realidad.

Porque ahora mismo, esto se siente como una experiencia fuera del cuerpo.

Estoy mirando al personaje exacto que he leído durante años, hecho carne con un detalle tan vívido como imposible. La cara que he imaginado mil veces en las páginas de *Un reino de espinas* está aquí, de carne y hueso, observándome.

—Ashwater —dice Thorne, con un tono que suena como un saludo y un juicio al mismo tiempo.

—Su Alteza —responde Daemon, con un tono de sarcasmo en su voz.

Hace un gesto brusco y extraño con la cabeza, como si supiera que debe inclinarse, pero su cuerpo se negara a hacerlo. Quizá su arrogancia choque demasiado con ese nivel de respeto real.

Supongo que el rey piensa lo mismo, porque suelta una risa fría.

—¿«Su Alteza», eh? ¿No fue ayer cuando me dijiste que me fuera al diablo?

Se escucha una brusca inhalación de aire sorprendido alrededor de la sala, pero Daemon no parece alterarse.

—Cuando salvas a un hombre de Dyaspora, ganas su lealtad eterna.

Thorne sonríe.

No puedo evitar recordar lo que Daemon dijo afuera: que el rey Thorne es tan egocéntrico que creerá que cualquiera está encantado de verlo, sin importar el motivo que pudiera tener para no estarlo. ¿Estoy viendo eso en acción o Daemon está sinceramente agradecido con el rey?

No tengo tiempo de pensarlo. En ese momento, el rey dirige su atención hacia mí. Baja del estrado y camina en mi dirección, con los brazos ligeramente abiertos, como si esperara que yo corriera hacia él, pero me quedo helada.

«¿Se supone que debo abrazarlo o debo inclinarme?».

«¿Debería decir algo?».

«Si se da cuenta de que no soy Nana, ¿qué hará? ¿Me matará aquí mismo? ¿Daemon lo permitiría?».

Intento sonreír, pero no puedo. Mientras Thorne llega hasta mí y se detiene a pocos centímetros. Sus ojos recorren mi figura, agudos y evaluadores, hasta posarse en el collar que descansa sobre mi clavícula. Un

destello de algo —¿reconocimiento?, ¿satisfacción?— brilla fugazmente en su mirada.

Antes de que pueda reaccionar, su brazo me rodea la cintura y me jala contra él. Me quedo sin aliento por la impresión y no tengo tiempo de procesarlo antes de que sus labios choquen con los míos.

La fuerza del beso me roba el aire de los pulmones. Su boca es cálida, exigente, su lengua acaricia mis labios entreabiertos como si tuviera todo el derecho del mundo a hacerlo.

Una descarga eléctrica me atraviesa, no sé si por la sorpresa o por algo más aterrador.

«Dios mío, estoy besando a un personaje de cuento de hadas».

Mientras el rey Thorne me sostiene contra él, una sensación de hormigueo —que no tiene nada que ver con el beso— se esparce por mi cuerpo y envía escalofríos por mi columna. Casi puedo sentir la mirada penetrante de Daemon quemándome la nuca.

Por fin, el rey Thorne me suelta.

—Belle —murmura, alargando la palabra con un acento que suena a caricia—. Perdóname. Nunca pensé que volvería a verte.

Retrocedo tambaleante, aturdida. Abro los labios, pero no sé qué decir. No tengo la menor idea de lo que Nana habría dicho en esta situación. Mi mente se queda en blanco y, antes de darme cuenta, suelto una línea melodramática de Rose, la protagonista.

—He contado cada luna desde la última vez que estuvimos juntos y pensé que el sol no volvería a salir.

«Uf. Mátenme».

Siento que mis mejillas arden. No puedo creer que dije eso en voz alta. Pero quizá fue algo bueno, porque el rey Thorne me sonríe radiante.

—Tal vez sería mejor que habláramos en privado. Quiero saber todo lo que te ha ocurrido desde que te fuiste y por qué aceptaste volver ahora.

—S-sí —tartamudeo—. Me gustaría.

Thorne se vuelve hacia los cortesanos que nos observan y les dedica una sonrisa.

—La señorita Isabelle ha regresado con nosotros. Aunque la luna rosa se acerca rápidamente, no tengo dudas de que, ahora que ha vuelto, nuestra aflicción terminará pronto.

Las ovaciones estallan y vuelvo la vista hacia ellas. Me sorprende ver sus caras mirándome con excitación… ¿tal vez esperanza?

Busco a Daemon detrás de mí, queriendo encontrar su mirada, pero no logro atraparla. Tiene la mandíbula apretada y las manos hechas puños a sus costados.

¿Y ahora por qué demonios está molesto? Su plan funcionó; debería estar contento.

—Su Majestad, si me permite hacer una pregunta… —la voz engreída de Foulo resuena por encima del murmullo de la corte.

El rey Thorne lo mira con aire altivo y asiente para que continúe.

Foulo se aclara la garganta.

—No solo el, eh… exbarón Ashwater, sino varios otros soldados desconocidos llegaron con la señorita Isabelle. Como comandante de su ejército, yo creo que…

Thorne alza una ceja.

—Gracias por traer esto a la atención de todos, Foulo.

El pecho ancho de Foulo se infla de orgullo.

—Por supuesto, Su Majestad, yo…

El rey Thorne lo interrumpe y continúa como si no hubiera habido interrupción.

—Este es el momento ideal para informar a toda la corte que, en reconocimiento por haber encontrado a la señorita Isabelle y haberla traído de vuelta conmigo, he prometido devolver todas sus tierras y títulos al comandante Ashwater.

—¿Q-qué? —balbucea Foulo—. Pero… Su Majestad…

El rey Thorne solo espera mientras Foulo lanza una sarta de quejas.

Dirijo una mirada hacia Daemon, preguntándome cómo ve todo esto. ¿Está disfrutando que el rey ponga a Foulo en su lugar? Cualquier persona normal lo haría, supongo. Le están dando reconocimiento público, además de devolverle todas sus cosas después de años en prisión. Sin embargo, su expresión no refleja nada de eso. Está molesto. No, *furioso*.

—¿Qué pasa? —susurro, al amparo de las quejas escandalosas de Foulo.

Daemon no parece oírme.

—Foulo, basta —dice el rey Thorne en voz alta—. ¿Por qué no te vuelves útil y acompañas a la señorita Isabelle a sus aposentos antes de la cena?

Foulo pone cara molesta. Por un instante no se mueve. Luego, al darse cuenta, con toda claridad, que no le queda más remedio que obedecer, avanza hacia mí.

«Dios mío. Aquí vamos otra vez».

No sé si está demasiado ansioso por obedecer órdenes o si simplemente es controlador, pero esta vez anticipo esos dedos enormes que se estiran hacia mi brazo y me aparto. En vez de eso, los dedos de Foulo se cierran en las puntas de mi cabello largo y rizado.

—¡Ay! —exclamo.

En una fracción de segundo, varias cosas ocurren a la vez.

A mi lado, el rey se pone rígido. Su mano se alza, pero no como si fuera a agarrarme. La mano en mi cabello desaparece y, antes de que pueda procesar lo que está pasando, Foulo sale volando a través de la sala y cae con las extremidades extendidas en medio del pasillo alfombrado.

Me quedo boquiabierta mirando al rey. ¿Él hizo eso? ¿Fue magia o…?

Mis pensamientos se interrumpen en seco al darme cuenta de que esto dista de haber terminado. Daemon se lanza sobre Foulo, sus dedos se cierran alrededor de su garganta.

—Mantén tus malditas manos sucias lejos de ella —exclama Daemon. Su voz resuena por toda la sala, ahora en silencio.

Foulo se pone rojo como betabel, aunque no queda claro si es por vergüenza o porque Daemon le está cerrando la tráquea. Da un tirón hacia atrás para zafarse del agarre de Daemon y hace una mueca desdeñosa.

—¿O qué, Ashwater?

—O me aseguraré de que no vuelvas a tocar nada jamás. Disfruta masturbando tu miembro diminuto mientras puedas, porque la próxima vez que la toques será la última vez que tengas dedos.

«Santo cielo».

Suena desquiciado y… ¿atractivo? No me gustan los tipos con demasiada energía de macho alfa, y mucho menos los que parecen psicópatas con los músculos inflados. Entonces, ¿por qué de repente siento calor por todo el cuerpo?

—¡Alto! —la voz de Thorne retumba en un mandato ensordecedor.

De inmediato, la sala queda en silencio. Daemon se inmoviliza y hasta Foulo deja de forcejear, quedándose quieto. Yo misma siento que me clavo en el piso y no estoy segura de poder abrir la boca, aunque quisiera.

Después de un largo segundo, Daemon es el primero en moverse. Se gira despacio, mirando por encima del hombro hacia Thorne. Por un instante brevísimo, creo verlo palidecer. Sus ojos se mueven de un lado a otro, como si apenas ahora cayera en cuenta de dónde está y de las palabras que acaban de salir de su boca.

—Thorne…

El rey avanza. Su cara está torcida por la ira, pero al acercarse a Daemon y Foulo, tendido en el suelo, la ira se desvanece y se transforma en… ¿diversión? Se detiene y le indica a Daemon que se ponga de pie.

—No sabía que te importaba tanto proteger lo que es mío. ¿Debo tomarlo como señal de que, contra todo pronóstico, Dyaspora te rehabilitó?

Daemon se yergue y esboza una sonrisa con suficiencia. Su expresión irradia una satisfacción arrogante, aunque la sonrisa llega a cada parte de su cara excepto a sus ojos.

—Como decía antes, cuando liberas a un hombre de Dyaspora, te ganas su lealtad eterna.

Thorne le devuelve la sonrisa, luciendo satisfecho.

—Entonces queda resuelto.

—¿Qué queda resuelto? —pregunta Daemon con brusquedad.

—Vas a custodiar a Isabelle por mí hasta la luna rosa. —Lanza una mirada de disgusto hacia Foulo, en el piso—. No puedo arriesgarme a que algo le ocurra antes de eso.

—¿Qué pasa en la luna rosa? —pregunto, pero nadie parece oírme.

—Pero… —Daemon se atraganta, horrorizado—. No puedo custodiarla.

—¿Por qué no? —la comisura de la boca del rey se alza—. Pensé que querías volver a la corte.

—¿Y durante el día? —reclama Daemon, con un tono más rudo del que esperaría de alguien que le habla a un rey.

Thorne parece tomárselo con calma.

—Al cabo de un tiempo deberá adoptar nuestras costumbres. Dormir cuando el sol está en lo alto no es ningún problema si uno permanece en la oscuridad.

—Pero acabas de decir que me devolverías todos mis cargos —dice, con un tono de desesperación—. El comandante no puede pasar todo el tiempo vigilando a una sola mujer. ¿Quién dirigirá el ejército?

—No puedo imaginar un papel más importante para el comandante de mi ejército que asegurarse de que mi rosa permanezca a salvo hasta la luna.

Daemon parece dividido entre la rabia y el horror.

—Pero…

—¡Silencio! —retumba Thorne con el mismo tono de mando que silenció la sala minutos antes—. No me desafíes, Ashwater. Ya obtuviste todo lo que siempre quisiste, como prometí. Deberías besar el maldito suelo en agradecimiento. No me des razones para cambiar de opinión.

Daemon aprieta la mandíbula, pero al final se hace a un lado. Asiente una sola vez.

—Está bien.

—Es «sí, Su Majestad» —corrige el rey Thorne con un tono burlón.

Los músculos del cuello de Daemon se tensan. Sus manos se cierran en puños y parece estar conteniendo, a pura fuerza, las ganas de lanzarse contra el rey igual que contra Foulo. Aspiro una bocanada de aire.

Como si oyera mi jadeo, Daemon vuelve la mirada hacia mí. Nuestros ojos se encuentran y veo un torbellino de pensamientos cruzarle la mirada. Luego, de golpe, se relaja. Su cara se vuelve inexpresiva e inclina la cabeza hacia Thorne en algo que se parece a una reverencia.

—Sí, Su Majestad.

Thorne aplaude y sonríe.

—Bien.

El movimiento y el sonido regresan a la sala, y la ira del rey desaparece tan rápido como surgió. Aun así, mis oídos zumban. Me siento conmocionada, incluso exhausta. No sé qué acabo de presenciar, pero la tensión entre Daemon y el rey es tan densa que cuesta respirar.

—Lleva a Isabelle a su habitación para que se prepare para la cena. Quiero verla todas las noches hasta la luna rosa —le dice Thorne a Daemon, hablando de mí como si no estuviera presente.

—¿Qué pasa en la luna rosa? —pregunto otra vez, más fuerte.

Ambos se voltean a mirarme. Los ojos de Thorne se entornan, entre desconcierto e ira.

—Nuestra boda, por supuesto.

«Santo cielo».

Siento que una piedra se hunde en mi estómago y por un momento creo que voy a vomitar. O quizá me desmaye otra vez. Nunca me había desmayado en mi vida antes de esta semana, pero juro que no me entra suficiente aire en los pulmones. Me llevo una mano a la frente.

En ese mismo instante, tanto Daemon como el rey dan un paso hacia adelante, con las manos extendidas, como para atraparme si me caigo.

Mi corazón retumba en el pecho y miro a uno y otro. Los ojos de Daemon están desorbitados por el pánico, mientras que los del rey se estrechan con algo parecido al fastidio.

Por un instante brevísimo, me siento atrapada. Atrapada en el centro de dos fuerzas que no estoy segura de comprender del todo.

Luego tomo aire y me estabilizo.

Nadie tiene que sostenerme. Puedo hacerlo sola… pero hay una vocecita, en el fondo de mi mente, que me dice que esta no será la última vez que me sienta atrapada entre los dos.



CAPÍTULO 12

ALIX

—¿Una boda? —susurro en voz alta mientras camino rápido por un corredor largo junto a Odessa, que lleva a Sushi en su canasta—. ¿Una maldita boda? No, no, de ninguna maldita manera.

—¿Podrías callarte? —me sisea—. No podemos hablar de esto aquí.

La miro furiosa. Estoy confundida, frustrada y, peor aún —y lo más vergonzoso—, siento una extraña sensación de traición. Como si Daemon tuviera la obligación de decírmelo.

—¡Solo quiero saber qué demonios está pasando!

—Shhh —dice Odessa, casi con desesperación—. Belle no dice groserías.

Alzo una ceja, distraída un instante de mi enojo.

—Eh, sí dice. ¿De quién crees que aprendí cuando llamé a mi maestra de kínder una pu…?

—¡Shh! —me interrumpe otra vez, mirando por encima del hombro—. Ya casi llegamos, solo espera un minuto.

No me desmayé en la sala del trono, pero estuve cerca. Me sacaron rápido al vestíbulo, donde por fin pude respirar de nuevo. Daemon no me dijo ni una palabra ni me dirigió una sola mirada cuando salimos. Solo exigió que Odessa me llevara a mi habitación.

No señalé que el rey le había dicho que él mismo me escoltara, pero ahora desearía haberlo hecho. Necesito respuestas *ya*, y Odessa no me las da lo bastante rápido para que mi cerebro en pánico pueda procesarlas.

Finalmente se detiene frente a una puerta sin rasgos distintivos y la abre de golpe, prácticamente empujándome dentro de un dormitorio.

Se parece al del Palacio de Verano, excepto que en vez de blanco y dorado, aquí predominan tonos intensos de rojo y morado. Hay vitrales arqueados en todas las paredes; imagino que serían hermosos con la luz del sol, pero ahora están oscuros y son difíciles de distinguir.

Odessa cierra la puerta y se apresura por la habitación, revisando el armario, el baño y debajo de la cama, como si esperara encontrar a alguien escondido. Cuando se asegura de que estamos solas, suelta un largo suspiro.

—Muy bien. Di lo que se te dé la maldita gana.

Casi sonrío, pero entonces recuerdo que, sin duda ella es parte de todo esto, y el humor se me va de golpe.

—¿Sabías que se espera que me case?

—Sí.

—¿Por qué nadie me lo dijo?

—Pensé que lo sabías.

—¡No! Jamás habría aceptado venir si lo hubiera sabido.

Ella hace una mueca.

—Muchas mujeres estarían encantadas de tener la oportunidad de casarse con un rey.

—Sí, y muchas mujeres no se han casado antes —exclamo—. No quiero volver a pasar por eso tan pronto. ¡Quizá nunca! Además, si mi abuela no quiso a tu rey, supongo que tuvo una buena razón. No es como si mi abuelo hubiera sido un gran premio.

—Cálm…

—¡Ni se te ocurra decirme que me calme!

Me sonrojo, sintiéndome un poco mal por haberle contestado así apenas salió la frase de su boca.

Para cubrir mi incomodidad, tomo la canasta de Sushi junto a la puerta y camino hacia la cama cubierta de terciopelo rojo. Lo dejo salir. El gato me mira con reproche y le doy una caricia en la cabeza, disculpándome en silencio. Luego me siento al borde de la cama y miro a Odessa, respirando hondo para serenarme.

—Explícame todo.

Ella retuerce las manos en su falda.

—Simplemente no entiendo cómo se dio el malentendido. ¿Cómo pensabas que se rompía la maldición? El rey debe encontrar el amor verdadero.

—Sí… pero no entendí que eso significaba casarme con él.

Odessa hace otra mueca, con expresión entre apenada y nerviosa.

—Lo siento. De verdad pensé que lo sabías.

—No puedo hacer esto, yo… —estoy a punto de decir que ya estoy casada, pero ni siquiera parece relevante. No creo que los fae tomen en serio un acta de matrimonio humana de otro mundo—. Ni siquiera lo conozco.

—Las otras tampoco.

Abro los ojos, incrédula.

—¿Perdón? ¿Qué otras?

Odessa aprieta los labios, cruza la habitación y se sienta a mi lado en la cama.

—Sabes… Bueno, ¿pensaste que el rey dejaría que la maldición continuara durante cien años sin intentar hacer nada al respecto?

—No lo había pensado mucho.

—Ha intentado otras seis veces encontrar a la mujer adecuada para romper la maldición. Belle fue la única que se marchó antes de que pudieran casarse. Supuse que por eso quería que regresara… quizá ella era la que habría roto la maldición, después de todo.

—¿Y qué pasó con las otras esposas?

—Las dejó volver a sus hogares cuando quedó claro que la maldición no se rompería.

Parpadeo, mirándola.

—Si estaba perfectamente bien dejándolas ir, ¿no significa eso que no amaba a ninguna de ellas en primer lugar?

Odessa pone cara de confusión.

—Eso pensé siempre. Por eso parecía lógico que Belle fuera la indicada, ¿sabes? Ella fue la que se escapó y era evidente que el rey quería que regresara. Le dio el collar para mantenerse joven y todo.

Saco el collar de debajo de mi blusa y lo observo. Aunque escuché y acepté lo que Daemon dijo sobre él el otro día, todavía no termino de

asimilar que Nana pudo haberse mantenido completamente inmortal si hubiera querido.

—Ay, Dios —exclamo, con los ojos muy abiertos—. Si uso esto, ¿voy a dejar de envejecer? Espera, no respondas… ya lo sé. Solo no lo había pensado.

Guardamos silencio. Odessa me observa mientras pienso.

En el libro, Thorne y Rose se casan, pero no había entendido que fuera un requisito para romper la maldición. De una manera rara, me siento mal por el rey. Fue difícil juzgarlo con solo unos minutos frente a una gran audiencia, pero no parecía un tipo tan terrible. ¿Un poco frío, quizá? Pero por la manera en que Daemon y Odessa hablaban de él, yo esperaba a una bestia rabiosa, y el rey Thorne no parecía diferente del personaje del que yo estaba enamorada cuando era niña.

—Bueno, no me voy a casar —insisto—. Le prometí a Daemon que me quedaría un mes y que al final me pagaría y me llevaría a casa. En ningún momento se mencionó el matrimonio.

Odessa se muerde el labio.

—¿Quizá Daemon tiene un plan?

—Ah, claro —suelto—. Esa es otra cosa. ¿Qué demonios hacía Daemon en la sala del trono? Literalmente atacó al otro soldado.

—Sí… lo pudimos escuchar desde fuera. No sé en qué estaba pensando, pero siempre ha odiado a Foulo. Tal vez fue solo eso.

—¿Por qué querría el rey Thorne que Daemon fuera quien mantuviera a Isabelle a salvo? Él acaba de salir de la maldita *prisión*.

—Quizá porque le debe a Thorne el haberlo sacado de Dyaspora, y si la maldición no se rompe nunca podrá disfrutar su libertad. Y yo no lo juzgaría por haber sido enviado a Dyaspora. Tú no lo entiendes.

—Sí, porque nadie me ha contado qué pasó. ¿Por qué lo exiliaron?

—Deberías preguntarle a él. No es mi historia.

Suelto un suspiro, pensando en mi conversación con Daemon cuando acepté fingir que era Nana, y una sensación de inquietud se apodera de mí. Nunca dijo nada sobre salvar el reino, solo habló de sus amigos…

—Aunque estuviera dispuesta a casarme, ¿de verdad serviría de algo? Sé que ustedes creen que existe la posibilidad de que yo rompa la maldición aunque en realidad no sea mi abuela, pero no estoy segura de que funcione.

—Nosotros tampoco, pero no quedan muchas buenas opciones. Solo queda un mes antes de que Vernallis se pierda para siempre. A mí no me afectará, pero toda la gente que conozco desaparecerá.

Su voz se vuelve triste y su expresión se contrae mientras habla.

—Explícame otra vez por qué a ti no te afecta —pregunto, mordiéndome el labio.

—Porque nací en Hydratta —responde rápido—. Es el reino al sur de Vernallis. Aunque pasé casi toda mi vida aquí, técnicamente no soy ciudadana vernallense.

—¿Y es lo mismo para Jett, Fox y Kastian?

Asiente.

—Creo que sí. No los conozco mejor que tú, pero Kastian definitivamente es de Hydratta.

—¿Lo conoces o algo así?

Niega con la cabeza y su expresión se ensombrece.

—No realmente. Nos hemos visto antes, pero claramente no fue memorable porque ni siquiera se acordó de mí. Solo conozco a su familia. Él es…

Se interrumpe, cuando de forma repentina, se escucha un golpe fuerte en la puerta.

La puerta se abre y entra otra doncella, vestida con el mismo uniforme rojo y negro que Odessa, cargando una enorme caja morada. Hace una reverencia rígida.

—Buenas tardes, mi señora. Me pidieron entregarle esto.

Levanta la caja como si presentara un premio en un programa de concursos y luego la deja sobre la cajonera junto a la puerta.

—¿Qué es? —pregunto.

La doncella solo niega con la cabeza.

—No pregunté, señora.

La doncella se retira sin decir nada más, y Odessa salta de la cama, cruza la habitación y abre la caja. Da un grito ahogado.

—¿Qué es? —repito, con mayor urgencia.

Mi mente imagina las peores opciones posibles: «Gusanos… pastel de frutas… la cabeza de alguien».

—Es precioso —exclama Odessa, sacando un vestido plateado y brillante, alzándolo frente a ella—. Y hay una nota. Dice: «La cena es a las tres».

Alzo una ceja.

—¿A las tres? ¿No es un poco temprano?

—A las tres de la madrugada —aclara Odessa—. Te acostumbrarás a vivir durante la noche. No es tan malo después de un tiempo…

Hago una mueca y entierro la cara entre las manos. «Lo dudo muchísimo».

En cuestión de horas, Odessa me convence de darme un baño y ponerme el vestido plateado. Me arregla el cabello y el maquillaje, y cuando termina, apenas me reconozco.

—Razón número mil setenta y cinco por la cual jamás aceptaría esta boda —comento, mirándome en el espejo de cuerpo entero en la esquina—. De vez en cuando está bien, pero nunca podría vestirme así diario.

—Pero te ves increíble —protesta Odessa.

El vestido es sin tirantes, con un corpiño estilo corsé y una falda larga hasta el suelo en forma de A. La tela es ligeramente metálica y brilla cuando me muevo. El conjunto se siente más como de baile de graduación que de Met Gala, pero debo admitirlo: me veo bien.

¿Cómoda, por otra parte? Para nada.

—¿Vas a encaminarme a la cena? —pregunto—. No sé a dónde voy, y supongo que «Belle» sí sabría.

Mi percepción de Belle y Nana se amplía a cada minuto. Ya no siento que finja ser mi abuela; más bien parece que estoy haciendo *cosplay* de Rose, de *Un reino de espinas*. Quizá no es tan malo. Si Nana basó a Rose en sí misma, espero que mi interpretación resulte convincente.

—Daemon te acompañará a la cena —dice Odessa, interrumpiendo mis pensamientos. Arruga la frente—. Me sorprende que no esté aquí todavía. El rey dijo que debía protegerte y, si no lo hace, se meterá en serios problemas.

—¿De qué se supone que debe protegerme? ¿No es seguro el castillo?

Se encoge de hombros.

—Del resto de la corte, supongo. Todos fingimos que la maldición no es un problema, pero podría ser muy peligroso para ti.

Como si lo hubiéramos invocado, la puerta se abre y Daemon entra. Ni siquiera se tomó la molestia de tocar. Cruzo los brazos sobre el pecho. ¿Y si hubiera estado cambiándome?

En realidad, eso probablemente no habría importado en absoluto; sería coherente con la tradición de que nunca llevo ropa cuando él está presente.

Daemon entra con la cabeza baja, perdido en sus pensamientos. Su expresión es indescifrable; parece que repasa algo en su mente. Luego, tras un momento, alza la mirada.

En cuanto sus ojos se posan en mí, se queda inmóvil. Su boca se entreabre ligeramente y algo cruza su cara: ¿sorpresa? ¿Reconocimiento? ¿Hambre?

Su mirada recorre mi cuerpo, lenta y minuciosa, como si quisiera memorizar cada detalle. No es un vistazo fugaz; es una inspección, una forma de desentrañarme. Mi piel se eriza. El calor asciende bajo su escrutinio, como si me desnudara sin poner ni una sola mano sobre mí.

Cuando sus ojos vuelven a encontrarse con los míos, trago saliva, sintiéndome atrapada, inmovilizada bajo el peso de algo que no comprendo del todo.

—¿Tan mal me veo, eh? —bromeo, tratando de disimular mi ansiedad.

Él traga saliva y sacude la cabeza con brusquedad.

—¿Estás lista?

—Supongo —murmuro—. ¿Asumo que no tengo opción?

Vuelve a negar.

—Es mejor terminar con esto de una vez. Si logras convencerlo durante la cena de que eres Isabelle, sin duda alguna, es poco probable que vuelva a mencionarlo.

—¿Ya sospecha? —pregunto, presa del pánico.

—No… no lo creo.

La manera en que lo dice no me infunde mucha confianza, pero no queda más remedio que seguirlo hacia el pasillo. Daemon hace un gesto para que camine delante y levanto el dobladillo del vestido para no tropezar, como princesa de película.

—Si no sospecha, entonces ¿por qué te quedaste a hablar con él? ¿Qué quería?

—No me quedé por eso —dice con sequedad.

—Ah… ¿entonces por qué?

Mantiene la vista fija al frente, como si no quisiera verme.

—Quizá necesitaba un minuto a solas antes de comprometerme a pasar literalmente cada segundo del día contigo durante el próximo mes. Parece que vamos a conocernos muy bien, Duraznito.

—Qué horror —suelto sin pensar y él me mira de reojo y alza una ceja—. Solo digo que es un horror para ti. Probablemente no esperabas volver a verme jamás, luego resulta que crees que soy Isabelle y ahora tienes que seguirme a todas partes. *Vaya*.

Me observa un instante, sorprendido, y luego aparta la mirada.

—Supongo que podrías decirlo así.

—Espero que te quede claro que también es un horror para mí —continúo, incapaz de dejar de decir tonterías—. No sé mucho sobre la etiqueta de las aventuras de una noche, pero estoy casi segura de que esto no es lo normal.

—Lo siento —refunfuña.

—Podrías compensarlo con un poco de honestidad.

Daemon aprieta la mandíbula.

—¿Qué se supone que significa eso?

—¿Ibas a decirme lo de la boda?

Daemon luce tan incómodo que cualquiera pensaría que le duele.

—A la larga lo haría.

—Entonces no me lo mencionaste a propósito —lo acuso—. Iba a darte el beneficio de la duda y creer que pensabas que yo ya sabía, pero, por favor, siéntete libre de compartir cualquier otra información que hayas decidido omitir.

Mantiene los ojos fijos en el largo pasillo, como si se negara a mirarme siquiera de reojo.

—Nada ha cambiado en nuestro acuerdo.

—No veo cómo sea posible.

Suelta un suspiro frustrado.

—No es como si casarte con Thorne fuera a ser legalmente vinculante para ti. Te casas y luego la maldición se vuelve permanente de todos modos. Thorne no va a preocuparse si te marchas cuando esté consumido por la maldición, créeme. Le pediré a Kastian que te lleve a casa.

No se me escapa que ya dejó de fingir que él me llevaría. Ahora planea que lo haga Kastian. ¿Porque sabe que la maldición se apoderará de él o por otra razón?

—¿Y si la maldición se rompe?

Niega con la cabeza.

—Honestamente, lo dudo, pero si pasa, pensaré en algo. Fingiremos tu muerte o simplemente desaparecerás.

Mi cabeza da vueltas. De verdad no parece entender por qué esto me importa. O quizá no lo está pensando bien. La boda en sí no es lo que me preocupa; estoy pensando más bien en lo que viene después. ¿Espera que me acueste con el rey para mantener la farsa?

De hecho, olvida todo lo que viene después de la boda… ¿esperan que me acueste con él durante el próximo mes? «No, ni de broma… eso no viene en el contrato».

Antes de que pueda expresar esa idea perturbadora, casi tropiezo con mi vestido y Daemon por fin me mira de reojo. Levanto el faldón por encima de los tobillos y prácticamente troto para mantener su ritmo. Como si apenas notara que va demasiado rápido, se detiene en seco en medio del pasillo.

No espero que se detenga y mi impulso me lleva un paso más adelante. Tropiezo y casi caigo de bruces, pero una mano grande se estira y me sujeta del brazo, estabilizándome.

Levanto la vista hacia él, sorprendida, y luego bajo la mirada hacia sus dedos en mi brazo. Es el contacto más simple del mundo, y aun así, mi corazón late más rápido que cuando el rey Thorne me besó. La boca se me seca, el estómago me revolotea. «Dios… eso no puede ser bueno».

Daemon no suelta mi brazo; al contrario, se inclina un poco, invadiendo mi espacio personal.

—Mira —dice en voz baja mientras su lengua humedece, nerviosa, su labio inferior—. Yo también estoy inventando esta mierda sobre la marcha, igual que tú. Nada ha cambiado.

—¿Qué pasa exactamente al final del mes si no me caso con el rey o la maldición no se rompe? —pregunto, muy consciente de que, aunque estamos solos en este pasillo, alguien podría encontrarnos en cualquier momento—. Ustedes se convierten en animales, ¿no?

Él se pasa la mano por el cabello, con gesto conflictuado.

—No, no exactamente. Tu libro cambió algunas cosas, y esa fue una de ellas.

—Dime la verdad, entonces.

—Pongámoslo así: la maldición nos hace actuar como animales, incluso si conservamos nuestras caras.

«¿Actuar como animales?».

—¿Eso es lo que se supone que es tan peligroso, que necesito un guardia de tiempo completo?

Como si apenas recordara que me estaba tocando, suelta mi brazo y retrocede. Se aclara la garganta.

—Sí. Y antes de que pidas detalles, solo debes saber que espero que nunca tengas que ver lo que la maldición nos hace en realidad.

—¿Porque crees que realmente puedo romper la maldición?

—No, Duraznito. Porque no estarás cerca cuando se apodere de nosotros. Aunque sea lo último que haga, y probablemente lo será, me aseguraré de que nadie te haga daño.

Mi corazón vuelve a latir con fuerza.

—¿Por qué sigues diciendo cosas así?

Él parpadea, visiblemente confundido.

—¿Asegurarte que estarás a salvo?

—No…

No sé cómo explicarle que la forma en que hace estas promesas no suena precisamente platónica. Si un humano normal me dijera algo así, asumiría que está a punto de proponerme matrimonio o que es un acosador lunático, pero ese es un asunto aparte. Su tono no es de niñera ni de guardaespaldas reacio. Suena a que le importo.

Trago saliva con dificultad, ya avergonzada antes incluso de hablar.

—Sigues diciendo cosas que suenan como si… no sé… ¿como si yo te importara?

—Me importas —dice sin rodeos, y mi corazón se acelera aún más, golpeándome el pecho—. Sin ti, no hay forma de salvar a mis amigos de Dyaspora. Ni siquiera existe una posibilidad mínima de romper la maldición. Por supuesto que me importa lo que te pase, maldita sea.

Él traga saliva y retrocede otro paso largo.

—Vas a llegar tarde a la cena.

Mi corazón parece detenerse y, cuando vuelve a latir, ya no vibra de tensión.

Otra vez, soy una idiota. Ha dejado claro cuál es su agenda y yo sigo sin entender que el tipo del bar y el soldado fae que está frente a mí son dos personas muy distintas. Todo cambió cuando descubrió quién era yo, y esto no está evolucionando hacia un romance de cuento de hadas. Estoy aquí para fingir ser la prometida del rey, y necesito mantenerme enfocada en eso o las consecuencias podrían ser mortales.

—Acabo de recibir noticias del desafortunado accidente en el tren —dice el rey Thorne—. Lamento que tu regreso a Ellender haya sido tan difícil.

—Oh… está bien —digo, aunque no tiene nada de «bien».

El rey y yo estamos sentados en extremos opuestos de una mesa larguísima en el centro de un comedor profusamente decorado. Parece que la mesa suele usarse para doce personas o más, pero hoy solo hay dos sillas: una en cada punta. La única otra persona en la habitación es Daemon, recargado contra la pared con una expresión que mezcla aburrimiento y fastidio por estar aquí, vigilándonos comer.

Es la disposición de asientos más absurda que he visto, pero no comento nada para no arruinar las apariencias.

—¿Cómo sobreviviste al choque? —pregunta el rey.

—Oh… bueno…

—Nuestro vagón redujo la velocidad lo suficiente para saltar —interrumpe Daemon.

El rey lo mira, claramente molesto.

—No te pregunté a ti. Cállate.

Daemon solo se encoge de hombros, nada arrepentido.

—Entonces dime —Thorne se gira hacia mí—. ¿Qué estuviste haciendo todo este tiempo que estuvimos separados?

Ya tenía preparada mi respuesta.

Hay una parte, hacia el final de *Un reino de espinas*, donde Rose abandona Ellender porque su padre está muriendo. Claro que, en el libro, ella regresa y se casa con el rey Thorne. Espero que esa parte sea, al menos, parcialmente cierta.

Quizá Nana se fue, pero quería volver, igual que Rose.

Quizá el incendio en la mina fue la razón por la que nunca pudo regresar, así que escribió el libro sobre lo que pudo haber pasado.

Si es así, es increíblemente triste, y mi corazón se encoge de culpa y compasión al imaginar a Nana quedándose en Ironhill todos esos años, deseando volver a Ellender.

—Bueno… —empiezo.

—¿Importa lo que hizo si ya volvió? —interrumpe Daemon otra vez.

Thorne se ve furioso y deja caer su tenedor con un fuerte golpe.

—La próxima vez que interrumpas, te estampo la cabeza contra la maldita mesa.

La expresión de Daemon dice con toda claridad «me gustaría verte intentarlo», pero solo responde:

—Solo estoy contestando tus preguntas.

—No lo hagas —grita el rey Thorne—. Me vuelves imposible olvidar que estás aquí.

—Si no quieres que esté aquí, ¿por qué me obligas a estarlo? —replica Daemon—. Con gusto estaría en cualquier otro lado. Eres tú quien insiste en que la vigile cada maldito minuto.

Abro los ojos de par en par. ¿Cómo demonios puede hablarle así a un rey? Todos los demás han insinuado que hay que tener cuidado con él. ¿En qué está pensando Daemon?

Para mi sorpresa —y alivio—, el rey Thorne ignora a Daemon y vuelve a mirarme.

—Continúa, por favor.

Me quedo con la boca entreabierta y tardo un momento en recordar lo que estaba diciendo.

—No pude regresar —digo cuando recupero el aliento—. El portal estaba bloqueado por un incendio en la mina. Habría vuelto; quería hacerlo, por supuesto, pero no pude. Me quedé en el mismo pueblo durante sesenta años, incluso después de que el fuego obligara a todos a irse, esperando que algún día pudiera regresar.

Los ojos del rey Thorne se abren por completo durante unos segundos, pero enseguida su expresión se vuelve neutra.

—¿Y usaste el collar todo ese tiempo?

—Eh… —pienso en Nana, que llevó este relicario durante mi infancia; en algún punto dejó de hacerlo, pero no recuerdo cuándo—. Sí, por supuesto.

Él sonríe ampliamente.

—Debe haber sido doloroso para ti estar sola todos estos años, sin familia.

Le sonrío con torpeza. Aunque Nana no estuvo sola todo ese tiempo, y yo soy la prueba viviente de eso, la sonrisa con que él imagina esa soledad me resulta un poco repulsiva.

La sonrisa que me dedicó en la sala del trono ya no está. Ahora me mira como quien admira un coche muy caro, y es incómodo. No es en absoluto la mirada de un hombre enamorado. Aunque, bueno, ¿qué demonios sé yo de cómo luce un hombre enamorado? Ciertamente nunca he podido identificar esa mirada antes.

«Creo que estoy pensando demasiado».

Pero luego recuerdo que se casó seis veces desde que Nana se marchó. Casi quiero mencionarlo, aunque solo sea para escuchar lo que tiene que decir, pero no quiero meter a Odessa en problemas por contármelo.

Busco una forma de señalar su hipocresía sin delatarme cuando el rey Thorne cambia de tema.

—No falta mucho para la boda, pero creo que deberíamos recordarle a la corte quién eres antes de que llegue el día. Tendremos un baile para celebrar tu regreso y nuestro compromiso renovado.

Lo dice como si ya estuviera decidido, así que vuelvo a asentir.

—Por supuesto.

—Quizá dentro de dos semanas —murmura, pensativo.

Otra vez, solo asiento. Quizá un baile sea divertido. Como la fiesta de cumpleaños número treinta que habría tenido si el dinero no fuera un problema y si tuviera más de dos amigas dispuestas a ir.

Un momento. ¿Qué fecha es hoy? ¿Es posible que el baile caiga en mi cumpleaños real?

Abro la boca para preguntar, pero me sobresalta el sonido de la silla de Thorne al arrastrarse contra la piedra. Deja caer su tenedor con un estrépito y se pone de pie de golpe.

—Oh… ¿ya terminó? —pregunto, sorprendida.

—El sol está saliendo —dice con brusquedad, señalando hacia la ventana.

Me giro y, en efecto, por fin dejó de llover. Hay un leve matiz rosado en el horizonte oscuro.

Thorne mira a Daemon.

—Lleva a Isabelle a su habitación.

Por una vez, él no discute. Su cara está tensa mientras agarra mi mano con rapidez y me saca del comedor, prácticamente arrastrándome escaleras arriba.

—¿Salió bien? —pregunto mientras avanzamos a toda prisa—. Es un tipo difícil de leer. Sentí que estaba en una entrevista de trabajo interminable.

—Salió bien —dice Daemon con aspereza.

Su agarre es fuerte y sigue mirando hacia atrás, hacia las ventanas.

—¿Estás seguro? —insisto—. Porque no se veía muy…

«¿Interesado? ¿Involucrado? ¿Entusiasmado por ver a la mujer con la que se supone que quiere casarse tras sesenta años separados?».

—…feliz.

—Thorne nunca está feliz. La única vez que finge estarlo es cuando tiene público. Pero no creo que haya notado nada. Lo hiciste bien.

—Pero… —lo intento de nuevo—. O sea, si en verdad salió bien, ¿no estaría como… no sé?

Daemon se detiene en medio del pasillo y se gira hacia mí.

—Dilo ya, Duraznito. No tenemos mucho tiempo antes de que salga el sol.

Suelto un suspiro de exasperación.

—Está bien, solo me pregunto por qué te obliga a estar conmigo todo el tiempo en lugar de hacerlo él mismo.

—Porque es un rey y no hace nada por su cuenta.

—Sí, pero ¿por qué estamos en habitaciones separadas?

La comisura de la boca de Daemon se tensa hacia abajo y sus ojos se entrecierran.

—¿Estás tratando de preguntar por qué no me echó para poder acostarse contigo?

Siento que las mejillas me arden, pero no retrocedo.

—Sí, más o menos eso.

Sus dedos se flexionan, como si estuviera a punto de estirar la mano para tocarme.

—¿Querías eso?

—¡No! Pero ustedes me dicen que se supone que debo casarme con ese tipo y que ya nos conocemos bien. ¿No es raro que no quisiera pasar más tiempo con su prometida?

Daemon cierra sus dedos tensos en un puño, lo mete al bolsillo y se aleja de mí mientras continúa por el pasillo. Sus pasos son firmes y, de alguna forma, más airados que antes.

—La corte es anticuada. Probablemente solo intenta ser respetuoso. Aunque nunca he visto a Thorne rechazar a una mujer, así que, si quieres que se acueste contigo, quizá solo tendrías que pedírselo.

—Eh, no. No me refería a eso. No lo quiero, yo solo…

—Parecías cómoda cuando te besó —murmura entre dientes.

—Bien, de acuerdo. Ya veo que estás decidido a hacerte el tonto con esto.

La mandíbula de Daemon se tensa, pero no contesta. Quizá está de acuerdo conmigo y se niega a admitir que podría haber un problema. O quizá está siendo un idiota. De cualquier manera, estoy segura de que este tema volverá a surgir y tendré que estar lista para manejarlo cuando pase.

Llegamos a mi puerta y Daemon se detiene, indicando que entre.

—¿Qué se supone que debo hacer ahora? ¿Solo esperar en mi habitación?

Otra vez, su respuesta es cortante:

—Sí.

—Pero no tengo sueño. Me gustaría ver la ciudad de día, yo…

—¡No! —chasquea, girando hacia mí con un movimiento brusco, ya frente a la puerta—. No puedes salir de tu habitación por ninguna razón hasta que vuelva a ponerse el sol. Prométemelo.

Retrocedo un poco, sobresaltada por la urgencia de su tono.

—¿Te lo prometo…?

—Bien. Cierra tu puerta y no le abras a nadie. Ni siquiera a mí.

Alzo una ceja.

—¿Planeas intentar entrar?

Niega y se aparta.

—No, pero nunca sé del todo qué me va a obligar a hacer la maldición.

Un escalofrío me recorre la espalda.

—Daemon, ¿qué te…?

—No hay tiempo para hablar. Entra —ordena, insistente, con un gesto hacia la puerta.

Un leve cosquilleo de miedo me recorre la piel. ¿Por eso el rey cree que necesito un guardia permanente? Pero ¿cómo se supone que Daemon me mantendrá a salvo si la maldición también lo afecta? ¿Quién se supone que me proteja de él?



CAPÍTULO 13

ALIX

Parpadeo y pasan varios días.

Me acostumbro al horario invertido y termino durmiendo cuando hay luz afuera. La consecuencia es que nunca me topo con la corte maldita, pero también empiezo a sentirme un poco deprimida. Creí que la depresión estacional era dura en Chicago, pero aquí se siente mil veces peor.

Cuando está oscuro puedo salir de mi habitación y hacer lo que quiera; el problema es que no hay nada que hacer, maldita sea. No tengo teléfono, ni Kindle, ni televisión, ni pódcasts. Nunca había sido tan consciente de lo adicta que soy a la tecnología… hasta que de pronto estoy viviendo básicamente en 1750 y las labores domésticas empiezan a parecer una alternativa emocionante frente a quedarme mirando las paredes.

Cada vez que quiero salir de mi habitación, Daemon me acompaña. Por lo general trae a uno de sus amigos, con el pretexto de que siempre debo estar bajo vigilancia. Cuando trae a Kastian o a Jett, se la pasa hablando con ellos y actúa como si yo no existiera. Hoy, sin embargo, trajo a Fox, así que el silencio entre nosotros se siente más palpable que nunca.

Camino sin rumbo por el sendero serpenteante que atraviesa el jardín del castillo. La nieve del otro día sigue cubriendo el suelo y la mayoría de las plantas están dormidas o cubiertas de escarcha. Las únicas flores que parecen soportar el clima son las rosas, que lucen casi irreales con sus pétalos rojos y rosados espolvoreados de hielo.

Hace un frío como de febrero en Chicago y, aunque estoy envuelta en una capa roja con borde de piel y guantes a juego, extraño mi chamarra North Face y mis botas UGG gastadas.

—¿Los fae no sienten frío? —pregunto, mirando a Fox y a Daemon por encima del hombro.

—Sí lo sentimos —responde Daemon—. ¿Por qué?

—Porque su ropa de invierno no parece muy abrigadora. Me preguntaba si nunca habían tenido razones para fabricar prendas más cálidas.

—Si tienes frío, podemos entrar —reprocha.

—¿Para sentarme a ver la pared hasta la cena? Oh, qué emoción.

Camino unos pasos más por el sendero, pasando la mano por los arbustos y quito la nieve de las hojas. Me detengo ante una de las rosas que aún florecen y levanto la mano para sacudir el hielo de los pétalos. Una espina larga atraviesa mi guante y se clava en mi dedo, haciendo que un latigazo de dolor suba por mi brazo.

—¡Ay!

Me quito el guante y me meto el dedo a la boca, chupándome la herida.

Se hace un silencio prolongado en el que Daemon y Fox solo me observan, y casi me caigo de la impresión cuando Fox es quien lo rompe.

—En Thermia siempre es invierno, y nuestra ropa es cálida.

—¿Siempre es invierno? —pregunto, sacándome el dedo de la boca—. ¿Quieres decir que es solo un clima frío o…?

—Siempre es invierno —repite—. Las estaciones ya no cambian.

Bueno… distinción rara, pero puedo seguirle el paso. Al menos estamos hablando de algo.

—¿Solían cambiar? —pregunto.

Fox parece incómodo, no por la pregunta, sospecho, sino porque simplemente no le gusta hablar.

—Sí.

—¿Ellos también están malditos? —pregunto, dirigiéndome más a Daemon que a Fox, que parece aliviado de no tener que seguir hablando conmigo.

Daemon niega con la cabeza.

—No exactamente, pero Vernallis no es el único reino con problemas, Duraznito.

—Supongo que no vas a explicarlo.

Se encoge de hombros.

—No sé mucho del tema. Puedes molestar a Fox si quieres, pero buena suerte con eso.

Mis ojos se dirigen al enorme hombre rubio y niego con la cabeza.

—Olvídalo. Mejor vayamos adentro.

Me escoltan de regreso a mi habitación.

—¿Me podrías dar ese ejemplar de *Un reino de espinas*? —le pregunto a Daemon.

—Lo dejé en el Palacio de Verano. No creí que valiera la pena arriesgarme a que alguien aquí lo viera.

—Ah.

—¿Por qué? ¿No lo habías leído ya?

—Docenas de veces, pero estoy tan aburrida que leer la parte trasera de un frasco de champú me parecería emocionante.

Daemon parece un poco culpable; desvía la mirada en vez de verme directamente.

—Si quieres leer, aquí hay cientos de libros.

—¿En serio? —me animo un poco—. ¿Dónde?

Está por responder, pero lo interrumpe un chillido agudo al final del pasillo.

—¡Daemon!

Me doy vuelta y veo a tres mujeres rubias doblar la esquina hacia nosotros. Son absurdamente hermosas, como todas las hadas, vestidas con vestidos de seda idénticos en distintos colores: uno rojo, uno dorado y uno verde.

La mujer del vestido verde se separa del grupo y corre hacia nosotros, con emoción evidente en la cara. Se arroja a los brazos de Daemon.

—Oí que habías vuelto —exclama ella—, pero casi no lo creí.

Sus ojos se abren de par en par, sorprendido, y extiende los brazos para atraparla, como por instinto.

—Hola, Claudette.

Ella retrocede y le da una palmada juguetona en el brazo.

—¿Eso es todo lo que recibo? ¿Hola? ¡Han pasado noventa años!

Hago cara de fastidio. Ojalá pudiera decir que es la primera vez que alguien se le avienta encima a Daemon, pero no lo es. En los pocos días que llevo aquí, he notado que es muy popular. Toda la corte parece encantada de verlo, y nos detienen a cada rato para que salude a conocidos. Aun así… ninguna ha sido tan bonita como esta mujer.

Daemon suelta a Claudette y retrocede un paso, sonriendo apenas.

—¿Cómo estás?

—Oh, lo mismo de siempre —suspira ella.

Empieza a parlotear, contándole sobre su hermana, que al parecer se casó hace poco, y sobre todo lo demás que ha pasado desde la última vez que se vieron. No quiero asumir nada, pero parece que ella es una exnovia o, por lo menos, un antiguo ligue.

«Lo cual está perfectamente bien».

No me importa en absoluto… de verdad. Es solo que me siento incómoda, atrapada en una conversación de la que claramente no soy parte. Me balanceo de un pie al otro y, por pura incomodidad, me concentro en ubicar el origen de su acento en vez de escuchar lo que dice.

Daemon siempre me ha sonado ligeramente irlandés, mientras que Kastian, Odessa y Jett suenan británicos. Fox no habla lo suficiente como para estar del todo segura de dónde es, pero no se parece en nada a esta mujer. Concluyo al fin que ella es francesa… o algo por el estilo.

—No lo pude creer cuando me enteré de lo que pasó en la sala del trono —dice Claudette, tan alto que me veo obligada a volver a poner atención.

—¿No estabas ahí? —pregunta Daemon, sonando más relajado que en cualquier momento desde antes de que yo supiera quién era en realidad.

Ella niega con la cabeza y ríe, alegre.

—Imagínate: la única vez que decido tomar un baño largo, me pierdo lo único interesante que ha pasado en décadas.

Daemon sonríe.

—No fue para tanto.

Ella se ríe y le da otra palmada en el brazo.

—Díselo a Foulo.

«Bien. Hasta aquí llegué».

No estamos lejos de mi habitación y puedo caminar sola. No tengo por qué quedarme aquí sintiéndome incómoda. De hecho, lo mejor que puedo hacer es irme y dejarles privacidad. Daemon no me debe nada. Apenas lo conozco.

«No me importa».

Me aparto de ellos y doy varios pasos largos por el pasillo. Miro de reojo. Daemon no ha notado que me muevo, pero Fox sí. Me mira y se encoge de hombros. Interpreto que no le importa si me voy. Perfecto.

Sigo el ejemplo de Fox y no digo nada mientras me deslizo sola por el pasillo. Los pasillos tienen tanta resonancia que todavía escucho la voz distante de Daemon, incluso después de doblar la esquina.

Camino en piloto automático, con los ojos vagamente fijos en el suelo frente a mí. Luego doy un salto cuando oigo un grito detrás.

—¿Dónde diablos está?

«Ay, carajo».

Oigo a Daemon gritar algo, luego la respuesta baja y amortiguada de Fox. La voz aguda de Claudette interviene y después resuenan pasos fuertes con claridad: Daemon viene corriendo tras de mí.

«Ay, carajo, carajo, carajo. Esto no es bueno».

Mi pulso se acelera y levanto la falda para empezar a correr también.

Ni siquiera sé por qué corro. No estoy haciendo nada malo por caminar sola en un pasillo. Pero, al mismo tiempo, no quiero que Daemon me alcance ahora mismo. No quiero tener que explicarme y mucho menos quiero parecer celosa cuando *no* lo estoy. *Para nada*.

Solo quería volver a mi habitación porque estoy cansada. Sentir celos sería completamente absurdo. Necesito ser más madura que esto.

Me repito esa idea mientras troto por el pasillo, bien consciente de la ironía y la hipocresía de lo que estoy haciendo. Admitir que tienes un problema es el primer paso para la recuperación, y claro que me recuperaré… después de encontrar un buen escondite.

Este castillo se siente como un laberinto interminable de pasillos y escaleras, pero como que ya le voy entendiendo… *más o menos*.

La voz de Daemon retumba tanto como sus pasos, y la cacofonía hace que parezca que está en todas partes al mismo tiempo.

Al final del pasillo hay una puerta de madera cerrada. La abro de golpe y sigo avanzando. Un segundo después, la puerta se cierra de golpe detrás de mí y, de pronto, todo sonido desaparece. Me detengo y vuelvo la vista hacia la puerta, sorprendida por el silencio repentino. Vaya, tienen puertas muy pesadas aquí.

Como ya no puedo oír a Daemon, mi pulso se calma un poco. Reduzco la velocidad a una caminata rápida.

—¡Isabelle!

Me quedo inmóvil y alzo la mirada. Hacia mí avanza el rey Thorne. Hoy lleva un chaleco de seda verde y una capa encima, como si acabara de entrar del exterior. Su expresión es oscura, algo entre enojo y sospecha.

—¡Ah, hola! —saludo con entusiasmo, levantando una mano.

—¿Qué diablos haces aquí? —pregunta el rey Thorne, cargando la voz de ira.

—Eh… —titubeo—. Lo siento… ¿pasa algo?

Se detiene frente a mí, prácticamente hirviendo de ira. Doy un paso atrás, sobresaltada.

Está claro que está furioso, pero no tengo idea de por qué. Ya lo he visto varias noches durante la cena, pero sigue sintiéndose como un desconocido total. No puedo decirle que hui de Daemon porque estoy loca y no me gusta verlo hablar con una mujer bonita.

—Lo siento. Solo estaba explorando —digo al fin—. Ya sabe… volviendo a familiarizarme con el palacio.

Thorne se planta justo enfrente, obligándome a inclinar la cabeza hacia atrás para sostenerle la mirada. Su expresión es sombría. Furiosa.

—Puedes hacer lo que quieras, pero sabes que no tienes permitido entrar a mi ala privada sin mi autorización.

Miro alrededor. ¿Es aquí donde estamos? ¿En su ala privada? No recuerdo que nadie dijera que no podía entrar, pero quizá se supone que es obvio.

—Perdón, de verdad —balbuceo—. En serio no me di cuenta de que estábamos aquí. Ha pasado tanto tiempo desde la última vez que estuve; supongo que lo olvidé.

Thorne me mira con furia.

—No debes entrar nunca a esta torre. Jamás. Y, ya que estamos, ¿por qué estás sola?

—Lo siento —repito, esperando que deje el tema.

He aprendido, tras años de vivir con mi madre y después con mi esposo, que el camino más rápido hacia la paz es disculparse. Mucho. Aunque no sepas muy bien por qué.

Parece que esta estrategia es universal, porque el rey Thorne se desinfla un poco. Su enojo baja un grado y su labio se curva en un gesto desdeñoso.

—¿Dónde está Ashwater? ¿No se supone que debe mantenerte en donde debes estar?

—Ah… no estoy segura de dónde está, la verdad.

Sus ojos se entrecierran de inmediato y entiendo que dije algo equivocado. Debí haber mentido y decir que Daemon tuvo que atender algo serio. Decir simplemente que no sé dónde está lo empeora.

—Lo que quiero decir es que no sé con precisión —añado rápido—. Tuvo que ir a hacer algo importante, pero no sé exactamente dónde…

«Dios mío. Soy la peor mentirosa del mundo».

—¿Qué era tan importante como para ignorar mis órdenes de protegerte todo el tiempo?

—Eh, no lo sé. Tendría que preguntarle a… —busco desesperada el nombre en el fondo de mi mente— ¡a Frouno!

—¿Foulo?

—Sí, ese. Perdón. *Foulo* necesitaba la ayuda de Daemon con algo.

Creo que he dicho tantas disculpas en tan poco tiempo que la palabra «perdón» ya perdió todo sentido. Detesto sentir que tengo que asumir culpas que no son mías, pero al menos funcionó. Thorne ahora parece menos enojado y más desconcertado. No sé si eso es mejor, pero cualquier cosa que diga parece empeorarlo, así que me callo.

—¿Te gustaría caminar conmigo hacia la cena? —pregunta Thorne tras un largo segundo.

Parpadeo, sorprendida por su cambio repentino de tono.

—Ah… perdón, ¿qué?

—Que si quieres caminar conmigo hacia la cena.

—Pero no estoy vestida.

Me recorre con la mirada, sin el menor rastro de interés.

—Te ves bien. Ven, vamos ya.

—Oh. Eh… está bien.

El rey Thorne toma mi codo y me guía de vuelta por el pasillo, a través de la puerta que ahora entiendo que era la entrada a su ala privada.

«Lo que sea que eso signifique».

El silencio se alarga sin fin, pero no de la forma agradable en que lo era con Fox. Es incómodo y me hace sentir obligada a llenarlo.

—He estado contenta de estar de vuelta en el castillo —digo.

Thorne asiente.

—Espero que no explores demasiado.

—Eh, no. No mucho.

—Bien.

Intento varios comentarios banales más, ninguno de los cuales parece afectarlo en lo más mínimo. Por la manera en que me recibió en el vestíbulo, pensé que estaría mucho más entusiasmado con estas cenas, pero supongo que un beso le basta para aguantar hasta la boda.

Entramos al comedor y nos sentamos en extremos opuestos de la mesa ridículamente larga.

—¿Sueles tener invitados? —pregunto.

—Sí. Los cortesanos suelen acompañarme en la cena.

Suelto un suspiro de alivio. Al menos me respondió.

—Pueden unirse si quieren. Digo, me gustaría conocer a tus amigos.

«Y me gustaría tener a alguien más que me ayude a llevar la conversación».

—No —dice Thorne, sin matices—. Quiero pasar este tiempo volviendo a conocerte.

—Claro…

Me siento muy aliviada cuando sirven la comida, aunque sea porque me da algo más de qué hablar.

—Esto sabe muy bien —digo, señalando mi plato con el tenedor.

El rey mira su propio plato y asiente una sola vez, sin continuar la conversación.

Suspiro: «Aquí vamos otra vez».

—¿A dónde fuiste hoy? —intento de nuevo.

Pone cara de confusión.

—¿Por qué?

—Por nada. Solo busco algo de qué hablar.

Sus hombros se relajan apenas.

—A cazar.

—¿Lobos? —pregunto con expectación—. Me encontré con uno cuando llegué.

—¿De verdad? Cuéntame eso.

Abro la boca, pero me detengo. Probablemente no puedo contarle nada de eso, porque la pregunta inmediata sería: ¿por qué estaba tan asustada de encontrarme en Ellender? ¿Por qué no tenía ropa? ¿Por qué estaba tan cómoda con mi guardia?

«Carajo».

En ese momento, las puertas se abren de golpe y Daemon irrumpe en la sala, con expresión frenética. El rey y yo alzamos la vista de nuestra cena, en un silencio casi amable. Daemon aspira aire con fuerza, jadeando mientras nos mira a uno y a otro.

—Qué amable de tu parte que por fin recuerdas tu trabajo —dice Thorne.

Su tono es casual, pero percibo un filo helado en su voz.

Daemon se endereza y cruza la estancia en silencio absoluto. Se apoya en la pared, en su lugar habitual, mientras el rey y yo regresamos a la cena.

Pero yo no puedo comer.

Puedo sentir la mirada fría y furiosa de Daemon clavada en mí durante toda la cena. Está hirviendo por dentro y sé que, en cuanto nos despidan para volver a mi habitación, va a descargar toda esa rabia sobre mí.

Curiosamente, casi lo estoy esperando.

Y, efectivamente, en el instante en que Daemon y yo salimos del comedor, se gira hacia mí. Su voz es un susurro peligroso:

—¿Qué diablos, Alix?

—Isabelle —corrijo, mirando alrededor, recordándole que estamos en el vestíbulo público.

—Me importa un carajo cómo te llames. ¿En qué estabas pensando?

Alzo una ceja.

—Pues… estaba pensando que el rey Thorne me pidió que lo acompañara a cenar y habría sido muy raro, y sospechoso, decir que no.

—Lo que dices son tonterías. Te fuiste antes de eso.

—Ups —respondo con sarcasmo—. Olvidé que soy una niña y que no puedo caminar por un maldito pasillo sin mi papá o mi niñero.

Sus ojos centellean. Su pecho sube y baja con cada respiración mientras da un paso más, invadiendo mi último centímetro de espacio personal. Aspira con fuerza, con las fosas nasales dilatadas, y luego se pasa la lengua por los labios, como si probara algo en el aire.

—Pensé que te habías ido —rezonga—. Y luego pensé que quizá Thorne quería cenar contigo a solas porque sabe quién eres. Pudo haber pasado cualquier maldita cosa, Alix.

—Eso es una estupidez.

Lo empujo del brazo y paso junto a él, caminando con paso firme por el pasillo hacia mi habitación. O, al menos, hacia donde creo que está mi habitación.

Daemon corre detrás de mí, con los ojos verde esmeralda clavados solo en mí.

—¿Qué se supone que debía pensar?

—¿Quizá que el rey quería pasar tiempo con Isabelle porque están… estamos… comprometidos?

—Debiste decirme dónde estabas.

—¿Cómo se supone que iba a decirte dónde estaba si tú no estabas ahí?

—Debiste esperarme. Levanté la vista y simplemente ya no estabas.

Me detengo en seco y giro para encararlo de nuevo. Él frena y casi choca conmigo, quedando a unos cuantos centímetros de distancia.

—Estabas ocupado —digo—. No voy a quedarme esperando a ningún hombre. Mi tiempo y mi atención pertenecen a las personas que no piensan en nadie más que en mí.

Sin previo aviso, su mano sale disparada y se planta en la pared detrás de mi cabeza, dejándome acorralada. Se inclina hasta que su boca queda a escasos centímetros de la mía y muestra los dientes.

—Entonces debería tener cada maldito minuto de tu atención.

Aspiro una bocanada de aire, sorprendida. Encuentro su mirada y mi pulso retumba en mi garganta y… más abajo.

No se me escapa que Daemon está igual de enojado ahora que Thorne cuando me encontró, pero con Daemon no he pedido disculpas ni una sola vez. No siento la necesidad de hacerme pequeña frente a él, ni de decir lo que sea con tal de terminar la discusión.

Mientras tanto, se supone que debo actuar como si estuviera enamorada del rey, pero entre él y yo no hay ninguna chispa. En cambio, cada vez que Daemon y yo discutimos, hay fuego suficiente como para incendiar todo el castillo.

Por un instante, mis ojos se deslizan hacia su pulso, visible y palpitando en su cuello, y me imagino lo fácil que sería ponerme de puntas y lamer ese punto.

—Aléjate. No puedes estar tan cerca de mí cuando cualquiera podría pasar.

Su mirada brinca a mis labios por una fracción de segundo.

—De pronto estás muy interesada en decirme lo que no puedo hacer.

Mi corazón vuelve a acelerarse. Carajo, ya ni siquiera sé de qué estamos hablando. ¿Esto es sobre Claudette, o sobre el rey, o sobre Daemon y yo? ¿De qué se supone que estoy enojada?

Daemon se alza sobre mí, respirando con fuerza. Hay una energía cruda, un poder que emana de él en oleadas. Estoy casi segura de que debería estar temblando, intimidada por su dominio. Y, si me conozco, si fuera cualquier otro hombre, así sería. Estaría aterrada. Pero, en cambio, me siento desafiante. Exaltada. Excitada.

Mi pulso late con fuerza en mi vientre y respiro con dificultad. Mi piel se siente hipersensible y juraría que hay electricidad chispeando entre nosotros. Desde el momento en que abrió la boca, esta discusión se ha sentido menos como una pelea y más como un preludio.

En algún punto de los pasillos resonantes del castillo, escucho voces a lo lejos, y el sonido es como un balde de agua fría sobre mi cabeza.

Daemon mira hacia donde provienen las voces, pero no parece tan afectado como yo. No se aleja. Al contrario, se acerca apenas un poco más, lo suficiente para que sienta el calor de su cuerpo en todas partes.

Miro a mi alrededor, al pasillo vacío. No podemos seguir parados así. Y, más aún, no podemos seguir discutiendo; la tensión es tan alta que está a punto de romperse aquí mismo.

Cierro los ojos, ya medio arrepentida.

—Mira… —me paso una mano por el cabello—. Lamento si esto se volvió un problema más grande de lo que debía.

—¿Lamentas qué? —exclama, y el calor de su mirada se enfría, reemplazado por confusión.

—Lo siento —repito, sabiendo que esa palabra es exactamente la que desactivará la situación—. Todo está bien. El rey se enojó porque entré en su ala privada o lo que sea…

Un gruñido retumba en su pecho.

—¿Entraste dónde?

—En su ala privada. Me perdí, pero no pareció notar nada raro en mí, así que creo que todo va a estar bien. Probablemente deberías buscar a Foulo y fingir que pasó algo serio, por si el rey pregunta.

—Alix, qué dia…

—En fin —sigo, hablando por encima de sus protestas—. De ahora en adelante, si estás ocupado, puedes mandar a Fox, Jett o Kastian para que me vigilen.

Daemon me mira con furia desde arriba, aún tan cerca que sería facilísimo cerrar la distancia entre nosotros. Algo oscuro parpadea en su mirada.

—¿Preferirías que ellos te vigilaran en vez de mí?

—En realidad no me importa. Quiero sobrevivir el próximo mes. Estoy segura de que tus amigos pueden encargarse de que no me muera durante unas horas mientras tú estás ocupado.

—¿Ocupado con qué? —espeta—. ¿Por qué sigues diciendo eso? Lo único con lo que estoy ocupado es contigo.

—Ya sabes… con Lynette.

«Uf, eso fue mezquino. Conozco su nombre».

De algún modo, todo esto se volvió sobre mis asuntos: mi matrimonio, mis estándares de cómo quiero ser tratada y el trauma que salió a flote en cuanto perdí su atención en favor de otra mujer. Lo cual tampoco es del todo justo.

—Quise decir Claudette —me corrijo.

«Estoy calmada. Curada. Para nada tóxica».

Daemon parece confundido, al borde de la frustración.

—Claudette y sus hermanas son solo conocidas de hace tiempo. Es una corte pequeña y hay un grupo aún más pequeño de nosotros menores de doscientos años. Ella solo estaba saludando.

La parte mezquina de mí quiere preguntar si ese saludo tuvo un final feliz, pero me contengo.

—Está bien. No tienes que explicarte conmigo.

—Aparentemente sí, porque no me dejas hacer mi trabajo.

—¿Y cuál es exactamente?

—Protegerte.

—¿Protegerme de qué? —digo de golpe—. Por lo que puedo ver, las únicas veces que casi muero han tenido que ver contigo, así que no necesito que estés encima de mí todo el tiempo. Manda a tus amigos a vigilarme o no lo hagas, pero no actúes como si te debiera algo.

Con eso, lo aparto de un empujón por última vez y camino sola hacia mi habitación.

Definitivamente no estoy calmada, ni curada, ni racional.



CAPÍTULO 14

DAEMON

—No necesitas asistir a la cena con Thorne esta noche.

Alix alza la vista de su desayuno y ladea la cabeza, arrugando la frente.

—¿Por qué?

—Va a salir del palacio por unos días. Parece que va a nevar, así que seguramente aprovechará para viajar durante el día.

—Oh. —Se encoge de hombros—. Está bien, como sea.

Alix y yo estamos sentados en uno de los salones que hay entre un comedor y una sala de estar. La observo mientras desayuna y trato de no fijarme demasiado en su boca cada vez que se limpia con la lengua el jugo de fresa que le queda en su carnoso labio inferior.

Han pasado dos noches desde la discusión en el pasillo y ambos fingimos que nunca ocurrió. Sigo sin tener idea de cómo se calentaron tanto las cosas. Apenas recuerdo lo que se dijo, pero sí recuerdo que Alix se quejó de que está aburrida.

Sé que no debería sentirme culpable. No necesito entretenerla; necesito mantenerla con vida. Aun así, no puedo evitar buscar cosas que hacer con ella y justificar por qué Alix debería tener permitido convivir con la corte, al menos en un entorno controlado.

Así terminé trayéndola al salón para desayunar. Muchos cortesanos comen aquí, y estamos atrayendo miradas desde otras mesas mientras Alix come. Ya empiezo a dudar si fue un error.

—Entonces, ¿a dónde va el rey? —pregunta Alix, tras dar un sorbo a su café.

—Buena pregunta. No lo sé.

—¿En serio? ¿No deberías saberlo siendo el capitán de su guardia?

Me encojo de hombros. Probablemente tiene razón, pero no puedo fingir que realmente me importe a dónde va Thorne ni por qué. No consigo concentrarme en nada últimamente; tengo la cabeza demasiado llena de Alix.

El otro día dijo algo sobre que solo le importan los hombres que no piensan en nadie más que en ella.

No creo que sepa lo que está pidiendo.

No entiendo lo que me pasa ni cómo empezó. Solo puedo suponer que es un problema de cercanía: me obligan a pasar todo mi tiempo vigilando a Alix y, por lo tanto, no puedo enfocarme en otra cosa.

Excepto que eso no explica la furia irracional que me invadió cuando Foulo la agarró, ni por qué estoy celoso de mis propios amigos cuando son ellos quienes la vigilan, aunque fui yo quien pidió su ayuda. No explica el terror absoluto que sentí cuando no pude encontrarla el otro día, ni cómo no dejo de obsesionarme con el recuerdo de enterrarme en su apretado y pequeño…

—¡Buenos días, señorita Isabelle!

Alix deja caer su tenedor contra el plato con un fuerte estrépito, y yo doy un brinco, poniéndome alerta de inmediato.

—¡Maldita sea!

Alix apenas me dedica una mirada antes de voltear hacia la mujer que atraviesa el salón corriendo hacia nuestra mesa. Claudette avanza con rapidez, levantándose el vestido verde menta para que no arrastre. Detrás de ella, veo a sus hermanas esperando cerca de la puerta. Les asiento levemente antes de volver a mirar a Alix.

—Buenos días —dice Alix con rigidez.

Claudette se detiene junto a la mesa y hace algo parecido a una media reverencia antes de enderezarse.

—Me alegra verla esta mañana. Quería disculparme por el otro día.

La expresión de Alix permanece neutra.

—¿Por qué?

—Debí haberla saludado de inmediato y presentarme, por supuesto. —Claudette sonríe y siento que me mira de reojo—. Es solo que me emocioné;

han pasado años desde que nos vimos.

El silencio se prolonga. Sé que esta es mi señal para decir algo, pero no quiero. No me importa ser educado con Claudette y no pienso hacer algo que provoque otra discusión con Alix, especialmente aquí, con tantas miradas encima.

—Está bien —dice Alix, llenando el silencio—. Estabas ocupada.

Otra vez esa palabra. *Ocupada*.

—¿Ya terminaron su desayuno? —pregunta Claudette, girando un poco el cuerpo para dejar claro que se dirige a ambos—. Mis hermanas y yo vamos a sentarnos. Nos encantaría que nos acompañaran.

—No podemos —digo con brusquedad.

—¿Oh? —Claudette hace una mueca—. ¿Por qué no?

—Sí —dice Alix con suspicacia—. ¿Por qué no? No es como si tuviera otra cosa que hacer más que sentarme sola en mi habitación.

—¡Oh, eso es terrible! —exclama Claudette, melodramática—. Debería socializar con la corte. Mire, permítame…

—¡No! —casi grito y toda la conversación en el salón se detiene.

«Carajo».

—¿Todo bien, *barón Ashwater*? —dice Alix, con los ojos muy abiertos en fingida inocencia.

Rechino los dientes. No, no está bien y ni siquiera sé por qué. No tengo idea de qué diablos me pasa, excepto que la mujer sentada frente a mí me está drenando los últimos restos de cordura que no perdí en Dyaspora.

Me giro hacia Claudette.

—La señorita Isabelle tiene cosas que atender esta mañana. Eh… preparativos de boda…

—Oh, de acuerdo —dice Claudette, luciendo herida—. Bueno, si cambian de opinión, estaremos junto a la ventana.

No reacciono cuando se da vuelta y se aleja para reunirse con sus hermanas. Alix espera apenas dos segundos, lo suficiente para que Claudette no la oiga, antes de inclinarse hacia mí sobre la mesa.

—¿Por qué no quieres hablar con ella?

—Porque estoy hablando contigo.

Hace cara de fastidio.

—¿Y qué pasó ayer? Tenías mucho que decir entonces.

—No, no lo hice. Pasé dos minutos siendo educado con alguien a quien no veía desde hace años y tú ya te habías ido. Me pasé casi una hora recorriendo todo el maldito castillo porque decidiste irte hecha una furia sin decirme a dónde ibas.

Las mejillas de Alix se sonrojan ligeramente.

—Oh.

Mi frente se arruga más. Sí, *oh*.

No soy completamente idiota. Es evidente que Alix cree que la ignoré el otro día por culpa de Claudette, pero además de estar equivocada, me cuesta creer que en verdad esté celosa.

En realidad, para nada es eso.

Puedo imaginar muy bien cómo podría sentirse porque yo nunca había estado celoso en toda mi maldita vida hasta esta semana. De pronto quiero arrancarme el cabello cada vez que tengo que verla cenar con Thorne o sonreírle a uno de mis amigos, y eso es muchísimo más absurdo que el hecho de que a ella le fastidie Claudette.

Excepto que no puedo permitirme pensar en eso.

Porque si Alix también está celosa, entonces no estoy solo en esto. Y si empiezo a pensarlo, recordaré cómo me miró en el pasillo la otra noche, o cómo pude oler su excitación en aquella posada… y ese es, maldita sea, un camino muy peligroso.

No puedo tocar a Alix; ni siquiera puedo mirarla.

Aunque quiera.

Aunque *ella* quiera.

—Creo que quiere que la sigas —murmura Alix entre dientes.

Alzo la mirada.

—¿Qué? ¿Quién?

Ella sacude la cabeza hacia la izquierda y sigo el movimiento. A lo lejos, del lado izquierdo del salón, Claudette se detiene en el umbral. Avanza con una lentitud tan ridícula que probablemente tardará unos diez minutos en recorrer cinco metros.

Suelto una risa entre dientes y vuelvo la vista a la mesa. Carajo, todo esto es tan retorcido. Si alguien se está obsesionando con Claudette, no soy yo; es

Alix.

—¿Y bien?

—¿Y bien qué? —insisto.

—Es evidente que quiere que la sigas y le digas que lamentas no poder pasar tiempo con ella esta mañana.

—¿Y?

—Y… ¿vas a hacerlo?

—No. ¿Por qué habría de hacerlo? No has terminado de comer.

Ella resopla y toma otro bocado de huevo.

Encuentro la mirada de Alix. Se ve… nerviosa, y de pronto me siento mal por no haber sido más claro con ella. Sigo olvidando que su matrimonio se vino abajo por una infidelidad. Tal vez esto ni siquiera tiene que ver conmigo. Tal vez no está celosa y solo estoy proyectando lo que yo quiero ver.

«No debería estar pensando en esto».

—¿Ya terminaste? —le pregunto, seco—. Tenemos que irnos.

Alix deja sobre el plato su rebanada de pan tostado a medio comer y hace cara de fastidio.

—Oh, qué alegría. No puedo esperar para volver a mi jaula dorada.

Tomo una decisión impulsiva, sin pensarlo mucho.

—No vamos a regresar a tu habitación. Tengo trabajo que hacer esta mañana y vendrás conmigo.

—¿Qué tipo de trabajo?

—¿Importa? Pensé que estabas aburrida.

Ella alza una ceja, sorprendida.

—No sabía que te importaba.

Niego con la cabeza.

—Hay muchas cosas que no pareces entender, Duraznito. Y no sé si debería agradecerles a los malditos dioses por eso o sacudirte hasta que entiendas.

ALIX

En cuanto termino de comer, Daemon me saca del salón y bajamos un tramo aparentemente interminable de escaleras.

—Entonces, ¿qué trabajo tienes que hacer? —pregunto.

—Ninguno —refunfuña—. Normalmente tendría que volver a los cuarteles y mantener a raya a los soldados, pero mi único trabajo últimamente es vigilarte.

No sé qué responder a eso.

—Vamos a la ciudad —dice Daemon tras unos momentos.

—¿Por qué?

Me mira de reojo, con una expresión entre aburrida y altanera.

—Ya verás, Duraznito.

Tiemblo un poco al oír el apodo que detesto.

«Bueno… medio detesto».

«Está bien, no lo detesto en absoluto».

—No me gustan las sorpresas —le advierto.

—No es una sorpresa, solo estoy inventando todo sobre la marcha —dice con total seriedad.

Pongo cara de confusión. No estoy segura de si es verdad, porque Daemon parece muy seguro de sí mismo mientras me guía por el vestíbulo y hacia afuera, hasta lo alto de la larga escalinata de piedra que no veía desde que llegamos. Aunque, claro, él siempre parece seguro de sí mismo. «Debe ser muy agradable».

Afuera, el viento es amargamente frío, pero al menos no está nevando. Las luces centelleantes de la ciudad son hermosas y, al alzar la vista, me sorprendo al ver miles de estrellas brillando.

Señalo hacia el cielo mientras comenzamos a bajar la larga escalinata.

—Me pregunto si son las mismas estrellas que hay en la Tierra o si son distintas.

Daemon inclina la cabeza hacia atrás y se aparta el cabello de los ojos para ver mejor lo que señalo. Tras un segundo, suelta un suspiro áspero.

—Nunca lo había pensado.

—Quizá son las mismas, pero en otra línea temporal.

—¿Qué?

—Ya sabes, como en la teoría de cuerdas. ¿Y si todos los mundos están uno junto al otro? O a lo mejor este está dentro del otro. Ooh, si camino a través de un librero, ¿crees que veré a Matthew McConaughey?

Daemon ya está riéndose a carcajadas.

—No entiendo ni la mitad de lo que dices, Duraznito.

Sonrío.

—Lo mismo digo.

«Y, de forma extraña, no siento que sea difícil comunicarnos. Si acaso, es demasiado fácil».

—Pensé que iba a nevar —digo de pronto, mirando el cielo otra vez.

Daemon se encoge de hombros y también alza la vista, siguiendo mi mirada.

—Supongo que no. Thorne no podrá viajar de día. Eso probablemente significa que estará fuera una noche más… Qué lástima.

Veo de reojo a Daemon y lo encuentro sonriendo ampliamente.

—¿Por qué lo odias tanto?

Pone cara de ofendido.

—¿Lo has conocido?

—Sí… y justo por eso. No es exactamente mi persona favorita en el mundo, pero tampoco parece un monstruo.

Su sonrisa se desvanece.

—No lo entiendes.

—¡Obviamente! —casi me río—. Entonces explícamelo.

—No. Ahora no. Ya casi llegamos al final, mira.

Señala hacia adelante, donde en efecto solo quedan una docena de escalones. Más allá de las escaleras, el pueblo está tan concurrido como la noche en que llegamos, con peatones, comerciantes e incluso algunos soldados abarrotando las calles.

Daemon me toma del codo con firmeza y me jala hacia él cuando nos mezclamos con la multitud bulliciosa.

—Quédate cerca de mí. No quiero que te pierdas.

Hago cara de fastidio.

—Sí, papi.

Sus ojos brillan con algo parecido al interés y aprieta mi brazo con más fuerza.

—Di eso otra vez.

Me sonrojo y tropiezo con mis propias palabras.

—S-solo quise decir que no soy una niñita. No necesito tomarte de la mano en la multitud y puedo caminar perfectamente bien sola.

—Cierto. Muy bien. —Suelta mi brazo, pero se inclina para susurrarme al oído—. Pero ten cuidado con cómo me llamas, Duraznito. La próxima vez que digas algo así, lo tomaré como una invitación para darte una nalgada.

«Um, ¿sí, por favor? Adelante, por mí encantada. No tendría ninguna objeción a lo que Daemon quisiera hacerle a mis nalgas».

Pero, por supuesto, no digo eso. Porque estamos en plena calle y, al parecer, el lado lógico de mi cerebro me odia.

Daemon retrocede como si nada hubiera pasado y avanza con paso decidido en dirección a las tiendas. Ya no intenta tocarme y, mientras me apresuro para seguirle el paso, una parte de mí desearía no haber dicho nada. Lo cual es absurdo porque, como acabo de decir, soy una adulta hecha y derecha. No tendría por qué sentir mariposas en el estómago por tomarnos de la mano. «Por el amor de Dios».

A diferencia de la primera vez que caminamos por la ciudad, no estoy temblando de ansiedad y ahora sí tengo tiempo para detenerme y mirar alrededor. En serio parece la aldea de duendes de Santa Claus, con decenas de edificios de ladrillo gris, techos de paja y chimeneas humeantes y alegres. Frente a cada casa hay un farol de aceite parpadeante y aún más faroles iluminan las aceras para repeler la opresiva oscuridad invernal.

Mientras avanzamos, varias personas saludan a Daemon a gritos. En especial, los otros soldados parecen ansiosos por saludarlo.

—Es como caminar por la alfombra roja con una celebridad —murmuro entre dientes.

Daemon me mira.

—¿Qué?

—Todos te conocen. Pensé que habías estado ausente durante décadas.

Como si fuera una señal, levanta la mano para saludar a unos comerciantes sonrientes antes de volver a enfocarse en mí.

—Sí he estado fuera, pero no es como si la población hubiera cambiado mucho desde entonces.

Quiero preguntar sobre eso. ¿El pueblo entero sigue exactamente igual que hace noventa años? Y aunque así fuera, ¿por qué demonios es tan popular? Pero no tengo oportunidad, porque en ese momento Daemon se

detiene frente a una casa de piedra en la esquina, con una puerta principal verde brillante, y se hace a un lado para que yo entre primero. Abro la boca para preguntar dónde estamos, pero la cierro de nuevo cuando mis ojos se abren de par en par y la respuesta se revela sola.

—Dios mío. ¿Es una tienda de manualidades mágicas?

—Tienes que dejar de asumir que todo es mágico —dice, sin verdadera dureza en el tono—. Es una tienda de manualidades normal.

Extiendo la mano y tomo un ovillo de estambre de la mesa de exhibición a mi derecha. El estambre cambia de color sin parar y, mientras lo sostengo, las fibras pasan de azul a morado y luego a rosa ante mis ojos.

—¿Cómo llamas a esto, si no magia?

Daemon aprieta los labios y solo sacude la cabeza. Sonrío. Supongo que gané esta ronda.

—¡Buenas noches! —llama una anciana desde el fondo del local—. Avísenme si necesitan ayuda con algo.

—Gracias —responde Daemon, levantando la mano para saludar a la dueña.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunto emocionada, todavía mirando todo a mi alrededor.

Me siento como una niña entrando a la fábrica de chocolate de Wonka.

—Dijiste que estabas aburrida —dice Daemon, con tono plano, casi avergonzado—. ¿Hay algo que quieras hacer aquí? ¿Pintas o algo así?

—Eh, no pinto, pero definitivamente me interesa el gancho mágico arcoíris. Aunque no tengo dinero.

Pone cara de fastidio.

—Solo elige lo que quieras.

Le dedico una sonrisa radiante. Si cree que voy a discutir por cortesía, está loco. Estoy a punto de tener un momento muy Veruca Salt: «Papi, cómprame toda la tienda de manualidades mágicas».

Quince minutos después, salimos de la tienda con varias bolsas de estambre que cambia de color y distintas agujas de gancho y de tejer.

—Voy a hacer una bufanda primero, solo para recordar cómo se hace. Hace años que no tejo.

Daemon mira la bolsa de papel en su mano.

—Podrías hacer veinte bufandas con todo esto.

—Tal vez lo haga. Haré una para todos. No es como si tuviera mucho más que hacer.

Aprieta los labios, como si luchara contra una sonrisa.

—Si hubiera sabido que eras tan fácil de complacer, lo habría hecho desde hace días. Le habría ahorrado un dolor de cabeza a todo el mundo.

Lo miro con enojo, pero no logro reunir la energía para estar realmente enojada. No cuando estoy de tan buen humor por primera vez en mucho tiempo.

—Lo digo en serio: estoy muy emocionada, gracias.

—De nada.

—Lo único que me haría más feliz es que hubiera una tienda de música cerca. Si pudieras conseguirme un violín nuevo, no solo dejaría que me dieras una nalgada, me casaría contigo en un instante.

Él se pone rígido y yo titubeo, consciente de lo que acaba de salir de mi boca.

«Dios. ¿Qué me pasa? Yo no digo esas cosas y mucho menos en voz alta»

«Mátenme».

«En serio, por favor, que caiga un meteorito del cielo y me aplaste aquí mismo, porque no puedo manejar el nivel de vergüenza que siento ahora».

Daemon se detiene a mitad de la calle y se voltea hacia mí, ignorando por completo que hay docenas de personas alrededor. Me mira de arriba abajo con esa mirada demasiado intensa que parece ver más de lo que tiene enfrente, desnudándome y quemándome por dentro. Su puño se tensa alrededor del asa de la bolsa de compras. No tengo idea de lo que está pensando, pero nunca he querido saber algo con tanta desesperación en mi vida.

—No hay ninguna tienda de música —dice Daemon, con tono llano.

Me muerdo el labio.

—Qué mal.

Mi mente se acelera, buscando algo —lo que sea— que recupere la ligereza de hace unos segundos. Por un instante, Daemon había sido normal. Agradable. Como cuando lo conocí en Ted's. Y yo, por mi parte, estaba casi… feliz. No solo porque me dieron regalos —aunque eso no hacía daño—, sino porque, por un momento fugaz, olvidé todas las cosas aterradoras y francamente horribles que me pasaron esta semana. Olvidé

fingir ser Nana o Rose. Solo me estaba divirtiendo. Pero luego tuve que arruinarlo.

Estoy considerando seriamente lanzarme al lago más cercano cuando, de algún modo, el ambiente empeora.

—Ashwater —llama una voz burlona desde algún lugar detrás de mí—. ¿Qué haces con la señorita Isabelle?

Daemon se tensa otra vez; su mano vuela a la empuñadura de la espada en su cinturón. Me doy vuelta, muy nerviosa.

Foulo se abre paso entre la gente hasta llegar a nosotros, reconocible al instante por su casaca militar roja y sus músculos abultados.

Miro nerviosa de uno a otro. No sé si es la primera vez que se ven desde lo que pasó en la sala del trono, pero no quiero que empiece una pelea en plena calle. Una vez fue un poco excitante; otra ya no, gracias.

Para mi alivio, la postura de Daemon se relaja y, al fin, reacciona con voz tranquila.

—Foulo. Pensé que habías ido con el rey.

Su expresión se agria.

—Y yo supuse que tú viajarías con él. Al fin y al cabo, eres el capitán ahora.

Daemon me señala con la cabeza.

—Tengo otras prioridades.

Foulo vuelve la mirada hacia mí y su mueca de desdén permanece firme.

—¿De compras, mi señora?

Asiento.

—¿Es un crimen o qué?

Niega con la cabeza.

—Solo recuerdo que usted valoraba la frugalidad.

Me encojo de hombros.

—La gente puede cambiar en sesenta años.

Aprieta los labios.

—Clarísimo.

Un escalofrío me recorre la espalda. No me gusta cómo me mira. La amabilidad ansiosa del otro día ha desaparecido; ahora solo parece desconfiado. Tal vez que le dieran una paliza frente a toda la corte lo volvió contra mí, además de contra Daemon. Qué pena.

—Bueno, si eso es todo —dice Daemon con tono cortante.

Extiende la mano y me agarra del codo.

Los ojos de Foulo bajan de inmediato a los dedos de Daemon en mi brazo y su frente se arruga más. Tengo la sensación de que Daemon lo hace a propósito para fastidiarlo, y yo apoyo totalmente esa clase de mezquindad no violenta. Sonrío con dulzura y dejo que Daemon me haga dar media vuelta para emprender el camino de regreso hacia las escaleras del castillo.

—En realidad, no era todo lo que tenía que decir —dice Foulo, detrás de nosotros.

Daemon mira por encima del hombro.

—¿Qué?

—Me acaban de informar que hay una manada de lobos merodeando demasiado cerca de los límites de la ciudad. Alguien tiene que salir a encargarse de ellos antes de que se vuelvan lo bastante audaces como para empezar a atacar a la gente.

Hago una mueca, recordando al enorme lobo del bosque del Palacio de Verano. ¿Una manada entera de esas cosas en una ciudad abarrotada? Sí, eso suena a que pronto se convertirá en «Abuelita, qué dientes tan grandes tienes».

—Entonces —dice Daemon—, ¿tú vas a encargarte?

—¿No deberías ir tú, comandante? —responde Foulo, con tono ácido.

Sin querer, los dedos de Daemon se cierran con más fuerza en mi brazo.

—Estoy ocupado y, de todos modos, cualquier recluta de primer año podría encargarse de unos cuantos lobos.

Foulo se mete las manos en las bolsas y se balancea sobre los talones.

—Como quieras. Obviamente puedes ordenar a cualquiera que vaya, pero si fuera yo, lo haría personalmente. Has estado fuera mucho tiempo, y esos reclutas que acabas de mencionar no confían en ti todavía. Y será peor si creen que no estás dispuesto a ponerte en peligro. Solo un consejo amistoso.

Daemon arruga la frente, pero cuando le encuentro la mirada, sé que lo está considerando.

—Tengo que llevar a Al… Isabelle de vuelta al palacio primero.

—Puedo llevarla yo —propone Foulo.

—¡No! —decimos Daemon y yo al unísono.

Lo miro y me sonrojo un poco.

—Perdón, quise decir que puedo regresar sola. Es un trayecto de diez minutos.

Daemon aprieta la mandíbula.

—No. Te llevo yo y luego iré a encargarme de eso.

—Excelente —dice Foulo, encantado—. Es bueno tenerte de vuelta, comandante.

—Supongo que Foulo tiene razón —digo—. Es decir, sobre los soldados.

Daemon sostiene la puerta del castillo para que yo pase, con la mandíbula tensa y los ojos entrecerrados de frustración.

—Sí —refunfuña mientras me agacho un poco para pasar bajo su brazo y cruzo el umbral hacia el vestíbulo—. Foulo es un maldito cretino, pero no es mal soldado… por lo general. Y tiene razón en esto. Un comandante no debería mandar a nadie a hacer un trabajo que no esté dispuesto a hacer él mismo.

Me muerdo el labio, pensativa.

—No quiero sonar paranoica, pero creo que tiene un motivo oculto.

—Yo también, Duraznito.

Mis ojos se dirigen a los suyos, intrigada.

—¿Cuál crees que sea?

—Ni idea. Podría ser tan simple como que esperaba que dijera que no, para luego poner a los cuarteles en mi contra.

—Pero todos parecen adorarte. —Me muerdo el labio de nuevo—. ¿De verdad crees que a los soldados les importaría algo tan pequeño?

Se encoge de hombros.

—Honestamente, no estoy seguro de que importe. Solo quedan dos semanas de tener un ejército y, incluso si no hubiera maldición, dudo que Thorne me deje quedarme en el palacio el tiempo suficiente como para retomar de verdad mi puesto. Pero sigue siendo lo correcto. Puedo matar a esos lobos en minutos, mientras que los soldados más nuevos podrían salir heridos.

—Muy seguro de ti mismo, ¿no? —pregunto, intentando aligerar el ambiente.

—Sí —responde, sin captar en absoluto mi intento de humor.

—Tu humildad es inspiradora.

—No es arrogancia, es un hecho. La maldición ha drenado mucha magia del reino y el ejército es mucho más débil que antes. Yo ya tenía más magia que los demás desde el inicio, así que continúo siendo el doble de fuerte que cualquiera… excepto quizá Thorne.

Subimos los últimos escalones, atravesamos las puertas principales y cruzamos el vestíbulo. Está vacío y no encontramos a nadie en el camino habitual hacia mi habitación.

—No estaré fuera mucho tiempo —dice Daemon cuando llegamos a mi puerta—. Faltan solo unas horas para el amanecer y tendré que volver antes de eso. Aun así, enviaré a Kastian para que se quede afuera hasta que regrese, pero deberías cerrar la puerta con llave de todos modos.

Tomo las bolsas de estambre y abro la puerta de mi habitación, me quedo un instante en el umbral. Es absurdo, pero casi siento que me deja en casa después de una cita…

Me doy vuelta y levanto la barbilla para encontrar su mirada.

—Bueno, gracias por el primer día no terrible desde que estoy aquí. Aunque haya terminado antes de tiempo.

Me mira con esa expresión intensa que ya he visto un par de veces. Siento que la piel se me calienta bajo el peso de su mirada y un escalofrío me recorre el cuello y los brazos. Mi lengua se asoma para lamer mis labios y sus ojos siguen el movimiento con atención, fijos en mi boca.

Se inclina un poco y su aroma me envuelve.

Mis labios se entreabren.

Cierro los ojos…

Daemon da un paso atrás de golpe y se pasa una mano por el cabello. El hechizo se rompe.

—Cierra la puerta con llave —repite; luego se da media vuelta para alejarse sin decir otra palabra.

Con un suspiro, entro a mi habitación. «Dios mío…».

Sushi está dormido al pie de la cama y, al oír que cierro la puerta, levanta su esponjosa cabeza gris y me lanza una mirada imperiosa con ojos amarillos.

—Bueno, Sushi, creo que estoy jodida —murmuro mientras dejo la bolsa de estambre de colores en el piso, junto a la puerta.

Hace apenas unos días no tenía idea de lo que Daemon pensaba y casi no le creía cuando decía que me protegería. Ahora no tengo la menor duda de que habla en serio.

Mientras él esté cerca, no tengo por qué temer a la maldición, ni a los fae, ni siquiera a tipos repugnantes como Foulo. Daemon no va a dejar que nadie me lastime… físicamente, al menos.

Pero en lo emocional es otra historia.

Estoy casi segura de que ya estoy condenada a salir herida; destruida, incluso. Mis sentimientos van directo al desastre, como nuestro vagón de tren, y esta vez no hay manera de saltar antes del impacto.



CAPÍTULO 15

ALIX

Me despierto de golpe y me incorporo en la cama. Durante un largo instante no tengo ninguna idea de dónde estoy ni de qué está pasando.

De inmediato asumo que tuve una pesadilla, salvo que esta vez no estoy temblando. No hay ansiedad recorriéndome el cuerpo y, de hecho, no logro recordar mis sueños en absoluto.

Sacudo la cabeza, confundida, y miro alrededor para ubicarme y tomar conciencia de la realidad.

Ya lo recuerdo: Daemon llevándome de regreso a mi habitación y luego marchándose. Yo preparándome para dormir temprano y quedándome dormida sobre mi proyecto de tejido recién empezado. Eso no pudo haber pasado hace tanto. Ahora estoy sola en el dormitorio púrpura y sombrío del Palacio de Invierno, salvo que… parpadeo un par de veces para asegurarme de estar viendo bien.

Una luz intensa entra a raudales por los vitrales, iluminando la escena y creando patrones casi mágicos sobre el piso. Suelto un jadeo. Es la primera vez que veo las ventanas con luz, pero eso significa que, en efecto, es de día. Más preocupante aún: escucho voces elevadas y el repique lejano de una campana.

«¿Qué demonios?».

Bajo las piernas por el borde de la cama y me froto los ojos. Las voces distantes parecen más fuertes ahora que les presto atención. Hay carcajadas,

gritos y murmullos. Suena como si hubiera algún tipo de fiesta afuera… pero es de día. ¿Cómo es posible?

Me levanto de la cama y cruzo la habitación hasta las puertas dobles que dan al balcón. Apenas he usado este balcón desde que llegué: no tiene gracia sentarse afuera cuando está oscuro como boca de lobo y hace tanto frío que podría nevar. Ahora, en cambio, abro las puertas de par en par y salgo.

Estoy de pie en un pequeño balcón curvo de piedra, de poco más de metro y medio de ancho. Rosas trepan por las barandillas y los muros de piedra del castillo, y el sol cae desde un cielo casi despejado. Dejo escapar un suspiro involuntario en cuanto el sol me da en la cara e ilumina la parte superior de mi cabeza.

«Ah, vitamina D, cuánto te extrañé».

Me gustaría detenerme un momento y absorberlo todo, pero no puedo. El hecho de que haya gente despierta con el sol en lo alto es, sin duda, motivo de preocupación. Tal vez de pánico. A lo lejos oigo el repique estridente de una campana de iglesia, sonando sin cesar. Apoyo las manos en la barandilla y me inclino para ver qué sucede abajo.

Hay decenas de personas en el césped, gritando y riendo. No parecen malditas.

Alguien se revuelca en la nieve, mientras otro hombre persigue a una mujer pelirroja como si estuvieran jugando a las atrapadas. Veo otro grupo por el rabillo del ojo: tres hombres de pie, con las voces alzadas en una discusión. Mientras observo, uno de ellos le suelta un puñetazo a otro en la cara. «Rayos».

El hombre que recibe el golpe se tambalea y luego se vuelve contra su agresor… Espera, ¿eso es un cuchillo? Una fracción de segundo después, las risas de la mujer pelirroja se transforman en gritos cuando el hombre que la perseguía la derriba contra el suelo.

Retrocedo, tambaleándome unos pasos hacia la puerta de mi habitación.

«Bien, ¿qué diablos está pasando?».

Es evidente que hay violencia a plena luz del día en el césped, pero nadie parece haberse convertido en animal, monstruo ni nada parecido.

Antes de que pueda pensarlo demasiado, alguien golpea mi puerta con fuerza.

—¡Alix! —Doy un salto al oír la voz grave de Daemon gritando mi nombre—. ¡Alix! ¡Déjame entrar!

Eh… ¿qué demonios? ¿Cuándo volvió de ocuparse de los lobos? Y, más importante aún, ¿por qué está gritando mi nombre real donde cualquiera puede escucharlo?

Corro hacia la puerta y quito el cerrojo; abriéndola sin pensar.

—¿Qué está pasando? —digo de golpe—. ¡Es de día!

Las palabras se me secan en la boca cuando veo a Daemon de pie en el umbral.

De inmediato sé que cometí un maldito error.

Una sensación de pavor antinatural se me instala en el estómago cuando nuestras miradas se encuentran. Es como la primera vez que vi a Odessa y su cara demasiado simétrica me llenó de un conocimiento primitivo: ella era peligrosa. Nunca había sentido eso al mirar a Daemon… hasta ahora.

—¡Carajo! —maldigo.

Intento cerrar la puerta otra vez, justo cuando la advertencia que Daemon me dio la primera noche vuelve de golpe: «No le abras la puerta a nadie, ni siquiera a mí». ¿Cómo pude ser tan estúpida como para olvidarlo?

Intento empujar la puerta para cerrarla, pero él extiende una mano y la mantiene abierta sin esfuerzo. Me rindo y, en cambio, retrocedo a toda prisa.

«Los fae pueden matarte sin pestañear».

«La maldición nos hace actuar como animales, incluso si conservamos nuestras propias caras».

Daemon deja que la puerta se cierre detrás de él y me observa durante un largo segundo. Hay algo definitivamente extraño en sus ojos. Me siguen.

—Eh, hola —murmuro—. Creo que algo está pasando. Tal vez deberíamos ir por Odessa, o por alguno de los chicos…

Me ignora y avanza un poco más en la habitación, sin apartar los ojos de mí.

Como, al parecer, mi cerebro está dañado, no me derrumbo de inmediato presa del terror. En cambio, mi mente estúpida y traicionera se va directo a lo inhumanamente guapo que es, incluso cuando me mira con ese destello depredador en la mirada. Se ve hambriento, pero no como lo he visto mirarme antes. Esto no es deseo; me mira como si fuera comida.

Retrocedo un poco más, bajando la mirada para evitar sus ojos.

—No sé qué está pasando —balbuceo, mirando el suelo—, pero cuando vuelvas a la normalidad vas a estar realmente furioso de haberme matado. Me necesitas, ¿recuerdas?

Deja de moverse, sus pasos se detienen abruptamente.

—¿Crees que estoy planeando matarte?

Su voz suena normal, lo cual parece una buena señal, pero aun así algo está muy extraño aquí.

—La verdad no estoy segura de lo que estás pensando ahora mismo.

Daemon se mueve tan rápido que apenas parpadeo antes de que cierre la distancia entre nosotros y quede justo frente a mí.

—Nunca te haría daño.

—Está bien, perfecto. Entonces hablemos de esto esta noche, cuando te sientas normal de nuevo.

No reacciona ni se mueve un solo centímetro. En cambio, levanta la mano y aparta mi cabello de la cara, luego desliza los dedos por mi mejilla. Una descarga eléctrica me recorre, enviando pequeñas chispas por todo el cuerpo.

—Mírame —ordena.

«Dios mío». Hay algo muy mal conmigo, porque mi cerebro está en guerra consigo mismo. Una parte está aterrada y otra, cada vez más grande, está excitada, mientras la tensión en el aire casi crepita de calor.

Sus dedos, antes suaves, se vuelven exigentes y me toma del mentón con una mano, obligándome a alzar la cara. Sus ojos recorren cada centímetro de mi cara.

—Eres demasiado hermosa, Alix.

Aspiro con fuerza y mi pulso empieza a latir aún más rápido bajo sus dedos.

—¿Qué?

—Eres tan condenadamente perfecta que me hace enfurecer.

—¿Enfurecer?

No responde de inmediato. Deja la pregunta suspendida en el aire mientras aprieta los dedos en mi cara y me hace retroceder hasta el borde de la cama. Creo que va a empujarme sobre el colchón, pero en lugar de eso pasa un brazo alrededor de mi cintura y me pega contra él.

Cada vez que nos tocamos es como si hubiera olvidado lo increíblemente bien que se sintió la última vez: la dureza de sus músculos bajo mis dedos, y cómo mi pulso late entre mis piernas, lista y suplicante por más.

—No puedo dejar de pensar en ti —gime—. Estás en mi cabeza cada maldito segundo, recordándome exactamente por qué no debería mirarte. Es exasperante. *Tú eres* exasperante.

«Cielo santo».

Tiene que estar borracho. ¿O serán drogas? Tal vez toda la corte esté drogada y eso explique por qué todo está tan extraño.

—Daemon… —empiezo, mientras la mano que tengo en el mentón desciende por mi garganta.

Sus dedos dejan de recorrer mi piel y se acomodan con soltura alrededor de mi cuello. Apenas me toca, pero soy demasiado consciente de que, si quisiera, podría cerrar la mano y arrancarme el aliento. Eso debería asustarme, pero cuando siento cómo se pone duro contra mí, apenas logro reprimir el gemido que amenaza con escaparse de mis labios.

Inclina la cabeza hasta que su boca queda apoyada en mi cabello enredado y su aliento caliente me hace cosquillas en la oreja.

—¿Sabías que los sentidos de los fae son mucho más agudos que los humanos? Siempre puedo oler cuánto quieres acostarte conmigo. Puedo saborearlo y me está volviendo completamente loco.

Aspiro con fuerza. ¿Puede oler lo excitada que estoy por él? Bueno, de acuerdo, eso es muy vergonzoso. Por favor, que me caiga muerta ahora mismo.

Mi ataque de pánico interno se apaga de golpe cuando sus manos bajan de repente y me toman entre las piernas a través de la tela del camisón. Raspa la tela gruesa con los dedos y una sacudida de placer me atraviesa. Gimo.

Sus labios se estrellan contra los míos, devorando el sonido.

Me derrito contra él. Me besa con hambre, con sus labios calientes y exigentes, como si hubiera perdido toda inhibición o control. Abro los labios, igualando su intensidad, y el calor me inunda, concentrándose en el centro de mi cuerpo.

Retira la mano de entre mis piernas y la reemplaza con su muslo, presionando con firmeza entre ellas. Jadeo contra su boca y muevo las caderas, frotándome contra él. Mi clítoris palpita de necesidad y lo único que quiero es que me toque. Que me tome. Que rompa la tensión dolorosa que se ha ido acumulando entre nosotros desde que me prometió una segunda ronda en Ironhill.

Sus dedos se clavan en mis caderas, presionándome con fuerza contra su muslo. Mi sexo late y muevo las caderas, desesperada. Necesitada. Sin freno.

Retira la cabeza, rompiendo el beso, y en su lugar apoya la cara en mi cuello. Inhala con fuerza y frota su cara de un lado a otro contra mi piel.

—Alix…

La puerta se abre de golpe y doy un salto sobresaltada justo cuando Daemon me suelta sobre la cama. Parpadeo, confundida, al ver a Kastian en el umbral. Detrás de él distingo las siluetas de Fox y Jett en el pasillo, y entonces recuerdo de pronto que apenas unos instantes antes estaba aterrada por lo que fuera que estuviera saliendo mal en el castillo.

Kastian me lanza una mirada fugaz antes de centrarse en Daemon. Se pasa una mano por la nuca y suspira, con aspecto resignado.

—Supongo que podría haber sido peor.

Hago una mueca. Ojalá no hubiera dicho eso.

DAEMON

Cuando despierto, sé exactamente dónde estoy.

La maldición no borra la memoria, pero a veces, como ahora, desearía con todas mis fuerzas que lo hiciera.

Gruño y me incorporo sobre el colchón delgado de los barracones; dejo caer las piernas al borde de la cama. Me palpita el cráneo y me froto la parte posterior de la cabeza, donde sospecho que Kastian debió golpearme.

—¡Kas! —grito hacia la habitación tipo dormitorio, vacía.

Tal como esperaba, Kastian asoma la cabeza; claramente había estado esperando justo afuera de la puerta. No sonríe; solo me observa con cautela.

—Ya despertaste.

—Sí —murmuro, sacudiendo la cabeza—. Por desgracia. ¿Qué diablos pasó?

Entra a la habitación y se recarga en el marco de la puerta, cruzándose de brazos.

—Te golpeé.

—Eso ya lo supuse… —Sacudo la cabeza—. No me refería a eso. ¿Qué pasó antes? ¿Qué salió mal?

Él también sacude la cabeza, pero con gesto desconcertado.

—Alguien empezó a tocar todas las campanas de las iglesias y despertó a toda la corte.

—¿Qué? —rezongo, poniéndome de pie de un salto—. ¿Quién sería tan estúpido?

—No sé —responde—. Hubo al menos una docena de bajas y apenas empezaron a buscar gente.

Por los dioses.

—¿Alguien que conozcamos?

Vuelve a negar con la cabeza.

—No, pero fácilmente pudo haberlo sido.

—Rayos, tengo que ir a hablar con Alix. Explicarle… o algo… —mi voz se desvanece—. Pude haberla matado.

Kas se encoge de hombros.

—No lo creo.

Suelto una risa hueca.

—¿Cómo que no? Es humana; claro que pude haberla lastimado.

—No sé, amigo. No parecías muy interesado en matarla. Y antes de que intentes decirme que eso es peor, ella parecía bastante dispuesta.

Le lanzo una mirada furiosa, pero sin mucha convicción. Kas hizo todo lo que pudo en esa situación y tiene razón: recuerdo demasiado bien los sonidos que hizo, lo excitada y preparada que estaba, y solo pensar en eso hace que el calor me queme el pecho.

Pero eso no cambia el hecho de que pude haberla lastimado.

Y no cambia el hecho de que tengo clarísimo lo que realmente pasó aquí.

Alguien hizo esto a propósito, no hay duda. Todos en Ellender saben que despertar a la corte vernallense durante el día es mortal. Lo más sospechoso es que casi no estaba aquí cuando ocurrió. Si me hubiera retrasado en el bosque lidiando con los lobos o, peor aún, si hubiera resultado herido,

¿entonces qué? Alix habría estado sola. «Aunque tampoco es que estuviera mucho más segura conmigo aquí…».

No parece que hayan pasado solo unas horas desde que llevé a Alix de regreso a su habitación con sus bolsas de estambre y salí a encargarme de los lobos, pero así fue. Me llevé a Jett y a Fox, dejando a Kas aquí por si algo le pasaba a Alix.

Salvo que, cuando llegamos al bosque, no había lobos.

Otro soldado quizá habría perdido tiempo buscándolos, pero no yo. Volví al palacio justo antes del amanecer, no encontré nada fuera de lugar y lo atribuí a la coincidencia y a la paranoia.

Ahora ya no estoy tan seguro.

—Voy a encontrar a Foulo —digo, más para mí que para Kastian.

—¿Foulo?

—Él me mandó fuera del castillo. Esto tiene que ver con él. El baboso, maldito, pri…

—Lo dudo —me interrumpe Kas—. Foulo está maldito igual que tú. No pudo haber tenido la lucidez para tocar las campanas; tuvo que ser alguien de afuera.

Parpadeo al mirarlo. Tiene razón. «Rayos».

Doy media vuelta y me lanzo hacia la puerta.

Kastian suspira, exasperado.

—Espera, ¿a dónde vas ahora?

—Voy a encontrar a Thorne y obligarlo a hacer algo al respecto.

—No está aquí, ¿recuerdas? Se fue a algún lugar con un puñado de guardias.

—Entonces voy a volar hasta donde esté y arrastrarlo de regreso jalándolo del cabello. Es el maldito rey, debería estar aquí.

Es prueba de lo furioso que estoy —y de lo bien que Kas me conoce— que no se moleste en preguntar cómo voy a volar hasta donde esté Thorne cuando mi vida no corre peligro inmediato. La adrenalina la tengo tan condenadamente alta que me cuesta mantener las alas ocultas. Volar a través del continente no sería ningún problema.

Llego a la puerta y avanzo por el pasillo, pero Kastian corre tras de mí.

—¡Daemon! Espera, antes de que te pongas a arrasar con todo el maldito castillo, deberías ir a ver a Alix.

—¿Por qué?

—Sé que probablemente no quieres oír esto, pero si tu instinto no fue matar a Alix sino reclamarla…

—Tienes razón —murmuro—. No quiero oír eso porque es una estupidez. No significa nada. Estaba completamente fuera de mí.

Los ojos de Kastian se entrecierran.

—Tal vez, pero por lo que he visto a lo largo de los años, la maldición no te hace hacer nada que no harías de todos modos. No te convierte en otra persona; intensifica lo que ya eres.

—Díselo a toda la gente que he matado.

—Sí… pero ese es mi punto. Si tu instinto hubiera sido matar a Alix, lo habrías hecho. Has matado guardias e idiotas que buscaban armar problemas. Gente que todos queríamos matar en secreto de todos modos. Nunca has intentado lastimarme a mí, ni a Fox ni a Jett.

—Todavía no he intentado lastimarte —murmuro, con oscuridad—. Una sola vez bastaría.

Y, precisamente por eso, una pequeña parte de mí está agradecida de que todo esto termine en cuestión de semanas. Cuando la maldición tome el control por completo, estoy seguro de que los otros tres reinos de Ellender se unirán para borrar a Vernallis del mapa.

Al menos así no tendré que preocuparme nunca más por lastimar a alguien que me importa.

Avanzo a paso firme por el castillo, en dirección a la torre de Thorne. A mi alrededor reina el caos.

Hay muebles y ventanas destrozados, el suelo está manchado de sangre y varias personas lloran en los pasillos. Por los dioses, esto me devuelve recuerdos oscuros.

En los primeros días después de que lanzaron la maldición, siempre era así: cada día traía una nueva oportunidad de destrucción; durante cada hora de luz, cualquiera podía ser el siguiente en ser atacado… o en convertirse en el atacante.

Subo furioso la gran escalinata, esquivando lo que parecen ser restos calcinados de libros y quizá la chamarra de alguien.

—¡Ashwater!

Volteo al oír mi nombre. Thorne avanza hacia mí sin prestar la menor atención a la destrucción que lo rodea.

No me molesto en saludarlo.

—Justo iba a buscarte. ¿Cuándo regresaste?

Hace una mueca.

—Hace una hora. ¿Qué carajos pasó?

—¿No deberías estar respondiendo tú esa pregunta? —le reprocho—. Eres el rey, después de todo. Tienes que averiguar quién inició esto. Tendría que haber sido alguien de otro reino para poder tocar las campanas cuando ya había luz afuera. O quizá alguien con suficiente magia para hacer que sonaran por sí solas…

Su labio se curva.

—Interesante teoría.

—¿Por qué no pareces enojado? —exijo—. Este es tu maldito reino. Un ataque contra Vernallis es un ataque contra ti y…

Me interrumpe.

—¿Isabelle está viva?

—¿Viva? —suelto, parpadeando con desconcierto. Sacudo la cabeza para despejarme—. Sí, está bien.

—¿Estás seguro? Estabas fuera de su habitación cuando esto empezó, ¿no?

—Yo… sí. Estaba dormido en el pasillo cuando las campanas debieron despertarme junto con el resto de la corte.

—¿Nadie entró a su habitación? —pregunta Thorne—. ¿No salió a ver qué estaba pasando?

Niego con la cabeza.

—Está bien.

Suspira.

—Bien. Me siento terrible de que haya tenido otra experiencia cercana a la muerte tan poco tiempo después de regresar a Vernallis.

—Sí, se te oye realmente devastado.

Me mira con los ojos entrecerrados.

—Asegúrate de permanecer con ella en todo momento. Si a Isabelle le pasa algo antes de la luna rosa, sabré exactamente a quién culpar.

Abro la boca para contarle sobre los supuestos lobos y cómo casi no estuve aquí durante el ataque, pero me detengo. No sé qué está pasando, pero ser honesto con Thorne nunca me ha salido bien.

—No voy a permitir que le pase nada —rezongo.

Thorne me mira por encima de la nariz, con una comisura del labio levantada en un gesto de desdén.

—Entonces será mejor que vayas a buscarla antes de que algo más salga mal. Los humanos son tan frágiles que basta un parpadeo para acabar con ellos.

A pesar de saber que está bien, sigo sintiendo alivio cuando encuentro a Alix a salvo en su habitación.

Fox está sentado afuera y apenas levanta la vista cuando me acerco.

—¿Está ahí dentro?

Asiente y se pone de pie, alejándose por el pasillo sin decir ninguna palabra. Nunca he estado tan agradecido de que no hable.

Respiro hondo y toco la puerta.

—¿Sí? —responde Alix.

Tomo eso como su versión de «adelante» y abro.

Alix está recostada en la cama, mirando al techo. Hoy lleva un vestido morado de cuello alto, con el cabello recogido y despejado de la cara.

Intento decir «hola», pero en lugar de eso sale:

—¿Qué estás haciendo?

—Lo mismo que hago todas las noches —refunfuña, sin mirarme—. Aquí no hay nada que hacer.

—¿Dónde está tu estambre? —exijo, completamente distraído del motivo por el que entré en primer lugar.

En respuesta, Alix levanta una mano y señala la esquina de la habitación.

Su enorme gato gris asoma medio cuerpo de una bolsa de compras y puedo ver hebras de estambre enredadas pegadas en su pelaje. Niego con la cabeza y vuelvo a mirarla.

—Escucha…

Ella se incorpora y me mira directamente. Sus ojos azul pálido son tan firmes que siento el impulso de apartarme de su mirada.

—Así que la maldición los hace actuar como animales, ¿eh? ¿No podrías haber sido un poco más claro sobre cómo funciona eso?

Cierro los ojos un momento. Empiezo a decir «lo siento», pero me doy cuenta, a mitad de la palabra, de que no lo siento. No exactamente.

Estoy realmente furioso de que pudiera haber salido herida y de que a Thorne ya no parezca importarle la corte ahora que la luna rosa está tan cerca.

Estoy aliviado de no haber lastimado físicamente a Alix y de que no haya ocurrido nada peor.

Estoy consumido por el recuerdo de lo que se sintió volver a tocarla y furioso de que nos interrumpieran antes de poder saborearla.

Pero no me arrepiento; no cuando ella claramente también lo deseaba.

Aunque no puedo decir nada de eso.

Me aclaro la garganta.

—Anoche no era yo mismo. No volverá a pasar.

Alix se desliza hasta el borde de la cama y deja caer las piernas, con los pies descalzos rozando el suelo. Entrelaza las manos sobre el regazo y me mira a través de las pestañas.

—¿Qué no volverá a pasar? ¿Que por fin te vea completamente maldito o que me beses?

Vuelvo a aclararme la garganta, seca.

—Ambas cosas. Si alguien que no fueran mis amigos se enterara, no estoy seguro de que a Thorne le importara Dyaspora. Simplemente ordenaría mi ejecución.

«Y, por desgracia, la amenaza de poner en peligro a mis amigos o a Alix probablemente significaría que no lucharía; simplemente lo permitiría».

Ella me mira con los ojos entrecerrados. Es exasperante no tener idea de qué está pensando y contengo la respiración… esperando.

—Estoy bien con fingir que no pasó nada, siempre y cuando estés dispuesto a explicarme exactamente qué ocurrió anoche. Sin omitir detalles importantes ni dejar que saque conclusiones equivocadas por mi cuenta. Estoy harta de no saber qué está pasando.

Aspiro aire entre los dientes. Entre todas las cosas que me he esforzado por ocultarle, nunca quise explicarle la maldición. No quiero que le tenga miedo a la corte… ni, sobre todo, a mí. Pero ahora no tengo opción.

Me paso una mano por el cabello, frustrado, buscando las palabras adecuadas.

—No mentía antes. La maldición hace que regresemos a nuestros instintos más básicos, como animales.

Ella me mira de reojo y alza una ceja.

—Explica.

—Nos despoja de todo lo que nos hace fae. Magia, razonamiento, lógica. No nos transformamos en otra forma, pero de algún modo es peor, porque puedes creer que estás viendo a alguien que conoces cuando, en realidad, no es esa persona.

Me estremezco, recordando los primeros días de la maldición, antes de que todos acordáramos dormir durante las horas de luz. Y, casi peor, la hora diaria en Dyaspora en la que perdía por completo la noción de mí mismo. No era el único de Vernallis en la prisión y esa hora de sol, cada día, siempre era angustiante: para mí, en las horas previas, y para mis amigos, mientras se aseguraban de que no matara a nadie por error. No siempre lo lograban, y muchas noches nos vimos obligados a enterrar a los muertos.

—Así que elimina las inhibiciones —dice Alix, como pensando en voz alta más que formulando una pregunta—. Como estar borracho.

—No —respondo con aspereza—. Nada que ver. Las personas ebrias siguen siendo personas, pero la maldición elimina todo excepto el instinto animal. Es imposible formular un pensamiento coherente. Todo queda reducido a la necesidad: comida, sueño, sexo, territorio. Eso es lo único que importa.

—Anoche parecías bastante coherente para alguien que supuestamente tiene las mismas capacidades de razonamiento que Sushi.

Vuelvo la vista hacia su gato, que ahora golpea una bola de estambre por la alfombra y corre tras ella con sus afiladas garras extendidas. Parece inofensivo, pero en realidad solo está mostrando su instinto de caza. Si el gato midiera dos metros y pesara más de cien kilos, no se vería tan adorable. Necesito que Alix entienda eso.

—Anoche murieron al menos doce personas. Y eso solo contando a los muertos; hubo incontables ataques más. El castillo está casi destruido.

Ella se echa hacia atrás, impactada.

—¿En serio? Por lo que vi, todos parecían estar divirtiéndose.

Cierro los ojos.

—A veces lo están. Es difícil explicar el instinto. Un momento es como estar drogado y al siguiente estalla una pelea sin ninguna advertencia. No todos son inherentemente buenos, y los deseos más básicos de algunas personas son perversos, trastornados y violentos. Cuando la maldición se lanzó por primera vez, perdimos a un tercio de los habitantes de Vernallis en los primeros seis meses, y a otro tercio en los cien años siguientes.

—Cielo santo.

—Los que quedamos intentamos dormir durante la mayor parte del tiempo. Dormir también es un instinto básico, así que, aunque no levanta la maldición, la vuelve más manejable.

Ella se muerde el labio.

—Espera… entonces, ¿cuándo duermes tú?

Pongo cara de confusión.

—¿A qué te refieres?

Ella parece confundida.

—Quiero decir… como siempre estás conmigo cuando no estás, ya sabes, maldito… ¿cuándo duermes?

—¿Preocupada por mí, Duraznito? —suelto antes de poder detenerme.

—Oh, olvídalo —resopla, con un rubor que le sube a las mejillas.

—Duermo cuando tú duermes —digo por fin, y hago un gesto con la cabeza hacia la puerta—. Ahí afuera.

Durante un largo segundo, se limita a mirarme.

—¿Hablas en serio? ¿Estás durmiendo afuera de mi habitación?

Le lanzo una mirada elocuente. ¿Qué demonios creyó que Thorne quería decir con vigilarla cada maldito momento del día?

—¿No lo notaste?

—¡No! —chilla—. Eso es espeluznante, maldita sea.

Me río, aunque no necesariamente porque sea gracioso. Si eso le parece perturbador, odiaría estar dentro de mi cabeza.

Sé que anoche le dije que no podía dejar de pensar en ella. Espero que asuma que eso fue solo producto de la maldición, pero es más cierto de lo que incluso yo quisiera admitir.

En muy poco tiempo, toda mi existencia cambió para girar en torno a Alix. Me despierto cuando ella lo hace, la acompaño de ida y vuelta a las

comidas y permanezco apoyado contra la pared, siempre observándola. Incluso cuando no sale de su habitación en todo el día, me quedo ahí, vigilando la puerta. Ella es la única maldita cosa en la que pienso, al punto de que ya no logro distinguir por qué estoy haciendo esto. ¿Estoy aquí porque Thorne me lo ordenó o porque prometí mantenerla a salvo?

Cruzo los brazos y me recargo contra la pared.

—Si no te gusta, díselo a Thorne. Tal vez me deje ir.

Ella alza la vista hacia mí y entrecierra los ojos.

—¿Entonces por qué te molestas?

Parpadeo al mirarla.

—¿Estamos hablando el mismo maldito idioma ahora mismo? Acabo de decir que Thorne no me deja ir.

—Sí, pero ignoras todas las demás órdenes que te da el rey.

—No, no lo hago.

Ahora es su turno de reírse.

—Sí lo haces, te he visto.

—Es que Thorne solo…

—¡Eso! —me interrumpe—. Llamas al rey por su nombre de pila, incluso frente a él. No he oído a nadie más hacer eso. ¿Por qué no te corrige?

Me quedo quieto. «Carajo».

Supongo que tarde o temprano iba a darse cuenta. Ni siquiera sé por qué me he molestado en ocultárselo. El resto de la maldita corte lo sabe y, ahora que Alix conoce la maldición, supongo que también puede conocerme a mí.

—Lo llamo por su nombre de pila y lo trato distinto porque lo conozco de toda la vida. Es mi hermano mayor.

ALIX

Camino hasta la cama y me dejo caer en el borde, aunque sea para darme un momento para pensar.

—Eh… ¿qué? Pero tú nunca dijiste…

—Medio hermano —corrige Daemon—. Y no, nunca lo mencioné porque no es algo en lo que me guste pensar. No estoy precisamente orgulloso de mis orígenes.

—Estás lleno de familiares secretos. Primero, una sirena como prima, y ahora un medio hermano de la realeza. ¿Algún hijo ilegítimo que quieras mencionar?

«Por favor, di que no».

—No, no tengo hijos, ni tantos otros parientes. Aparte de Thorne, soy hijo único. Mi padre, tanto el biológico como el que me crio, murió. Mi madre sigue viva y vive cerca, pero no la he visto en casi un siglo. —Se ríe entre dientes—. Si nos ponemos técnicos, supongo que también llamaría hermanos a Kas, Jett y Fox, pero eso es todo. Cuando creces como yo lo hice, tienes que crear tu propia familia.

Mi familia también era un desastre y siempre quise encontrar ese tipo de grupo de amigos que ves en la televisión, que hacen todo juntos y siempre se respaldan. Simplemente nunca me pasó.

—Entonces… ¿eres un príncipe? —pregunto, ansiosa por mantenerlo hablando.

Suelta una carcajada áspera.

—No, no soy un maldito príncipe.

Siento que me inclino hacia adelante, interesada, pero es como un balde de agua fría sobre mi cabeza cuando deja de hablar.

—Sacarte información es como sacar muelas —me quejo—. ¿Qué quieres?

—¿Qué *quiero*?

Parece genuinamente confundido y eso me hace sonreír. Es agradable no ser yo la que está a oscuras por una vez.

—Me refiero a que… a los fae les gustan los tratos, ¿no? Debe de haber algo que pueda intercambiar contigo por la información.

No pretendía que sonara como una proposición, pero nuestras miradas se cruzan y sé que ambos estamos recordando lo de anoche. Aunque solo haya sido la maldición lo que lo hizo actuar así, se sintió real. Y yo no tengo excusa. Simplemente… lo quise.

—Rayos —maldice Daemon, pasándose una mano por el pelo—. No digas cosas así, Duraznito.

—¿Por qué? Debe de haber algo que yo tenga y que tú quieras.

Cierra los ojos, como si luchara consigo mismo para no mirarme. Retrocede unos pasos.

—Está bien, basta. ¿Quieres una historia? Te daré una.

Me incorporo más en la cama, incapaz de ocultar mi emoción mientras me preparo para escuchar.

—Mis padres, los que me criaron, quiero decir, eran miembros de la corte. El barón y la baronesa de Ashwater. Era un secreto mal guardado que el rey Florian tomaba amantes entre las mujeres de la corte, pero por lo general se mantenía alejado de las casadas… hasta mi madre.

—¿Ella era la amante del rey? —pregunto, apenas capaz de creer que de verdad me esté explicando esto.

—Sí, al menos el tiempo suficiente para quedar embarazada. Creo que su esposo, mi padre adoptivo, debió de haber sabido que yo no era realmente su hijo, porque siempre me odió y no lo disimuló —suelta una risa áspera y carente de humor, estoy segura de que esconde un trauma real—. El pobre bastardo debió de estar furioso de no haber tenido otros hijos y murió sabiendo que yo heredaría su título y sus tierras.

—¿Cuándo murió? —pregunto, sin aliento.

Daemon pone cara de fastidio, como si buscara la respuesta en el fondo de su memoria.

—¿Hace un poco más de cien años? Yo era joven y estudiaba con los demás niños nobles, incluido mi medio hermano, el príncipe Thorne.

Se me abre la boca y la cierro a la fuerza, trago con dificultad antes de poder unir dos pensamientos en una pregunta.

—Entonces… ¿cuándo te enteraste?

Daemon se apoya contra la pared junto a la puerta y luego se desliza lentamente hasta quedar sentado en el suelo. Parece resignado, como si supiera que, ahora que empezó, no lo dejaré en paz hasta que termine de explicarlo.

—Prácticamente desde el momento en que vi al rey por primera vez —admite—. Nunca me parecí al undécimo barón Ashwater, pero no le di importancia… hasta la primera vez que conocí al rey Florian. Resulta que sí me parezco a mi padre.

Trago saliva. Rayos. Eso es intenso.

—Entonces supongo que otros lo notaron. Me refiero a que te parecías a él.

—Sí.

Es difícil no notar que Daemon y el rey Thorne no se parecen en nada, incluso sabiendo ahora que deberían. Tienen la misma estatura y una complexión similar, con músculos fuertes y definidos, pero sus rasgos son mundos aparte. El rey debe parecerse a su madre. Hago una mueca. Eso seguramente no facilitó las cosas.

—Eso no explica por qué tienes tanta familiaridad con el rey Thorne —señalo—. ¿Él sabía que eras su hermano?

—Sí, con el tiempo —responde Daemon—. Como dije, estudiamos juntos, pero no diría que fuimos amigos; más bien lo contrario. Yo lo odiaba y, créeme, era mutuo. Y entonces tuvo que hacer la peor maldita cosa imaginable.

—¿Qué?

—Me salvó la vida.

Ladeo la cabeza. No puedo decir que conozca bien al rey —o que lo conozca en absoluto—, pero por lo poco que he visto, no parece del tipo que se sacrifica por otros.

—¿Cómo lo hizo?

Daemon se mueve en su sitio, como si ganara tiempo mientras se acomoda en el asiento.

—La educación en Ellender no se parece en nada a la de tu mundo. Nos enfocábamos mucho en perfeccionar la magia y, cuando era joven, no se me ocurrió lo peligroso que podía ser llamar la atención.

—¿Peligroso en qué sentido?

—Yo era… inusualmente talentoso. Igual que Thorne —o al menos lo era antes de la maldición—, pero entre parecerme tanto al rey y rivalizar con el príncipe heredero en magia, empecé a atraer rumores. Para cuando cumplí diecisiete años, esos rumores llegaron a la reina y ella ordenó que me mataran.

—¿Matarte? ¿Así, sin más?

—Sí. No hay lugar para dudas cuando se trata de la línea real. La reina sabía que tenía que asegurarse de que el camino de su hijo hacia el poder

estuviera libre de competidores.

—¿Pero él te salvó?

—Sí. Thorne sugirió que, en lugar de ejecutarme, simplemente me desterraran.

—¿Y así fue como acabaste en prisión?

—No, todavía no. Eso vino después. Al principio me desterraron al mundo humano.

—Estás bromeando —digo, totalmente incrédula.

Esta vez se ríe de verdad y, contra mi voluntad, mi corazón se acelera.

—¿Cómo crees que aprendí a viajar de un lado a otro a través de los portales?

Me encojo de hombros.

—No lo sé. Pero ¿cómo fue eso… vivir en el reino humano?

—Probablemente no habría funcionado de no ser por la suerte. Según tu línea de tiempo, fue hace poco más de cien años, y llegué a Gran Bretaña justo después de la Primera Guerra Mundial. Con tanta gente desplazada, no fue difícil hacerme pasar por un huérfano extranjero en busca de trabajo. Con un poco de magia, nadie me cuestionó nada —exhala con pesadez—. Pero después de unos años ya no lo soportaba. La magia es mucho más fácil de usar aquí que en el reino humano. O al menos lo era antes de la maldición. Lo poco que puedo hacer ahora no se compara con el poder que tuve alguna vez y, sin él, me volví inquieto.

Pienso en cómo me sentiría si perdiera el acceso a la música. Como si me arrancaran un brazo. Incluso después de solo unos días sin mi violín, siento que paso por abstinencia. Imagino que para él es lo mismo con la magia.

—¿Entonces regresaste?

—Sí. El destierro estaba pensado para ser permanente, pero me llegó el rumor de que tanto el rey como la reina habían muerto y de que Thorne ascendería al trono.

—¿Murieron? —pregunto, sorprendida—. ¿Cómo?

—Esa es la pregunta, ¿no? —dice con amargura—. Se culpó a un accidente, pero nunca quedó claro qué ocurrió en realidad. En ese momento no me importó. Me emocionaba que Thorne fuera a ocupar el trono. No nos llevábamos bien de niños, pero me había salvado la vida y asumí que me permitiría regresar.

—¿Y te envió a prisión?

Suelta una risa sin humor.

—Si quieres contar la historia tú, adelante…

—Perdón.

—Regresé y fui directo a ver a Thorne. Tal como esperaba, me dio la bienvenida. Me nombró capitán de su guardia casi de inmediato y, durante un tiempo, todo estuvo bien.

—Eso fue amable de su parte.

Daemon se burla.

—Amable no es la palabra que usaría. Su decisión fue estratégica. Thorne es egocéntrico y poco observador, pero no es estúpido. Se dio cuenta de que mantenerme cerca y en deuda con él era mucho menos peligroso que dejarme andar libremente.

Un escalofrío me recorre la espalda. Es imposible no notar que quizá lo mismo esté pasando ahora. Por lo que he entendido, Thorne sacó a Daemon de prisión, le permitió traer a sus amigos y le devolvió su antiguo puesto… pero si esto ya ocurrió antes, ¿a dónde conduce todo esto?

—¿Y luego?

—Luego Thorne decidió que era hora de tomar esposa.

Parpadeo, desconcertada. No esperaba ese giro. Mi mente se acelera. ¿Todo esto es una disputa por una mujer? ¿Quién? No podría ser Claudette…

Daemon continúa, ajeno a mi monólogo interno.

—Se reunió con decenas de mujeres nobles de todo el continente y hasta con algunas de los continentes vecinos. Incluso se reunió con una de Kastian…

Se interrumpe de golpe.

—¿Cómo que una de Kastian? —insisto.

—Una mujer de la ciudad de Kastian —corrige.

Pongo cara de confusión. Eso no era lo que iba a decir, pero no lo interrumpo. No cuando está hablando más de lo que jamás lo había hecho.

—Entonces, ¿eligió a alguien?

—Sí. A pesar de haberse reunido con princesas de todo Ellender, eligió a una plebeya sin conexiones importantes de ningún tipo.

—¿Por qué? —pregunto, arrugando la nariz.

—En ese momento, todos asumieron que era por amor. Ahora creo que fue porque era una hechicera y provenía de un largo linaje de magia poderosa. Creo que pensó que sus hijos tendrían magia fuerte. Se comprometieron y la boda se planeó para la siguiente luna rosa.

—Supongo que no terminó bien.

—No —dice, con amargura—. Antes de la boda, Thorne ya había perdido el interés. Abandonó a su prometida por otra mujer, y ella desapareció. En venganza, lanzó la maldición sobre el reino.

Me da vueltas la cabeza.

—Soy la primera en defender que cada quien reaccione como quiera ante una traición, pero parece un poco injusto maldecir a todo el reino junto con él.

—Dudo que estuviera pensando de forma racional. La traición era reciente y completamente inesperada. —Hace una pausa—. Esto puede ser difícil de entender para ti, pero la infidelidad entre los fae es increíblemente rara.

—Pero tu padre…

—Fue el único varón del que había oído que traicionara a su pareja. Hasta que Thorne se convirtió en el segundo. Simplemente no ocurre.

Me burlo.

—¿Cómo es posible?

Suena incómodo.

—No somos humanos, por más que lo parezcamos. Nuestra biología es distinta.

—Hasta donde recuerdo, tu biología funcionaba perfectamente —suelto sin pensar.

Resopla una risa.

—No me refería a eso. Vivimos mucho más que los humanos y los niños fae son raros. La pareja promedio tiene un hijo aproximadamente cada doscientos cincuenta años.

—¿Y?

—Así que, una vez comprometidos, los varones fae no abandonan a sus parejas. Nunca. Hay una especie de… cambio que ocurre cuando conoces a

la persona correcta. Cuando ese instinto se activa, nos volvemos completamente leales por el resto de nuestras vidas. No es una decisión, es…

—Un instinto —termino por él, pensando en la maldición.

Hace una mueca, y me pregunto si él también está pensando en la maldición.

—Exacto.

—¿Y eso ocurre solo con los hombres, no con las mujeres?

—No, también les ocurre a las mujeres, pero normalmente más tarde, después de que el apareamiento ya tuvo lugar —se aclara la garganta—. Este no es precisamente el punto de la historia.

Tal vez no, pero es prácticamente lo único en lo que puedo pensar ahora.

De pronto recuerdo lo que Odessa dijo: que los varones fae son posesivos. ¿A eso se refería? ¿No solo a una tendencia cultural hacia la agresión, sino a una compulsión física real? Tendré que preguntárselo mañana, porque me moriría de vergüenza si le pidiera a Daemon que me lo explicara… aunque de verdad quiero que lo haga.

—¿Por eso la maldición se rompe con el amor verdadero? ¿Porque Thorne no amaba a la hechicera?

—Supongo que sí.

Reflexiono un momento.

—Entonces, ¿cómo terminó eso enviándote a prisión?

Daemon se pasa una mano por el cabello, un gesto que ya reconozco como un hábito nervioso.

—Una vez que se lanzó la maldición, miles de personas intentaron abandonar Vernallis. Primero fueron a otros reinos, pero descubrieron que la maldición no recaía sobre la tierra, sino sobre las personas mismas. La única forma de escapar era ir a un lugar donde la magia no pudiera usarse. De pronto hubo una avalancha de fae tratando de ir al mundo humano y, como yo ya había estado ahí y había regresado, era el candidato ideal para transportarlos a través del portal.

—¿Eso no está permitido? —pregunto.

—Lo está. Ni siquiera el monarca puede obligar a nadie a quedarse aquí, pero con tantos fae marchándose, el reino quedó en peligro. Todos los ciudadanos que antes eran leales se estaban yendo, y los que permanecían empezaron a murmurar que Thorne no era apto para gobernar y que un

nuevo rey ayudaría a poner fin a tanto sufrimiento. No había habido una guerra en Ellender en siglos, pero si hubiera estallado una entonces, no le habrían quedado suficientes soldados para defender su trono.

Mis ojos se abren por completo. Creo que por fin entiendo hacia dónde va todo esto y cómo se cierra el círculo. Recuerdo otra vez algo que dijo Odessa: «Daemon no puede evitar atraer seguidores, incluso sin proponérselo».

—¿Querían que tú reemplazaras a Thorne?

Hay una pausa y luego responde:

—Exactamente. Me parezco a mi padre, quien, con todos sus defectos, fue un gobernante popular, y yo había sido jefe de la guardia durante bastante tiempo. Ya tenía más fae leales a mí de los que jamás pretendí.

—¿Ibas a hacerlo? ¿Ser rey?

Se queda callado un instante.

—Tal vez. Nunca quise el cargo, y aún no lo quiero, pero podía ver lo que la gente decía. Thorne había llevado al país a la ruina y seguía cavando más hondo. No creía que fuera capaz de amar a nadie más que a sí mismo, así que sí, lo estaba considerando. Pero antes de que pudiera decidir qué hacer, Thorne me tendió una emboscada. —Hace una pausa—. Hay un continente llamado Dyaspora, justo al norte de Thermia. Es una roca estéril, cubierta de hielo, que nunca se descongela. No crece nada allá y el sol solo sale durante una hora, más o menos al día, lo que da lugar a un invierno interminable. Las únicas criaturas que pueden vivir ahí por un tiempo prolongado son monstruos que ni siquiera podrías imaginar.

—Eso no suena mucho mejor que la muerte.

—Es peor.

—¿Pero sobreviviste noventa años?

—Sí.

—¿Cómo?

—Una combinación de cosas. Me alié con Kastian. Nos conocíamos de manera informal antes de la prisión, así que no fue difícil hacernos amigos. Más tarde conocimos a Fox y a Jett, y los cuatro nos protegíamos mutuamente. —Se aclara la garganta—. Y aun estando maldito, conservo mucha magia.

Murmullo por lo bajo y levanto una ceja.

Le creo, pero también sospecho que la verdadera razón por la que sobrevivió tanto tiempo no fue solo la magia. Fue la lealtad. Y el liderazgo.

Y ahora, sabiendo quién fue su padre… entiendo perfectamente por qué Thorne se sintió amenazado por él.



CAPÍTULO 16

ALIX

Tras el desastre que reveló la maldición y la conversación en mi habitación, Daemon aflojó las riendas de sus labores de guardia. No dio explicaciones ni avisos, pero empezó a ausentarse durante largos periodos y a enviar a sus amigos en su lugar. No sé si debo sentirme herida o aliviada.

Lo más extraño es que siempre podía notar cuándo estaba afuera y cuándo se trataba de alguno de los chicos. Incluso con la puerta cerrada, era como si pudiera percibir su presencia como un cosquilleo en la nuca. Una vez creí sentir que se marchaba y corrí a la puerta, solo para encontrar a Kastian sentado afuera, en su lugar.

—¿Dónde está Daemon? —solté sin pensar.

Kastian levantó la vista hacia mí, desde debajo de unas pestañas sorprendentemente largas.

—Tuvo que ir a hablar con Thorne sobre algo. ¿Por qué? ¿Necesitas algo?

—¡No, estoy bien! —Me sonrojé de vergüenza y me replegué de nuevo al interior.

Cerré la puerta y negué con la cabeza, reprendiéndome en silencio por mi estupidez. Solo había sido una coincidencia. Evidentemente, no podía sentir de verdad la presencia de Daemon… está claro que empezaba a perder la cabeza.

Pasaron tres días con relativamente pocos incidentes. Rescaté mi estambre de Sushi, tejí dos bufandas y media, y dediqué el tiempo a conocer

a los amigos de Daemon. Cada uno es tan diferente que rápidamente aprendo mucho sobre ellos solo por la cercanía.

Kastian es, sin duda, el mejor amigo de Daemon. Eso me resulta evidente, no solo por la forma en que se hablan, sino también porque es quien lo sustituye con más frecuencia como mi guardaespaldas. No habla mucho conmigo y siempre parece un poco triste cuando asomo la cabeza al pasillo para ver quién está de turno. Solo intenté conversar con él una vez, antes de descubrir que no quiere hablar de su pasado, de por qué lo enviaron a prisión ni, básicamente, de nada que sea más sustancial que el clima. Aun así, su presencia es tranquilizadora. Firme. Como el ancla de un barco en aguas tormentosas.

Cuando Jett me custodia, por lo general entra a mi habitación para charlar conmigo, y eso hace que el tiempo pase mucho más rápido. Supe que es varias décadas más joven que los demás, lo cual supongo que explica por qué me parece más humano, aunque está claro que no lo es. Jett me contó que creció en las calles de Solistine con una pandilla de otros chicos sin hogar. El «robo» que lo llevó a Dyaspora fue solo una hogaza de pan que hurtó para alimentar a un grupo de niños pequeños.

—¿Y te enviaron a prisión solo por eso? —pregunté, horrorizada.

Estaba sentada en la cama, tejiendo otra bufanda, pero me detuve y alcé la vista hacia Jett, aguardando su respuesta con el aliento contenido.

Jett estaba sentado en el suelo, arrastrando un trozo de estambre por la alfombra para que Sushi lo persiguiera. No me miró.

—Sí. Ser pobre es casi tan malo como ser un asesino en la mayor parte de Ellender. Peor, en realidad, porque la mayoría de los asesinos tiene suficiente dinero para encubrir sus crímenes.

Apreté los labios.

—Ellender no es el único lugar donde existe ese problema.

—Lástima que Fox no tuviera más dinero cuando lo atraparon.

Arqueé una ceja.

—¿Mató a alguien?

Asintió, estiró las piernas y apoyó la cabeza contra la pared.

—Estaba en el ejército, en Thermia; algo parecido a lo que hace Ashwater aquí, salvo que Vernallis nunca libra guerras de verdad. El ejército de Thorne se usa sobre todo para mantener el orden en las aldeas y proteger al rey.

Thermia está en el extremo norte del continente, cerca de Dyaspora. Su ejército combate constantemente contra monstruos que descienden de las montañas o emergen del océano.

—¿Entonces Fox mató a alguien mientras estaba en el ejército? —incliné la cabeza—. Me refiero a que… ¿no se supone que ese es el propósito? No digo que esté a favor de la violencia ni nada por el estilo, pero debe haber algún matiz ahí.

Jett negó con la cabeza y, por primera vez, su sonrisa se desvaneció.

—No. Mató a un oficial superior. Lo masacró, hasta donde entiendo.

Jett no sonó particularmente afectado por ello.

—¿Por qué?

—Al parecer, ese oficial había violado a una mujer que Fox conocía. Te diría que le preguntaras a él, pero ya sabes cómo es.

Asentí. A estas alturas, sé perfectamente cómo es Fox.

Cuando él está de guardia, a veces me entretengo intentando decir cosas que lo obliguen a responder. Una vez le pregunté por qué es tan callado. No esperaba realmente una respuesta, pero dijo:

—La mayoría de las conversaciones solo sirven para llenar el silencio. El silencio nunca me ha molestado.

—Eso es muy zen de tu parte. Muy Yoda.

Como era de esperarse, Fox no dijo nada.

Los chicos están bien, pero mi guardia sustituta favorita es Odessa, que nunca se queda sentada afuera, siempre entra a mi habitación para pasar el rato o me lleva a caminar para explorar el castillo. Es la única a la que parece importarle no solo que siga viva, sino también que no esté haciendo marcas de conteo de días en las paredes y murmurando disparates por la falta de entretenimiento o de interacción social. Nunca me custodia sola y siempre aparece acompañada de Jett o de Fox, pero nunca de Kastian.

En una de esas ocasiones, Odessa baja conmigo al salón de desayunos mientras Fox nos sigue en silencio, ejerciendo su intimidante privilegio de perro guardián.

No puedo decir que me encante el salón, pero me desagrada aún más comer sola en mi habitación, y no hay muchas opciones de lugares para pasar el rato donde también pueda llenar el vacío interminable de mi estómago.

Entramos al salón y, por supuesto, mi mirada encuentra de inmediato a Claudette y a sus hermanas, sentadas en su lugar habitual junto a la ventana. Esto se siente como una maldita secundaria, con grupos establecidos en mesas fijas.

Odié la secundaria, y esto me gusta todavía menos.

Odessa me observa mientras levanto una mano, sin entusiasmo, para saludar a las tres rubias idénticas.

—¿Cuál es el problema? —pregunta en voz baja.

—¿A qué te refieres?

—¿Las odiamos? Porque conozco a las trillizas desde hace casi un siglo, pero si tú las odias, yo estoy totalmente de tu lado.

Aprecio la lealtad ciega, pero no puedo aceptar la oferta. No estoy en la secundaria, necesito comportarme como una adulta… aunque en realidad no quiera hacerlo.

—No las odiamos —murmuro—. Ni siquiera conozco a la del vestido rojo ni a la del vestido amarillo.

—Paulette y Laurette —aclara Odessa.

Arqueo una ceja.

—¿Hablas en serio? ¿Sus nombres son…? En fin, olvídalo. No importa. No voy a ser mezquina.

«Aunque sean trillizas idénticas, con prácticamente el mismo maldito nombre. ¿Sus padres las odiaban o qué?».

—Nunca he oído hablar de ella —dice Fox, y nos sobresalta a Odessa y a mí.

Alzo la vista hacia él.

—¿Perdón?

Se mueve, incómodo, sobre los pies.

—De esa mujer. Nunca he escuchado su nombre.

—¿Y?

Sus ojos azul ártico se abren un poco y suelta otro suspiro de frustración, que ya aprendí a interpretar como agotamiento por tener que explicar algo que considera que debería ser evidente.

—No estuve en Dyaspora tanto tiempo como Ashwater. Llegué hace cuarenta años, pero aun así es tiempo suficiente para escuchar todas las historias que valen la pena. No me gusta hablar, pero sí escucho. Conozco

los nombres de todas sus familias, cada amistad, cada relación. No conozco a ninguna Claudette.

—¿Por qué me dices esto?

Arquea una ceja hacia mí.

—Ya te lo dije. Escucho.

—Eh… bueno. Gracias.

—¿Ves? —dice Odessa, animada—. Nunca ha oído hablar de ella. Podemos odiarla sin problema.

—Ay, por Dios —gimo, presionándome los talones de las manos contra los ojos—. No, de verdad que no la odio. No tengo dieciséis años, no odio a otras mujeres sin motivo y ni siquiera la conozco. Ella no ha hecho nada malo. De hecho, ha sido amable.

—¿Pero…? —insiste Odessa.

—Pero —me inclino hacia adelante y bajo la voz— no sé. Simplemente me recuerda a una examiga, eso es todo. Es cosa mía. Estoy siendo rara y necesito superarlo.

Odessa me mira con simpatía.

—¿La amiga que se acostó con tu esposo?

Arqueo una ceja.

—¿Te conté eso? No recuerdo haberte dicho exactamente lo que pasó…

—No lo hiciste —dice rápido—. Pero no soy idiota, y sueltas indirectas nada sutiles.

Se me ruborizan las mejillas.

—Ah. No me había dado cuenta.

Esto es ridículamente vergonzoso. Fox y Odessa claramente creen que estoy celosa, lo que significa que piensan que hay algo entre Daemon y yo. Se equivocan. Tal vez hubo algo entre nosotros en algún momento, más o menos, pero ahora no. Ahora solo queda mucha energía residual sin salida.

«Y a veces esa energía se manifiesta en discusiones acaloradas y besos instintivos e intensos».

«Sí. Eso es. Tiene todo el sentido del mundo…».

Odessa hace un gesto con la mano.

—Está bien. Al menos tú tuviste un esposo que perder. Yo todavía estoy buscando a alguien a quien pueda soportar lo suficiente como para quedarme cinco minutos en la cama después del sexo.

Fox la mira de reojo, como si la evaluara, antes de apartar la vista. Odessa no se da cuenta, pero me cuesta contenerme para no señalar que alguien que no habla probablemente no sería molesto para quedarse acostada a su lado.

Aunque, pensándolo bien, ella necesita estar con alguien que la equilibre. Es pura emoción espontánea y energía inagotable. Necesita a alguien calmado y, aunque Fox parezca tranquilo porque es callado, lo que Jett me contó sobre cómo el grandulón terminó en prisión me hace pensar que, bajo esa expresión vacía, hay una ira a fuego lento.

Sí, no. Serían una pésima pareja. Ella necesita a alguien más estable.

—Bueno, no me mires a mí —digo, suspirando—. Difícilmente soy experta en ese terreno. Tal vez conozcas a alguien en el baile.

Ella pone cara de fastidio.

—Lo dudo. No es precisamente el ambiente más festivo para una fiesta cuando todos saben que podrían morir en dos semanas.

Me incorporo, alarmada.

—¿Morir? Pensé que no iban a morir, solo a quedar malditos.

—Es prácticamente lo mismo. Lo que quiero decir es que ya viste cómo estaban todos durante el día —agita una mano frente a su cara—. Las luces están encendidas, pero no hay nadie en casa. ¿Sabes?

—La verdad, Daemon no me pareció tan diferente. Pensé que tal vez estaba borracho, pero no que fuera otra persona.

Odessa niega con la cabeza.

—Eso solo significa que tuviste suerte… o quizá que su instinto visceral está, de algún modo, de tu lado. Créeme, no quieres ver cómo se ve alguien cuando su deseo instintivo es la violencia.

Me estremezco. Sí, no quiero ver eso. No tengo un referente claro de cómo se debe de sentir estar maldito, pero no dejo de pensar en aquella vieja nota periodística sobre el tipo que le arrancó la cara a alguien mientras estaba drogado con sales de baño. Supongo que debe de ser algo así.

Apoyo la barbilla en la mano y suspiro.

—¿Sabes? A veces no tengo idea de qué estoy haciendo aquí.

—Nos estás manteniendo a todos fuera de prisión.

—Sí, eso lo sé. No es a eso a lo que me refiero. Me refiero a qué está haciendo Isabelle aquí. Todos los que me han dirigido dos palabras no parecen muy convencidos de que vaya a romper la maldición, y no los culpo.

Incluso si de verdad fuera Nana, el rey Thorne no ha mostrado el menor interés en mí. Ninguno. De hecho, empiezo a preguntarme si hay algo malo conmigo.

—No hay nada malo contigo —dice de inmediato—. Eres hermosa.

Bajo la mirada.

—No me refería a eso, pero gracias, supongo. Quiero decir que me da miedo que él lo sepa. Y si lo sabe, ¿por qué nos está dando largas?

Se examina las uñas durante un largo segundo, luego muerde la punta del dedo índice y vuelve a mirarlas. Finalmente, se encoge de hombros y me mira.

—Sí… entiendo lo que dices, pero no tengo idea de qué hacer al respecto. En realidad, no hay nada que puedas hacer. Tal vez Daemon…

—Casi no he visto a Daemon en días. No creo que quiera hablar conmigo después de lo que pasó la otra noche.

Odessa se burla.

—Es tan temperamental. Ya se le pasará, ya verás.

—Ni siquiera debería estar preocupada por eso. —Siento un leve calor subir a mis mejillas—. De lo que de verdad debería preocuparme es de que el rey apenas me dirige la palabra. Incluso durante la cena, simplemente no parece interesado.

—Tal vez el rey por fin muestre algo de interés en el baile. Te vas a ver espectacular. Ya te escogí un vestido.

En lugar de tranquilizarme, eso solo incrementa mi ansiedad.

—¿Debería preocuparme por el baile?

—¿Por qué?

—No sé… es un baile. ¿Ansiedad social?

—No tienes por qué estar ansiosa. A nadie le va a importar más que cómo luces.

—Ah, perfecto, entonces —digo con sarcasmo—. Definitivamente me ayuda con la ansiedad saber que todos van a estar mirándome de verdad y que no es solo cosa mía.

—No tienes nada de qué preocuparte. Podrías ponerte un costal viejo y aun así serías lo más interesante de la sala.

Aprieto los labios.

—Hoy estás desatada con los halagos, pero no hace falta que mientas.

Ladea la cabeza.

—No miento. Mira, piénsalo así: los humanos encuentran excepcionalmente atractivas a las criaturas fae, pero eso funciona en ambos sentidos. Una reina humana sería la mujer más hermosa de todo Ellender, y así es exactamente como te vas a ver en el baile.

Me quedo boquiabierta.

—¿En serio? No lo sabía.

Asiente y mira de reojo a Fox.

—Respáldame. Dile cómo todos ustedes se comportan como vírgenes en un burdel en cuanto ven a una humana.

Las cejas de Fox se alzan y se limita a mirarla fijamente antes de asentir una sola vez, con sequedad.

—¿Ves? —exclama Odessa, entusiasmada—. Es totalmente real. A las sirenas también les gustan los humanos, pero no tanto como a las criaturas fae. Creo que es porque ustedes se ahogan mucho más rápido.

Palidezco. Bien, dejando de lado ese comentario extremadamente perturbador, ¿podría ser cierto lo que dice? Sin duda explicaría muchas cosas. ¿Eso significa que Daemon no estaba simplemente aburrido cuando nos conocimos en el bar?

—Supongo que eso me hace sentir un poco mejor —digo—. Menos mal, porque no quería pasar mi cumpleaños sintiéndome insegura.

Me mira con brusquedad.

—¿Tu cumpleaños?

—Sí, ¿no lo mencioné? Aquí es un poco difícil llevar la cuenta del tiempo, pero creo que mañana cumplo treinta. Pensaba usar el baile para celebrarlo en mi cabeza, ya que es al día siguiente y todo eso.

—¡Definitivamente no me lo dijiste! —Sus ojos se abren y se pone de pie de un salto—. Tengo que avisar a la cocina. Seguro querrán hacerte un pastel para mañana y quizá otro para el baile. Oh, dioses, tengo tanto que hacer…

—No es necesario —digo de inmediato.

—¡Claro que sí! —insiste Odessa—. En Ellender vivimos tanto que en realidad no se te considera adulta hasta los treinta. Es un día importante.

Abro la boca para protestar de nuevo. Lo socialmente aceptable sería insistir en que no necesito ni quiero nada, salvo que… en realidad sí lo

quiero. Antes de llegar aquí, deseaba de verdad que al menos una persona hiciera un gran alboroto por mi cumpleaños, y luego me sentía culpable incluso por pensarlo. ¿Por qué no darme ese gusto, aunque sea un poco?

—¡Vuelvo enseguida! —exclama Odessa, dejándome sola con Fox.

DAEMON

—¡Felicidades, imbécil! ¡Lo arruinaste todo!

Me detengo, bajo las cartas y miro hacia la puerta.

—Hola para ti también.

Odessa irrumpe en la sala sin dedicarme apenas una mirada, rodea la mesa y se deja caer en el único asiento libre, entre Jett y Kastian. Apoya los codos sobre la madera y su largo cabello cobrizo cae como una cortina sobre el montón de cartas esparcidas. Suelta un suspiro exasperado.

—Lo arruinaste todo.

—No sé de qué carajos estás hablando —me quejo, mientras vuelvo a levantar las cartas.

—Alix. ¿De quién más estaría hablando? Está miserable y casi dejamos pasar su cumpleaños. Tú pasas todo el día con ella, ¿cómo no me lo dijiste?

Arrugo la frente e intento ignorarla mientras dejo caer las cartas sobre la mesa.

—Me retiro.

Estoy sentado en los barracones con los chicos, jugando póquer, como hacíamos todas las noches en Dyaspora. Han pasado semanas desde la última vez que pudimos hacerlo, o siquiera hablar con libertad, ya que siempre estoy custodiando a Alix o lidiando con soldados que, de algún modo, siguen siendo leales a Thorne. Me alegraba tener un momento para relajarme, pero no estoy relajado en absoluto porque no dejo de perder.

Jett suelta una carcajada y estira la mano para arrastrar hacia sí el montón de monedas del centro de la mesa.

—Otra ronda, otro puñado del oro de Ashwater en mi bolsa. —Se inclina sobre Odessa, fingiendo susurrarle a Kas—. Creo que le gusta perder. Esa es la única explicación.

—Vete al carajo —refunfuño, sin mucha convicción.

—Daemon, ¿me estás escuchando? —insiste Odessa.

Le lanzo otra mirada.

—No mucho.

Kastian empieza a repartir otra mano y Odessa resopla, molesta, incluso mientras le hace un gesto para que la incluya.

—Deberías preocuparte. Alix se está marchitando. Así no va a llegar al fin de mes. Me sorprende que no haya intentado ya encontrar el camino a casa.

—¿Te dijo algo? —pregunto, obligándome a mantenerme distante.

—No, pero lo noto. Está aburrida y sola.

Miro mi nueva mano —un par de dieces— y lanzo dos monedas al centro antes de responder:

—Entonces ve tú a pasar el rato con ella.

—¡Lo he estado haciendo, pero no basta! —se queja.

Cierro los ojos. Odessa es la hermana que nunca necesité ni quise, y ahora mismo no logro recordar por qué me importa en lo más mínimo.

—¿Qué esperas que haga? Le mostré dónde está el comedor, la llevé a la ciudad para conseguirle algo con qué entretenerse. ¿Qué más quieres? No voy a animarla a socializar. Cuanto menos tiempo pase con cualquiera que haya conocido a la verdadera Isabelle, mejor.

—Pero puede estar con nosotros. Podrías estar jugando cartas en su habitación en lugar de esconderte aquí.

«Sí, no. Eso no va a pasar».

La única manera de evitar arruinarlo todo es mantenerme lo más lejos posible de Alix. Desde el incidente del otro día en su habitación, he intentado tomar distancia. O, al menos, más distancia de la que tuve durante la semana pasada, cuando pasé cada segundo, día y noche, a apenas unos pasos de ella.

Estoy convencido de que es la cercanía constante lo que me impide dejar de pensar en ella. Solo necesito algo de tiempo lejos para ordenar mis malditas ideas.

Durante los últimos días he tragado mis celos inexplicables y he permitido que mis amigos se turnen para custodiar a Alix. Y cuando tengo que estar cerca, procuro no hablar demasiado. No quiero saber nada más

sobre ella, porque cada cosa nueva que descubro resulta fascinante y me dificulta verla como Isabelle.

Nada ha funcionado todavía, pero lo hará. Estoy seguro.

Lanzo dos monedas más al centro de la mesa y subo la apuesta.

—Alix está bien. Ya casi han pasado dos semanas y nadie sospecha nada. Thorne cena con ella todas las noches y todavía no tiene idea de que no es Isabelle. Solo quedan dos semanas.

Los ojos de Odessa se abren.

—Sí, dos semanas para que todos queden malditos para siempre. Suena perfecto.

—Ajá.

La verdad es que no puedo pensar en la maldición, porque cada vez que lo hago empiezan a formarse nuevos planes en mi cabeza.

Si regresara de manera permanente al reino humano, no quedaría maldito. Claro que no volvería a ver a mis amigos ni a mi familia, y dejaría al reino encaminado a su propia destrucción, pero eso ocurriría de cualquier modo. Y si Alix va a regresar al reino humano… quizá no sería tan terrible.

Sacudo la cabeza con brusquedad. Este es el tipo de pensamientos que no puedo permitirme.

Todavía existe la posibilidad de que Thorne llegue a amar a Alix; incluso si cree que es Isabelle, quizá eso no importe. Tal vez, de algún modo, todo termine saliendo bien.

«Para todos excepto para mí».

—Tú fuiste quien trajo a Alix aquí y prometió cuidar de ella —continúa Odessa—. Tienes que hacer algo.

—Prometí mantenerla a salvo, no hacerla feliz.

—Si me preguntas, estar a salvo y ser feliz es lo mismo —dice Kastian con tono despreocupado.

—Nadie te preguntó —replica Odessa—. Pero sí, no está realmente a salvo si es infeliz.

Gimo. A pesar de mi protesta, una punzada de culpa y preocupación me atraviesa. Sé que Odessa tiene razón. Es culpa mía que Alix esté aquí y, aun sin la orden de Thorne, eso la convierte en mi responsabilidad.

—Espera —le digo a Odessa, al pensar de repente en algo—. ¿Qué haces aquí?

Me lanza una mirada extraña.

—Bueno, verás, llegué aquí cuando era una niña y…

—Oh, cállate —la interrumpo, con más agresividad de la que pretendía —. Me refiero a que, si tú estás aquí, ¿quién está vigilando a Alix?

—Fox —responde con ligereza—. Pero, aunque no lo estuviera, es una mujer de casi treinta años; puede cuidarse sola durante media hora.

—Sí, eso es justamente lo que me da miedo —murmuro, con enojo, mientras echo la silla hacia atrás y tiro las cartas sobre la mesa—. Me retiro. Tengo que ir a buscar a Alix.

Jett se inclina y voltea mis cartas; una sonrisa cruza su cara.

—Ah, qué mala suerte, compañero. La única vez que tienes buenas cartas y aun así voy a quedarme con tu dinero.

Le dirijo una cara de fastidio mientras me encamino hacia a la puerta.

—Y lo gastarás invitándonos bebidas a todos, así que es más caridad de mi parte que otra cosa.

—¡Espera! ¿No me estabas escuchando? —Odessa se levanta de un salto —. Fox está con ella.

La escuché, pero aun así abro la puerta con enojo y avanzo por el pasillo.

Estoy siendo irracional, lo sé.

Mientras no piense en Alix a solas con mis amigos, no hay problema. Pero en cuanto lo recuerdo, me descubro subiendo las escaleras a toda prisa o caminando inquieto por los barracones, incapaz de tranquilizarme hasta estar cerca de ella otra vez.

Son mis hombres y soy yo quien les pide que custodien a Alix. No tengo ningún problema con que Fox la vigile ni dudo de que pueda protegerla.

Aun así, siento una compulsión abrumadora de ir por ella, porque es mía.

No lo entiendo.

Sentir celos no solo es una locura; no sé de dónde viene. Pero cuando se trata de esa mujer, no puedo pensar con claridad. Me siento como un adicto: tengo que abstenerme por completo de pensar en ella o terminaré con una sobredosis de recuerdos del sabor de su boca.

—¡Espera!

Me detengo cuando un grito resuena en el pasillo y me giro para ver a Odessa apresurándose detrás de mí. Me paso una mano por el cabello.

—¿Qué?

—¿Te das cuenta de que mañana es su cumpleaños?

—¿Y?

—Pues que deberíamos hacer algo. Ella mencionó la posibilidad de celebrarlo en el baile, pero no estoy tan segura de que sea buena idea, porque entonces Thorne podría empezar a preguntarse por su edad.

Gimo para mis adentros. No es un mal punto y odio estar de acuerdo.

—¿Qué sugieres?

Los ojos color violeta de Odessa brillan con satisfacción y sé que cree haber ganado.

—La llevaremos a la taberna del pueblo.

Niego con la cabeza.

—Demasiado peligroso. Cualquiera podría reconocerla y, si bebe, podría olvidar…

—Está bien, está bien —me interrumpe—. ¿Y si la llevamos a la Finca Ashwater?

No es la peor idea. De todos modos pensaba ir, pero no he podido porque siempre estoy vigilando a Alix. Si la llevo conmigo…

Saco un reloj de bolsillo del pantalón y lo miro.

—No hay tiempo. Tiene que cenar con Thorne en menos de una hora.

—Mañana, entonces —insiste Odessa—. Es mejor así, porque es su cumpleaños de verdad.

Hago una mueca, seguro de que me arrepentiré de inmediato.

—Está bien.

Odessa da un chillido de emoción y me da un abrazo rápido. No le devuelvo el gesto.

—¡Gracias! Te prometo que todo será perfecto.

Lo dudo, pero ya es demasiado tarde. Parece que Alix tendrá una fiesta de cumpleaños y yo otra maldita oportunidad de fingir que no me estoy obsesionando con ella.

—¿Qué hiciste hoy? —pregunta Alix.

Thorne la mira desde el otro lado de la mesa.

—Nada que pudieras entender —responde con desdén.

—Inténtalo.

Él deja el tenedor y le sonríe. Bueno, al menos se le curvan las comisuras de la boca, pero es más una mueca burlona que una sonrisa.

Contengo el impulso de estrellar el cráneo contra la pared detrás de mí.

Estas cenas ya serían lo bastante aburridas si me permitieran participar en ellas, pero quedarme de pie contra la pared, observando cómo transcurren, es casi una tortura.

Lo cual, por supuesto, es exactamente la razón por la que Thorne me obliga a hacerlo.

Había sospechado de lo fácil que aceptó mi regreso. Claro, había prometido hacerlo y yo esperaba que cumpliera, pero pensé que tendría que esforzarme más para lograrlo. A Thorne le gusta recordarles a todos que él es quien tiene el poder, especialmente a mí. Fue diabólico, en realidad. Me devolvió el cargo y la autoridad, pero enseguida me ordenó vigilar a Alix para impedir que hiciera uso de nada de ello.

El único error que cometió es creer que odio custodiar a Alix.

Lo cual… en cierto modo, es cierto. No del todo.

«Maldita sea».

—He estado preparándome para la celebración de la luna rosa —le dice Thorne a Alix.

—¿Eso implica mucho trabajo?

—No debería, pero la incompetencia de la corte no deja de sorprenderme.

—¿Qué es exactamente la luna rosa? —pregunta ella.

—Es un evento lunar que ocurre cada doce años. El sol queda bloqueado durante veinticuatro horas completas y una oscuridad total cae sobre la tierra.

—Eso debe de ser conveniente, con todo… —Se encoge de hombros con torpeza, claramente insegura de si él se ofenderá porque acaba de mencionar la maldición.

Él asiente.

—Exactamente. Ha habido muchas lunas rosas en el último siglo, pero solo una coincide con el último día de la maldición.

Ella se inclina hacia adelante, intrigada.

—¿Eso significa algo?

—Eso es lo que he estado intentando averiguar. Con una sola oportunidad para terminar con mi sufrimiento, quiero asegurarme de que todo salga bien.

Ella pone cara de preocupación. Cierro la mano en un puño, la abro y repito el gesto.

Thorne está siendo amable con Alix… o al menos tan amable como lo he visto jamás. Parece que quiere que ella —o mejor dicho, Isabelle— lo vea como alguien más bondadoso y amable de lo que es. Eso podría ser algo bueno, salvo que yo sé perfectamente que no es así. Él no ha cambiado; solo ha mejorado su actuación.

No es que deba importarme. Demonios, si Alix se deja engañar, entonces mejor para todos, ¿no? Debería desear con todas mis fuerzas que se enamore de él y rompa la maldición.

Cierro el puño otra vez y esta vez no lo suelto.

—Yo también he querido preguntarte algo —dice Thorne.

Alix traga un sorbo de vino.

—¿Sí?

—¿Por qué has dejado de leer?

«Mierda».

Alix se congela y mira, casi sin darse cuenta, hacia mí. Sus ojos se cruzan con los míos y estoy seguro de que Thorne lo nota por la forma en que se le tensa el cuerpo.

—¿Dejado de leer? —dice Alix, a la espera de que él elabore su pregunta.

—Sí. Antes traías libros a la mesa todas las noches, pero no lo has hecho desde que regresaste. ¿Por qué?

—Oh, bueno, supongo que simplemente no me han dado ganas…

De pronto recuerdo que, a principios de la semana, Alix preguntó por libros. Había olvidado por completo llevarla a la biblioteca, ya que casi no ha salido de su habitación desde entonces. Mierda, ¿habría podido evitar esto si lo hubiera recordado?

Al darse cuenta de que su excusa no resulta muy creíble, Alix me mira por segunda vez. No creo que sea consciente de que lo está haciendo, pero esta vez estoy seguro de que Thorne lo nota.

—Es culpa mía —suelto de golpe, sin tener idea de qué diré a continuación.

Los ojos de Thorne se entrecierran hacia mí.

—¿Tu culpa? Explícate.

«Maldita sea. Mierda. Hijo de…».

—No me gusta que Isabelle deambule; hace mi trabajo mucho más tedioso.

Su expresión se vuelve peligrosa.

—¿De verdad crees que tu comodidad importa?

—Siempre. —Le lanzo una sonrisa, sabiendo que lo irritará, quizá lo suficiente como para que olvide lo que le despertó sospechas.

Thorne arruga la frente y vuelve a tomar el tenedor, reanudando la cena.

—Llévala a la biblioteca de ahora en adelante.

Casi me río de alivio.

—Por supuesto. Lo que usted diga.

Para mi enorme alivio y sorpresa, el resto de la cena transcurre sin incidentes. Alix parece aburrida, y Thorne, molesto, pero al menos la mirada suspicaz ha desaparecido.

Cuando Alix termina su postre, por fin me aparto de la pared y me coloco junto a su silla. Ella se levanta, le da las buenas noches a Thorne y avanzo rígido a su lado hasta la puerta.

—Ashwater —me llama Thorne—. Un momento.

Me giro hacia Alix.

—Espera afuera un instante.

Ella se encoge de hombros y sale del comedor, cerrando la puerta tras de sí. Me doy vuelta y le dedico a mi hermano una mirada de aburrimiento.

—Thorne. ¿Qué puedo hacer por ti?

Mi hermano hace una mueca, pero no dice nada.

Me llama por mi apellido casi por la misma razón por la que yo uso su nombre de pila: quiere recordarme que, aunque estamos emparentados, nunca estaré en la línea de sucesión al trono, y a mí me gusta recordarle que, haga lo que haga, jamás podrá librarse de mi existencia. Estoy seguro de que la razón por la que nunca me corrige cuando lo llamo por su nombre es porque no quiere llamar la atención sobre ese asunto. Esa es también, casi con toda certeza, la razón por la que no quiso que me ejecutaran hace tantos años: mi muerte habría legitimado la amenaza que represento para él y su corte.

Todo ese peso flota en el aire entre nosotros cuando se acerca.

—¿Te estás divirtiendo? —pregunta.

—¿A qué te refieres?

—¿Estás disfrutando tu regreso a la corte?

Me contengo para no soltar una réplica burlona y me recuerdo que él cree que me volví más leal desde que salí de Dyaspora. Aun así, no logro sonar entusiasta. Me encojo de hombros.

—Aquí hay casi tanta nieve como en Dyaspora, pero al menos la comida es mejor.

Parece molesto, pero no insiste.

—Quería preguntarte por Isabelle.

Se me aguzan los oídos.

—¿Qué pasa con ella?

—¿Te ha parecido extraña desde que regresó?

El corazón se me acelera. ¿A qué se refiere? ¿Foulo por fin salió del agujero en el que se había escondido y le contó a Thorne sus sospechas?

—¿Extraña cómo? No la conocía antes, así que no tengo con qué comparar.

Pone cara de desagrado y mira por encima del hombro, buscando a Alix.

—¿Ha parecido asustada?

—¿Asustada? —Me echo un poco hacia atrás, genuinamente sorprendido —. No.

Emite un sonido a medio camino entre un gruñido y un murmullo.

—¿Por qué? —pregunto, esperando que no se note en mi voz cuánto ansío oír su respuesta.

—Me preocupa que haya visto algo que no debía antes de irse, hace tantos años. No ha estado explorando cuando tú la vigilabas, ¿verdad?

Niego con la cabeza.

—Casi no sale de su habitación.

—Bien —dice, distraído—. Hay otra cosa. Necesito conseguirle un regalo de bodas, algo que pueda presentarse en el baile, frente a la corte. ¿Se te ocurre qué podría gustarle?

—La verdad es que no la conozco tan bien como tú.

—¿Cómo es posible, si estás con ella todo el tiempo?

Entrecierro los ojos, confundido. Está hablando de Isabelle, ¿cierto? ¿La mujer que quiso de vuelta tras décadas de separación? ¿La mujer a la que le consiguió un collar encantado para mantenerla inmortal? ¿La mujer por la que me liberó para ir a buscarla? ¿Cómo carajos puede no saber qué regalarle? A menos que sepa que hay algo distinto en ella.

—Debes saber algo —dice, exasperado.

—Un violín —suelto de pronto.

Entrecierra los ojos.

—¿Sabe tocar ese instrumento?

«Mierda».

—Mencionó que empezó a aprender en los últimos años —miento—. No sé si tenga talento.

Arruga la frente, todavía suspicaz.

—Está bien, entonces.

Recuerdo que Alix comentó que Thorne no parecía interesado en ella y, en ese momento, fui incapaz de procesar nada de lo que decía, más allá de la rabia irracional ante la idea de que ella quizá quisiera coger con mi hermano. Ahora entiendo a qué se refería. Él claramente no está interesado en ella: se nota en cómo evita estar a su alrededor y en que ni siquiera parece consciente de su presencia. Yo apenas logro dejar de mirarla el tiempo suficiente para sostener esta conversación, pero Thorne claramente no padece la misma obsesión.

Pero ¿eso significa que hay algo mal en él?

¿O es que hay algo mal en mí?



CAPÍTULO 17

ALIX

—¡Alix, despierta!

Abro los ojos con una intensísima sensación de *déjà vu* y con la cara de Odessa inclinada sobre mí.

—Hola. —Bostezo—. ¿Qué hora es?

—Alrededor de las cinco de la tarde.

Por un segundo, mi cerebro adormilado no logra procesar lo que dice y necesito un momento para recordar que aquí las cinco de la tarde equivalen más o menos a las cinco de la mañana. Uf. Puede que ya me haya acostumbrado a los horarios, pero la terminología nunca termina de cuadrarme.

—Claro… —Reprimo otro bostezo—. ¿Vamos a algún lado?

—Sí, pero es una sorpresa. ¡Feliz cumpleaños!

Pese a todo, se me dibuja una sonrisa en la cara.

Odessa bailotea hasta el armario, dando saltitos a cada paso. Saca un abrigo de lana color verde azulado con ribetes de piel blanca y me lo tiende.

—Este color te queda bien.

No me tomó mucho tiempo aprender que lo más sencillo es no discutir con ella por cosas así y simplemente seguirle la corriente. Me visto rápido con un vestido verde salvia y el pesado abrigo verde azulado, y luego la acompaño escaleras abajo.

Es temprano —o más bien, tarde—, así que no hay muchos cortesanos en el salón ni rondando fuera de la sala del trono. El castillo se siente quieto e

incluso más imponente de lo habitual por su vacío resonante.

Odessa me guía a través del laberinto de corredores hasta el vestíbulo de entrada del primer piso. Las únicas personas con las que nos cruzamos son uno de los guardias de casaca roja, de pie en una hornacina, hablando en voz baja con una mujer de cabello oscuro. El guardia es rubio, delgado, con grandes alas de color cobrizo.

—Eso es tan triste —suspira Odessa en voz baja.

Arrugo la frente.

—¿Qué lo es?

—Tiene las alas desplegadas y no está bajo una amenaza directa. A menos que ella le esté clavando un cuchillo en el estómago. —Mira por encima del hombro a la pareja que susurra—. No. No hay cuchillo, así que definitivamente es solo triste.

—No entiendo. Explícamelo como si tuviera cinco años.

Las comisuras de su boca se elevan apenas un segundo, antes de que su expresión vuelva a ponerse seria.

—Hace miles de años, las criaturas fae tenían alas todo el tiempo, pero evolucionaron más allá de eso. Ahora las alas solo aparecen en momentos de emoción intensa.

—Como en experiencias cercanas a la muerte —apunto, recordando lo que Kastian me explicó.

—Exacto. Pelear es el momento más común en que se ven alas, pero no es el único. Los machos tienden a mostrarlas cerca de sus almas gemelas, incluso antes de que el vínculo se forme por completo. Ver, de manera casual, las alas de alguien con quien sales es como… —dice mientras agita la mano en el aire— algo muy importante.

—Ah. De acuerdo, supongo que tiene sentido.

Llegamos a las puertas principales del castillo y Odessa las empuja de par en par. El aire frío de la noche se derrama hacia el interior, trayendo consigo el aroma de la nieve y las rosas, y hace que la piel expuesta de mi cara y mi cuello se erice.

—Así que por eso lo que sea que pasaba con ellos allá atrás resulta tan deprimente —continúa Odessa mientras bajamos los escalones helados—. Claramente son vínculos nuevos, pero solo quedan unas semanas antes de la

luna rosa. Simplemente no parece justo encontrar a tu alma gemela y perderla tan rápido. Yo preferiría no encontrarla nunca.

Una ansiedad punzante se me instala en el estómago. Presiono mis dedos enguantados contra el abdomen, intentando que el retortijón se detenga.

—¿Entonces no crees que la maldición se romperá?

Me mira con brusquedad y tiene que extender la mano hacia el barandal para no tropezar y caer por la interminable escalinata.

—No, perdón… no quise decir eso.

Se instala un silencio incómodo, porque, claramente, sí quiso decirlo. Supongo que no soy la única con dudas sobre este plan. Tal vez si yo realmente fuera Nana, funcionaría… pero quizá ni siquiera entonces, porque el rey está tan desinteresado. No se ve ni se siente como un amor predestinado.

Odessa exhala con fuerza.

—Mira, las sirenas somos muy supersticiosas. Culturalmente creemos mucho en el destino y no creo que cosas como estas ocurran porque sí. Cuando Belle llegó a Ellender hace tantos años, todos pensamos que ella sería quien finalmente nos salvaría. ¿Y ahora su nieta está aquí, cuando solo quedan unas semanas para romper la maldición? Eso me suena a destino. No sé qué va a pasar, pero creo que hay una razón para que estés aquí.

La sensación de malestar en mi estómago se intensifica. Yo, en lo personal, no creo en el destino, pero por una vez espero estar equivocada. Cuanto más tiempo paso aquí, más real se vuelve todo y más me cuesta imaginar que en dos semanas toda la corte desaparezca. «Y Daemon desaparezca con ellos», también concluyo.

—Espero que tengas razón. —Le dedico una sonrisa débil y luego revuelvo mis pensamientos en busca de algo que cambie el tema—. Para ser una sirena, sabes bastante sobre los fae…

Me lanza una mirada de reojo.

—Bueno, sí, crecí en la corte.

—Pero tú no eres un hada u otro tipo de fae, aunque tú y Daemon son primos —digo, con intención de indagar.

Siento una curiosidad intensa por este mundo y por cómo funciona todo, pero nadie parece muy dispuesto a explicarlo. Tengo la impresión de

que Odessa y los demás no me ocultan nada a propósito; simplemente no se les ocurre explicar cosas que para ellos son obvias.

—El rey Thorne es medio hermano de Daemon por parte de su padre biológico, y yo soy su prima por parte de su madre, la señora Ashwater.

Pongo cara de confusión, tratando de mantener todo en orden dentro de mi cabeza.

—Ah, de acuerdo.

—Mi madre era una sirena y mi padre era el hermano de la señora Ashwater. Eso me haría mitad fae, excepto porque todas las hijas de las sirenas también son sirenas.

Asiento. Noto, como alguien cuyo padre también murió, que dice «era». Su padre *fue* el tío de Daemon, pero ya no lo es. Una oleada de empatía, de esas que solo nacen de haber perdido también a uno de los padres, me invade, y al instante me siento más cercana a Odessa sin que ella tenga que hacer nada.

No quiero obligarla a entrar en detalles si no quiere, pero hay una pregunta que no logro contener.

—Entonces… perdón si esto es de mala educación, pero ¿por qué tienes piernas?

En mi cabeza, la voz de Gretchen Weiners grita: «Dios mío, Alix. ¡No puedes ir por ahí preguntándole a la gente por qué tiene piernas!».

—Es una historia larga —responde Odessa, evasiva—. Y además, ya casi llegamos.

Bajo la cabeza, un poco incómoda por haber sido entrometida. ¿Y si las colas de las sirenas son como las alas de las hadas y otras criaturas fae, y solo aparecen a veces? ¿O quizá Odessa no es como las sirenas de los cuentos que me he estado imaginando y es otra cosa?

Odessa engancha su brazo con el mío y trota por los escalones que faltan. Al llegar abajo, gira a la izquierda y me guía unos cuantos metros hasta un edificio bajo de paredes de madera. De inmediato me golpea el olor a heno y a caballeriza.

Me quedo paralizada.

—¿Qué es esto?

—Las caballerizas —dice Odessa.

«Eh… no. No, gracias. Sáquenme de aquí ahora mismo».

Estamos en una sala alargada, más grande de lo que parecía por fuera. Hay filas y filas de caballerizas en ambos lados, con un pasillo central. Al fondo distingo cuatro figuras familiares con casacas rojas que ajustan las sillas de montar sobre varios caballos enormes, negros y castaños.

Apenas reparo en los hombres, porque estoy completamente petrificada con los caballos. Doy un gran paso hacia atrás y me quedo justo en el umbral de la entrada.

—¿Qué pasa? —pregunta Odessa.

Antes de que pueda responder, Kastian, que es el más cercano, levanta la vista al oír su voz. Su movimiento repentino sobresalta a los caballos. El semental que tiene al lado raspa el suelo con la pata, nervioso, y él le da unas palmadas en el cuello para tranquilizarlo.

Odessa vuelve a tomarme de la mano e intenta arrastrarme más adentro.

—Vamos, ¡esto será divertido!

Clavo los talones en el suelo para no dejar que me arrastre.

—¿Qué estamos haciendo aquí?

—Vamos a hacer una pequeña excursión a la luz del día —dice Odessa, con alegría—. O una excursión nocturna, supongo que eso sería más adecuado.

—¿Y vamos a ir en eso? —pregunto, nerviosa, mirando hacia el caballo más cercano.

—Sí —responde Daemon, saliendo de detrás de uno de los animales.

Levanto la vista y me encuentro con sus ojos. Apenas hemos hablado en días, pero, por supuesto, mi cuerpo traidor no lo sabe. El corazón se me acelera solo con verlo y siento una caída extraña en el estómago.

«¡Dios, contrólate!».

—Eh… está bien. —Aparto la mirada de Daemon y miro hacia abajo, mordiéndome el labio—. Pero, solo para aclarar: ¿te refieres a que iremos en una carreta tirada por caballos, verdad? Como cuando venimos desde la posada.

«Por favor, por favor, di que sí».

—No —responde Daemon—. Vamos a montar. El tren todavía no está reparado y, de todos modos, no llega a donde nos dirigimos.

—Eh, no. No, gracias —suelto de golpe, y me zafo del brazo de Odessa y retrocedo unos pasos—. Hagan lo que quieran, pero yo no voy a subirme a un caballo.

—¿Nunca has montado? —pregunta Kastian, sorprendido.

—¿Una vez?

—¿Qué pasó?

—No quiero hablar de eso. No importa. Simplemente no me siento cómoda con los caballos. A distancia están bien, pero no voy a montar uno.

Perplejo, Daemon se vuelve hacia los demás.

—No podemos llevar una carreta. Es demasiado lenta.

—Puede ir contigo —propone Jett.

«Como si fuera tan sencillo».

Levanto ambas manos.

—De ninguna manera. Eso no lo hace menos aterrador, solo menos cómodo.

Daemon hace una mueca.

—Entonces, supongo que no iremos.

Miro a mi alrededor. Odessa se ve desolada e incluso los demás parecen decepcionados. De inmediato me siento fatal. Están intentando hacer algo lindo por mí y mi miedo estúpido lo está arruinando. Suspiro y me pellizco el entrecejo.

Me invade un pensamiento: «Odio decepcionar a la gente».

Acepto al menos intentarlo con el caballo, y todos observan conteniendo la respiración mientras Daemon me levanta y me acomoda en la silla. Yo también contengo el aliento, pero por razones muy distintas. Tengo miedo de mover un solo músculo y asustar al animal.

—Toma las riendas —dice Daemon.

—No, gracias, estoy bien así —respondo rígida, aferrando los dedos al borde de la silla.

Él cierra los ojos y echa la cabeza hacia atrás, claramente rogando paciencia.

—¿Puedo asumir que no sabes montar a caballo?

Me muevo lo suficiente como para lanzarle una mirada de advertencia.

—Te dije que no me acerco a los caballos. Lo más cerca que he estado de convivir con animales de granja es cuando mis Barbies montaban a mis

Little Ponies. ¿Por qué demonios asumirías que sé montar?

Jett se recarga contra una de las caballerizas y se cruza de brazos.

—Te lo digo, Ashwater, todo esto se resolvería si simplemente la llevaras contigo.

Daemon alza una ceja, interrogándome.

Al principio digo que no, pero, después de otros diez minutos de idas y vueltas, de algún modo termino aceptando montar con Daemon. De verdad necesito trabajar en mantenerme firme, o al menos en explicarme mejor cuando algo me incomoda, pero supongo que hoy no es ese día. Además, sí quiero celebrar mi cumpleaños, aunque solo sea por cambiar de paisaje.

Espero sentarme en la parte trasera del caballo, como si fuera una motocicleta. En cambio, Daemon me coloca delante de donde él se sentará. Quedo pegada al borde de la silla, con el fuste de cuero clavándose en las nalgas.

Todo empeora cuando Daemon sube detrás de mí.

Es evidente que sabe moverse a caballo porque se acomoda en la silla de montar con esa memoria muscular segura que delata años de práctica. Por desgracia, en cuanto se sienta, lo siento tensarse.

—Tienes que echarte para atrás.

—Eh, no, estoy bien así.

Esto ya es lo bastante espantoso; no creo que presionar mi cuerpo contra su entrepierna vaya a mejorar la situación.

—No puedes sentarte así en el borde de la silla —se queja Daemon.

—¿Por qué no?

—Porque en cuanto empecemos a movernos, tu bonita cosita ya no va a estar tan bonita. Te va a doler tanto que mañana no vas a poder caminar.

Me quedo con la boca abierta y el calor me sube a la cara.

—¿Perdón?

No responde. En lugar de eso, sus manos se cierran alrededor de mi cintura y me arrastra hacia atrás, hasta que mi espalda queda pegada a su pecho.

Me muevo un poco para acomodarme y, tal como temía, mi cuerpo se presiona con firmeza contra él.

—¿Ya estás contento?

—Perfecto.

Me toma un segundo procesar que lo que dijo no es, en absoluto, una respuesta a mi pregunta. Un escalofrío me recorre la columna y tengo que morderme el labio para no decir alguna estupidez cuando por fin empezamos a movernos.

No tardo en darme cuenta de que tenía razón al temerle a los caballos. Cabalgar es aterrador, y lo empeora el hecho de que lo único que me distrae es el aroma a almizcle, rosas y pino del jabón que Daemon usó hace poco, y la forma en que mi cuerpo rebota contra él con cada movimiento.

Pronto llegamos al camino de tierra que atraviesa el bosque y todos se dispersan, cabalgando en grupos de dos o tres. Es evidente que llevan años montando, probablemente tanto tiempo como yo viajando en coche.

—¿Por qué le tienes miedo a los caballos? —pregunta Daemon.

Aprieto los dientes.

—No quiero hablar de eso. Y además, este es probablemente el peor momento posible para recordarme que tengo miedo.

Toma aire como si fuera a decir algo más, pero no lo hace.

Cabalgamos durante quince minutos en silencio, con Daemon sentado perfectamente recto e inmóvil detrás de mí. Al final se ajusta un poco y su barbilla queda justo sobre la coronilla de mi cabeza. Sin proponérmelo, me relajo lo suficiente para dejar de ir tan tensa y apoyar la espalda con más firmeza contra su pecho. Él no dice nada al respecto y se lo agradezco, porque no sabría cómo explicarme.

Una parte de mí no quiere saber nada de él, mientras que la otra quiere treparse a su regazo y comprobar si besa tan bien como lo recuerdo.

Coronamos una colina baja y me quedo con la boca abierta al ver decenas de luces centelleando a lo lejos. A medida que nos acercamos, aparece un pequeño pueblo. Sé que Nana nunca vio este lugar, de haberlo hecho, sin duda lo habría incluido en el libro.

El pueblo es pintoresco, con casitas pintadas de colores vivos, flores en cada ventana y faroles brillantes colgados de los tejados, iluminando la calle de tal modo que, aunque el cielo está oscuro, todo se siente cálido y acogedor.

Al pasar, la gente sale de sus casas para vernos y saludar con la mano o gritarnos palabras de bienvenida.

—¿Por qué nos aclaman? —pregunto.

—Porque nadie ha venido a supervisarlos desde hace noventa años.

Arrugo la nariz, confundida.

—Entonces eres como su rey.

—No, soy barón. Es un título de nobleza menor, como… —piensa un momento, claramente tratando de encontrar la palabra adecuada—, como un gobernador.

—¿Y nadie se convirtió en el nuevo gobernador mientras no estabas?

Niega con la cabeza y siento el movimiento contra mi espalda.

—Es un título hereditario. A menos que muera o tenga hijos, esta gente está por su cuenta.

Arrugo la frente. Eso no me parece correcto. Pero, pensándolo bien, soy demasiado moderna como para lidiar con la política fae. He visto *Los miserables* como veinte veces y, si yo tuviera que enfrentar una monarquía absoluta en el día a día, estaría cantando a todo pulmón «La canción del pueblo».

—¿Cómo se llama el pueblo? —pregunto, cambiando de tema.

Daemon se aclara la garganta.

—Storia.

Quiero detenerme y explorar, pero seguimos cabalgando y al final nos detenemos de golpe frente a una mansión extravagante. Los muros de piedra envejecida están cubiertos de rosales trepadores y hiedra, lo que le da a la casa un aire rústico y elegante a la vez. La sombra de una pequeña torre se alza detrás del pico del techo y, a un costado, distingo un gran jardín de rosas. Al frente hay un patio donde se detienen nuestros caballos.

—No me digas que esta es tu casa —digo, maravillada.

Daemon no responde; baja de la silla de un salto y aterriza con ligereza sobre el empedrado.

—Déjame ayudarte a bajar.

Trago saliva. No quiero parecer indefensa, pero al mismo tiempo no tengo ni idea de cómo demonios bajarme de esta cosa. De algún modo paso la pierna por encima del cuello del caballo y entonces Daemon se acerca, me rodea la cintura con sus brazos fuertes y me baja con gracia. Una descarga eléctrica me recorre el cuerpo al sentir el roce de sus dedos contra mi piel y me eriza la espalda.

—Gracias —susurro.

Abre la boca para decir algo, pero no alcanza a hacerlo.

Se oye un grito fuerte y, de pronto, una figura borrosa se nos viene encima.

Una mujer sale corriendo de la casa y me ignora por completo mientras se lanza directo hacia Daemon. Dice algo, pero no logro entenderla entre sus sollozos. Daemon sí parece comprender, porque responde:

—Lo siento mucho.

La mujer es un poco robusta y varios centímetros más baja que mi 1.62 de altura. Tiene el cabello negro azabache recogido en un chongo en la nuca y lleva un delantal de encaje morado y dorado sobre un vestido color crema. Se me revuelve el estómago. ¿A cuántas exnovias voy a tener que conocer?

Y, como siempre, ¿por qué demonios me importa?

Retrocedo hacia Odessa y los demás, pero no alcanzo a llegar antes de que Daemon se zafe de la mujer que llora y dé un paso atrás. Ella saca un pañuelo del bolsillo y se suena la nariz con fuerza.

Un poco perdido, Daemon gira sobre sí mismo, buscándome con la mirada.

—Al… Isabelle —dice, tropezando con mi nombre—. Ven a conocer a la señora Ashwater, mi madre.

«Ah… *¡Ah!*».

Ahora me siento como una completa idiota, porque ese abrazo era claramente maternal y yo estaba a la defensiva sin ningún motivo.

Para ser justos, la señora Ashwater sí se ve muy joven para tener un hijo adulto. Esto debe de ser lo que pasa cuando nadie envejece: cuesta distinguir a los padres de los hijos ya crecidos. Aun así, es evidente que estoy lidiando con unos celos rarísimos que nunca había experimentado. Nunca. Ni con Ryan ni con nadie más. ¿Qué demonios me está pasando?

—Es un placer conocerla, señora Ashwater —digo, segura de que estoy sonrojada.

—¡Ay, por favor! —La señora Ashwater se suena la nariz con estruendo y luego le da un manotazo en el brazo a su hijo con el mismo pañuelo—. Nadie me llama «señora» desde hace años. Puedes llamarme Beatrix.

—De acuerdo. Hola —repito, todavía un poco aturdida por todo el intercambio.

No sé por qué no se me ocurrió que ir a la propiedad familiar de Daemon implicaría conocer a su familia. No tengo el mejor historial con las familias: la mamá de Ryan me odió desde el momento en que me vio y nunca logré entender por qué. «Me pregunto si a ella le caerá mejor Jenna».

—¿Cómo te llamas, querida? —pregunta Beatrix—. No alcancé a escucharlo.

—Ella es Isabelle —dice Daemon con énfasis.

Beatrix arruga la frente y se inclina hacia mí, igual que lo hizo Odessa cuando nos conocimos. Sus ojos recorren con astucia mi cara durante un largo instante.

—¿Isabelle… qué?

—Isabelle Reading —completo de inmediato.

—Interesante. —Sus ojos se entrecierran apenas un segundo antes de apartarse y sonreír—. Bueno, pasen. Seguro querrán té. ¿Y un postre? —Hace un gesto hacia la puerta—. ¡Están en su casa!

La Finca Ashwater es exactamente eso: una finca.

Nunca tuve muy claro qué significaba esa palabra y siempre la asocié con fraccionamientos cerrados y campos de golf privados, pero la casa de Daemon no se parece en nada a eso. Cada centímetro del vestíbulo resplandece: desde el mosaico reluciente del piso hasta la gran escalinata que conduce a los niveles superiores.

Beatrix nos guía más allá de la escalera principal y atraviesa un par de puertas dobles finamente talladas hacia un comedor formal. Más allá hay una cocina amplia, digna de un chef de alta cocina pese a la ausencia de electrodomésticos modernos. A pesar de su tamaño, la habitación resulta cálida y acogedora. El aroma a pan recién horneado sale del horno y llena el espacio de un consuelo nostálgico.

Tal como prometió, Beatrix prepara té y galletas. Dado que es una dama —sin importar cómo prefiera que la llamen—, yo esperaba que tuviera un ejército de sirvientes, pero me sorprende al encargarse de todo ella misma. Va de un lado a otro por la cocina con una energía muy de «mamá» que nunca había experimentado de cerca.

Mientras hierve el agua, Beatrix suelta un monólogo sobre todo lo que pasó mientras Daemon estuvo fuera. El pueblo no creció mucho, pero perdió menos personas por la maldición que otras aldeas de la región. Alguien abrió una nueva panadería y el vendedor ambulante de libros decidió establecerse aquí el año pasado y abrió una librería permanente. Beatrix trabajó con frecuencia en el jardín y alguien llamada Aurelia está bien, salvo que últimamente ha estado pidiendo viajar fuera de Storia.

—¿Dónde está? —pregunta Daemon al oír el nombre de Aurelia.

—Oh, por ahí, en alguna parte —responde Beatrix con aire despreocupado mientras lleva un plato de galletas a la mesa—. Estoy segura de que aparecerá a la hora de la cena.

Toma asiento en la silla principal de la gran mesa de madera y clava en su hijo una mirada severa. Sus ojos, antes llorosos, ahora son implacables.

—Bien, ¿vas a explicarme qué haces aquí o prefieres que lo adivine?

Miro a Daemon, de pronto muy interesada en ver cómo termina esto. Escuché que la mejor manera de saber cómo es realmente un hombre consiste en observar cómo trata a su madre. Ojalá lo hubiera oído antes de casarme con Ryan. Siempre fue grosero con la suya, mientras ella actuaba como si él cagara rosas y arcoíris.

Sacudo la cabeza.

No estoy evaluando a Daemon para nada y no debería importarme cómo trate a su madre. De hecho, probablemente debería retirarme antes de hacer algo estúpido… como sentirme demasiado cómoda aquí o derretirme en un charco de sentimentalismo sin razón.

Me pongo de pie de forma abrupta. Todos se giran a mirarme.

Mi mirada recorre la cocina y se detiene en una puerta trasera. Más allá, alcanzo a ver hileras interminables de rosales.

—¿A alguien le molesta si salgo a explorar afuera? Es precioso y, de todas formas, ya me sé esta historia.

Seis pares de ojos se apartan de mí y se posan en Daemon, claramente a la espera de su reacción. Él aprieta la mandíbula, como si librara una batalla interna. Estoy a punto de recordarles que es mi cumpleaños cuando dice:

—Está bien. Que uno de ustedes vaya con ella.

Al unísono, Fox, Jett y Kastian se ponen de pie. Se miran, se encogen de hombros y los cuatro nos dirigimos a la puerta.

—¡Yo también voy! —dice Odessa, levantándose con rapidez.

—Siéntate —ordena Beatrix con severidad—. No creas que te vas a escapar sin explicarme por qué no viniste en años. No estabas en prisión, no tienes excusa.

Odessa se sienta con un bufido y se aparta el fleco de la cara con un soplido. Bajo la mesa, veo a Daemon patear su silla y lanzarle una mirada que parece decir: «al menos no soy el único que recibirá un sermón». Odessa le hace una mueca y luego toma un tenedor, lo hace girar entre los dedos y pone cara de fastidio.

Casi me río. Por una fracción de segundo parecen adolescentes y, por primera vez, puedo imaginar cómo funcionaba esta pequeña y dispareja familia antes.

Una chispa de celos y anhelo me golpea directo en el pecho.

Sí, necesito salir de aquí.

No quiero pensar en eso, porque alguna parte estúpida de mí se muere por formar parte de una familia unida y perfecta, y lo último que necesito es olvidar que no pertenezco a este lugar.

El jardín se siente como otro mundo.

Hileras interminables de rosales se extienden colina abajo hasta perderse de vista. Algunos son tan altos que bien podrían ser árboles, y abrirse paso entre ellos es como quedar atrapada en un laberinto de setos fragantes. La oscuridad aterciopelada se ilumina con un mar de luciérnagas centelleantes.

—Mierda, este lugar es enorme —dice Jett, asombrado, girando sobre sí mismo para abarcar cada rincón del jardín—. Ya no me siento mal por haberle sacado dinero a Ashwater en el póquer. Está claro que puede pagarlo.

Hago una mueca al recordar la promesa de Daemon de pagarme más oro del que podría imaginar. En su momento pensé que exageraba, pero estaba tan quebrada que no estaba en posición de negociar. Después de ver esta casa, sin embargo, me pregunto si lo decía en sentido literal. Ni siquiera quiero saber cuánto costaría un lugar así en mi mundo. ¿Diez millones de dólares? ¿Cien millones? Es difícil decirlo.

—¿Ninguno de ustedes sabía de esta casa? —pregunto.

—¡Ni de broma! —Jett sonríe mientras cruza el jardín con la expresión de niño que visita Disney World por primera vez—. Sabíamos que tenía un título antes de Dyaspora, pero nunca había visto una finca como esta que no fuera un palacio real.

—Yo sí sabía —dice Kastian sin inflexión.

Lo miro.

—¿Tú sí? ¿Por qué?

Se encoge de hombros, con pinta de arrepentirse haber hablado.

—Sé lo que es un barón. Esto no es inusual para ese tipo de título.

—Entonces, ¿tú también creciste en un lugar como este?

Se remueve, incómodo.

—El lugar donde crecí no es digno de recordarse.

«Vaya. Está bien…».

Un poco incómoda, como si por accidente hubiera tocado algo que incomodó a Kastian, me apresuro a seguir a Jett, que ya desapareció entre los rosales silvestres.

Sin embargo, me doy cuenta de que Jett desapareció por completo.

Apenas doy unos pasos entre las rosas y ya me siento totalmente aislada de la finca y del pueblo que queda atrás. Hay silencio, salvo por el crujido de mis pasos sobre el suelo escarchado. El aire está saturado del aroma de rosas y jazmines, una fragancia embriagadora que me atrae cada vez más hacia el interior. Me adentro en la oscuridad que me rodea, hasta dejar de prestar atención a por dónde camino.

Mi pie tropieza y estoy a punto de caer, salto hacia atrás cuando casi choco con una figura arrodillada en medio del sendero.

—¡Ah!

La mujer en el suelo me mira con unos ojos enormes y sobresaltados, como un venado deslumbrado por los faros de un coche. Se arrastra hacia atrás sobre el camino nevado y apenas logra esquivar mi pie cuando cae con fuerza justo donde ella estaba sentada.

Retrocedo de golpe, tratando de recuperar el equilibrio, y mi mano vuela hacia mi pecho, donde el corazón ya late con fuerza.

—Dios mío, mierda, ¡lo siento!

—Oh… no pasa nada —dice la mujer, parpadeando hacia mí, todavía un poco aturdida.

—Toma, déjame ayudarte.

Le extiendo la mano para levantarla.

Mira mi mano durante un largo segundo y mi pecho se contrae de culpa y vergüenza, hasta que por fin agarra con fuerza mis dedos.

—Gracias —susurra, incorporándose y sacudiéndose la nieve de la ropa.

La mujer es hermosa de un modo delicado. Bajita, delgada, con una capa color magenta brillante sobre los hombros. Tiene la piel bronceada, casi tan oscura como la de Kastian, y unos enormes ojos cafés, casi del mismo tono que su cabello. Lleva el cabello corto, apenas por encima de la barbilla, recogido detrás de unas orejas puntiagudas. Al ser una criatura fae, es difícil saber con exactitud cuántos años tiene, pero sus gestos me hacen pensar que es bastante joven.

—Perdón —digo otra vez, mientras mi corazón acelerado vuelve poco a poco a la normalidad—. Solo estaba explorando.

—De verdad, no te preocupes. —Esboza una sonrisa tímida—. Yo no debería estar en medio del camino así, pero vi este montón de rapónchigos y no pude evitar detenerme a recolectarlos.

—¿Montón de qué?

La mujer señala. Sigo su mirada hasta un grupo de diminutas flores azules, en forma de campana, que crecen al pie del rosal más cercano. Junto a las plantas hay también un montoncito de hojas recién arrancadas.

—Ah —digo, aunque no lo entiendo del todo—. Bueno, no quise molestarte.

—No pasa nada. —Su voz es suave y delicada, igual que su aspecto—. ¿Estás visitando la mansión?

—Sí. Soy Isabelle —respondo y el nombre se siente extraño en mi lengua.

Me extiende la mano para estrechar la mía y luego dice:

—Aurelia.

—¡Oh! —sonrío—. Beatrix te mencionó. ¿Vives aquí o…?

—¡Sí! —asiente, y su actitud cambia con rapidez, ya recuperada del susto —. Vivo aquí y casi nunca recibimos visitas, así que…

—¡Alix!

Aurelia se interrumpe y ambas nos giramos para ver a Jett abriéndose paso entre las rosas detrás de nosotras. Las ramas espinosas se le enganchan en la casaca roja brillante y en el cabello; él se las arranca con brusquedad y saca su espada larga para abrirse paso hacia mí.

—¡Alix! ¿Dónde…? —Me ve y sus ojos se iluminan—. Oh, gracias a los malditos dioses. Pensé que Ashwater iba a despellejarme vivo por perderte. No se lo digas, ¿sí?

Sonrío, divertida, pero Aurelia me mira con curiosidad.

—¿No se supone que te llamabas Isabelle?

—Eh… es una historia larga. —Por fin Jett llega hasta nosotras y me vuelvo hacia él, buscando una distracción para no tener que explicar lo de mi nombre—. Aurelia, él es Jett. Es… —hago una pausa porque me cuesta encontrar la palabra adecuada para describirlo— un amigo.

Espero que responda con un saludo entusiasta, pero no lo hace. Lo miro y descubro que ya no sonríe; se limita a mirar a Aurelia con evidente asombro. Cualquiera diría que nunca ha visto a una mujer bonita, pero ya lo he visto coquetear sin pudor con Odessa e incluso conmigo a veces.

—Eh… ¿ya se conocen?

Jett niega con la cabeza y luego vuelve a centrar su atención en mí.

—Regresemos a la casa. Estos jardines son rarísimos, lo juro: caminé unos pasos y me perdí.

—Ah, sí, eso pasa —dice Aurelia con una risa cristalina—. Vamos, yo les muestro cómo salir. Cuidado con las espinas. Estoy segura de que uno de estos días alguien va a perder un ojo por su culpa.

Toma su canasta de hierbas y avanza con seguridad por el sendero, claramente ya recuperada del susto que le di. De manera inusual, Jett sigue en silencio y sin sonreír mientras la seguimos.

—¿Vas a unirte a nosotros para la cena? —le pregunto.

Ella niega con la cabeza y se deteniene en el borde del jardín, donde las luces de la casa vuelven a ser visibles y la punta de la pequeña torre destaca contra el cielo oscuro.

—No… no lo creo. Pero fue un gusto conocerte, *Alix*.

Me dedica una sonrisa traviesa y le lanza una mirada a Jett antes de regresar hacia la casa.

Daemon y Odessa por fin salen del regaño de Beatrix y, durante el resto de la tarde, los seis exploramos la finca y el pequeño pueblo de Storia. El pueblo es mágico —incluso más propio de un cuento de hadas que la ciudad junto al Palacio de Invierno— y paso horas recorriendo las tienditas. La nueva librería que mencionó Beatrix es especialmente emocionante: polvorienta y desordenada, justo como deben ser las mejores librerías.

—Tengo un libro aquí escrito en inglés —me dice el librero, entusiasmado—. ¡Mira!

Tomo el libro y hojeo sus páginas delgadas con desconcierto. Es hermoso, una edición antigua con bordes dorados, pero arrugo la frente. Me acerco a Fox, que es quien está más cerca.

—Creí que todos estos libros estaban en inglés.

Fox me mira y alza una ceja.

—No. Nosotros no hablamos eso.

Me río.

—Eh… claro que sí. Estamos hablando en inglés ahora mismo.

Solo cuando las palabras salen de mi boca me doy cuenta de lo extraño que suena. No solo hablan inglés, sino que casi no ha habido un solo momento en que no entendiera lo que decían, como si todos hubiéramos crecido usando exactamente el mismo vocabulario.

Fox niega con la cabeza.

—Para mi oído, estamos hablando thermiano. El continente de Ellender está encantado con un lenguaje universal.

«Vaya, entiendo».

Me muero de ganas de hacer mil preguntas, pero seguramente tendré que hacérselas a Odessa si quiero más detalles, porque Fox podría sufrir un aneurisma si se ve obligado a articular tres oraciones seguidas.

—¿Qué encontraste? —pregunta Daemon, acercándose por detrás.

Doy un salto, sobresaltada tanto por su voz como por la sensación de su aliento en la nuca. Me pregunto en qué idioma está hablando en realidad. ¿Cómo sueno yo para él? ¿Soy tan torpe como siempre siento que soy o el filtro mágico del lenguaje suaviza todo eso?

Me estremezco y alzo el libro para mostrárselo.

—Es una primera edición. ¿Sabes cuánto valdría esto allá, en mi mundo?

Él mira el libro un segundo y luego alza la vista hacia el librero.

—¿Puede envolverlo para ella?

—Oh… no, no quise decir que… —empiezo a protestar.

—¿Lo quieres?

—Bueno, sí, pero no tienes que comprármelo.

Siento que el rubor me sube a las mejillas. No tengo idea de cómo funciona el dinero aquí, pero imagino que este libro es muchísimo más caro que mi estambre, y eso me hace sentir un poco rara.

Daemon estira el brazo por encima de mi hombro, me quita el libro de la mano y se lo pasa al librero.

—Es tu cumpleaños, ¿no? Considéralo un regalo.

Trago saliva y asiento.

—Gracias.

Parece que quiere decir algo más, pero no lo hace. Le paga al librero, que se ve lo bastante complacido como para que yo sepa que fue una fortuna, y me conduce de vuelta a las calles del pueblo.

Es casi medianoche y empezó a nevar ligeramente, así que nos refugiamos en una taberna para tomar algo. Cuando salimos, ya es hora de regresar a la finca para la cena y todos estamos un poco alegres por el alcohol. Jett y Odessa hablan tan fuerte que sus voces resuenan por toda la calle e incluso Daemon parece un poco menos serio de lo habitual, más parecido al tipo que conocí por primera vez en Ironhill.

Debe de sentir que lo miro, porque gira la cabeza y se encuentra con mi mirada. El estómago me da un vuelco y de inmediato bajo los ojos, concentrándome en la bolsa de compras que llevo en la mano. Mirarla no ayuda en absoluto a calmar las mariposas que me revolotean en el estómago.

La cena se sirve en el jardín.

Beatrix asegura que el comedor formal es demasiado sofocante y que la mesa de la cocina no es lo bastante grande para todos, así que estaremos más cómodos afuera. Yo, desde luego, no me quejo.

Hay dos mesas largas dispuestas en el patio cubierto de rosas, con espacio suficiente para que nos sentemos cómodamente los seis, además de

Beatrix.

Llevamos a la mesa platos de carne asada, verduras y enormes botellas de vino para servirnos al estilo familiar.

Daemon ocupa un extremo de la mesa y Beatrix el otro, dejándonos a los demás los lugares de los lados. Yo me siento junto a Daemon y frente a Kastian. La pobre Odessa queda al lado de Beatrix y puedo oír cómo la regañan a lo largo de toda la mesa.

—¿Fue idea tuya venir aquí? —le pregunto a Daemon.

Él niega con la cabeza, se traga el bocado que tiene en la boca y lo pasa con un sorbo de vino.

—De Odessa.

—Fue un bonito detalle de su parte.

Intento cruzar la mirada con ella, pero no lo consigo.

—En realidad no celebramos los cumpleaños después de las primeras décadas —dice Kastian—. Es agradable tener algo que festejar.

Me sonrojo, miro alrededor y me concentro en Fox y Jett, que están en una discusión ruidosa… o, mejor dicho, Jett discute y Fox asiente o niega en los momentos apropiados. Odessa parece haber escapado del regaño y de vez en cuando interviene, reforzando la postura de Fox con insultos de lo más coloridos.

Doy un largo trago a mi vino.

Esto es… agradable. Es extraño, pero agradable.

Terminamos de comer y Odessa salta de la mesa y corre al interior para buscar algo. Regresa cargando un pay enorme.

—Quería conseguirte un pastel de cumpleaños —dice—, pero no hubo tiempo. Espero que te gusten las bayas de nieve.

—No tengo idea de qué son —me río—, pero estoy segura de que estarán riquísimas. Gracias.

Deja el pay sobre la mesa y miro a mi alrededor.

—¿Ustedes no cantan?

—¿Cantar? —pregunta Daemon, con un tono casi horrorizado.

—Sí… como la canción de «Feliz cumpleaños». —Tarareo las primeras notas; me miran sin entender y suspiro—. Supongo que eso es cosa de humanos.

—Si quieres música, seguro podemos conseguirla —dice Odessa con rapidez.

—¡No, está bien! No lo decía por eso, de verdad, todo está perfecto.

Pero ella ya se fue, corriendo otra vez hacia el interior.

Corto el pay en rebanadas grandes y las paso por la mesa antes de servirme una. Odessa tenía razón: está increíble.

Y, hablando de ella, regresa justo en ese momento cargando un instrumento enorme, algo entre una guitarra y un banjo. Recuerdo vagamente que uno de los músicos de la posada tenía algo parecido.

—¿Qué es eso? —pregunto.

Jett extiende la mano.

—No sé cómo lo llamarían ustedes, pero los tocamos en Solistine. Dámelo.

Toma el instrumento y me sorprende descubrir que de verdad sabe tocarlo. Esperaba, a medias, que se pusiera a tocar alguna tonada simple como «Wonderwall» de Oasis, pero me llevo una grata sorpresa cuando rasguea las cuerdas unas cuantas veces y luego arranca con una melodía alegre.

Odessa empieza a aplaudir al ritmo.

—¡Ay, vamos a bailar!

—No —dice Daemon con tono sombrío, al mismo tiempo que yo asiento con entusiasmo.

Tal vez sea el vino, pero bailar suena como lo más divertido que podría hacer en la vida. Me pongo de pie de un salto.

Daemon me mira con la misma expresión de alguien a quien acaban de decirle que le van a sacar una muela.

Al otro lado de la mesa, Kastian se levanta y me tiende la mano.

—¿Bailamos?

Sonrío y pongo mis dedos en su palma, él me guía en un círculo alrededor de la mesa y luego hace algo parecido a un baile de *swing*.

—No tengo idea de cómo hacer esto —digo—. Nunca tomé clases de baile.

—Ojalá pudiera decir lo mismo —responde, mientras me hace girar con soltura—. He pasado más días en clases de baile de los que probablemente tú llevas viva.

—¿Por qué?

Se encoge de hombros, rígido.

—Mis padres lo consideraban necesario. Menos mal, porque si no me vería como aquel. —Inclina la cabeza hacia la izquierda.

Miro hacia donde señala y descubro que Odessa logró, de algún modo, convencer a Fox de bailar con ella. Aunque ninguno de los dos parece saber cómo hacerlo: ella gira a su alrededor en círculos mientras él se queda quieto, con cara de desconcierto.

—Parece que se están divirtiendo —digo—. O bueno, ella parece divertirse.

Él vuelve a mirar y observa a Odessa girar durante un largo segundo. Estoy a punto de sugerirle que me dé por caso perdido y vaya a invitarla a a ella, cuando Jett termina su canción y empieza una más lenta.

Kastian parpadea un par de veces, como si intentara sacudirse su distracción, y me hace girar antes de llevarme a una posición inclinada.

Tropiezo. Agito los brazos, pierdo el equilibrio y una punzadade miedo me atraviesa el pecho. Antes siquiera de poder procesar lo que ocurre, unos brazos fuertes me rodean y detienen mi caída.

Sé que es Daemon antes de mirarlo. Me sostiene un instante, con su latido firme contra mi espalda, y luego me ayuda a incorporarme con suavidad.

—Ya basta —dice con severidad.

Está claro que se dirige a Kastian, no a mí, pero respondo de todos modos.

—¿Perdón? No es tu trabajo decirme cuándo terminar.

—Creí que no querías bailar —dice Kastian, con un tono casi fanfarrón.

Daemon lo mira con furia. Después le da la espalda a su amigo y me tiende la mano.

Miro su palma como una tonta, sin entender del todo qué está pasando, hasta que por fin reacciono y pongo mi mano en la suya.

El estómago se me cae, como en una montaña rusa, cuando me acerca y su otra mano se posa en la parte baja de mi espalda. A diferencia de Kastian, que era todo reverencias y giros amplios, Daemon me guía con firmeza en los pasos de algo parecido a un vals. Se siente distinto: no elegante, pero sí extrañamente seguro.

—Pensé que no sabías bailar —digo, desesperada por llenar el silencio.

—Dije que no me gusta bailar, no que no sepa —refunfuña.

—Si no te gusta, ¿entonces por qué te metiste?

No me responde.

Inclino la cabeza todo lo que puedo para encontrar su mirada y él baja los ojos hacia mí; nuestras miradas se sostienen. Por un segundo olvido que hay alguien más ahí: dejo de percibir el sonido del rasgueo de Jett y las risitas de Odessa, y solo me dejo mecer, mientras él me guía.

Siento que la piel me arde. Percibo un hormigueo en los puntos donde nuestro cuerpo se toca y no puedo evitar pensar en cómo se sintió antes, cuando nos tocábamos mucho más que las palmas. En cómo me besó y en lo mucho más relajado que parece cada vez que estamos a solas.

Me gusta esto. *Me gusta él*.

Justo cuando ese pensamiento cruza mi mente, suelta mi mano de golpe y da un paso atrás.

—¿Qué pasa?

Me mira fijamente y, sin decir palabra, gira sobre los talones y se aleja a grandes pasos hacia la casa.

Parpadeo, sorprendida, y es como si el volumen regresara de pronto al jardín. Vuelvo a oír la música, las voces y las risas alrededor de la mesa. Me quedo mirando, aturdida, la espalda de Daemon mientras se aleja.

—Eh… ahora vuelvo —balbuceo, solo para darme cuenta de que nadie me presta atención. Todos toman y charlan entre sí, como si Daemon y yo ni siquiera estuviéramos ahí.

Salgo corriendo tras él.

Me toma varios segundos largos encontrar a Daemon.

Como siempre en Vernallis, está oscuro y no conozco lo suficiente la mansión ni el patio para saber con certeza adónde fue. Cruzo el jardín a toda prisa y regreso por las puertas hasta la cocina, mirando en todas direcciones. La cocina está oscura y silenciosa, pero de algún modo el aire vibra, alerta. Sé que acaba de pasar por aquí.

—¡Daemon! —llamo.

No hay respuesta. Y aun así, casi puedo sentir su presencia. Puedo imaginarla en el fondo de mi mente, como si recordara una escena de una

película: avanza furioso por el jardín y la cocina, abre una puerta de golpe y se marcha por el pasillo. Luego, se detiene en seco al oír mi voz…

Actuando por instinto —y quizá por locura—, abro la puerta de golpe y me lanzo por el pasillo desconocido. Doblo la esquina y me detengo en seco.

—¿Daemon?

Al final del corredor, Daemon permanece inmóvil, de espaldas a mí.

—No deberías estar aquí, Alix. Vuelve afuera.

—Lo siento —suelto de manera automática, aunque no tengo idea de qué se supone que deba lamentar.

Él no se molesta en voltear para mirarme, pero su postura se tensa y sus manos se cierran en puños a los costados.

—Deja de disculparte. No hiciste nada, carajo.

—Está bien… entonces, ¿por qué te fuiste?

No responde. En cambio, emite un sonido bajo desde el fondo de la garganta, casi como un gruñido. Contengo la respiración al recordar de pronto, de forma visceral, lo que dijo anoche: «No somos humanos, por más que lo parezcamos».

Probablemente debería hacerle caso y volver afuera con los demás, pero no puedo.

Me acerco y, con cada paso, el corazón me late más rápido y las palmas se me humedecen. Estoy llena de nervios, temblando con esa mezcla de terror y emoción que se hunde en el estómago al estar en la cima de una montaña rusa.

Extiendo los dedos y rozo la parte posterior de su brazo, tan levemente que apenas es un contacto. Aun así, se vuelve hacia mí como si lo hubiera golpeado. Sus ojos son brasas de un fuego verde que casi parece brillar en la penumbra.

—No lo hagas.

—¿No hago qué? —pregunto, aunque estoy bastante segura de que ya sé la respuesta.

—No puedo… no se me permite tocarte.

—No me estás tocando… —digo mientras me armo de valor y dejo de lado la vergüenza de ser vulnerable el tiempo suficiente para expresar lo que quiero—, a menos que te refieras a que quieres hacerlo.

Daemon no se mueve. Apenas respira. Entonces veo el instante exacto en que su determinación se quiebra.

Su mano sale disparada y sus dedos se enredan en mi nuca, me atrae hacia él al mismo tiempo que avanza y me acorrala contra la pared. Mi espalda golpea la piedra dura, pero apenas lo noto cuando su otra palma se estrella contra el muro junto a mi oreja.

Y antes de que pueda siquiera tomar aire, su boca cae sobre la mía.

No puede ser, carajo.

Se me escapa un gemido cuando cierro los ojos y, de manera instintiva, abro la boca ante el asalto de sus labios. Su lengua recorre los míos y se adentra en mi boca, y yo respondo del mismo modo, explorando, saboreando. Su mano sube por mi nuca y su puño se enreda alrededor de mi largo cabello.

Nos hemos besado antes, pero no así. No con esta desesperación, con esta necesidad, con esta hambre. El corazón me retumba en los oídos y luego el pulso desciende, latiendo con fuerza entre mis piernas.

Me presiono más contra él, poniéndome de puntitas para intentar que nuestras caras estén aún más juntas. Froto mi cuerpo contra el suyo; mis pezones endurecidos hormiguean al rozar su pecho. Él gime contra mi boca, presionando su erección con más firmeza contra mí.

Suelto un gemido y clavo las uñas en sus hombros, intentando atraerlo todavía más.

No sabía que besar pudiera sentirse así: no como una obligación o el preámbulo del sexo, sino de una manera tan intensa que creo que podría dejarme quemada por dentro para siempre.

Hay algo aquí, entre nosotros; sé que lo hay. Algo que va más allá de la simple atracción física. Es pequeño e inestable, parpadea como la llama de una vela recién encendida, pero está ahí. No soy solo yo.

El sonido de un chasquido en el aire, como una bandera azotada por el viento, me hace abrir los ojos de nuevo, incluso mientras inclino la cabeza para profundizar el beso.

—Alas… —murmuro contra sus labios, incapaz, al parecer, de formular una frase completa.

Parpadea y se separa de mí unos centímetros, con aspecto aturdido. Sus labios empiezan a formar una palabra, pero se detiene, al parecer dándose cuenta en ese mismo instante de que sus enormes alas rojas y negras reaparecieron, ocupando la mayor parte del pasillo y envolviéndonos contra la pared.

Me quedo con la boca abierta ante las relucientes plumas iridiscentes, y mi corazón, que ya latía como un trueno, se acelera aún más.

Ya había visto las alas antes, pero nunca tan de cerca ni cuando no estaba segura de que fuera a morir. Son extraordinarias: nada que ver con las alas de las hadas de los cuentos, pero exactamente como imaginaría las de un ángel caído. Me pregunto si de aquí surgió la idea en los pintores y eruditos antiguos. ¿Habrán visto a las criaturas fae, con sus caras demasiado hermosas y sus magníficas alas de ave, y asumido que eran seres divinos?

Sin pensarlo, estiro una mano para tocar las plumas más cercanas, acariciándolas como si pasara los dedos por el cabello de alguien.

—Increíbles.

Él se estremece.

—Lo siento, Duraznito. Parece que nunca logro mantener el control cuando estoy cerca de ti.

—No… —murmuro mientras la cara me arde—. No te disculpes. Me gusta.

«Me gustas tú».

—¡Alix! —la voz de Odessa, un poco chillona, resuena en la casa silenciosa—. Al… digo, ¡Isabelle! ¿Estás aquí?

Se oye un fuerte crujido cuando se abre una puerta y ambos volteamos hacia el umbral, al otro extremo del pasillo, done aparece Odessa. Abre los ojos con sorpresa y da un salto hacia atrás.

—¡Oh! Mierda, perdón.

Me escabullo por debajo del brazo de Daemon y me aparto de la pared, con el pulso todavía desbocado.

—Hola. ¿Qué pasa?

Sus ojos van y vienen entre nosotros, y no logro descifrar su expresión. Al final dice:

—Tenemos que irnos si queremos volver al palacio antes de que amanezca.

—Claro —responde Daemon con tono plano, casi aburrido—. Diles a los chicos que preparen los caballos; ahora vamos.

Ella se muerde el labio, como si quisiera decir algo más, pero al final se limita a asentir.

—Está bien.

Deja que la puerta se cierre tras ella con un golpe sordo. Dejo escapar el aire y vuelvo la mirada hacia Daemon.

Las alas ya no están.



CAPÍTULO 18

DAEMON

«Mierda».

Esto está mal. Tan mal que no estoy seguro de que tenga arreglo.

Alix no es para mí. No puedo tenerla. Ni siquiera debería pasar tanto tiempo cerca de ella, mucho menos *tocarla*.

Lo más probable es que regrese a su mundo en cuestión de semanas y se olvide por completo de mí y de esta farsa infernal en la que la metí. La única alternativa es que, de algún modo, sea ella quien rompa la maldición y termine casándose con Thorne; y entonces seguramente me odie por el resto de la eternidad por haberla engañado para hacerlo.

No existe ningún escenario en el que sea mía.

Y aun así, todavía puedo sentirla en todas partes. La piel me vibra donde la suya me tocó; todavía puedo saborear su piel y recuerdo con una claridad brutal lo que se sintió estar dentro de ella, poseerla por completo, como si de verdad fuera mía.

Prácticamente empujo a Alix de vuelta al exterior con los demás, pero me quedo atrás un momento. Estoy tan dolorosamente excitado que necesito unos segundos para recomponerme y bajar la erección antes de tener que montar a caballo durante una hora, con el cuerpo de Alix rebotando contra mí todo el maldito camino.

Apoyo la frente contra la piedra fría y respiro hondo, cierro los ojos y trato de borrar el recuerdo de su cuerpo pequeño y ardiente contra el mío. No sirve de nada.

Necesito coger con alguien, así de simple. Antes del destierro casi no había noche en la que durmiera solo, pero después de tantos años en

Dyaspora me había acostumbrado, más o menos, a la soledad. Hasta que apareció Alix y me recordó todo lo que me faltaba.

Golpeo la pared con el puño por frustración antes de avanzar por el pasillo en dirección opuesta a la cocina. Tal vez, cuando regrese, acepte alguna de las ofertas nada sutiles de las mujeres de la corte. No puedo tener a Alix, pero allá hay decenas de mujeres que estarían más que dispuestas.

Intento imaginarlo: cabalgar de vuelta al palacio, caminar directo a los aposentos de la nobleza y buscar a Claudette o a alguna de las otras damas. El estómago se me revuelve. No. Eso no va a funcionar. Sé exactamente a quién quiero y cómo es: tiene la piel clara, largos rizos oscuros, ojos expresivos y una lengua ocasionalmente afilada que quiero sentir recorriendo mi cuerpo.

Maldita sea. Las náuseas desaparecen ante la imagen de Alix arrodillada frente a mí, pasando la lengua por mi abdomen y alrededor de mi miembro erecto.

Abro de golpe la primera puerta a mi derecha —una despensa— y me meto dentro, cerrándola tras de mí. Está oscuro, el aire es denso por el olor a polvo y hierbas secas, pero apenas lo noto mientras me apoyo en un estante, me desabrocho el cinturón y me toco la erección.

Rodeo mi miembro con el puño y se endurece todavía más en mi mano. Lo recorro una vez de arriba abajo, odiándome a mí mismo a pesar de que se siente demasiado bien como para detenerme.

Mierda, todavía puedo sentir las manos de Alix sobre mí y, por un instante, me permito imaginarla sin castigarme por pensar en ella de este modo.

La veo con su camiseta rosa de duraznos y nada más, arrodillada ante mí sobre el piso de piedra de este pequeño cuarto. Su mano pequeña rodea la base de mi miembro y me sonríe.

«Esto es una locura».

«Me gusta la locura», le digo.

«Mmm, se nota».

Se inclina hacia adelante y roza la cabeza de mi miembro contra sus labios cerrados.

«Abre», le ordeno.

Ella sonríe todavía más antes de que sus labios se separen y me envuelva con la boca, succionándome hasta el fondo de su garganta.

Los tatuajes de mi espalda me duelen y me devuelven al presente. No puedo dejar que salgan las alas aquí. Para empezar, no cabrían en este espacio diminuto, pero, más importante aún, necesito recuperar el control.

Las alas se activan con la adrenalina. Son una mutación defensiva, creada tras miles de años de guerras fae.

Últimamente, mi corazón ha estado latiendo tan rápido que me sorprende que no sean ya un símbolo permanente de mi falta de control.

En el fondo de mi mente, evoco la expresión de asombro de Alix cuando vio las alas. Siento sus dedos recorriendo las plumas, provocándome escalofríos a lo largo de la columna.

La fantasía cambia y ahora imagino que nadie nos interrumpió en el pasillo. Que yo la hice girar y presiona sus palmas contra la pared.

Ella arquea la espalda y me mira por encima del hombro.

«¿Qué estás esperando?», me dice.

Le levanto la falda y la sujeto entre las piernas. No lleva nada debajo del vestido y encuentro su sexo, húmedo y listo para mí. Deslizo los dedos y ella gime, empujando las caderas con más firmeza contra mí.

Recorro con las manos sus muslos desnudos, sus nalgas, marcando todo lo que pienso hacerle hasta que empieza a temblar de anticipación.

«Por favor», gime.

«¿De verdad quieres esto?», le pregunto, disfrutando la idea de escucharla rogar por mí. Y continúo: «Dime cuánto lo quieres».

«Por favor», susurra de nuevo, «métete en mí».

«Pero no debería», le recuerdo, «no puedo».

«Sí puedes. Te necesito».

Mi erección late con fuerza, justo al borde de venirme. Siento el calor acumulándose en la base de la columna y aparecen manchas negras en los bordes de mi visión.

«Dime a quién perteneces», le digo.

«A ti», responde obediente, casi llorando de necesidad.

«Eso es. *Eres mía*», le digo mientras me alineo con su sexo caliente y apretado.

El placer me atraviesa cuando me vengo con fuerza, derramándome sobre la mano. Mi propia voz resuena en el silencio del almacén.

Eres mía. Eres mía. Eres mía.

Para cuando salgo, los caballos ya están ensillados. Casi todos están montados, listos para partir.

Incluso Alix. Ya está en mi silla de montar.

Por un segundo, me pregunto quién demonios la *ayudó* a subir. Un gruñido posesivo me sube por la garganta, pero lo reprimo.

Sacudo la cabeza para despejarme. Estoy completamente fuera de control —irracional— y esto tiene que terminar ahora.

Las miradas de mis amigos se clavan en mí, pero nadie pregunta dónde he estado. Espero que asuman que solo estuve reencontrándome con mi antiguo hogar.

Rodeo la parte trasera de la mansión para despedirme de mi madre y luego regreso con el grupo. Odessa avanza hasta quedar a mi lado.

—¿Qué carajos fue eso? —murmura entre dientes.

Durante un segundo horrible pienso que sabe exactamente dónde estuve. Luego me doy cuenta de que se refiere al beso que interrumpió en el pasillo.

—Nada —miento—. No te preocupes.

—Sí me preocupo —murmura.

—No lo hagas. Alix está bien.

Inclina la cabeza hacia mí.

—No hablaba de Alix. Sé que ella va a estar bien. Me preocupas tú.

Resoplo, fingiendo indiferencia.

—¿Cuánto vino tomaste?

Ella hace cara de fastidio.

—Hablo en serio, Daemon. Esto es una pésima idea.

Aprieto los labios. No necesito que me lo diga. Involucrarme aún más con Alix es, posiblemente, la peor idea que he tenido por una cantidad absurda de razones.

—Sé que es una mala idea —me quejo—. Pero, por curiosidad, ¿por qué lo dices?

Odessa me mira con algo demasiado parecido a la lástima.

—Porque ella no pertenece a este mundo.

—Fuiste tú quien pensó que *el destino* la trajo aquí.

—Sí, pero no para ti —susurra con dureza—. Alix nunca va a estar destinada a ser tuya y, aun así, te vas a enamorar de ella.

—Tú no sabes eso…

—¡Sí lo sé! —responde, sin apartar la mirada—. Te conozco. Vas a arriesgarlo todo por retenerla y no sé si ella te va a amar lo suficiente como para quedarse.

La advertencia de Odessa se repite una y otra vez en mi cabeza durante todo el camino de regreso al palacio. En cierto modo, eso es bueno, porque me impide concentrarme en Alix, sentada frente a mí. El trayecto hasta la finca fue una maldita tortura, pero el regreso es doloroso de una manera completamente distinta.

Permanezco en silencio mientras acompaño a Alix hasta su habitación. Ella me mira de reojo y no es difícil adivinar qué está pensando: la estoy ignorando, *otra vez*. Mierda, debo de estar haciéndola sentir como en una montaña rusa emocional al ser tan inconsistente. Si tan solo supiera el caos que llevo en la cabeza.

No puedo tocarla, pero quiero hacerlo.

Necesito mantener el control, pero no puedo.

Tengo miedo de estar obsesionándome con ella, pero Odessa tiene razón. Alix no pertenece a este mundo y no existe ningún escenario en el que pueda pasar más que unos cuantos días con ella.

Prácticamente empujo a Alix dentro de su habitación y cierro la puerta de golpe. La culpa y la frustración me inundan mientras me quito el portaespadas y dejo la hoja en el suelo, antes de dejarme caer junto a ella, de cara a la puerta.

Lo último que quiero es dormir, pero sé que no puedo mantenerme despierto mucho más, o los dioses saben qué demonios podrían obligarme a hacer mis instintos para intentar retenerla aquí.

A la noche siguiente despierto en el suelo, frente a la habitación de Alix, decidido a hacerlo mejor.

Lo de ayer no fue nada. Un pequeño desliz en mi control, pero ya quedó atrás. No hay nada que me impida tratar a Alix exactamente como antes: como si apenas existiera.

«Puedo hacerlo».

La puerta se abre de golpe y doy un salto, sobresaltado.

Alix sale de su habitación con un vestido sencillo azul y amarillo. El vestido en sí no tiene nada de especial, pero la forma en que se ajusta a su cuerpo, con ese escote tan pronunciado en el cuello, yo…

«No puedo con esto».

Ajena a la batalla mental que estoy librando, Alix me mira desde arriba mientras sigo en el suelo, y una comisura de su boca se eleva.

—Te atrapé.

Agarro la espada y me pongo de pie a toda prisa, arrugando la frente.

—¿Me atrapaste haciendo qué?

—Sé que dijiste que estabas durmiendo aquí afuera, pero tenía que verlo con mis propios ojos.

Mi expresión se endurece.

—Espero que te divierta. ¿Y ahora qué haces fuera de tu habitación?

—Quería desayunar temprano hoy —dice con naturalidad, echando a andar por el pasillo en dirección al salón donde come siempre que no está con Thorne.

La sigo por reflejo.

—Podrías entrar a mi habitación, ¿sabes? —dice Alix.

Parpadeo. Mi mente tarda demasiado en procesar el significado de sus palabras.

—No. Nada sería más peligroso para ti.

Ella arruga la frente y sé que recuerda el día en que demostré cuán instintivo es para mí buscarla. ¿Se da cuenta de lo peligroso que habría sido si eso hubiera continuado?

—Si es tan peligroso que esté cerca de alguien maldito, ¿por qué el rey te obliga a dormir fuera de mi puerta?

—Pregúntaselo a él —me quejo—. Tal vez a ti sí te tome en serio, porque a mí no me hace caso cuando saco el tema.

—Mmm. Tal vez lo haga.

El estómago se me hunde de una forma desagradable. Si le pregunta a Thorne, ¿asignará a alguien más para cuidarla? ¿Tal vez lo hará él mismo? ¿Cómo carajos voy a soportar saber que pasa todo el día con alguien más?

—¿Podemos ir a la biblioteca después del desayuno? —pregunta Alix.

Parpadeo. ¿Eso es todo lo que tiene que decir? ¿No se da cuenta de que me estoy muriendo por dentro y ella está pensando en la biblioteca?

—Si eso es lo que quieres.

—Lo es.

Aprieto las manos en puños a los costados.

—Claro. Los dioses saben muy bien que no puedo negarte nada.

Ella me dedica una sonrisa juguetona.

—Ah, es cierto. El rey te ordenó que me llevaras, así que no puedes decir que no. ¡Perfecto!

Me clavo las uñas en las palmas con tanta fuerza que siento cómo la piel cede. No me refería a las órdenes del rey; es que ya no puedo decirle que no a ella, y nada me da más miedo que el momento inevitable en que se dé cuenta de eso y me pida que la deje ir.

ALIX

En el momento en que entramos a la biblioteca, una sensación de euforia me invade.

Inmediatamente después, me invade la furia.

Me doy vuelta hacia Daemon, entrecerrando los ojos.

—¿Qué demonios es esto?

Él pone cara de confusión.

—¿La biblioteca?

—Exactamente —respondo con dureza—. Es la biblioteca más grande y hermosa que he visto en mi vida. ¡Podría haberme entretenido aquí durante meses y, en cambio, me dejaste mirando las paredes!

Daemon baja la mirada, evitando la mía. No sé si se siente culpable, pero espero —de verdad— que sí.

Avanzo hacia la fila de estantes más cercana. En serio es la biblioteca más mágica que he visto jamás: estantes interminables de libros, algunos tan altos que llegan hasta el techo abovedado. Del techo cuelgan candelabros brillantes; hay escaleras de caracol y escalerillas móviles para alcanzar las filas superiores. Incluso las ventanas oscuras se ven más etéreas que opresivas cuando están rodeadas de tanta belleza.

Me pierdo entre los estantes, internándome en el laberinto de libros. La colección es inmensa: libros de historia sobre temas que no alcanzo ni a comprender, textos extraños llenos de símbolos que no reconozco y… ficción. Y no solo ficción fae. Me quedo boquiabierta de sorpresa cuando reconozco títulos humanos. ¿*El sueño de una noche de verano*? Bueno, eso tiene sentido. Pero… ¿publicaciones de *dark romance*? ¿Cómo demonios llegó *eso* aquí? Me encojo de hombros, tomo uno que promete ser bastante subido de tono y regreso a la parte frontal de la biblioteca.

Daemon está recostado en un sofá de terciopelo verde, bajo un enorme vitral. Sería el lugar más acogedor del mundo si la luz del sol de media tarde entrara por las ventanas, pero, como siempre, afuera el cielo está completamente negro. Aun así, las linternas titilantes y las velas fijadas a las paredes hacen que el sofá se vea tentador.

Él también encontró un libro, aunque claramente no le tomó tanto tiempo elegirlo y ya está absorto en la lectura. Levanta la vista al oír mis pasos y sus ojos se clavan en el libro que llevo en la mano.

—¿Qué demonios es eso?

Lo levanto para que lo vea.

—*Thieves' Honor*. Es un romance de mafia.

Él levanta una ceja, escéptico.

—No sé qué es peor: que esta biblioteca tenga ese libro o que tú quieras leerlo.

—¡Oye! —digo indignada, dejándome caer en el otro extremo del sofá—. La lectura es lectura. Me encantan este tipo de libros.

Él se encoge de hombros.

—Lo que digas, Duraznito.

—¿Sabes? Los hombres deberían ser más abiertos con este tipo de lecturas. He aprendido muchísimo con libros así.

Siento su mirada sobre mí y el calor me sube por el cuello.

—¿Has aprendido mucho, eh?

—Ehh… sí.

Me humedezco los labios. Tal vez no debí decir eso en voz alta.

Él sonríe con aire altanero.

—Entonces, por favor, ilústranos.

Hago cara de fastidio y me concentro en mi libro. Aunque, por supuesto, no logro enfocarme. Claro que no. Todo lo que puedo pensar es en la otra noche. Ninguno de los dos la ha mencionado. ¿Debería hacerlo yo? ¿Soy lo suficientemente valiente para escuchar lo que piensa? O, peor aún, ¿y si no está pensando en eso en absoluto?

El silencio entre nosotros vibra con algo no dicho y mi piel hormiguea como un cable pelado mientras leemos uno junto al otro, también en silencio.

Daemon se mueve, estira las piernas y deja caer un brazo sobre el respaldo del sofá. Sus brazos son tan largos que sus dedos casi rozan la punta de mi cola de caballo.

Le doy un empujoncito en la rodilla con el pie.

—Estás ocupando más de la mitad del sofá.

—Tú eres más pequeña. No necesitas tanto espacio.

—Eso no es justo —me quejo.

Él sujeta el extremo de mi cabello y tira suavemente, a medio camino entre una broma y un castigo.

—Lo que no es justo es que yo llegué primero. Podrías haberte sentado en cualquier otro lado. Si quieres más espacio, muévete.

Lo miro, indignada.

—¿Acabas de jalarme el cabello? ¿Qué somos, niños de cinco años?

Vuelve a tirar sin apartar la vista del libro que tiene en el regazo. La comisura de su boca se contrae, como si intentara no sonreír. Resoplo y recojo las piernas para que no nos toquemos en ningún punto. Luego intento volver a leer.

Pero no puedo concentrarme. Maldición.

Leo la misma frase cinco veces, plenamente consciente de que él no ha retirado la mano de mi cabello. Sin pensarlo, empieza a enrollar el extremo de mi coleta alrededor de su puño.

«¡Oh… Dios mío!».

Me pongo de pie de un salto y la mano de Daemon se desliza fuera de mi cabello, llevándose el listón azul que sujetaba mi coleta.

—Eh… creo que este es el segundo libro —balbuceo—. Voy a buscar el primero.

Él mira el listón que tiene en la mano y luego vuelve a bajar la vista al libro.

—No te pierdas.

—Es una maldita habitación —murmuro entre dientes—. ¿Qué demonios podría pasar?

Me alejo del sofá casi corriendo y me interno de nuevo entre los estantes, avanzando hacia el otro extremo de la enorme sala como si alguien me persiguiera.

Solo necesito un segundo para pensar.

Probablemente estoy siendo estúpida.

No, definitivamente, estoy siendo estúpida.

Es solo que la atracción y la química explosiva son una cosa, pero las muestras casuales de afecto son mi kriptonita. Si antes ya me gustaba un poco, ahora me gusta de verdad, y de algún modo esa revelación resulta mucho más alarmante que lo que sentí la otra noche, bajo los efectos de demasiado vino y pay de cumpleaños.

Me dejo caer al suelo y empiezo a revisar al azar uno de los estantes inferiores, aunque mi mente sigue acelerada.

Así que Daemon me importa un poco.

«Solo un poco».

Pero no en un sentido de amor verdadero ni de sentimientos profundos. Más bien en el sentido de buen sexo, orgasmos que te vuelan la cabeza, soldado fae de cuento de hadas.

Solo estoy aburrida y sola. Él es atractivo y siempre está cerca, diciendo cosas raras sobre cómo va a morir para protegerme. Además, el único otro hombre en el que podría pensar es Ryan, y ese es un nido de víboras que no me interesa alborotar.

«No es para tanto».

Desarrollé un enamoramiento circunstancial y se me va a pasar en cuanto deje de verlo todo el tiempo. Necesito un descanso de él para

superarlo. Algo así como una desintoxicación sexual.

—Pensé que la encontraría aquí.

Doy un brinco y dejo caer el libro que tenía en la mano. Me pongo de pie de golpe y doy media vuelta para ver a un soldado fae de baja estatura y fornido detrás de mí. Lo reconozco de inmediato, aunque me toma un segundo recordar su nombre.

—Hola… Foulo. Me asustaste.

Foulo me dedica una sonrisa de disculpa que parece casi sincera.

—Mis disculpas. Me alegra encontrarla siguiendo el consejo del rey.

Arrugo la frente.

—¿Su consejo?

—Está leyendo otra vez.

—Ah… claro.

Foulo es un buen ejemplo de que ser atractivo no necesariamente te hace interesante. Como todas las hadas y otras criaturas fae, su cara no tiene arrugas y es más simétrica de lo que cualquier humano podría aspirar a ser. Es más bajo que los otros hombres que he visto en Vernallis, pero aun así debe medir cerca de un metro ochenta y es extremadamente musculoso, como si levantara pesas todos los días. Si lo viera en la calle, sin duda voltearía a mirarlo dos veces. Aquí, en cambio, pasa desapercibido y, lo más importante, su vibra está muy mal. Parece demasiado ansioso por agradar y resentido por quedar a la sombra de otros. Además, es evidente que tiene algún tipo de rivalidad con Daemon, y para mí no es difícil elegir un bando.

—Solo estaba buscando un libro y creo que estoy en el estante equivocado —digo con rapidez—. Con permiso.

—¡Espere!

Foulo extiende un brazo para detenerme y retrocedo, ofendida.

No me gusta sentirme acorralada. Y me gusta todavía menos sentirme acorralada por hombres pequeños, tristes y coléricos, con manos demasiado atrevidas. Miro por encima del hombro, buscando a Daemon.

—Justo el otro día estaba pensando en la última vez que estuvo aquí —dice Foulo, sin bajar el brazo que me bloquea el paso.

Doy un paso hacia atrás.

—Ah, sí…

—Estaba en las caballerizas y la vi salir del palacio con esa banda de criminales que Ashwater trajo de Dyaspora.

Levanto una ceja.

—¿Nos seguiste hasta allá?

—¡No! —responde de inmediato—. Resulta que estaba revisando a los caballos y la vi negarse a cabalgar por su cuenta.

Entrecierro los ojos: «Sí, cómo no».

—¿Y qué con eso?

—Entonces recuérdeme —dice con una sonrisa arrogante—, ¿cómo se llamaba el caballo que solía montar? Han pasado tantos años que no lo recuerdo bien, pero sé que le tenía mucho cariño a la bestia. ¿Peter, quizá? ¿Phillip?

El corazón se me acelera, golpeándome el pecho. Dios mío. Sabe que no soy Nana. O al menos lo sospecha, y claramente está intentando atraparme en una mentira antes de ir directo con el rey. ¿Qué me haría Thorne si le cree a Foulo? ¿Qué les haría a Daemon y a los demás?

Estiro el cuello para buscar a Daemon otra vez y elevo la voz al responder. Seguro me escuchará hablando con alguien y vendrá a ver qué pasa. ¿No?

—Eso fue hace sesenta años —respondo con frialdad—. Si tú no recuerdas el nombre del caballo, no sé por qué crees que yo tendría que hacerlo.

—Qué lástima —replica—. ¿Y qué hay de los lugares a los que solían ir a cabalgar antes de que desarrollaras esa misteriosa aversión a los caballos?

Sigo retrocediendo, pero el corazón se me sube a la garganta cuando mi espalda choca contra una pared sólida.

Me tiene, literalmente, arrinconada. No hay por dónde escapar.

Levanto la barbilla, con la esperanza de parecer más valiente de lo que me siento.

—Lamentablemente, no tengo tiempo para recordar el pasado en este momento. Tengo que prepararme para mi cena con el rey y me estás estorbando.

Empujo su brazo, pero no se mueve. Apretando los dientes, lo miro directo a los ojos.

—Quítate.

Su labio se curva con desprecio.

—No lo creo. No sé quién eres ni qué plan armaron tú y Ashwater, pero tú no eres la señorita Isabelle.

—Demuéstralo —respondo, cortante.

Él me observa con una mueca burlona y me estremezco cuando estira la mano y toma un mechón de mi cabello entre dos dedos.

—Oh, lo haré. Pero si quieres, puedo guardarme la información. Solo tienes que hacer que valga la pena.

Le aparto la mano de un manotazo.

—Eres repugnante. No me toques.

Su cara se contrae de ira.

—Te vas a arrepentir cuando le diga al rey quién eres en realidad, perra. ¿Cómo haces para parecerte tanto a la señorita Isabelle? ¿Es esto?

Su mano sale disparada y, durante un segundo aterrador, pienso que va a cerrarla alrededor de mi garganta. Pero, en lugar de eso, sus dedos se enganchan en la cadena que llevo al cuello. Tira con fuerza, claramente esperando que el collar se rompa.

No lo hace.

Presa del pánico, suelto un grito ahogado.



CAPÍTULO 19

ALIX

Los siguientes diez segundos en la biblioteca transcurren en cámara lenta, tanto que, más tarde, cuando intente recordarlos, no podré reconstruir cómo sucedieron en realidad.

Un segundo, Foulo me tiene inmovilizada contra la pared, estrangulándome con la cadena de mi collar. No logro tomar suficiente aire ni siquiera para gritar y unas manchas negras empiezan a invadir mi visión. Sé que estoy perdida. Esta es mi tercera experiencia cercana a la muerte desde que llegué y parece que mi suerte se agotó.

Luego, una fracción de segundo después, escucho el silbido de una hoja cortando el aire. La presión sobre mi garganta desaparece y toso, aspirando una bocanada desesperada al mismo tiempo que algo cálido y gelatinoso salpica mi cara. Algo cae al suelo frente a mis pies con un golpe húmedo y nauseabundo; me llevo una mano, confundida, a la mejilla.

Entonces Foulo suelta un alarido desgarrador, distinto a cualquier cosa que haya escuchado antes, y se desploma en el suelo.

—¡Te dije que la próxima vez que la tocaras me aseguraría de que fuera la última, maldito! —ruge Daemon, con la cara deformada por la furia.

Ni siquiera sé en qué momento llegó y no tengo espacio en la cabeza para pensarlo cuando bajo la mirada, horrorizada, hacia el brazo cercenado que yace en el suelo frente a mí y el hombre que se retuerce y grita sobre un charco de su propia sangre, sujetando el muñón justo debajo del codo.

Daemon salta por encima de Foulo y corre hacia mí. Sus manos buscan mis mejillas y las embarran con la sangre que me salpica la cara.

—¿Estás bien? ¿Te hizo daño? ¡Alix!

Abro la boca, pero no sale ningún sonido. Tengo la cara cubierta de sangre y hay un brazo en el suelo, maldita sea.

Hay un *brazo en el suelo*…

Vuelvo a abrir la boca y, esta vez, mi grito se suma al de Foulo. Tropiezo con el brazo amputado y corro tan rápido como puedo entre las filas de estantes.

—¡Alix! —grita Daemon detrás de mí, aparentemente sin importarle que Foulo lo escuche llamarme por otro nombre.

Aun así, no me detengo.

Salgo corriendo de la biblioteca y giro bruscamente a la derecha. Avanzo por un pasillo con la esperanza de que conduzca al vestíbulo principal. No he pasado suficiente tiempo explorando este castillo y, cuando lo hice, siempre estuve acompañada. Es como conocer una ruta gracias al GPS y perderse cuando el teléfono se queda sin batería. Sin un guía, todos estos malditos pasillos se ven iguales.

Por fin encuentro una escalera. Miro hacia atrás, esperando que Daemon esté pisándome los talones. No lo está, pero aun así bajo los escalones de dos en dos.

Mi respiración es un jadeo pesado mientras corro.

«Maldita sea».

Esa no fue una reacción normal. Ya lo había escuchado amenazar a Foulo antes, pero asumí que exageraba. Ahora el corazón me late con fuerza por el miedo; tengo la piel cubierta de sangre y no dejo de preguntarme si este comportamiento es normal entre las criaturas fae o si Daemon está completamente desquiciado.

A diferencia de él, a mí no me gusta la locura.

Llego al final de las escaleras y, otra vez, no tengo idea de dónde estoy. Aun así, no me detengo. Corro por otro pasillo desconocido y, por suerte, encuentro una puerta que da al exterior. La abro de golpe y aparezco en la parte trasera del castillo.

Frente a mí se extiende un terreno cubierto de nieve. A lo lejos hay una hilera de árboles y, sin pensarlo demasiado, corro hacia ella.

No estoy vestida para la intemperie y el frío me muerde la piel mientras avanzo. El vestido se arrastra detrás de mí y mis pies rompen con facilidad la costra endurecida de la nieve, hasta que, de pronto, uno choca contra algo duro y sólido. Me resbalo y me deslizo hacia delante unos metros, con los brazos girando en un intento desesperado por recuperar el equilibrio.

De algún modo logro mantenerme en pie. Bajo la mirada, plenamente consciente de que estoy sobre hielo sólido.

Me detengo, tanto para recuperar el aliento como porque no estoy segura de hacia dónde ir.

Entonces todo cobra sentido: la superficie completamente plana detrás del palacio no es un jardín. Es un lago congelado, cubierto por una capa de hielo y escarcha.

Sé que necesito salir de aquí. No sé qué tan congelada está el agua, pero no imagino que sea lo bastante sólida, considerando que, a menos de una hora a caballo, el clima es mucho más cálido.

Peor aún, la sangre que me salpicó se mezcla con el sudor y gotea por mi cara, cae sobre la nieve blanca y brillante como decenas de rubíes feroces.

Respiro con dificultad, intentando calmarme. Pero, antes de decidir qué hacer, la puerta del castillo se abre de golpe a mis espaldas.

No necesito mirar para saber quién está detrás de mí.

Y no miro. Trago saliva, intento controlar la respiración y vuelvo a correr, tan lejos del castillo y de las criaturas fae como me es posible.

—¡Alix, detente! —ordena Daemon.

No me detengo.

El cielo está tan oscuro como siempre, pero la luna proyecta un resplandor índigo intenso sobre el hielo. Cruzo el lago congelado a toda velocidad, con el vestido ondeando detrás de mí, rezando con cada paso para que el hielo no se quiebre.

Unos pasos rápidos golpean la nieve detrás de mí.

Miro hacia atrás. Debí imaginar que no podía correr más rápido que un fae. Avanza con tal velocidad que parece volar.

Y, de pronto, lo hace. Sus alas se despliegan y pasa de correr a planear en un solo movimiento fluido. Extiende la mano para alcanzarme.

Mis pies resbalan y, en cámara lenta, caigo de espaldas, golpeándome la cabeza contra el hielo. Una explosión de dolor me recorre el cráneo y un grito involuntario escapa de mis labios, resonando en el aire frío y vacío.

Daemon aterriza sobre mí con expresión furiosa. Sus manos, cubiertas de sangre, se clavan en el hielo a ambos lados de mi cabeza, dejando marcas carmesí sobre el blanco. Sus ojos recorren los míos como si buscaran algo.

—¿Estás herida? ¿Te tocó ese maldito?

El labio me tiembla y niego con la cabeza.

—No.

El dolor en mi cabeza late con fuerza, pero es lo último que quiero decirle.

—Entonces, ¿por qué estás huyendo? Yo me encargué, él está… —Se interrumpe, claramente leyendo la respuesta en mis ojos, y sus pupilas se oscurecen hasta que el verde queda casi eclipsado por el negro—. Dime, Duraznito: ¿tienes miedo de mí?

Pienso sucesivamente: «Sí».

«No…».

«No estoy segura».

Vuelvo a negar con la cabeza, pero debe percibir el conflicto en mi mirada, porque su expresión de ira no se suaviza. Se inclina aún más, hasta que compartimos el mismo aire.

—Te lo dije: siempre te voy a proteger. Le advertí que la próxima vez que te tocara sería la última. Siempre debiste saber que esto es lo que soy.

—¿Y qué eres? ¿Un psicópata? —respondo, recuperando la voz.

Los ojos de Daemon bajan a mis labios por una fracción de segundo antes de mirarme directamente a los ojos.

—Tal vez, pero solo cuando se trata de ti.

Una chispa de excitación me atraviesa y dejo escapar un jadeo.

«Hay algo muy mal conmigo, maldita sea».

Es evidente que está desquiciado. Hace un momento corría por mi vida, pero ahora lo único en lo que puedo pensar es en lo cerca que estamos. Todo su cuerpo presiona contra el mío y la sensación es intensa: un frío glacial por un lado y un calor palpitante por el otro.

Todo mi cuerpo empieza a temblar; el pulso me retumba en la garganta y… más abajo.

Sin pensarlo del todo, muevo las caderas contra él. Siento cómo se endurece contra mí y el calor me inunda el centro del cuerpo en respuesta.

—¿Tienes miedo de mí? —repite.

—Sí.

Estoy aterrada de él, pero no porque crea que vaya a hacerme daño. Tengo miedo porque empiezo a creer que no lo hará.

Para mi sorpresa, sonríe de forma burlona.

—Bien. Si supieras la mitad de las cosas que pensé hacerle a cualquier hombre que te mire, deberías tener miedo. Mientras siga respirando, nadie va a tocarte, carajo, porque los mataré y luego te cogeré cubierta de su sangre.

«Cielo santo».

Un gemido leve se me escapa de los labios y no estoy segura de si es por miedo, por deseo… o por ambos.

Después de una declaración como esa, ya no hay espacio para preguntas ni dudas en mi cabeza. Me desea, pero…

—¿Qué hay del rey? —pregunto en un susurro apenas audible.

—¿Qué pasa con él? —refunfuña, presionándose con más fuerza contra mí.

—Me trajiste aquí por él. ¿Qué crees que va a pasar si seguimos comprometidos?

Su expresión vuelve a retorcerse de furia y sus alas se despliegan detrás de él. Su mano se mueve para sujetarme del cabello y acerca aún más nuestras caras.

—Eres jodidamente mía, Alix, y nadie más que yo volverá a tocarte.

En ese preciso instante, un crujido ensordecedor resuena en el aire y hace que las aves dormidas en los árboles cercanos emprendan el vuelo. El hielo se rompe debajo de mí y grito cuando el suelo literalmente desaparece bajo mis pies y caigo en el agua oscura y helada.

DAEMON

En una fracción de segundo, la bruma de lujuria y rabia que luchaba en mi cabeza se disipa. Desde que escuché a Alix gritar en la biblioteca no he

logrado pensar con claridad, pero todo eso desaparece en el instante en que la veo hundirse bajo la superficie del agua.

Todavía tengo la mano en su cabello y este se me escurre entre los dedos con tanta rapidez que apenas alcanzo a sujetarlo.

Me lanzo al agua helada, hundo los brazos y agarro lo primero que encuentro. Mierda, está más fría que Dyaspora; el hielo se me clava en la piel y parece congelarme los huesos. Si eso me hace a mí, no quiero imaginar lo que le está haciendo a Alix.

Mis dedos se cierran alrededor del cuello de su vestido y la jalo hacia mí. No se mueve ni forcejea, y el miedo me atraviesa como un rayo.

—¡Alix!

La saco del agua con un enorme chapoteo y la recuesto sobre el hielo.

Ella tose y parpadea al mirarme; nunca me he sentido tan aliviado en mi vida.

Pero, un instante después, el alivio se esfuma.

Tiene los labios azules, la piel demasiado pálida y, en cuestión de segundos, empieza a temblar con violencia.

Con el corazón golpeándome las costillas, la tomo en brazos y me elevo hacia el cielo.

La habitación de Alix tiene un balcón que da a la ciudad y es mucho más rápido llegar volando que regresar corriendo por el castillo.

Aterrizo y cruzo el balcón en dos zancadas. No logro mover los dedos para abrir las puertas dobles con magia, así que las embisto con el hombro, sin importarme la madera y el vidrio que se astillan.

Vamos dejando un rastro de agua mientras cruzo la habitación hacia el baño.

—Voy a bajarte —le digo—. Tengo que preparar el baño.

Por un momento no responde, pero cuando la coloco en el suelo y me doy vuelta, extiende una mano para detenerme.

—Espera. No. —Sus dientes castañetean con cada palabra—. Solo ayúdame a quitarme este vestido.

Miro los cordones apenas un segundo antes de decidir que no vale la pena el esfuerzo. Tomo la tela con ambas manos y la rasgo de arriba abajo.

El vestido pesado se desliza por sus hombros y Alix se lo quita, dejando que la tela caiga al suelo.

Debajo lleva un camisón fino sobre un corsé, medias y un calzón de encaje rosa. De inmediato empieza a quitárselos también, con las manos temblorosas mientras lucha por desatar los zapatos y sacarse las medias.

Sin saber cómo ayudarla, la observo con los ojos muy abiertos. Toda su ropa queda ahora apilada en el piso y ella camina por la habitación completamente desnuda. Corro tras ella.

—¿A dónde vas? Podrías morir si no entras en calor.

—Lo sé —responde con brusquedad.

Se mete en la cama y se cubre por completo con las mantas. El bulto de cobijas que es Alix tiembla violentamente y sus palabras salen en jadeos entrecortados.

—Si me caliento demasiado rápido, podría darme un infarto. Esto es lo mejor que se puede hacer en caso de hipotermia.

—¿Y sabes eso así, sin más? —refunfuño.

—S-sí —balbucea—. Es una de esas cosas que aprendes de niña. Si caes a través del hielo, te quitas la ropa y entras en calor poco a poco.

Quisiera saber qué clase de infancia tuvo para que eso fuera un conocimiento común. Me siento completamente impotente, una sensación que no me resulta familiar.

—¿Qué necesitas que haga? —pregunto, casi desesperado.

Hay una pausa larga, en la que claramente está pensando… o armándose de valor para algo.

—Quítate la camisa y métete aquí conmigo —dice al fin—. Necesito calor corporal.

No me detengo a cuestionarlo. Me quito la camisa, me descalzo y empiezo a desabrocharme el cinturón.

—¿También el pantalón? —le pregunto al bulto tembloroso bajo las mantas.

Alix no responde, lo que interpreto como que deja la decisión en mis manos. Me quito el cinturón, pero me dejo puesto el pantalón; con suerte, me servirá para recordarme que esto no es una invitación a perder el control con ella.

Tomo la esquina de la manta. Alix suelta la tela y me permite apartarla y meterme a su lado.

—Solo vuelve a taparnos y quédate ahí —dice.

Asiento, pero ya sé que será imposible quedarme quieto en silencio. En lugar de eso, la estrecho entre mis brazos y apoyo su cuerpo tembloroso sobre mi pecho. Alix apenas protesta mientras vuelvo a cubrirnos.

Es imposible no ser consciente de que está acostada sobre mí, completamente desnuda, con la presión firme de sus pezones contra mi pecho y su respiración agitada en mi cuello. Si no estuviera temblando de frío, sería imposible mantener las manos lejos de ella, en cambio, la rodeo por la espalda con ambos brazos y la sostengo con fuerza.

—No dejes que me quede dormida —murmura contra mi garganta.

Un escalofrío me recorre la espalda, pero me obligo a ignorarlo.

—¿Cómo?

Ya siento que su cuerpo tiembla menos y que su respiración se vuelve más regular. Bosteza.

—No lo sé. Habla de algo.

No se me ocurre nada de qué hablar, salvo lo aliviado que estoy de que esté bien… y lo preocupado que estoy por empezar a obsesionarme con ella. Me aclaro la garganta.

—Tal vez deberías ser tú quien hable, si eres la que necesita mantenerse despierta.

No responde y, al cabo de un momento, la sacudo con firmeza.

—¡Alix! —le digo fuerte al oído—. Vamos, háblame. Dime cómo es que sabes qué hacer si caes a través del hielo.

Bosteza otra vez, pero veo cómo le tiemblan los párpados.

—Donde crecí no hacía frío todo el año, pero los inviernos podían ser muy duros. Me gustaba patinar sobre hielo.

Asiento con la cabeza. Recuerdo haber visto niños patinando durante mis años en el mundo humano.

—¿Te caíste alguna vez?

Ella niega con la cabeza.

—No, pero mi papá solía llevarme a un estanque cerca de nuestra casa y era muy paranoico con la posibilidad de que el hielo se rompiera. Antes de dejarme patinar, siempre saltaba alrededor para comprobar si había zonas delgadas y luego me recordaba qué debía hacer si alguna vez me caía. —Se ríe suavemente—. Supongo que tenía razón en preocuparse.

Suelto un largo suspiro. Estoy agradecido con ese hombre al que nunca conocí ni conoceré por haberle enseñado a Alix a cuidarse sola. Entonces el estómago se me revuelve y recuerdo de golpe sus palabras en la posada, cuando despertó gritando por una pesadilla: «Vi morir a mi papá. A veces sueño con eso… Muchas veces, en realidad».

«Mierda».

—¿Cómo murió tu padre? —pregunto, incapaz de contener la curiosidad.

Durante un largo momento no dice nada; finalmente contesta:

—En un accidente montando a caballo.

Me quedo helado.

—¿Cómo demonios pasó eso?

Suspira y siento cómo se tensa. Está claro que no le gusta hablar del tema.

—Cada vez que digo que vi morir a mi papá, la gente siempre asume que fue un suicidio, un accidente automovilístico o algo así. Luego explico cómo pasó y termino teniendo que aclarar que los caballos matan a mucha más gente de lo que uno cree. —Se detiene para tomar aire, temblorosa y con los dientes castañeteando—. Hay miles de muertes cada año. En promedio, estarías más segura nadando con tiburones o haciendo paracaidismo que acercándote demasiado a un caballo.

No necesita explicarme eso. Monto a caballo desde antes de poder caminar y, si fuera tan frágil como un humano, probablemente no estaría aquí ahora. Aun así, noto que se agita y, sin pensarlo demasiado, levanto una mano y la paso por su cabello húmedo, deslizando las uñas por su cuero cabelludo. Se queda paralizada y guarda silencio, como si contuviera la respiración; luego exhala y se relaja. Con otra respiración temblorosa, continúa, hablando contra mi pecho.

—Para mi sexto cumpleaños, quería paseos en poni, pero mi madre es una perfeccionista crónica, así que, en lugar de eso, mis padres me llevaron a una de esas cabalgatas para turistas donde amarran a un montón de personas que nunca han visto ni una granja al lomo de animales de casi una tonelada y los mandan al bosque con una supervisión mínima.

»Para no hacer el cuento largo: yo tenía seis años y no sabía que no debes pararte justo detrás de los caballos porque pueden patearte. Estaba lo

bastante cerca como para que me destrozaran el cráneo cuando alguien se lo señaló a mi papá. Él intentó agarrarme y terminó recibiendo la patada en el pecho. Probablemente habría estado bien, pero eso le detonó un infarto por un defecto valvular que no sabía que tenía y murió en unos diez segundos. Es la única vez que he visto a mi madre realmente alterada por algo que no fuera ella misma.

Guarda silencio y yo me quedo inmóvil, con la mano atrapada en su cabello.

—No sé qué decir —admito al fin.

—Está bien. Nadie sabe realmente qué decir ante algo así, por eso odio explicarlo.

—Lo siento.

—No pasa nada —dice ella, intentando restarle importancia.

Mi mano se tensa en su cabello y la obligo a mirarme.

—No, en serio. Lo siento muchísimo, carajo. —Sacudo la cabeza—. Y lo siento especialmente por haberte hecho subir a un caballo en tu cumpleaños. Maldita sea…

Ella se ríe, lo cual me toma por sorpresa.

—La verdad, eso fue culpa mía. No quería decepcionar a nadie ni dar explicaciones…

—No lo habrías hecho.

—Lo sé —dice con una media sonrisa—. Estoy trabajando en no asumir siempre que soy una decepción para todos. Al parecer, es un proceso de toda la vida, o al menos de treinta y un años, porque todavía no llego a esa meta.

Me da vueltas la cabeza. ¿Cómo puede pensar que decepciona a alguien? Sobre todo ahora, cuando está aquí arriesgando la vida para ayudar a un montón de desconocidos. Pero incluso antes de eso, no entiendo cómo alguien como Alix puede sentirse así.

—¿Todavía patinas? —pregunto, solo para romper el silencio.

Niega con la cabeza otra vez y su cara roza mi clavícula de un lado a otro.

—No. Es una de esas cosas que haces de niña y para las que ya no tienes tiempo cuando creces. Siempre pensé que, si tenía mis propios hijos, volvería a hacerlo, pero eso nunca pasó, así que…

—¿No quieres tener hijos? —pregunto, solo para mantenerla hablando.

Se ríe con amargura.

—Claro que quiero. O quería. Pero tengo treinta años y me estoy divorciando.

—¿Y?

Se acomoda de nuevo sobre mí y cruza los brazos bajo la cabeza, como si fueran una almohada.

—Probablemente pasarán años antes de que todo eso se formalice y antes de que quiera volver a salir con alguien. Luego tendría que estar con esa persona varios años antes de siquiera considerar volver a casarme. Y todo eso suponiendo que logre regresar a mi mundo. Así que, sí… los hijos probablemente no son una opción para mí.

Sé lo que intenta decir, pero aun así una punzada irracional de celos me atraviesa. No quiero imaginarla regresando a su mundo y encontrando a algún humano con quien salir y tener hijos.

Lo cual sé que es lo más estúpido que he pensado en mi vida. Yo fui quien prometió ayudarla a volver a casa. ¿Acaso espero que nunca siga adelante? ¿Que nunca tenga futuro solo porque yo no lo tendré?

—No tienes que preocuparte por eso —digo al final, con un tono de voz apagado.

—¿Por qué?

—Porque no tienes que envejecer. Solo tienes que usar ese collar —digo entre dientes—. Si quisieras, podrías vivir para siempre tal como eres ahora.

Se queda completamente paralizada.

—¿Qué pasa?

—Nada… solo recordé cómo fue que llegamos aquí en primer lugar.

Mierda. No debí mencionar el collar. Ahora volvió a pensar en el imbécil de Foulo.

Mis ojos se desvían hacia la tenue línea roja en su garganta, justo debajo de la cadena dorada del medallón. La rabia me sube por la garganta.

—Si estás esperando una disculpa, no la esperes.

—No la esperaba.

—Bien, porque no voy a arrepentirme de haberte salvado la vida, carajo.

Ella se incorpora un poco y me mira, apoya los brazos sobre mi pecho. Su cabello todavía gotea, pero al menos sus labios ya no están azules y los

temblores pasaron de ser sacudidas violentas a un escalofrío ocasional. Cuando me sostiene la mirada, su expresión es firme, alerta.

—Gracias por lo que hiciste, pero igual fue una locura. O sea, no puedes simplemente… matar gente.

—¿Como Foulo te habría matado a ti? —respondo con severidad—. No te equivoques, Alix: él te habría matado.

—Creo que solo quería el collar. No sé por qué, pero dijo algo sobre demostrar que no soy Isabelle y luego agarró el medallón.

—No seas ingenua. Incluso si eso era lo único que quería, no habría dudado en matarte en el proceso. Eres increíblemente frágil comparada con nosotros. Podría haberte estrangulado por accidente sin sentir el menor remordimiento.

Ella parece conflictuada.

—Sí, pero tú…

—Me encargué de ello —digo con enojo—. Y ni siquiera lo maté, así que no sé por qué estamos discutiendo esto.

Ella parece confundida.

—Le cortaste el brazo y lo dejaste ahí, desangrándose.

—No sé cómo hacerte entender que no somos como ustedes. Yo no puedo morir de frío y Foulo no va a morir por perder sangre. Perdió el brazo, pero estoy bastante seguro de que sigue vivo. Y solo porque estoy aquí contigo no he vuelto para rematarlo.

Ella contiene el aliento.

—¿O sea que no solo no te arrepientes, sino que ahora planeas un asesinato?

Entrecierro los ojos.

—Por supuesto. ¿De verdad crees que esto se acaba aquí? Ahora mismo se está lamiendo las heridas, pero sabe que hay algo raro contigo. Tengo que deshacerme de él.

Ella niega con la cabeza.

—No. Así no pueden hacerse las cosas aquí, eso es…

—¿Una locura? —termino la frase por ella, usando su palabra favorita.

—Exacto.

—¿Por qué crees que estoy aquí? —le pregunto.

—¿Ahora mismo? —titubea y baja la mirada hacia su pecho desnudo contra el mío, al mismo tiempo que un rubor le sube a las mejillas—. No lo sé, yo…

—No ahora —la interrumpo—. ¿Por qué crees que siempre estoy contigo? Porque Thorne sabe que Isabelle podría estar en peligro y quiere que yo detenga a cualquiera que intente hacerle daño.

—Detener, sí, pero…

Suelto un suspiro.

—Otra vez: ¿y tú qué crees que significa «detener»? Puedes usar todos los eufemismos que quieras, pero la realidad es que mi trabajo es matar a cualquiera que siquiera piense en lastimarte. En Ellender no solemos arrestar a la gente, la matamos. Es mucho más rápido y sencillo que enviar a alguien a Dyaspora. Eso es todo.

Arruga la frente y puedo sentir cómo su pulso se acelera, martillando contra mi pecho.

—¿Entonces por eso hiciste lo que hiciste? ¿Porque es tu trabajo?

Me quedo helado. Maldita sea, estamos otra vez en este punto.

¿Por qué estoy haciendo esto? ¿Qué quiero de ella? ¿Es solo porque necesito que siga siendo Isabelle, o porque la idea de que alguien le ponga una mano encima me vuelve tan loco que no puedo pensar con claridad? No sé cómo responderle y me aterra que, si lo intento, acabe diciendo demasiado.

Aunque eso ya casi no importa. Porque ya lo dije, ¿no? Ya le confesé lo obsesionado que estoy con ella, y lo único que puedo hacer ahora es esperar que crea que no es más que deseo.

—Por favor, no mates a Foulo —dice Alix—. No quiero cargar con eso en mi conciencia.

—Pero…

—A menos que él te ataque primero —añade—. Entonces supongo que sería en defensa propia. Solo no vayas a cazarlo.

—Pero sabe que no eres Isabelle.

—No, sospecha que no lo soy, pero tiene que haber una forma más sencilla de lidiar con eso que un asesinato literal, carajo. Solo le diré a Thorne que desarrollé miedo a los caballos. De todos modos, es verdad.

Emito un murmullo pensativo mientras considero su petición. Con cautela, dejo que mi mano recorra su espalda y roce la base de su columna, a centímetros de sus caderas.

—Está bien, Duraznito. Tú ganas. No iré a buscarlo, pero si él o cualquier otro vuelve a tocarte, no solo los mataré: prenderé fuego a todo el maldito reino.

Su respiración se corta y sus ojos bajan a mi boca. Pasa la lengua con nerviosismo por su labio inferior y, de pronto, no puedo pensar en nada más que en lo mucho que quiero hundir mis dientes en él.

Oigo los latidos de su corazón, casi tan fuertes como los míos, retumbando en mis oídos.

Y estoy perdido.

Mi autocontrol, ya de por sí frágil, se hace pedazos. Lo único que puedo hacer es rogar por no estar a punto de condenar a todo el reino a cambio de unos instantes de éxtasis.

No sé quién de los dos empieza.

Alix se inclina hacia delante justo cuando yo me incorporo para besarla. Me encanta saborearla, sentir sus labios contra los míos y arrancarle cada pequeño sonido desde el fondo de la garganta.

Gime suavemente, y eso actúa como una descarga de adrenalina en mi cuerpo. Levanto la mano, le sujeto la nuca y la mantengo pegada a mí mientras giro y la coloco boca arriba.

«Maldita sea».

He pasado todo este tiempo intentando compartimentar mis pensamientos, sin permitirme detenerme en la sensación de su piel desnuda contra la mía, ni en lo perfecto que es cada centímetro de su cuerpo. Pero ahora está tendida frente a mí, abierta, lista y completamente mía.

—¿Ya estás lo suficientemente caliente? —pregunto con voz ronca.

Niega con la cabeza.

—Todavía no, pero estoy segura de que tú puedes *encargarte* de eso.

«Carajo».

Me recuesto, apoyo los talones y la observo mientras aparto las mantas que nos cubren. Mis ojos recorren despacio su cuerpo, imaginando el camino que seguiré con la lengua. Ella se estremece bajo mi mirada; su cara y su pecho se ruborizan.

—Eres perfecta —digo en voz baja.

El rubor se intensifica, tiñendo su piel pálida de un rojo intenso, como la sangre sobre el hielo.

Mi miembro está dolorosamente duro, ya que se presiona contra el pantalón. Nunca he agradecido tanto haber tenido la previsión de dejármelo puesto; de otro modo, esto habría terminado demasiado rápido.

Me llevo dos dedos a la boca y los humedezco un instante antes de bajarlos y deslizarlos entre sus piernas. Maldición, ni siquiera hacía falta que los chupara: ya está empapada. Húmeda, preparada, esperándome.

Paso los dedos varias veces y ella gime más fuerte, moviendo las caderas en busca de mi contacto.

—Más.

La complazco y observo con atención su cara mientras la acaricio con suavidad, registrando cada reacción, buscando el punto que más le gusta. Tengo la impresión de que el imbécil con el que estuvo casada nunca se tomó el tiempo de descubrirlo y que, quizá por eso, ella misma no lo sabe. Quiero probar todo lo que se me ocurra y pasar una eternidad averiguando la mejor manera de hacer que grite mi nombre.

Presiono los dedos en su entrada y ella suelta un gemido. Sonrío, satisfecho, y los introduzco más: primero dos, luego un tercero. Ella empuja las caderas contra mi mano, intentando forzarme a moverme más rápido, más profundo. Eso me da una idea.

Me quedo inmóvil.

—Hazlo tú misma.

Se queda pasmada.

—¿Perdón? Pues vete al demonio.

Me río, pero el humor se desvanece al mirarla. Es tan hermosa que me enfurece. Mantengo los dedos quietos, apenas rozando su entrada.

—No. Quiero que te muevas sobre mis dedos. Quiero ver cómo te vienes antes de que apenas te haya tocado.

Aspira el aire con fuerza y me sostiene la mirada. Observo cómo realiza el cálculo mental tras sus ojos. Se pregunta si hablo en serio y, probablemente, si es capaz de abandonar la imagen rota que tiene de sí misma el tiempo suficiente para averiguar si esto le gusta.

Espero que se eche atrás, pero en lugar de eso sostiene mi mirada mientras balancea las caderas y se desliza un poco más abajo sobre mi mano. Mueve las caderas de nuevo, se eleva, y luego se hunde aún más profundo.

Maldita sea, carajo.

Mis dedos desaparecen dentro de ella y mi erección late con fuerza, endureciéndose todavía más. No pensé que esto me excitaría tanto como a ella, pero hay algo intensísimo en verla usarme para darse placer.

Paso la lengua por mis dientes y la observo, memorizando cada detalle. Mi mirada se fija en su clítoris, justo frente a mí, suplicando que lo acaricie. No puedo evitarlo: estiro mi mano libre y lo rozo con la yema del pulgar, acariciando con suavidad.

Un escalofrío le recorre el cuerpo y se queda inmóvil.

—Dios mío.

—No te detengas —le ordeno.

—No puedo con esto —gime—. Te necesito dentro de mí.

Cierro los ojos un instante. Maldición, cuando dice cosas así…

—Todavía no —le digo—. Quiero que supliques por mí.

—Ya lo estoy haciendo —responde sin rodeos—. En serio. No me importa cómo suene. Necesito que me lo metas.

—Gánatelo. Muéstrame cómo te deshaces fingiendo que me montas.

Cuando no se mueve, le presiono el clítoris con firmeza. Ella dice algo entre dientes y vuelve a mover las caderas, deslizándose sobre mis dedos como si me imaginara dentro de ella.

Sonrío y me inclino sobre su cuerpo, rozando su cuello con la boca y bajando hasta sus pechos antes de atrapar un pezón endurecido entre mis labios. Lo muevo de un lado a otro con la lengua un momento, pero no es suficiente. Quiero saborearla, comprobar si es tan dulce como recuerdo.

Bajo la cabeza y, sin previo aviso, presiono la boca contra su clítoris.

Jadea, arqueando la espalda y dejando que los ojos se le cierren.

—Sí… más.

Succiono con fuerza, moviendo la lengua en círculos y embriagándome con cada sonido que le arranco. Ella acelera el movimiento de las caderas, restregándose contra mi boca y mi mano, mientras su respiración se vuelve cada vez más agitada.

—¿Te imaginas que te lo estoy metiendo? —pregunto entre lamidas.

—Sí —jadea, sin aliento.

—¿Cómo se siente?

—Tan bien… ¡Dios mío! Por favor, mételo. Quiero venirme contigo dentro de mí.

Dioses, yo también lo quiero, y lo tendré, pero antes necesito saborear su orgasmo.

Dejo de contenerme y la estimulo con más intensidad, mientras ella pierde el control de sus movimientos.

Curvo los dedos, la acaricio por dentro, y ella grita. Sus caderas se elevan, su espalda se arquea fuera de la cama y su sabor me inunda la boca. Siento cómo me aprieta los dedos, cómo tiembla, sacudida por espasmos que duran varios segundos antes de desplomarse, exhausta.

Espero un momento, mirando con satisfacción su cuerpo inerte. Luego abre los ojos y me observa.

Se incorpora y se arrastra hacia mí, apoyando las manos en mis hombros mientras se sube a mi regazo. Se sienta a horcajadas sobre mí y no me molesto en ocultar mi dureza, presionando contra su centro.

—Maldita sea —murmura—, eres mejor que cualquier vibrador.

—¿Qué cosa?

Se ríe.

—Olvídalo. Supongo que no habría necesidad de inventar vibradores si todas las criaturas fae fueran así de buenas en la cama.

Una ira posesiva se enciende en el fondo de mi mente.

—No quiero que ni siquiera pienses en otros como yo.

Roza mis labios con los suyos.

—No lo hago.

Le aprieto las caderas y la acerco de un tirón, bajando su cuerpo hasta estar seguro de que sienta lo duro que estoy.

—Eres mía —le gruño al oído—. Nadie más volverá a tocarte ni a hacer que te vengas. Todo tu placer me pertenece.

Ella gime y se mueve contra mí.

—Lo que tú quieras.

Apoya la boca contra mi cuello y sube con besos hasta mi oído, pero no logro concentrarme. Debería sentirme más tranquilo al oírla aceptar que

nadie más la toque, pero no es así. No reconozco esta sensación: no es solo que quiera poseerla, sino que necesito que lo sepa, que lo diga, que jure por su vida que me pertenece, y que yo le pertenezco a ella.

No sé de dónde sale esto. Nunca he sentido posesión ni responsabilidad sobre ninguna de mis parejas y no tengo derecho a reclamar a esta mujer como mía.

Alix vuelve a moverse sobre mí y trato de apartar esos pensamientos para concentrarme en volver a entrar en ella y hacer que se venga otra vez sobre mí.

Bajo la mano para desabrocharme el pantalón, pero algo en el rabillo del ojo me hace detenerme. Giro la cabeza hacia la ventana.

«Maldita sea».

Una tenue neblina rosada ilumina la línea de los árboles a lo lejos y tiñe de índigo el cielo oscuro.

—Alix —susurro y, como no reacciona, lo repito con más fuerza—. ¡Alix!

Se aparta un poco, con las manos aún en mi cuello. Tiene los labios hinchados de tantos besos, la cara enrojecida y los ojos brillantes.

—¿Qué pasa?

El estómago se me retuerce y la mente se me acelera solo de mirarla, pero me obligo a mantener la voz firme.

—Está saliendo el sol.

Sus ojos se abren de par en par, llenos de *shock* y pánico, y gira la cabeza hacia la ventana.

—Ay, mierda.

Sí. Mierda, exactamente.

La empujo con suavidad hacia atrás y ella se baja de mi regazo. Me paso una mano por el cabello, mirando de Alix a la ventana y de vuelta a ella.

¿Podría arriesgarme y quedarme aquí con ella?

No, claro que no. ¿Qué estoy pensando? No sé qué podría hacer bajo la influencia del sol, cuando no quede nada en mi mente salvo el instinto puro. Podría hacerle daño, podría…

Pero una parte más grande de mí sabe que jamás le haría daño a Alix; podría hacer algo peor. Podría reclamarla. Tomarla como mía de verdad, para siempre. Estoy seguro de que, si alguna vez estuviera con ella sin que mis propios pensamientos se interpusieran y sin nada que me impidiera

hacer exactamente aquello para lo que fui hecho, lo único que me importaría sería protegerla y conservarla conmigo para siempre.

Y precisamente por eso tengo que irme.

Salto de la cama y estiro la mano hacia mi pantalón, murmurando maldiciones entre dientes. Alix se incorpora, pero no dice nada para detenerme. No es tonta: sabe que no puedo quedarme, aunque no entiende por qué.

Lanzo una mirada a la puerta de su habitación y vuelvo a pasarme la mano por el cabello.

—Carajo, no puedo dormir ahí afuera.

—Eh… podrías volver a tu habitación —dice ella—. Estoy segura de que estaré bien.

La miro, casi desesperado. No lo entiende. No hay forma de que sea capaz de quedarme dormido ahora mismo y, a menos que me encadene a la pared, sé que terminaré regresando con ella.

—Yo… —empiezo a decir algo, pero cierro la boca de golpe.

Lo que esté a punto de salir de mi boca no puede decirse.

Doy media vuelta y salgo de su habitación a grandes zancadas, azotando la puerta con tanta fuerza que me sorprende que las bisagras no se rompan.

Avanzo por el pasillo al doble de la velocidad habitual, abotonándome el pantalón mientras camino. Dejé la camisa y las botas en la habitación de Alix, pero no me importa, ni siquiera cuando cruzo junto a varios cortesanos que regresan apresurados a sus estancias antes del amanecer. Todos se detienen, olvidando claramente lo que hacían, y me miran con estupor.

Me paso la mano por el cabello, frustrado, y empiezo a trotar, luego a correr. En segundos llego a la puerta de los barracones y entro de golpe, con los ojos desorbitados.

—¡Kas!

Todas las camas están ocupadas; los soldados ya regresaron de sus puestos antes del amanecer. Los ignoro y avanzo entre las filas de literas en busca de Kastian.

Al final de la fila, él se incorpora de golpe. Sus ojos oscuros me recorren de arriba abajo, captándolo todo en un instante.

—Daemon, ¿qué demonios…?

—Necesito que cuides a Alix.

—Por supuesto —dice, levantándose de la cama, desconcertado—. Pero ¿qué…?

—Y necesito que me encierres aquí antes de irte.

Mira alrededor de los barracones.

—¿Aquí? ¿Estás seguro de que es buena idea?

No tengo tiempo de dar explicaciones cuando ya pensé el final de esta conversación. Recorro el barracón a grandes pasos y entro en la sala de baños contigua.

Kastian me sigue.

—¿Perdiste la cabeza?

—Sí. Probablemente. —Entro al baño—. Enciérrame aquí. Luego ve a cuidar a Alix.

—¿Por qué? —exige saber él.

—Solo confía en mí —le ruego, mirando otra vez la ventana, donde el tono rosado del cielo se vuelve cada vez más brillante—. *Por favor*.

Kas asiente.

—Está bien.

Suelto un suspiro de alivio cuando se retira y cierra la puerta del baño detrás de él. Espero un largo segundo y, por fin, escucho la llave girar en la cerradura y el sonido de la madera al deslizarse por el suelo cuando Kas empuja algo contra la puerta. Con suerte, será suficiente.

Con un suspiro cargado de ira, me dejo caer al suelo y apoyo la espalda contra la pared.

Solo entonces me doy cuenta de que tengo las alas desplegadas. No recuerdo haberlas liberado, pero eso explica las miradas extrañas en el pasillo y la de Kastian. Sé exactamente lo que todos están pensando; lo mismo que pensaría yo si esto le ocurriera a cualquier otro. Pero es imposible. No importa cómo me sienta, Alix no es mía. No es mi vínculo. Ni siquiera pertenece a este mundo.

Sacudo la cabeza, pliego las alas y me apoyo contra la pared, observando el amanecer a través de las ventanas.

Cuando por fin llega, nunca me he sentido tan agradecido de que la maldición tome el control y mi mente se apague.



CAPÍTULO 20

ALIX

No puedo dormir

Con Daemon fuera, me quedé dormida apenas cinco minutos antes de volver a despertar, jadeando y temblando. Enrollé los dedos en la manta y esperé a que los espasmos cedieranmientras aspiraba bocanadas profundas de aire.

Después de eso, permanezco despierta toda la noche, caminando de un lado a otro por la habitación y pensando.

Es imposible no notar que esta es la primera pesadilla desde aquella noche en la posada. Por lo general, ocurre casi a diario, pero aquí he pasado varias semanas sin entrar en pánico ni despertar gritando. ¿Tendrá algo que ver con el horario invertido? ¿O será lo que empiezo a sospechar… que esta es la primera noche en la que siento que Daemon no está afuera custodiándome? Incluso antes de saber que dormía ahí, creo que me sentía… más tranquila. Más segura.

Uf, prefiero no pensarlo.

Porque en cuanto empiezo a tirar de ese hilo, todo se deshace. Si pienso en las pesadillas, tendré que pensar en las alas, en las promesas intensas y en cómo mi estúpido corazón se encoge cada vez que me mira.

Y si pienso en eso, me deprimo, porque esto no va a funcionar. Aquí no hay un final feliz. El mejor escenario es casarme con su hermano, manipularlo de algún modo para que ponga fin a una maldición de décadas, sobrevivir como pueda a una noche de bodas con un tipo que claramente

me detesta y luego fingir mi muerte. Francamente, hasta las versiones de los hermanos Grimm de los cuentos de hadas suenan mejor que eso.

Estoy nerviosa y no sé qué hacer con mi cuerpo, así que decido darme un baño. Ya pasó suficiente tiempo desde que caí a través del hielo, en teoría, es seguro sentarme en agua caliente.

Entro al baño y, por primera vez, veo la luz atravesar las ventanas. Los vitrales arqueados dibujan patrones de colores sobre los azulejos, y sonrío mientras los observo. La sonrisa se me borra de la cara cuando veo el montón de ropa mojada en el suelo.

«Uf».

Cruzo la habitación, abro la llave de la tina y me siento en el borde hasta que el agua casi la llena. Cierro la llave y me sumerjo despacio. Durante un largo segundo espero, nerviosa, a que mis músculos se paralicen de golpe o a que mi corazón falle, pero no ocurre nada.

Todo en lo que puedo pensar es en lo que voy a decirle a Daemon cuando vuelva a ponerse el sol. No es posible que quiera pretender que no pasó nada, ¿verdad? Entiendo que las cosas son complicadas, pero eso sería tan… infantil. Al menos tenemos que hablarlo.

Solo que no sé qué quiero decir.

Me refiero a que una gran parte de mí piensa: «Al diablo con las complicaciones, podemos preocuparnos por eso después de volver a acostarnos… quizá unas cuantas veces». ¿Cuántas, antes de que quiera detenerme y hablar de sentimientos? ¿Ocho? ¿Diez? ¿Nunca?

El enamoramiento circunstancial que estaba tratando de justificar en la biblioteca de pronto se siente mucho más grande, más en serio de lo que se suponía que fuera.

Apoyo la cabeza contra el borde de la tina y cierro los ojos. Cuando los abro de nuevo, la habitación está a oscuras y un golpe seco y agudo retumba en la puerta.

—¡Mierda! —Me pongo de pie y el agua tibia salpica por todas partes—. ¡Un segundo!

Está claro que es de noche y que he estado en el baño durante horas. Salgo de la tina a tientas y cruzo el piso resbaladizo, tratando de no caerme y partirme el cráneo en la oscuridad. Eso sí sería muy yo.

Doy una vuelta desorientada buscando una toalla. Por fin llego al umbral y avanzo unos pasos hacia mi habitación, donde puedo encender la lámpara de la mesita de noche.

El golpe suena otra vez, más urgente.

—Un minuto —repito, más fuerte.

A pesar de la molestia en mi voz, siento un pequeño destello de emoción al saber que Daemon está despierto.

Me seco rápido, tomo la primera prenda seca que encuentro en el suelo y me la pongo. Luego marcho hacia la puerta.

Está oscuro afuera, así que no me molesto en preguntar quién es antes de abrir. Error.

Abro la puerta de golpe y alzo la vista hacia unos ojos color azul hielo.

—¡Dios mío! —suelto, dando un salto hacia atrás.

—¿Isabelle? —pregunta el rey Thorne, con un leve tono interrogativo.

Parpadeo y recorro el pasillo con la mirada. El rey Thorne está frente a mí, cargando una caja enorme entre los brazos. Detrás de él hay dos soldados que no reconozco —presumiblemente sus guardias— y, a la izquierda, Kastian se apoya contra la pared, con una expresión a partes iguales divertida y horrorizada.

—Buenos días —digo atropelladamente—. Es decir, buenas noches. Perdón, yo… eh… acabo de despertar.

Los ojos del rey bajan de mi cabello mojado al resto de mi cuerpo. Yo también miro hacia abajo y el corazón se me hunde cuando noto que llevo puesta la camisa de Daemon. Debí tomarla del suelo… mierda.

Cruzo los brazos sobre el pecho.

—¿Necesitas algo?

La expresión del rey es completamente plana e ilegible cuando vuelve a mirarme.

—Te traje esto —dice, extendiéndome la caja—. Para esta noche.

—Ah, claro, gracias… —murmuro.

No tengo idea de qué es «esta noche», pero no voy a empeorar las cosas preguntando.

Se produce un silencio largo e incómodo.

—¿Por fin regresaste a la biblioteca? —pregunta el rey con rigidez.

—¡Sí! Es incluso más hermosa de lo que recordaba.

En vez de parecer complacido, el rey arruga la frente.

—¿Fue un viaje sin incidentes, espero?

—Eh… sí —murmuro.

No puede saber lo que pasó con Foulo, ¿verdad? Si lo supiera, ¿no preguntaría directamente? Pero ¿qué otro «incidente» podría haber en una biblioteca?

El rey Thorne no aclara nada.

Da un paso atrás, alejándose de la puerta, y su mirada vuelve a recorrerme, deteniéndose en la camisa que llevo puesta. Me preparo, esperando que me agarre del cuello como hizo Foulo.

—Te veré en unas horas —dice con sequedad—. Asegúrate de estar lista a tiempo.

Sin decir nada más ni esbozar siquiera una sonrisa, da media vuelta y se va.

Me doy cuenta de que estoy temblando cuando miro a Kastian.

—¿Qué demonios fue eso?

—*Suerte*, eso fue suerte —dice Kas, soltando el aire y lanzando una mirada a la camiseta que llevo en vez de un vestido—. Deberías cambiarte.

Me ruborizo, pero asiento y me meto otra vez en la habitación.

Kastian puede pensar que fue suerte que el rey ignorara la camisa de Daemon, pero yo no estoy tan segura. Ni siquiera creo que la haya notado. No le importa.

Dios, ¿en qué universo sería normal que una pareja comprometida se comporte así? Si no supiera más, diría que al rey Thorne ni siquiera le agrado… a Nana, más bien. Si de verdad estuviera enamorada de Thorne, o me importara en lo más mínimo lo que piensa de mí, esta actitud me haría caer en picada.

Maldición, ni siquiera me importa lo que piense y aun así me molesta.

El desprecio evidente con el que me habla no encaja con lo que entiendo sobre la maldición. Al menos tiene que creer que ama a Isabelle, ¿no? *¿No?*

En menos de una hora, todo cobra más sentido.

Bueno, no *todo*.

Sigo sin entender qué demonios le pasa al rey, y pensar en Daemon me provoca oleadas de incertidumbre, pero al menos averiguo qué hay «esta noche».

Había olvidado por completo el baile para presentar de nuevo a Isabelle ante la corte, hasta que Odessa aparece en mi puerta para ayudarme a arreglarme.

—¿De verdad tenemos que empezar tan temprano? —pregunto, mirando las ventanas—. El baile no empieza sino dentro de horas.

Odessa cruza la habitación con aire dramático y se sienta frente a mi tocador. Se detiene a evaluar su propio reflejo antes de responder:

—Créeme. Necesitamos todo el tiempo posible. Tienes suerte de que no haya derribado tu puerta mientras aún había luz.

Durante las siguientes horas me lava, me cepilla, me abrillanta, me pule y me depila de formas que ni siquiera sabía que existieran. Voy a usar un vestido rojo para el baile, así que Odessa pasa más de una hora entretejiendo rosas reales en mi cabello y luego otra hora y media aplicando un maquillaje con sombras rosadas.

—Creí que dijiste que podía usar un saco y que no importaría —me quejo mientras me empuja las cutículas con algo que parece un tenedor—. Además, voy a llevar zapatos cerrados; nadie va a ver mis pies. ¿A quién le importa cómo se vean mis uñas?

—A mí —insiste—. Tuviste la suerte de nacer con piernas, lo mínimo que puedes hacer es cuidarlas.

Suspiro. También tuve la suerte de nacer con una vida limitada, pero eso no parece preocuparle demasiado en cuanto a aprovechar al máximo mi tiempo.

Por fin, *por fin*, Odessa declara que estoy lista.

Cruzo la habitación para mirarme en el espejo y abro los ojos de par en par. Esa no parezco yo. Es decir, sí soy yo, pero la persona que me devuelve la mirada es mejor en todos los sentidos imaginables.

El vestido que eligió Odessa es de un rojo rosado profundo, como el color de una granada o —de manera apropiada— como una rosa. El corpiño es ceñido, parecido a un corsé exterior, mientras que la falda es amplia e iridiscente. Las mangas son voluminosas y descansan sobre los hombros, y una abertura alta en el lado derecho de la falda deja ver apenas un atisbo de

mi tatuaje. Para complementar el conjunto, Odessa usó rosas del mismo color en mi cabello, fijadas a mis rizos en diminutas trenzas.

Doy una vuelta sobre mí misma, sonriendo de oreja a oreja.

—Te lo dije —dice Odessa con suficiencia—. ¿Ya ves cómo valió la pena todo ese tiempo?

—Tienes todo el derecho a decir «te lo dije». ¡Muchísimas gracias!

Hace un gesto despreocupado con la mano.

—No fue nada. Me gusta hacer este tipo de cosas.

—¿Y ahora qué? —pregunto, mirando hacia la ventana—. ¿A qué hora tengo que bajar?

—Solo tendrás que esperar unos minutos más —responde, guardando el maquillaje del tocador en el cajón.

—¿Daemon va a venir por mí?

Odessa niega con la cabeza.

—No, el rey lo hará. Después de todo, es el baile de ambos.

—Ah… claro. Por supuesto. —Me muerdo el labio—. ¿Crees que el rey de verdad ama a Isabelle?

—Me gusta pensar que sí. ¿Por qué?

—Casi no me habla —digo, dejándome caer en la cama—. No es que me queje, pero si de verdad fuera Nana, creo que me molestaría. O sea, ¿qué hace todo el día?

—Ha estado preparándose para la luna rosa.

—Sí, pero ¿cuánta preparación puede requerir? Tiene a todos esos sirvientes, y se supone que esa será nuestra boda, ¿no? ¿No debería incluirme?

—¿Quieres que lo haga?

Suspiro.

—No, para nada, pero aun así… se siente raro. ¿Por qué me deja sola todo el día, y con su hermano? Creí que dijiste que las criaturas fae eran posesivas.

—Lo son —responde, arrugando la frente.

Mi mente reproduce de inmediato las palabras de Daemon del otro día: «Eres mía. Nadie más volverá a tocarte ni a hacer que te vengas. Todo tu placer me pertenece».

Me sonrojo.

«Posesivo es quedarse corto».

Excepto que él no es con quien se supone que voy a casarme. Estoy segura de que algo no anda bien, y no creo que el problema sea que yo no sea realmente Nana. Con la forma en que el rey Thorne la ignora —bueno, a mí—, dudo que hubiera hecho diferencia aunque sí lo fuera.

—¿Tal vez sea por las otras esposas? —murmuro.

—¿A qué te refieres?

—Bueno… no sé. ¿Y si una de ellas era su media naranja o lo que sea?

—Eso no existe —dice, riendo.

—Está bien, no sé cómo llamarlo. Su pareja predestinada. Su llama gemela. Como sea que ustedes llamen a eso de quedar fijados a una sola persona.

—Alma gemela.

Suelto el aire por la nariz.

—Exacto. ¿Y si una de las otras esposas era su alma gemela y por eso no puede amar a Isabelle? Digo, a mí.

Odessa me mira de reojo.

—¿Daemon te habló de los vínculos de almas gemelas? Por los dioses. ¿Qué demonios más hablan ustedes dos?

—No sé… —Me sonrojo—. No mucho. Pero ¿crees que tengo razón? ¿Podría ser ese el problema?

Odessa niega con la cabeza.

—Lo dudo. Conocí a las otras esposas, ¿recuerdas? Por lo que sé, pasó incluso menos tiempo con ellas que contigo. Mira, yo trataría de no preocuparme. Tendrás tiempo de sobra para hablar esta noche.

Suspiro. Supongo que tiene razón.

Sin embargo, aun así no logro sacudirme la sensación de que algo anda mal.

DAEMON

Hay días en los que me pregunto qué demonios hago aquí.

Algunos resulta más fácil recordar que hay cientos de vidas en juego, incluida la mía. Otros, no estoy seguro de que valga la pena salvar la de ninguno de los cortesanos. ¿Por qué debería importarme, si todos son tan

increíblemente insulsos? ¿Por qué carajos estoy en este castillo, intentando llevarme bien con mi hermano y forzar a Alix hacia un matrimonio que cada vez estoy más seguro de que va a matarme?

Estoy apoyado contra la pared del salón de baile, aferrando una copa de vino. A mi alrededor, la corte entera rebosa seda y joyas, bailan y conversan como si tuvieran todo el tiempo del mundo.

«Odio estas malditas cosas».

No me di cuenta sino hasta ahora, pero no todo en Dyaspora era tan malo. Para empezar, no había bailes, y nunca tenía que vestirme de gala ni fingir interés mientras alguna dama de la corte me hablaba sin parar, como si no le hubiera escuchado la misma historia diez veces.

La corte ya era pequeña, incluso antes de la maldición. Ahora es todavía más reducida: solo quedan unas cuantas centenas de familias nobles en todo Vernallis. Nadie puede viajar a ningún lado por la maldición, casi nadie de los otros reinos viene de visita, y prácticamente nadie ha tenido hijos en el último siglo. Sin gente nueva ni experiencias nuevas, no hay historias nuevas. Y, aun así, en eventos como este, después de unas copas de vino, parece que todos olvidan lo aburridos que están.

Yo no.

Soy de los pocos que en realidad tiene historias nuevas que contar, pero no pienso desperdiciarlas con la corte.

Miro de reojo a la mujer que está de pie a mi lado. Es una de las hermanas de Claudette: Laurette o Paulette, nunca recuerdo cuál es cuál. Me habla con un entusiasmo que yo no podría reunir ni para el día más feliz de mi maldita vida, y mucho menos para una charla trivial e insulsa.

—¿Ves al hombre de cabello negro que está allá? —la interrumpo, señalando al otro lado del salón, donde está Jett.

Paulette da media vuelta y mira.

—Sí.

—¿Por qué no vas a hablar con él? Estoy seguro de que esta historia le va a parecer fascinante.

No espero su respuesta y me alejo con paso firme hacia la barra. ¿Grosero? Sí. ¿Me importa? En absoluto.

Llego e ignoro al sirviente que me ofrece más vino. En su lugar, tomo la botella yo mismo y lleno la copa hasta el borde.

—¿Estás bien?

Me doy vuelta al oír la voz detrás de mí, esperando que sea Kastian. Ha intentado acorralarme para hablar dos veces desde que me dejó salir de la sala de baño hace varias horas, pero no quiero hablar. No sé qué decir y no quiero escuchar lo que él esté pensando.

Me sorprende y me alivia encontrarme con Fox frente a mí. Esbozo una sonrisa falsa y le paso la botella de vino.

—Sí. Claro. ¿Por qué?

Se limita a mirarme con expresión calculadora antes de dar un trago directamente de la botella.

Por eso me gusta Fox. No guarda silencio porque no tenga nada que decir; estoy bastante seguro de que es el más inteligente de todos nosotros. Estoy malditamente seguro. Incluso más que yo. Pero, en lugar de restregárselo a todo el mundo en la cara, solo observa.

—No quiero estar aquí —le digo a Fox, aunque no lo haya preguntado exactamente—. Odio bailar.

Me mira de reojo, como si pensara: «No parecía que lo odiaras tanto la otra noche».

Termino mi vino.

No odio muchas cosas que serían mucho más fáciles de sobrellevar si las odiara.

Lo que de verdad no soporto es la trivialidad de algo como esto. Quedan apenas unas cuantas noches antes de que la maldición se vuelva permanente y Thorne se dedica a organizar fiestas. Tal vez no le importe su propia vida, pero ¿de verdad no le importan todas las personas a las que podría condenar con él? A mí tampoco me importa un carajo la mía, pero desde el primer día he estado tramando cómo salvar a tantos de mis amigos como sea posible. Uno pensaría que el maldito rey intentaría superar eso.

Como si mi ira lo hubiera invocado, las enormes puertas dobles se abren de pronto y anuncian la llegada del rey. El sonido de las trompetas llena el aire y la voz de un sirviente resuena en la sala, exigiendo que toda la atención se dirija hacia las escaleras.

Por costumbre, alzo la vista hacia los amplios escalones dorados.

Thorne está en lo alto de la escalera, observando a la corte, pero no está solo. A su lado, Alix permanece rígida, con una expresión ligeramente

insegura. Lleva un vestido rojo y largo, con una abertura en la amplia falda, lo bastante alta para que el tatuaje de su muslo asome.

Es hermosa.

«Es mía».

Doy un paso involuntario hacia adelante, antes de chocar contra algo duro que me bloquea el paso.

—No lo hagas —murmura Fox.

Parpadeo varias veces, intentando despejarme. Me doy cuenta de que aquello que me detuvo fue su brazo, sujetándome. «Por los dioses».

Doy un paso atrás, sacudo la cabeza y aparto el brazo de Fox de un empujón.

—No estaba haciendo nada.

Esta vez, su silencio se siente como un juicio.

Cuando Thorne conduce a Alix a la pista de baile, la multitud se aparta para darles espacio en el centro. El silencio se apodera de las trompetas y el cuarteto de cuerdas toma el relevo; la música se eleva mientras avanzan con gracia hacia la mitad del salón.

Es imposible no pensar en nuestro baile de la otra noche.

Odio bailar, maldita sea —no mentía—, pero odié aún más verla bailar con Kastian. Es exactamente por eso que lo hizo, lo sé. A Kas le cae bien Alix, sí, pero no está pendiente de cada una de sus palabras como yo, ni se obsesiona con mantenerla a salvo. Ninguno de mis amigos hace eso, y cada vez me cuesta más convencerme de que mi interés por ella no es más que atracción física.

Cualquier imbécil puede ver que Alix es hermosa, pero no todos quieren arrancarle los brazos a quien se atreva a tocarla, literalmente. Inspirado por ese pensamiento, clavo la mirada en la mano de Thorne, apoyada en la parte baja de su espalda, e imagino cómo se la cerceno.

«Carajo, necesito salir de aquí antes de hacer alguna estupidez».

Por una vez, no me preocupa mantener los ojos clavados en Alix todo el tiempo. De hecho, en este momento yo soy el mayor peligro para ella, porque cuanto más la observo, más ideas empiezan a arremolinarse en mi cabeza. Ideas dolorosamente estúpidas, como que con gusto condenaría a

todo el maldito reino y dejaría que la maldición lo consumiera solo para tenerla para mí durante las próximas dos semanas.

Me alejo de la pista de baile y me encamino hacia la salida. Mantengo la vista fija en las puertas, evitando mirar atrás, pero aun así los veo. Atrapo el reflejo del baile en una de los amplios ventanales oscuros, justo a tiempo para ver a Alix girar con elegancia, con el vestido ondeando a su alrededor.

No sé si lo imagino o si es solo el ángulo de su reflejo en el vidrio, pero por un segundo creo que me mira directamente. Nuestras miradas se encuentran en el oscuro reflejo y la compulsión de dar media vuelta y arrancarla de los brazos de Thorne es tan abrumadora que me detengo en seco y me clavo las uñas en las palmas.

Maldita sea, ¿qué estará pensando ahora mismo? ¿Recordará todas las cosas desquiciadas y posesivas que le dije ayer cuando creí que estaba en peligro? ¿La asusté?

«Ahora mismo el que se está asustando soy yo, carajo».

Mi corazón se acelera, golpeando con furia contra el pecho. La piel me arde y la cara se me calienta, igual que cuando él la besó en la sala del trono. Estoy prácticamente temblando y cualquier pensamiento racional huye de mi mente, reemplazado por un cántico insistente: «Mía, mía, mía».

—¡Daemon!

Miro hacia donde escucho mi nombre, en algún punto a mi derecha, y encuentro a Claudette abriéndose paso hacia la gente. «Maldita sea, ahora no».

—¿A dónde vas? —pregunta Claudette, con sus rizos rubios rebotando a cada palabra—. No te irás, ¿verdad? ¡El baile apenas empieza!

No puedo responder. Estoy seguro de que, si abro la boca, perderé todo el control y soltaré lo que estoy pensando: «Es mía. Debo tenerla. Creo que la a…».

—¡Señores, señoras, amigos, es un placer verlos a todos aquí esta noche! —anuncia Thorne con voz potente. Su llamado atraviesa a la multitud y se cuela incluso entre mis pensamientos enredados.

Ni siquiera sé cuándo terminó la canción ni en qué momento dejaron de bailar. No registré el cambio y sigo sintiéndome aturdido.

—Todos tuvimos la fortuna de dar la bienvenida de nuevo a la señorita Isabelle a Vernallis hace apenas dos semanas —continúa Thorne—, y pronto

será ella quien, por fin, levante nuestra maldición tras cien años de sufrimiento. Han sido infinitamente pacientes y han mantenido la esperanza. Por eso, mi rosa y yo queremos darles las gracias.

El hombre sabe cómo dar un discurso, eso se lo reconozco. Ojalá alguna de sus palabras tuviera sustancia. Sus discursos son mentiras doradas, igual que todo lo demás en esta corte.

—Se ven bien juntos, ¿no? —dice Claudette.

Sacudo la cabeza.

—¿Qué?

—El rey y la señorita Isabelle. Se ven bien juntos.

No respondo. Contra mi voluntad, me doy vuelta para mirar otra vez la pista de baile.

Sin proponérmelo, busco a Alix y aspiro con fuerza cuando encuentro su mirada y descubro que ella ya me estaba observando. Tal vez sea mi imaginación retorcida, pero juraría que me suplica con los ojos que la salve.

¿Por qué se siente esto como una tortura?

Sacudo la cabeza, pero nada se aclara.

Algo anda mal conmigo. No me siento enfermo, me siento *alterado*. Como si algo se desplazara en la parte posterior de mi cerebro, reordenándose, y ese movimiento me provocara mareo.

Thorne sonríe ampliamente y alza los brazos, como si quisiera abarcar a toda la sala.

—Esta noche quería presentarles un regalo a todos ustedes, así como a Isabelle, y creo haber encontrado la forma de hacer ambas cosas.

Pongo cara de confusión. ¿Un regalo?

No tengo que esperar mucho para saberlo. En ese momento, aparecen dos sirvientes elfos cargando entre ambos un estuche dorado de violín. Alix deja escapar un jadeo audible.

—Santo cielo —murmura, como si por un instante olvidara quién se supone que es.

La comisura de mi boca se eleva apenas ante eso.

Thorne se encuentra con los sirvientes al borde de la pista y saca del estuche un violín dorado y reluciente. Lo alza ante la multitud, asintiendo

con orgullo, como si él mismo lo hubiera forjado, y luego camina hacia Alix para entregarle el instrumento.

—Para ti, mi rosa.

No puedo oír su respuesta, pero veo cómo se mueven sus labios. Dice algo y luego se ríe, genuinamente feliz.

Me debato entre el placer de ver su dicha y las náuseas al saber que no fui yo quien la causó. Yo debería haberle dado eso. Fue mi maldita idea. Él no sabe nada de ella. Ni siquiera le importa…

Thorne debe indicarle que toque, porque ella avanza con naturalidad hasta el centro de la pista de baile, se coloca bajo el enorme candelabro dorado y alza el arco hacia las cuerdas.

Sé qué canción va a tocar incluso antes de que empiece, y no me decepciona cuando las primeras notas de la balada resuenan sobre la multitud. Tal como esperaba, se escuchan murmullos y exclamaciones de emoción entre los presentes.

Alix no lo sabe, pero está interpretando la balada del primer rey de Vernallis. Es una canción de celebración que no ha tenido muchos motivos para ser tocada en el último siglo. Es esperanzadora. Triunfal. Todo lo que la corte necesita escuchar y todo lo que su rey no es.

Cuando la escuché tocar esta canción en la taberna, quedé tan sorprendido que casi eclipsó mi asombro al verla cobrar vida a través de la música. Es otra persona cuando toca: igual de hermosa, pero más segura de sí misma, más honesta de lo que la he visto nunca.

Sé que debería irme, pero ahora no puedo. Estoy fascinado. Hipnotizado.

Mientras la observo, la luz de la sala cambia. Las velas parpadean y proyectan sombras sobre la cara de Alix.

Alzo la vista hacia el candelabro que cuelga sobre su cabeza. Vibra levemente; los cristales tiemblan, como si un temblor hubiera sacudido la sala. Nadie parece notarlo.

Solo tengo ese breve segundo para preguntarme si algo anda mal antes de que todo empeore de forma exponencial.

El enorme candelabro dorado se desprende de pronto del techo abovedado y cae. Un grito recorre la sala, pero Alix no se da cuenta. Está

demasiado absorta en la música, con los ojos cerrados y balanceándose, de pie justo debajo del candelabro que se desploma.

Como todas las veces anteriores, no me doy cuenta de que me moví hasta que ya es demasiado tarde para detenerme. Sin pensarlo, empujo a Claudette fuera del camino y me lanzo al otro lado de la sala. Siento que vuelo y luego me estrello contra Alix, la derribo al suelo, y un dolor cegador me atraviesa la espalda cuando el candelabro se estrella encima de nosotros.

Estoy temblando, con la espalda en tensión mientras sostengo el peso lejos de ella. Ni siquiera puedo ver con claridad por el dolor, pero de alguna manera logro bajar la mirada hacia la cara de Alix.

Debajo de mí, yace tendida en el suelo. Las rosas de su largo cabello están aplastadas y sus ojos permanecen muy abiertos, como si apenas estuviera procesando lo ocurrido.

Protegida de la multitud por mi cuerpo, gira sus grandes ojos azules hacia los míos y, por una fracción de segundo, nuestras miradas se cruzan. Durante un instante, ni siquiera siento el dolor de mi espalda.

La neblina de mi mente se disipa y aquello que había estado moviéndose en mi cerebro por fin se detiene, encajando en su sitio.

—Estoy bien —refunfuño, aunque el dolor me atraviesa la espalda y los hombros.

—¿Estás seguro? —pregunta Alix, con un rastro de pánico en la voz.

—Te lo sigo diciendo, Duraznito, no somos como ustedes. Unas cuantas heridas superficiales no son para tanto.

Miento; *sí es grave*.

Doce heridas punzantes idénticas desgarran mi espalda. La mayoría no la atravesó por completo, pero hay un agujero ensangrentado en la parte superior derecha de mi pecho que me hace pensar que estuve muy cerca de que me perforaran el corazón. Incluso para las criaturas fae sería casi imposible recuperarse de eso. La pérdida de sangre puede reponerse, la piel puede cerrarse de nuevo, pero una hoja metálica atravesando el corazón detiene a casi cualquier criatura, mágica o no.

Ya hemos dejado el salón de baile. Alix camina a mi lado, sosteniendo su enorme vestido de gala para que no arrastre por el suelo. A pesar de haber estado a punto de morir aplastada por un candelabro de dos toneladas, está completamente ilesa, y esa es la única razón por la que no lamento el dolor casi insoportable que siento. Llevo un brazo apoyado sobre el hombro de Kastian y él soporta al menos la mitad de mi peso mientras avanzamos por el pasillo hacia los barracones.

Valió la pena. Incluso si me hubieran atravesado el corazón, no me arrepentiría de haberla salvado.

—¿Por qué no se está curando? —pregunta Alix, como si diera una orden—. Pensé que sanarías al instante.

—No es así —dice Kastian, mientras se aclara la garganta—. Sanamos más rápido que ustedes, pero solo si la herida no se infecta ni atraviesa algo vital.

—Deja de preocuparte tanto, carajo —me quejo—. Solo necesito unas vendas. Para la mañana estaré bien.

Kas me mira con suspicacia y sé que entiende que minimizo la gravedad por el bien de Alix.

—¿Hay algo que pueda hacer? —pregunta ella.

La miro de nuevo y el pecho me duele de una forma que no tiene nada que ver con mis heridas. Es la primera vez que hablamos desde que salí de su habitación al amanecer y me muero por saber qué está pensando. Me muero por arrastrarla de vuelta arriba y continuar donde nos quedamos. *Me muero…*

—Puedes volver al baile y actuar como Isabelle —digo con frialdad.

Ella se echa hacia atrás, una mezcla de miedo y frustración le cruza la cara.

—¿Volver al baile? ¿En serio? Pero estás herido.

—Daemon tiene razón —se queja Kastian—. Los soldados se lastiman todo el tiempo. Ninguno de los otros nobles se preocupa lo suficiente como para estar aquí. Necesitas volver y fingir que no te importa, o Thorne sospechará más de lo que estoy seguro que ya sospecha.

Alix me lanza una mirada.

—No estoy segura de que eso sea cierto. Si él me prestara la más mínima atención, ya sospecharía más que nadie, pero no creo que le importe.

Asiento con brusquedad. Sé a qué se refiere: a pesar de mis esfuerzos por mantenerla a distancia, no he sido precisamente discreto con el interés creciente que siento por ella. Y, si soy honesto, ella tampoco lo ha sido.

—Lo sé, pero inténtalo. Hemos llegado demasiado lejos como para arruinarlo todo ahora.

Por una vez, Alix no discute y da media vuelta para regresar al baile.

—Kas —empiezo—. Deberías ir con ella. Yo…

—Ni empieces —refunfuña—. Necesito revisarte la espalda. Sabes que hay que curarla y nadie más tiene tanta magia.

Aprieto los dientes, pero asiento una sola vez.

—Está bien. Fox, asegúrate de que no pase nada más y luego acompaña a Alix de vuelta a su habitación antes del amanecer.

Fox asiente y se marcha. Espero que Jett vaya con él —esos dos son tan cercanos entre sí como Kastian y yo—, pero en lugar de eso, Jett se queda, rondando detrás de mí.

En cuanto Alix se va, dejo escapar el aliento.

Estoy casi seguro de que las heridas de mi espalda son peores de lo que quiero admitir. No lo sabré hasta quitarme la camisa y mirarlas, pero el dolor punzante en el pecho y la forma forzada en que respiro me dicen que uno de los picos metálicos del candelabro pudo haber dañado mi pulmón. No hace falta decírselo a Alix. Ella lo vería desde su perspectiva humana y entraría en pánico, distrayéndome de lo que realmente necesito atender.

—Esto tuvo que ser intencional —murmuro—. ¿Qué carajos está pasando en este castillo?

«Y, más importante aún, ¿qué tiene que ver con Alix?».

—De acuerdo —asiente Kastian con aire sombrío mientras me ajusta el brazo sobre su hombro para ayudarme a subir las escaleras—. Ha habido demasiados encuentros cercanos con la muerte últimamente. El choque del tren. Y todos despertando con el sonido de las campanas.

—Luego estuvo Foulo en la biblioteca —agrego entre dientes.

—¿Qué pasó con Foulo? —pregunta Jett—. Noté que no estaba en el baile.

Me quedo inmóvil. Maldita sea. No les conté eso. En parte porque no hubo mucho tiempo para conversar entre mutilar a Foulo, sacar a Alix del hielo y pasar el día encerrados en la sala de baños de los barracones. Pero también porque no sé cómo justificar mi reacción ante el peligro que corrió Alix.

Supongo que ahora ya no tengo que explicarla. Toda la maldita corte acaba de verme arriesgar la vida para protegerla.

Llegamos a los barracones. Por suerte están vacíos: todos están arriba en el baile o aprovechan la ausencia de los nobles como excusa para tomarse la noche libre. Jett sostiene la puerta mientras Kastian prácticamente me arrastra hasta la cama más cercana.

Resoplo de dolor al sentarme.

—De verdad no es tan…

—Cállate —me reprende Kas.

Al ser de Hydratta, él está inusualmente sintonizado con la magia curativa. Aun así, tengo que apretar los dientes y clavarme las uñas en los muslos para no gritar cuando empieza a trabajar en la herida más grande.

Jett cruza los brazos sobre el pecho y se apoya en la pared, observando mientras Kastian examina las heridas de mi espalda.

—Entonces, ¿vamos a hablar de esto?

—¿De qué? —refunfuño entre dientes.

—Vamos, Ashwater. Sabes lo que todos están pensando.

—Ahora mismo no estoy pensando en nada, maldita sea, excepto en lo mucho que duele esto… ¡Ay!

—Perdón —murmura Kastian, sin sonar arrepentido en absoluto—. Algunas de estas tardarán uno o dos días en sanar.

—Uno o dos días no son nada. Valió la pena. A Alix la habría matado al instante.

—Sí, pero justo a eso iba —interviene Jett—. ¿Cuántas veces le has salvado la vida ya?

—La estoy protegiendo, para eso estoy —respondo con aspereza—. Y ya dije que me parece sospechoso que haya tenido tantos accidentes casi mortales en solo unas semanas.

—¿De verdad tengo que ser yo quien señale lo obvio? —suelta Jett—. Ella es tu alma gemela.

Lo dice con tal naturalidad, sin la menor duda ni preocupación, que me deja sin aliento. Algo pesado me orpime el pecho y, por un momento, no se me ocurre qué responder.

—Eso es una locura —me quejo.

Pero incluso mientras lo digo, una voz al fondo de mi mente discrepa. ¿Es realmente una locura?

Las almas gemelas no están predestinadas; al menos, eso cree la mayoría de las criaturas fae. Por lo general, se forman a partir de experiencias compartidas o sacudidas emocionales extremas.

—No puedo estar vinculado a Alix —digo con los dientes apretados, esperando que mis amigos atribuyan mi expresión al dolor de lo que Kastían está haciendo en mi espalda.

—¿Por qué? —pregunta Jett con toda calma.

Lo miro con ferocidad. Quiero a Jett como a un hermano, pero en momentos como este es tan irritante que podría —y muchas veces lo hice— golpearlo.

—Porque… lo sabría.

—¿Estás seguro? —pregunta Jett—. No diría que el autoconocimiento sea una de tus mayores virtudes.

—Ya cogí con ella, ¿recuerdas? —refunfuño, intentando sonar lo más distante posible, como si pasar la noche con Alix no hubiera sido la mejor noche de mi maldita vida—. Todo el mundo sabe que es imposible acostarse con su alma gemela y no darse cuenta.

—¿Seguro? —pregunta Kastian—. Sé que todos dicen eso, pero ¿y si el vínculo todavía no se hubiera formado?

Suelto un gruñido desde el fondo de mi garganta, tanto por la rabia como por el dolor en la espalda.

—Estoy completamente seguro. Alix no es para mí. Si estuviera vinculado a ella, no podría soportar que se casara con Thorne, ¿o sí?

Jett arruga la frente y se frota la nuca.

—No es por patearte cuando estás en el suelo, Ashwater, pero *no* lo estás soportando. Al menos, no muy bien.

—Te encerraste en el baño toda la noche —interviene Kastian.

—Sí —añade Jett—. Y haces un maldito berrinche cada vez que el rey la toca. Tienes suerte de que tu hermano sea un imbécil y, en general, ignore a

Alix, porque, si no, ¿no crees que ya te habría estallado todo en la cara?

Pongo mala cara, pero no puedo evitar pensar en Foulo retorciéndose en el suelo ni en la furia cegadora que me invade cada vez que Thorne la toca. Recuerdo el momento en el salón de baile en que miré a Alix y sentí que, por primera vez en mi vida, mi mente estaba realmente despejada.

«Maldita sea, ¿y si tienen razón?».

—Odessa también lo cree —agrega Jett—. Dijo que le preocupa que tus sentimientos por Alix nos expongan a todos.

—¿Desde cuándo hablas con Odessa? —se queja Kastian, alzando la voz por primera vez.

Jett se encoge de hombros y le lanza una mirada distraída.

—No sé. ¿Por qué no habría de hacerlo?

Kas no le responde. Traga saliva con fuerza y luego rodea la cama para quedar frente a mí.

—Eso es todo lo que puedo hacer por tu espalda esta noche. Deberías dejar que Fox cuide a Alix mientras haya luz y dormir de verdad. No sé cómo es posible, pero te ves peor que en Dyaspora.

—Gracias —respondo con aspereza. Tomo mi camisa tirada en el suelo, la levanto y hago una mueca al ver los agujeros ensangrentados que estropean la tela—. ¿Alguno de ustedes tiene una que me preste?

—Claro, pero antes déjame decirte algo —dice Jett, separándose de la pared y recorriendo la habitación sin dejar de mirarnos—. Si de verdad esperas que Alix se case con el rey, ¿qué vas a hacer la noche de bodas?

Sin previo aviso, una descarga de adrenalina me atraviesa. El pulso se me acelera y manchas negras aparecen en los bordes de mi visión. Siento como si me incendiara por dentro, como si ardiera desde las entrañas; el impulso de romper algo, de destrozar la habitación, es tan fuerte que podría matar…

—Estaría bien —digo entre dientes—. Ella es perfectamente libre de hacer lo que quiera, con quien quiera.

Jett hace una mueca de hastío y va a buscar una camisa.

Levanto la vista y me cruzo con la mirada de Kastian.

Me observa con expresión de disculpa.

—Lo siento, amigo. Créeme, lo sé. Un vínculo incompleto te hace sentir completamente fuera de control.

Solo asiento, aunque nada de eso tenga sentido.

Kastian no ha formado un vínculo con nadie todavía. Y, con suerte, yo tampoco.

A pesar de lo que les dije a mis amigos, apenas aguanto cuatro horas antes de que no soporte estar lejos de Alix. Escuché la sugerencia de Kastian de dormir en los barracones esta noche, pero no puedo. Siento… una inquietud insoportable.

Estoy seguro de que el baile ya terminó. Aún no amanece por completo, pero los barracones ya están en silencio.

Dentro de mi cabeza, en cambio, el ruido es ensordecedor.

No soporto saber que algo extraño ocurre en este castillo y que Alix podría estar en peligro, del mismo modo que no soporto saber que dejé a Fox cuidándola toda la noche.

Necesito ser yo quien la proteja. Necesito saber que está a salvo. Necesito… no lo sé. ¿Hablar con ella?

Una voz en el fondo de mi mente insiste en que vaya a buscarla de inmediato y le confiese que no puedo pensar cuando está cerca. Que verla bailar con Thorne me hizo sentir como si ardiera por dentro. Que me aterra que Jett y Kas tengan razón y que ella sea mi alma gemela.

Discuto sin mucha convicción con esa voz mientras subo las escaleras del castillo oscuro y resonante. No sé qué voy a decir cuando llegue a la habitación de Alix, pero sé que tengo que decir *algo*.

Encuentro a Fox sentado en el suelo, afuera. Levanta la vista al oír mis pasos.

—¿Sigue despierta? —pregunto.

Se encoge de hombros y se pone de pie.

—No estoy seguro.

Me paso una mano por la nuca.

—Bien… puedes irte. Yo me encargo.

Me observa de arriba abajo, pero solo asiente y se aleja con paso firme. Nunca me alegré tanto del silencio selectivo de Fox, porque no podría

soportar tener que explicar lo que estoy haciendo. Apenas puedo explicármelo a mí mismo.

Espero a que Fox doble la esquina y luego me acerco a la puerta de Alix y toco. Solo necesito verla; estoy seguro de que entonces todo quedará claro. No habrá ningún vínculo ni conexión extraña, y podré volver a intentar superar mi obsesión en paz.

Espero conteniendo la respiración, pero no escucho la habitual invitación de Alix para pasar.

«¿Quizá sí se fue a dormir?».

Llamo de nuevo y, un segundo después, oigo algo.

No es un grito, pero resulta inquietante: un zumbido agudo en el fondo de mi cabeza.

El vello de la nuca se me eriza.

—¿Isabelle? —llamo con fuerza, recordando, por una vez, usar su nombre supuesto, por si alguien escucha—. ¿Isabelle? ¿Estás bien?

Alix no responde, y una sensación de terror me inunda. Abro la puerta con un gesto de la mano y entro.

Por un momento no la veo por ningún lado. La habitación está oscura, como si se hubiera ido a dormir, pero no está en la cama y la puerta del baño está completamente abierta.

—¿Alix?

Me giro y veo las puertas del balcón entreabiertas. Corro hacia ellas, las empujo, y el corazón se me sube a la garganta.

Alix está de pie sobre el barandal, con los pies descalzos peligrosamente cerca de resbalar al vacío. Tiene los brazos extendidos y el viento le azota el cabello y su camisón. Cuando me lanzo hacia ella, se tambalea, balanceándose como si escuchara una música que solo ella puede oír.

—¡Alix, no!

No pierdo tiempo preguntándome qué está pasando. Agarro su mano extendida, la jalo hacia mí y la atrapo entre mis brazos. Ella forcejea, patea y agita los brazos. Entonces me doy cuenta de que tiene los ojos cerrados, como si estuviera dormida.

Me dejo caer al suelo del balcón con Alix acunada entre mis brazos. Le doy unas palmadas suaves en la cara.

—¡Alix! ¡Despierta!



CAPÍTULO 21

ALIX

Mis ojos se abren de golpe y me encuentro con la intensa mirada verde de Daemon.

Por un instante, la felicidad y la emoción me inundan el pecho. Me siento a salvo, tranquila, en casa… y de pronto él me sacude y casi me grita en la cara.

«¿Pero qué…?».

Me incorporo y parpadeo varias veces. No sé dónde estoy y me toma un largo segundo procesar que estamos afuera, en el balcón del castillo. Todavía está oscuro y apenas percibo un rastro de lluvia en el aire.

«¿Cómo llegué aquí?».

Daemon me sostiene en su regazo, como si me hubiera desmayado. Empiezo a captar lo que dice y distingo palabras como «sonambulismo» y «saltar».

Niego con la cabeza.

—Yo no camino dormida.

—Sí, sí lo haces, maldita sea —responde con severidad—. Pudiste haberte matado y habrían pasado horas antes de que alguien lo notara.

¿En serio? ¿Mis pesadillas podían haber empeorado tanto como para que estuviera a punto de arrojarme desde el balcón del castillo?

—Ni siquiera recuerdo haberme quedado dormida.

Daemon me mira con furia. Está sentado directamente sobre el suelo de piedra del balcón, como si se hubiera desplomado en cuanto me rescató de

una muerte segura. Tiene la espalda apoyada en las columnas del barandal y yo estoy recostada sobre su regazo.

Intento incorporarme y no puedo evitar sonreír ligeramente, lo que solo hace que su gesto se vuelva más sombrío. Si no lo conociera mejor, pensaría que de verdad está enojado conmigo, pero creo que sí lo conozco… o al menos empiezo a hacerlo.

—Esto ya es el colmo —dice con rabia, más para sí que para mí—. ¿De cuántas formas puedes estar a punto de morir antes de que…?

Se interrumpe y baja la mirada hacia mí, con un dolor evidente en la cara.

Se me corta la respiración y siento un vacío en el estómago, como si de verdad estuviera cayendo del balcón.

—Estoy bien. Me salvaste la vida… otra vez.

—Pero Alix…

No quiero escuchar lo que sea que vaya a decir a continuación. Estoy segura de que quiere analizar este último accidente una y otra vez, con mil preguntas y las mismas pocas respuestas de siempre. Estoy segura de que dirá que solo cumple con su deber de protegerme y que no puede haber nada entre nosotros.

Pero sé que no es así.

Vi su cara en el salón de baile y también hace un momento, cuando desperté. Se ve como yo me siento: como si me estuviera muriendo cada vez que estamos juntos y no nos tocamos. Me hace sentir loca… pero a él le gustan las chicas así.

Me acerco un poco más. Me mira con asombro cuando me acomodo sobre su regazo, a horcajadas, con las rodillas apoyadas en la piedra fría a cada lado.

Siento cómo se queda inmóvil cuando apoyo las manos en sus hombros y me inclino para presionar mi boca contra la suya. Paso la punta de la lengua por su labio inferior y escucho que se le corta la respiración.

—Alix, tenemos que hablar de esto —dice contra mi boca.

—Después.

—Casi mueres dos veces esta noche.

Sí, ¿y no está claro que por eso mismo quiero hacer algo ahora, carajo? No quiero hablar ni esperar ni seguir preguntándome si hay algo real entre nosotros. Basta de idas y vueltas y de evitarnos. Lo quiero a él, y estoy segura de que él también me quiere.

Como si leyera mi mente, Daemon se inclina hacia delante y presiona su boca con firmeza contra la mía. Sus manos recorren mi espalda y me aprietan más contra él. Sus dedos se enredan en la tela de mi camisón y comienzan a subir, despacio, por mis muslos.

Gimo y me muevo contra él, rozándome con su miembro que se tensa contra su pantalón.

Él sube mi camisón hasta que se amontona en mi cintura y baja la mirada.

—Maldita sea, Duraznito.

Casi me río al ver cómo se le dilatan las pupilas cuando nota que no llevo nada debajo del camisón. Ellender tiene muchas ventajas sobre el mundo humano, pero claramente no domina el arte de la ropa interior cómoda y funcional. Ahora mismo, no me importa en absoluto no tener mis calzones de algodón.

Me muevo contra él, provocando una fricción deliciosa entre mis muslos desnudos. Mi clítoris roza la tela áspera y palpita; el inicio de un orgasmo ya se enciende en la base de mi columna.

Cierro los ojos y echo la cabeza hacia atrás, dejando escapar un gemido.

Él termina de quitarme el camisón y baja la cabeza para tomar uno de mis pezones entre sus labios, lo que solo consigue que gima más fuerte. Soy plenamente consciente de que estoy desnuda mientras él sigue vestido. Antes, o con cualquier otra persona, eso me habría hecho sentir vulnerable o usada, pero ahora es todo lo contrario. Me siento poderosa, como si toda su atención fuera mía y yo tuviera el control de lo que sucede después.

El cosquilleo en la base de mi columna crece hasta convertirse en un fuego que se extiende por dentro y arde en mi vientre bajo. Él gime desde lo profundo de su pecho mientras me muevo contra él. Sus manos recorren mi piel y se deslizan por mis pechos, mientras su lengua pasa de un pezón al otro, una y otra vez, hasta que siento que voy a gritar.

Estoy tan tensa que bastaría un minuto más para alcanzar el orgasmo sola, pero no es eso lo que quiero.

—Te quiero dentro de mí.

Gime de nuevo, en un punto intermedio entre placer y dolor.

—Lo que tú quieras, Duraznito.

Llevo la mano entre nosotros y empiezo a jugar con su cinturón. Él se recarga con más fuerza en el barandal de piedra para observarme y entonces se queda rígido. Se le escapa un quejido de dolor.

Me detengo y alzo la vista, preocupada.

—Olvidé lo de tu espalda. ¿Estás bien?

Parpadea, incrédulo.

—¿Que si estoy *bien*? Maldita sea, Duraznito, creo que vas a matarme.

—¡Perdón! —Retiro las manos de inmediato.

Niega con la cabeza, todavía con una expresión mitad divertida, mitad dolorida, y de pronto estira una mano enorme. Sus dedos se enredan en mi cabello y tira de mí para acercar mi cara a la suya y susurrar contra mis labios:

—Espero que sí me mates. No se me ocurre una mejor forma de morir.

Suelto un suspiro y una risa entrecortada cuando me rodea la cintura con un brazo y se pone de pie, llevándome con él. Mis piernas se enroscan instintivamente alrededor de su cintura y me sienta otra vez sobre el borde del barandal. Sus manos aprietan mis muslos, asegurándome en su sitio antes de separarlos un poco más.

Vuelvo a estirar la mano hacia su cinturón, pero él me la aparta.

—Todavía no.

Se arrodilla frente a mí y besa con fuerza la parte interna de mi muslo. Sus dedos recorren el exterior de mis piernas y suben hasta mis caderas.

Todo mi cuerpo se estremece ante el primer roce de su lengua sobre mí.

La mueve despacio, prolongando la sensación con una presión suave. Me retuerzo mientras el fuego en el vientre crece cada vez más.

Finalmente se concentra en mi clítoris, succionándolo con cuidado y rozándolo apenas con los dientes. El calor se irradia por todo mi cuerpo, pero intento contenerlo. Quiero que esté dentro de mí cuando me venga. Quiero compartir el placer y sentir cómo se endurece más al verme.

Mis manos se clavan en su cabello y tiro de él para obligarlo a mirarme. Se pasa la lengua por los labios y me dedica una sonrisa ladeada:

—¿Pasa algo malo, Duraznito?

Siento como si estuviera fuera de mi cuerpo. Estoy tan excitada que mi piel parece zumbar de pura conciencia. Probablemente haga frío aquí afuera, pero no lo siento. Mi visión está borrosa, y aun así, sé exactamente lo que quiero.

—Si no cogemos ahora mismo, de verdad te voy a matar.

Se ríe y se pone de pie, quitándose la camisa de un solo movimiento. Las vendas de cuando me salvó la vida por primera vez esta noche cruzan sus tatuajes y ocultan parte de los diseños.

Mantengo las piernas abiertas mientras se coloca entre ellas y comienza a desabrocharse el cinturón. Le rodeo el cuello con los brazos y paso la lengua por su mandíbula, su cuello, hasta llegar detrás de su oreja.

El cinturón cae al suelo con un tintineo metálico contra la piedra. Luego desabrocha el botón y me muestra su erección.

Envuelvo mis dedos alrededor de su miembro. Un gruñido bajo le vibra en el pecho y deja escapar un jadeo cuando, juntos, lo guiamos hacia mí.

Sigo tan sensible, tan cerca del límite, que cuando entra en mí empiezo a estremecerme y las piernas me tiemblan. Las sujeta con fuerza, manteniéndolas abiertas mientras se desliza despacio dentro de mí.

Cielo santo.

No se mueve por un momento, solo late dentro de mí, y yo no puedo respirar. Cada terminación nerviosa de mi cuerpo está despierta, alerta. Me siento como si estuviera bailando al filo de una navaja, a punto de caer… en más de un sentido.

—Mierda —murmura.

Y antes de que entienda qué ocurre, me levanta y avanza de regreso al castillo, sin separarse de mí. Le rodeo el cuerpo con brazos y piernas, incapaz de hacer nada mientras patea la puerta del balcón para cerrarla y me lleva directo hacia la cama.

—¿Qué estás haciendo? —jadeo.

Me deposita en la cama y apoya las manos a ambos lados de mi cuerpo, sin salir de mí en ningún momento.

—Quiero cogerte tan fuerte que deje una marca permanente dentro de ti, y no puedo hacerlo mientras me aseguro de que no te caigas del balcón.

Antes de que pueda pensar qué responder, se incorpora. Me sujeta por los costados, donde se encuentran mis caderas y muslos, y baja la mirada, observando cómo se retira despacio y vuelve a empujar hacia dentro.

Ambos contemplamos la escena mientras me embiste despacio. Se me corta la respiración y la contengo. Siento que estoy esperando algo, aunque no sé exactamente qué.

El orgasmo contra el que he estado luchando desde que me tocó por primera vez vuelve a crecer, pero ahora es distinto. Más profundo. Más intenso. No como un estallido repentino de placer, sino como una ola que avanza y se eleva.

Suelto el aire que tenía atrapado y gimo.

—Dios mío —susurro, con la voz ronca y la respiración irregular—. Dame más. Por favor.

Él vuelve a gruñir y se aparta de mí de golpe, girándome para dejarme bocabajo. Antes de que siquiera procese el movimiento, vuelve a deslizarse en mi interior.

—Mierda, estás empapada.

Hundo la cara en las sábanas y gimo de placer mientras se retira otra vez y vuelve a embestirme con fuerza, elevando esa ola dentro de mí cada vez más alto.

Me agarra todo el cabello con un puño y tira, obligándome a girar la cabeza hacia un lado. Luego se inclina hacia adelante, aplastando su pecho contra mi espalda. Por el rabillo del ojo lo veo inclinarse para atrapar de nuevo mis labios.

—Eres hermosa, Alix —dice, no como si quisiera que lo oyera, sino como si pensara en voz alta—. Tan perfecta. Tan mía.

Suelto un gemido, recordando de pronto que dijo algo parecido el día en que supe de la maldición. ¿Eso significa que incluso entonces ya era un instinto?

No puede ponerse mejor que esto… ¿verdad?

Pero lo hace.

—Dios mío, Daemon —suspiro.

—Dilo otra vez.

Sin soltar mi cabello, se hunde todavía más en mí, tan profundo que juraría sentirlo en el estómago. Con la otra mano alcanza mi clítoris

palpitante y lo frota, y dejo escapar un grito entrecortado. Las estrellas centellean en el borde de mi visión y, por un instante, me pregunto si es posible desmayarse de placer.

—Dilo otra vez —repite con urgencia, con el aliento caliente junto a mi oído.

—¿Qué? —jadeo.

—Di mi nombre.

—Daemon —gimo—. Por favor.

Mi cuerpo finalmente cede, incapaz de contener la ola por más tiempo. Aprieto los ojos, la boca se me abre en un grito silencioso mientras cada músculo se contrae a su alrededor. La vista se me nubla y estoy tan sobrepasada que apenas lo oigo cuando me lo gruñe al oído:

—Mía.



CAPÍTULO 22

ALIX

Durante todo el día llueve.

Nunca pensé que me alegraría de que hubiera más oscuridad, pero la lluvia significa que Daemon no tiene que salir de mi habitación, y me desmorono con él dentro de mí dos veces más antes de quedarme dormida.

Cuando despierto, una burbuja de emoción empieza a crecerme en el estómago. Me doy vuelta y encuentro a Daemon completamente despierto, mirando al techo, con la cara convertida en la definición misma de *taciturno*.

—No me digas que ahora vas a entrar en pánico —le digo—. Por favor, no seas tan jodidamente básico.

Me mira apenas un segundo, pero su mirada se enciende al instante.

—No —dice, negando con la cabeza—. Solo estoy pensando.

—¿En qué?

—En todo —murmura con un gruñido poco útil.

«Ya veo. De acuerdo, señor malhumorado…».

Antes de acomodarme para lo que ya sé que será una conversación frustrante, necesito recomponerme un poco.

Me pongo de pie, tomo una bata del armario y me escabullo al baño un minuto para prevenir infecciones urinarias y asearme. Un vistazo al espejo resulta, como mínimo, humillante, así que me echo agua en la cara y paso el cepillo por el cabello antes de volver al dormitorio.

Juro por Dios que Daemon no ha movido ni un solo músculo. Es como si se hubiera convertido en piedra.

—¿Vas a decirme qué te pasa? —le pregunto—. ¿Qué es ese «todo» con lo que estás tan obsesionado?

—Principalmente el hecho de que soy el hipócrita más grande de Ellender, mierda.

—¿A qué te refieres?

Se gira para mirarme.

—A que odio a Thorne por no haberse esforzado más en salvar su reino, pero aquí estoy yo, dispuesto a dejar que todos ardan con tal de tenerte un minuto más. Negociaría cada vida en Vernallis por quedarme contigo.

Se me seca la boca y el corazón se me acelera, golpeando tan fuerte contra mi pecho que apenas puedo oír mis propios pensamientos por encima del martilleo.

No se me ocurre qué decir; no tengo palabras lo bastante grandes para estar a la altura de sus declaraciones casuales. Pero no hace falta que diga nada. En cuestión de segundos, la cara de Daemon vuelve a desmoronarse en el autodesprecio.

—No sé qué voy a hacer dentro de unas pocas noches, cuando nada cambie y el reino siga para siempre bajo la maldición.

Ah. Claro.

Me da vergüenza admitir que por un momento la maldición se me olvidó por completo. Anoche solo podía pensar en él. Mi mayor preocupación ahora mismo es el enredo sentimental que tenemos, pero eso resulta increíblemente egoísta cuando hay todo un reino cuyas vidas penden de un hilo.

Suelto un suspiro.

—De acuerdo, siendo lógicos, ¿cuáles son las opciones?

—¿A qué te refieres?

—¿Hay formas de escapar que no incluyan a Thorne? Solo hipotéticamente: si fueras al mundo humano, ¿seguirías bajo la maldición? Dijiste que muchas criaturas fae escaparon allá hace años para evitarla, ¿no?

—Pensé en eso —dice con oscuridad—. Pero no es tan simple. Por el poco tiempo que pasé en tu mundo, está claro que las cosas ahora son

distintas a como eran hace un siglo. Además, no puedo pedirle a mi familia que renuncie por completo a la magia, y no sé si yo podría dejarlos.

—¿Los chicos usan magia? No creo haber visto nada, aparte de las alas.

—Todos la usan, especialmente Kastian. Y él nunca pasó por la experiencia de perder la mayor parte de su magia como yo. Se volvería loco.

Se ve conflictuado, atormentado, y el corazón me da un vuelco. Claramente lo está considerando: dejar a todos sus amigos para quedarse conmigo. Pero yo tampoco quiero eso. Ellos son parte de él, como una manada.

Rodeo la cama y me subo, arrodillándome en el extremo, cerca de sus pies.

—Bien, entonces romper la maldición es la única opción, ¿verdad?

—Si de verdad fuera una opción, claro —refunfuña.

—Digo… yo podría esforzarme más para que el rey me tome cariño. Obviamente no le he puesto empeño, pero podría…

Levanta la vista de golpe.

—No. Absolutamente no, carajo.

Me encojo de hombros. No puedo creer que siquiera esté sugiriendo esto. ¿De verdad tengo síndrome de Estocolmo o estoy tan absurdamente ofuscada que ya no pienso con claridad? Sacudo la cabeza.

—Solo digo que es una posibilidad. Si pudiera salvarte y lo único que tuviera que hacer fuera seducirlo…

—¡No! —refunfuña Daemon, más agresivo esta vez—. No voy a permitirlo.

—Pero si pudiera ayudar, entonces…

—¡Dije que no! —Alza la mirada hacia mí, con un fuego oscuro en los ojos—. Has estado a punto de morir prácticamente un día sí y otro también desde que llegaste y a Thorne parece importarle un carajo. No solo la maldición no se rompería, sino que está claro que tampoco puede mantenerte a salvo.

Se pone de pie de manera abrupta y avanza hacia la puerta.

—¿A dónde vas? —le exijo, poniéndome también de pie con un salto.

—A hablar con Thorne. Quiero que me explique qué planea hacer con la maldición. Ya que obviamente no le importa protegerte, incluso él debe darse cuenta de que el matrimonio no va a resolver nada.

—¡Espera! —suelto, bajando de la cama detrás de él—. Al menos espera a que me vista para ir contigo.

Me mira por encima del hombro y suelta un bufido irritado antes de asentir con rigidez.

Apenas media hora después, Daemon y yo recorremos a toda prisa un pasillo que no reconozco.

—Sé que no he pasado mucho tiempo explorando, pero ¿a dónde vamos? —pregunto.

—A su ala privada.

—¿Qué? Pero él dijo que nunca fuéramos ahí.

—No me importa un carajo lo que él quiera, Duraznito.

Aprieto los labios, la preocupación me invade mientras casi corro para seguirle el paso a Daemon. El rey fue bastante claro en que no debía acercarme a sus habitaciones; honestamente, después de lo que escuché sobre él y de que no intentó ninguna relación física conmigo, supuse que ahí dentro guarda a sus amantes. Pero quizá hacerlo enojar no sea la mejor forma de iniciar esta conversación.

Al final del pasillo hay una gran puerta de madera. Cuando nos acercamos, se abre y el rey Thorne sale. Sus ojos se entrecierran de inmediato al vernos.

—¿A dónde carajos creen que van?

—A verte —responde Daemon.

La mirada de Thorne se desliza hacia mí y hay una ira silenciosa hirviendo ahí. Cierra la puerta detrás de sí con un chasquido que resuena por el pasillo.

—Justo iba de camino a la sala del trono. Caminen conmigo.

Los tres avanzamos hacia la sala del trono en un silencio cargado. Bueno, cargado por parte de Daemon. Yo solo me siento incómoda y quizá un poco nerviosa.

—¿Disfrutaste tu regalo? —pregunta el rey.

Me toma un segundo darme cuenta de que me habla a mí, y otro segundo recordar de qué regalo habla. Las últimas veinticuatro horas fueron tan caóticas que casi olvidé el violín dorado. Me sorprende que él lo recordara; pensé que el hecho de que su baile fuera arruinado por mi casi

muerte y de que su hermano me salvara tendría mayor prioridad en su mente.

—Sí —respondo tras una pausa larga—. Espero que alguien haya podido recuperarlo de la sala después del incidente.

Thorne aprieta los labios, visiblemente molesto.

—Sí… esperemos que sí.

—De eso quería hablar —reclama Daemon—. Tienes que darte cuenta de que eso fue intencional.

—¿Intencional? —repite Thorne.

—Estaba sola, en medio de la maldita sala, justo debajo de ese candelabro. Esa cosa tiene más de mil años, ¿y resulta que se cae justo cuando ella está debajo?

—Como tú mismo dijiste, tenía más de mil años —responde Thorne con frialdad—. Es desafortunado, claro, pero no del todo sorprendente. Isabelle tuvo suerte de que te movieras tan rápido… aunque supongo que no puedo decir lo mismo de ti. ¿Cómo está tu espalda?

Daemon lo ignora y continúa, como si el rey no hubiera hablado.

—¿Y qué hay de todas las otras veces que ha estado a punto de morir?

—¿Como cuáles?

—El choque del tren. No había nadie conduciendo, lo comprobé, y todos los demás vagones lograron separarse y frenar mucho antes que el nuestro.

Los ojos de Thorne son de hielo y su tono se vuelve aún más cortante.

—Un accidente desafortunado, por supuesto.

—¿Y qué hay de las campanas despertando misteriosamente a toda la corte? ¿Y del ataque de Foulo?

—¿Qué pasa con Foulo? No lo he visto en varias noches. ¿Ocurrió algo?

Daemon continúa y su sermón cobra fuerza y volumen a medida que habla:

—Y estuvo el lobo cuando llegó por primera vez, el hielo rompiéndose, luego el candelabro y…

Se interrumpe.

Sé que está pensando en el episodio de sonambulismo de anoche, pero por alguna razón no quiere explicarlo. Incluso sin eso como prueba, está

planteando un punto sólido. Yo asumí que Ellender simplemente era peligroso, pero ¿y si los ataques estaban dirigidos?

—Está claro que alguien está atacando a Al… —Daemon tose, corrigiéndose—. A Isabelle. Alguien está saboteando a *Isabelle*.

Thorne se queda pensativo. Nos detuvimos en el vestíbulo de entrada, frente a las puertas de la sala del trono, pero él no hace ademán de abrirlas. En lugar de eso, se acaricia la barbilla, reflexionando.

—Tienes razón —dice por fin.

Daemon titubea, visiblemente sorprendido.

—¿La tengo?

—Sí. Coincido en que alguien está intentando impedir mi boda para evitar que la maldición se rompa.

Alzo una ceja y no puedo evitar intervenir.

—¿Quién querría hacer eso?

Él sacude la cabeza:

—No hay forma de saberlo. Pero, mientras tanto, debemos asegurarnos de que estés a salvo hasta la luna rosa.

—¿Cómo? —exige saber Daemon.

Thorne arruga la frente.

—Si la persona que intenta dañar a mi rosa es miembro de la corte, entonces lo lógico es retirar a Isabelle de aquí hasta la luna rosa.

—¿Y por qué no adelantar la boda? —suelto antes de que Daemon pueda detenerme.

Siento la mirada dura de Daemon clavarse a mi lado, pero lo ignoro. Si con eso puedo salvarle la vida, haré lo que sea. Incluso romperme el corazón.

—Las bodas siempre se celebran cuando hay luna rosa —dice Thorne, y la frialdad de sus ojos se suaviza apenas—. No quiero arriesgarme a cambiar nada cuando hay tanto en juego y, de cualquier modo, la ceremonia está a menos de una semana.

—Oh, ahora resulta que sí te importa, carajo —se queja Daemon entre dientes—. Eso también significa que te quedan apenas unos días antes de que todo tu reino esté potencialmente condenado, pero claro, concentrémonos en la decoración del banquete.

—¿Qué dijiste? —Thorne lanza una mirada peligrosa a su hermano—. No me pongas a prueba, Ashwater.

Daemon aprieta la mandíbula. Mantiene la boca cerrada, pero está claro que está a punto de estallar.

Thorne sonríe con arrogancia. Juro que las únicas veces que lo veo verdaderamente satisfecho es cuando está provocando a Daemon.

—¿Tu finca sigue vacía? —pregunta Thorne.

Daemon carraspea.

—En su mayor parte.

—Bien. —Thorne aplaude como si el asunto quedara zanjado—. Entonces viajaremos todos allá de inmediato.

Daemon se pone rígido, atónito.

—¿Qué?

—Viajaremos todos a tu finca —repite Thorne—. Pensé que coincidíamos en que, si Isabelle no está segura en la corte, lo mejor es salir del castillo.

—¿Y por qué a mi finca? —reprocha Daemon.

Thorne se burla:

—¿Por qué no a la finca de mi comandante y hermano más leal? A menos que haya algo que quieras confesar…

Daemon sacude la cabeza con rigidez, mientras la ansiedad me revuelve el estómago. No me atrevo a cruzar miradas con él. En cambio, me concentro en el rey.

—Espera, cuando dices «todos iremos»…

Thorne me mira.

—Yo iré, obviamente. Tú y yo apenas hemos tenido oportunidad de vernos desde tu regreso. Incluso podría ser… divertido.

Dudo mucho que lo sea, pero lo único que puedo hacer es sonreír.

La palabra del rey Thorne es ley.

En cuanto menciona el viaje a la Finca Ashwater, decenas de sirvientes se ponen en marcha. En menos de una hora, toda la corte empacó y, antes de

darme cuenta de qué pasaba, Odessa me está guiando hacia una larga procesión de carruajes.

Estos son los carruajes antiguos de cuento de hadas que esperaba ver cuando partimos por primera vez hacia el Palacio de Invierno. Pero ¿por qué hay tantos?

Cruzamos el césped y nos detenemos frente a una larga fila de carruajes tirados por caballos. Debe de haber al menos cuatro docenas, alineados en una línea serpenteante que baja por el camino que conduce al castillo. Todos están pintados de negro, con intrincados tallados de madera y motivos de flores y pájaros en sus pesadas paredes de madera. Un estandarte rojo adorna cada carruaje, y cada uno luce un escudo dorado distinto.

—Pensé que la corte se quedaba aquí —susurro.

Odessa me mira de reojo.

—La mayoría se queda, pero no creo que el rey Thorne sepa viajar sin al menos un pequeño séquito. No será un grupo grande el que vaya contigo: veinte o treinta cortesanos, como mucho.

Me río.

—Apenas conozco a veinte personas en mi mundo. Él sabe que esto arruina el propósito, ¿verdad? Cualquiera de ellos podría ser quien intenta hacerme daño.

Ella resopla.

—Tú y yo lo sabemos, pero no, no creo que él se dé cuenta del problema.

—Genial —murmuro con sarcasmo—. Así que vamos a dejarle caer a la pobre Beatrix treinta huéspedes sorpresa y ni siquiera eso va a hacer que esté más segura.

—¿Tienes miedo? —pregunta Odessa.

Me muerdo el labio.

—No estoy segura, la verdad. Supongo que sí, de forma abstracta, pero trato de no pensarlo demasiado. Si pienso mucho en todo esto, estoy bastante segura de que mi cerebro se va a derretir, así que… —Me quedo callada y sacudo la cabeza con brusquedad—. En fin, no creo que Daemon deje que pase nada.

Odessa vuelve a mirarme de reojo, esta vez con una pregunta más evidente en su mirada.

—¿Qué? —exijo.

—Solo noto que ustedes dos se han vuelto más cercanos últimamente.

Me sonrojo al recordar cómo nos encontró besándonos la última vez que visitamos la Finca Ashwater.

—Algo así.

—¿Estás segura de que es buena idea? Con eso de que te irás pronto.

Me muerdo el interior de la mejilla. Sé a qué se refiere, pero finjo no entender.

—No es distinto de que tú y yo nos hayamos hecho amigas. Por cierto, ¿podrías darle de comer a Sushi por mí?

Ella asiente, aunque sigue viéndose un poco preocupada.

Aunque al principio insistí en que no quería hacer amigos aquí, Odessa tenía razón. Me sentí cómoda con su presencia en muy poco tiempo. Tal vez no al nivel de mejores amigas, pero podría pasar, si por alguna razón no lograra volver a casa la próxima semana. Aun así, no quiero hablar precisamente con Odessa sobre mi drama enredado. No es que crea que no escucharía, pero Daemon es prácticamente su hermano y se siente raro.

Por suerte, no tengo que preocuparme por eso, porque no se presenta otra oportunidad de hablar del tema. En ese momento llegamos al frente de la fila de carruajes.

Los nobles salen del palacio y se dirigen directo a los suyos. Saludo con la mano cuando veo a Claudette y a sus hermanas entre la multitud. Después de anoche, me siento mucho más cómoda adoptando una actitud zen, no tóxica, hacia ellas.

Para mi sorpresa, Claudette me lanza una mirada herida, alza la nariz y entra en su carruaje con aire altivo.

Volteo hacia Odessa:

—Eh… ¿qué fue eso?

—Creo que es culpa mía —dice una voz grave y conocida detrás del segundo carruaje.

Daemon aparece para saludarnos. Se frota la nuca y baja la mirada, ligeramente avergonzado. Y continúa:

—No te preocupes por eso.

Me burlo.

—Por favor. Nunca he pasado un segundo sin preocuparme por algo. ¿Qué pasó?

Se encoge de hombros.

—Creo que intentó hablar conmigo mientras tú tocabas anoche. Puede que la haya apartado de un empujón para llegar hasta ti.

Odessa sacude la cabeza.

—Dios santo. ¿Podrías ser más obvio?

Sonrío cuando una sensación de satisfacción me recorre.

Está bien, quizá no soy tan zen ni tan evolucionada como me gustaría, pero qué más da. Al menos Daemon acaba de admitir, básicamente, que no piensa en nadie más que en mí y, aunque sé lo peligroso que es eso, no puedo evitar sentirme radiante.

—Irás en el segundo carruaje, detrás del rey —dice Odessa, sacudiéndome de golpe y devolviéndome al presente.

—Ah. Pensé que iría en el carruaje del rey.

Los ojos de Daemon se entrecierran.

—¿Querías eso?

—Eh… no, la verdad no. Pero ¿no debería quererlo *él*?

Siento que estoy golpeando a un caballo muerto, intentando que alguien más se preocupe por lo poco que al rey parece importarle Isabelle. O quizá todos lo saben, pero no saben qué hacer. Al principio no me preocupó en absoluto, pero ahora que me he acercado a todos, desearía haber hecho más desde el inicio para ayudar.

Pero ¿habría servido de algo?

¿Es estúpido sentirme responsable por no romper la maldición cuando probablemente nunca pude hacerlo?

—Nadie viaja en el carruaje del rey —dice Daemon, sobresaltándome—. Hacerlo implicaría igualdad de estatus.

Por un segundo olvido de qué hablábamos; mi mente es un caos absoluto.

—Ah… —Me muevo con incomodidad—. ¿También iré sola en mi carruaje?

La mirada de Daemon se desliza sobre mí, con destellos de humor y calidez.

—No. Como jefe de la guardia y hermano del rey, el segundo carruaje es mío. Espero que no te moleste *conocerme* mejor a mí en su lugar.

Siento que el rubor me sube a las mejillas. «No. No me molesta en absoluto».

A mi lado, Odessa nos mira de uno a otro. Suelta un suspiro exasperado, alza las manos al aire y se aleja. Creo escucharla murmurar algo sobre «casos perdidos».

El carruaje se sacude y brinca por el camino; las ruedas crujen de forma ominosa mientras nos dirigimos lentamente hacia la Finca Ashwater. Ahora entiendo por qué la última vez fuimos a caballo. Los carruajes son lentos, y lo son aún más cuando viajamos en un grupo tan grande.

El interior tiene dos bancas idénticas, frente a frente, y Daemon está sentado en la de enfrente. No hemos hablado mucho desde que la procesión empezó a moverse.

Me siento rígida, mirando por la diminuta ventana.

—¿Estás bien con esto?

Daemon levanta la vista de su regazo:

—¿Con qué?

—Con que Thorne decidiera usar tu casa sin pedirte permiso.

Hace una mueca, pero solo responde con un gruñido.

No tengo ni idea de cuál es su maldito problema.

—¿Estás enojado conmigo? —pregunto, incapaz de soportar el silencio un minuto más.

—¿Por qué pensarías eso?

—No sé, quizá porque no me hablas. Y sin insistir en lo obvio, pero cada vez que bajas la guardia apenas un poco, luego te pones raro y taciturno y no te veo en días.

Él entrecierra los ojos.

—Yo no hago eso.

—Sí, sí lo haces —insisto, alzando un poco la voz.

—¡Shhh! —sisea. Mira hacia atrás, a la pared del carruaje, detrás de la cual va sentado el conductor, y luego se inclina hacia mí y baja la voz hasta casi un susurro—. No te estoy ignorando, Duraznito, es solo que no tengo la menor idea de qué decirte ahora. Hay decenas de personas alrededor y estos carruajes no son precisamente a prueba de ruidos. No puedo hablar de

Thorne ni de nada que suene extraño si alguien escucha… como esto, por ejemplo.

—¿Así que no puedes simplemente tener una charla trivial conmigo? —susurro, un poco ofendida—. Pensé que al menos ya estábamos en el punto de poder sostener una conversación normal.

Niega con la cabeza.

—No así. Estoy intentando fingir que no eres tú, y me niego a hablar contigo mientras finjo que eres otra persona. Y cualquier cosa que te diría a ti definitivamente no se la diría a *Isabelle*.

Su explicación hace que mi estado de ánimo dé un giro de noventa grados y, de pronto, me siento mucho más ligera.

—¿De verdad? —pregunto, mientras la comisura de mis labios se eleva —. ¿Qué querrías decirme?

—Alix —advierte, con la voz cargada de peligro.

Sonrío.

—Solo dime una cosa. Te prometo que nadie lo notará.

Daemon niega con la cabeza.

Una pequeña parte rebelde dentro de mí despierta y olfatea el aire. Extiendo la mano por el carruaje como si fuera a acomodarle el cuello de la camisa, pero en realidad rozo con el pulgar la piel expuesta de su clavícula tatuada.

—Siempre podemos *no* hablar.

Siento su inhalación brusca en el instante en que mi piel toca la suya.

—Alix, no lo hagas. ¿Crees que si ni siquiera puedo hablar contigo con gente alrededor, esto es mejor? No tengo permitido tocarte.

Mi sonrisa traviesa se ensancha.

—Pero no lo estás haciendo tú. Te estoy tocando yo, así que no hiciste nada malo.

Niega con la cabeza y se recuesta, apartando con suavidad mis manos de su hombro.

—Por el amor de Dios, estás intentando matarme. *Literalmente*. Ya cometí suficientes errores contigo como para que a cualquier otro guardia lo ejecutaran sin juicio. Si alguien viera esto, más nos vale que logre matar a Thorne antes de que él me mate a mí.

Se me corta el aliento. Oigo lo que dice, pero esa pequeña parte rebelde que mantuve escondida tanto tiempo ya se soltó.

Una oleada de emoción y valentía me atraviesa.

—¿Y si tú no me tocaras? —susurro—. ¿Y si solo miraras?

Con una audacia que definitivamente no tenía hace unas semanas, me deslizo por el carruaje hasta su banca. Sus ojos se abren y vuelve a mirar rápido hacia atrás mientras me subo a su regazo, con las rodillas apoyadas en la banca, a ambos lados de sus muslos. Mi enorme vestido se abre a nuestro alrededor y sus manos suben a mi cintura por puro instinto.

Me dejo caer sobre su regazo y lo siento ya duro como una roca contra mí. Presiono más, provocándolo.

—Alix —advierte—. No estoy bromeando, carajo. El conductor está justo detrás de mí y el carruaje de Thorne va justo delante de nosotros.

—Entonces estaremos en silencio. De todos modos, mi vestido cubre lo importante.

Apoya la cabeza contra la pared, casi como si le doliera.

—Naciste para atormentarme.

Los tendones de su cuello se tensan y sé que está tan cerca del límite que bastaría un suspiro para empujarlo.

Alzo la mano, tomo el lazo que mantiene cerrado el frente del vestido y tiro de él con deliberación. Se abre, dejando mis pechos al descubierto frente a su cara.

El carruaje pasa por un bache particularmente grande en ese momento.

—Mierda.

Reboto sobre su regazo y él dice algo entre dientes, apretando con más fuerza mi cintura y atrayéndome hacia él. Nuestras miradas se encuentran y entonces se estira para atrapar mi boca con la suya. Jadeo, excitada.

—Está bien, tú ganas —refunfuña Daemon contra mis labios—. Si Thorne se entera y me ejecuta por esto, no importa; de todas formas tú me estás matando.

Un cosquilleo cálido me recorre el cuerpo entero, robándome el aliento, mientras Daemon baja la boca de mis labios por la línea de mi garganta. Raspa mi piel con los dientes, mordisquea con suavidad y al final llega a la parte superior de mi pecho.

Le rodeo los hombros con los brazos y me arqueo para darle mejor acceso.

Su boca caliente cubre un pezón mientras hace rodar el otro entre los dedos. Chispas de placer me atraviesan y aterrizan entre mis muslos.

Me muevo contra él sin proponérmelo del todo.

—Dios —gimo en voz baja—. Podría venirme solo con esto, carajo.

Me mira y se aparta; mi pecho se desliza fuera de su boca.

—¿Con qué?

Vuelvo a mover las caderas contra él para ilustrar mi punto y me inclino para susurrarle al oído:

—Con esto. —Me muevo otra vez—. Anoche estuve tan, tan cerca, incluso antes de que me tocaras. Siento que últimamente siempre estoy al límite.

Suelta un suspiro.

—Mierda, Alix.

Restriego mis caderas contra él de nuevo; la tela áspera de su pantalón le hace cosas deliciosas a mi sexo palpitante. Presiono hacia abajo, frotándome contra el relieve de su erección a través de la ropa.

—¿De verdad crees que te meterías en problemas si ni siquiera me lo metieras, pero yo igual me vengo sobre tu erección?

Murmura algo que no logro entender y tardo un segundo en darme cuenta de que no fue en inglés.

—¿Qué fue eso? Creo que tu traductor mágico falló por un segundo.

Suelta una risa áspera, más parecida a un suspiro.

—Dije: «Eres tan jodidamente sexy que es una tortura». Pero te equivocas con lo del traductor.

—¿Mmm? —Le doy otro beso en el costado de su mandíbula afilada, sin importarme que su barba incipiente me raspe la piel—. ¿A qué te refieres?

Apoya la cabeza contra la pared del carruaje y me observa con una calma casi indolente, mientras sigue manoseándome los pechos y yo me froto contra él. Tarda un momento en responder, claramente distraído.

—Me refiero a que siempre te hablo en tu idioma.

Suelto un jadeo cuando la tela me roza el clítoris de la forma justa y una pequeña descarga de placer recorre la base de mi columna.

—Lo sé. Fox me dijo que, por magia, todos podemos entendernos.

—Eso es cierto… —gime en voz baja cuando el carruaje pasa por otro bache y el movimiento hace que mis caderas choquen con más fuerza contra él, maldice entre dientes y vuelve a empezar—. Eso es cierto, pero yo también hablo tu idioma. Me desterraron al Reino Unido, ¿recuerdas? ¿Cómo crees que podía hablar contigo en tu mundo si no lo supiera?

Ah. No me había detenido a pensar en eso. Tal vez por eso tiene un acento distinto al de los demás: porque en realidad me habla directamente y no a través de esa extrañeza mágica que lo traduce todo.

Me inclino hacia atrás un momento, pensativa.

—Entonces, ¿qué idioma hablarías si no fuera el mío?

Desliza las manos hasta donde mis muslos se encuentran con mis caderas y me sujeta a través de la tela del vestido, hundiendo los pulgares en la carne suave bajo mis huesos de la cadera. Me jala hacia adelante y tengo que cubrirme la boca para ahogar un gemido.

—Vernalí —responde al fin—. Es muy parecido al idioma que conoces como francés. Seguro hubo alguna influencia fae en algún punto de tu historia para que se parecieran tanto.

—Muéstramelo. Quiero oírlo.

—¿Ahora? —pregunta enfáticamente, rozando con el pulgar uno de mis pezones endurecidos.

Asiento. No estoy segura de si será capaz de mostrármelo o si Ellender traducirá esas palabras como todas las demás, pero quiero intentarlo. Por alguna razón, necesito saber cómo suena en su lengua natal.

Llevo la mano entre los dos y lo acaricio a través del pantalón; el dorso me roza mi propia humedad. Estoy tan excitada que, si desabrochara su cinturón, podría entrar en mí sin esfuerzo.

Daemon gime profundo, desde el fondo de la garganta.

—*Tu es tellement belle que je ne peux pas me contrôler en ta présence*.

—Me gusta.

Jadeo mientras lo froto con más fuerza y vuelvo a dejar besos a lo largo de su mandíbula.

—Alix, no —dice en mi idioma, intentando apartar mi mano—. Mi control está por los suelos y no puedo cogerte en este carruaje.

—De hecho, sí podrías. —Ladeo la cabeza—. Di algo más en tu idioma.

Lo hace, y las palabras salen mezcladas con un gemido, mientras desabrocho el botón de su pantalón.

—*Je suis amoureux de toi, mais tu vas être ma mort*.

—¿Qué significa eso?

—Que eres un demonio hermoso enviado a mi mundo para torturarme.

No sé si habla en serio, pero aun así deslizo la mano bajo la cintura de su pantalón y paso los dedos por su miembro duro.

—Si de verdad quieres que pare, lo haré. Pero si no… voy a rodear tu miembro con la mano y voy a arrastrarlo contra mi clítoris. Y luego voy a clavarte en mí y montarte hasta que los dos nos vengamos con toda esa gente allá afuera…

—Por el amor de los dioses, Alix.

—O puedo parar.

Me aprieta todavía más contra él y deja caer la cabeza en el hueco de mi cuello. Gruñe bajo, abre la boca y hunde los dientes en mi piel.

—No te atrevas a parar.

Hago exactamente lo que prometí: vuelvo a meter la mano bajo el vestido, tomo su miembro y lo saco, apretando apenas y pasando el pulgar por la punta. Él emite un ruido de satisfacción y yo sonrío mientras guío su cabeza hasta mi entrada, rozando primero mi clítoris palpitante varias veces. Luego me alineo y me deslizo hacia abajo en un movimiento rápido.

Daemon vuelve a maldecir en vernalí.

—Silencio —le recuerdo—. No querrás que Thorne te oiga.

Cierra los ojos y vuelve a apoyar la cara en mi cuello para amortiguar la voz mientras sigue murmurando entre dientes.

Sintiéndome poderosa por primera vez en mucho tiempo, levanto las caderas y marco un nuevo ritmo. El calor vuelve a acumularse, irradiando desde la base de mi columna, bajando por mis piernas hasta los dedos de los pies, que se contraen dentro de los zapatos.

—*Tu te sens tellement bien, Pêches. Je ne désirerai jamais personne d'autre que toi*.

Se me escapa un gemido cuando nuestros cuerpos chocan una y otra vez, y siento el orgasmo apenas fuera de alcance.

Daemon me sujeta de las caderas y me ayuda a ir más rápido, levantándome y estrellándome contra él con tanta fuerza que casi lloro de placer.

Me toma la cabeza por detrás y jala mi boca hacia la suya, besándome y ahogando mi grito justo cuando el placer, al rojo vivo, finalmente me recorre por dentro. Cada músculo de mi cuerpo se contrae y lo siento tensarse cuando mi orgasmo lo empuja al límite.

—*Je pense que tu es mon alma gemela* —dice, rompiendo nuestro beso.

Todo mi cuerpo está relajado e indolente, pero al oír esas palabras abro los ojos de par en par y me aparto de él.

—¿Qué pasa, Duraznito? —pregunta en inglés.

—Eh… nada —respiro—. Solo creí haber oído algo, pero no importa. No creo que nadie nos haya escuchado.

Él asiente, tranquilo con esa explicación.

Pero no es *nada*.

No sé cómo funciona la magia ni por qué puedo entender algunas cosas y otras no, pero, al parecer, no existe una traducción directa para «alma gemela», porque escuché esas palabras con total claridad.

Y me da miedo pensar en lo que siento al respecto.



CAPÍTULO 23

ALIX

Se tarda mucho más en viajar a la Finca Ashwater en carruaje que a caballo, pero no puedo decir que me moleste.

Después de varias horas, nuestra comitiva llega a Storia y me precipito hacia la ventanilla para asomarme y contemplar el encantador pueblo. Está lloviendo, lo cual no resulta tan pintoresco como la nieve, pero aun así el lugar se ve casi perfecto.

—Todavía no puedo creerlo. Este sitio parece sacado de un cuento de hadas.

Daemon me lanza una sonrisa burlona.

—A diferencia del resto de Ellender, que se ve como… ¿qué?

—Ay, cállate —le devuelvo una sonrisa parecida—. Simplemente me gusta estar aquí, ¿sí? ¿Eso es un delito?

Guarda silencio un momento.

—Me alegra que te guste.

El corazón se me encoge y el estómago me da un vuelco que apenas logro controlar. Ni siquiera puedo mentirme sobre la razón. *Y tampoco quiero hacerlo*.

El temperamento siempre errático de Daemon vuelve a tornarse sombrío en cuanto llegamos a su finca.

Tal como en nuestra visita anterior, Beatrix sale corriendo de la casa para ver a qué se debe todo el alboroto. Daemon pone rápidamente a su madre al tanto de la situación y, antes de que pueda reaccionar, veo a una procesión

de sirvientes entrar en la casa, arrastrando más equipaje del que uno esperaría encontrar en la banda de equipaje de un aeropuerto.

El rey Thorne desciende de su carruaje con un aspecto más feliz del que creo haberle visto jamás. El contraste es marcado: Daemon parece estar contemplando cometer un acto violento y Beatrix se ve claramente nerviosa.

Para mi alivio, no hay ningún enfrentamiento fuera de la casa. Se está haciendo tarde —o, más bien, temprano— y Beatrix se ofrece a alojar al rey y a su séquito para la cena, propuesta que él acepta antes de seguir a sus cortesanos al interior.

—¿Dónde está Kastian? —pregunta Daemon en cuanto Thorne se pierde de vista.

Beatrix se limpia el sudor y los mechones rebeldes de la frente.

—Dentro. Llegó hace alrededor de una hora.

—¿Por qué está Kastian aquí? —pregunto, alzando la vista hacia Daemon.

—Lo envié por delante para avisar que veníamos. Thorne tiene decenas de propiedades, la mayoría más cerca del palacio que Storia. La única razón por la que elegiría venir aquí es para fastidiarme, y no pienso ayudarlo a lograrlo.

—Esperemos que eso sea todo —dice Beatrix, lanzando una mirada nerviosa hacia la casa.

Daemon aprieta los dientes, pero se suaviza un poco cuando me dirige una mirada.

—Voy a buscar a Kas. ¿Quieres…?

—Isabelle puede ayudarme en la cocina —anuncia Beatrix, extendiendo la mano y sujetándome con firmeza del brazo—. No te molestará, ¿verdad?

—Eh… no, claro que no.

Daemon duda un instante, observándome, hasta que por fin nos asiente con la cabeza y se encamina con paso largo por el costado de la mansión, en dirección al jardín. Evidentemente cree que estaré a salvo con su madre, aunque, en lo personal, no estoy tan segura.

—Le advierto que soy mala cocinera —le digo a Beatrix mientras permanecemos una junto a la otra frente a la larga encimera de cerámica—.

Soy más bien del tipo «chica de microondas».

En cuanto las palabras salen de mi boca, siento un vacío en el estómago. «Mierda, ¿no debí decir eso?». La auténtica Nana también era de macarrones con queso de caja y verduras congeladas, pero ¿cómo era hace sesenta años? Seguro estoy llamando la atención de forma innecesaria.

Para mi alivio, Beatrix no comenta nada al respecto; simplemente toma un cuchillo y comienza a rebanar zanahorias.

Le echo otra mirada de reojo. Daemon no se parece a su madre más de lo que se parece al rey Thorne. El cabello de Beatrix es mucho más oscuro que el de él y sus ojos son color avellana. Pero ahora que me fijo bien, sí alcanzo a ver un poco de Odessa en su perfil. Hay algo en la línea de su mandíbula y en su expresión que resulta similar.

Todavía me cuesta asimilar lo lento que envejecen las criaturas fae. Beatrix me parece de unos cuarenta años, pero Daemon dijo que él tiene ciento veintiuno, así que ella debe de ser al menos unas cuantas décadas mayor. ¿Ciento cincuenta? ¿Doscientos?

—¿Usted preparó la cena la última vez que estuvimos aquí? —pregunto, dándome cuenta de que la he estado observando demasiado tiempo.

Ella se encoge de hombros.

—Ayudé. Si te soy sincera, tampoco cocinaré mucho esta vez.

Miro las bandejas con ingredientes sobre la barra frente a mí y el plato que tengo en la mano, que estaba a punto de usar para los aperitivos.

—Entonces, ¿qué estamos haciendo?

—Solo quería hablar contigo —Beatrix deja el cuchillo y se vuelve hacia mí, secándose las manos en el delantal—. Sé que no eres Isabelle.

Se me cae el plato de las manos con un fuerte estruendo. Golpea el suelo y rueda de costado por la habitación hasta detenerse bajo la mesa, con un golpeteo seco.

—¡Ay, mierda, perdón!

Corro tras el plato y me dejo caer a cuatro patas para gatear debajo de la mesa y recuperarlo.

Detrás de mí, Beatrix hace un chasquido con la lengua.

—Igual de torpe, eso sí…

—Perdón —repito, saliendo de debajo de la mesa.

—No pasa nada, querida. Tengo cosas mucho más grandes de qué preocuparme que un plato.

Claro. Por supuesto que las tiene.

Entrecierro los ojos y la observo con detenimiento. Si hubiera querido decírselo al rey Thorne, lo habría hecho después de mi cumpleaños. ¿Quiere chantajearme?

—No me mires así —me reprende con suavidad—. No intento hacerte daño.

—¿Cómo lo supo? —exijo, con un tono un poco más agresivo de lo que pretendía.

Ella se ríe.

—¿Además de que no te pareces en nada a ella? Conocí a Belle varias veces cuando estuvo aquí. Supuse que eras una pariente.

—Nieta —digo, con cierta timidez.

—Ah. Me alegra saber que Belle tuvo su final feliz, después de todo.

Hago una pausa, mordiéndome el labio mientras tomo otro plato.

En realidad, no estoy segura de que lo haya tenido. Me tomó treinta años darme cuenta, pero estoy bastante convencida de que el matrimonio de mis abuelos fue miserable y de que la infancia de mi mamá fue, en el mejor de los casos, muy extraña. Creo que, a pesar de todo el éxito de Nana, ella es infeliz y no sé exactamente por qué.

Aunque nada de eso debería preocuparme en este momento.

—¿Cómo la conoció? —pregunto—. Ella nunca vino aquí. Estoy segura; de lo contrario, lo habría incluido en su libro.

Beatrix vuelve a tomar el cuchillo y retoma las zanahorias.

—Yo solía ser dama de compañía de todas las posibles novias reales —responde, sin mirarme a los ojos—. Para cuando llegó Belle, yo ya me había marchado del palacio y había regresado aquí. Odessa ya era adulta y ocupaba el puesto de dama de compañía, pero yo aún pasaba de vez en cuando. Solo para ver cómo estaba.

Quiero oír más sobre Nana. Saber si hay algo que pueda contarme y que ayude a explicar el comportamiento del rey o a hacer mi actuación más creíble, pero no estoy segura de que este sea el mejor momento. No estamos precisamente solas.

Como si fuera una señal, la voz del rey resuena por toda la casa. Echo un vistazo por encima del hombro hacia la puerta cerrada del comedor. Acto seguido, la voz potente de Daemon se impone sobre el resto del murmullo. Supongo que ya volvió de hablar con Kastian y, por el tono, está discutiendo con Thorne… *otra vez*.

—¿De verdad deberíamos hablar de esto ahora mismo? —susurro con aspereza—. Nadie más ha notado que no soy realmente mi abuela. Bueno, excepto Odessa.

—Pero mi hijo sí lo sabe.

No es una pregunta, solo una afirmación, pero aun así asiento.

—No estaría aquí de otra manera.

—Mmm. ¿De verdad planeas casarte con el rey?

—No… es complicado. A veces ya no estoy segura de qué hago aquí.

No logro descifrar qué está pensando. ¿Está molesta? ¿O quizá preocupada? ¿Cree que todo esto fue idea mía?

—Yo no lo haría, si fuera tú —dice—. Y no solo porque vi ese baile la última vez que estuvieron aquí.

Me sonrojo. No sé si intenta decir que quiere que esté con Daemon en lugar de con Thorne o si piensa que no soy lo bastante buena para ninguno de los dos porque estoy mintiendo sobre quién soy.

—Para que quede claro, yo no pretendía que nada de esto ocurriera. Ni siquiera pensaba quedarme, pero no sé cómo volver a casa sin ayuda y…

—Hay un portal en el jardín —me interrumpe.

Parpadeo, desconcertada.

—¿Perdón?

Ella suspira.

—Mi hijo es un adulto y, los dioses lo saben, apenas lo conozco. No quiero entrometerme en sus asuntos, pero si te está reteniendo aquí contra tu voluntad, debes saber que hay un portal al mundo humano en nuestro jardín. Si caminas entre los rosales hasta el muro de piedra al fondo, hay un pequeño estanque. Entra en el estanque y, una vez ahí, te lo prometo, no te puedes perder.

—Eh… gracias.

Miro por la ventana trasera y, aunque la oscuridad me impide ver el jardín con claridad, saber que está ahí resulta abrumador.

Ahora, ¿qué hago?

¿Quiero irme así, sin más? ¿Podría salir ahora mismo antes de que alguien siquiera note que desaparecí?

¿Pero después qué? Nunca tendría la oportunidad de despedirme de Odessa, quien tenía razón cuando prometió que nos haríamos amigas muy rápido. Luego están los chicos. Desde que me custodian, les tomé cariño a todos: el ecuánime y racional Kastian; el ridículo Jett, con su sonrisa siempre presente; y el silencioso e imponente Fox.

Y, por supuesto, está Daemon. Si me voy ahora, no volveré a verlo jamás.

Un dolor agudo me atraviesa al pensarlo y sacudo la cabeza, con la mente aturdida.

—¿A qué se refería con que en realidad no conoce a su propio hijo?

Ella suspira.

—Noventa años son mucho tiempo, incluso para las criaturas fae, y aun antes de eso no lo veía mucho después de que se fue a la escuela.

—¿Cuándo fue eso? —pregunto, pese a mí misma.

—Debía de tener unos ocho años. El padre de Daemon —mi esposo, quiero decir— era una presencia fuerte y nunca sintió gran afecto por Daemon, por razones evidentes.

Asiento despacio. Supongo que a esto se refería Daemon cuando habló de tener que formar su propia familia. Si se fue de casa a los ocho años y lo desterraron al mundo humano a los diecisiete, solo para volver y terminar en prisión… El corazón se me encoge, entre compasión y rabia, por cualquier niño obligado a crecer tan deprisa.

—Crees que soy una madre terrible —dice Beatrix con tono llano.

—Oh, no, no lo creo —respondo de inmediato—. Supongo que tampoco tenía muchas opciones.

Hace una mueca.

—No sé de dónde vienes ni en qué clase de mundo creciste, pero aquí, si el rey te dice que vayas a su cama, lo haces.

—Eso es horroroso —replico—. Alguien así no debería ser rey.

Ella se ríe.

—Sería maravilloso poder elegir a nuestros gobernantes, pero, por desgracia, así no funcionan las cosas. Yo era joven y llevaba poco tiempo casada cuando el rey Florian se interesó por mí por primera vez. Cuando quedé embarazada, supuse que el bebé era de mi esposo, pero con el tiempo, al no tener más hijos y al parecerse tanto Daemon al rey… quedó claro lo que había ocurrido. No creo que a mi marido le hubiera importado tanto si nadie más lo hubiera sabido, pero era bastante evidente para cualquiera con ojos. El antiguo barón de Ashwater no era ni de lejos tan apuesto.

Asiento, sin saber muy bien qué decir ante eso.

—Me habría sentido más culpable si no fuera porque siempre quise tener hijos, y claramente mi esposo no iba a dármelos. En cierto modo, me siento afortunada.

Vuelvo a asentir. Eso sí lo entiendo. Yo quise tener hijos durante años, pero simplemente no ocurrió. Ahora me pregunto si esquivé una bala. Habría sido mucho más difícil abandonar mi matrimonio si hubiéramos tenido hijos. Aun así… siempre queda el «¿qué habría pasado si…?».

—En fin —dice Beatrix con energía—. Solo quería decir que no creo que debas casarte con el rey si puedes evitarlo. Es muy parecido a su padre, y ambos fueron infieles y fríos con las mujeres que decían amar. Incluso si de algún modo rompes nuestra maldición, cosa que espero que logres, tu vida sería difícil.

—¿Pero eso le importaría a usted? —pregunto—. Es decir, perdón… solo me refería a que el hecho de que mi vida sea difícil no importa demasiado si a cambio se salva todo el reino, ¿no?

No es una pregunta retórica; de verdad le pregunto si cree que eso es cierto, porque últimamente ya no lo tengo claro. Quiero que alguien me diga exactamente qué hacer para arreglarlo todo y que todos obtengan justo lo que desean.

Quiero un final feliz.

Aunque sé que la vida no funciona así. En la vida real, las cosas siempre pueden empeorar.

—¿Conociste a Aurelia? —pregunta Beatrix de pronto.

Me desconcierta el cambio brusco de tema y pongo cara de confusión.

—Sí… la última vez que estuvimos aquí. ¿Por qué?

—Si decides quedarte, deberías hablar con ella otra vez. No se unirá a nosotros para la cena, pero si quisieras buscarla después de que todos se vayan a dormir, podrías llamar a su puerta. Duerme en la pequeña torre, en la parte trasera de la casa.

Asiento, con la cabeza todavía dándome vueltas.

—Gracias por la advertencia. Y por lo del portal. De verdad agradezco ambas cosas.

Ella da un paso atrás, percibiendo mi súplica silenciosa de dar por terminada la conversación.

—Oh, ¿puedo preguntar cómo te llamas?

—Alix —respondo, con voz apagada.

—Fue un placer conocerte, Alix. Si decides que quieres dar un paseo por el jardín, me aseguraré de que tengas unos minutos antes de que alguien salga a buscarte.

—Espero que nadie me haya estado esperando —digo con una alegría fingida al entrar en el comedor.

Todas las miradas se alzan hacia mí. Beatrix parece satisfecha, Daemon aliviado y el rey Thorne tan inescrutable como siempre.

Permanecí de pie en la cocina durante cinco minutos completos, considerando qué ocurriría si salía al jardín y me iba sin decir una palabra.

La respuesta corta es: *nada*.

No me pasaría nada. Volvería a mi vida completamente distinta, pero, en términos materiales, nada cambiaría. Seguiría sin tener suficiente dinero para dejar a Ryan. Seguiría sin saber cómo defenderme. Y, lo peor de todo, estaría sola, sabiendo que todos a quienes he llegado a conocer aquí sufren mucho más que yo.

Todavía no sé cuál es mi propósito aquí ni he descubierto exactamente cómo ayudar, pero no estoy lista para rendirme. Al menos hablaré con Aurelia, como sugirió Beatrix, y veré si tiene alguna perspectiva útil.

La cena resulta extraña y rígida. Hay muchos cortesanos desconocidos alrededor de la larga mesa, y ellos se encargan de la mayor parte de la conversación, dejándome libre para darle vueltas a mis propios

pensamientos. Durante toda la comida siento miradas clavadas en mí. Varias veces alzo la vista, esperando encontrar a Daemon observándome, pero siempre es Thorne quien me mira en su lugar. Tal vez debería alegrarme de haber captado por fin su atención. Pensándolo bien, definitivamente debería hacerlo, pero juro que su mirada se siente como insectos arrastrándose por mi piel, y eso me revuelve el estómago.

Por fin, un sirviente retira los últimos platos del postre y todos comienzan a subir a sus habitaciones.

Si hay algo positivo en que todos estén malditos durante el día es que nunca hay «noches largas». Mi horario de sueño jamás había estado tan regulado.

El rey y todos los cortesanos ya pasaron por sus habitaciones para cambiarse para la cena, pero yo ni siquiera he visto el segundo piso de la mansión.

—Eh, ¿qué habitación se supone que debo usar?

—Te mostraré —murmura Daemon entre dientes, tomándome del codo y guiándome hacia las escaleras.

De reojo, veo al rey observándome con atención, con su mirada dura fija en la mano de Daemon sobre mi brazo. Rápidamente, me suelto.

—Con las indicaciones bastará. Supongo que tendré la habitación junto a la de Su Majestad, ¿no?

Los ojos de Daemon se entrecierran por un segundo y veo destellar la ira en su cara antes de que la reprima. Su postura cambia, retomando esa actitud despreocupada y segura que he aprendido a reconocer como un recurso para llamar menos la atención.

—Exactamente. Thorne, puedes mostrarle a Isabelle su habitación, ¿verdad? Sé que probablemente sea algo indigno de Su Majestad, pero ya que dijiste que nunca tienes tiempo para pasar con ella…

Sé que fui yo quien empezó esto, pero ¿por qué lo empuja aún más lejos?

Thorne mira con enojo a Daemon mientras me ofrece el brazo y me conduce escaleras arriba. No tengo más remedio que seguirlo, aunque el corazón me late tan fuerte que estoy segura de que todos pueden oírlo. No puedo dejar de pensar en lo que dijo Beatrix: «Aquí, cuando el rey te invita a su cama, vas».

—Es una casa pintoresca —comenta Thorne con desdén mientras subimos —. Pero supongo que eso conviene a nuestros propósitos. Nadie esperaría encontrarme aquí.

Asiento, aunque discrepo en silencio. Para él, la finca puede ser «pintoresca», pero yo nunca he visto nada más hermoso.

El piso superior de la Finca Ashwater es tan encantador como el resto de la casa. Resulta más hogareño que el palacio, con suelos de madera oscura y papel tapiz de tonos rojo profundo, con patrones intrincados. Las grandes escaleras conducen a un rellano que se divide en dos, con largos pasillos a cada lado que, sin duda, llevan a numerosas habitaciones de invitados. Hay al menos treinta cortesanos aquí y Beatrix no parecía en absoluto preocupada por acomodarlos.

Thorne me lleva con rigidez hasta el final del pasillo y se detiene frente a una puerta. Se gira hacia mí, acorralándome contra la pared con su cuerpo.

—Lamento no haber pasado más tiempo contigo desde que llegaste, Isabelle.

Por dentro, estoy gritando: «¿Lamentas no haber pasado más tiempo con la única persona que crees que puede salvar tu reino? Sí, creo que por fin acertaste en algo. Deberías sentirte como una mierda, maldito imbécil frío e inescrutable. ¿En qué demonios estabas pensando?».

En voz alta, digo:

—Estoy segura de que usted estaba ocupado.

—Tenía la intención de pasar todo el día de ayer contigo. —Parpadeo, confundida, así que añade—: En el baile.

—Ah, claro, por supuesto. Si tan solo su corte dejara de intentar matarme…

No lo digo como un chiste, pero él se ríe de todos modos, inclinándose un poco más hacia mí. De forma instintiva, alzo la vista e intento sostenerle la mirada.

Cada vez que cenamos, nos sentamos tan lejos el uno del otro que no puedo leer bien sus microexpresiones, y ayer, cuando bailábamos, yo solo intentaba no tropezar. Ahora examino su cara con atención por primera vez desde el día en que llegué. Objetivamente, es absurdamente apuesto, igual

que el personaje que siempre imaginé. Su mandíbula es marcada, quizá demasiado cuadrada. Sus ojos son de un color azul pálido, pero no hay calidez en ellos.

Al cabo de un segundo, me doy cuenta de que en realidad no estoy observando al rey por él mismo; estoy buscando similitudes con Daemon.

El estómago vuelve a darme un vuelco desagradable, como esa sensación que tenía cuando no terminaba la tarea a tiempo.

Sea cual sea la ráfaga de locura que me atraviesa la cabeza, el rey no parece compartirla. Sus ojos pálidos recorren mi figura y, por primera vez desde el día en que llegué, parece que de verdad me está mirando.

—Por suerte, ahora que estamos lejos del palacio no tengo nada más que tiempo para dedicártelo.

Doy una bocanada de aire.

—Eso es maravilloso.

Thorne me dedica una sonrisa ligeramente arrogante. Abre la puerta de su habitación y me hace una seña para que lo siga.

—Pasa.

El pánico auténtico me invade y el corazón se me acelera.

—En realidad estoy muy cansada del viaje, así que…

—¿Demasiado cansada para una última copa antes de dormir?

Por dentro, hago cara de fastidio. ¿Entrar a tomar algo? Ya de paso, creo que me subiré a su camioneta blanca para ver un cachorro.

—No, de verdad, estoy bien.

La molestia tiñe su expresión por un instante, pero la oculta enseguida.

—Al menos permíteme desearte buenas noches como es debido.

Apoya el brazo contra la pared, acorralándome.

«Dios mío».

«De acuerdo, mantén la calma… esto es bueno, ¿no?».

Quiero que el rey Thorne se interese por Isabelle. Quiero que se enamore de ella. Pero eso es solo una idea abstracta en la que «Isabelle» es básicamente Rose de *Un reino de espinas*. Ella no soy yo; es un personaje… un concepto difuso de persona, no yo ni mi abuela.

El aroma de la colonia del rey me abruma y el corazón me late tan fuerte que sé que puede oírlo. Estoy segura de que está a punto de besar a

«Isabelle». Excepto que yo, Alix, siento que voy a vomitar. O a desmayarme. Tal vez ambas cosas a la vez.

Thorne se inclina más y, de pronto, un dolor agudo me atraviesa la cabeza. Como una migraña, pero concentrada justo detrás del ojo derecho. Dejo escapar un chillido y aparto la cabeza con rapidez, esquivando por poco sus labios.

Mi mano vuela a mi sien justo cuando Thorne se aparta y me mira con desaprobación. Su mano grande se dispara y me agarra del mentón, obligándome a alzar la cara para encontrar la suyo.

Un estruendo, como de cristal al romperse, quiebra el silencio de la casa.

Doy un salto y me giro, buscando el origen del ruido.

—¿Qué carajos fue eso? —grita Thorne, con la cara desencajada por la ira.

—Eh… no lo sé —balbuceo, con el pulso todavía desbocado—. Aunque probablemente sea una señal de que debería irme a dormir. Nunca se sabe: la lluvia podría estar amainando y no querría estar por aquí cando eso pase.

—No… —dice Thorne despacio—. No querríamos eso.

Me escabullo por debajo de su brazo, inmensamente aliviada de que no intente detenerme.

—Bueno, ¡buenas noches!

Sin añadir palabra, abro la puerta a mis espaldas y me deslizo dentro, cerrándola de golpe. La habitación huele familiar y acogedora, a cedro y canela. Suelto un largo suspiro y me apoyo contra la puerta, con los ojos cerrados, aliviada. El dolor de cabeza desapareció tan rápido como llegó, aunque sigo sintiéndome un poco mareada.

Tras un instante, abro los ojos y me separo de la puerta.

La habitación es grande, con techos abovedados y vigas de madera que se cruzan sobre mi cabeza. Es más masculina que las habitaciones en las que dormí en el palacio y, de algún modo, más sólida, con alfombras gruesas, madera oscura y una cama con dosel, de estilo Tudor, en el centro.

Doy un respingo cuando mi mirada se posa en la cama. Los ojos se me abren de par en par y se me escapa un pequeño grito.

—¡Daemon! Maldita sea, me asustaste.

Daemon está sentado en la cama, con la cabeza inclinada. Está tan quieto que, por un segundo, ni siquiera lo vi; la tela roja de su casaca se confunde

con las cortinas color vino que rodean la cama.

Cuando me acerco, él levanta la vista hacia mí.

—¿Te tocó?

Me desconcierta la expresión de su cara. Sus ojos arden, llenos de ira o de… algo más que no termino de comprender.

—¿Cómo entraste aquí?

Ante mi pregunta, Daemon ladea el mentón hacia algo a la derecha. Sigo su gesto y veo una ventana hecha añicos.

—¿No podías simplemente abrirla?

—No me dieron ganas.

—Ya…

«Supongo que eso explica el ruido…».

Suspiro y me giro para cerrar la puerta con llave. Luego avanzo hasta el borde de la cama.

—¿Te tocó? —pregunta Daemon otra vez, con más dureza.

—En realidad, no —murmuro.

Gruñendo en voz baja, desde el fondo de la garganta, se pone de pie de golpe.

—Sé específica, Alix.

—No. Intentó besarme, pero el ruido de la ventana rota lo sobresaltó y me fui. ¿Sabes qué es lo realmente jodido? Que, en su cabeza, no está haciendo nada malo. Se supone que Isabelle va a casarse con él, no contigo.

Daemon avanza hacia mí, con la mirada oscura de furia.

—¿Crees que no lo sé?

—Claro, yo solo…

Me agarra de la parte posterior de la cabeza, enredando los dedos en mi cabello, y me obliga a alzar la cara hacia la suya.

—¿Crees que no me está matando tener que quedarme aquí sentado, esperándote, en lugar de…?

—¿En lugar de qué? —pregunto con urgencia.

No responde. Solo tengo un segundo para aspirar aire antes de que me haga girar y me empuje hacia atrás, contra la cama. Daemon cae sobre mí, con los brazos tensos mientras se sostiene para no aplastarme.

—Me estoy volviendo loco aquí, Alix. Lo único que me ha impedido hacer estallar toda esta maldita situación es que Thorne no había mostrado

tanto interés en ti. Pero ahora…

Suelto una risa casi nerviosa. No le tengo miedo a él, pero sí a la estupidez que está a punto de salir de mi boca. Si sigue hablando así, mirándome como si no pudiera vivir sin mí…

—Nunca habría entrado en su habitación, si eso es lo que estás pensando.

—Pero antes dijiste que te casarías con él.

—Sí, pero… —me quedo en silencio.

—¿Pero qué? —exige Daemon, con la cara a centímetros de la mía.

Niego con la cabeza.

—Nada.

No puedo decirlo: que solo dije eso para poder quedarme con Daemon. Ni siquiera puedo pensarlo, porque no solo casarme con Thorne para quedarme aquí con Daemon sería moralmente jodido e injusto para todos, sino que ni siquiera estoy segura de que fuera posible. Las criaturas fae son posesivas, ¿y no dijo Daemon que biológicamente no pueden engañar a sus parejas? ¿Esto contaría como tal? Uf, me estoy volviendo loca.

Sus ojos recorren mi cara, como si intentara memorizar cada detalle.

—Haces que me sienta loco, carajo.

Mis labios se entreabren y el pecho se me eleva con cada respiración.

—Lo mismo digo.

De forma deliberada, clava los ojos en los míos y desciende un poco más sobre mí. Baja la mano y me acaricia entre las piernas.

Suelto un suspiro cuando sus dedos rozan mi piel.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—Solo… estoy adolorida.

Nunca había tenido tanto sexo en un periodo tan corto en… toda mi vida. Jamás hice algo así, ni siquiera cuando recién me casé. Y, desde luego, nunca tuve sexo varias veces seguidas sin poder ducharme entre una y otra.

Como si leyera mi mente, Daemon asiente y se aparta, poniéndose de pie.

Por un momento, me cuesta no soltar un quejido de protesta, pero entonces se inclina y me levanta en brazos.

—¿Qué estás haciendo? —le reclamo mientras me carga como a una novia y me saca de la cama, cruzando la habitación.

—Necesitas un baño. Y, francamente, yo necesito calmarme antes de hacer algo de lo que no pueda arrepentirme.

Me muerdo el labio. De verdad quiero que explique a qué se refiere, pero quizá sea mejor no oírlo. Daemon cruza la habitación en dos zancadas y empuja con el hombro una puerta que no había notado antes.

Entramos en una sala de baño, más pequeña que las del palacio, pero igual de impecablemente decorada. El suelo y las paredes son de mármol rojo pulido, mientras que la bañera parece hecha de bronce macizo.

—Parece que conoces muy bien los cuartos de invitados —murmuro, sin saber qué más decir.

Daemon me baja y se inclina para abrir las llaves.

—Esta no es una habitación de invitados. Es mi habitación… o lo era, cuando vivía aquí.

Parpadeo, sorprendida. No sé qué pensar del hecho de que quisiera que durmiera en su habitación, incluso dando por sentado que él no estaría aquí conmigo. No sé cómo interpretarlo.

En realidad, eso es mentira. Sé perfectamente qué pensar al respecto.

Sé exactamente qué significan todos esos gestos diminutos cuando se suman, pero me da miedo decirlo en voz alta porque, en el segundo en que lo haga, se volverá real.

Daemon se endereza y queda de pie frente a mí mientras la tina comienza a llenarse. Alzo la cara hacia la suya otra vez y mi mirada se encuentra con la suya, en una invitación silenciosa.

Extiende la mano, despacio, y sujeta las cintas que mantienen unido mi corpiño. Aspiro con fuerza cuando tira de ellas y el frente del vestido se abre de golpe; el aire frío me roza mi piel.

—Me estás creando un complejo —susurro, alzando las manos para recorrer las solapas de su casaca.

Su voz suena áspera cuando responde:

—¿Por qué?

—Siempre estoy desnuda cerca de ti y tú siempre estás tan… impecable.

Él deja escapar un gruñido bajo.

—Si estuvieras dentro de mi cabeza, no pensarías que estoy impecable. Todo lo contrario. Siento que el cerebro se me fractura cuando estoy contigo. Carajo, soy un desastre andante.

Mis dedos bajan hasta un botón de su casaca y juego con él un segundo antes de deslizarlo por el ojal.

—Si te pido que te quedes, ¿vas a discutir conmigo porque alguien podría escucharnos?

—Ya no me importa si alguien nos oye. —Alza las manos y rodea mis muñecas con sus dedos grandes, sosteniéndome mientras termino de desabotonar su casaca—. Debería importarme, pero no logro obligarme a alejarme de ti.

El pecho se me oprime.

—Bien.

El corazón me late con fuerza y el calor me inunda por dentro mientras terminamos de desvestirnos y me meto en la tina. Tras un instante de indecisión, Daemon se sumerge en el agua detrás de mí y me atrae contra su pecho.

En el momento en que nuestras pieles se tocan, siento que todo mi cuerpo se relaja, incluso más que por el agua caliente.

Durante varios largos momentos, nos quedamos ahí sentados, sin decir nada.

«Podría hacer esto todos los días».

Sé que no debería pensar así, pero no puedo evitarlo. Puedo imaginar con facilidad un futuro en el que paso las tardes sentada en un silencio cómodo con Daemon, sin sentir la necesidad de llenar el aire con charlas ansiosas. Es un futuro que deseo y, sin embargo, no logro ver ningún mundo en el que eso sea posible. ¿Y si él regresara conmigo al mundo humano? Ya vivió ahí antes; sería difícil, pero posible. ¿Pero qué pasaría con sus amigos? ¿Con Odessa y los chicos, que poco a poco se están convirtiendo también en mis amigos?

—¿En qué estás pensando? —pregunta Daemon.

—En demasiadas cosas —respondo, casi sin aliento.

Él suelta una risa suave y siento cómo su pecho vibra contra mi espalda. Sin pensarlo demasiado, alza una mano y la desliza con pereza a lo largo de mi cabello.

—¿Crees que el rey hizo esto a propósito?

Siento que se mueve y puedo notar la tensión en su voz.

—¿A qué te refieres?

Jugueteo con los dedos en el agua, tratando de encontrar las palabras exactas.

—Me refiero a que… ustedes se odian. ¿Crees que quiso venir a tu casa para que, al final, yo me acostara con él…?

Daemon gruñe, interrumpiéndome.

—No quiero pensar en eso.

—Justamente —insisto—. ¿Crees que, de algún modo, sabe lo nuestro? ¿Que está intentando fastidiarte?

—Lo dudo. —Suspira y envuelve con más fuerza sus brazos tatuados alrededor de mí, hundiendo la cara en el hueco de mi cuello desde atrás—. Me gustaría pensar que a Thorne le importa más su reino como para desperdiciar los últimos días que le quedan para salvarlo involucrándose en juegos mentales juveniles solo para joderme, pero no lo tengo en tan alta estima. Fue maldecido porque no le importa nadie más que él mismo, y al parecer, un siglo no bastó para arreglarlo. No le importa la corte.

—Entonces, ¿por qué no crees que esto tenga que ver contigo?

—Porque si supiera que me importa que intentara cogerte, lo habría hecho durante la cena, frente a mí.

Me atraganto.

—¿Qué?

—Perdón —dice Daemon, sin sonar en absoluto arrepentido—. Pero, dicho sin rodeos, cuando la maldición comenzó, dos tercios de los ataques más brutales fueron obra suya. Su lado instintivo es violento y brutal.

—Como una bestia —murmuro, pensando en *Un reino de espinas*.

Puedo imaginar sin dificultad al rey cometiendo atrocidades bajo la influencia de la maldición. Aunque nunca ha sido violento conmigo —a menos que uno cuente los gritos—, hay algo torcido en su mirada. Una sensación instintiva que me haría dar media vuelta y marcharme si lo viera en la calle, sin importar lo guapo que sea. Si el rey Thorne hubiera sido quien estaba fuera de mi puerta el día que descubrí lo de la maldición, sé que todo habría sido distinto.

Por otro lado, está Daemon, que no parecía muy diferente mientras la maldición estaba activa. Que me miraba igual que siempre. Que solo quería protegerme…

—¿Cómo funcionan los vínculos de las almas gemelas? —suelto de repente.

Él se pone rígido detrás de mí y su mano se inmoviliza en mi cabello.

—Ese sí que es un cambio de tema abrupto. ¿Por qué preguntas?

En realidad, a mí no me parece tan abrupto. Se siente exactamente como lo que debería preguntar, como lo que debí haber preguntado días atrás.

—Solo responde la pregunta. Lo mencionaste antes, pero no lo explicaste de verdad. ¿Cómo funciona?

Se mueve otra vez, pasando los dedos varias veces por mi cabello, como si usara el gesto para encubrir lo que piensa. Juraría que el aire vibra entre nosotros.

—En realidad nadie lo sabe —dice al fin—. El consenso general es que los vínculos no son predestinados ni preelegidos; se forman con el tiempo, por lo general a partir de conexiones emocionales intensas o de experiencias compartidas. No todos los matrimonios en Ellender están vinculados, pero la mayoría sí, ya sea desde el inicio o después de un tiempo. Podemos salir con alguien o tener parejas casuales, pero, si no se forma un vínculo, la mayoría de las criaturas fae pasa página y continúa buscando.

—Entonces, una vez vinculados, ¿nunca puedes estar con nadie más?

—No creo que alguien vinculado quiera siquiera intentarlo, pero he oído que provoca un asco extremo y, a menudo, dolor si lo intentas.

—¿Qué se siente? Me refiero al vínculo.

Permanece en silencio otro largo segundo y lo oigo aspirar aire antes de hablar:

—Tendrías que preguntárselo a alguien vinculado. Yo solo podría suponerlo.

El corazón se me encoge.

No sé si quiero creer que está mintiendo o si me alegra que no haya soltado algo descabellado… como que quizá yo sea su alma gemela.



CAPÍTULO 24

ALIX

Me recuesto de lado en la penumbra, escuchando cómo la lluvia golpea con ritmo constante contra las ventanas. A estas alturas, mi reloj interno ya está completamente jodido, pero calculo que son como las dos de la tarde, lo que equivale, más o menos, a las dos de la madrugada en Ellender.

Al igual que el resto de la casa, Daemon duerme. Está acostado sobre las cobijas, de frente a mí, como si estuviéramos conversando, salvo por sus ojos cerrados y su respiración pausada. No puedo evitar notar que no duerme profundamente. Sus ojos se mueven detrás de los párpados apenas cerrados, y tengo la sensación de que, si hiciera cualquier movimiento brusco, estaría despierto en menos de un segundo. Siempre está en alerta, nunca se relaja por completo.

«¿La prisión le hizo esto o siempre fue de sueño ligero?».

Suspiro y empiezo a deslizarme lentamente hacia el lado opuesto de la cama. Nada de movimientos bruscos.

Paso las piernas por el borde del colchón y apoyo los pies en el suelo, luego miro atrás para comprobar que los ojos de Daemon sigan cerrados. Lo están. Mi trayecto por la habitación toma más tiempo del que debería, porque me detengo cada pocos pasos para asegurarme de no haberlo despertado.

No sé por qué estoy tan nerviosa con esto; no estoy haciendo nada malo. Salvo que supongo que, si Beatrix hubiera querido que llevara a Daemon

conmigo para hablar con Aurelia, me lo habría dicho. Como me advirtió sobre el portal y me contó su historia, confío en ella.

Milagrosamente, Daemon no abre los ojos cuando entreabro la pesada puerta y salgo al pasillo. Lanzo una mirada nerviosa a la puerta del rey Thorne, justo al lado de la mía, y contengo el aliento mientras avanzo de puntitas por el corredor.

Con la lluvia, no temo que Thorne ni ninguno de los cortesanos que trajo consigo despierte y me ataque, pero aun así no quiero quedarme a solas con ninguno de ellos, en especial con el rey.

No estoy segura de cómo llegar a la torre que solo vi desde el exterior de la casa, pero dudo que sea difícil; de lo contrario, Beatrix habría sido más clara en sus instrucciones.

Como era de esperarse, al final del pasillo encuentro una segunda escalera, más angosta y diseñada claramente para que suba una sola persona a la vez.

Todo mi cuerpo hormiguea de anticipación mientras asciendo. Me detengo al llegar a una puerta de madera cerrada, con pequeñas flores moradas pintadas sobre la superficie gastada.

Alzo el puño para tocar, luego me detengo.

No puedo evitar ser consciente de que el portal está justo afuera. No hay nadie cerca. ¿Qué pasaría si no tocara? ¿Y si me diera media vuelta y me fuera ahora mismo? Parte de mí se pregunta si todos no estarían mejor así.

Con una respiración profunda, toco dos veces.

De inmediato, la puerta se abre de golpe. Doy un salto, sobresaltada, sobre todo cuando veo que no hay nadie al otro lado.

—Pasa —resuena la voz aguda de Aurelia desde algún lugar fuera de mi vista.

Con el corazón aún acelerado, entro en la habitación y la puerta se cierra tras de mí.

Estoy de pie en una recámara perfectamente circular. Las paredes están cubiertas de pinturas coloridas y estantes con cientos de baratijas y tesoros encantadores, y hay alfombras trenzadas, de colores arcoíris, en cada centímetro del suelo. En un lado de la habitación hay una mesa redonda y una cocinita diminuta, como la versión de cuento de hadas de la cocineta de un hotel. En el otro, libreros repletos con miles de volúmenes se elevan

desde el suelo hasta el techo. Entre los estantes hay una escalera que, supongo, conduce a una cama.

—¡Bajo enseguida! —resuena la voz de Aurelia desde arriba—. Ponte cómoda, Alix.

Me muerdo el labio. Esto es raro, aunque supongo que no más raro que cualquier otra cosa en Ellender. Dudo que la misma chica que pintó gatitos en el alféizar de su ventana vaya a bajar para degollarme. Así que cruzo la torre y me siento en la mesita.

Un segundo después, los pies de Aurelia aparecen en la escalera. Lleva un pantalón amplio estilo genio de color rosa brillante y una blusa rosa que combina, con estrellas azules bordadas en el cuello. Su cabello corto está recogido hacia atrás con un lazo.

—Hola —dice, sonriendo ampliamente al llegar al suelo—. Beatrix me dijo que vendrías.

—¿Eso dijo? —Me río—. Ni yo misma no estaba segura.

Aurelia se limita a sonreír y cruza la habitación bailando hacia la pequeña cocina.

—¿Quieres té? Iba a prepararme uno.

—No tienes café, ¿verdad?

Niega con la cabeza.

—No lo creo, pero puedo ponerte una bolsita extra de té.

Sonrío.

—Claro.

Me devuelve la sonrisa y luego se gira hacia el fregadero, llena una tetera con agua y, en lugar de ponerla sobre la estufa para calentarla, chasquea los dedos hacia ella, como vi hacer antes a Daemon. Al instante, la condensación aparece en los costados de la tetera y el vapor empieza a elevarse por la boquilla.

—Haces magia —comento, señalando lo evidente.

Ella asiente.

—Casi todos la hacen. Solo los nativos de Vernallis vieron sus poderes tan disminuidos por la maldición.

Para ilustrar su punto, vuelve a chasquear los dedos y los candelabros apagados de la mesa se encienden. Los platos y cuencos apilados en los

estantes a lo largo de la pared cobran vida, girando y bailando durante unos segundos antes de caer de nuevo, quietos e inertes.

Me quedo boquiabierta mirando los platos inmóviles, luego alzo la vista hacia Aurelia. Ella cruza otra vez la cocina, ahora con la tetera humeante. Dos tazas vuelan solas desde el estante y aterrizan sobre la mesa frente a nosotras; luego, con un último chasquido, hace que el té se sirva por sí mismo.

—Perdón, casi nunca tengo oportunidad de presumir —dice—. Casi nadie viene a la casa y creo que eres la primera persona que visita mi habitación… aparte de Beatrix, claro.

Trago saliva para aliviar la sequedad de mi garganta. Aún estoy asimilando la impresión de los platos bailarines. Aunque, pensándolo bien, ya nada debería sorprenderme.

—Entonces, ¿no eres de Vernallis?

Niega con la cabeza.

—Nací después de la maldición, pero mi madre cruzó a Thermia para tenerme.

Asiento, y tomo un sorbo de té para ocultar que no tengo idea de qué decir. Está claro que Aurelia sabía que vendría a hablar con ella y me estaba esperando, pero no sé cómo empezar y ella no parece dispuesta a tomar las riendas de la conversación.

—Beatrix me dijo que debía venir a hablar contigo —digo al fin.

—Es una entrometida, pero en este caso tiene razón. Hay cosas que deberías saber antes de sacrificarte para terminar con la maldición.

Tomo otro sorbo del té hirviente.

—Ya sé que esta situación es extraña. Cuando acepté por primera vez, no sabía que el matrimonio formaba parte del trato, y ahora solo lo estoy considerando por la maldición.

—¿De verdad crees que puedes romperla? —pregunta.

Abro la boca para decir «no lo sé», pero me detengo antes de pronunciar las palabras. En su lugar, digo:

—El rey Thorne claramente no me ama, sin importar quién crea que soy, y yo tampoco lo amo, así que… no. No creo que pueda romperla.

Se siente como si estuviera confesando algo terrible. Decir en voz alta que no creo que haya nada que pueda hacer se siente definitivo, de un modo

que me llena de una mezcla de dolor y frustración.

—Quiero contarte una pequeña historia —dice Aurelia, jugueteando con la manga de su blusa y con la mirada fija en el té—. No es larga, lo prometo, y además no soy muy buena contando historias, pero aun así creo que deberías oírla.

Asiento y tomo otro sorbo.

—Adelante.

—He vivido en esta torre toda mi vida —empieza—. Beatrix no es mi madre, pero durante los últimos noventa y nueve años fue la única familia que realmente conocí. ¿Te contó que antes fue dama de compañía en el palacio?

—Sí.

—Beatrix era la acompañante asignada a mi madre cuando llegó a Vernallis para casarse con el futuro rey. El príncipe Thorne había pasado años buscando a la esposa perfecta, y todo el reino quedó en *shock* cuando eligió a una plebeya en lugar de a alguna de las mujeres nobles de los otros tres reinos.

Mi respiración se corta al recordar la historia que Daemon me contó.

—Entonces, ¿tu madre fue quien lanzó la maldición?

Ella sonríe con un tono de amargura.

—Con el tiempo, sí. El rey la eligió porque era una hechicera poderosa y, aunque no era noble, provenía de una larga estirpe de magia. El rey también tiene una magia fuerte.

—Nunca lo he visto usarla —interrumpo, con el corazón acelerándose.

Aurelia se encoge de hombros y me dice:

—La maldición drena poco a poco el poder de la tierra; no de manera inherente, sino porque las criaturas fae nunca debieron vivir en oscuridad constante. Necesitamos el sol para prosperar, lo que, por cierto, es la razón por la que Dyaspora es un castigo tan brutal. Dejando de lado el frío y los trabajos forzados, en el extremo norte el sol solo brilla una hora al día. Es el caldo de cultivo perfecto para criaturas que prosperan en la oscuridad y debilita a los prisioneros fae.

—Pareces saber mucho al respecto.

Ella hace un gesto vago hacia los miles de libros en sus estantes:

—Al estar sola todo el tiempo, he tenido mucho tiempo para leer. En fin, el rey Thorne eligió a mi madre porque era probable que tuviera hijos poderosos. Creció rodeado de dudas sobre la línea de sucesión y deseaba desesperadamente un heredero fuerte que acallara cualquier cuestionamiento.

—¿Y qué hay de ti? —No puedo evitar preguntar—. Supongo que él es tu padre.

—Lo es —dice, como si no fuera más importante que comentar el clima —. Pero no sabe que existo. Y, además, en Vernallis se practica la primogenitura masculina. Las mujeres solo pueden heredar el trono si no hay un heredero varón, y en este caso lo hay.

Parpadeo, confundida, hasta que todo encaja.

—¿Te refieres a Daemon? Pero él es ilegítimo, ¿no?

—No importa. Si el rey Thorne muriera, Daemon se convertiría en rey de inmediato. Así funcionan las cosas aquí. —La comisura de su boca se eleva en una sonrisa traviesa—. Supongo que siempre podría pelear con él por el trono.

Se me revuelve el estómago.

—¿Lo harías?

Ella sonríe.

—Probablemente no. Dudo que ganara de todos modos, pero no importa. Todo esto es hipotético y no es el punto de mi historia.

Hago un gesto con la mano.

—Perdón, continúa —le digo.

—Mi madre viajó al palacio desde su hogar en Solistine esperando casarse con un príncipe —empieza—. Beatrix me contó lo triste que estaba mi madre cuando se dio cuenta de que no había una conexión instantánea entre ellos ni un vínculo de almas gemelas. Pensó que quizá podría forzar la aparición del vínculo, pero en su lugar quedó embarazada antes de la boda y el rey siguió con sus amantes en su torre privada.

—Imbécil —murmuro.

Aurelia ladea la cabeza, como diciendo «ni me lo digas».

—Obviamente, mi madre quedó destrozada y abandonó Vernallis con la ayuda de su dama de compañía.

—¿Y por eso maldijo a todo el país? —pregunto.

Intento que no se note el juicio en mi voz, pero es difícil. Igual que la última vez que escuché esta historia, mi primer pensamiento es que resulta comprensible maldecir al rey, pero ¿por qué castigar a miles de personas junto con él? Ellos no hicieron nada.

—No sé por qué lo hizo —dice Aurelia con rapidez, siguiendo claramente el hilo de mis pensamientos—. Al menos, no creo que pretendiera maldecir a todos.

La taza en mi mano tiembla.

—¿Sigue viva en algún lugar? ¿Tal vez podríamos preguntarle?

Su expresión se ensombrece.

—Murió al darme a luz. Debió saber que moriría cuando decidió cruzar a Thermia para el parto… ese reino tiene sus propios problemas. Aun así, lo hizo y me entregó a Beatrix para protegerme.

Se me cae el alma a los pies.

—¿No dejó, por casualidad, un diario detallado o algo así?

—No, lo siento, pero sí sé de algo que podría ayudarte. —Aurelia hace una mueca—. Lanzó la maldición frente a Beatrix, y yo la memoricé después de todos estos años. Maldijo al reino para que fuera juzgado por el contenido de su verdadero carácter y para que mostrara por fuera lo que es por dentro. Dijo que la maldición solo se rompería cuando el rey de Vernallis admitiera que es impotente y sacrificara a quien más ama.

Me quedo pasmada.

—Espera, ¿eso es exactamente lo que dice?

Ella parece igual de confundida.

—Sí…

—Yo pensaba que tenía que encontrar el amor verdadero.

—Así es… y luego tiene que sacrificarlo.

Me pongo de pie de un salto y, en el proceso, derramo lo que queda de mi té.

—¡Dios mío! Entonces, ¿me estás diciendo que nunca se trató del amor? ¿Que se casó con todas esas mujeres a lo largo de los años para… sacrificarlas?

Aurelia se sobresalta y se levanta también.

—Sí. ¿No lo sabías? Pensé que de eso estábamos hablando.

—¡No! —El corazón se me acelera y las palmas me sudan—. Tengo que largarme de aquí ahora mismo.

Avanzo hacia la puerta sin tener del todo claro a dónde voy, pero me detengo y me doy media vuelta de golpe.

—Espera, dijiste que podías ayudarme. Si creías que yo ya sabía que tenía que «sacrificarme», ¿a qué te referías?

Aurelia se frota las palmas con nerviosismo contra los costados de su amplio pantalón, como si le sudaran.

—Iba a decirte que mi madre lanzó la maldición para castigar al rey, no a la corte. Estoy segura de que no esperaba que durara cien años. Así que debo suponer que la persona que él debía sacrificar habría sido alguien a quien ella conocía. Alguien que ya estaba en Ellender cuando comenzó la maldición.

—Entonces, no se trata de Nana, mi abuela —concluyo.

—Exacto. Podría estar equivocada. Como dije, nunca la conocí… pero si tengo razón, entonces no hay nada que puedas hacer de cualquier modo. Si mueres, no importará, así que, si yo fuera tú, me iría ahora mismo.

—¿Irme?

Aurelia se inclina hacia adelante; sus ojos muy abiertos parecen transmitir más de lo que expresan sus palabras.

—No despiertes a nadie y no te despidas, solo vete. Hay un portal en el jardín.

Me muerdo el labio, mirándola sin ver realmente nada. Estoy temblando y el pulso me late demasiado rápido. ¿Eso es lo que debería hacer? ¿Simplemente irme ahora, sin decir nada?

—Gracias —murmuro, distraída—. Por decírmelo.

—¡Alix! —me llama, con un tono de ansiedad en la voz—. ¿Qué vas a hacer?

No le respondo, porque aún no lo sé. Me muevo por pura adrenalina, siguiendo el corazón en lugar de la cabeza mientras desciendo por la larga escalera.

Solo espero que mi corazón sepa adónde va.

DAEMON

Alix se inclina para despertarme y me sacude, pero estoy despierto antes de que salga una palabra de su boca.

—¿Qué pasa, Duraznito?

Ella se echa hacia atrás, sobresaltada, cuando me incorporo de golpe.

—Iba a decirte que despertaras.

—Ajá —la apuro—. Ya estoy despierto. ¿Qué ocurre?

Me doy cuenta de inmediato de que algo anda mal. No puedo oler su miedo en sentido literal, pero casi podría. El olor del sudor en sus palmas y en la nuca es intenso, y está temblando más que cuando la saqué del lago helado.

—Me reuní con Aurelia —dice.

Parpadeo, sorprendido. Lo que fuera que esperaba que Alix dijera, no era eso.

Sé que mi madre ha estado escondiendo aquí a la hija de Thorne; supongo que esta familia tiene debilidad por los hijos bastardos secretos. La conocí una vez cuando era una niña, hace más de noventa años, pero no la he visto desde que salí de Dyaspora. Técnicamente es mi sobrina, pero no tengo idea de cómo luce ahora.

—¿Qué pasó? —pregunto al cabo de un momento.

No puedo entender por qué haberse reunido con Aurelia haría entrar en pánico a Alix, pero mi adrenalina está por las nubes al verla alterada y, por instinto, quiero destruir aquello que haya herido a mi… lo que sea que Alix sea para mí.

—Soy una jodida idiota —murmura, retorciéndose las manos—. No debí despertarte porque ahora sé que esto se va a convertir en todo un drama, pero no podía irme así como así. No sin al menos advertirte de que la maldición no se va a romper a menos que hagamos algo.

Siento una punzada en el corazón y, antes de darme cuenta, ya estoy de pie, impidiendo que Alix siga caminando de un lado a otro y obligándola a mirarme. No sé qué está pasando, pero lo único que oí fue la palabra «irme», y ahora me siento tan aterrorizado como ella parece estarlo.

—Despacio, Duraznito —le digo, intentando mantener la voz firme—. ¿Qué pasó con Aurelia?

—¿Sabes quién es ella? —pregunta Alix—. Es la hija de Thorne…, lo que supongo la convierte en tu sobrina. Es un poco raro, pero…

—Ve al punto —gruño.

—Me habló de la maldición y de su madre. Nunca se trató de que el rey consiguiera que alguien se enamorara de él. La maldición solo se rompe cuando el rey sacrifica a la persona que más ama.

Mis ojos se abren y luego es como si una bola de plomo cayera al fondo de mi estómago. El inicio del horror empieza a tomar forma, pero aun así necesito que sea específica.

—Cuéntamelo todo.

Asiente y se lanza a relatar, paso a paso, su conversación con mi madre y luego con Aurelia. Hay un zumbido en mi cabeza mientras habla, y todo lo que puedo hacer es dejarla terminar antes de perder el control por completo y arrastrarla afuera, hacia el portal, quiera ir o no.

Puedo notar que hay huecos en esta historia, probablemente detalles que no tiene forma de completar con su conocimiento limitado de Ellender. Ese es un problema del que me ocuparé después. Ahora mismo, lo único que importa es sacarla de aquí.

Sin decir una palabra, extiendo la mano y agarro a Alix por la cintura, atrayéndola contra mí. Parece pensar que intento abrazarla y se queda floja un segundo, antes de darse cuenta de mi intención.

—¡Daemon! ¡Bájame! ¿Qué carajos te pasa?

La ignoro y cruzo la habitación en dos zancadas hasta llegar a la ventana. Es la misma ventana que destrocé hace apenas unas horas y reparé con magia antes de quedarme dormido. El vidrio vuelve a astillarse cuando avanzo hacia él y me lanzo al cielo, apenas consciente de la lluvia mientras desciendo hasta el jardín.

Hay un portal al reino humano detrás de la Finca Ashwater. Probablemente esa sea la razón por la que mis antepasados construyeron la casa ahí, y es el mismo que yo solía usar para ayudar a las criaturas fae a escapar de Vernallis. No dejará a Alix de vuelta en Ironhill, pero al menos la enviará al mismo continente. Incluso si no lo hiciera, me daría igual. Maldita sea, el centro del océano Pacífico sería más seguro para ella que Vernallis.

Planeo a baja altura sobre la casa y los rosales, y por fin aterrizo junto al muro de piedra, en la parte más profunda de la propiedad. Aquí estamos aislados y fuera de la vista desde la casa, aunque soy demasiado consciente de nuestra cercanía con Thorne.

La ira vuelve a recorrerme con solo pensarlo.

Le permití venir aquí y dejé a Alix sola con él. La llevé directo hasta él sin siquiera cuestionar por qué. Esto es culpa mía, pero ahora voy a arreglarlo… al menos para ella.

—Daemon, basta —grita Alix, cubriéndose la cara de la lluvia—. Estoy tratando de hablar contigo.

—Ya te escuché —le respondo con un gruñido—. Y ahora te vas.

La bajo al suelo y tropieza en el terreno irregular. Por instinto, extiendo el brazo para sostenerla. Ella mira por encima de mi hombro hacia el estanque y sus ojos se agrandan.

—¿Qué? —pregunta rápido—. No. No te lo dije para esto. Si hubiera querido irme sin más, ya lo habría hecho.

—¿Entonces quieres quedarte y ser «sacrificada»? Creí haberte dicho que puedes usar todos los malditos eufemismos que quieras, pero todos significan lo mismo. Él va a matarte.

—Lo sé —declara, cada vez más furiosa—. No soy una estúpida, carajo.

—Bien. Entonces te vas. Vamos.

Intento conducirla hacia el portal, sin darme siquiera tiempo de pensar en lo que esto significará. No volver a verla jamás se siente imposible, pero es peor considerar dejarla quedarse un segundo más.

Alix planta los pies en el suelo medio congelado y se niega a dar otro paso. Podría moverla, pero tendría que cargarla otra vez. Dejo escapar un suspiro airado.

—¿No entiendes que no puedo dejar que te quedes aquí ahora? Además, no serviría de nada.

Ella alza el mentón y me mira con enojo.

—¡No! ¿Y qué hay de la maldición? Aurelia dijo…

—Me importa un carajo lo que haya dicho quien sea, solo me importas tú. Acabas de decirme que Thorne es quien intenta hacerte daño, Alix. ¿Qué esperabas que hiciera con esa información?

—N-no lo sé. Pensé que tú sabrías qué hacer. Te lo dije porque creo que podemos arreglarlo. Aurelia piensa que la maldición no estaba destinada a durar tanto tiempo y que la persona que Thorne más amaba habría sido alguien que su madre conocía.

Niego con la cabeza.

—Tal vez sea cierto, pero no tengo idea de quién podría ser.

—Pero al menos podríamos intentar averiguarlo.

—No. —Me paso la mano por el cabello—. Voy a intentar averiguarlo, lo prometo. No voy a rendirme con esto, pero tú no vas a estar aquí para verlo. Necesitas volver a casa. Ahora.

Me mira con furia, claramente preparando su siguiente argumento.

No entiendo por qué estamos peleando por esto. No entiendo cómo puede querer quedarse sabiendo que el peligro en el que se encuentra no es abstracto, que está durmiendo justo en la puerta de al lado.

—Me debes algo —insiste, con la voz quebrándose apenas.

El corazón se me hunde. Me olvidé de su dinero. Miro por encima del hombro hacia la casa.

—Espera aquí un segundo. Hay cientos de cosas invaluables en esa casa, iré a buscarte…

Cierra el puño y me golpea con fuerza en el pecho.

—No me importa el dinero, maldito imbécil.

—¿No?

—¡No! —se atraganta—. Quiero decir que me debes más que solo mandarme de vuelta a casa sin siquiera pensarlo. Las cosas han cambiado y yo…

Cierro los ojos, incapaz de seguir mirándola, y echo la cabeza hacia atrás para que la lluvia caiga sobre mi cara.

—Todo esto solo cambia que ya no puedo seguir fingiendo que tiene sentido mantenerte aquí. Debí dejarte ir en el momento en que me di cuenta de que no eras Isabelle, pero fui egoísta. Luego, cuando supe que no había ninguna posibilidad de que Thorne pudiera amarte de verdad, porque si lo hiciera, no habría podido quedarse de brazos cruzados cada vez que te lastimaban, debí dejarte ir.

—¿Entonces por qué no lo hiciste? —exige saber.

Trago saliva y la miro de nuevo. Está empapada, igual que yo, y no puedo distinguir si el agua que corre por su cara son lágrimas o gotas de lluvia.

Sé exactamente por qué no pude dejarla ir. Porque la amo y me engañé pensando que podría mantenerla aquí conmigo.

La advertencia de Odessa resuena en el fondo de mi mente, burlándose de mí.

«Te vas a enamorar de ella y vas a arriesgarlo todo por retenerla, pero no sé si ella te va a amar lo suficiente como para quedarse».

Bueno, al carajo con Odessa; se equivocó.

Porque sí arriesgué casi todo por quedarme con Alix, pero no estoy dispuesto a arriesgarla a ella, y no voy a permitir que se quede.

Me doy cuenta de que llevo demasiado tiempo en silencio, dejando su pregunta suspendida entre nosotros. Ella me mira con enojo, claramente pensando que soy incapaz, o que no estoy dispuesto, a reconocer la verdad de lo que siento por ella. Nada podría estar más lejos de la realidad, pero decírselo ahora, justo antes de enviarla lejos, solo la lastimaría, y no puedo hacerle eso.

Alix me empuja para pasar y avanza furiosa hacia la casa.

—Voy a buscar a Aurelia, y tú puedes hablar con ella y…

Le agarro el brazo y la jalo de vuelta hacia mí, estrechándola en mis brazos. Antes de que pueda protestar, llevo las manos a sus mejillas y acerco su cara a la mía.

Ella jadea de sorpresa contra mi boca, pero no la suelto. Exploro sus labios, su sabor, como si fuera la última vez.

Alix se relaja en el beso y la obligo a retroceder, alejándola de los rosales, sin romper el contacto ni un segundo.

Al borde del estanque, aprieto los ojos con fuerza y me aparto.

—Lo siento.

Y entonces la empujo hacia el interior del estanque resplandeciente.



CAPÍTULO 25

ALIX

—Disculpa, ¿qué fecha es hoy?

El cajero adolescente de la gasolinera me mira; su expresión pasa del aburrimiento al asombro en cuestión de un segundo. Se queda con la boca entreabierta, mirándome pasmado.

—¿Qué fecha es? —repito.

—Eh… es 10 de junio.

—¿Y el año? Bah, no importa. Dame una de esas revistas.

Toma una revista del exhibidor a su lado, al azar, y me la extiende, sin apartar los ojos de mí. La agarro con desesperación y la volteo; entonces suelto un suspiro de alivio. Bien, gracias a Dios: de verdad pasó apenas poco menos de un mes. Sé que así fue como se sintió el tiempo que estuve fuera, pero he leído suficientes cuentos de hadas como para preocuparme y comprobarlo dos veces.

—¿Puedo usar tu teléfono? —pregunto.

El cajero ni siquiera se molesta en discutir conmigo o preguntarme dónde está mi celular. Probablemente porque voy vestida como alguien que escapó de una feria renacentista y estoy preguntando en qué año estamos. Proyecto vibras de loca, y siempre es mejor no discutir con alguien así.

El chico me pasa el teléfono y marco de inmediato.

—911, ¿cuál es su emergencia?

—Eh, hola. Me llamo Alixandrea Knight. Creo que podría estar reportada como desaparecida.

Como era de esperarse, la policía tiene muchas preguntas. ¿Dónde estuve? ¿Soy consciente de lo preocupada que está mi familia? ¿Por qué estoy vestida como una princesa de parque temático?

Luchando contra mi tendencia a inclinarme ante la autoridad, me niego a responder una sola pregunta. Les recuerdo que soy adulta y que tengo todo el derecho de desaparecer del mapa si quiero. Mientras no esté bajo arresto, no hay razón para hablar con ellos… No obstante, por favor, ¿podrían llamar a mi mamá?

El oficial llama a mi madre —el único número que recuerdo de memoria gracias a años de condicionamiento infantil— y yo espero. Seis horas después, estoy sentada en la destartalada comisaría local, bebiendo una taza de café amargo y golpeando el suelo con el pie.

—¡Quítense de mi camino! —grita una voz conocida desde algún punto del pasillo.

—Señora, necesita calmarse —dice uno de los agentes.

—La próxima persona que me diga que me calme va a recibir un puñetazo en la nariz.

«Vaya. Supongo que ya sé de dónde lo heredé».

Me pongo de pie.

—¿Mamá?

Vestida con un traje sastre azul marino y un impecable chongo francés, mi madre irrumpe por el pasillo lúgubre, iluminado por luces fluorescentes. Pasa de largo a los policías que intentan contenerla y entra de golpe a la oficina donde he estado esperando. No espera a que yo diga nada: se lanza hacia mí y me envuelve en un abrazo. Siento cómo cada músculo de mi cuerpo se relaja.

Tras un largo segundo, se aparta, se limpia una única lágrima antes de clavarme una mirada furiosa.

—Más te vale tener una buena excusa para esto.

—¿Perdón? —balbuceo—. ¿Eso es lo primero que quieres decir?

—Pensé que estabas muerta. Todos pensamos que te había secuestrado algún lunático. Ryan está fuera de sí, ¿ya lo llamaste?

—Eh… no, todavía no. Pero sí tengo una buena excusa.

Por fin me observa con atención y repara en mi vestido. Se queda sin aliento.

—Dios mío. Es una secta. ¡Te secuestró una de esas sectas sexuales de deportes y ejercicio! Por favor dime que no te convertiste en la octava esposa de alguien, Alixandrea.

Me pellizco el puente de la nariz y cierro los ojos.

—Vámonos a casa, mamá. Podemos hablar en el coche.

—Espero que sepas que no estoy preparada para escuchar ninguna tontería sobre alienígenas o búnkeres secretos.

—Sí, claro, lo entiendo.

El portal me dejó en algún punto cerca de la frontera con Nueva York, y a mi mamá le toma varias horas llevarnos de vuelta a su casa en Filadelfia. Parece dar por sentado que es ahí adonde quiero ir, y casi discuto con ella hasta que menciona que Nana sigue quedándose con ella.

—Claro que no tuvimos tiempo de buscarle una casa de retiro después de darnos cuenta de que habías desaparecido.

El corazón me da un vuelco de emoción. Muero por hablar con Nana desde el momento en que llegué a Ellender, así que al menos tengo algo que esperar. Algo diminuto en comparación con todo lo demás que estoy sintiendo.

Al igual que cuando llegué a Ellender, estar de vuelta no se siente del todo real. Quedo atrapada en algún punto entre el *shock* y la devastación.

Es como cuando te golpeas el dedo del pie por accidente o te aplastas el pulgar con la puerta del coche y hay una fracción minúscula de segundo en la que aún no sientes nada, pero sabes que el dolor viene en camino. Estoy atrapada en ese instante. Ya me golpearon, pero el dolor aún no llega, y sé que, por más que me prepare y desee que no duela, va a doler. Y será mil veces peor por haberse retrasado.

—Entonces, ¿vas a decirme qué pasó o vas a dejarme en suspenso?

—No fue una secta —murmuro.

—Eso no ayuda mucho, Alixandrea. Ahora estoy imaginando los peores escenarios posibles. ¿No te agarró una de esas redes de prostitución, verdad?

La miro de reojo, con fastidio.

—Si así fuera, ¿se te ocurre que quizá no querría ser interrogada al respecto a las pocas horas de escapar?

Parpadea, y es obvio que la sutileza no es su fuerte.

—Entonces, ¿sí te llevaron?

Suspiro y me cubro la cara con las manos: «Maldita sea».

Aunque tuve horas en la comisaría para pensarlo, no decidí si le diría la verdad a mi mamá. Sin embargo, tras cinco minutos en el coche con ella, sé con certeza que no puedo contárselo. No me creerá y probablemente me llevará directo al hospital más cercano para hacerme una tomografía. «No, gracias».

—Atrapé a Ryan engañándome con mi mejor amiga —digo, todavía con la cara cubierta por las palmas—. No tenía idea de lo que estaba pasando, pero, en retrospectiva, me doy cuenta de que definitivamente no fue la primera vez. Así que perdí el control, ¿de acuerdo? Solo necesitaba alejarme un tiempo. Siento no haber llamado y haberte preocupado. No quise asustarte.

Me preparo para una avalancha de juicios o quizá un sermón sobre que el matrimonio es para siempre y que debo ser más indulgente. En lugar de eso, suelta una exhalación áspera.

—Mierda.

Alzo la vista, sobresaltada. Mi madre no dice groserías, así que incluso esa pequeña exclamación es digna de mención viniendo de ella.

—¿Qué?

Saca una mano del volante y se la pasa por la cara, sin molestarse siquiera en comprobar si se le corre el maquillaje.

—Ryan está en la casa.

—¿Cómo dices?

—¡Bueno, estabas desaparecida! Y es tu esposo; simplemente parecía tener sentido que estuviéramos todos juntos por si llegaban noticias. —Mete la mano en la consola central y busca su teléfono—. Mira, no hay problema. Yo me encargo. Voy a llamar a Kevin ahora y quizá…

Extiendo la mano y le tomo el brazo, deteniéndola antes de que marque el número de mi padrastro mientras conduce y, de paso, se meta en el carril contrario.

—Mamá, basta. Está bien.

Me mira, parpadeando.

—Oh, Alixandrea. ¿Estás segura?

Me conmueve, de forma extraña, esta muestra de apoyo tan fuera de lo común, aunque llegue a última hora.

—Sí. Tengo mucho que decirle a Ryan. Mejor acabar con esto de una vez.

Cuando entramos a la casa, se desata un alboroto de inmediato.

Todos deben saber que me encontraron, porque no parecen sorprendidos de que haya vuelto, pero aun así hay una explosión de ruido. Giro la cabeza, un poco abrumada. Mi esposo está aquí, junto con el esposo de mi mamá, Kevin. Mi mirada se posa en Ryan durante un segundo incómodo y, por fin, encuentro a quien estoy buscando.

Nana está sentada en el sofá de la sala, pero se pone de pie de un salto, igual que todos los demás, cuando entro. Viste de manera sencilla: un suéter azul y pantalón de vestir, con el cabello largo recogido en una cola de caballo baja. Mis ojos claros se encuentran con los suyos, oscuros. Su mirada baja deliberadamente hacia mi vestido y la comisura de su boca se eleva en una media sonrisa; en una fracción de segundo sé que sabe exactamente dónde estuve.

—¡Cariño, Dios mío! —grita Ryan, arrancándome la atención de Nana mientras avanza hacia mí con paso decidido.

Se me revuelve el estómago, doy un paso atrás y marco una distancia evidente entre nosotros. Ryan se detiene en seco, a varios metros de mí. En ese instante percibo un cambio palpable en la habitación: mi familia pasa del alivio a la sospecha en cuestión de segundos.

—Ryan, ¿qué haces aquí? —pregunto con calma.

Parpadea, confundido.

—Yo… bueno, habías desaparecido. Estaba preocupado por ti. ¿Qué pasó?

Respiro hondo y cierro los ojos por un segundo.

En mi mente veo una versión de cómo podría desarrollarse esta conversación. Es la manera en que habría ocurrido si me hubiera quedado a pelear aquel día en que lo sorprendí con Jenna.

Yo le exigiría una explicación y él no tendría ninguna. Me diría que los problemas de nuestro matrimonio existen porque no le presto suficiente atención y porque está harto de cargar con todo. Yo le señalaría que me hago cargo de la casa incluso desde antes de perder mi empleo, y él me echaría en cara lo del trabajo. Terminaría gritándole, tratando de que le importe aunque sea un poco cuánto me lastima, y él se concentraría solo en mis defectos. Al final perdería de vista el motivo de la discusión y me iría; así él evitaría tener que explicar su infidelidad o asumir cualquier responsabilidad. Más tarde me sentiría culpable por haber perdido el control y acabaría siendo yo quien pidiera perdón.

He repetido este ciclo tantas veces, con distintas peleas, que es como una obra de teatro de la que conozco de memoria los diálogos y la coreografía.

O hay otra opción: esta vez, no tiene por qué ser así.

No tiene que ser una pelea ni un ir y venir sobre lo que hizo. No tengo que seguir rogando por una migaja de atención ni gastar mi energía en alguien que no puede ni quiere corresponderme. Puedo simplemente decir lo que tengo que decir e irme.

—¿Te parece si salimos un momento? —pregunto.

Ryan parece aún más confundido, pero me sigue afuera. Detrás de mí veo a mi mamá retorcerse las manos, probablemente preocupada de que vayamos a avergonzarla frente a los vecinos, peleando en el jardín. Pero, milagrosamente, no dice nada.

Salimos a la entrada de la casa y, por un momento, levanto la vista al cielo, disfrutando el sol de media tarde.

Ryan intenta acercarse de nuevo, con los brazos extendidos.

—Alix…

Una vez más, una oleada de náuseas me atraviesa. Levanto una mano para detenerlo.

—No me toques. No me siento bien.

Pone cara de confusión, pero se detiene. Su mirada me recorre de arriba abajo.

—¿Qué traes puesto? —me pregunta.

Miro mi vestido.

—No te preocupes por eso —le digo.

Entrecierra los ojos.

—Entonces, ¿qué mierda, Alix? ¿Dónde estuviste?

Niego con la cabeza.

—No importa. No te quiero aquí. Deberías irte a casa.

—Vamos, cariño, no te pongas así. Vine desde tan lejos porque estaba preocupado por ti. Cuando hablamos por teléfono…

—¿Te refieres a cuando te dije que quería el divorcio y tú intentaste acorralarme con abuso financiero?

Sonríe con nerviosismo.

—No lo recuerdo así.

—¿Ah, no? ¿Cómo recuerdas que reaccioné cuando te descubrí engañándome con mi mejor amiga?

Se mete las manos en las bolsas del pantalón y se balancea sobre los talones.

—Alix, mira. Fue un error, ¿de acuerdo? Pero lo que tú hiciste es muchísimo peor. Todos pensaron que estabas muerta. ¿Te das cuenta de lo jodido y manipulador que es eso? Si querías atención, no tenías que llegar tan lejos para conseguirla.

Vuelvo a cerrar los ojos.

—No voy a pelear contigo. Se acabó. Te dije que quería el divorcio y me fui. Ya no tengo que justificarte mi tiempo, y que estés aquí ahora mismo no está bien.

—¿Estás haciendo todo esto por otro tipo?

No puedo evitar soltar una carcajada. La hipocresía resulta abrumadora.

—No, no se trata de eso. Se trata de mí. Soy infeliz y ya no estoy dispuesta a conformarme con un «más o menos». Quiero estar con alguien que apoye mis sueños, que no se irrite por las cosas que me gustan y que no sienta que ser mi pareja es una carga.

—Ah, ¿entonces ahora todo es culpa mía? ¿Tú eras la esposita perfecta y yo soy el malo de la historia?

Niego con la cabeza.

—Definitivamente no fui perfecta, pero estoy harta de ser la única que se preocupa por cómo su comportamiento afecta a las personas que me rodean. Estoy harta de disculparme todo el tiempo y no recibir nunca respeto a cambio.

—¿Quieres que diga que lo siento? Está bien, lo siento porque seas tan infeliz y porque, al parecer, ni siquiera quieras intentar arreglar esto.

Doy un paso atrás.

—De acuerdo, ya terminé, de verdad. Merezco ser feliz y, por más que me cueste decirlo, porque he fantaseado seriamente con arrancarte los malditos brazos, tú también mereces ser feliz.

Él retrocede, impactado.

—¿Mis brazos? ¿Qué? Pensar en eso está retorcido, Alix, tú estás…

Me doy vuelta y subo los dos escalones de regreso a la puerta antes de mirarlo por encima del hombro.

—Ah, y ¿podrías darle mis saludos a Jenna, por favor? Dile que les deseo a ambos toda la felicidad que se merecen.

—Nosotros no… —Arruga la frente y hunde aún más las manos en los bolsillos—. Ya no estamos juntos. No funcionó.

Esta vez me río de verdad.

—Supongo que se dio cuenta de que ambas somos demasiado para ti. Que tengas una buena vida, Ryan.

Dicho esto, entro a la casa y cierro la puerta de un golpe seco. Me apoyo en ella y descubro que toda mi familia sigue de pie en la sala, casi exactamente donde los dejé.

—Eh… Ryan tuvo que irse —murmuro.

—¿Estás bien? —pregunta mi madre.

Abro la boca, pero no sale nada. Un nudo enorme se me forma en la garganta y trato de tragar saliva, poco acostumbrada a esa sensación.

¿Estoy bien? No, no estoy nada bien, mierda, pero no tiene nada que ver con Ryan ni con Jenna. Cuando me di cuenta de que mi matrimonio se había terminado, estaba enojada, pero no por perder a mi esposo. Nunca se trató de él; se trataba de mí. Estaba de luto por la pérdida de mi vida y de los planes que había hecho.

Ahora no me siento así. Hay una sensación aguda de pérdida, un vacío en el pecho. Como si algo —o alguien— faltara.

Me arden los ojos y la nariz, y un zumbido me invade los oídos.

Y de pronto todo me cae encima. Todo se acabó y, lo peor de todo, nunca volveré a ver a Daemon.

Miro a Nana, suplicando ayuda en silencio; ni siquiera estoy segura de para qué. Ella se abre paso entre mi mamá para llegar hasta mí. Sin decir una palabra, me rodea con los brazos y no me suelta.

Y por fin, por primera vez en veinte años, rompo a llorar.



CAPÍTULO 26

ALIX

Esa noche duermo en mi habitación de la infancia, rodeada de ropa de cama azul neón y verde lima, cuadros de Pottery Barn y pósteres de programas de televisión de hace quince años.

Hay una voz en el fondo de mi cabeza que me dice que debería resultarme reconfortante estar aquí, pero la realidad es que nunca me sentí cómoda en este cuarto. No estoy segura de haberme sentido del todo cómoda en ningún lugar.

No me sorprende despertarme en medio de la noche, gritando por una pesadilla. Aspiro hondo para tranquilizarme, pero no consigo que el corazón baje el ritmo. Todavía temblando, bajo las piernas por el costado de la cama y salgo de puntitas al pasillo.

La casa duerme, pero a estas alturas ya me acostumbré a moverme a oscuras. Avanzo con sigilo hasta la cocina y me detengo al ver el resplandor de una luz encendida.

Nana está sentada en un banco junto a la barra de la cocina, con una taza enorme de té en la mano. Al verme entrar, levanta la vista y sonríe.

—Buenos días.

Miro hacia las ventanas oscuras.

—No es de día.

Se encoge de hombros.

—De todos modos, nunca me ha importado demasiado medir el tiempo. La mañana puede ser cuando una se despierta. ¿Quieres café?

Me siento en uno de los bancos, frente a ella.

—Eh… ¿té, tal vez?

—Claro.

Se levanta, cruza la cocina hasta la cafetera de cápsulas de mi mamá e inserta una cápsula individual de té. La observo, aturdida. Ni siquiera sé qué decir. Tengo tantas preguntas, tantas ganas de hablar, pero no se me ocurre cómo empezar.

—¿Cómo se te ocurrió la idea de Ellender?

Nana me pasa una taza de té hirviendo y vuelve a sentarse. Sonríe.

—Me gusta decir que fue un sueño. Me hicieron esa pregunta muchísimas veces a lo largo de los años y siempre supe exactamente qué responder. Hasta hace poco, como estoy segura de que sabes.

—Sí, lo vi. ¿Qué pasó en la firma de libros?

Se encoge de hombros.

—Creo que, cuando llevas tanto tiempo contando la misma mentira, empiezas a creerla tú misma; a veces la verdad tiene que abrirse paso a la fuerza, incluso en el peor momento posible.

Doy un sorbo diminuto al té y me quemo la lengua.

—Entonces estabas mintiendo. ¿No fue un sueño?

Me mira por encima de la nariz.

—¿Por qué no somos francas la una con la otra, Alix? Ya no eres una niña; no hace falta andar con rodeos.

Tomo aire para calmarme.

—Está bien. ¿Cómo encontraste Ellender por primera vez?

Se apoya en el respaldo del banco y se acomoda.

—Viví toda mi vida en Ironhill. Cuando yo crecía, no era una zona rica, pero la industria minera prosperaba y el pueblo vivía con cierta holgura. También era un lugar supersticioso: todo el mundo conocía y creía cada leyenda sobre las criaturas que salían del bosque o vivían en las montañas. Mi padre, tu bisabuelo, trabajaba en las minas, como casi todos los hombres de la zona. Era capataz y siempre intentaba idear maneras de hacer el trabajo más rápido y sencillo para su cuadrilla. Cuando yo tenía unos veinte años, todavía vivía en casa. Quería ir a la universidad, pero no era tan común como ahora. Habría sido más fácil, y más esperado, que tomara cursos de

mecanografía y trabajara como secretaria durante un tiempo antes de casarme. Conocía a Gerald, tu abuelo, desde siempre y me había pedido matrimonio varias veces. Sabía que ese era el camino más simple, sobre todo si quería salir de la casa de mis padres.

—¿Y qué hiciste?

—Nada. —Suspira—. No sabía qué hacer con mi vida, así que no hice nada en absoluto. Me quedé en el mismo pueblo, con la misma gente, actuando como si pudiera quedarme congelada en el tiempo para siempre. Estaba estancada.

Doy otro sorbo al té hirviendo. Ojalá no empatizara tanto con lo que está diciendo: lo fácil que resulta quedarse en una vida que es solo «aceptable», porque es mucho más difícil averiguar hacia dónde ir después.

—Una noche, mi padre no volvió de la mina. Nuestra casa quedaba cerca, así que tomé su camioneta y conduje hasta allá para asegurarme de que estuviera bien. En retrospectiva, fue una tontería. Pude haber llamado a alguien para pedir ayuda, pero en ese momento me pareció lo correcto. Bajé a la mina y pensé que solo caminaría unos metros más allá de la entrada, para ver si aún había linternas encendidas o si se oían ruidos desde el interior.

—Y encontraste el portal —termino la frase por ella.

—Sí. Antes de darme cuenta de lo que ocurría, había llegado a otro mundo por completo.

—¿En qué palacio estuviste? —pregunto, incapaz de contener mis dudas —. ¿En el de Verano o en el de Invierno?

—No lo sé. En el Palacio de Verano, probablemente, porque esa era la época del año. En cualquier caso, pronto descubrí que mi padre también había caído en ese otro mundo y que el rey fae lo había capturado. Conocí al rey Thorne y me ofrecí a ocupar el lugar de mi padre.

—¿Por qué harías eso? —pregunto—. ¿Por qué no intentaste ayudarlo de otra manera o…?

—Quise hacerlo —me interrumpe—. Quise ayudar a mi padre, por supuesto, pero también quedé hechizada por la tierra que acababa de encontrar. Descubrí que la magia era real y que había un rey de una belleza

imposible dispuesto a dejarme vivir en su castillo. Comparado con mi vida, parecía una fantasía hecha realidad.

—Ah. Sí, supongo que tiene sentido.

—¿No fue igual para ti? Cuando descubres que ese lugar mágico existe, ¿cómo no vas a querer quedarte?

—Eh… no exactamente. Me tomó un poco más de tiempo entrar en calor, pero termina la historia; luego vamos con la mía.

Ella sonríe y se inclina hacia adelante, apoyándose en la isla de la cocina. Juraría que hay algo más ligero en su postura, como si hablar de esto después de tanto tiempo le quitara un peso de encima, el secreto con el que ha vivido durante sesenta años.

—Bueno, durante un tiempo estuve en el cielo. Nunca había vivido en un lugar tan agradable. Había sirvientes y no se esperaba que yo hiciera nada en absoluto. Dormir de día resultaba extraño y el rey solía mostrarse frío conmigo, pero me dio un gatito para hacerme compañía. Un poco de soledad no parecía un mal precio a cambio de poder pasar todo mi tiempo en la biblioteca.

De inmediato se me viene a la mente la imagen de la biblioteca preciosa, aunque no logro concentrarme desde que mencionó al gatito.

—¡Dios mío, Sushi!

Sonríe.

—¿Qué pasa con él?

Mi cara se ensombrece.

—Lo dejé en el palacio con Odessa. Dios mío, ¿cómo…?

—Shhh —me tranquiliza—. Ese gato viene de Ellender.

Entrecierro los ojos.

—Espera, ¿hablas en serio?

—Completamente. Claro que tuve que cambiarle el nombre cada par de décadas para que no resultara tan extraño tener un gato de sesenta años. Sushi se llamaba originalmente Puca, porque tenía esa habilidad mágica de aparecer siempre justo donde yo lo necesitaba. Estoy segura de que, tarde o temprano, volverá conmigo.

La miro boquiabierta, con la cabeza dando vueltas. Una parte de mí piensa que me está tomando el pelo, pero, claro, toda esta conversación es inverosímil. ¿Qué importa añadir una locura más a la lista?

—Eh… bien, de acuerdo. Supongo que volveremos a eso luego. Entonces, al principio fuiste feliz en el palacio, ¿pero cuándo empezaron a salir mal las cosas?

Suspira y se aparta un mechón de cabello gris de la cara.

—Con el tiempo me aburrí y empecé a sentir curiosidad por el palacio y por el rey. ¿Cuál era esa maldición misteriosa que los hacía dormir todo el día? ¿Por qué no me permitían entrar al ala norte del castillo? ¿Qué quería el rey Thorne de mí?

—¿Y lo averiguaste? —pregunto, inclinándome hacia adelante mientras el corazón se me acelera.

—Sí. El rey y yo llevábamos tiempo cenando juntos. Empecé a conocerlo un poco mejor, aunque en la mayoría de los aspectos seguía siendo un enigma. Por eso me sorprendió tanto cuando anunció nuestra boda ante la corte.

—Espera, ¿no te lo pidió?

Ella niega con la cabeza.

—No… no supe qué pensar. Estaba segura de que había habido un malentendido. En cierto modo, no me oponía del todo. Sería reina y podría seguir viviendo la misma vida elegante que llevaba desde hacía tres meses.

—¿Pero no lo amabas?

Vuelve a negar con la cabeza.

—No lo conocía lo suficiente para amarlo; siempre se mantuvo distante. Me colmaba de regalos, pero no de atención. Todo se sentía forzado, como una actuación ante la corte.

Asiento. Sé exactamente a qué se refiere. Pero también entiendo que esa revelación era enorme. Si Nana nunca había amado al rey Thorne, entonces nunca habría podido romper la maldición. El rey estaba equivocado.

Me muerdo el labio.

—¿Y luego?

—No quería quedarme y casarme con alguien a quien apenas conocía, así que inventé una historia. Le dije que mi padre había estado crónicamente enfermo toda su vida y que solo le quedaban unos meses. Que quería volver a casa para verlo antes de que muriera y que regresaría pronto para la boda. —Niega con la cabeza—. No era una historia muy convincente. No sé por qué me creyó…

—Porque el rey es un narcisista —añado—. Da por hecho que todo el mundo lo ama. Aunque acumularas años de resentimiento y mil razones para odiarlo, asumiría que las migajas que te da bastan para ganarse tu lealtad eterna.

Ella arruga la frente, pensativa.

—Supongo que tienes razón. No lo había visto así.

—Yo lo vi —gruño—. Cualquiera pensaría que meter a un hombre inocente en prisión durante noventa años bastaría para ser odiado, pero Thorne creyó que ese hombre debía estar agradecido por haberlo dejado salir.

Nana se encoge de hombros.

—Tendrás que explicarme eso mejor, pero en general entiendo a qué te refieres. Y sí, creo que tienes razón. El rey estaba convencido de que yo volvería, y tal vez también tenía razón. Admito que estaba dividida… No quería casarme, pero tampoco quería dejar Ellender. Pensé que en casa tendría más claridad. Quería ver si realmente extrañaba ese lugar, ¿sabes?

Asiento.

—Te entiendo.

—En fin, me dio un collar encantado. —Señala con la cabeza el collar alrededor de mi cuello—. Organizó un baile y me entregó el regalo delante de todos; luego prometió llevarme al portal al día siguiente, cuando se acercara el amanecer. Me fui a dormir como siempre, pero durante la noche empecé a sentir curiosidad.

—¿Curiosidad de qué tipo?

—Me di cuenta de que, si de verdad iba a poder decidir si quería volver para la boda después de mi «viaje para ver a mi padre» —hace comillas en el aire con los dedos—, necesitaba saberlo todo. Iba a casarme. No podía seguir teniendo dudas sobre lo que realmente ocurría en el castillo. Así que, más tarde esa noche o, más bien, ese día, me aventuré fuera de mi habitación para averiguar qué era tan secreto. Me colé en el ala privada del rey y ahí descubrí esa… habitación.

—¿Qué? ¿Tiene un burdel personal ahí atrás? —me burlo, haciendo una cara de desagrado.

Nana hace una mueca; una expresión de horror antiguo cruza su cara.

—No… peor.

Me enderezo en el banco.

—¿Qué hay ahí?

—Es una cripta, supongo que así la llamarías. Una sala de exhibición con los cuerpos de todas las esposas que pasaron antes que yo. Están conservadas en vitrinas, alineadas en la pared, como mariposas clavadas detrás de un cristal.

—Dios mío… —susurro, incapaz de encontrar las palabras para expresar mi perturbación—. Qué horror. Ni siquiera puedo imaginarlo, ¿por qué…?

—No intentes imaginarlo, Alix. —Niega con la cabeza, con una expresión cargada de un horror reprimido por mucho tiempo—. En cualquier caso, salí corriendo de ahí tan rápido como pude. Debí gritar al ver todos esos cuerpos. No lo recuerdo bien, pero algo despertó al rey. Corrió tras de mí y atravesó la puerta de su ala justo después de que yo lograra volver al pasillo. No me había visto dentro de la sala con los cuerpos, pero debía de saber que estaba husmeando, y entonces entendí por qué se enfurecía tanto cuando alguien entraba ahí. Intenté explicarle lo que hacía, pero era de día y él estaba… distinto. Monstruoso. Era como si, hiciera lo que hiciera, no pudiera razonar con él ni lograr que me entendiera. Se había convertido en…

—…una bestia —termino por ella.

—Exacto. Así que corrí. Llegué hasta el vestíbulo principal, pero inevitablemente me alcanzó. Tomé la espada de una de esas grandes armaduras que tiene y lo apuñalé.

—¡Nana! —exclamo, sobresaltada—. ¡Cielo santo!

Ella suelta una risa suave, pero sin humor.

—Era lo que tenía más a mano y pareció frenarlo un poco.

—Yo no vi ninguna armadura —murmuro.

—Tal vez se deshizo de ellas después de que me fui. Yo lo habría hecho. En fin, corrí fuera del castillo. Ayudó que por fin hubiera luz y pudiera ver por dónde iba. Tomé mi caballo y cabalgué tan rápido como pude hasta el portal por el que había llegado, pero estaba segura de que el rey me seguiría. En mi pánico por impedir que me encontrara, prendí fuego a la mina y destruí el portal.

Me quedo boquiabierta, asombrada no solo por esta revelación, sino por lo que podría significar todo lo que ocurrió desde entonces.

—Así que tú provocaste el incendio en Ironhill.

Ella asiente con expresión dolorida.

—No sabía lo que pasaría: que dejaría sin trabajo a miles de personas o que destruiría el pueblo. No pensé en nada de eso. Pero incluso si lo hubiera hecho, no puedo decir que no lo haría de nuevo.

Conmocionada, solo puedo mirarla fijamente.

No era exactamente la historia que había imaginado. Pensé que los recuerdos de Nana sobre Ellender se parecían más al cuento de hadas feliz que escribió en *Un reino de espinas*.

—¿Entonces cómo llegaste a escribir el libro? —pregunto.

Vuelve a reír, esta vez con una sonrisa auténtica.

—Después de regresar, estaba medio convencida de que nada de eso había sido real. Tenía el collar, pero pasaron años antes de saber si funcionaba. Fue fácil convencerme de que estaba perdiendo la razón. Escribí el libro para dejar constancia de todo, como un diario narrativo. Varios años después, cuando ya estaba casada y tenía un bebé, mi vida no estaba resultando como quería. No es ningún secreto que tu abuelo y yo tuvimos un matrimonio difícil. Se me ocurrió la idea de ahorrar algo de dinero extra, por si algún día quería irme de Ironhill. Envié el libro a una editorial sin esperar realmente una respuesta, pero llegó casi de inmediato. Les encantó; solo tenían una petición: que le diera a la historia un final feliz.

Me doy cuenta de que estoy inclinada hacia adelante, pendiente de cada una de sus palabras.

—Pero ¿por qué nunca te fuiste de Ironhill, incluso después de ganar tanto dinero y de que el pueblo quedara destruido?

—No lo sé. Simplemente me sentía… atrapada ahí. Como si tuviera que quedarme y dar testimonio de la destrucción que había causado. —Arruga la frente y luego niega con la cabeza—. Aunque fue bueno que lo hiciera; de lo contrario, tú nunca habrías estado ahí. ¿Al menos tu experiencia fue mejor que la mía?

Suelto un gran suspiro.

—Creo que ahora sí quiero café. Tal vez con un poco de whisky, si mamá tiene algo por ahí.

Nana sonríe.

—Creo que puedo conseguirlo.

Sorprendentemente, me lleva poco tiempo contarle a Nana todo lo que viví durante el último mes. Sonríe al oír los nombres de Odessa y Beatrix, pero no me interrumpe hasta que llego a la parte en la que conozco a Aurelia y Daemon me empuja de vuelta a través del portal.

—Entonces él te ama —dice ella con total naturalidad—. Supongo que eso es algo. Significa que no todo está perdido.

Parpadeo, desconcertada.

—No, no me ama. Ese es precisamente el problema: el rey no me ama. No sabemos a quién ama.

—No el rey, tonta. —Se inclina sobre la barra y me da un golpecito juguetón en el costado de la cabeza—. El hombre que se suponía que debía protegerte.

—Eh, no. No creo que él me ame tampoco. —Siento que se me ruborizan las mejillas—. Y además, ¿eso es en lo que deberíamos concentrarnos?

—¿En qué más nos vamos a centrar? Eso es lo único que importa.

El pecho se me oprime un poco. Desearía que fuera cierto, pero nada es nunca tan simple.

—Eso es muy lindo, Nana, pero aquí hay problemas reales. La maldición no se ha roto y Thorne ya lo ha intentado varias veces. Según tú, tiene todo un santuario de intentos fallidos y nada ha cambiado.

—Pero ahora conoces la verdad sobre cómo funciona la maldición, ¿no? Eso cambia las cosas.

Suspiro.

—Eso mismo dije yo, pero Daemon no pensaba lo mismo.

Aprieta los labios y junta las yemas de los dedos frente a sí, con los codos apoyados en la barra.

—Recuérdame cómo dice la maldición.

Suspiro y me aparto el cabello de la cara.

—La maldición solo se romperá cuando el rey de Vernallis admita que es impotente y sacrifique a quien más ama. Pero no tenemos idea de quién es esa persona. Obviamente no soy yo… ni tú, supongo.

Aprieta de nuevo los labios.

—Mmm. No lo sé, Alix. Ojalá pudiera darte algún consejo sabio ahora mismo, pero, en mi experiencia, los hombres como Thorne nunca aman a

nadie más de lo que se aman a sí mismos.

—Sí —murmuro, desalentada—. Eso es prácticamente lo mismo que dijo Daemon.

Me quedo en silencio, abatida, durante un largo segundo, sintiendo su mirada sobre mí.

—Si pudieras romper la maldición mañana, ¿volverías a Ellender?

—Sí.

—¿Y si nunca se rompiera?

Hago una pausa. Esa es más difícil de responder.

—No lo sé. A pesar de todo, me encantaba estar ahí, sobre todo cuando podía ver lo que había fuera del castillo. Hice amigos con los que me gustaría pasar cada día, pero…

—¿Pero qué?

—Pero no sería feliz sin Daemon, y si la maldición no se rompe, él no estaría realmente ahí.

—Entonces deberías volver —dice, sin rodeos.

—¿Qué? Pero él me dijo que me fuera.

—Sí, ¿y qué? —Hace cara de fastidio—. Los hombres dicen muchas cosas que no sienten, sobre todo cuando se trata de proteger a las mujeres que aman.

Cierro los ojos. Ella sigue aludiendo a esa palabra, «amor», como si fuera algo inamovible. Pero no lo es. Nunca nos lo dijimos el uno al otro.

Aunque, tal vez, en cierto modo, sí lo hicimos. No con esas palabras, pero…

«Moriría antes de dejar que alguien te hiciera daño».

«No puedo dejar de pensar en ti».

«Eres mía».

—¿Alix? —interrumpe Nana la explosión de revelaciones que golpea mi mente.

Sacudo la cabeza. No sé cómo explicarle el cambio que se está dando en el fondo de mi mente, como si algunas piezas empezaran a encajar y, aun así, muchas otras siguieran esparcidas por el suelo, bocabajo, imposibles de ajustar.

—Tal vez, si supiera qué hacer —murmuro, más para mí que para Nana —. Si tuviera alguna forma de arreglar las cosas, tendría que volver para

ayudar a Daemon, pero no tengo la respuesta. El rey no ama a nadie lo suficiente como para sacrificarlo. La única persona a la que ama es a sí mismo.

Y entonces, en un instante súbito y cegador, lo entiendo. Las piezas que faltaban se ordenan en mi mente y encajan de golpe, revelando la imagen completa con tanta claridad que no puedo creer que me haya tomado tanto tiempo comprenderlo.

—Dios mío —suelto de repente, incapaz de pensar en algo más elocuente que decir.

Con una leve sonrisa, Nana se levanta de la silla y da un golpecito en la barra frente a mí para llamar mi atención. Alzo la vista hacia ella, con los ojos muy abiertos, todavía aturdida por la revelación.

—Voy a dejar que te quedes pensando —dice—. Estoy segura de que tienes planes que hacer y no mucho tiempo para ello.

Asiento, con la mente todavía dando vueltas.

—Gracias, Nana.

—Ah, y Alix —añade, ya encaminándose hacia el pasillo—. Aunque no se te ocurra el plan perfecto de la noche a la mañana, no te des por vencida antes de empezar. Te lo dice alguien que pasó la vida entera soñando con un «final feliz» y nunca lo encontró de verdad. El amor y la familia son las únicas cosas que importan. Todo lo demás es temporal.

Cuando termino de hablar con Nana, el sol ya está saliendo de verdad. Por primera vez, el tono rosado en el cielo oscuro no significa el final de algo, sino el comienzo.

No sé si estoy emocionada o delirando, pero me siento casi eufórica mientras corro de vuelta a mi cuarto para bañarme y vestirme.

Lo único que hay ahí es la ropa descartada de mi armario de la preparatoria que nunca saqué de casa cuando me fui a la universidad y, al final, me casé. Intento ponerme un pantalón de mezclilla entallado y roto, pero apenas logro subirlo por los muslos. Los *leggings* marca PINK son aún peores, y se estiran tanto sobre mi trasero que estoy segura de que me veo

peor que con la camiseta mojada que usé en Ellender. Suspiro y camino por el pasillo hasta el cuarto de mi mamá.

La ropa de mi mamá no es mi estilo, igual que la ropa descartada de principios de la década de los 2000, pero al menos me queda bien. Tengo que admitir que sus *leggings* deportivos de Lululemon son bastante más cómodos que las medias que Odessa siempre me hacía usar.

Cuando termino de vestirme, tomo prestado algo de efectivo y las llaves del coche de mi madre y conduzco hasta el Walmart abierto las veinticuatro horas, me detengo solo una vez en el camino para comprar café. Si todo sale bien, no podré volver a tomar café helado con jarabe de aspartame y crema batida, así que más vale aprovechar ahora.

En Walmart tomo un carrito y me dirijo directamente a los pasillos de ferretería.

En menos de veinte minutos creo haber conseguido todo lo que necesito, además de una enorme mochila de lona para guardarlo. Parece que estoy a punto de irme de mochilera por el mundo, lo cual, supongo, no es la peor comparación.

Regreso a la casa de mi mamá solo el tiempo suficiente para dejar el coche y recoger mi vestido y mis zapatos de Ellender. Para mi inmenso alivio, Nana es la única presente.

—Kevin llevó a tu madre al trabajo —dice cuando entro—. Le dije que te habías llevado el coche porque te pedí que recogieras mi receta médica.

—¿Necesitas que recoja alguna receta?

—No. No tengo ninguna, pero tu madre nunca hace preguntas si sueno como una anciana. La verdad, creo que eso de que vaya a «trabajar» es un código para decir que anda recorriendo residencias para jubilados. Ni siquiera se quejó de que te llevaras el coche. Está claro que trama algo.

Sacudo la cabeza.

—¿Quieres que me quede unos días y te ayude a convencer a mamá de que no te compre una casa en la playa o donde sea?

Nana niega con la cabeza.

—No te preocupes por mí. Puedo lidiar con mi propia hija, Alix.

—Va a vender tu casa.

—Que la venda —se burla Nana—. Creo que por fin voy a hacer algo con todo ese dinero que he estado guardando. Tal vez viaje. Quién sabe, igual voy a visitarte. La Navidad podría ser divertida en Ellender. Siempre y cuando no sigan todos bajo la maldición, claro.

—Espera, ¿qué? ¿Ir a visitarme?

Sonríe con picardía.

—Creo que se te olvida que no tiene por qué ser solo un mundo u otro. Tú siempre puedes venir a visitarnos y yo puedo ir allá.

Eso no se me había ocurrido. Sentía que la elección era entre estar aquí o en Ellender, pero ¿de verdad podrían ser ambos lugares?

—Pero, Nana —comienzo a decir—, ¿estás segura? Viajar así es agotador y tal vez mamá no esté del todo equivocada al pensar en tu retiro…

—Bah —me interrumpe con un gesto de desdén—. Por favor. Todavía me quedan otras tres o cuatro décadas por delante. Si alguien debería jubilarse, es tu madre.

Levanto una ceja.

—Nana, no quiero ser entrometida, pero… ¿estás segura? Ya pasas de los ochenta.

Me sonríe con aire conspirador y luego dice:

—Llevé ese collar durante años, Alix. ¿Cómo crees que me veo tan bien para mi edad? No se lo digas a tu madre, pero creo que ahora ella es mayor que yo por unos cuantos años, al menos.

Se me cae la mandíbula y tengo que obligarme a cerrarla. Doy un sorbo a mi café, ya casi frío.

—Sí, tienes razón. Eso no podemos decírselo jamás.

Nana promete explicarle a mi madre mi ausencia y, para ser sincera, me alivia no tener que hacerlo yo. No tengo idea de qué le dirá, pero prefiero que sea ella.

Luego, con un último abrazo y la promesa de visitarnos, tomo la mochila y salgo por la puerta, lista para regresar al portal.

Por primera vez en mi vida, no me preocupa lo que piensen los demás. Hago esto por mí… y quizá por la posibilidad de tener un final feliz.



CAPÍTULO 27

DAEMON

—¿Cómo pudiste permitir que esto ocurriera? —ruge Thorne, barriendo de un manotazo todo lo que hay sobre la mesa del comedor—. Maldita sea, ¿tienes la menor idea de lo que hiciste?

—¿Eso te parece nada? Sabías que alguien intentaba hacerle daño a Isabelle.

—Y se suponía que debías vigilarla, ¡carajo! —replica con rabia.

—¿Qué querías que hiciera? ¿No dormir durante todo un mes? ¿O tal vez encadenarla a la pared para impedirle salir a tomar aire?

Me enseña los dientes, más parecido a un animal que a un hombre.

No entiendo por qué está tan furioso. Hasta donde él sabe, Isabelle está muerta. Justo lo que él quería.

Ahora me resulta evidente que fue él quien estuvo detrás de los ataques contra Alix todo este tiempo. Probablemente me asignó protegerla porque, después del incidente del tren, se dio cuenta de que podía matar dos pájaros de un tiro; yo también podría morir, ya fuera protegiéndola, o en cualquier nueva catástrofe que él hubiera planeado.

—Fallaste en protegerla hasta la boda —continúa, completamente ajeno a la ironía de su furia—. ¡Debería enviarte de vuelta a Dyaspora por esto!

—Hazlo.

Me mira, lo bastante sorprendido como para que la rabia se le borre de la cara.

—¿Qué dijiste?

—Dije que lo hagas de una maldita vez. Ya no me importa.

Evidentemente, Thorne no tiene idea de qué responder, se limita a mirarme. En cualquier otro momento habría disfrutado dejarlo sin palabras, pero no ahora. No volveré a disfrutar nada nunca más.

Suspiro y doy un paso atrás. Doy media vuelta para irme.

—Si decides enviarme de regreso, házmelo saber. De lo contrario, estaré en los barracones hasta la luna rosa.

Al parecer, Thorne no tiene intención de molestarse en enviarme a Dyaspora, porque nadie viene a buscarme durante veinticuatro horas completas.

Encuentro a Kastian y le explico todo, sabiendo que se lo dirá a los demás. Luego, tal como prometí, regreso a los barracones y no salgo. Ni siquiera durante el tiempo de la maldición me levanto de la cama. Al parecer, el duelo también es una emoción instintiva.

Antes de enviarla lejos, estaba casi seguro de que Alix era mi alma gemela. Ahora lo sé con certeza. Estar sin ella duele físicamente, como si me hubieran amputado el brazo derecho y hubieran dejado que la herida se infectara.

«Qué irónico».

Ni siquiera puedo obligarme a preocuparme por la maldición. Sé que debería estar usando la información que Alix obtuvo de Aurelia para encontrar la respuesta. Debería importarme que solo queden unas horas antes de perder toda mi voluntad, pero no logro preocuparme por nada. Subestimé lo doloroso que sería romper un vínculo de almas gemelas. O tal vez simplemente no quise pensarlo, porque, si hubiera sabido que acabaría en agonía, quizá no lo habría hecho.

El único consuelo es que los varones casi siempre forman el vínculo primero, y Alix es humana, así que es probable que no esté sufriendo tanto… si es que sufre. Tengo que aferrarme a esa idea, porque, de otro modo, el impulso de protegerla de ese dolor entra en conflicto con el instinto de protegerla manteniéndome lejos, y siento que por fin estoy perdiendo la razón.

—¡Daemon!

Apenas levanto la vista al oír la voz de Kastian y los pasos que resuenan detrás de él.

—Vamos, Ashwater. Levántate —dice Jett, con una nota forzada en su tono habitualmente bromista.

—Váyanse al carajo —murmuro.

Sé que sueno infantil, pero no lo entienden. Ninguno de ellos ha encontrado jamás a su alma gemela, y mucho menos lo ha perdido. No pueden comprender lo doloroso que es esto.

—Daemon, en serio.

Siento cómo el extremo de la cama se hunde cuando Odessa se sienta.

—¿No crees que al menos deberías despedirte?

—¿De quién? —refunfuño.

—De nosotros, para empezar —replica, incapaz de mantener su tono comprensivo incluso en un momento tan grave—. ¿Y qué hay de tu madre?

Quiero decir «¿y qué pasa con ella?», pero eso suena demasiado infantil incluso para mi estado de ánimo. En vez de eso, doy media vuelta y por fin los miro a todos.

—Me despedí cuando nos fuimos de Storia. No hay nada más que decir.

Kastian, Jett y Fox permanecen de pie frente a mí como centinelas, mientras Odessa está sentada en el extremo opuesto de la cama. Noto que lleva una capa de viaje, pero no encuentro fuerzas para preguntar por qué.

—En el palacio reina el caos —dice Kastian, cruzando los brazos sobre su ancho pecho.

—No es de extrañar —refunfuño—. Hasta los cortesanos más estúpidos deben de haberse dado cuenta de que, si Isabelle desapareció y la maldición no se rompió, no queda tiempo para encontrar una solución. Pusieron su fe en un imbécil egoísta que no se preocupó por ellos hace cien años y que, desde luego, no lo hace ahora.

—Exacto —dice Odessa—. Tienen miedo. Necesitan a alguien que tome el control y los guíe.

Me quedo tumbado un largo segundo, sin comprender. Finalmente, me doy cuenta de a qué se refieren.

—No pueden esperar seriamente que yo suba ahí arriba.

—La gente te escucha —dice Jett.

—No, no lo hacen. Ya no. Estuve fuera durante años y, desde que regresé, apenas interactué con la corte.

—No importa —insiste Odessa—. Todos recuerdan cómo eran las cosas antes de que te fueras a Dyaspora, y la mayoría recuerda a tu padre.

—Yo no soy él —gruño—. Igual que Thorne no lo es. Él es el maldito rey, vayan a decirle que se saque la cabeza de su trasero.

—Imposible —masculla Kastian—. Lleva furioso desde que estás aquí tirado, deprimido.

Entrecierro los ojos al mirarlo.

—¿Quieren que alguien juegue a ser rey? Hazlo tú. Tienes más derecho que yo a llevar una corona y no estarás muerto en vida dentro de treinta y seis horas.

Fox y Jett miran de reojo a Kastian, visiblemente distraídos por mi casi revelación.

—¿Por qué tienes derecho a la corona de Vernallis? —pregunta Jett.

—No lo tengo —responde Kastian con brusquedad—. Soy de Hydratta, ya lo saben.

—¿Por qué no les dices quién eras en Hydratta?

Kas me lanza una mirada feroz.

—Si no estuvieras tan patético ahora mismo, te golpearía.

—Hazlo —suspiro, volviéndome a recostar—. De todos modos no me importa.

Se produce otro silencio largo. Ninguno parece saber qué decir. Espero que simplemente se vayan.

—No dejo de pensar en lo que debió de estar pensando la hechicera —dice Odessa, como si retomara una conversación que ya hubiéramos tenido.

—¿A qué te refieres? —pregunta Kas.

—¿No creen que tenía a alguien en mente cuando lanzó la maldición? Al principio pensé que sería Aurelia, pero ¿por qué querría matar a su propia hija? Debe de ser alguien más.

—Si fue así, se equivocó —digo con amargura, aún de espaldas al grupo —. Thorne no ama a nadie más que a sí mismo.

—Debe de haber alguien. ¿Un amigo? ¿Tal vez un mentor?

—¡No hay nadie! —grito, y mi voz resuena por toda la habitación.

—No le grites, carajo —gruñe Kastian en voz baja.

Odessa lo mira, sobresaltada. Yo tampoco lo entiendo. Odessa es mi hermana, no la suya. ¿Qué carajos le importa si la ofendo? Además, creía que no se llevaban bien.

Sea como sea, ahora me siento como un imbécil. Le lanzo a Odessa una mirada de disculpa.

—Perdón. Solo quiero decir que ya pensé en esto y no hay nadie. Soy la única familia que tiene. Si creyera que matarme serviría de algo, lo haría, pero él me odia con toda su alma.

—Ni se te ocurra decir eso —susurra Odessa, furiosa—. Siempre puedes recuperar a Alix. No está muerta y, si tú no mueres, todavía podría haber una salida.

Empiezo a negar que Alix sea la razón por la que estoy hecho un desastre, pero ¿para qué? Ya no importa quién sea ella o quién haya fingido ser; se fue y, a pesar de lo que dice Odessa, no creo que pueda recuperarla.

Cierro los ojos y dejo caer la cabeza contra la pared con un golpe seco.

—Estoy de acuerdo con Aurelia en que la hechicera tenía a alguien en mente cuando lanzó la maldición, pero no tengo forma de saber quién es. No estamos mejor que antes, así que, si no les molesta, me gustaría pasar mis últimas horas en paz.

«O al menos con tanta paz como sea posible cuando sientes que mil cuchillos te atraviesan el pecho una y otra vez».

—No —refunfuña Kastian.

Lo miro con furia.

—¿No?

—No. Tú estás al mando, amigo. Te seguimos no solo porque te debamos la vida, sino porque eres un buen líder. Por lo general. Pero no voy a aceptar esto. La estás cagando y no vamos a quedarnos mirando cómo pasa. Necesitas recomponerte y levantarte, o te sacaré de aquí arrastrando.

—Yo ayudo —dice Jett, levantando una mano detrás de la espalda de Kastian.

—No necesito ayuda —gruñe Fox—. Podría arrastrarlos a todos por este maldito continente con una sola mano.

Miro con enojo a mis amigos, dividido entre la furia porque me están enfrentando y la emoción de saber que les importo.

—¿Qué esperan que haga? —murmuro—. Levantarme no hará que, por arte de magia, sepa a quién necesita matar Thorne.

Se produce un silencio mientras todos piensan. La pesadumbre vuelve a caer sobre mí, una desesperanza mucho más difícil de soportar que cualquier rabia.

—¿Qué guarda Thorne en su estúpida torre? —pregunta Odessa tras un largo momento de reflexión.

Me encojo de hombros.

—No sé. ¿Por qué?

—Deberíamos ir a registrarla. No perdemos nada. Tal vez tenga ahí algo que indique quién le importa.

—No deja que nadie suba —me quejo.

—Ya, pero ahora mismo está bastante ocupado —dice Jett, con una sonrisa apenas perceptible—. Sube y verás a qué me refiero.

Los miro a todos una vez más. No van a dejarme solo, ¿verdad? Y, además, con todos ellos aquí me siento un poco menos horrible, como si los cuchillos en mi pecho fueran solo la mitad de afilados.

Paso los dedos por mi cabello, suspiro y me levanto.

—Está bien. Vamos.

Cuatro sonrisas enormes me rodean y ni siquiera puedo fingir que eso me molesta. En lugar de eso, bajo la mirada hacia el suelo, simulando indiferencia.

—Guía tú, Ashwater —dice Jett, contento—. Vamos justo detrás de ti.

La cabeza me palpita y el pecho sigue sintiéndose como si fuera a partirse en dos mientras marchamos escaleras arriba. Al entrar en el vestíbulo, me quedo boquiabierto.

«Maldita sea».

Jett no exageraba: este lugar es un maldito desastre.

El vestíbulo está en ruinas, igual que el día después de que la maldición se apoderó de la corte. Las ventanas y las estatuas están destrozadas; hay tinta, comida y otras cosas que prefiero no imaginar embarradas en las paredes. El humo me llena la nariz y el ruido es ensordecedor. La gente grita

afuera, en los niveles superiores y a lo largo de los largos corredores que devuelven el eco.

Mientras nos quedamos paralizados en el umbral de la escalera, el estallido de un vidrio al romperse desgarra el aire y me agacho por instinto, cubriéndome la cara.

—¿Qué carajos está pasando?

Nadie más parece sorprendido; aunque, supongo, no tendrían por qué estarlo. Soy el único que estuvo escondido durante el último día y medio y, por lo tanto, no me di cuenta de hasta qué punto la corte perdió la cabeza.

—Están castigando al rey —dice Kastian, sin inflexión—. Antes de que la maldición se imponga por completo, quieren que sepa lo que piensan de él.

Hago una mueca. En cierto modo lo entiendo y apenas puedo culparlos, pero…

Un estruendo, como de piedra contra piedra, sacude el suelo y me tenso.

—Salgamos de aquí antes de que nos aplasten.

Con murmullos de asentimiento, mis amigos me siguen a través del vestíbulo hasta la amplia y majestuosa escalinata de mármol. Subo trotando unos cuantos escalones y me detengo solo cuando oigo la voz de Thorne resonar desde la sala del trono.

—¡Deténganlos! —le grita a alguien—. ¿Dónde están todos los soldados? ¡Tráiganme a Foulo!

La comisura de mi boca se eleva en una sonrisa. Al menos sabemos que no estará en sus aposentos mientras intentamos registrarlos.

Desde que tengo memoria, Thorne mantuvo su torre vedada a los extraños. Incluso cuando el rey Florian vivía y no era más que el heredero, nadie entraba. Nunca le di demasiada importancia: es un imbécil controlador, y mantener a la gente fuera de su espacio es justo el tipo de cosa que haría. Pero ahora, mientras subimos a toda prisa por las escaleras medio en ruinas, entre gritos y alaridos, el corazón me late con anticipación. «¿Qué está escondiendo ahí?».

Avanzamos por el pasillo que conduce a la torre de Thorne. Más adelante, un grupo de cinco o seis soldados con casacas rojas custodia la puerta. Me detengo en seco y maldigo en voz baja. Supongo que Thorne no dejó su preciada torre sin vigilancia después de todo.

—¿Qué quieren hacer? —murmura Kas detrás de mí.

—Matarlos —dice Fox sin inflexión.

Los ignoro, sin perder el tiempo en explicaciones.

—¡Oigan! —Me separo de mis amigos y levanto la voz para llamar la atención de los soldados, alzando una mano mientras me acerco—. Quítense de en medio.

El guardia más cercano me mira con nerviosismo, mientras el que está un poco detrás se pone tenso, preparándose para pelear.

—Nos ordenaron vigilar los aposentos del rey —murmura el guardia más cercano.

—¿Ordenados por quién? —pregunto, cortante—. Yo nunca les di esa orden.

—Las órdenes vinieron de mí —dice una voz burlona y familiar desde el fondo del grupo.

Parpadeo y miro entre ellos. Foulo es más bajo que la mayoría de las criaturas fae y no se veía de inmediato, pero los guardias se separan para dejarlo pasar y él se planta frente a mí con un destello de odio en los ojos.

—Ah, eres tú —digo, obligando a mi tono a mantenerse casual.

—Ahora soy yo quien da las órdenes —declara con soberbia—. Escuché que estuviste gimoteando y llorando en tu cama desde que el rey te quitó el puesto.

No reacciono; mantengo una expresión neutral, casi amable.

—Tienes razón, Foulo. Me sentí mal desde que supe que el rey traicionó a todo el reino y no tiene forma de romper la maldición, pero me alegra que hayas dado un paso al frente en mi lugar. —Mis ojos se deslizan hacia la manga derecha vacía de su casaca, sujeta con un alfiler para que no estorbe —. Gracias por echarnos una mano.

Aprieta los dientes y la cara se le pone roja. Lleva la mano izquierda a la empuñadura de su espada.

—Ya no tienen que obedecer órdenes —les grito a los soldados mientras retrocedo con agilidad para salir del alcance de Foulo—. Miren a su alrededor. Este lugar se está yendo al infierno. ¿De verdad quieren pasar sus últimas horas vigilando una maldita puerta?

Por un momento nadie se mueve. Luego, cuatro de los seis guardias dejan caer sus armas al suelo con un estruendo de metal contra piedra. Sin

decir palabra, nos empujan al pasar y se alejan por el corredor. Lanzo una mirada significativa al último guardia y él también deja caer su arma y sale corriendo, dejando solo a Foulo.

Sonrío.

—Supongo que tendremos la revancha, Foulo.

Él mira a los soldados que se retiran y luego a mis amigos detrás de mí. Se le tensa el cuello al tragar saliva, pero cuando habla, su voz es firme:

—¿Cinco contra uno? —se burla—. ¿Es la única forma en que te atreves a pelear conmigo?

—Mucho discurso para un hombre con un solo brazo. Ninguno de ellos necesita ayudarme a destruirte. De hecho, ¿prefieres que use una sola mano para que sea justo cuando te corte el cuello? La única razón por la que sigues vivo es porque prometí que no te cazaría.

—Tú… —masculla, escupiendo de rabia, incapaz siquiera de formar una frase antes de lanzarse hacia mí.

Desenvaino mi propia espada, pero antes de que pueda avanzar, Kastian me golpea con fuerza en el brazo. Giro la cabeza de golpe.

—No pierdas el tiempo con esto —grita, con los ojos fijos en Foulo—. Yo me encargo de él. Tú tienes que registrar esa torre.

Lo miro, dudando. Una parte de mí quiere quedarse y enfrentar a Foulo yo mismo, pero queda tan poco tiempo… Kas tiene razón.

Foulo vuelve a lanzarse contra mí y esta vez lo esquivo hacia la izquierda, rodeándolo a toda velocidad. Kas alza una mano y, de la nada, un chorro de agua lanza a Foulo contra el muro de piedra.

De reojo veo a Odessa quedarse helada, observando cómo el agua gotea sobre el suelo. La agarro de la manga.

—Vámonos.

Ella sacude la cabeza y echa a correr detrás de mí, junto con Fox y Jett, atravesando la puerta hacia la torre de Thorne y dejando atrás a Kastian y a Foulo.

La puerta se cierra de golpe a nuestras espaldas y, por un segundo, creo que algo anda mal con mis oídos. Todo el estruendo del castillo —los gritos ensordecedores, el choque de armas y el estallido de madera y cristal— se corta de manera instantánea. Queda un silencio absoluto, como si estuviéramos bajo el agua.

—Guau… qué tétrico —dice Jett en voz alta.

—Debe de ser un hechizo. Vamos, sigamos.

La torre de Thorne resulta ser más grande de lo que esperaba. Tiene varios niveles y hay habitaciones en cada uno: una armería, un despacho, un pequeño comedor privado que parece no haberse usado casi nunca. Nos detenemos cuando estamos a punto de llegar a la cima de la torre y entramos en su dormitorio.

—Se ve normal —dice Odessa con desaliento, girando sobre sí misma para abarcarlo todo.

Por desgracia, estoy de acuerdo. Hay una cama con dosel y sábanas rojas, además de varios muebles de madera oscura, pero nada personal. No hay arte en las paredes ni libros en los estantes. Por la falta de personalidad que Thorne puso en el lugar, uno pensaría que es una habitación de invitados.

—Hay otro nivel —digo con un suspiro—. Iré a revisar arriba, pero apostaría a que solo es un cuarto de almacenamiento.

Siento cómo la frustración y la depresión vuelven a inundarme y, una vez más, la agonía en la cabeza y el pecho cobra vida en pulsaciones violentas. El dolor se había atenuado —aunque nunca desapareció del todo— mientras me concentraba en otras cosas, pero ahora arde incluso con más fuerza que antes.

Me presiono el pecho con la mano, haciendo una mueca de dolor, mientras subo solo por la escalera de caracol hasta la cima de la torre. Apenas presto atención al llegar arriba, pero entonces alzo la vista y los ojos se me abren de par en par.

—Mierda.

—¿Qué pasa? —grita Jett desde abajo y, un segundo después, sube corriendo y mira por encima de mi hombro; siento cómo se queda rígido—. Mierda.

Avanzo lentamente dentro de la habitación, con todo el cuerpo vibrando de horror y con los inicios de una rabia feroz. No me doy vuelta cuando oigo a Odessa y a Fox subir detrás de Jett ni cuando sueltan un jadeo al ver por fin lo mismo que nosotros.

Cuerpos.

O, a estas alturas, la palabra más adecuada sería *cadáveres*.

Alineados contra las paredes hay seis cadáveres desecados, cada uno encerrado en vitrinas de cristal impecable, como si fueran artefactos preciosos. Los cuerpos están cenicientos y marchitos; la piel parece cuero envejecido, estirado con tirantez sobre armazones esqueléticos. Las caras están hundidas, con bocas abiertas que parecen gritar en silencio hacia el vacío.

Es evidente que los cadáveres alguna vez fueron mujeres. Cabellos largos y enmarañados aún se aferran a uno o dos cráneos, y cada cuerpo está adornado con una corona y un vestido reluciente e impecable que cae sobre sus formas óseas de manera floja, como si intentara preservar lo que queda de su dignidad.

Lo más grotesco de todo es que cada uno de los cadáveres tiene una daga hundida profundamente en su pecho hueco. Las dagas son idénticas: cortas, con mangos de madera retorcidos que me recuerdan a los miles de rosales repartidos por todo Vernallis. Es como si Thorne hubiera atravesado a cada una con una espina auténtica directo al corazón.

—Voy a vomitar —balbucea Jett mientras se arquea, y oigo sus pasos apresurados alejándose escaleras abajo.

Fox lo sigue en silencio.

Odessa se coloca a mi lado y me apoya una mano en el brazo. Me estremezco como si me hubiera golpeado; todo mi cuerpo vibra, tenso, al límite.

—Son las esposas —murmura Odessa con una voz rota.

No respondo. Un rugido, como la ola que Kastian conjuró en el corredor, crece en la parte posterior de mi cabeza.

Sabía lo que tenía que significar cuando Alix me dijo que la maldición se trataba en realidad de un sacrificio y no de amor, pero verlo así, expuesto, es infinitamente peor.

Extiendo una mano para apoyarme en la pared más cercana y no caerme. «Él iba a hacerle esto a Alix».

—Ya vi suficiente —gruño, al retroceder y bajar las escaleras tras Jett y Fox.

—¡Espera! —dice Odessa—. Todavía tenemos que buscar. Necesitamos averiguar a quién ama.

Niego con la cabeza.

—No. ¿No lo entiendes? Nadie que haga esto podría amar a alguien. No es un narcisista: es un sociópata. Un monstruo.

—Pero sin saber a quién ama…

Le doy la espalda.

—Thorne no ama a nadie más que a sí mismo.

Los oídos me siguen zumbando mientras bajo las escaleras a paso firme. No sé qué hacer ahora; la tentación de volver a los barracones e ignorarlo todo es tan fuerte que apenas puedo resistirla. Maldita sea, estoy harto de pensar que las cosas podrían cambiar y de ilusionarme, aunque sea por un segundo. Primero cuando dejé Dyaspora; luego, cuando creí haber encontrado a Isabelle; cuando Alix aceptó ayudar; y cuando pensé, por un instante, que podría ser mía.

Cada vez la decepción es peor y se transforma en rabia gélida con una rapidez cada vez mayor.

—Dios mío —suelta Odessa detrás de mí—. Tienes razón.

Me detengo en seco.

—¿Qué?

Casi se ríe.

—Tienes razón. ¿No lo entiendes?

No puedo lidiar con otra epifanía que solo conduzca a más decepción.

—No tengo ni la menor idea de qué carajos estás hablando.

—¡Acabas de decirlo! Thorne solo se ama a sí mismo. Nunca formó un vínculo con nadie, aunque estuvo casado varias veces. Ni siquiera parecía querer a sus padres. Tú eres su hermano y, obviamente, no te ama.

—Medio hermano —refunfuño, queriendo poner toda la distancia posible entre él y yo.

A ella no le importa y empieza a caminar de un lado a otro, mordiéndose el labio.

—La maldición se rompe cuando el rey de Vernallis admite que es impotente y sacrifica a la persona que más ama. ¿No lo entiendes? Él tiene que morir. Tiene que admitir que es impotente y sacrificarse a sí mismo para salvar el reino.

Una ola de claridad helada me golpea cuando sus palabras se asientan.

«Eso es».

Su argumento tiene todo el sentido del mundo; cada punto encaja como piezas de un rompecabezas. El corazón me late con fuerza mientras la verdad se impone, innegable e inevitable. Ella tiene razón. Tiene que tenerla. ¿Pero qué hago ahora?

Odessa aplaude y luego dice:

—Es lo único que tiene sentido. ¿Por qué una hechicera con el corazón roto querría castigar a otra mujer? No lo haría. No se trata de su pareja, se trata de él.

—¿Crees que él lo sabe? —pregunto.

—No lo sé.

Me paso una mano por el cabello, con la mente hecha un torbellino.

—Necesito encontrar a Thorne.

—¿Vas a preguntarle por la hechicera? —pregunta Odessa, corriendo detrás de mí.

Niego con la cabeza. De pronto, el dolor que me atormentó durante días cede, lo que no hace más que reforzar mi certeza de que, por fin, voy por el camino correcto. Solo quedan unas pocas horas antes de que sea demasiado tarde, pero tendrán que bastar.

—No voy a preguntarle nada —gruño—. Voy a obligarlo a escuchar. Si todavía no sabe cómo se rompe realmente la maldición, lo sabrá en unos minutos.

Jett inclina la cabeza hacia un lado y pregunta:

—¿Y qué pasa si ya lo sabe? ¿Y si se da cuenta de que la maldición siempre trató de él y simplemente no le importa?

—Eso es fácil. —Abro de golpe la puerta de la torre y salgo al pasillo—. Entonces lo mataré yo mismo.

Salgo de la torre casi corriendo y estoy a punto de chocar de frente con Kastian. Tiene un tajo en la mejilla derecha y se ve cansado, pero por lo demás está ileso.

—¿Encontraron algo? —pregunta sin rodeos.

—Sí —refunfuño, sombrío—. ¿Qué pasó con Foulo?

En respuesta, señala por encima del hombro. Detrás de él, en el suelo, sobre un charco de agua teñida de rojo, Foulo yace inmóvil con una hoja

clavada en el pecho. El estómago se me revuelve por un instante al pensar en las dagas clavadas en los cadáveres de las reinas.

—Estás herido —suelta Odessa.

Ella mira por encima de mí a Kastian; sus ojos tienen un brillo extraño.

Kas alza la mano y se toca la mejilla. Aparta los dedos y baja la vista, sorprendido al ver la sangre. Se limpia la mano con aspereza en la casaca.

—No es nada.

Odessa le lanza otra mirada rara y parece debatirse entre decir algo o no. Luego asiente con rigidez y se voltea hacia mí.

—¿Qué estamos esperando? No es como si nos sobrara el tiempo.

Suelto un resoplido, pero, por supuesto, tiene razón. El cielo afuera está oscuro y lleva así un buen rato, lo que significa que podrían quedarnos apenas unas horas antes de que la maldición se imponga de manera definitiva.

Me abro paso por los pasillos sinuosos del palacio en ruinas y los guío de regreso al gran vestíbulo de entrada. El edificio está en peor estado que cuando lo dejamos: más piedra y yeso se desprenden de los muros y el aire es espeso por el polvo. Los gritos en los corredores crecen en intensidad y parece que afuera se suma un nuevo coro de consignas.

Aguzo el oído y, por fin, distingo lo que dicen los alaridos lejanos: «¡Maten al rey! ¡Derriben a la bestia!».

Hago una mueca. Puede que haya hecho falta llegar hasta el último momento, pero todo el reino por fin está de acuerdo. Solo espero que no sea demasiado tarde.

Las puertas de la sala del trono, antes abiertas de par en par, ahora están firmemente cerradas. Una multitud de alrededor de una docena de cortesanos se empuja y forcejea; sus caras van de la furia a la desesperación mientras luchan por entrar. Bloqueándoles el paso, ocho guardias sostienen la línea con los brazos cruzados y los pies bien plantados en el suelo de mármol. Supongo que no todos han abandonado todavía su lealtad al rey.

—Thorne debe de estar en la sala del trono —murmuro—. El maldito cobarde se está escondiendo de su propia corte.

—Nosotros nos encargamos de los guardias —dice Jett, y Kas y Fox asienten.

—Yo entraré contigo —me dice Odessa.

Estoy a punto de decirle que no, pero antes de que pueda hacerlo, Kas se me adelanta:

—Carajo, ni de broma.

Ella lo mira con furia.

—¿Y tú quién demonios eres para decirme qué hacer?

Él parece un poco desconcertado, pero continúa de todos modos:

—No eres una guerrera. ¿Cómo carajos se supone que vas a ayudar? Solo serás una distracción.

Ella se eriza y abre la boca para replicar, pero esta vez la interrumpo yo:

—Tiene razón. Ustedes cuatro quédense afuera, de preferencia juntos. Si esto sale mal, pronto los disturbios empeorarán y ustedes serán los únicos que no se verán afectados. Les diría que empiecen a correr ahora, pero sé que no tiene sentido…

—Tienes razón, no tiene sentido —dice Kas, dándome una palmada en el hombro—. Nos quedaremos contigo hasta el final, pase lo que pase.

Le devuelvo el gesto con un asentimiento, comunicándole en silencio todo lo que desearía haber dicho antes. Si no regreso, sé que él se llevará a Odessa y a los demás a Hydratta, tal como me prometió en Dyaspora. Pase lo que pase, todos estarán a salvo. Alix estará a salvo, y eso es lo único que importa.

Desciendo por la gran escalinata; mis botas resuenan sobre los escalones de mármol mientras me acerco a las enormes puertas de la sala del trono, macizas y talladas con intrincados relieves, que permanecen obstinadamente cerradas. Kas y Fox se adelantan con ímpetu. Sus espadas relucen bajo la luz de los candelabros y llaman la atención de los guardias apostados en la entrada. Los guardias se tensan y sus manos buscan por instinto las armas.

Con un grito que retumba en el vestíbulo, Jett se lanza desde los últimos cinco escalones y cae con un golpe seco sobre el mármol. Arranca un fragmento irregular de una estatua caída; el peso frío se siente sólido en su mano. Con un movimiento rápido y potente, lo arroja contra el enorme ventanal arqueado. El vidrio estalla y cae en cascada, como una lluvia brillante, sobre el vestíbulo. Sonriendo, Jett echa a correr por el corredor; el eco de sus pasos arrastra a los soldados a una persecución caótica y, con esa distracción, despeja mi camino hacia las puertas.

No pierdo ni un segundo y corro hacia ellas; las abro con un gesto de la mano mientras avanzo.

Las puertas se abren de par en par. Más allá se extiende la inmensa y opulenta sala del trono, con el pasillo de alfombra dorada y el trono de Thorne al fondo. Me lanzo al interior, preparándome para una pelea, como si Thorne pudiera estar escondido detrás de la puerta, listo para atacar.

Las puertas se cierran y me quedo en silencio, con el corazón martilleándome por la adrenalina.

Sin embargo, pasa un largo momento y no ocurre nada. Al final, giro sobre mis talones y miro alrededor.

La sala está vacía.

Thorne se fue.



CAPÍTULO 28

ALIX

Aspiro aire con desesperación cuando mi cabeza se asoma a la superficie del estanque.

«Maldita sea, estoy empapada. Y definitivamente no de la forma más divertida».

Me rechinan los dientes y, por supuesto, está lloviendo a cántaros, lo que empeora todo aún más. Aun así, suelto un suspiro de alivio y salgo del agua chapoteando hasta llegar a la orilla fangosa. El aroma de las rosas se mezcla con la lluvia y me llena la nariz. Juro que nunca había olido nada tan reconfortante.

Vuelvo a meter la mano en el agua y arrastro hasta la orilla mi mochila de Walmart, envuelta en dos capas de bolsas negras gruesas para basura. La dejo a mi lado y me tomo un segundo para recuperar el aliento. Me siento en el suelo lodoso, jadeando, mientras una sonrisa se me extiende por la cara.

—¿Ves? No estoy loca —me digo en voz baja—. Fue real.

«Y gracias a Dios, la verdad». Porque, de lo contrario, habría tomado dos Uber y un autobús hasta la frontera del estado de Nueva York para meterme en un estanque al borde de la carretera sin motivo alguno. Y entonces sí estaría loca de remate.

Era difícil saber qué hora sería cuando llegara, pero creo que me preparé para cualquier escenario. Incluso si el rey y sus cortesanos todavía se alojan en la mansión, puedo manejarlo. O, al menos, eso espero.

Tomo la mochila y arranco las bolsas de basura con las que la envolví, con la esperanza de haber protegido su contenido del agua del estanque. Parece estar lo bastante seca, salvo por las gotas de lluvia que ahora oscurecen la lona. Meto las bolsas en el bolsillo lateral y luego busco hasta sacar un repelente para osos en aerosol y un martillo. Empuño uno en cada mano mientras avanzo sigilosa entre los rosales en dirección a la casa.

Me contengo para no soltar una risita, burlándome de mí misma. Si alguien pudiera verme ahora, seguro pensaría que estoy desquiciada. Aunque, pensándolo bien, cualquiera que ande afuera a plena luz del día estaría desquiciado, así que quizá no convenga tentar a la suerte.

Llego al borde del patio y la puerta se abre de golpe. Un chillido me sobresalta y estoy a punto de levantar el martillo cuando me doy cuenta de que es Beatrix quien corre hacia mí.

Ignora el arma y se lanza sobre mí, sollozando en un pañuelo, tal como la vi hacerlo con Daemon.

—Me alegra tanto que estés bien —dice entre moqueos.

Le doy unas palmaditas torpes en la espalda, sin saber muy bien qué hacer ante semejante muestra de afecto genuino por parte de una figura maternal.

—¿Cómo supo que estaba aquí?

—Yo se lo dije. —Aurelia aparece en la puerta, detrás de Beatrix, y me saluda moviendo los dedos—. La magia te da una intuición muy afinada.

Arqueo una ceja. Maldición, me vendría muy bien algo así, sobre todo ahora.

Beatrix y Aurelia me conducen al interior y, en lo que parecen un par de segundos, me ponen una taza de té humeante en la mano y me obligan a sentarme en una silla de la cocina.

—La corte se fue prácticamente en el momento en que tú te fuiste —dice Aurelia con una voz que oscila entre la emoción y los nervios.

—¿Y eso cuándo fue? —pregunto tras dar un sorbo al té—. Solo quiero asegurarme de que el tiempo corre igual aquí que en mi mundo.

—Hace unas dos noches —responde Beatrix, ansiosa—. Daemon les dijo a todos que habías muerto.

Casi me atraganto.

—¿Qué?

—Lo hizo —asiente Aurelia, con expresión horrorizada—. El rey se enfureció tanto que pude oírlo todo desde mi ventana. Gritó durante un rato y luego desplegó las alas, como si fuera a iniciar una pelea de verdad, pero en lugar de eso simplemente se fue volando.

—Probablemente sabía que perdería —refunfuño.

—Tal vez. No regresó y, poco después, Daemon les ordenó a todos los cortesanos que volvieran a sus carruajes y desaparecieron.

—Regresaron al Palacio de Invierno —dice Beatrix con un marcado tono de desaprobación—. Creo que fue la primera vez que muchos se dieron cuenta de lo que está ocurriendo. Uno pensaría que habrían intentado huir o salvarse, pero no. El tiempo casi se agota y solo ahora la corte entendió la posición en la que su rey los puso.

Hago una mueca.

—Creo que la negación es una reacción bastante común cuando te enteras de que el mundo se va a acabar. Después vendrán los disturbios.

Beatrix asiente con gravedad:

—Sin duda.

Nos quedamos en un silencio denso durante un segundo, asimilando el peso de todo lo que sucede. Al final, rompo la tensión:

—No parecen tan sorprendidas de verme.

Aurelia sonríe:

—Tenía el presentimiento de que volverías.

—Pero tú fuiste quien me dijo que me fuera.

—¡Y tenía razón, debías irte sin falta! —Abre mucho los ojos—. Pero las almas gemelas son imposibles de ignorar.

Toso y el aire se me queda atorado en la garganta al inhalar. «Dios, ¿todo el mundo lo sabía menos yo? ¿Acaso yo misma sé con certeza que eso es lo que tenemos… un vínculo de almas gemelas?».

Si de algún modo todo sale bien en el próximo día, tendré que volver y preguntarle exactamente cómo funciona eso de la intuición.

—Escuchen, no quiero ser grosera, pero creo que debería irme ya. No tengo idea de cuánto me lleve llegar de nuevo al castillo, pero necesito estar ahí antes de la luna rosa… que es esta noche, ¿no? ¿Cuándo empieza?

—Al atardecer —responde Beatrix de inmediato—. Estará oscuro durante un día y una noche completos y, cuando el sol vuelva a salir, la maldición se habrá roto o… no.

—Creo que sé cómo romperla. O al menos, eso espero. Tengo una idea.

Los ojos de Beatrix se agrandan, llenos de emoción.

—Entonces tienes razón, más vale que te vayas ahora mismo.

—Creo que deberías esperar a que oscurezca —interviene Aurelia—. Falta solo una hora, más o menos.

—Pero entonces tendré una hora menos para llegar al castillo, y todavía no sé del todo qué voy a hacer cuando llegue.

—Lo sé… pero aun así deberías esperar. Si vas a viajar sola, lo mejor es asegurarte de estar a salvo. ¿Y si la lluvia se detiene y sale el sol?

Empiezo a discutir con ella, pero Beatrix nos interrumpe:

—¿Al menos podemos conseguirte ropa seca? Debes de estar helada.

—¿Puedo pasar un momento al baño para cambiarme? Traje mi propia ropa aquí dentro —digo, levantando la mochila.

—Por supuesto —exclama Beatrix—. Y mientras te cambias, prepararemos uno de los caballos. Así podrás irte cuando quieras. Ahora mismo, o puedes esperar a que oscurezca, de cualquier modo estarás lista.

—Ah… no. Está bien.

Me miran con extrañeza.

—¿Cómo vas a llegar al palacio sin un caballo?

—Pensé que podría ir caminando. O quizá alguien podría llevarme en un carruaje.

Aurelia se ríe.

—Debes de estar bromeando. No puedes caminar hasta el palacio.

—Sé que no será cómodo, pero creo que podría hacerlo. Probablemente tomaría un poco más que el trayecto en carruaje, así que ¿cinco horas, quizá? —Me echo el cabello hacia atrás y me encojo de hombros—. Es posible.

—Pero hay lobos allá afuera —jadea Beatrix.

—Sí, pero…

Ignoran mis protestas y salen hacia las caballerizas, dejándome sola. Cierro los ojos. Supongo que hoy enfrentaré todos mis miedos.

Me meto al baño para cambiarme y reaparezco diez minutos después. Cuando camino hacia las caballerizas, Beatrix y Aurelia se me quedan mirando. No necesito preguntarme qué observan.

La ropa en Ellender es hermosa, pero no muy práctica para las mujeres. Pensé que, si iba a arriesgar la vida, bien podía dejar de preocuparme por un corsé.

Llevo puestos los *leggings* negros de yoga de mi mamá, dos pares de calcetines impermeables nuevos y unas botas viejas de senderismo que no usaba desde la preparatoria. Arriba, me puse un top deportivo, una camiseta Under Armour, un chaleco grueso de malla de Walmart que estoy casi segura de que podría detener una bala, y la chamarra North Face de mi mamá. Llevo guantes sin dedos que se convierten en mitones, una banda para mantener el cabello fuera de la cara y un sombrero para la lluvia que se ve absurdamente ridículo, pero que probablemente me facilitará la visión. La verdad, aparte del sombrero, creo que me veo bastante bien… con un estilo de chica de montaña aficionada al aire libre.

Aurelia me recorre de arriba abajo con la mirada y luego estira la mano para pellizcar la tela de mis *leggings*.

—¿De qué están hechos?

Me río.

—Si regreso, te presentaré sin falta el vasto mundo de Lululemon. Te va a encantar.

La sonrisa se me borra de la cara cuando observo al caballo que ya tienen ensillado y listo para mí. Es una yegua, creo. De pelaje castaño, crin negra y aspecto bastante amable… dentro de lo que cabe para un caballo. Es como elegir el escorpión que parece menos letal.

—¿Cómo se llama? —pregunto en voz baja.

—Marie —dice Beatrix, acariciándole el cuello.

Hago una mueca.

—No creo que todavía estemos en confianza para llamarnos por el nombre. Tal vez cuando demuestre que no va a tirarme al suelo.

—Es muy dócil.

No le creo ni por un segundo, pero de algún modo reúno el valor para agradecerle a Beatrix y tomar las riendas.

Me coloco junto a la yegua y le miro el ojo negro y cristalino.

—Voy a necesitar que cooperes conmigo. No puedo lidiar con otro incidente traumático hoy, ¿sí?

La yegua resopla y rasca el suelo con nerviosismo. Aprieto los dientes y enderezo la espalda. Voy a decidir ver eso como un buen augurio… porque no tengo muchas más opciones y, por más que me cueste admitirlo, Beatrix y Aurelia tienen razón. Caminar cinco horas bajo la lluvia no es la mejor idea. Sin embargo, no pienso ceder en lo de esperar a que oscurezca. Me voy ahora mismo.

Contengo el aliento al subirme al lomo de Marie y emprendemos el camino por la larga vereda empedrada rumbo al pueblo.

Montar a caballo resulta ser tan horrible como temía, pero, increíblemente, no me caigo. No logro entender cómo hacer que vaya más rápido y, aunque pudiera, probablemente no querría hacerlo, así que avanzamos a un trote lento.

Recorro a caballo las estrechas calles empedradas del pueblo de Storia, con las contraventanas de madera de las pintorescas cabañas cerradas para que no las invada el frío. Al dejar atrás el pueblo, el sendero que se interna en el bosque se enreda entre zarzas y maleza; la lluvia cae en láminas heladas que me arden en la piel. A pesar del clima inclemente, las profundas huellas en el suelo lodoso, dejadas por las pesadas ruedas de los carruajes reales, siguen visibles y me guían a través del bosque denso, de regreso hacia la silueta imponente del palacio.

Marie hace casi todo el trabajo; parece seguir algún instinto y mantenerse en el camino. Con el tiempo, me siento un poco más cómoda y aflojo mi agarre mortal de las riendas… solo un poco.

Por fin, la lluvia se vuelve un frío glacial y se transforma en aguanieve que me pincha la piel como diminutas agujas. Mi aliento sale en bocanadas blanquecinas.

—Ya casi llegamos —murmuro, aunque solo Marie puede oírme.

La yegua resopla y esta vez estoy segura de que es una respuesta.

Distingo las torres del castillo recortadas contra el cielo que se oscurece a lo lejos y al instante me siento más valiente. Clavo los talones en su costado y, por fin, la insto a ir más rápido. Ella obedece y pronto salimos de la línea de árboles y nos acercamos al pequeño poblado.

El estómago se me hunde y tiro de las riendas para detener a Marie, boquiabierta ante el espectáculo que tengo enfrente.

Es… caos.

A lo largo de la calle principal, los edificios arden; los animales corren sueltos y aldeanos enfurecidos marchan por las calles oscuras. Algunos blanden antorchas; otros llevan horcas, dagas o cualquier objeto que puedan usar como arma. Observo, horrorizada cómo cada vez más personas —criaturas fae, duendes y vaya uno a saber qué más— salen de las casas y de los callejones entre los edificios. Se agrupan y forman una turba que avanza hacia el castillo.

Los gritos de «¡Encuentren al rey!» y «¡Maten a la bestia!» resuenan por las calles, reverberan una y otra vez, a medida que más y más gente se suma al cántico.

Aprieto las riendas de Marie. Esperaba desorden, pero esto es demasiado real. Supongo que ya es muy tarde para dar marcha atrás.

No quiero quedar atrapada en medio de la multitud, así que aprieto los dientes e impulso a Marie a rodear los límites del pueblo. Por suerte, fuera de la calle principal solo hay un puñado de casas y logramos escabullirnos en la oscuridad, más allá de las llamas titilantes que se reflejan en los muros de piedra. Pronto llegamos a la plaza.

Giro el cuello y miro por encima del hombro. La turba está cerca y se aproxima a cada segundo, pero todavía no alcanza las escalinatas del palacio.

Sin pensarlo dos veces, salto del lomo de Marie y la amarro a un poste frente a las caballerizas.

—Espera aquí. Volveré… con suerte.

Supongo que mi miedo a Marie no se compara con el miedo a perder todo lo que he llegado a amar.

Me quito la enorme mochila de los hombros y caigo de rodillas en la calle, hurgo en ella en busca de las armas que traje.

Armas es un término generoso.

Nada de lo que llevo está pensado para herir a alguien. No sé disparar un arma de fuego, ni aunque hubiera querido traer una, y no es como si Walmart vendiera espadones medievales entre las refacciones para coches y las pantallas planas. Aun así, no me siento preocupada cuando empuño el repelente para osos en aerosol con una mano y un soplete con la otra.

No quiero lastimar a nadie, pero no tengo problema en defenderme si llega el caso. Estoy segura de que esa turba no dudaría en arrollarme en su camino hacia el rey y, si eso es lo que pasa en las calles, ni siquiera quiero imaginar qué están haciendo los nobles y los soldados.

Armada y un poco más valiente, me cuelgo la mochila al hombro y subo corriendo los primeros escalones de mármol, lista para un ascenso agotador. La escalinata es interminable y las piernas me arden después de apenas unos segundos, pero no hay otra forma de llegar al castillo… a menos que alguien pase volando y quiera llevarme.

Como si fuera una señal, una sombra oscura cae sobre mí, como si algo se hubiera interpuesto frente a la luna. Alzo la vista por instinto y entrecierro los ojos bajo la lluvia neblinosa que todavía flota sobre la ciudad.

Una figura alta y musculosa, con alas, se desliza por el cielo sobre el pueblo. El corazón se me acelera y late con fuerza en el pecho. Incluso a esta distancia, reconozco su porte.

—¡Daemon! —grito.

Levanto la mano, agito el brazo y le grito para que se detenga.

Daemon gira el cuello y mira hacia atrás. Me cubro los ojos de la lluvia y lo sigo con la mirada mientras traza un círculo en el aire, da media vuelta y regresa hacia mí.

El pulso se me acelera y una oleada de calor me invade el pecho. Los recuerdos me inundan, teñidos de alegría y anticipación, y el corazón se me expande con una mezcla de emoción y sentimiento profundo.

Pero la burbuja que crece en mi pecho estalla y el pavor me recorre cuando la figura se acerca. *No es Daemon*.

El rey Thorne se aproxima y aterriza unos escalones arriba de mí. El telón amenazante del castillo se alza a su espalda y me quedo boquiabierta. Durante un segundo, lo único que puedo hacer es contemplar sus alas.

Son negras y emplumadas, pero no tienen las puntas rojas que tiñen las plumas de Daemon. En su lugar, cada una parece la hoja de un cuchillo. Se parece menos a un ángel y más a un ave de rapiña a punto de atacar.

El rey inclina la cabeza hacia mí y el labio se le curva en una mueca de desprecio:

—Isabelle… ¿de vuelta de entre los muertos tan pronto?

Un escalofrío me recorre la espalda. Miro detrás de mí: he subido al menos el equivalente a tres pisos de escaleras; caer de espaldas sin duda me mataría. Peor aún, no hay a dónde huir.

Retrocedo despacio, tanteando los escalones con los pies. Al mismo tiempo, extiendo el repelente para osos frente a mí y le advierto:

—Aléjate. No me toques.

La sonrisa de Thorne se ensancha todavía más y, con un mínimo movimiento de dedo, el envase sale disparado de mi mano, vuela hacia atrás y va a estrellarse contra la calle, muy abajo.

Se me corta la respiración y aprieto los dedos alrededor del soplete que aún sujeto con la otra mano. También lo levanto, pero corre la misma suerte: sale volando y se pierde entre los rosales cubiertos de nieve que flanquean la escalinata.

Siento que el corazón se me hunde en el estómago.

Thorne suelta una carcajada y avanza hacia mí, arrastrando tras de sí sus enormes alas. Su expresión es la de un gato acechando a un ratón y, ahora mismo, eso es exactamente lo que soy: un ratón patético que creyó que un soplete y un repelente para osos en aerosol de seis dólares podrían contener al gato más poderoso del mundo.

—¿Qué haces aquí afuera? —le exijo.

Él se ríe.

—Debería preguntarte eso yo, pero ya casi no importa. Me alegra verte, Isabelle.

—¿S-sí? —tartamudeo, sin dejar de retroceder por los escalones con cautela.

«Tengo que mantenerlo hablando. Ganar aunque sea un segundo para pensar».

—Desde luego —arrastra las palabras, casi como si se estuviera divirtiendo—. Verás, creí que habías muerto y, sin embargo, la maldición no cambió. Imagina mi frustración cuando me di cuenta de que, después de todo, no eras tú la elegida. Había desperdiciado tanto tiempo.

—De todas formas lo desperdiciaste —digo entre dientes—. Tú no me amas.

Inclina la cabeza y su sonrisa se vuelve aterradora.

—¿Ah, no? Pasé años pensando en ti, recordando cómo me dejaste. Imaginando qué haría para recuperarte.

—Eso no es amor. Es control. Sabías que te habían engañado y se volvió una obsesión, pero nunca se trató de mí.

Su cara se contrae y, por un instante, creo ver un destello de reconocimiento en sus ojos. Tal vez por un momento se da cuenta de su error y comprende que de verdad desperdició todos esos años. Luego, en un parpadeo, esa expresión desaparece:

—Tal vez tengas razón. Supongo que lo averiguaremos juntos, ¿no?

Su mano sale disparada con tal rapidez que apenas la percibo. Al instante siento que caigo hacia atrás, como si me hubiera empujado con ambas manos.

Una parte de mí lo esperaba; me preparo y trato de encogerme, protegiendo el cuello mientras caigo de espaldas contra la piedra. Mi enorme mochila absorbe la mayor parte del golpe. Aun así, el dolor me atraviesa, y sacude cada nervio y cada hueso mientras ruedo por los escalones. Thorne avanza tras de mí y lo único que alcanzo a ver son sus botas y las puntas de sus alas negras antes de que el dolor cegador me obligue a cerrar los ojos.

Aterrizo hecha un montón en el último escalón y me obligo a entreabrir los ojos. Sigo viva y todo me duele, lo cual no parece buena señal, pero al menos significa que probablemente no me rompí el cuello.

Me incorporo y me limpio la sangre de la boca.

Con los ojos llorosos, veo a Thorne sonreir desde arriba.

La cabeza me late de dolor y, entre la bruma, oigo los gritos de la turba cada vez más cerca. Tal vez, si logro seguir con vida uno o dos minutos más, la multitud llegue hasta aquí y Thorne no pueda matarme antes de que lo vean.

Evidentemente indiferente a la turba, Thorne alza una bota y la apoya con deliberación sobre mi pecho, obligándome a volver al suelo. Mete la mano en el cinturón y desenvaina una daga negra de empuñadura lisa.

—No hay tiempo para una boda previa —me dice—, pero supongo que los dioses tendrán que perdonarme eso. Solo lamento que Ashwater no pueda verme matarte.

Lo miro con furia, extrañamente desafiante ante la muerte, de un modo que nunca había sentido antes.

—Pase lo que pase, no va a funcionar. Seguirás maldito para siempre porque eres tan estúpido que nunca te diste cuenta de que la única persona a la que amas eres tú mismo. Ni siquiera te diste cuenta de que yo *no* soy Isabelle.

Thorne retrocede, desconcertado. Retira el pie de mi pecho y no pierdo ni un segundo: me arrastro hacia atrás.

En ese mismo instante, un grito se eleva por encima de todos los demás sonidos. Tanto Thorne como yo giramos la cabeza y vemos a Daemon salir corriendo del castillo. No se molesta en usar las escaleras: despliega las alas y se lanza hacia nosotros. Por un momento, mi corazón también vuela. Siento un alivio inmenso, convencida de que todo saldrá bien.

Entonces, con otra sonrisa perversa, Thorne se gira de nuevo hacia mí y lanza la daga que empuña directamente hacia mi corazón.



CAPÍTULO 29

DAEMON

El mundo se vuelve cada vez más lento, hasta casi detenerse, mientras la daga de Thorne surca el aire y se incrusta en el pecho de Alix con un golpe seco que me revuelve el estómago.

Mi cuerpo se paraliza; un frío glacial me aprisiona mientras mis ojos se clavan en los suyos a través de los cincuenta metros abismales que nos separan. Sus ojos azules, abiertos de par en par, se ensanchan hasta lo imposible y deja escapar un sonido a medio camino entre un gruñido y un grito. Luego cae hacia atrás y se desploma sobre la calle sucia.

Un dolor agudo y abrasador estalla en mi pecho. El corazón me late de forma errática y la visión se me nubla cuando una oleada de terror me invade. Las piernas me tiemblan, a punto de hacerme caer de rodillas.

Sin pensarlo, me lanzo escaleras abajo, sin importarme si mis alas se despliegan para amortiguar la caída.

Necesito llegar hasta ella, atraparla, hacer retroceder el tiempo y evitar que la daga le perfore el corazón.

No entiendo una mierda de lo que está pasando. Hace un instante buscaba a Thorne, que se escabulló de la sala del trono como la serpiente que es. Al momento siguiente lo encuentro, pero no está solo.

No sé qué hace Alix aquí ni cuándo regresó. Lo único que sé es que ahora yace inmóvil en la calle y necesito llegar hasta ella.

Espero que se mueva. Que se levante y me sonría, o que arrugue la frente; da igual. Me conformaría incluso con el más leve movimiento de un dedo. Cualquier cosa, con tal de que signifique que sigue viva.

Pero no se mueve.

Alix está aquí. Volvió para buscarme… y ahora está muerta.

Desciendo del cielo en un torbellino caótico de plumas, con la respiración entrecortada, y aterrizo en la plaza vacía. El aguacero implacable tamborilea contra los adoquines y el único sonido, aparte de los alaridos dentro de mi cabeza, son los gritos lejanos de aldeanos furiosos. Thorne está a unos tres metros del cuerpo inerte de Alix, bloqueándome el paso.

Abro la boca y dejo escapar un sonido que es, en su mayor parte, un rugido animal. Thorne se tensa y la expresión arrogante de su cara vacila por una fracción de segundo antes de girarse hacia mí y sonreír con desdén.

—Justo estaba diciendo que era una lástima que no estuvieras aquí para verla morir.

Doy un paso pesado hacia él. El dolor de cabeza que he tenido los últimos días de pronto no es nada. Nada comparado con la agonía que me desgarra el pecho. Se me cierra la garganta y casi me doblo por la punzada en mis entrañas.

No logro articular palabras; lo único que sale de mí es un hilo de voz:

—¿Por qué?

Su mueca se transforma en un gesto de desprecio, los ojos se le enfrían mientras mantiene esa postura despreocupada.

—¿Creíste que no me di cuenta de cómo la deseabas? Siempre quisiste lo que era mío.

Me reiría si quedara algún rastro de humor en este mundo.

—Carajo, no tienes idea de nada.

¿Cree que solo sentía deseo por Alix? ¿Cree que quiero algo de lo que él posee? Nunca entendió que siempre quise poner la mayor distancia posible entre nosotros, porque siempre supe qué clase de monstruo retorcido y maligno se ocultaba bajo esa gélida apariencia.

—Ni siquiera entiendes la ironía de todo esto, ¿verdad? La mataste por nada. No la amabas; si lo hicieras…

Si lo hicieras, sentirías que te estás muriendo. *Yo estoy seguro de que me muero*.

Thorne no responde; sus ojos se desvían hacia un lado. Al mirarlo, otra verdad espantosa me invade.

—Lo sabes, ¿no? Sabes que no tienes idea de cómo romper la maldición. ¿Eso hacías cuando te cruzaste con ella, huir como un maldito cobarde?

Su silencio prolongado es respuesta suficiente.

Huía; no solo de la turba enfurecida, sino del reino. Tal vez hacia uno de los portales al mundo mortal, como yo mismo consideré hacer tantas veces. Ni siquiera se le pasó por la cabeza sacrificarse. En cambio, antepone su propia comodidad y seguridad por encima de todos y de todo y, en el proceso, le arranca el corazón a Vernallis. No debía esperar menos del rey que conservó a sus esposas muertas como trofeos.

Antes de que cualquiera de los dos pueda mover un músculo más, un grito resuena por la calle.

Thorne se gira y mira por encima del hombro hacia el centro de la ciudad. Se tensa y las manos se le cierran en puños. Sigo su mirada hacia la turba, cada vez mayor, que avanza hacia nosotros. En cuestión de segundos estarán lo bastante cerca como para reconocer al rey. Una parte de mí quisiera ver qué ocurre entonces.

—Tu pueblo se vuelve contra ti —provoco a Thorne—. Saben que los abandonaste. ¿Qué se siente saber que cada ser de Vernallis desea que estés muerto?

Él vuelve a mirarme e intenta mantener el gesto de desprecio, pero se le quiebra. Una oleada de satisfacción me recorre cuando detecto el miedo real en su mirada.

Sus enormes alas negras se despliegan, brillantes bajo la lluvia, y sin decir palabra se lanza al cielo.

Echo la cabeza hacia atrás para verlo ascender; la lluvia fría me salpica la cara y me nubla la vista, lo que dificulta seguir su silueta mientras se desvanece en el cielo tormentoso. Si no lo sigo ahora, lo perderé en la tempestad.

Miro a Alix, todavía inmóvil en el suelo, y otra ráfaga de agonía casi me aplasta. El corazón me grita que me quede a su lado, pero el vacío que me corroe me susurra que ella no irá a ninguna parte. *Nunca más*.

Mientras tanto, solo quedan horas —tal vez minutos— para ir tras Thorne.

Un dolor agudo me oprime el pecho, pero me niego a dejar que me domine. Aprieto los puños y siento el corazón latir como un tambor de guerra. Dejo que la energía me recorra y transforme el dolor en una rabia ardiente que me impulsa hacia adelante.

Siento como si el cuerpo se me partiera en dos; una sensación lacerante me atraviesa mientras las alas se despliegan con un poderoso estruendo. Me lanzo al cielo.

Más adelante, Thorne vira bruscamente y cambia de rumbo; su silueta es una estela oscura contra el firmamento. Voy tras él, ambos nos dirigimos hacia la silueta imponente del castillo.

Thorne aterriza con un chapoteo en la terraza del palacio, empapada por la lluvia. Yo lo sigo; mis pies tocan las piedras mojadas apenas unos segundos después. Por encima de nosotros, el enorme ventanal circular de la sala del trono se recorta contra el muro del castillo y proyecta un haz de luz nítido sobre las oscuras murallas.

—¿Qué pasó? —digo entre dientes mientras acecho a mi hermano y levanto agua a cada paso—. ¿No se suponía que huías hacia un portal? ¿Decidiste quedarte a ver el final de tu corte después de todo?

Thorne aprieta los dientes y no responde.

No creo que sepa ya qué está haciendo. No sabe a dónde huir para que yo no lo siga, y en el fondo, debe saber que la maldición no se romperá.

Está atrapado… aprisionado.

Sé exactamente cómo se siente eso y me hace sonreír saber que sufre siquiera una fracción de lo que yo sufro.

Su cara se retuerce de desprecio a medida que me acerco y lo obligo a retroceder hasta quedar contra el pilar de piedra más cercano. Mira hacia el suelo, muy abajo, y un leve rastro de miedo asoma en su cara cuando vuelve a mirarme.

—¿Qué crees que estás haciendo, Ashwater? Pasa tus últimos momentos como quieras, no pierdas el tiempo luchando conmigo.

—Acabas de matar a la única persona con la que me importaría pasar mis últimos momentos. Ahora lo único que me queda es el placer de verte morir.

—No puedes vencerme. Te derroté hace noventa años y volveré a hacerlo ahora.

Suelto una carcajada seca, sin humor.

Me derrotó hace noventa años porque me tomó por sorpresa y tenía docenas de soldados con él.

—¿Tienes idea de cuántas peleas se libran en Dyaspora? —grito por encima del ruido de la lluvia—. Piénsalo un segundo. Tuve décadas para volverme mucho más fuerte que tú en todos los sentidos imaginables.

Me lanzo sobre él, pero se agacha. Mi mano se cierra en el aire en lugar de en su garganta. Ataco de nuevo y esta vez le doy de lleno en el pómulo con el puño.

Hay que reconocerle a Thorne cierto mérito: no se echa atrás. Se lanza contra mí y me embiste en el pecho. Con un impacto sordo y húmedo, rodamos por el balcón de piedra y forcejeamos por el control.

La cara de Thorne se retuerce de furia.

—¡Nunca debí dejarte salir!

—No, no debiste. Pero ese siempre fue tu error fatal, Thorne. Estás tan enamorado de ti mismo que crees que todos los demás también lo están.

La lluvia helada cae a cántaros y me empapa hasta los huesos mientras Thorne y yo rodamos y nos deslizamos sobre la superficie traicionera. Las gotas gélidas me azotan la piel y me pegan el cabello a la cara mientras luchamos por recuperar el equilibrio sobre las losas mojadas del balcón. El viento rugiente sacude nuestro pelo y nuestras plumas, amenazando con derribarnos otra vez.

Caigo de espaldas, con Thorne sobre mí. Alza el puño y lo descarga con fuerza hacia mi cara. Me aparto justo a tiempo y su puño se estrella contra la piedra. El suelo del balcón se agrieta bajo el impacto y él lanza un grito mientras se sacude la mano por el dolor. No desaprovecho la oportunidad: ruedo fuera de su alcance y llevo la mano a la espada en mi cinturón.

Thorne se incorpora tambaleante, con la mirada extraviada y la respiración entrecortada. Gira con ferocidad y, antes de que logre siquiera desenvainar la hoja, su hombro se estrella contra mí como un ariete. El impacto me hace retroceder y él va tras de mí.

Nuestras respiraciones se vuelven erráticas, cada inhalación es aguda y punzante mientras nos aferramos el uno al otro sobre la piedra áspera de la

terraza. Por momentos, quedamos peligrosamente cerca del borde. El puño izquierdo de Thorne me golpea la mandíbula en un arco brutal y el sabor metálico de la sangre me inunda la boca. Lo peor es que mi ala derecha queda doblada y late de dolor, pero me niego a ceder. Una herida profunda le marca la mejilla y supura rojo oscuro, y su mano derecha está hinchada y deforme, con los dedos torcidos en ángulos antinaturales.

Thorne se zafa de mi agarre y me lanza una mirada de furia maniaca mientras retrocede, enmarcado por el enorme ventanal circular tras el cual se encuentra la sala del trono.

—Siempre supe que no podía confiar en ti —escupe—. ¿Crees que si me matas serás rey por cinco minutos? Qué patético.

—Claro que creerías que todo gira en torno al trono. No me importa la corona y nunca me ha importado —gruño mientras lo rodeo en busca de una abertura—. Pero no puedes entenderlo porque jamás renunciarías al poder. Ni siquiera ahora, cuando podrías salvar a todos. Nos arrastrarás a la ruina contigo.

Retrocede tambaleándose y, por un instante, creo ver un destello de confusión en su cara. Tal vez de verdad no sabe que, para acabar con la maldición, bastaría con sacrificarse. Si no lo sabe, resulta todavía más triste.

Me lanzo hacia él y mis manos se cierran alrededor de su garganta.

La cara de Thorne se enciende de un rojo intenso mientras araña desesperado mis dedos con la mano herida e hinchada, pero mantengo el agarre. Cada respiración me cuesta un esfuerzo enorme; el pecho sube y baja con pesadez, mientras punzadas agudas de dolor irradian desde la mandíbula herida y, con mayor intensidad aún, desde el corazón.

Aprieto con firmeza y lo obligo a retroceder, paso a paso, hasta que queda tambaleándose al borde del balcón. Muy abajo, a cientos de metros, apenas se distinguen las siluetas de rosales espinosos en la oscuridad empapada por la lluvia.

La cara de Thorne se pone morada mientras lucha por respirar, con los pies colgando en el vacío. Lo sujeto con firmeza y sus ojos se dilatan por el miedo al comprender lo cerca que está de caer.

—Solo quiero saber una cosa. Cuando mataste a todas tus esposas, ¿sentiste alguna culpa? ¿Se te ocurrió alguna vez que no era un sacrificio, ya

que no las amabas?

Si le sorprende que yo sepa lo de las reinas, no lo demuestra.

—Lo… —Tose—. Lo sentí.

Sacudo la cabeza. Una parte de mí cree que él mismo se lo cree. No tiene idea de lo que es el amor ni de lo que implica un sacrificio real.

Le aprieto aún más la garganta; solo mi brazo le impide precipitarse al vacío. Con la otra mano saco un cuchillo del cinturón, dispuesto a hundírselo en el corazón antes de soltarlo.

Hay algo casi poético en ello. Morirá por una herida en el corazón, igual que mató a todas sus esposas. Igual que mató a Alix. Igual que me mató a mí con ella.

Alzo el cuchillo.

Pero, al hacerlo, empiezo a temblar; el brazo se me detiene en seco. Abro los ojos, golpeado por una revelación fulminante.

Matar a Thorne, por mucho que lo desee, no cambiará una mierda. Si lo mato, será un acto tan carente de sentido como la forma en que él mató a Alix: una mínima posibilidad de afectar la maldición, pero sobre todo venganza. Su venganza contra ella por desafiar su control y contra mí por haber nacido.

Lo que estoy haciendo no es ni un poco mejor, carajo.

Y, además, Alix no querría que lo hiciera. La recuerdo en la cama, después de caer a través del hielo: «Por favor, no mates a Foulo. A menos que él te ataque primero. Entonces, supongo que sería en defensa propia. Solo no vayas a cazarlo. No quiero cargar con eso en mi conciencia».

Alix no querría esto.

—Tómalo —le ordeno y empujo la daga contra los dedos rotos de Thorne. Él deja escapar un sonido involuntario de dolor cuando la empuñadura se clava en su mano torcida, pero no cedo—. ¡Toma el cuchillo!

Sus ojos pálidos se encuentran con los míos. Tiene la cara roja por la falta de aire y las pupilas dilatadas por la rabia, pero tiembla ligeramente al cerrar los dedos alrededor del arma.

—Apuñálate —le digo, sin emoción alguna en la voz.

Un destello de una sonrisa burlona cruza su cara.

—¿Estás loco? —jadea, con las palabras atoradas en la garganta.

Ignoro la pregunta. Los brazos me tiemblan por el esfuerzo de sostenerlo y de no aplastarle el cuello.

—Apuñálate en el maldito corazón. Es lo mejor que harás por el reino en toda tu vida. Si queda un resto de decencia en algún rincón de tu ser, hazlo.

Su mirada calcula, me observa con atención mientras el cuchillo tiembla en su agarre flojo. Tras un largo latido, entrecierra los ojos.

—Preferiría reducir a cenizas la ciudad entera.

Siento como si una puerta se cerrara de golpe en mi mente. Hay un tono irrevocable en esas palabras que no admite cambio. Destruiría todo el reino antes que a sí mismo; de hecho, ya lo está haciendo.

Cierro los ojos y abro el puño.

Thorne cae. Durante un segundo sé que cree que va a precipitarse al abismo, porque suelta una bocanada de aire temblorosa cuando, en lugar de eso, aterriza de nuevo en el balcón de piedra, con el cuchillo aún en la mano.

Me aparto el cabello empapado de la cara y doy un paso atrás.

—¿Qué estás haciendo? —exige Thorne.

—Una vez me salvaste la vida. Considera que te devuelvo el favor. Disfruta tus últimos momentos, por breves que sean.

Cierro los puños a los costados y doy media vuelta. Es lo más difícil que he hecho en mi vida y, al mismo tiempo, resulta sencillo. Sencillo porque, si solo me quedan minutos, quiero volver junto al cuerpo de Alix y pasarlos con ella. No lo haré con las manos manchadas de sangre.

La respiración áspera de Thorne resuena a mis espaldas, apenas ahogada por el golpeteo firme de mis pasos al alejarme.

No hay paz en dejar ir a Thorne; solo una certeza. La certeza de que todo terminó. El destino, los dioses o la maldita hechicera tendrán que decidir qué sigue, porque yo ya terminé de luchar contra lo inevitable.

Toda la rabia se me escapa de golpe y me deja solo con el dolor. La adrenalina abandona mi cuerpo y mis alas desaparecen. Camino de regreso por el balcón hacia el ventanal circular de la sala del trono. Con un movimiento de muñeca lo hago añicos. El vidrio estalla por todas partes, pero apenas lo noto cuando me dispongo a trepar por la abertura dentada hacia la sala.

Un grito estalla a mis espaldas y rompe el silencio inquietante de mi mente. El aire cambia y sé lo que ocurre incluso antes de oír los pasos o el silbido de una hoja.

Por instinto, giro sobre el talón cuando Thorne se lanza y dirige mi propia daga hacia mi espalda.

Mi visión se vuelve blanca y no me detengo a pensar.

Con ambas manos le sujeto la cara con un agarre de acero y giro con todas mis fuerzas.

Sus ojos se clavan en los míos: primero llenos de desprecio, luego transformándose en terror al comprender lo inevitable.

Y, finalmente, no queda nada en su mirada. El sonido de huesos que se quiebran y carne que se desgarra llena el aire cuando le retuerzo el cuello y lo arranco a la fuerza de los hombros. Su cuerpo sin vida se desploma en el suelo.

No pierdo ni un segundo con el cadáver de Thorne.

Trepo por el ventanal hecho añicos y avanzo a paso firme por la opulenta sala del trono. Afuera, en el vestíbulo de entrada, es como si no hubiera pasado el tiempo. El edificio está en ruinas, los guardias y los nobles se baten a golpes, y distingo a mis amigos entre la multitud, luchando por imponer orden, por darme el tiempo necesario para ocuparme de mi hermano.

Aunque apenas transcurrieron unos minutos, me siento décadas más viejo. Hay un peso que me aplasta y sé, con absoluta certeza, que esa carga es la pérdida de mi alma gemela.

El corazón me late con lentitud, como si quisiera rendirse y dormir.

Con dificultad avanzo por el vestíbulo hacia las puertas dobles abiertas.

—¡Daemon!

Oigo gritar a Kastian a mis espaldas y no volteo. Lo único que quiero es llegar hasta Alix. Tenderme junto a ella en la calle y cerrar los ojos.

—¿Dónde está el rey? —exige saber Kas.

—Muerto.

Hay una breve pausa en la que siento su mirada clavada en mí, sin duda repara en mis manos ensangrentadas.

Acelero el paso. No quiero darle explicaciones a Kastian ni a nadie más.

Me abro paso por las puertas principales y salgo de nuevo a la escalinata.

Resulta cruelmente poético estar de vuelta en el punto de partida. He cerrado el círculo y regreso exactamente al lugar desde donde vi a Alix caer en la calle, muy abajo; y aunque todo se siente distinto, en el fondo nada cambió.

Entrecierro los ojos bajo la lluvia hacia el pie de la escalinata. El pulso se me acelera y el estómago se me revuelve de náuseas. No veo a Alix por ninguna parte.

Doy un paso tambaleante hacia adelante. ¿Dónde está?

El corazón vuelve a latirme con pesadez, como si quisiera rendirse y dormir. Apenas logro cruzar el vestíbulo hacia las puertas abiertas.

Recorro con la mirada los alrededores y la ciudad, más abajo, en busca de Alix. Estoy a punto de volar hacia la calle cuando mi vista se detiene en una figura desaliñada, con una chamarra negra empapada, que sube lentamente los escalones. Entrecierro los ojos y el corazón me da un vuelco al reconocer la tela y la confección humanas del abrigo.

Una esperanza fugaz prende en mi pecho y bajo corriendo la escalinata; me detengo en seco al llegar frente a ella.

Alix alza la cara para mirarme. Está pálida y tiene el cabello empapado bajo la chamarra cubierta de lodo, pero está aquí, viva, respirando, y me mira con fastidio como si yo fuera el origen de todos los males de su mundo.

—Ya dije antes que creo que estos escalones son una tortura deliberada —se queja—, pero en serio, ¿a nadie se le ocurrió instalar elevadores?

Las palabras se me quedan atoradas en la garganta. Me quedo boquiabierto mientras siento, poco a poco, cómo la vida vuelve a inundarme el pecho.

—¿Qué haces aquí?

—Hola —dice Alix, algo incómoda—. No es así como imaginé nuestro reencuentro, tal vez…

El corazón se me eleva y me lanzo hacia ella, rodeándola con los brazos.

—Alix…

—¡Ay! —se queja en voz baja.

La suelto de inmediato, horrorizado por haberle hecho daño.

—¿Qué pasó?

Se lleva una mano a la nuca.

—Perdón. Estoy bien. Me golpeé la cabeza.

Aspiro con fuerza; la presión en el pecho se afloja un poco. No puedo ni pensar qué decirle: «Te amo. Te necesito. Por favor, quédate conmigo».

Lo único que logro articular es:

—¿Cómo?

Se frota la parte posterior de la cabeza.

—Cuando caí…

—No —balbuceo—. Te dieron. Lo vi.

—Ah. —Me sonríe y se abre la chamarra—. Pensé con anticipación. No tenía idea de que Walmart vendiera chalecos antibalas, pero supuse que no perdía nada intentándolo.

Parpadeo al ver la prenda negra y gruesa que lleva bajo el abrigo. No estoy del todo seguro de entender qué es, pero no importa. Está viva… y está aquí.

—¿Qué haces aquí?

—Tenía que volver —dice, sin aliento—. Probablemente estoy loca, sé que era demasiado peligroso, pero no podía mantenerme alejada. Tenía que decírtelo: creo que sé cómo romper la maldición. Thorne tiene que morir y…

No la dejo terminar. Alargo la mano, la sujeto por la nuca, la atraigo hacia mí y estampo mis labios contra los suyos. Ella jadea con sorpresa; el calor de su aliento choca con el mío y la beso profundamente, volcando en ese instante cada gramo de anhelo y rabia. La sangre en mis manos le mancha las mejillas, pero segundos después la lluvia la borra.

Alix se aparta, visiblemente sin aliento.

—Entonces… ¿eso es todo? Está muerto, ¿verdad?

Me limpio el resto de la sangre en la casaca y asiento. Ella sonríe y me pregunta:

—¿Todo va a estar bien ahora?

La miro; la esperanza y la emoción se le dibujan en la cara, y quisiera decirle que sí, que todo estará bien. Quisiera mentir, aunque solo fuera para robarle unos minutos más de felicidad antes de que nada vuelva a sentirse correcto.

Pero no puedo.

Niego con la cabeza.

—No lo creo, Duraznito. No se sacrificó. Yo lo maté.

Su expresión se derrumba.

—Vaya. ¿Y ahora qué?

Miro por encima de su hombro hacia la puerta abierta, más allá, el caos sigue su curso.

—Ahora, nada. Esperamos a que salga el sol. Y, a juzgar por eso… —señalo el cielo, donde el horizonte empieza a teñirse de rosa— no falta mucho.

Su cara se desencaja.

—¿Qué? No… —Las palabras se le apagan, la voz se le quiebra y las lágrimas asoman en sus ojos—. No puede terminar así. Tiene que haber algo más que podamos hacer.

—Si lo hubiera, Duraznito, haría cualquier cosa por quedarme contigo. —Sacudo la cabeza, el pecho se me aprieta como si me lo aplastaran en una prensa—. Tú estarás bien. Kastian te ayudará. Y Odessa, Fox y Jett. Todos ellos se asegurarán de que estés a salvo.

—¿Crees que estaría aquí si me preocupara estar a salvo? —replica, mientras las lágrimas corren ya libremente por su cara.

No tengo nada más que decir. Así que la atraigo hacia mí y la estrecho contra mi pecho.



CAPÍTULO 30

ALIX

Daemon y yo apenas conseguimos a solas unos segundos antes de que —como ocurre tan a menudo— todo vuelva a empeorar.

Me alza en brazos y me carga por el resto de la escalinata; juntos regresamos al castillo. Kastian nos recibe en la entrada y alcanzo a dedicarle una leve sonrisa justo antes de que el caos nos engulla.

Si pensé que los disturbios se apaciguarían solo porque Thorne ya no está, me equivoqué. Toda la sala vibra con violencia y una ira explosiva, como si el amanecer inminente avivara la furia de la corte.

Veo a Odessa cerca de las escaleras. Cruza la mirada conmigo entre la multitud y sus ojos color violeta se abren de par en par. De inmediato empieza a abrirse paso hacia nosotros. A mi lado, Kastian se pone rígido, como si reprimiera algún impulso.

Daemon se gira hacia Kastian para llamar su atención.

—Llévate a Alix y váyanse ahora mismo.

—No —dice Odessa, por fin llegando hasta nosotros.

—No hay razón para esperar más. Este es el final —Daemon señala detrás de él, hacia el cielo lluvioso, cada vez más claro.

—Pero está lloviendo —empiezo a decir—. Está oscuro, así que…

—No importa —refunfuña Daemon—. Que la maldición se vuelva permanente significa que el sol ya es irrelevante. Todos tienen que huir. Mejor aún: volar. Pongan toda la distancia posible entre ustedes y Vernallis.

—No vamos a dejarte aquí, Ashwater —dice Fox.

Miro por encima del hombro. No sé en qué momento llegó, pero sus palabras, siempre escasas, tienen un peso contundente.

—¡Sí! —exclama Jett, abriéndose paso entre la muchedumbre hasta quedar jadeando junto a Odessa—. Yo tampoco me voy.

—Prometiste que te irías —exclama Daemon, dirigiéndose más a Kastian que a los demás.

—Lo haremos —le asegura Kas—, pero no todavía. Queremos quedarnos contigo hasta el final. Nosotros…

—¡No! —brama Daemon, haciendo que todos guarden silencio—. No van a quedarse aquí conmigo.

—Pero si solo quedan unos momentos… —empiezo, con la garganta cerrada por las lágrimas contenidas—. ¿Qué sentido tiene huir ahora?

De todos modos ya es demasiado tarde. Lo sé porque el sol está saliendo y la primera luz del alba se filtra por la puerta abierta y el ventanal destrozado. El resplandor le recorre la cara de Daemon e ilumina sus ojos mientras me mira con obstinación.

—El punto es que estarás más segura —insiste, como si no viera el sol.

O quizá sí lo ve, pero eso solo lo convence más.

Extiende la mano y me aparta una lágrima de la mejilla y me levanta el mentón para obligarme a mirarlo. Luego continúa:

—Te amo, Alix. Maldita sea, te amo —mira a sus amigos—, los amo a todos, pero no puedo protegerlos. Agoté todas las opciones y no fue suficiente, así que tienen que irse. Sacrificaría con gusto mis últimos minutos contigo si eso significa que estarás a salvo.

Antes de que alguien responda, un estruendo ensordecedor sacude el castillo y hace temblar los muros de piedra. Por instinto, extiendo los brazos para mantener el equilibrio mientras el suelo vibra con violencia bajo mis pies. Los candelabros se balancean de forma peligrosa sobre nosotros y el piso parece cobrar vida, desplazándose y convulsionándose con una fuerza brutal.

Daemon me alcanza y me rodea con los brazos cuando todos caemos al suelo, derribados por el sismo.

Sus brazos fuertes me aprietan aún más; sus labios rozan mi oído.

—Te amo —susurra, y me estremece.

Antes de que pueda responder, captura mis labios en un beso apasionado y me arrebata cualquier palabra. Su sabor es embriagador, como miel y fuego y todo lo que existe entre ambos. No me aparto hasta que el temblor por fin se aquieta. Cuando nos separamos, siento el calor del sol en la cara.

Miro hacia atrás. Sigue lloviendo, pero el sol se abre paso entre las nubes en algunos puntos y lanza un abanico de colores del arcoíris que danzan en el cielo.

Con el corazón desbocado, giro la cara hacia Daemon. Él me mira, parpadeando, confundido.

—¿Qué está pasando?

—¿Te sientes bien? —pregunto, nerviosa.

—Bien —dice Daemon, con cara de confusión.

Miro alrededor del vestíbulo devastado del castillo. A nuestro alrededor, los nobles fae también se observan unos a otros con desconcierto. Nadie actúa de forma salvaje; de hecho, todos parecen mucho más civilizados que hace apenas unos instantes.

Daemon se aparta de mí, se pone de pie y camina con rigidez hasta el rayo de sol más cercano. Se queda quieto, con los haces iridiscentes reflejándose en su cara hermosa.

Todos contenemos la respiración.

—¿Te sientes como siempre, Ashwater? —grita Jett—. ¿Cómo me llamo?

—Vete a la mierda —responde Daemon.

Jett sonríe de oreja a oreja.

—Exacto. Se encuentra bien.

—¡Dios mío! —suelto de pronto, mientras la felicidad empieza a brotarme en el pecho—. ¿Funcionó? ¿Matar a Thorne lo arregló?

Daemon niega con la cabeza y arruga la frente con intensidad.

—Imposible. No pasó nada cuando lo maté. Estoy seguro de que no fue eso. Él no hizo ningún sacrificio. La maldición decía…

—«La maldición solo se romperá cuando el rey de Vernallis admita que es impotente y sacrifique a quien más ama» —interrumpe una voz débil.

Me doy vuelta de golpe, buscando a quien habla, y me encuentro cara a cara con un anciano frágil.

Está encorvado, vestido con un uniforme de sirviente harapiento y una capa rota, cubierta de lodo. Es un ser fae; lo noto por las orejas. Pero está

viejo y marchito de una forma que nunca había visto en otro de su especie. No puedo ni imaginar cuántos años tendrá.

—¿Qué acaba de decir? —le pregunto, sin estar segura de que realmente haya sido él quien habló.

—Oye —dice Daemon con brusquedad y se coloca detrás de mí y me apoya una mano protectora en la espalda mientras examina al anciano—. Te recuerdo. Estabas en Dyaspora con nosotros. Yo…

—Me liberaste —dice el hombre, con una leve inclinación de cabeza, como si se quitara un sombrero invisible—. Gracias por eso.

Daemon guarda silencio detrás de mí, tan confundido como yo. Decido avanzar antes de permitirme sentir esperanza, y pregunto:

—¿Usted sabe qué está pasando? Tiene razón sobre la maldición, pero es imposible. El rey está muerto y no sacrificó nada.

El hombre sonríe.

—Hay algo interesante en las monarquías. El rey nunca puede estar realmente muerto, porque en el mismo instante en que un soberano muere, comienza el reinado de su heredero. *Siempre* hay un rey de Vernallis.

Y entonces lo entiendo:

—Eres tú. —Todos se vuelven hacia mí, pero mi mirada está fija solo en Daemon—. Con Thorne muerto, tú te conviertes en el rey, ¿no? ¿No era por eso que él te odiaba? Eso significa que, técnicamente, tu reinado empezó hace una hora.

La expresión de Daemon se queda en blanco. Es como si me mirara sin ver nada. Estoy segura de que la revelación lo golpea con la misma fuerza que a mí, pero aun así la digo en voz alta:

—Desde nuestra primera conversación me dijiste que no te importaba lo que te pasara a ti. Sabías que estarías maldito para siempre; se trataba de salvar a tus amigos… y a mí, incluso si eso significaba sacrificar tus últimos momentos con nosotros.

Detrás de Daemon, Odessa suelta una carcajada y echa la cabeza hacia atrás, en una exclamación de alivio y alegría. La cara normalmente seria de Kastian muestra una sonrisa casi desquiciada, e incluso Fox parece más feliz de lo que jamás lo había visto, mientras Jett empieza a bailar de manera errática en círculo, alrededor de todos ellos.

—Yo también te amo —exclamo de golpe—. Desde antes. Solo quería responder… Así que, ahí lo tienes.

La mirada de Daemon se clava en mí, con una mezcla de asombro y deleite. De pronto, su cara se ilumina en una sonrisa de oreja a oreja, que deja ver sus dientes perfectos y blancos, y en ese mismo instante cualquier torpeza o duda abandona mi cuerpo.

Una chispa de emoción se enciende dentro de mí y crece con cada segundo, hasta que, en un solo movimiento, Daemon me levanta entre sus brazos y me hace girar, estrechándome contra él como si nunca fuera a soltarme.

A la luz del día, nadie sabe qué hacer.

El palacio y la ciudad están en ruinas y, de algún modo, los propios cortesanos están aún peor. Como nunca esperaron ver otro amanecer, nadie sabe cómo reaccionar ante el hecho de que no solo van a vivir, sino que tendrán que afrontar las consecuencias de lo que hicieron en los días previos a la crisis.

Daemon me toma de la mano con firmeza y me conduce de vuelta al salón del trono, donde encontramos a la mayoría de la corte de pie, alrededor del espacio devastado, con expresiones perdidas.

—Supongo que ahora se arrepienten de haberlo destruido todo —masculla Daemon.

Aprieto sus dedos.

—Tienes que decirles algo.

Él se echa hacia atrás, con gesto de repulsión.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Porque ahora eres su rey, imbécil —responde Kastian con una sonrisa.

Daemon niega con la cabeza.

—No quiero serlo.

—Qué mala suerte, Ashwater —dice Jett, radiante—. ¿Quién más va a hacerlo?

—No lo sé —replica Daemon—. Cualquiera.

—No cualquiera puede gobernar a un pueblo —le digo con suavidad—. La autoridad y el liderazgo son rasgos instintivos. Mira lo que pasó cuando

un mal líder estuvo al mando.

Hago un gesto vago hacia la sala destruida.

—Además —añade Odessa con una sonrisa—, creo que sería de muy mala suerte rechazar la corona justo después de romper una maldición centenaria.

Daemon sigue viéndose dudoso, pero no parece que tenga mucha elección.

Mientras hablamos, la corte empieza a acercarse. Hay una multitud de cuarenta o cincuenta nobles, todos estirando el cuello para escuchar lo que decimos. Detrás de ellos, más personas entran al vestíbulo: soldados, nobles, incluso algún campesino o criatura parecida a un duende. Todos miran a Daemon, a la espera de respuestas.

—No tiene que ser un discurso largo —le digo en voz baja—. Solo diles qué pasó y que todo va a estar bien pronto. Nos vamos a asegurar de que así sea. —Aprieto su mano con más fuerza—. No lo pienses demasiado. Literalmente naciste para esto.

Su espalda se tensa, pero cuando le aprieto aún más la mano, una expresión decidida le cruza la cara y se gira hacia la multitud creciente.

—El rey ha muerto —comienza Daemon.

Se hace un silencio sepulcral tras su proclamación y luego alguien lanza un grito de júbilo. Pronto, cientos de voces se suman al coro y toda la corte grita su aprobación.

—No creo que les moleste —murmuro.

Daemon sacude la cabeza, preocupado, a pesar de que todo parece jugar a su favor.

—¿Qué pasa? —pregunta Kastian.

Daemon levanta ambas manos para hacer callar a la multitud.

—La muerte de Thorne significa que la corona pasa a mí, pero no la quiero. Es decir, no a menos que ustedes quieran que la tenga. Durante demasiado tiempo, ninguno de ustedes ha tenido opciones. No voy a comenzar un nuevo reinado quitándoles todavía más autonomía.

La multitud guarda silencio un instante y luego, de golpe, los vítores estallan otra vez.

—Creo que eso es un sí —murmuro—. Felicidades.

—No tengo idea de cómo ser rey —responde él, con la mirada algo perdida.

Mi mente humana y moderna ya piensa en organizar terapias de emergencia para todos y en programas de apoyo social, pero está claro que ese no es el tipo de ayuda que la corte busca ahora mismo.

—No creo que nadie sepa cómo ser rey —digo—. Tal vez solo haz lo que te parezca correcto.

—¿Por instinto? —pregunta, esbozando una sonrisa.

Sonrío, un poco avergonzada.

—Exacto. Yo empezaría por ayudar a reconstruir la ciudad y el palacio, ayudar a la gente a encontrar a sus familias y a reconstruir sus hogares.

—Buena idea, Duraznito.

Sonríe de verdad, se le ilumina toda la cara. Luego vuelve a apretar mis dedos y se aleja para hablar con los cortesanos más cercanos.

Odessa se acerca y ocupa el lugar que Daemon deja a mi lado.

—Eso fue rápido —observa.

—Ahora entiendo lo que decías —le digo—. Es decir, ya lo entendía antes, pero ahora es clarísimo.

Arruga la frente.

—No sé si estás adoptando malas costumbres nuestras o qué, pero de verdad tienes que trabajar en explicarte mejor.

Me río y hago un gesto con la cabeza hacia Daemon, que ahora está de pie con un gran grupo de soldados al otro extremo del pasillo destruido. Les habla con vehemencia, mientras Fox se alza detrás de él, con los brazos cruzados. Los soldados parecen a partes iguales inspirados y aterrados, lo cual, estoy segura, es justo la intención.

—Es un buen líder. Creo que se asegurará de que todos se recuperen.

—Tú también lo harás —señala ella.

Asiento y sonrío apenas. Espero que tenga razón.

Ya es de noche cuando Daemon y yo conseguimos otro momento a solas. Caminamos juntos por el sendero familiar hasta mi dormitorio y Daemon cierra la puerta detrás de nosotros.

Suelto un suspiro.

—Es raro estar aquí otra vez.

Daemon no responde. Miro por encima del hombro. Está apoyado contra la puerta y, por un segundo, solo me observa. La sonrisa radiante que mostró ante la corte ha desaparecido; ahora, tantas cosas se agitan detrás de sus ojos que vacilo.

—¿En qué estás pensando?

Sus dedos se flexionan a su costado, se cierran en puños y se relajan de nuevo.

—Estoy tratando de decidir si debería gritarte por arriesgar tu vida o simplemente agradecer que sigas viva.

Me muerdo el labio.

—¿Yo también?

Deja escapar un gruñido bajo.

—Esto no es una maldita broma, Alix.

—Lo sé. De verdad quise decir «yo también». ¿No crees que yo también estoy molesta porque arriesgaste tu vida?

Sus ojos destellan con algo insondable. Se separa de la pared y avanza hacia mí; cierra la distancia en dos zancadas. Retrocedo hasta que me acorrala contra el costado de la cama con dosel, una posición ya demasiado familiar entre nosotros. Mi pulso se acelera, pese a la dureza de su expresión.

—¿Estás enojada porque estuve en peligro?

—Claro que sí.

—Aunque nunca hubo una posibilidad real de que perdiera.

Me muerdo el labio. Se está mintiendo a sí mismo, o tal vez solo a mí. Esa pelea estuvo mucho más reñida de lo que me habría gustado y, aunque ahora todo terminó, supongo que ya no queda nadie más de quien preocuparse.

—Bajo esa lógica, tampoco hubo una posibilidad real de que yo saliera herida —susurro, alzando la cara hacia él—. Llevé el chaleco todo el tiempo.

Deja escapar otro gruñido, bajo y vibrante.

—Esto podría seguir así para siempre.

—Entonces no permitamos que ocurra. Solo seamos agradecidos.

Él inclina la cabeza hasta apoyar la cara en la curva de mi cuello. Sus hombros se relajan, respira hondo, e inhala mi aroma.

—Nunca pensé que volvería a verte.

Se me retuerce el estómago y se me oprime el pecho: una mezcla de emoción, anhelo y miedo. Sin saber cómo expresarlo, recurro a mi mecanismo de defensa habitual y le resto importancia.

—Oh, estoy segura de que lo habrías superado. Apostaría a que hay miles de mujeres fae que morirían por lanzarse a los pies de un rey.

Se queda rígido y se aparta; me mira fijo a los ojos.

—No. Eso jamás pasaría, carajo.

—Lo sé. Perdón, fue un mal chiste, yo…

—No, necesito que entiendas esto. —Sus dedos se enredan en mi cabello y me sujeta con firmeza, obligándome a sostenerle la mirada—. Nunca habrá nadie más para mí. Jamás. Así funcionan las almas gemelas. No puedo dejarte y tampoco querría hacerlo, pero, si el vínculo aún no se ha activado para ti, todavía podrías irte. No tienes por qué…

Mis ojos se abren de par en par y siento que se me corta la respiración.

—¿Estás diciendo que soy tu alma gemela?

Sus ojos se abren aún más, de forma casi imposible. Traga saliva, desconcertado por un instante.

Luego su mirada se ensombrece.

DAEMON

Aún no puedo creer del todo que ella esté aquí, frente a mí. No lo creería si no fuera porque el hueco en mi pecho se ha cerrado y las miles de dagas que me atravesaban, punzando como espinas, han desaparecido. Lo único que queda es un calor, un latido insistente que me impulsa a terminar esto. A reclamarla por completo, como mía, para siempre.

—No me di cuenta de que nunca te lo había dicho —digo, sin estar muy seguro de qué vendrá después—. De algún modo pensé que lo sabías. Debes saberlo, porque no se me ocurre otra explicación.

—Lo sabía… lo sé —responde ella, con la voz levemente temblorosa—. Pero dímelo de todos modos.

Me acerco aún más, presionando todo mi cuerpo contra el suyo y la empujo suavemente hasta que su espalda queda contra el poste de la cama.

—Eres mía, Alix. Para siempre. Nunca pensaré en nadie más, nunca desearé a nadie más. Te seguiré a donde sea por el resto de mi maldita vida.

Ella entreabre los labios en un jadeo y me mira con asombro. Puedo sentir su corazón latiendo contra mi pecho.

Alix sonríe, claramente imaginando nuestro futuro, y me encanta que esté pensando en eso. La amo, pero ahora no puedo pensar en el futuro: estamos demasiado, demasiado cerca. Siento cada centímetro de su cuerpo contra el mío, y el vínculo en mi pecho me domina, exigiendo completarse. Consumarse. Necesito hundirme en ella y sentir cómo me aprieta, sabiendo que me pertenece por completo, absoluta y enteramente.

Mi erección palpita, y presiono las caderas con más fuerza contra su vientre. Alix se estremece, su mirada se vuelve lánguida y pasa la lengua por sus labios.

Bajo la mano y la deslizo por su muslo, sobre los *leggings* negros ajustados.

—¿Te he dicho que me gustan?

—No.

Deslizo los dedos por la curva de sus nalgas.

—Me gustan.

—Tal vez las use a veces —dice, un poco sin aliento—. ¿Aún tienes esa chamarra de cuero? Porque seguro podemos negociar algún tipo de acuerdo.

Río entre dientes y dejo caer la cabeza en su hombro, presiono los labios contra su cabello, su oreja, la curva de su cuello.

—Negociaremos luego, Duraznito. Si no estoy dentro de ti en los próximos cinco segundos, voy a morirme, maldita sea.

Ella gime y se mueve contra mí. Me aparto apenas, lo suficiente para que se dé vuelta y quede de espaldas, con las caderas firmemente presionadas contra mi erección y la frente apoyada en el poste de la cama. Alza los brazos y se aferra al poste, como si intentara treparlo. Arquea la espalda y se pega aún más a mí.

No pierdo un segundo en alcanzar la cintura de su pantalón y bajarlo de un tirón, dejando su trasero al descubierto.

Emite un sonido a medio camino entre un gemido y un espasmo cuando el aire frío roza su piel desnuda, pero no la dejaré sentir frío por mucho tiempo. Ya puedo percibir su aroma, lo húmeda y lista que está. No me molesto en desnudarme por completo ni en quitarle la camiseta. Solo

desabrocho el cinturón con una mano, libero mi erección y la empuño para guiarla hacia ella, embistiéndola de una sola vez.

Alix jadea con fuerza y se estira, arqueando la espalda y, de algún modo, logrando que penetre aún más profundo.

—Carajo, Duraznito —respiro, cerrando los ojos ante los puntos negros que aparecen en los bordes de mi visión.

Esto no va a ser suave. Me duele de deseo, estoy hambriento de ella, y habrá tiempo de sobra después para tomarla otra vez con calma. Para recorrer cada centímetro de su cuerpo con la boca, mirarla a los ojos y repetirle una y otra vez cuánto la amo, hasta dejar de temer que vuelva a desaparecer.

Pero no ahora.

Ahora empiezo a moverme, entrando y saliendo de ella con fuerza, embriagándome con sus gemidos agudos. Le sujeto las caderas con tanta fuerza que sé que mis dedos dejarán marcas.

—Más fuerte —dice sin aliento.

Levanto la mano y la estrello con fuerza contra sus nalgas. Ella grita, un sonido entre gemido y alarido.

Sé que mis alas están desplegadas incluso antes de ver las plumas de reojo. Debí saber que Alix era mía desde el principio, desde el primer momento en que volé sosteniéndola, cuando ni siquiera llevábamos tres horas de conocernos.

Me enseñaron que las almas gemelas no están predestinadas, que pueden encajar en cualquier momento de emoción intensa compartida. Pero, si eso fuera cierto, ¿cómo habría mostrado señales de la conexión incluso antes de dejar el mundo humano? Eso no se siente como algo aleatorio, se siente como destino. Y quizá nunca creí en el destino antes, pero me gusta pensar que Alix siempre estuvo destinada a mí.

De pronto, quiero ver su cara.

Me aparto y le doy vuelta para que me mire. Ella tropieza, los *leggings* mantienen sus rodillas juntas, y la sujeto por las caderas para estabilizarla antes de caer de rodillas frente a ella.

—¿Qué estás haciendo? —jadea, todavía sin aliento.

Como respuesta, la sostengo por las caderas, con la cara alineada con su sexo desnudo. Me inclino hacia delante y presiono la boca con suavidad contra su clítoris, mientras deslizo las manos por sus muslos y bajo los *leggings* por sus piernas.

Alix jadea y sus manos caen sobre mi cabeza.

Paso mi lengua sobre ella despacio al principio, luego más rápido. Paso a mordisquear su clítoris, con pequeñas succiones y giro la lengua hasta que empieza a temblar, a punto de perder el control. Entonces, en el último segundo, me aparto y hundo la lengua en su entrada ardiente.

Tengo que levantarle una de sus piernas para sacar los *leggings* por el pie y aprovecho para abrirla más, empujando su rodilla hacia un lado y recorriéndola desde atrás para adelante. Ella gime, aferrándose a mi cabello para no perder el equilibrio.

—Daemon —susurra con urgencia—. Por favor.

—¿«Por favor» qué, Duraznito?

—Por favor… no puedo con esto, es demasiado.

En mi opinión, «demasiado» es algo bueno. Sonrío contra ella, usando cada centímetro de mi lengua para hacerle temblar las piernas y tensar todo el cuerpo.

—Por favor —suplica de nuevo—. Cógeme. Quiero que vuelvas a estar dentro de mí.

Casi gimo al oírla. Yo también quiero volver a estar dentro de ella, pero quiero que se venga primero. Quiero saborear el momento en que se desmorone y luego hundirme en ella mientras aún tiembla.

Alix echa la cabeza hacia atrás y aprieta la tela de su camiseta con los puños.

—Quítatela —ordeno cuando por fin libero sus pies de los *leggings* y los arrojo detrás de mí.

—¿Qué? —pregunta, con los ojos velados de deseo.

—Quítate la camiseta. Quiero ver cada centímetro de lo que es mío.

Agarra el extremo de la camiseta y se la quita por la cabeza; luego hace lo mismo con la prenda negra ajustada que lleva debajo. Sus pechos rebotan al quedar libres y yo gimo, antes de apoyar sus piernas sobre mis hombros y

volver a devorar su sexo hasta que empieza a temblar otra vez y finalmente grita, arqueando las caderas contra mi cara.

Antes de que el eco de su grito se apague en la habitación, la atraigo conmigo al suelo. Su cuerpo está flojo, lánguido, y cae con facilidad, sentándose a horcajadas sobre mí.

Aparto el cabello de su cara y llevo mi boca a la suya.

Sus labios se abren de inmediato, recorre mi lengua con la suya y, sin duda, se saborea en mis labios.

Rodea mi cuello con los brazos y sus antebrazos rozan mis alas. Se detiene y estira la mano para deslizar un dedo sobre una de ellas.

—Me encantan. Te ves como siempre imaginé a los ángeles.

—La maldita ángel eres tú, Duraznito. Y me alegra que te gusten las alas, porque las vas a ver mucho. Soy incapaz de controlarme cuando estoy cerca de ti.

—¿Y si quisieras acostarte bocarriba? ¿Se aplastarían las alas o desaparecerían?

Me empuja ligeramente el pecho, acomodándose hasta que sus rodillas caen a ambos lados de mis caderas.

Obligo a las alas a desvanecerse y me recuesto sobre la alfombra, mirándola. Sus manos descansan sobre mi pecho, mientras las mías se deslizan sobre sus muslos abiertos. Se ajusta un poco, arrastrando su vagina perfecta por la longitud de mi miembro ya goteante, hasta que la punta roza su entrada.

Eleva las caderas y luego se desliza hacia abajo, recibiéndome por completo.

Ambos gemimos cuando se sienta. Y justo cuando creo que voy a morir si no se mueve, Alix empieza a balancear las caderas.

Suelto un gemido y ella sonríe, disfrutando claramente su revancha. Yo también la disfruto: no existe tal cosa como «demasiado» cuando se trata de ella.

Primero apoya las manos en mi pecho mientras se mueve despacio, de arriba abajo. Luego veo una gota de sudor en su sien y su respiración vuelve a agitarse. Se inclina hacia atrás, apoyando las palmas justo encima de mis rodillas, abriendo todo su cuerpo para que lo admire mientras me cabalga.

Me lamo el pulgar y lo llevo a su clítoris, frotándolo mientras la observo descender sobre mí una y otra vez, cada vez más rápido, a medida que empieza a perder el ritmo.

El calor que me golpea la base de la columna desde el segundo en que entramos en esta habitación alcanza su punto máximo y, finalmente, no puedo más. Presiono su clítoris entre los dedos y acelero el movimiento. Ella cierra los ojos, su cuerpo vuelve a tensarse a mi alrededor y abre la boca en un grito silencioso.

Y entonces, mientras tiembla sobre mí, por fin me dejo llevar, mirándola a la cara mientras me derramo dentro de ella.

Una eternidad después, Alix se desploma y cae hacia adelante contra mi pecho.

Durante largos minutos permanecemos así, en silencio. El sol entra a raudales por las ventanas altas y observo el polvo flotar en el aire mientras juego distraídamente con su cabello.

—Ahora lo entiendo —susurra.

Mi mano se detiene.

—¿Qué?

—El «felices para siempre». Nunca supe bien qué significaba. Como qué pasaba después de que terminaba la historia. Pero ahora lo entiendo. Es solo esto. Nosotros.

—Así es, Duraznito. Y gracias al collar de Thorne, eso va a durar un largo tiempo.

Apoyo mi frente en la suya.

—Tú y yo por el resto de nuestras vidas inmortales. ¿Crees poder con eso?

Ella sonríe.

—No se me ocurre nada mejor.



EPÍLOGO

SEIS MESES DESPUÉS

ALIX

—Respira hondo. Cruzar puede resultar desorientador.

Nana me mira con enojo desde el lugar donde aterrizó, sobre el suelo embarrado. Aparta mi mano extendida de un manotazo y se pone en pie por sí sola.

—Deja de tratarme como a una anciana. Todavía no me he muerto.

Aprieto los labios.

—Y nos gustaría que siguiera siendo así. ¿No te parece que…?

Nana levanta un dedo para hacerme callar. Solo entonces noto la rigidez de su postura y lo abiertos que tiene los ojos mientras observa el jardín, aturdida. Cualquiera diría que nunca ha visto una rosa en su vida.

Aunque, pensándolo bien, el jardín luce especialmente hermoso de día, y supongo que Nana nunca ha visto gran cosa de Vernallis bajo la luz del sol.

—Eh… esto es solo el jardín —le digo deprisa—. Espera a ver la casa. Vamos, tenemos que conseguirte ropa seca.

Tomo la mano de Nana y la arrastro a través del jardín casi silvestre. Me tomó varios intentos acostumbrarme a orientarme en el laberinto interminable de flores, pero ahora puedo hacerlo casi a la perfección. Ayuda que Sushi no tenga problemas en perderse ahí y que a menudo me reciba cuando voy y vengo por los portales.

Desde que me mudé de forma permanente a Ellender, he cruzado los portales varias veces; casi siempre para usar el teléfono y para que mi madre

no piense que me morí. Esta vez vine a recoger a Nana y traerla aquí para Navidad.

Resulta que los humanos normalmente no pueden acceder a los portales por cuenta propia —al menos, no de manera intencional—, pero ese fue otro efecto secundario positivo del collar del rey Thorne. Llevo tanta magia sobre el pecho que puedo ir y venir cuando quiero. Thorne fue un inútil en casi todos los sentidos, pero su collar resultó ser un auténtico salvavidas… *literalmente*.

—Aquí hace calor —comenta Nana, mirando el abrigo de invierno empapado que se pega al cuerpo.

—Sí. Ha hecho más calor desde que se rompió la maldición. No sé si se quedará así para siempre, pero la verdad es que he disfrutado mucho estar al aire libre, bajo el sol. Y todo Vernallis también; con el sol de vuelta, su magia se fortalece día con día.

—Interesante —dice Nana—. Muero por verlo.

Nana se quita el abrigo y se lo echa al brazo mientras avanzamos por el jardín. Delante de nosotras, un enorme gato gris sale brincando de los arbustos y se lanza directo hacia ella. Se frota contra su pierna y ella suelta gritos de alegría, suena al menos treinta años más joven de lo que es. Me detengo a observar cómo lo levanta; apenas se retuerce en sus brazos.

—Ay, Puca. —Lo arrulla—. Creo que subió de peso, Alix. ¿Con qué lo has estado alimentando?

Hago cara de fastidio.

—Créeme, no fue culpa nuestra. La casa tenía tantos ratones cuando nos mudamos que se daba festines todos los días.

Nana deja a Sushi en el suelo y me mira con una ceja en alto.

—Muy bien, entonces veamos esta mansión infestada de roedores.

Me sonrojo.

—Ya no hay ratones. Todavía estamos arreglando la casa, pero avanzamos rápido. Sobre todo ahora que nos mudamos oficialmente fuera del palacio.

Nos bastaron unas horas después de la muerte del rey Thorne para entender que no queríamos vivir en el Palacio de Invierno, donde cada pasillo sinuoso se sentía embrujado por la maldición y su reinado de terror.

Aun así, nos llevó más de un mes desenredarnos de la corte noble y mudarnos a la Finca Ashwater.

Casi tan pronto como Daemon se convirtió en rey, entendimos que gobernar un país funcional implica mucho más que la bendición de la corte. Thorne no había hecho nada por el reino durante más de un siglo y el país se había estancado bajo los efectos de la maldición. Sin embargo, con el fin de la oscuridad llegó un nuevo amanecer para Vernallis… literalmente.

De pronto, asesores y cortesanos empezaron a surgir de la nada, ansiosos por asegurar su lugar en la nueva corte. Comenzaron a llegar cartas y mensajeros de otras cortes, y pronto tuvimos que sumar consejeros, aunque fuera solo para repartir la carga de trabajo. De manera oficial, Kastian, Odessa, Jett y Fox se convirtieron en los primeros, y únicos, miembros del círculo íntimo del rey y la reina, y el primer punto de nuestra agenda fue trasladar la capital de Vernallis a Storia.

El segundo fue abrir una tienda de música en el pueblo.

—Esta es la finca —anuncio con orgullo, apartando los últimos rosales hasta quedar al borde del patio—. Y bien, ¿qué te parece?

Nana observa, maravillada.

—Creo que es el lugar perfecto para tu final de cuento de hadas. ¿Vas a enseñármelo?

Sonrío y le tomo la mano.

—Claro. Vamos, empecemos por la cocina.

Guío con cuidado a Nana fuera del jardín y cruzamos el patio hacia la casa, donde Beatrix prepara el té de la tarde. Al acercarnos, capto su mirada a través de la ventana. Deja una taza delicada sobre la mesa y nos saluda con entusiasmo. Luego su atención se posa en Nana y su cara se ilumina. Corre hacia la puerta trasera y sale al patio.

—¡Belle!

Nana abraza a Beatrix con cariño, con los ojos arrugados en una sonrisa. Yo me quedo un poco atrás mientras ellas se ponen al día.

Antes de Ellender, jamás habría imaginado vivir en la misma casa que mi suegra. Pero tampoco había conocido a una suegra como Beatrix, que se alegró de recibirme en su familia desde el primer instante en que llegué. Le encanta volver a tener la casa llena y no deja de insinuar que le gustaría consentir a uno o dos nietos.

«Pronto, pero todavía no».

Gracias al collar, ya no siento que viva con una fecha de caducidad y me emociona pasar algunos años simplemente conociéndome a mí misma y a esta nueva vida.

—¿Ya viste a Odessa? —le pregunta Beatrix a Nana, entusiasmada—. Estoy segura de que estará encantada de que estés aquí.

—Acabamos de llegar —explico—. Pero apuesto a que anda por ahí. Vamos, Nana, puedo enseñarte el resto de la propiedad mientras la buscamos.

—Les tendré el té listo cuando regresen —nos llama Beatrix, despidiéndose con la mano mientras vuelve, ajetreada, a la cocina.

Me tomo mi tiempo antes de buscar a Odessa y le muestro a Nana toda la propiedad. Pasamos por las caballerizas, donde mi yegua, Marie, tiene ahora el establo mejor cuidado y disfruta salir conmigo a paseos diarios por los senderos. Luego cruzamos el patio y encontramos a Fox y a Jett simulando un combate con espadas largas de madera. Tienen público: una docena de soldados con casacas azules y Aurelia, sentada bajo un árbol cercano con un libro en el regazo, fingiendo que no mira. Sonrío cuando la veo lanzarle una mirada de reojo a Jett, que se levanta el borde de la camisa para secarse el sudor de la frente.

—Explícame lo de los hombres de hojalata —murmura Nana, señalando a los soldados con la cabeza.

—No pudimos deshacernos de los guardias por completo —explico, deteniéndonos a observar el entrenamiento—. No dudo de que Daemon y los demás podrían manejar cualquier amenaza, pero no queríamos dejar sin trabajo a cientos de soldados. Ahora rotan y nunca hay más de doce aquí al mismo tiempo.

Los ojos de Nana se agrandan.

—¿Doce? Son muchos, sobre todo cuando ya vive tanta gente con ustedes.

—Me gusta vivir con mucha gente. La casa es lo suficientemente grande para todos y ya no me siento sola. Es como estar siempre en un campamento de verano. —Me encojo de hombros—. Y no te preocupes por los guardias, casi no los notarás. Desde que Fox está al mando del ejército, todos se volvieron muy discretos.

—¿Fox? —Nana arquea una ceja.

Señalo al otro lado del patio.

—El alto, rubio, que parece ese vampiro vikingo de *True Blood*. No habla mucho. No te lo tomes personal.

Saludamos a Fox, Jett y Aurelia y continuamos nuestro recorrido por la propiedad en busca de Odessa.

No tenemos que buscar demasiado.

En el lado opuesto de la casa, lejos del jardín de los rosales, se extiende un terreno, ahora tan cubierto por una explosión de flores silvestres que parece una pradera vibrante. En el extremo más apartado hay un lago sereno, más grande que el diminuto estanque-portal escondido en el jardín. Sé que el lago es donde encontraremos a Odessa, recostada en la orilla cubierta de hierba y empapándose de sol.

Guío a Nana a través del prado, nos detenemos de vez en cuando para que admire alguna flor o insecto inusual. Cuando estamos a unos treinta metros de la orilla rocosa del lago, levanto un dedo para señalar el cabello de Odessa, que brilla casi como un rubí bajo el sol. Antes de que pueda decir nada, un enorme chapuzón y el rugido del agua lo ahogan todo.

Un gigantesco géiser se eleva desde el centro del agua inmóvil y cae con tal fuerza que inunda la mitad del pasto. Un instante después, el grito agudo de Odessa resuena por toda la propiedad, cortando el aire como una hoja afilada.

Me detengo en seco.

—Oh, no… —digo.

Nana se para a mi lado.

—¿Problemas? —pregunta, con una sonrisa traviesa curvándole los labios.

—No… problemas no. Solo que…

No tengo que explicarlo. Mientras miramos, la superficie del lago vuelve a agitarse, esta vez se alza una ola gigantesca que se estrella y empapa todo en un radio de tres metros. Odessa se pone de pie de un salto, empapada y escupiendo furiosa. Cruza la pequeña playa a grandes zancadas, gritando algo en un idioma que no entiendo. Mi mirada se dirige hacia donde ella va y no me sorprende encontrar a Kastian, recargado con absoluta calma contra un árbol.

—Uff —murmuro, tomando a Nana por el hombro y girándola con suavidad hacia la casa—. Mejor hablemos con Odessa más tarde. Cuando ni siquiera el filtro mágico de idiomas logra traducir lo que está gritando, significa que está *realmente* furiosa.

Nana sonríe.

—Supongo que esos dos no se llevan bien.

—Eh… la verdad no estoy del todo segura —respondo, apresurando el paso por si Kastian decide inundar la propiedad… *otra vez*—. Creo que más bien ella lo odia y a él le gusta provocarla.

—¿Como jalarle las trenzas en el patio de recreo?

—Sí, algo así. Supongo que solo nos queda esperar y ver qué pasa.

—Este lugar es precioso, Alix, de verdad —dice Nana con entusiasmo cuando regresamos a la casa—. Hasta podría sentirme inspirada para escribir otro libro.

Sonrío.

—Tal vez este se convierta en una película decente.

Nana arruga la frente y me da un manotazo juguetón en el brazo.

—Silencio. La película pudo ser basura, pero pagó el crucero al que mandé a tu madre para que no notara que vine aquí en Navidad.

Llegamos hasta la puerta principal de la casa y dos guardias con casacas azules se hacen a un lado para dejarnos pasar. Uno me saluda con la cabeza y yo le devuelvo el gesto, lo reconozco como uno de los guardias que estaba en la entrada cuando llegué por primera vez al Palacio de Invierno, hace una eternidad.

Nana espera a que entremos al vestíbulo y luego se gira hacia mí.

—¿No deberían inclinarse ante ti o algo así? —pregunta, lanzándome una mirada burlona.

—Tú lo único que quieres es que te hagan la reverencia a ti porque vienes conmigo.

—Una mujer tiene derecho a soñar, ¿no? Pero en serio, ¿por qué no te llaman «reina»?

—Porque no soy la reina. Todavía no, al menos. Daemon es rey por nacimiento, así que no tiene que esperar una coronación oficial —explico—. Ni siquiera hemos tenido tiempo de organizar una ceremonia, pero los

consejeros dicen que no es inusual. Al parecer, las coronaciones suelen celebrarse hasta un año después de la muerte del rey anterior. Además, mudarnos aquí en lugar de instalarnos en el palacio los tiene a todos confundidos, así que tomará tiempo que todo se acomode. A los habitantes del pueblo, eso sí, les encanta tenernos aquí. Ha llegado muchísima gente nueva y por fin está creciendo.

—¿Y tú? ¿También tendrás una coronación?

—Yo no soy de la realeza, así que tendré que esperar hasta la boda para que alguien me llame reina. No tengo prisa. Ya estoy haciendo el trabajo y no es como si el título me diera beneficios extra. Sé que la gente me respeta; no necesito que nadie se incline.

—¿Eso significa que ya decidieron casarse? —pregunta Nana, con un brillo pícaro en los ojos.

Me encojo de hombros.

—Algún día.

—Sin ánimo de entrometerme, cariño, pero literalmente cruzaste mundos. Están remodelando una casa juntos. ¿Qué más falta?

—Eres implacable. —Le doy un empujoncito juguetón—. Estamos esperando a que se formalice mi divorcio, que está tardando más de lo debido porque vivo «en Europa» y tengo mala señal de celular.

Arruga la frente.

—¿Para qué molestarse? No me imagino que eso importe aquí.

—Porque quiero que quede finalizado.

La voz de Daemon resuena en la casa y doy una vuelta para localizarlo. Baja las escaleras con paso firme y sonriente, vestido de manera informal, con una camisa blanca holgada y pantalón negro.

—¿Ah, sí? —pregunta Nana.

El tono de Daemon se mantiene sereno, pero sus ojos brillan con humor.

—No quiero que nadie reclame derechos sobre lo que es mío, ni en este mundo ni en ningún otro.

Como para subrayarlo, se detiene a mi lado, pasa un brazo por mis hombros y me atrae para darme un beso rápido.

Nana sacude la cabeza, las comisuras de sus labios se curvan apenas hacia arriba.

—Mientras seas feliz, Alix.

Sonrío y apoyo la cabeza en el pecho de Daemon.

—Lo soy.

—Entonces eso es lo que importa, pero sigo esperando una boda. Debería ser algo grande y dramático, como la de la princesa Diana. No tengo toda la eternidad para esperar, ¿sabes?

Hago cara de fastidio. Siempre me dice que le queda tiempo de sobra, pero en cuanto quiere algo sale con lo de «soy mortal, me voy a morir antes de que te des cuenta».

—¿Qué tal si escribes otro libro y luego nos casamos? —le propongo, con la esperanza de que cambie el tema.

—¿Qué? —protesta Nana—. ¡Eso es injusto! No puedes imponerle plazos a la creatividad.

—No tenemos prisa —dice Daemon, sonriendo junto a mi oído—. El plazo lo eliges tú misma.

—Anda, hasta puedo echarte una mano —suelto entre risas, mientras observo el apuro de Nana—. Puedes empezar con «Había una vez» y parar justo en el momento en que llegues a «Y vivieron felices para siempre».

FIN

Acerca de la autora

Kate King es autora *bestseller* internacional de *USA Today*. Es una ávida lectora y escritora desde muy temprana edad, por lo que ha pasado su vida contando historias a quienes la rodean. Amante del drama, vive en una iglesia del siglo XVIII junto a su esposo y sus dos gatos. En su tiempo libre, disfruta pasear por cementerios, donde encuentra inspiración para continuar escribiendo.

Título original: *Enchanted Legacies #1: A Thorn in Every Heart*

© 2025, Kate King
Esta edición se publica por acuerdo con Jabberwocky Literary Agency Inc., a través de International Editors & Yáñez Co' S.L.

Traducido por: Alan Cruz
Créditos de portada e ilustración de portada: © Viki Lester

Derechos reservados

© 2026, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.
Avenida Presidente Masaryk núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: junio de 2026
ISBN Volumen: 978-607-39-4520-2
ISBN Obra Completa: 978-607-39-4519-6

Primera edición en formato epub: junio de 2026
ISBN Volumen: 978-607-39-4348-2
ISBN Obra Completa: 978-607-39-4347-5

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright.*

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de Inteligencia Artificial (IA).

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal del Derecho de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal Federal).

Si necesita reproducir o imprimir algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, http://www.cempro.org.mx).

TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros México, donde podrás:

- Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- Votar, calificar y comentar todos los libros.
- Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

Planetadelibros.com

Planeta

EXPLORA DESCUBRE COMPARTE

Table of Contents

Portadilla
Índice
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29

Capítulo 30
Epílogo
Acerca del autora
Créditos
Planeta de libros